

T. Lucrecio Caro

La naturaleza

Edición de
Ismael Roca Melia



AKAL/CLASICA

TLUCRECIO Caro, según su propio testimonio, fue el primero en tratar en latín de la Naturaleza. Su poema *De rerum natura* en seis libros constituye la exposición más amplia y relativamente completa, que poseemos, del sistema epicúreo: los dos primeros libros se centran en la teoría atomística, el tercero y cuarto contienen el mensaje esencial, la doctrina sobre el alma y el conocimiento humanos, los dos últimos libros se ocupan de nuestro mundo, del universo y de los fenómenos atmosféricos.

La Naturaleza es uno de los poemas científicos más originales del mundo antiguo por su carácter racional y empírico. Ciertas desigualdades en la composición debidas a la obligada exposición didáctica a veces árida quedan compensadas por el encanto poético de muchos pasajes, como son los elogios a Epicuro, y las numerosas descripciones, símiles e imágenes donde el autor evidencia inspiración, sinceridad y fuerza comunicativa. Para muchos es la obra más original y vigorosa de la poesía latina.

Ismael Roca Meliá, catedrático en excedencia de la Universidad Pontificia de Salamanca y actualmente titular de Filología Latina en la Universidad de Valencia, trabajó durante los años 60 en el Instituto de Investigación y de Historia de Textos de París siendo autor de diversos artículos en torno al humanismo, clásico y cristiano,

a la lingüística latina y a los autores Tertuliano, Séneca y Lucrecio. Tiene en su haber además la edición de los libros de las Sentencias de

Isidoro de Sevilla, de las Epístolas Morales de Séneca (dos vols.)

y la edición anotada de las Obras jurídicas de Luis Vives.

Maqueta: R.A.G.

«No está permitida la reproducción total o parcial de este libro, ni su tratamiento informático, ni la transmisión de ninguna forma o por cualquier medio, ya sea electrónico, mecánico, por fotocopia, por registro u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del Copyright.»

© Ediciones Akal, S. A., 1990
Los Berrocales del Jarama
Aptdo. 400 - Torrejón de Ardoz
Madrid-España
Teléfs. 656 56 11 - 656 49 11
ISBN: 84-7600-452-4
Depósito legal: M. 3.466-1990
Printed in Spain
Impreso en Anzos, S. A.
Fuenlabrada (Madrid)

T. Lucrecio Caro

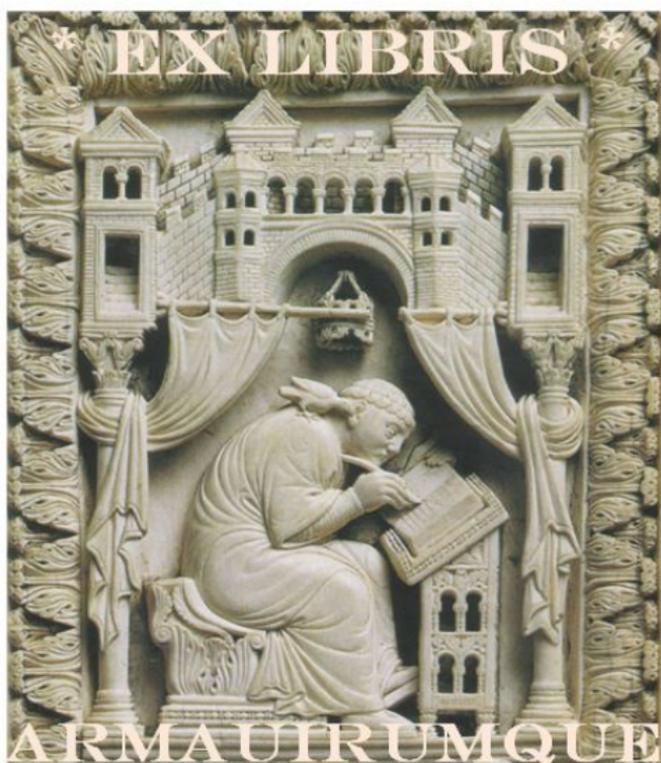
LA NATURALEZA

Edición de Ismael Roca Meliá

Titular de Filología Latina de la
Universidad de Valencia



AKAL



7 *Cuadro cronológico de la vida y época de Lucrecio*

9 *Introducción*

I. Datos biográficos	9
II. Momento histórico	12
III. Estructura y síntesis doctrinal de la obra	14
IV. Breve valoración del contenido	21
4.1. La teoría atomística, 21; 4.2. Doctrina sobre el alma, 24; 4.3. Teoría del conocimiento. Los simulacros, 26; 4.4. El universo y la tierra, 28.	
V. El género literario del poema	33
5.1. La expresión poética, 33; 5.2. Poeta de la vieja escuela, 34; 5.3. La influencia de Ennio, 35; 5.4. ¿Epopéya o poema didáctico?, 36; 5.5. Tema árido tratado con vigor poético, 37.	
VI. La lengua y el estilo	38
6.1. Preámbulo, 38; 6.2. Fonética, 40; 6.3. Morfología, 41; 6.4. Léxico, 46; 6.5. Sintaxis, 53; 6.6. Estilística, 60.	
VII. Prosodia y métrica	67
7.1. Prosodia, 68; 7.2. Métrica, 71.	
VIII. Tradición manuscrita y ediciones	79
8.1. Los varios testimonios del poema lucreciano, 80; 8.2. Ediciones, 82.	
IX. Bibliografía básica	84
9.1. Repetorio hasta 1977, 84; 9.2. Ediciones críticas, 84; 9.3. Ediciones críticas comentadas, 85; 9.4. Ediciones parciales comentadas, 85; 9.5. Traducciones, 86; 9.6. Observaciones críticas sobre el texto, 86; 9.7. En general sobre el poeta y filósofo, 87; 9.8. Vida y época del poeta, 88; 9.9. Composición y estructura del poema. Los proemios, 88; 9.10. Filosofía epicúrea y lucreciana, 91; 9.11. Lengua y estilo, 94; 9.12. Prosodia y métrica, 96; 9.13. Pervivencia, 97.	

99 *De rerum natura*

101 Libro I

140 Libro II

184 Libro III

224 Libro IV

270 Libro V

322 Libro VI

369 *Índice de nombre propios*374 *Índice temático*

Cuadro cronológico de la vida y época de Lucrecio

- 94 Fecha probable del nacimiento del poeta.
- 91-88 Guerra social.
- 90 Publicación de las fábulas atelanas de Pomponio y Novio.
- 88-82 Primera guerra civil (entre Mario y Sila) y las dos primeras guerras contra Mitrídates.
- 84-82 Publicación de la Retórica a Herenio.
- 82 Tratado oratorio de Cicerón «Sobre la invención».
- 81 Discurso de Cicerón en defensa de Quincio.
- 81-78 Memorias del dictador L. Cornelio Sila.
- 79 Discurso de Cicerón en defensa de Roscio de Ameria.
- 79-72 Sublevación de Sertorio.
- 80-65 Historias y Anales de C. Quadrigario, V. Ancias, C. Sisena y L. Mácer.
- 74-63 Tercera guerra contra Mitrídates.
- 73-71 Revuelta de los esclavos.
- 70 Discursos de Cicerón contra Verres y nacimiento de Virgilio.
- 66 Discursos de Cicerón sobre el mando de Pompeyo y en defensa de Cluencio.
- 65 Nacimiento de Horacio.
- 63-62 Conjuración de Catilina.
- 63 Discursos de Cicerón contra Catilina y en defensa de Murena.
- 62 Discurso de Cicerón en defensa del poeta Arquias.
- 61-54 Composiciones poéticas de Catulo.
- 60 Primer triunvirato.
- 60-51 Composición del poema filosófico «Sobre la Naturaleza» de Lucrecio.
- 58-51 Conquista de las Galias por César.

- 58 Destierro de Cicerón y extrañamiento de Catón.
- 56 Renovación del triunvirato.
- 56 Discursos de Cicerón en defensa de Sextio y Celio.
- 55 Discurso de Cicerón «Sobre las provincias consulares».
- Publicación de su tratado retórico «Sobre el Orador».
- 54 Tratado filosófico de Cicerón «Sobre la República».
- 54-53 Expedición de Craso contra los Partos. Su derrota en Carras.
- 52 Agitaciones de Clodio que es asesinado por Milón.
- 52 Discurso de Cicerón en defensa de Milón.
- 51 Comentarios de César «Sobre la guerra de las Galias».
- 51 Fecha probable de la muerte de Lucrecio.

Introducción

1. Datos biográficos

Aunque conscientes de las dificultades y complejidad de la cuestión nos inclinamos, apoyados en razones que creemos sólidas, a señalar como *fecha del nacimiento* de Lucrecio el año 94 a. C.; su *muerte*, en este supuesto, ocurriría el año 51 ó 50 a. C., cumplidos los 43 años de edad.

La noticia más completa, casi única sobre la vida del poeta, nos la proporciona la adición, que San Jerónimo o intercaló en su traducción de la *Crónica de Eusebio de Cesarea*, tomándola, al parecer, del libro *De poetis* de Suetonio. Dicha adición corresponde precisamente al mencionado año 94, conforme al testimonio del manuscrito más antiguo y autorizado de la *Crónica*, el Oxoniense.

Traducida por nosotros al castellano la información de San Jerónimo reza así: «Nace el poeta Tito Lucrecio, el cual más tarde, atacado de locura a causa de un filtro amatorio, después de haber compuesto durante las intermisiones de su demencia —es decir, en los momentos de lucidez— algunos libros que luego Cicerón enmendó, se dio la muerte con su propia mano a los 44 años de edad¹.»

Ahora bien, la *Vida de Virgilio*, escrita por Donato y también basada en Suetonio, dice así sobre el Mantuano: «... tomó la toga viril a los 17 años de edad siendo de nuevo cónsules los dos mismos, Pompeyo Magno y Licinio Craso, del año de su nacimiento, y aconteció que el mismo día fallecía el poeta Lucrecio.»

¹ Traducción sobre el texto de la edición crítica de Helm, pág. 9. Con todo, se duda que Suetonio sea la fuente de San Jerónimo.

Si admitimos que Virgilio, nacido el año 70, tomó la toga viril a los 17 años, como afirma Donato, habría que situar la muerte de Lucrecio en el 53, pero si la tomó a los 15, como suponen otros, buscando la coincidencia entre el segundo consulado de Pompeyo y Craso y la muerte de Lucrecio, ésta ocurriría el 55. La noticia, no exenta de sospecha, constituiría para Virgilio un nuevo y feliz presagio de celebridad y gloria literaria.

No parece que aporte algún dato de interés para confirmar la fecha de la muerte de Lucrecio el conocido pasaje de la carta dirigida por Cicerón a su hermano Quinto en febrero del 54, donde en relación a la obra de nuestro poeta se dice: «El poema de Lucrecio como tú me escribes *no* presenta muchos destellos de ingenio, pero sí de gran valor artístico².» El «no» subrayado por nosotros, que varios estudiosos de Lucrecio no aceptan, supone, a juicio de A. Rostagni, que Cicerón no apreciaba mucho el talento dialéctico y científico del escritor, pero sí su perfección poética y técnica³. De hecho el Arpinate rechazó el epicureísmo y no parece que hubiera valorado la argumentación que fundamentaba al sistema epicúreo y, por lo mismo, lucreciano. Además de admitirse el *non* («no») aparece más clara la oposición entre los dos miembros de frase: *no... pero (non... tamen)*.

Ahora bien, se infiere gratuitamente a partir de este texto que Lucrecio hubiera ya muerto el año anterior y que Cicerón recibiría la obra póstuma del poeta para hacer la revisión a que alude San Jerónimo. Todo hace suponer que Lucrecio y Cicerón mantenían buenas relaciones de amistad como hombres de letras, y del texto en cuestión sólo cabe deducir que tanto el Arpinate, como su hermano, se interesaban por la obra de Lucrecio; aparte de que el plural *poemata* («poemas») del original latino, con que se inicia el pasaje, se aplicaría, más que a la obra en su integridad, a las varias partes o cantos que integran el poema total. No es necesario pensar en otras piezas poéticas del autor.

Y ¿qué decir de *la locura intermitente* que aquejó al poeta y de su *posterior suicidio*? Si prescindimos de la Vida Borgiana, del siglo XV, desprovista de auténtico valor y que amplía caprichosamente la noticia jeronimiana, carecemos del testimonio de otras fuentes sobre estos hechos. Tal situación de aporía nos fuerza a acu-

² *Ad Quint. fr.*, 2, 9, 3.

³ Cf. Rostagni, A., *Storia della letteratura latina*, Turín, 1964, I, págs. 521-522.

dir al análisis minucioso de la obra del propio poeta a fin de confirmar, o no, los datos transmitidos por San Jerónimo.

Evidentemente el examen de la obra no fuerza a reconocer en su autor a un enajenado mental, víctima de la locura; antes bien, el poema, debidamente organizado, supone un escritor con notable capacidad intelectual y artística; en cambio, descubre rasgos de un espíritu exaltado, pesimista, atormentado, rayano en la neurosis, que en un momento de crisis depresiva, de fuerte abatimiento, hubieran podido conducirle sin más a un trágico desenlace. Pero hasta aquí no rebasamos el límite de la pura hipótesis, como es la de Stampini quien pretende que el filtro amoroso no sirvió para provocar la enajenación mental intermitente, sino que le fue administrado en las postrimerías de su vida para conseguir aquella exaltación final que le condujo al suicidio⁴.

Del poeta ignoramos el lugar de su nacimiento, como también su condicionamiento social. A partir del nombre «Lucrecio» se han venido elucubrando diversas conjeturas. Parecía, al menos hasta principios de siglo, que su ascendencia provenía de la noble estirpe Lucrecia, llegándose a afirmar que pertenecía a la antigua y gloriosa estirpe de los *Lucretii Tricipitini*, patricia sin duda, por lo que el poeta hubiera podido aspirar a la carrera senatorial.

Basados sólo en el nombre, el poeta hubiera podido ser muy bien un cliente o un liberto, pero sus relaciones con Cicerón y con el destinatario de su obra, C. Memnio Gemelo, noble político, orador de talento, amigo de Catulo, a quien Lucrecio se dirige en términos de buena amistad, favorecen la tesis de un escritor de noble cuna.

En cambio, el *cognomen Caro* está sólo atestiguado por las rúbricas del códice Oblongo en los distintos cantos del poema y por los fragmentos de la obra contenidos en las *schedae* o folios de Viena; sin tener en cuenta el testimonio de la Vida Borgiana. La tesis de F. Marx, luego seguida por E. Orth, propugnaba para Lucrecio, en base al *cognomen*, la condición de cliente o de liberto de origen céltico o acaso celtibérico, ya que no existían pruebas de que dicho *cognomen* fuera usado por las familias de la nobleza romana y sí por personas de baja extracción⁵. De este modo se relacionaría a Lucrecio con Catulo y Virgilio, descendientes del valle del Po, y con el propio Memnio como cliente o protegido de la familia. Pero las conclusiones de Marx han sido impugnadas como poco sólidas, so-

⁴ Cf. *Il suicidio di Lucrezio*, Messina, 1896, págs. 27 y sigs.

⁵ Cf. *Philologische Wochenschrift*, 56 (1936), col. 261.

bre todo teniendo en cuenta que ya en los albores del Imperio el *cognomen* era usado por los nobles, lo que hace suponer que el uso fuera ya anterior.

Curiosamente A. Rostagni se hace eco de la hipótesis, que reconoce como poco fundada, según la cual Lucrecio, en base a su *cognomen*, compartido por un grupo de epicúreos residentes en la isla de Rodas, pudo haber estudiado en aquella floreciente sede de la ciencia que frecuentaban los más ilustres romanos, donde, conforme al testimonio de Filodemo, se había establecido una escuela de epicureísmo. Con todo considera a Lucrecio de condición social elevada, que habitó en Roma, vinculado a las grandes familias, y que tal vez vivió algún tiempo en las proximidades de Nápoles donde en torno a Filodemo, en Herculano, y a Sirón, en la misma Nápoles, procedentes ambos de Siria, se habían establecido centros florecientes de epicureísmo⁶.

2. Momento histórico

En la *hora aciaga* que le tocó vivir, como él dice «tiempo inicuo de la patria» (1, 41), cuando la República tocaba a su fin, asistió en sus primeros años a la guerra social (91-88), luego a la primera guerra civil entre Mario y Sila (88-82), contemporánea de las dos primeras guerras de Roma contra Mitrídates, rey del Ponto y su enemigo infatigable; a la sublevación de Sertorio (79-72), el marianista que tuvo en jaque a Q. Metelo y a Pompeyo; a la revuelta de los esclavos (73-71) en toda Italia, capitaneados por Espartaco, que Craso hubo de sojuzgar con la fuerza de 10 legiones; a la tercera guerra contra Mitrídates (74-63), cuyo final, el año 63 en que el rey se hacía asesinar, coincidía con la peligrosa conjura de Catilina (63-62), que agrupaba a muchos nobles descontentos con el empeño de instalarse en el poder y de imponer una dictadura; al primer triunvirato (60), alianza política, considerada necesaria en aquel momento angustioso, establecida entre los tres políticos más poderosos, Pompeyo, César y Craso; a la conquista de la Galia por César (58-51), mientras el propio año 58 el tribuno Clodio, nombrado por César, y su lugarteniente en Roma, enviaba al destierro a Cicerón y alejaba de la Urbe a Catón; a la renova-

⁶ *De rerum natura. Commento e note*, Turín, 1968 (=1921-1923), I, pág. XIV.

ción del triunvirato en Luca (56) entre los mencionados políticos; a la expedición de Craso contra los Partos (54-53), en la que el propio triunviro pereció en aplastante derrota; a las subsiguientes agitaciones habidas en Roma (52), cuando Clodio era asesinado por Milón, acompañadas de motines y del incendio de la Curia, en tanto Pompeyo era nombrado por el senado cónsul único para restablecer el orden.

Sin duda nos encontramos ante un momento histórico de los más atormentados de la historia de Roma. No sabemos cómo Lucrecio debió reaccionar ante los acontecimientos, ni siquiera si tomó partido ante los mismos. Quizá no llegó a presentir la crisis profunda de la República. Pero a él le inspiraba, como veremos, *la filosofía de Epicuro*, la cual descubría en la acción política un obstáculo para llevar a cabo el ideal ético de la imperturbabilidad y del placer. Lucrecio buscaba en el epicureísmo motivaciones de serenidad y de vida interior. Por otra parte, la filosofía epicúrea suponía una crítica a la moral tradicional y una inhibición en el terreno político. Epicuro, su venerado maestro, propugnaba una comunidad más amplia y universal de hombres, libres de supersticiones, sobre todo religiosas, de ambiciones de poder y de riquezas, de temores a los dioses y a la muerte.

En cambio, hay que reconocer en este momento histórico una *eflorescencia literaria*, en su conjunto, de las más notables y en muchos casos de primera calidad. En efecto, tras la consolidación de la República romana al término de las guerras púnicas, con la irrupción del helenismo en toda su plenitud literaria y cultural que arraiga y florece fecundo en el círculo de Escipión Emiliano, no es de extrañar que las letras romanas en la época de Lucrecio, a pesar de la quiebra política y moral que la caracterizan en un período de transición, alcanzarán un esplendor inusitado.

Alrededor del 95 escribieron sus memorias Emilio Escauro y Lutacio Catulo, y en torno al 90 sus fábulas atelanas Pomponio y Novio. Entre el 84 y el 82, surgió la Retórica a Herenio, primera preceptística latina del arte oratorio^(a), de autor desconocido, quizá Cornificio. En torno al 82, el tratado oratorio «Sobre la invención» escrito por Cicerón y el 81 el discurso civil del mismo en defensa de Quincio. Entre el 81-78 se publican las memorias del dictador L. Cornelio Sila. En el 79 el discurso ciceroniano, en causa criminal, para la absolución de Roscio de Ameria. Entre el 80 y el 65 las historias romanas y anales de

Claudio Cuadrigario, de Valerio Ancias, de Cornelio Sisena y de Licinio Macer. En el año 70, cuando Cicerón compuso sus *Verrinas*, nació el poeta Virgilio. En el 66 pronunció Cicerón sendos discursos importantes: uno político, acerca del mando a conceder a Pompeyo para liquidar la guerra contra Mitridates, y otro judicial en defensa de Cluencio. En el 65 nació el poeta Horacio. En el 63 pronunciaba Cicerón sus discursos políticos contra Catilina, y su defensa judicial de Murena; asimismo al año siguiente llevaba a efecto la defensa judicial del poeta Arquías. Alrededor del 61-54 hay que situar las composiciones poéticas de Catulo. Igualmente *en torno a los años 60-51 el poema filosófico de Lucrecio*. En el 56 los discursos judiciales de Cicerón en defensa de Sestio y Celio. En el 55 el discurso del mismo «Acerca de las provincias consulares» así como su tratado retórico «Acerca del orador». En el 54 el tratado filosófico de Cicerón «Acerca de la república», el 52 el discurso judicial en favor de Milón. En fin, si prescindimos del libro atribuido a Hircio, los siete libros de «los comentarios sobre la guerra de las Galias» fueron publicados probablemente el 51.

Tales datos nos ahorran toda ponderación.

3. Estructura y síntesis doctrinal de la obra

El poema filosófico de Lucrecio «Sobre la Naturaleza» está repartido en seis libros: los dos primeros tratan acerca de los átomos, el tercero y cuarto del hombre y los dos últimos del mundo y los fenómenos naturales. Luego desarrollaremos el contenido de cada libro con mayor amplitud, pero no queremos ocultar que la crítica moderna que acepta la secuencia de libros que acabamos de apuntar, ha discutido anteriormente con profusión de argumentos sobre la cuestión genética y estructural del poema.

Aquí juegan un papel importante más que las conexiones lógicas del pensamiento o los lazos poéticos tendentes a configurar la unidad, otros procedimientos técnicos cuales son los proemios y los epílogos, que dan la impresión de que el conjunto de la obra se inserta bellamente en un marco adecuado. En todo proemio podemos distinguir dos partes: aquella que contiene el desarrollo de un pensamiento de bella factura poética, indepen-

diente del contenido del libro en cuestión, y la otra en que se reasume el pensamiento anterior y se expone el enunciado de la temática que se desarrolla a continuación.

Ahora bien, el proemio del libro IV presenta una especial dificultad por su contenido. Lo que llamaríamos primera parte, vv. I-25, es una repetición casi literal de los vv. 926-950 del libro I y aun supuesta «la morbosa tendencia de Lucrecio a repetirse», según Giussani⁶, y admitido que él mismo haya sido el interpolador del pasaje, todo hace pensar que por importuna e incongruente tal repetición hubiera sido eliminada en una revisión posterior. Pero hay más todavía. La segunda parte o de transición que resume lo anterior y anuncia el nuevo tema, vv. 26-53, ofrece un contenido incompleto e incoherente: en su primera mitad, vv. 26-44, enlaza bien con el anterior libro III, pero en la segunda mitad, vv. 45-53, lo hace sorprendentemente con el libro II. De aquí a suponer que el libro IV fuere escrito inmediatamente después del libro II, al que alude para luego enunciar su temática propia, no habría más que un paso. Así las cosas, se procedió a un replanteamiento general en la secuencia de los libros⁷.

Para no perdernos en discusiones excesivamente complejas e innecesarias, señalaremos tan sólo que llegó a suponerse, no sin cierto fundamento, que a los dos primeros libros seguirían los dos últimos con lo que tendríamos una exposición completa de la cosmología: los libros I y II tratan de la esencia de las cosas, de los átomos y de la constitución de los seres, terminando el libro II con la temática del cosmos, del nacimiento y muerte del mundo, lo que conectaría a la perfección con el pensamiento expuesto al inicio del libro V de que el mundo tuvo principio y tendrá fin. Esta ordenación supondría al propio tiempo un final más apropiado para la obra, pues se vería libre de una conclusión tan tétrica y angustiosa cual es la descripción de la peste de Atenas.

Sin embargo, también este final encuentra una explicación plausible, como remate del poema lucreciano, entre los especialistas de nuestros días que se inclinan, como dijimos, por el orden tradicional de los libros. Además de la afirmación explícita de Lucrecio en el proemio del libro VI, vv. 92-95, que lo señala

⁷ Cf. Valenti Fiol, *T. Lucretii Cari. De rerum natura*, Barcelona, 1976, páginas 34-42.

como el último al dar a conocer que se halla próximo al término de la obra, está a su favor tanto el testimonio directo de los códices, como el indirecto de las citas de los gramáticos. Ideológicamente, aún reconociendo la dificultad, cabría relacionar un final tan sombrío con la luminosa invocación a Venus del principio, en el sentido de que los mortales a quienes en medio de la tragedia de la peste no les importaba la religión, ni el poder de los dioses (vv. 1276 y sigs. del libro VI), deberían disponer su ánimo para la contemplación divina que con sus efluvios les deparará la serenidad y la paz. A pesar de que se afrontaba sin reservas el temor a la muerte, llevando a sus últimas consecuencias la creencia de que la muerte es un hecho natural.

En todo caso, los autores señalan los libros III y IV como el centro ideal del poema, como el corazón de la obra donde se encierra el mensaje esencial de la misma; liberar a los hombres del temor del Aqueronte y de la muerte que vicia los fundamentos mismos de la existencia, y así les permite gozos limpios y puros, una vez han conocido la naturaleza del espíritu y del alma (cf. III, 35-40). Es en el proemio del libro III donde el poeta afirma que después de haber expuesto la naturaleza de los elementos y la forma como éstos producen los seres, considera que debe exponer la naturaleza del alma (31-36). Esta manera de exponer los principios del epicureísmo, intercalando la antropología entre las dos partes de la cosmología, no correspondía, al parecer, ni al orden lógico, ni a los procedimientos normales de los autores al uso, pero en todo caso, ya con algún precedente, el poeta innovó, respondiendo a las exigencias de su espíritu y a los postulados de una época turbulenta que, a su juicio, necesitaba soluciones éticas para serenar los ánimos de los humanos, tranquilizar sus mentes y depararles un mínimo de felicidad. Así, Epicuro se constituía en el esperado libertador, de quien los jóvenes de la nueva generación captaban lo positivo de su mensaje, adhiriéndose a él, al considerar que aportaba una solución en aquel agitado devenir histórico.

Debatido el problema del orden de los libros dentro de la convergencia estructural del poema, pasamos a resumir el contenido de los mismos.

Emparejando, como es usual, los libros por la afinidad del pensamiento expuesto en ellos, podemos afirmar que los dos primeros, en el marco de la fisiología antigua, analizan los principios constitutivos de los seres, de los átomos. El libro I des-

pués de la invocación a Venus y el elogio de Epicuro, establece el principio fundamental de que nada nace de la nada, y nada se reduce a la nada, que todos los seres están formados de corpúsculos primitivos, sólidos, indivisibles y eternos (los átomos) y, aunque invisibles, no podemos dudar de su existencia; ahora bien, no podrían existir, ni moverse sin el vacío, por donde el universo es el resultado de átomos y vacío. Lo demás es propiedad o accidente de estas dos substancias. Por ello se rechaza la teoría de Heráclito que considera el fuego el elemento primordial, como la de otros filósofos para quienes tal elemento es el agua, el aire o la tierra, o la de Empédocles que piensa que el elemento primero está constituido de la conjunción de cuatro elementos. Tampoco las homeomerías de Anaxágoras (el ser estaría compuesto de partículas homogéneas) explican mejor la composición de los cuerpos. El universo es infinito y, por lo mismo, también sus partes: átomos y vacío; pero, no tiene centro al que puedan tender los cuerpos pesados.

El libro II comienza con el elogio de la filosofía y analiza seguidamente las cualidades de los átomos y entre ellas, en primer término, el movimiento que les es esencial, dotado de una extrema rapidez y tendente hacia abajo. Sin embargo, la caída de los átomos no es perpendicular, pues siendo cuerpos paralelos entre sí los átomos al caer jamás hubiera podido encontrarse; de ahí la necesidad de que se desvíen (*declinare, clinamen*) el mínimo posible de la perpendicular. Este movimiento continuo de los átomos lo descubre la razón, porque los sentidos no pueden percibirlo. También la razón nos certifica de que los átomos presentan diversidad de figuras, en cada una de las cuales se agrupan multitud de átomos, pero de número limitado, aunque suficiente para determinar la variedad de los seres. En cambio, de los átomos están ausentes las cualidades secundarias de color, sonido, olor, calor, sensación, las cuales son el resultado de una asociación de ideas. Con estas cualidades los átomos han dado origen no sólo a nuestro mundo, sino a infinidad de otros mundos. El nuestro es como un individuo particular entre otros muchos, pero, como todo ser viviente, está sometido al nacimiento, al desarrollo, al declive y a la muerte.

Los libros III y IV, núcleo del poema, se ocupan de la naturaleza del alma y del conocimiento que ésta tiene del mundo exterior. En concreto, el libro III, se abre con la invocación a Epicuro; a continuación, el poeta anuncia la importancia del tema,

señalando que es la ignorancia de la naturaleza del alma la que inspira a los hombres el temor a la muerte, causa única de todos los males. Seguidamente nos enseña que el alma es realmente una parte de nuestro ser. Ella constituye una unidad de substancia con el espíritu, el cual reside en el centro del pecho, reservado sólo para el entendimiento y la voluntad; el alma, en cambio, se extiende por todo el cuerpo. Alma y espíritu son corporales aunque formados de átomos muy sutiles; no son simples, sino resultado de cuatro componentes: de soplo, calor, aire y un cuarto elemento que produce el pensamiento y la sensibilidad; los cuatro como propiedades de la misma substancia actúan conjuntamente, pudiendo prevalecer uno sobre otro, lo que da origen a la diversidad de caracteres. Alma y cuerpo no pueden subsistir el uno sin el otro; nacen y mueren al mismo tiempo; por ello no hay que temer la muerte que es un hecho natural.

El libro IV, tras ponderar la misión de Epicuro, presenta la teoría de los simulacros. Nuestras sensaciones son producidas por corpúsculos invisibles, unos emanados de los mismos objetos, otros formados en el aire y otros combinación de ambos; tales corpúsculos o simulacros gozan de extrema sutileza y velocidad, mediante ellos puede explicarse el mecanismo de la sensación y del pensamiento. La sensación de la vista se produce por simulacros provenientes de la superficie de los objetos por donde podemos juzgar de su magnitud, de su color, de su figura, de la distancia que los separa de nosotros, de su movimiento; el eventual error que padecemos a resultas de tales percepciones se debe a la precipitación de nuestro espíritu, no al órgano sensorial, es decir, que los sentidos son guías infalibles, criterio seguro para alcanzar la verdad. La sensación del sonido procede de los corpúsculos emanados de los objetos, los cuales, si son moldeados por la lengua y el paladar, forman las palabras. La sensación del gusto la producen los jugos que se desprenden de los alimentos al triturarlos. La sensación del olfato, a su vez, la causan los corpúsculos salidos del interior de los objetos, por donde su proceso resulta más lento. Sólo existen estas cuatro clases de sensación, ya que la del tacto resulta de la impresión directa de los objetos. Nuestros pensamientos son atribuidos a los simulacros de que rebosa la atmósfera que nos rodea y por cuyo medio y combinación pueden explicarse las ideas, incluso quiméricas, que asaltan a nuestro espíritu. En relación con este punto, combate el poeta la concepción teleológica de nuestros órga-

nos: por qué es natural la necesidad de comer y beber, cómo el alma tan sutil puede mover cuerpos tan pesados, cómo el sueño llega a entorpecer las facultades del alma y del cuerpo y de dónde proceden los ensueños. A este propósito describe la naturaleza del amor frente al cual se deben tomar precauciones por lo insaciable, engañosa y funesta que resulta la pasión amorosa, terminando el libro por una original exposición del proceso de la generación humana, dónde se analizan las causas de la esterilidad y se afirma que la costumbre influye también en el amor.

El par constituido por los libros V y VI, en estrecha relación ideológica con los libros I y II, se ocupan de cosmología: del universo, de la tierra y de los fenómenos naturales.

En el libro V el poeta, después de ensalzar a Epicuro, como al gran filósofo, expone la tesis de que nuestro mundo ha tenido un principio y tendrá un final (ni es dios, ni morada de los dioses, ni obra de la divinidad). Lo demuestra porque los llamados elementos del mundo están sometidos a alteraciones continuas; porque los cuerpos, aún los más sólidos, se agotan; porque múltiples causas internas y externas contribuyen a la destrucción del mundo; porque la pugna entre elementos contrarios, cuales el agua y el fuego, con los incendios, inundaciones, diluvios, terremotos, llevará el mundo a la ruina. Éste, en cambio, se ha formado por el concurso fortuito de los átomos.

En un principio los componentes de los seres estaban agrupados en desorden, pero muy pronto el caos se desvaneció: la tierra ocupó el centro del sistema, el aire se situó encima de ella y el éter ígneo desplegó una especie de muralla alrededor del mundo: siguió la formación de mares, montañas y ríos, y los astros empezaron a dar vueltas. Lucrecio explica cómo la tierra está suspendida en medio de la atmósfera y cuál es la magnitud real del sol, la luna y las estrellas, mostrando opiniones de los filósofos sobre la revolución anual y diaria del sol, sobre la desigualdad de los días y de las noches, sobre las fases de la luna y sobre los eclipses del sol y de la luna. Pasa luego a ocuparse de la tierra, recién formada: ésta produce primero las plantas, las flores y los árboles; a continuación los animales y los hombres. Una vez producidos los primeros individuos de cada especie, la tierra agotada encomendó a éstos la tarea de reproducirse ellos mismos. Entretanto, los hombres se alimentaban de frutos silvestres, apagaban la sed en las fuentes y los ríos y hacían la guerra a las bestias del campo. Pronto se introdujeron

las bodas, se formaron pequeñas comunidades donde surgió el lenguaje; con el descubrimiento del fuego terminó la barbarie. Junto a las necesidades naturales, surgieron otras nuevas y algunos ambiciosos se proclamaron reyes; mas los hombres sintiéndose hermanos, hijos de la madre tierra, dieron muerte a los tiranos y durante largo tiempo vivieron en la anarquía hasta que al fin, comprobando sus inconvenientes, nombraron magistrados y dictaron leyes para su propio gobierno. Pronto la religión robusteció el concepto de autoridad y la superstición promovió la edificación de altares y el establecimiento de un culto religioso. Nuevos descubrimientos promocionaron las artes: fueron los incendios provocados en los bosques los que ocasionaron la fusión de los metales; con ellos el hombre se fabricó instrumentos de guerra. Mas, frente a las artes destructoras se perfeccionaron también las artes útiles: se confeccionó la tela en sustitución de las pieles de animales, se cultivó el campo de forma más inteligente y surgieron nuevas artes: la música, la astronomía, la navegación, la arquitectura, la jurisprudencia, la poesía, la pintura, la escultura con la ayuda de la experiencia y la luz de la razón.

El libro VI está todo él consagrado a los fenómenos atmosféricos o meteoros. También con el elogio a Epicuro se abre el proemio donde el autor pondera la importancia del tema a tratar ya que, a su juicio, constituye la fuente principal de la superstición humana. Expone ampliamente las causas del trueno, del relámpago y del rayo: no es Júpiter quien lanza los rayos desde el cielo, sino que el fenómeno se debe a los vapores inflamables de la atmósfera que prenden de forma natural en circunstancias dadas. Pasa luego a analizar las trombas y los torbellinos, debidos, más o menos, a las mismas causas: las trombas marinas suponen un terrible riesgo para la navegación, las terrestres, no menos peligrosas, son más raras. Se ocupa, a continuación, del origen de las nubes, de la lluvia y del arco iris. Con relación a los fenómenos terrestres explica las causas de los terremotos, la constancia en el volumen del mar, la existencia de los volcanes, de las erupciones del Etna y de las inundaciones del Nilo. Describe, asimismo, las grutas llamadas «avernos» donde los pájaros o no vuelan o se precipitan muertos, fenómeno que tiene una explicación natural, como los efectos de ciertos olores o vapores sobre las personas. Investiga la causa que hace que los pozos sean más fríos en verano que en invier-

no, analiza las características singulares de ciertas fuentes y las propiedades del imán, su poder de atraer hacia sí y de comunicarse. Se ocupa, en fin, de las enfermedades contagiosas y pestilentes. Como colofón, aduce el ejemplo de la magna epidemia que fue la peste de Atenas, la cual asoló no sólo la ciudad, sino también toda el Ática: se describen los efectos de la peste no sólo sobre los cuerpos, sino también sobre los espíritus de los afectados.

4. Breve valoración del contenido

Hay que reconocer que el contenido ideológico del poema lucreciano constituye la exposición más amplia y relativamente completa del sistema epicúreo, y, por supuesto, una de las obras científicas más novedosas, por racional y empírica a un tiempo, del mundo antiguo⁸.

4.1. La teoría atomística

Expuesta en los libros I y II se ordena a la Ética, como en general toda la doctrina física. Tiene su inspiración en los presocráticos Leucipo y Demócrito, para quienes junto al Ser, «la plenitud», es decir, la materia formada de átomos, existe el No ser, «el vacío», o sea, el espacio ocupado por la materia y el espacio no ocupado por ella. En última instancia todo se reduce a los *átomos* y al *vacío*. Este es uno más de los muchos préstamos de los citados filósofos griegos a Epicuro y Lucrecio. Lo es también el *modo de caracterizar* a los átomos: éstos son para Demócrito indivisibles, inmutables, simples, compactos y eternos, cualidades todas admitidas por Epicuro y su discípulo Lucrecio. Los átomos son indivisibles ya que son los elementos mínimos primordiales y, en el supuesto de que idealmente podamos distinguir en ellos ciertas partes, tales componentes care-

⁸ Remitimos a la bibliografía sobre *Filosofía epicúrea y lucreciana*. Hay que tener en cuenta la información contenida en las epístolas de Epicuro a Heródoto, Pitocles y Meneceo, recogidas por Diógenes Laercio, *Vita philosophorum...*, X, *Epicurus*, Leipzig, 1922 (ed. M. von der Muehll). Una edición modelo, con introducción y notas, de las Epístolas y las Máximas acaba de ser publicada en París, julio de 1987, por Conche Marcel.

cen de existencia propia. De hecho, la forma de los átomos depende de la posición de estas minúsculas partes. El átomo, como en Demócrito, carece de nacimiento y, por lo mismo de muerte, ni puede surgir de la nada, ni regresar a ella, así se excluye la intervención divina sobre los seres; la muerte de éstos se produce por la disgregación de los átomos, pero éstos son inmutables, es decir no susceptibles de cambio o destrucción, y compactos por cuanto el vacío no entra a formar parte de su ser aunque sea su espacio natural. Como en Demócrito, así también en Epicuro y Lucrecio, *los átomos se distinguen entre sí por su forma, su magnitud y su peso*. Pero el número de formas de los átomos no es infinito, como afirmaba Demócrito, para ello sería necesario tener átomos compuestos de infinito número de partes, grandes como el mundo, argumento matemáticamente débil, según los críticos, pues de lo contrario no sería posible ordenar y determinar la variedad de los seres; en cambio sí que es infinito el número de átomos en general y de aquellos que poseen una figura determinada. Los átomos se distinguen también por su tamaño, el cual está en relación con su peso, pero ni los hay infinitamente pequeños ni de una magnitud tal que permita apreciarlos con la vista; ya dijimos que son invisibles, pero reales.

Respecto al *movimiento de los átomos* y al encuentro y choque entre ellos, de donde surge la variedad de los seres, existen discrepancias entre Demócrito y los epicúreos. Para uno y otros el libre movimiento de los átomos en el espacio se produce *en dirección hacia abajo* y, al chocar y juntarse entre sí los de características similares, tiene lugar la formación de los seres en toda su variedad. Pero Demócrito pensaba que en el encuentro y reunión de los átomos los más pesados, en virtud de la fuerza de la gravedad, caían más rápidamente y la diferencia en la caída respecto a los más ligeros justificaba los choques y la producción de los seres. Sin embargo, ya observó Aristóteles, y también Lucrecio, que la velocidad en el espacio vacío es la misma para todos los átomos, dado que el vacío no ofrece resistencia alguna a la caída; ésta sería, pues, a la misma velocidad, de suerte que al caer en línea paralela los átomos nunca chocarían entre sí. Pero la realidad nos ofrece la espléndida variedad de seres o cuerpos materiales. Para justificar este hecho, a que nos fuerza la experiencia, el sistema epicúreo recurre al poder o virtualidad que tienen los átomos de desviarse en su caída de la línea

recta, al menos un poco, o casi nada, para poder encontrarse y formar los seres combinándose entre sí. Este *principio de la desviación* («*clinamen*») atómico, básico en el sistema epicúreo para fundamentar la física, tiene también su aplicación en el terreno moral al introducir, en medio de inflexibles leyes mecánicas, un elemento de contingencia que ofrezca un apoyo sólido a la libertad. Tanto Epicuro como Lucrecio, se oponen en este punto a Demócrito, alejándose de un fatalismo que vendría impuesto (?) por las leyes de la naturaleza. Aquí *el concepto de libertad no se aplica sólo a los seres racionales*, sino a todo ser vivo, y queda vinculado al tema del movimiento: supone la posibilidad de cambiar la dirección del movimiento, de mudarse en el espacio; esto en sentido físico, pues en sentido ético será la facultad que tiene la voluntad para decidirse y hacerlo en un sentido o en otro distinto.

Además de los átomos y el vacío no existe una tercera realidad. Todo lo demás no es otra cosa que *propiedad o accidente* de estas dos substancias y sin existencia propia no es sino puro fenómeno. Así el sistema epicúreo con esta fundamentación en la realidad distingue entre las cualidades propias de los átomos y las que se desprenden de sus combinaciones al formar los cuerpos. Estas últimas, como el color, el sonido, el olor, el sabor, no alcanzan el mismo grado de realidad que las antes mencionadas, propias de los átomos: la forma, la magnitud y el peso. Entre estas *cualidades segundas*, también combinación de átomos, se cuenta la vida. Sólo que tal combinación resulta de la concordancia de átomos empeñados en producir el ser vivo y así tiene un carácter especial: es decir, que sólo en condiciones específicas será posible la vida.

El mundo, y nuestro mundo en concreto, nace del choque y combinación de los átomos y como quiera que estos corpúsculos elementales y sus combinaciones son infinitos, también deben ser infinitos los mundos. Tal postulado del epicureísmo, no exento de originalidad, parte de la convicción de que entre átomos y vacío, infinitos, no han sido posibles otras combinaciones que las que contemplamos en nuestro mundo visible. Los otros mundos, cuya existencia se supone, se encuentran más allá de los límites de este mundo, y su existencia la deducimos, según Lucrecio, por vía del raciocinio, en virtud del principio de la analogía. Pero no existe contradicción en que el sistema epicúreo, basado en la sensación, como criterio de verdad, recurra

a los argumentos de razón para probar la existencia de otros mundos, toda vez que la realidad de éstos halla su fundamento en la relación que guardan con nuestro mundo.

Inmerso como está en la ley del cambio universal, de la alternancia de desarrollo y declive, el mundo no escapa a la perspectiva de la muerte. Es más, a Lucrecio le parece que su final no está lejano, pero no puede predecirse con seguridad; el día fatal de su muerte lo decide el destino, y mejor será que no asistamos a un espectáculo tan luctuoso.

4.2. *Doctrina sobre el alma*

Primordial en el pensamiento filosófico lucreciano, va destinada a redimir a los hombres del temor a la muerte y a los infiernos, una vez demostrada la tesis de que el alma muere con el cuerpo. Curiosamente nuestro autor, que parte de la teoría atomística, se ocupa más de analizar las características del alma que las del cuerpo; sin embargo, esta actitud responde a su empeño de mostrarla material y mortal como el cuerpo al que está unida, y así liberar a los humanos de las preocupaciones y depararles la serenidad.

El alma constituye una parte real de nosotros mismos, no es tan sólo una disposición vital del cuerpo, una armonía, como pretendieron Dicearco o Aristóxeno. En ella, como dijimos, *hay que distinguir dos partes*: el *animus* o espíritu, dotado de racionalidad, sede de las operaciones intelectuales y volitivas y el *anima*, irracional, principio de la sensación que se extiende por todo el cuerpo. Mas, parece deducirse con claridad que tanto el espíritu como el alma son conjuntamente el principio motor de la sensibilidad, del placer y del dolor, de tanta transcendencia para la ética epicúrea, si consideramos que el sumo bien radica en la consecución del placer. Alma y espíritu están estrechamente unidos con el cuerpo; pero no hay que pensar, como lo ha pretendido Demócrito, que a cada elemento del cuerpo corresponda un elemento del alma. Ésta, en cuanto distinta del espíritu, esparcida como está por todo el cuerpo, recibe en éste las sensaciones, provoca en él la sensibilidad y conduce hacia él los impulsos del espíritu. El alma se transmite con el cuerpo en la generación y crece junto con él.

Entre alma y espíritu existe contigüidad y continuidad, en-

tendidas en sentido puramente espacial; pero la una y el otro pueden hallarse en situaciones diferentes, y el dolor afectar a sólo uno de los dos. Ambos, en cambio, son materiales, compuestos de átomos, lisos y pequeños, los más sutiles de la naturaleza, de extrema rapidez. Claramente se evidencia en Lucrecio el intento de acercar y hasta cierto punto igualar alma y espíritu para así descartar que este último por su capacidad intelectual y volitiva pueda sobrevivir al cuerpo después de la muerte.

Los átomos que componen alma y espíritu son de cuatro clases: de calor, de aire, de aliento y de una cuarta clase, a la que no se da nombre, pero que es la más noble y que responde de los movimientos propios de la sensibilidad y del pensamiento; ubicada, al parecer, en lo íntimo del alma y del espíritu, constituye el *alma de nuestra alma*. Estos cuatro componentes no pueden actuar por separado, vienen a ser diferentes propiedades de la misma substancia, pero pueden predominar unos sobre otros, de donde nace, según los epicúreos, la diferencia de temperamentos. Éstos no hacen sino trasladar al alma material la teoría hipocrática, según la cual el carácter y comportamiento humanos dependen de la relación que en el cuerpo guardan los cuatro humores.

En la *demostración de la inmortalidad de nuestra alma*, Lucrecio nos enfrenta directamente a los argumentos clásicos de la doctrina opuesta, esgrimidos ampliamente por Platón —quien defiende la tesis de la inmortalidad en su diálogo 'Fedón'—; nuestro poeta dirige su razonamiento en una *doble vertiente*: por una parte hace hincapié en la estrecha unión del alma con el cuerpo, con el que crece, se desarrolla y envejece, por lo que se ve abocada al mismo destino final; por otra advierte las constantes debilidades del alma, sus afecciones, decaimiento, enfermedades, situación esta incompatible con la de un ser inmortal. Ciertamente Lucrecio se muestra contrario a la creencia en la transmigración de las almas. Por ello, según él, no hay que asustarse ante la muerte ya que con ella se pierde también la sensibilidad y volvemos al estado que teníamos antes de nacer.

4.3. Teoría del conocimiento. Los simulacros

Del ámbito de la Lógica a Epicuro sólo le interesó la parte que se ocupa de la teoría del conocimiento, que él denominó «canónica» por cuanto nos procura el criterio para conocer la verdad. La «canónica», en el sistema epicúreo, tiene un carácter sensualista. Son los sentidos el fundamento único para lograr la evidencia cognoscitiva. La razón se apoya en los sentidos, éstos confirmarán los juicios de aquélla sobre la verdad y certeza de las cosas. No sólo la teoría atómica debe aplicarse a la naturaleza del alma, sino también a las operaciones anímicas, las que, para los epicúreos, no son, en último término, otra cosa que combinaciones de átomos. Y, en primer lugar, la sensación, el fundamento de nuestro conocimiento de la realidad. No hay que olvidar que los objetos externos actúan sobre el alma por el canal de los sentidos.

Las sensaciones se producen mediante los simulacros (en griego «ídolos» de tejido pelicular, sin desprendimiento de partículas) o emanaciones de átomos que partiendo del objeto percibido, del que conservan la semejanza —y de ahí su nombre— se introducen en los órganos de los sentidos. Éstos transmiten su impresión al alma y, a través de ésta, al espíritu. Hemos hablado ya de los cuatro tipos de sensación producidos por los simulacros: de la visión, de la audición, del gusto y del olor. No existe propiamente sensación de tacto, en cuanto que éste se produce por la impresión inmediata del objeto y el tacto no necesita, evidentemente, ser excitado por los simulacros provenientes del objeto, sino por el objeto mismo; en cambio, se le reconoce como el sentido fundamental, ya que en la sensación todo, en última instancia, se reduce a contactos.

No obstante, el sentido al que se ha tenido más en cuenta para elaborar la teoría de los simulacros y sobre el que más insisten Demócrito y Epicuro es el de la vista.

Explicitando algo más el *proceso de la sensación*, diremos que los simulacros, copias de los objetos, compuestos de átomos de una sutileza y finura inconcebibles, recorren, copiosos en número y con suprema rapidez, el espacio hasta que llegan a los órganos de los sentidos y penetran en ellos. Allí con la misma rapidez se suceden los simulacros unos a otros de suerte que como acontece con el cine cuyo procedimiento sugieren, «dan la impresión de la continuidad de los movimientos y de la es-

tabilidad del objeto percibido»⁹. El carácter eminentemente visual de la teoría es evidente, si bien la aplicación de la misma al proceso de las otras sensaciones mencionadas se presenta de forma más confusa o, al menos, no tan clara.

Teniendo en cuenta el proceso de la percepción sensitiva, el *aparente error de los sentidos* —que no es real—, se explicará alegando que los simulacros cuando se desplazan de los objetos a los órganos de los sentidos pueden deformarse, o confundirse con otros que flotan en el aire, y entonces el error consistirá en atribuir a los objetos las características del simulacro deformado; ahora bien, la sensación es fiel en reflejar el simulacro que impresiona su órgano; el error, en cambio, está en la falsa apreciación del juicio de la razón que infiere erróneamente más de lo que la sensación le ofrece.

De la repetición de las percepciones sensitivas nace el concepto por medio del cual retenemos en la memoria la imagen del objeto percibido; percepciones y conceptos son evidentes de por sí, sin necesidad de ulterior demostración: son las imágenes de los objetos en el alma, a las que no ha alcanzado la acción, en ocasiones perturbadora de nuestra razón.

En relación con los conceptos se plantea la *temática sobre el pensamiento*, cuya naturaleza y operación no se sitúa en un plano superior, como si fuera capaz de descubrir verdades inaccesibles a los sentidos —así lo había entendido Demócrito—, sino como una suposición que necesita ser comprobada mediante la percepción sensitiva. También el pensamiento descansa en el principio de la combinación de los átomos y de los simulacros. Se atribuye a los simulacros de los que la atmósfera está llena, tan sutiles como aquellos que se desprenden del cuerpo de los dioses, tan finos que se insinúan en todos los poros de nuestro cuerpo penetrando hasta nuestro espíritu, y cuya combinación y sucesión son tan rápidas que por su medio podemos explicar las muchas ideas que nos asaltan tanto en vigilia como en sueño, incluso en esas imágenes quiméricas como las de Centauros, miembros de Escilas, facies caninas de Cerberos, imágenes de los difuntos. Si bien está en nuestro poder aplicar nuestra mente sólo a aquellos simulacros que nos interesa de entre los muchos que nos rodean.

⁹ Boyance, P., *Lucrece. Sa vie, son oeuvre avec un exposé de sa philosophie*, París, 1964, pág. 30.

No obstante, de alguna manera puede suplir la inteligencia la función de los sentidos, y los epicúreos insisten constantemente en la *inducción por analogía*, la que a partir de lo conocido, por la percepción sensitiva, se alza al dominio de lo desconocido, más allá del alcance de los sentidos. Pero la inducción debe ser contrastada por la operación sensitiva de dos maneras: bien de forma positiva confirmando la suposición apoyada en la analogía, bien de forma negativa no contradiciendo la conclusión a que, por vía de analogía, ha llegado la razón.

4.4. *El universo y la tierra*

La cosmología epicúrea, el estudio del universo y de la tierra, plantea en Lucrecio la eterna polémica entre quienes defienden la presencia de un orden divino en el cosmos y quienes la rechazan.

Por supuesto, los epicúreos defienden que el mundo igual que el alma —el macro y microcosmos— es percedero y mortal. Pero lo sorprendente del caso es que la tesis de un mundo con principio y fin queda vinculada a la de un mundo que ni es dios, ni es morada de los dioses, ni es obra de la divinidad. Es más: una supuesta intervención de los dioses en la formación y gobierno del mundo estaría en pugna, según Lucrecio, con la idea de unos dioses sumamente felices e «independientes» que, por lo mismo, no deben ocuparse de la dirección del mundo. Como el sabio epicúreo no debe intervenir en los asuntos del Estado, tampoco los dioses en el gobierno del mundo.

Por otra parte, para llevar a cabo la creación del mundo, dios tendría que representarse la idea de los objetos que va a crear —es la teoría de los simulacros—; ahora bien, la idea sólo puede proceder del objeto mismo, del cual depende la representación; lo que supone que el objeto existe ya. Es exactamente la antítesis de la doctrina platónica, según la cual dios crea el mundo inspirándose en el modelo divino de las ideas eternas.

Digamos de pasada que no se debe concluir por ello que Lucrecio sea un precursor del materialismo marxista. Si hay materialismo en negar la providencia divina, en considerar al hombre como uno más de los seres vivos, sin dotarle de una esencia más noble, la doctrina de Lucrecio sobre la naturaleza y el cosmos busca desterrar el temor a los dioses, pero no pretende es-

tablecer una técnica de progreso, ni el individuo queda sometido a las exigencias de la sociedad; es precisamente la vida interior de ascetismo, de serenidad, de inhibición ante la política lo que interesa al epicúreo, objetivo que, en buena medida, concordará con el ideal platónico y estoico. Sólo con esta perspectiva hay que entender la afirmación de A. García Calvo: «así es a nuestros ojos la doctrina epicúrea el modelo, frente a la ciencia normal o aristotélica, de toda doctrina 'de izquierdas' o contestataria que pretende ser positiva al mismo tiempo; no en vano atrajo este materialismo la atención, por ejemplo, de C. Marx para su tesis doctoral sobre las diferencias entre Demócrito y Epicuro»¹⁰.

Al prescindir de la acción divina o demiúrgica en el *origen y formación del mundo*, todo se explica como producto del juego de unas leyes surgidas al azar en el seno de la naturaleza, leyes que regulan las combinaciones de los átomos en el espacio vacío.

Las distintas partes del cosmos quedan definidas por la presencia de los *cuatro elementos*. Estos no son cuerpos primeros simples, sino una especie de moléculas formadas de átomos combinados.

Los cuerpos celestes que aparecen en la formación del mundo no son dioses, cual pensaron Platón y los estoicos, sino que su realidad debe explicarse por los principios del atomismo.

Las diversas explicaciones destinadas a justificar los fenómenos celestes (astros) y los meteorológicos (v. gr., rayos, trombas marinas, formación de nubes, terremotos, etc.), no deben excluirse, sino que permiten dar razón de dichos fenómenos eliminando la intervención divina; disipando así de nuestros espíritus tanto el temor a los dioses por una supuesta intervención de ellos, como, en general, toda superstición religiosa.

En todo caso, conviene notar que frente a la inseguridad de las explicaciones sobre seres y fenómenos particulares en el universo, alcanza un *valor de certeza absoluta el principio de que la materia está constituida de átomos y de vacío*, pues sustenta semejante certeza la argumentación que especula sobre las conclusiones absurdas a que llegan las otras explicaciones. Mas, ¿cómo sabemos que esas otras explicaciones no tienen cabida? Para ello Lucrecio recurre sin más a una operación por la que

¹⁰ García Calvo, A., *Lucrecio, De la naturaleza de las cosas*, Madrid, 1983, pág. 14.

captamos los primeros principios de la certeza que no admiten posible duda, pero esta solución supone renunciar, al menos por una vez, al empirismo que caracteriza a Lucrecio.

Han sido *célebres los errores del epicureísmo* en materia de astronomía (sobre las dimensiones reales del sol, la luna y los astros), el prescindir de los resultados de la matemática y de la geometría: ni el sol ni la luna son mayores de lo que aparecen a nuestra vista, aunque no por ello pierden la influencia que ejercen en nuestro mundo. Cicerón¹¹, ridiculizaba semejante error, recordando que entre los griegos, el propio Demócrito, gracias a sus grandes conocimientos geométricos, lo había superado, y aquí no se puede hablar de reacción antiplatónica contra las ideas apriorísticas sobre la perfección divina del movimiento circular, etc. Tanto Epicuro como Lucrecio confundieron lo que era la ciencia astronómica, basada en leyes matemáticas, con las fantásticas exposiciones astrológicas de autores muy primitivos.

Con relación a la *doctrina* que expone Lucrecio *sobre la vida en la tierra, sobre la sociedad humana y su progreso* es preciso hacer algunas acotaciones:

Tanto los vegetales como los animales los presenta nacidos de la tierra, que es el elemento progenitor; no surgen del agua ni vienen del cielo o del aire, como queriendo atajar, en seguimiento de Demócrito, la controversia que sobre el tema había entre los filósofos. Si no todos los seres vivos nacidos en un primer momento han subsistido, y razas enteras de animales —algunos portentosos— han perecido, ello se debe a que la naturaleza exige un conjunto de condiciones para que la vida continúe, y en este punto el poeta filósofo da la impresión de anticiparse a la tesis de la selección natural de las especies preconizada por Darwin.

Como los restantes animales, también el hombre ha nacido de la tierra de forma espontánea y natural sin que haya mediado ningún tipo de acción divina como la que supone la Biblia o el mito clásico de Prometeo. Nacido esencialmente bueno por obra de la naturaleza, el hombre fornido y robusto sólo tenía que defenderse de las fieras del campo para evitar la muerte producida por un agente externo, pues en su dichosa ingenuidad desconocía las guerras, el veneno, el naufragio, etc. Según Lucrecio el posterior progreso de la humanidad, que no es igno-

¹¹ Cf. *De fin.*, 1, 20.

rado, hay que supeditarlo al auténtico valor que radica en seguir los dictados, a veces desconocidos, de la naturaleza y de las enseñanzas de la moral epicúrea.

Fiel a sus principios, Lucrecio no se complace en citar nombres concretos, primero de dioses o héroes y después de las grandes figuras de hombres que han podido contribuir, y de hecho han contribuido, al desarrollo humano en las sucesivas etapas de la cultura. Para él los factores del progreso son las lecciones que nos brinda la naturaleza y la experiencia, y la excepción que supone Epicuro lo es en la medida en que el admirado maestro griego con su sabiduría, promoviendo una verdadera renovación espiritual, nos devuelve la fe en la naturaleza y en nosotros mismos.

La vida familiar basada en el amor a la esposa y a los hijos estuvo en su origen sustentada por una especie de pacto entre sus miembros, pues considera el poeta que de otra suerte no hubiera sobrevivido la humanidad.

El lenguaje surgido del instinto natural del hombre a expresarse, instinto que también comparten los animales, se lo enseñó a los hombres la propia naturaleza sin intervención de ningún dios —fuera éste Mercurio—, ni de héroe alguno.

Fueron en un principio hombres que sobresalían por sus cualidades espirituales y corporales los que ejercieron la realeza y gobernaron a sus semejantes; pero muy pronto al espíritu y la hermosura sustituyó la riqueza, y de ella surgió la ambición. Las pasiones se desencadenaron y llevaron consigo el derrocamiento de los reyes. El poder pasó a manos de la mayoría que, cansada, tras largo tiempo del desorden y de la anarquía, sustituyó el régimen de la fuerza por el gobierno de las leyes. Naturaleza y experiencia condujeron a los hombres a esta solución definitiva.

Pero la justicia, que se apoya en las leyes y el derecho, no es para Lucrecio una virtud en sí misma, sino que se fundamenta en el temor que el delincuente tiene al castigo que sabe que no podrá evitar por largo tiempo. La maldad, la injusticia es, por tanto, fuente de inseguridad, de preocupación, lo que contradice directamente el ideal supremo de la ataraxia o tranquilidad del alma.

La creencia de los dioses, en la que Lucrecio insiste menos que Epicuro, y el sentimiento religioso en general, vinieron a robustecer el principio de autoridad. Para el poeta fue la supers-

tición humana por el miedo ante los rayos, temblores de tierra, inundaciones, etc., la que elevó altares a los dioses y desplegó todo un conjunto de ceremonias religiosas en su honor; para él todo se explica por el ciego mecanismo de los átomos y del vacío, sin olvidar que en nuestro universo no había lugar a una eficaz intervención de los dioses; acción que, en todo caso, perturbaría su excelsa serenidad.

Ha sido también la naturaleza la que ha enseñado a los hombres a *inventar y cultivar las diversas artes* tanto aquellas nocivas y destructoras que han convertido los metales en instrumento de guerra, como las que han proporcionado un bienestar y placer espiritual a los mortales. Sin necesidad del auxilio especial de los dioses, de los héroes, o de hombres superdotados, antes bien de forma lenta y progresiva, se han producido los hallazgos en el mundo de la cultura y de las artes, como por efecto de una necesidad interna.

En realidad, *Lucrecio* si no hostil, al menos se muestra *indiferente al progreso humano*. Ha sido la doctrina epicúrea la que ha dado, según él, el verdadero sentido a la historia de la humanidad, señalando, en el marco de una perspectiva moral, cuál es el verdadero y supremo bien del hombre y cuáles son los caminos que al mismo conducen.

Por último, refiriéndonos al libro VI y último que, como dijimos, se ocupa de diversos fenómenos meteorológicos y terrestres —los que, según *Lucrecio*, pueden explicarse por causas naturales, sin intervención de los dioses— es preciso añadir dos palabras sobre el episodio final de *la peste de Atenas* que, lo señalamos ya, encaja adecuadamente como coronamiento de la obra.

El relato de la peste de Atenas se inspira en el anterior de Tucídides, pero el poeta latino añade algunos detalles como el de señalar mejor que el historiador griego los síntomas de la enfermedad en sus diversas fases, lo que hace pensar que tal vez *Lucrecio* se informó de escritores médicos, según indica A. García Calvo, quien subraya además que, a pesar de la concordancia que se da entre el relato del escritor griego y el del poeta romano, el desarrollo literario resulta cosa muy distinta en uno y otro¹².

¹² García Calvo, A., *op. cit.*, págs. 76-77.

Añadamos que el profesor G. Gasparotto en una sugestiva monografía estudia la supervivencia que el relato de la peste «lucreziana» ha tenido en varios historiadores latinos, Salustio, Tito Livio, Paulo Diácono, con preferencia al de Tucídides, por más que no haya que excluir reminiscencias del historiador griego¹³. La erudita y quasi definitiva aportación del investigador italiano sobre el influjo posterior ejercido por Lucrecio es tanto más digna de aprecio cuanto que demuestra con clarividencia que ha sido el poeta latino mucho más que el escritor griego, quien ha sobrevivido en relatos similares de varios historiadores latinos.

5. El género literario del poema

5.1. *La expresión poética*

Si es evidente que Lucrecio en su obra *De rerum natura* ha expuesto el sistema de Epicuro, el gran maestro que ha revelado toda la verdad y del que nuestro poeta se considera discípulo y apóstol ferviente, no deja de ser sorprendente que haya escogido la expresión poética para plasmar el mensaje epicúreo.

Y aquí uno no puede menos de preguntarse cómo Lucrecio se ha decidido por tal forma de expresión, siendo así que conforme a las enseñanzas del maestro, el deleite estético y, en concreto, la poesía, por no contarse entre los placeres naturales o necesarios, y ser además anticientíficos, deben rechazarse.

De esta contradicción, al menos aparente, se justifica Lucrecio al decir que la doctrina que transmite es dura y amarga para los mortales, por lo que recurre a la expresión poética como los médicos se sirven de la miel con la cual untan los bordes del vaso a fin de que los niños no rehúyan sorber el medicamento amargo¹⁴. Así, pues, la forma del verso es un instrumento al servicio de la verdad.

Una segunda cuestión cabe asimismo formularse previamente: ¿es posible componer verdadera poesía y, por ende, literatura

¹³ Cf. *La peste lucreziana in alcuni storici* (Estrato della memoria della Accademia Patavina, vol. 79), Padua, 1967, 41 págs., reseñada por nosotros en *Helmantica*, 19 (1968), págs. 162-163.

¹⁴ Cf. *Libro I*, 935-950. Citamos, desde ahora, por la numeración decimal.

sobre temas filosóficos tan áridos y abstrusos? La réplica, en este caso, ha sido dada por la crítica literaria. Ésta nos recuerda que cuando el objeto de la exposición literaria, aquí la doctrina de Epicuro, supone una vivencia íntima en el poeta, por la que éste manifiesta entusiasmo y hasta exaltación, tal composición poético-didáctica entra con pleno derecho en el campo de la literatura, con mayor motivo todavía si se consigue con ella una relevante alteza estilística cual es el caso de Lucrecio.

Es bien sabido que el lenguaje filosófico, por su condición de técnico, es esencialmente denotativo: busca la correspondencia precisa entre significante y significado; en cambio el lenguaje poético es connotativo en su esencia: un significante, además del sentido fundamental puede sugerir con frecuencia otras acepciones que lo complementan y enriquecen. Ahora bien, la capacidad lingüística de Lucrecio se manifiesta en que emplea aquellos términos y expresiones que, sin renunciar al colorido poético, no sacrifican la precisión conceptual requerida. Nosotros mismos tuvimos la oportunidad de mostrarlo a propósito de los términos que emplea el poeta para plasmar los conceptos de átomo y de cada uno de los cuatro elementos¹⁵.

5.2. *Poeta de la vieja escuela*

En su tiempo, frente a los doctos poetas neotéricos, seguidores de los alejandrinos y en particular del modelo calimaqueo, propugna el cultivo de un arte mayor, apoyado en la tradición representada por Homero y Ennio, cultivadores de los grandes géneros. Si para los nuevos poetas un gran libro, un largo poema, es un gran mal, y abogan por las composiciones cortas embellecidas como pequeñas joyas cinceladas por el orfebre, por el contrario Lucrecio no se cuida de lindezas, sino que se decide por desarrollar un largo poema sin desmayar, como luchador que combate la pobreza de la lengua, particularmente sensible en el ámbito de la filosofía, hasta conseguir su objetivo de exponer con amplitud en su poema el mensaje de Epicuro. Por ello se relaciona estrechamente con la tradición de la epopeya y de los grandes poemas didácticos.

¹⁵ Cf. «Términos lucrecianos para el concepto de 'átomo' y de los 'cuatro elementos'», *Helmantica*, 31 (1980), 363, 364 y 382.

Un claro precedente de su obra lo constituye entre los griegos Hesíodo con *Trabajos y Días* y la *Teogonía*. Mejor aún, Empédocles de Agrigento, de quien se conservan importantes fragmentos y que supone una síntesis entre el pitagorismo y los eleatas: en su poema 'Sobre la naturaleza' es modelo para Lucrecio no sólo en el contenido de su obra, sino también en la expresión lingüística y en el entusiasmo expositivo. Nuestro poeta le recuerda y admira en el canto I, 705-829. Uno y otro se sirvieron del verso heroico para sus poemas.

5.3. *La influencia de Ennio*

Entre los predecesores latinos, el padre Ennio goza de gran prestigio en Lucrecio. Este se nutre de sus obras y le imita. Como Ennio, considera que la primera virtud de un poema es su amplitud. Es más, según Bickel¹⁶, Lucrecio concuerda con Ennio en el espíritu libre de la cosmovisión epicúrea, pues éste había desligado la mentalidad romana de ataduras religiosas y contribuido a la secularización de sus pensamientos. Después de Ennio, y en tiempos de Lucrecio, el epicureísmo estaba de moda, por segunda vez, en Roma.

No hay duda que Ennio influye en el aspecto lingüístico, gramatical, estilístico y métrico en nuestro poeta, pero de ello hablaremos luego. Ahora conviene recordar a Ennio como antecedente latino del poema lucreciano en su *Ephicharmus* del que sólo restan 14 versos. Obra ésta no escrita en hexámetros como los *Annales*, sino en septenarios trocaicos. En ella se brinda una interpretación racionalista de los mitos y la explicación física, también tocada de racionalismo, de la naturaleza y del universo. No consta que Epicarmo, célebre comediógrafo, hubiera escrito un poema 'Sobre la naturaleza'; parece más verosímil que se trate de la traducción de un poema pitagórico atribuido a Epicarmo. Éste descubre a Ennio los misterios del mundo constituido por los cuatro elementos. El espíritu es fuego, el cuerpo humano tierra, los dioses, interpretados alegóricamente, son cualidades de los elementos. Así, como primer poema didáctico romano, de corte racionalista, anticipará en cierne la interpretación de la naturaleza que Lucrecio nos ofrece en plenitud.

¹⁶ Cf. *Historia de la literatura romana*, Madrid, 1982, v. e., págs. 165-169.

Ya en la época misma del poeta, un cierto Salustio dio a conocer con su *Empedoclea* el poema 'Sobre la naturaleza' del filósofo de Agrigento. Por supuesto, Lucrecio conocía también la *Aratea*, traducción de los *Phainomena* de Arato, que Cicerón realizó en su juventud: éstos contienen la descripción de los fenómenos celestes y, en parte aislada, la doctrina de los signos meteorológicos o 'prognostica'. Asimismo de este tiempo son el *De rerum natura* de Egnacio y la *Chorographia*, poema geográfico, de Varrón Atacino.

5.4. ¿Epopéya o poema didáctico?

Aunque Lucrecio está íntimamente ligado con la tradición épica y se haya dicho que su poema es una «epopeya» de la naturaleza, creemos que el concepto de epopeya no le corresponde con propiedad a su obra. A ésta los latinos la definieron como poema épico, y Quintiliano cuenta a Lucrecio entre los autores de epopeya, pues para él el poema didáctico es una rama de la épica: Lucrecio aparece citado entre los autores latinos representativos del género a continuación de Virgilio¹⁷. Nuestro poeta, es cierto, se sirve del *hexámetro*, el verso de la épica, y en su poema podemos reconocer un *héroe*, *Epicuro*. Héroe que no sólo supera la talla de los hombres normales, sino que es entrañablemente admirado por Lucrecio en todo momento, sin ser nunca objeto de censura o menosprecio y hasta se le presenta con rasgos divinos¹⁸. Vinculados al héroe aparecen otros *dos temas de corte épico: el del combate* —se enfrenta con la superstición religiosa y libera a los mortales del terror a los dioses y a la muerte— *y el del viaje*, en este caso en espíritu —con el ardiente vigor de su espíritu triunfó y se adelantó más allá de las murallas del mundo, recorriendo todo el universo con la fuerza del pensamiento para revelarnos los secretos de la naturaleza—¹⁹. Además la usual invocación a las divinidades al principio del poema: Ennio en seguimiento de Homero invoca a las Musas, Lucrecio, por su parte pide a Venus la protección adelantándose en ello Virgilio que, si bien al comienzo de la Enei-

¹⁷ Cf. Lib. 10, 1, 87.

¹⁸ Cf. Lib. 3, 15; 5, 8; 6, 7.

¹⁹ Cf. Lib. 1, 72-79.

da invoca a la Musa, con todo la diosa Venus está constantemente presente en la epopeya como protectora solícita de los troyanos, los Enéadas, los ascendientes de los romanos.

Sin embargo, lo que impide considerar al *De rerum natura* auténtica epopeya es que no conlleva una exposición o lenguaje narrativos, rasgo éste esencial, ya a juicio de Aristóteles, del género épico²⁰. Como afirman Martin-Gaillard: «Lucrecio evoca en algunos versos los 'combates' y los 'viajes' de Epicuro, pero no los cuenta, y su poema está hecho no de relatos, sino de exposiciones y demostraciones..., no pertenece al género narrativo, sino al demostrativo y didáctico... La tonalidad épica de estas obras —entre ellas *De rerum natura*— es incontestable, pero no se podría, sin abuso del lenguaje, hablar de ellas como de epopeyas verdaderas²¹.»

5.5. Tema árido tratado con vigor poético

El poema lucreciano como obra didáctica no siempre alcanza un alto nivel poético; a veces resulta árido y hasta prosaico. Se ha llegado a decir que de sus 7.411 versos escasamente 1.800 tienen auténtica inspiración. El poeta desarrolla temas tan abstrusos como la existencia y movimiento de los átomos, la materia y el vacío, los cuatro elementos, la teoría de los simulacros, la formación del mundo, los fenómenos meteorológicos y terrestres, etc., y quiere convencer más que hablar al corazón. Se dirige a la razón y para demostrar sus proposiciones esgrime diversas formas de razonamiento: silogismos encadenados, argumentos basados en la analogía, en el absurdo, en las consecuencias. Para ello recurre a las mismas fórmulas. Se introduce a menudo con *illud in his rebus, nunc age*; en las enumeraciones son frecuentes *principio, primum, huc accedit ut, porro, praeterea, denique*; en las partículas o conjunciones ilativo-causales repite hasta la saciedad *nam, ergo, igitur, propterea quia, ideo quod*, menos *quippe etenim*, etc. Estas y otras muchas redundancias quedan de algún modo justificadas ante la magnitud y dificultad del tema que para el poeta es lo principal

²⁰ Cf. *Poética*, 1449 b.

²¹ *Les genres littéraires à Rome*, París, 1981, I, pág. 203.

y que, por lo mismo, hace oscurecer o minimizar tales deficiencias.

Pero Lucrecio sale airoso en el conjunto de la obra gracias a su gran poder de inspiración²²: la misma naturaleza que describe le ha dotado de gran sensibilidad para captar formas y colorido y preservar las impresiones recibidas. No menos le ha enriquecido con gran fuerza imaginativa: cálida y deslumbrante a veces, a veces terrible y sombría. El poeta da la impresión de que piensa por *imágenes* con las cuales ilumina constantemente los arduos y difíciles temas de la física antes enumerados. Además es un visonador que, descendiendo a la realidad, ilustra con *ejemplos* las grandes cuestiones: la relación de pasajes a citar resultaría prolija; bastaría con recordar dos de ellos: el ya aludido de que la expresión poética es como la miel que endulza la copa que contiene amarga medicina y el que constituye como un *leitmotiv* en el poema; que muchos de nuestros temores, incluido el de la muerte, a causa de la ignorancia no son más terribles que los que asaltan a los niños en las ciegas tinieblas²³.

En suma, más que ante una verdadera epopeya nos encontramos ante una plasmación docta y artística de la naturaleza entera.

6. La lengua y el estilo

6.1. *Preámbulo*

No hay duda que Ennio, especialmente en sus *Annales* y tragedias es el gran forjador de la lengua poética latina. Aprovechando los logros conseguidos por L. Andronico y Nevio, condujo a la perfección la lengua de la tragedia. Particularmente con los *Annales*, al introducir y adaptar en Roma el hexámetro homérico, modeló el verso épico y lo conformó lingüísticamente.

Ennio influyó poderosamente en Lucrecio. «La lengua de Lucrecio es en su tiempo arcaica y bajo este aspecto enniana; esto consta de una parte por los préstamos inmediatamente documentables, de otra por los muchos elementos arcaicos y singu-

²² Cf. nota 14.

²³ Cf. Lib. 2, 55-61; 3, 87-93; 6, 35-41.

lares que, sin estar en realidad atestiguados por Ennio, sin embargo sólo pueden derivar de Ennio y que, por eso, junto con análogas formas expresivas en la Eneida de Virgilio, se pueden designar como 'patrimonio lingüístico enniano latente' o como 'citaciones ennianas ilativas'²⁴.»

Aunque Lucrecio esté a medio camino, más lingüística que cronológicamente, entre Ennio, trágicos y comediógrafos primitivos de un lado y Virgilio y Cicerón de otro, sin embargo en buena medida se siente libre como poeta y escritor en el uso del lenguaje, en especial en materia de sintaxis y de estilo, hasta el punto de que sus desviaciones del uso normal dan a su expresión un sello característico.

A menudo Lucrecio se vio influenciado por consideraciones métricas en la elección de frases y palabras, en cuyo caso no será fácil encontrar en ellas las formas normalizadas. Con menor frecuencia parece haber empleado deliberadamente un arcaísmo con la intención de dar a la expresión distinción y solemnidad. En ocasiones, el uso de peculiares formas, arcaicas o no, ha podido ser determinado por el deseo de variación y novedad.

Hay que tener en cuenta también la fluidez del lenguaje de su época y de sus posibilidades expresivas. Ni éstas son las mismas para un prosista que para un poeta, que reclama mayor libertad literaria aunque se vea condicionado por el metro, ni tampoco tuvo mucho eco en Lucrecio, al parecer menor todavía que en Catulo, el gran esfuerzo de Cicerón, en buena medida coronado por el éxito, de normalizar la lengua latina.

En suma, en su momento histórico y en el marco de la poesía didáctica y de los convencionalismos del género literario, Lucrecio es sólo igual a sí mismo, con una personalidad de escritor vigorosa, llena de posibilidades en su propia capacidad creativa, dispuesto a servirse libremente de cualquier forma o tipo de expresión que considerara apropiada a su objetivo.

Estaría fuera de nuestro propósito, al referirnos a la lengua y el estilo de Lucrecio, pretender aquí un análisis detallado y casi exhaustivo, como el que ofrecen Ernout y Bailey²⁵ al respecto.

²⁴ Leumann, M. «Die lateinische Dichtersprache», *Mus. Helv.*, 4 (1947), en Lunelli, A., *La lingua poetica latina*, Bolonia, 1974, pág. 144.

²⁵ De Ernout nos referimos a su *Commentaire exégétique et critique*, publicado en colaboración con L. Robin, París, 1962 (=1925-1928); de Bailey a su edi-

Más bien nos limitamos a unas observaciones sugerentes y orientadoras en Fonética, Morfología, Léxico, Sintaxis y Estilística. Otra cosa no tendría sentido en esta edición.

6.2. Fonética

Ya Leumann, refiriéndose a la lengua poética, observaba que en el ámbito de la fonética hay poco que notar²⁶. Por supuesto algunas de las formas que analizamos a continuación, tomadas de la obra de Lucrecio, tienen que ver con la morfología, la prosodia, la métrica y la fonostilística. Procedemos en los varios apartados por orden alfabético.

La forma *aspargit* (1, 719) sin apofonía muestra que ésta, como en otros compuestos de *spargo*, no se practicaba regularmente, por lo que la *a* al pasar a sílaba interior ora se mantiene, ora se cierra en *e*.

En relación con el mantenimiento de los diptongos, señalamos *duellum* (4, 968) y el adjetivo derivado *duellicus* (2, 262). *Duellum*, es la forma arcaica de *bellum*: *du* por asimilación del punto de articulación ha pasado a *bu-*, desapareciendo desde entonces la *u* después de labial. Ya Plauto y luego Lucrecio emplean *duellum* bisílabo en estilo arcaizante. Ennio se atreve a usarlo como trisílabo artificialmente conforme a la grafía DVELLVM.

Moenera (1, 29 y 32), *moenere* (5, 1308) suponen un intento estilístico de dar una pátina arcaica. Quizá, según Ernout, se trate de un préstamo de Ennio²⁷. Aquí el diptongo *oe* continúa al antiguo *oi* y, al parecer el paso de *oi* a *u* se ha impedido por la precedente oclusiva o silbante, excepto en los casos en que la sílaba siguiente contenía una *i*; *moenia* (1, 73; 3, 16; 4, 82) significando «murallas» debía evolucionar en *munia*, pero los gramáticos inventaron la forma, usada por Lucrecio, para diferenciarla de *munia* con el significado de «obligaciones»; *moerorum* por *murorum* supone el mantenimiento arcaizante del diptongo de acuerdo con el uso enniano: *An.* 419, aquí en acusativo *moeros*.

ción del poema lucreciano con introducción, aparato crítico, traducción y comentario, Oxford, 1947-1950: véase la bibliografía básica.

²⁶ Cf. Lunelli, *op. cit.*, pág. 152.

²⁷ Cf. *Commentaire...*, pág. 16.

Poenibat (6, 1241), forma denominativa de *poena*, es término del léxico jurídico, si bien *poenire*, por *punire*, presentaba una acepción más general y menos técnica. Con todo persiste el diptongo, ya que las palabras de esta clase mantienen el perfil antiguo por más tiempo; *poeniceus* (2, 830) frente a *puniceus*, empleado también por Lucrecio (5, 941) y aplicado en sentido figurado al madroño. El mantenimiento del diptongo en 2, 830 se debe a que en este pasaje el término es usado en su sentido técnico propio, el color de púrpura, el más brillante (*clarissimus*).

Diversas síncopas y contracciones son consideradas por Pisani como «vulgares o al menos coloquiales, acogidas por necesidad o comodidad métrica»²⁸: *derrase* (1, 711) por *deerrasse*, *dese* (1, 43 y 1111) por *deesse*, *disposta* (1, 52; 2, 644) por *disposita*, si bien el poeta emplea normalmente el sustantivo deverbativo *dispositura* (1, 1027; 5, 192); *reposta* (1, 32) por *reposita*, *surpere* (2, 314) por *sur(ri)pere*, empleado en la forma contracta ya antes por Plauto (*Cap. 8: surpuit*), posteriormente también por Horacio en lugares (*Sat. II, 3, 283* y *Od. IV, 13, 20*) donde las formas plenas eran amétricas; *probeat* (1, 977) por *prohibeat*: aquí la contracción es posible, ya que también tiene lugar en otros compuestos de *habeo*, cuales *debeo*, *praebeo*, pero de hecho tal contracción sólo aparece en Lucrecio.

En fin, *supera* (1, 429, etc.) en lugar de *supra*, por tanto con el desarrollo de la vocal anaptíctica, rehecha a partir de *superus*. Con todo frente a los doce ejemplos de *supera*, *supra* aparece también siete veces.

6.3. Morfología

Como nota Leumann el término 'arcaísmo' con el que se relaciona estrechamente en la lengua poética el de 'morfología' tiene sólo sentido en un autor y en la lengua hablada de su tiempo. Así es ya un arcaísmo para Ennio el vocablo que en la época de éste había desaparecido de la lengua viva. En la poesía posterior los arcaísmos son con mucha frecuencia 'ennianismos'. Lucrecio se presenta todavía bastante rico en arcaísmos sin más

²⁸ Pisani, V., *Storia della lingua latina. Parte prima*, Turín, 1962, pág. 285.

o en 'ennianismos', Virgilio los emplea en menor cuantía. Unos y otros, consagrados por el uso, se convierten en 'poetismos'²⁹.

En el caso del genitivo en *-ai* y del infinitivo en *-ier*, nuestro poeta hizo un uso deliberado de estos arcaísmos para dar solemnidad a la frase. En el empleo de *siet*, *fuat* o del gerundio de la tercera o cuarta en *-undum* ha prevalecido probablemente el deseo de variedad, puesto que tales formas no suponían una comodidad métrica. Pero el uso de formas alternativas, frente a las arcaicas de su tiempo, y el considerable número de casos de variación en las formas verbales de las diversas conjugaciones, responden a la personalidad del escritor y a la fluidez y riqueza reales del lenguaje contemporáneo de Lucrecio. La lengua de las inscripciones coetáneas y de las fórmulas jurídicas confirman tal evolución frente a los esfuerzos ciceronianos por estandarizar la morfología latina.

A) Morfología nominal

a) *Primera declinación*: el genitivo singular bisilábico en *-ai*, arcaísmo ya en tiempos de Ennio que lo empleó casi exclusivamente para terminar el verso. Lucrecio lo usará corrientemente, 166 veces frente a las 153 de *-ae* en los sustantivos: así *animai* (1, 112), *aquai* (1, 283), *materiai* (1, 249), etc. En los adjetivos la preferencia está por la formación normal *-ae* frente a *-ai* en la proporción de 23 por 3. Tal genitivo en Virgilio se reserva sólo para cuatro ocasiones; en los neotéricos queda ya excluido.

Dativo singular en *-ai* aparece una vez, sin duda, en 1, 453 y en 1, 953 y 1047 puede ser dativo mejor que genitivo. No sólo razones de crítica textual, sino también el testimonio de Quintiliano y numerosas inscripciones apoyan el uso del dativo.

Genitivo plural en *-um* aparece en dos ocasiones: *agricolum* (4, 586) y *Aeneadum* (1, 1). La forma *-arum* es la corriente.

b) *Segunda declinación*: el genitivo singular de los sustantivos en *-ius*, *-ium*, con dos probables excepciones, es siempre en *-i*, como *favoni* (1, 11) en doce pasajes. Pero tal forma persiste en la poesía posterior.

Genitivo plural en *-um* por *-orum*: *divum* (1, 1), *deum* (1,

²⁹ Cf. Lunelli, *op. cit.*, pág. 153.

68), *virum* (1, 95) y en los adjetivos de nombres propios como *Danaum* (1, 83), *Siculum* (6, 642) y de nombres comunes así *squamigerum* (1, 162). Tales genitivos que tanto en Ennio, como en Virgilio aparecen con la forma *-om*: *divom*, *equom*, se usarán después de Virgilio como verdaderos poetismos, pero limitados casi exclusivamente a *deum*, *virum*, *socium*.

c) *Tercera declinación*: nominativo singular en *-os* por *-or*: ejemplo claro es *colos* (6, 208), no así los de *arbos* (1, 774, 786) y de *vapos* (6, 952).

Ablativo singular: se produce oscilación entre desinencia *-e* de temas consonánticos e *-i* de los temas en *-i-*, divergente del uso clásico, v. gr., *imbri* (1, 785), *simplice natura* (1, 1013). Está motivada por razones métricas.

Genitivo plural en *-um* por *-ium*: tanto en sustantivo y participios de presente como en adjetivos: *animantum* (1, 4), *caelestum* (6, 1274).

d) *Cuarta declinación*: acusativo plural *anguimanus* (2, 537), curioso compuesto aplicado a los elefantes.

e) *Quinta declinación*: genitivo singular en *-es*: *rabies* (4, 1083). Se formó por adición al tema de la desinencia *-s*, como en época arcaica lo hicieron los temas de la primera: *familia-s*.

f) Se producen *diversas interferencias* en declinaciones:

Entre quinta y primera: *materies* (1, 171, etc., hasta 22 veces), *materiem* (1, 58) y *materiam* (4, 148), *materiai* (1, 249, etc., hasta 42 veces).

Entre la cuarta y la tercera: *impetus* (2, 593) con el genitivo *impetis* (6, 327) y el ablativo *impete* (2, 330, etc., hasta 14 veces).

Entre la cuarta y la segunda: *vultus* (4, 1033) el acusativo plural *vulta* (4, 1213); *fretus* (6, 364) también con acusativo plural *freta* (4, 1030); *arquus* (*arcus*) con el genitivo singular *arqui* (6, 526); *cornum* (2, 388) de *cornu*, *gelum* (6, 877), *geli* (5, 205) de *gelu*.

g) Entre las formas especiales, señaladas por Bailey³⁰, destacamos: el acusativo singular *sanguen* (1, 837), el también acusativo singular *itiner* (6, 339), el ablativo singular *fulgere* (4, 190), el genitivo singular *cuppedinis* (5, 45) y el genitivo plural *feminum* (4, 828 de *femur*).

³⁰ Cf. ed. comentada: vol. I, pág. 75.

h) Con relación a *los pronombres* señalamos la forma del dativo plural *ollis* (1, 672) de la vieja forma demostrativa *ollus*, *olle*, a cuyo propósito dice Varrón que por su carácter antiguo vino a integrarse en las fórmulas jurídicas y religiosas, inspiradoras de la lengua poética: el pregonero cuando hace la proclama en los comicios dice *olla (illa) centuria* —valor institucional o jurídico—, asimismo en los funerales públicos dice *ollus (ille) leto datus est* —valor, por tanto, religioso—³¹.

La forma también de dativo plural *ibus* (2, 88) corrección conjetural probable, de ser cierta, se fundaría en la analogía con *quis, quibus*, del anafórico *is*.

Del relativo, destacamos el dativo plural *quis* (5, 871) sobre el tema *quo-*; asimismo el ablativo singular y plural *qui* (sgl. 1, 700; plr. 4, 615).

Del indefinido, *alid* (1, 263, hasta 6 ejemplos, siempre en la expresión *alid ex alio*): nominativo y acusativo de *alis*, *alid*: también el dativo *ali* (4, 637) forma contracta de *alii*.

De estos casos pronominales, *quis, qui* (plr.) e *ibus* ofrecen utilidad métrica, no así *qui* (sgl.) y *ollis*.

B) Morfología verbal

Lucrecio muestra sus preferencias por las formas arcaicas, algunas aún en vigor en la época clásica, y por ciertas formas alternativas, pero ni todo son arcaísmos deliberados por motivaciones métricas, ni términos debidos a la evolución de la lengua coetánea: hay que tener en cuenta una y otra causa.

a) Al verbo copulativo, *sum*, procura darle variedad ora empleando diversos sucedáneos: *constare* (1, 504, etc.), *cluere* (1, 119, etc.), *haberi* (3, 831, etc.), *teneri* (3, 136, etc.), *videri* (3, 185, etc.); ora adoptando ciertas formas arcaicas: así para la tercera persona singular del presente de subjuntivo, frente a la forma normal *sit*, empleada casi exclusivamente, se sirve tres veces de *siet* (2, 962, etc.) y una vez de *fuat* (4, 637).

Asimismo usa la forma *escit* (1, 619), incoativo de *sum*, con valor de futuro, constatado también por Gelio en la ley de las XII tablas.

³¹ Cf. *Ling. lat.*, 7, 42.

b) También los compuestos de *sum* ofrecen formas variadas: frente a *posse*, *potesse* (1,665); *potis est*, tercera persona referida incluso al género neutro: 1, 452; en lugar de *potest*, usa *pote* (3, 1079), y asimismo la forma pasiva *potestur* (3, 1010).

c) Respecto a *las desinencias* de todas las conjugaciones, Lucrecio evidencia su predilección por las formas más cortas.

En la cuarta conjugación, el imperfecto de indicativo, presenta una vez la desinencia *-iebat*: *absiliebat* (6, 1217), otras siete *-ibat*: *poenibat* (6, 1241, etc.). En la primera conjugación, la tercera persona del singular del perfecto de indicativo frente a las 27 veces de *-avit* (*peragravit*) (1, 17, etc.), se sirve de la desinencia sincopada en *-at*: *irritat* (1, 70), *disturbat* (6, 587), *superat*, conjetura de Lachmann (5, 396).

d) Importa subrayar la marcada *preferencia por formas sincopadas* en la tercera persona plural del perfecto de indicativo.

En la primera conjugación la forma plena *-averunt*, sólo una vez, *recreaverunt* (6, 3), el resto hasta 13 veces presenta la desinencia *-arunt*. En la segunda *-everunt* sin constatar, en cambio *-erunt* aparece una vez en *complerunt* (6, 197) y 7 veces en *consuerunt*. La misma tendencia se comprueba en la tercera donde Lucrecio no usa jamás *-iverunt* (*-ivere*), sino *-ierunt* (*-iere*): *excierunt* (4, 37, etc.). Asimismo del perfecto en *-ui* ofrece la forma *coluerunt* (2, 1061), conjeturada por Lachmann, pero frente a 12 pasajes con la desinencia *-ērun̄t*, y otros 11 ejemplos de *-ērunt* en verbos con perfecto en *-i* frente a 5 de *-ērunt* y 47 de *-ēre*.

De hecho, según Leumann, *-ērunt* frente a *-ērun̄t* en poesía debe considerarse arcaísmo, aunque se emplee también en la lengua coloquial y se conserve luego en las lenguas neolatinas. En cambio, *-ēre* frente a *-ērunt* es la favorita de los poetas tanto en el interior, como en el final de verso³².

De modo similar en el perfecto de subjuntivo Lucrecio prefiere las formas sincopadas a las plenas: en la primera conjugación sólo formas sincopadas: *crearit* (4, 476); en la segunda otro tanto con la excepción de *compleverit* (5, 1162). En la tercera y la cuarta sólo las formas sincopadas. En los pluscuamperfectos de indicativo y subjuntivo de las cuatro conjugaciones únicamente aparecen las formas contractas. Asimismo los per-

³² Cf. Lunelli, *op. cit.*, págs. 156-157.

fectos de infinitivo presentan siempre las formas abreviadas con la excepción de *fluxisse* (5, 912).

e) El infinitivo presente, deponente o pasivo, en *-ier*, un arcaísmo usado deliberadamente es mucho menos usado que en la terminación normal *-i* (48 veces frente a 468). Al ser empleado ya por los primeros poetas, por Ennio, incluidos los cómicos, por Lucrecio y Virgilio, resulta ser un poetismo, cómodo para el hexámetro por las dos breves finales con que infunde solemnidad.

f) También se producen intercambios de una conjugación a otra: v. gr., el verbo *sono* por la primera: *sonare* (4, 229) y la tercera: *sonere* (3, 156); *tueor* por la segunda: *tuere* (5, 92, imperativo) y tercera: *tuere* (5, 318, imperativo); *fulgeo* por la segunda: *fulget* (2, 27) y la tercera: *fulgit* (6, 160); *orior* por la tercera: *oritur* (3, 272) y la cuarta: *adoritur* (3, 515); *percio* por la segunda: *perciet* (3, 184) y la cuarta: *percit* (3, 303), etc.

g) Los compuestos de *facio* forman a menudo la pasiva con *fi-*: v. gr., *defit* por *deficitur* (2, 1141), etc. Si tal uso de Lucrecio puede parecer conveniente para el verso, en el caso de *conficio* las diferentes formas pasivas expresan un significado distinto: las normales de *facio* así *conficiuntur* (1, 535) expresan el sentido de «ser destruido» y las formadas con *fi-*, v. gr., *confieri*, «ser completado, realizado».

h) Finalmente, verbos normalmente deponentes se presentan con formas activas y pasivas: así el arcaico *adulant* (5, 1070) por *adulantur*, *partit* (5, 684) por *partitur*, y *comitari* (1, 97) con el significado de «ser acompañado», entre otros.

6.4. Léxico

Es sabido que para los romanos las diferencias que presenta la poesía de cara a la prosa se fundan en la estructura métrica y, consiguientemente, en el léxico. En efecto, la necesidad impuesta por el metro confiere derecho a modificar la forma externa de los vocablos y a usar términos poco usuales. El poeta, no así el prosista, puede rebasar ciertos límites y «no sólo sustituir los vocablos, sino alargarlos, abreviarlos, transmutarlos, dividirlos» que es la versión latina de la doctrina aristotélica³³.

³³ Quint., *Inst. Or.*, 10, 1, 29.

Como señalábamos a propósito de *ollis*, fuentes inspiradoras del léxico poético son la lengua religiosa y la jurídica³⁴. Para no insistir en este punto, recordemos de una parte: *alma* (1, 2), *divum* (1, 1), *caelestes* (6, 1274); de otra: *moenera* (1, 29), *poenibat* (6, 1274), etc. También la poesía tradicional procuró a los poetas gran caudal de voces poéticas: así *amnis* (1, 15) por *fluvios*, *anguis* en compuesto (2, 537; 5, 1303) por *serpens*, *letum* (1, 852) por *mors*, *tellus* (1, 589) por *terra*, *umor* (1, 708), como también *limpha* (1, 496) por *aqua* y así otros muchos.

Toda vez que ya nos hemos referido a las categorías gramaticales de los sustantivos, adjetivos y pronombres en el marco de la fonética y, particularmente, de la morfología, destacando en muchos casos su carácter arcaizante, solemne y no menos novedoso, pasamos ahora a ocuparnos del interés que ofrecen los compuestos y derivados.

A) Los compuestos

Es cierto que el latín se muestra ya desde el principio con menos posibilidades que el griego, pero no deja de suscitar el interés por el uso que hace de la composición en la lengua poética.

Aunque no sea muy productiva, contamos también en latín con un tipo de compuestos formados mediante dos temas nominales: *alipes* (6, 765), *lauricomus* (6, 152), *levisomnus* (5, 864), *magnanimus* (5, 400), *velivolus* (5, 1442).

Sin embargo, de forma más sistemática, cundieron en la poesía latina ciertos tipos de compuestos:

a) Los de *primer elemento nominal* y de *segundo verbal*. Este en la mayoría de los casos: *-fer*, *-ger*, *ficus*, *-gena*, pero también otros: *aestifer* (1, 663), *falcifer* (3, 642), *frondifer* (1, 18), *horrifer* (3, 1012), *ignifer* (5, 498), *lucifer* (5, 726), *mortifer* (6, 1091), *rorifer* (6, 864), *sensifer* (3, 924), *barbiger* (5, 900), *laniger* (1, 887), *naviger* (1, 3), *spumiger* (5, 985), *squamiger* (1, 372); *horrificus* (3, 906), *laetificus* (1, 193), *largificus* (2, 627); *Gratiugena* (1, 477), *terrigena* (5, 1427), *Troiugena* (1, 465); *fluctifragus* (1, 305), *silvifragus* (1, 275); *montivagus* (2, 597), *noctivagus* (5, 1191); *frugiparus* (6, 1), *largifluus* (5, 598), etc.

³⁴ Cf. Varrón, citado en la nota 31.

b) Los *compuestos nominales* cuyo segundo elemento era *pes*, que aparecen también en otros escritores antes y después de Lucrecio. Hemos citado *alipes*, asimismo *capripes* (4, 580), *quadripes* (2, 536).

c) Los *compuestos* cuyo primer elemento era *bi-* o *tri-* del numeral: *biugus* (2, 101), *triquetris* (1, 717), *tripectorus* (5, 28).

B) Los derivados

En este capítulo, el latín ya desde los comienzos de la literatura se mostró más prolífico.

Lucrecio al escoger determinados sufijos atiende en parte a razones métricas, pero en parte también a sus preferencias de escritor. Distinguimos los propios de los sustantivos, los de los adjetivos y los de los adverbios.

a) En cuanto a los *sustantivos*, destacan las formaciones en *-tus/-sus*, pertenecientes a la cuarta declinación, términos abstractos que sustituyen a la forma en *-tio* que no tiene cabida en el hexámetro; algunos de ellos de uso corriente como *adventus* (1, 7), *aestus* (3, 1012), *fremitus* (1, 276), *ictus* (2, 944), *motus* (685), *partus* (3, 776), *sensus* (1, 600); otros de carácter menos usual, clasificables en grupos de la misma raíz: así de la raíz *-iac*, aparte de *iactus* (3, 1016), los que le añaden diversos preverbios como *adiectus* (1, 689), *coniectus* (3, 189), *disiectus* (3, 928), *eiectus* (4, 960), etc., los dos últimos son *hapax*; de la raíz *spec*, *conspectus* (3, 49), *despectus* (4, 416), *prospectus* (4, 450), *transpectus* (4, 272), también el último es *hapax*. En suma, de una lista de 58 palabras aparecen 11 *hapax*, es decir, documentados por Lucrecio una sola vez. Para crear nombres abstractos son también preferidos por Lucrecio los sustantivos con sufijo *-or*: *canor* (4, 181), *clamor* (4, 182), *fragor* (1, 747), *levor* (4, 552), *sonor* (5, 334), etc.

Igualmente, características del poeta son las formaciones sustantivas en *-men*, preferidas ya por Ennio. En Lucrecio, además de los vocablos de uso corriente, aparecen otros de menos uso, algunos de los cuales son *hapax*. Frente a la formación en *-mentum* brindan al hexámetro un plural muy práctico y una desagradable cláusula, v. gr., *adaugmen* (6, 614), *augmen* (1, 435), *clinamen* (2, 292), *documen* (6, 392), *frustramen* (4, 817), *lateramen* (6, 233), *vexamen* (4, 587), etc; de los citados, excepto

augmen, los demás han sido inventados por nuestro poeta.

Asimismo abstractos en *-tas* sustituyen, sin necesidad métrica estricta, otros tipos de abstractos: *maximitas* (2, 498) en vez de *magnitudo*, *differentitas* (4, 636) en lugar de *differentia*, *pestilitas* (6, 1098) por *pestilentia*, etc.

Para reemplazar sustantivos en *-tio*, emplea abstractos en *-tura*: *positura* (1, 685), *dispositura* (1, 1027), *formatura* (4, 552), etc. De forma análoga emplea *variantia* (1, 653) por *variantas*, y *retinentia* (3, 675) en el sentido de «memoria».

b) En cuanto a los *adjetivos*, señalamos la formación en *-osus* que en latín se han multiplicado como epítetos exornativos, sin motivación métrica, expresando la idea de abundancia: *fragosus* (2, 860), *labeosus* (4, 1169).

Los derivados en *-eus* aparecen usados ya desde el principio designando la materia constitutiva de un objeto: *aureus* (3, 12), *caeruleus* (2, 772), *fulmineus* (2, 382), *lacteus* (1, 258), *virgineus* (1, 87).

Los derivados en *-idus*, de no menor uso en Lucrecio, que expresan primordialmente la plenitud de la cualidad: *avidus* (5, 201), *fulgidus* (3, 363), *fumidus* (3, 304; 6, 644), *liquidus* (1, 349), *lucidus* (1, 1014), *luridus* (4, 332), *rapidus* (1, 273), *vividus* (1, 70), pero que también sirven para los patronímicos: *Romulidae* (4, 683).

c) En cuanto a los *adverbios*, muestra Lucrecio su preferencia por los terminados en *-im* y en menor grado por los en *-ter*, en usos diferenciados del clásico. Algunos en *-im* son de uso constante en clásico, cuales *passim*, *praesetim*, *vicissim* y aparecen a lo largo del poema, entre ellos merece destacar *generatim* (1, 20), empleado hasta 11 veces. Otros en *-im*, inventados por él son: *adumbratim* (4, 363), *filatim* (2, 831), *mixtim* (3, 566), *moderatim* (1, 323), *proprium* (2, 975). En *-ter* usa adverbios formados sobre adjetivos de la primera y segunda declinación, como *uniter* (3, 839, etc.) y sobre participios, de los que él ha modelado varios: *moderanter* (2, 1096), *praecipitanter* (3, 1063), *praemetuenter* (4, 824), *praeproperanter* (3, 779). También adverbios derivados de la tercera declinación que los forma fuera del cauce normal: *contractabiliter* (4, 660), *genitaliter* (4, 1258), *insedabiliter* (4, 1176), *vitaliter* (5, 145). Estos últimos creados por Lucrecio.

C) *Léxico griego y filosófico*

Sería erróneo pensar que los términos griegos usados por el poeta tengan especial relación con los conceptos a expresar de la filosofía epicúrea, plasmada originariamente en griego. Es más, el análisis de su obra evidencia la independencia del escritor frente al modelo filosófico griego y su esfuerzo por expresar en latín de modo original los conceptos del epicureísmo. Ello no quiere decir que no aproveche para el lenguaje técnico y hasta para los conceptos de la filosofía algún término griego con carta de naturaleza en Roma. Para expresar uno de los cuatro elementos emplea *aer*, ya usado por Plauto y Ennio: así en 1, 707, 713, 744, etc., también *aether*, de uso enniano, para designar el aire sutil de las regiones superiores del espacio: v. gr., 1, 231, 250 —aquí encontramos *pater Aether*—, 1034, etc.; podríamos referirnos a *animus*, *anima*, aunque con menor equivalencia semántica con el correspondiente vocablo griego; a *daedala tellus* (1, 7, 228) y a *natura daedala rerum* (5, 234), donde el adjetivo *daedalus*, ya usado por Ennio, no queda vinculado a conceptos de alcance filosófico, como el de *pausa* (1747), ya aclimatado en la lengua arcaica, a la tesis de la divisibilidad indefinida de la materia.

a) Así, pues, respecto de los *términos griegos* hay que afirmar que Lucrecio recuerda los nombres propios de filósofos presocráticos (Heráclito, Empédocles, Anaxágoras, Demócrito) y de Epicuro, así como de personajes y lugares de la mitología; que se sirve de nombres comunes técnicos o equivalentes, relativos a la astronomía o meteorología: *astrologi* (5, 728), *crateres* (6, 701), *etesiae* (6, 716), *prester* (6, 424); a la música: *chordae* (2, 505), *harminia* (3, 100), *melicus* (5, 334), *musaeus* (1, 934), *organici* (2, 412), *tympana* (2, 618); al espectáculo: *theatrum* (6, 76), *scaena* (2, 416), y de otros vocablos diversos sin equivalente latino: v. gr., *ambrosia* (6, 971), *chimaera* (2, 705), *homoeomeria* (1, 830), *nectar* (6, 971), *nymphae* (6, 578), *pantbera* (4, 1016), *satyros* (4, 580), etc. Es célebre el pasaje (4, 1160-1169) en el que Lucrecio expone los términos cariñosos con que los amantes describen a sus amadas disimulando sus defectos: la riqueza de vocablos griegos es sorprendente. Sin duda, la atracción que el griego ejercía en su tiempo influyó para que Lucrecio se sirviera de él a fin de dar variedad a su obra, aun en los casos en que tenía a su alcance un buen término latino.

Con ello muestra su ingenio, presto a servirse tanto de los términos arcaicos como de los griegos que darían un colorido e impronta específicos a su poema.

b) Respecto de los términos filosóficos hemos ya indicado la originalidad de Lucrecio en usarlos con independencia del griego. En efecto, los vocablos con los que expresa en el *libro I* la noción de «átomo» son del todo originales. Enumerándolos de mayor a menor uso: *rerum primordia* o *primordia* (1, 55), *rerum semina* o *semina* (1, 59), *rerum principia* o *principia* (1, 484); *materies* (1, 58), *genitalis materies* (1, 632-633), *materiai corpora* (1, 249); *prima corpora* (1, 61), *genitalia corpora* (1, 58), *corpora* (1, 215-216), *corpuscula* (2, 153), *elementa* (5, 599).

Si exceptuamos los términos, sólo dos, empleados para designar el concepto «tierra», son también muy variados los que usa el poeta para los conceptos de «agua», «aire» y «fuego».

Para «tierra» se sirve de *terra* (1, 567) y de *tellus* (1, 1014); para «agua»: *aqua* (1, 567), *mare* (1, 820), *umor* (1, 708), *imber* (1, 717), *liquor* (1, 713), *flumina* (1, 820), *unda* (5, 374), *ros* (1, 744); para «aire»: *aer* (1, 707), *aeria aura* (1, 771), *aeris auras* (1, 783), *aerías undas* (2, 152), *aura* (1, 853), *ventus* (1, 295, o mejor, 1, 762), *anima* (1, 715), *caelum* (1, 820), *aether* (1, 1034), aunque este término oscile entre el concepto de «aire de la región superior» y el de «fuego»; para expresar el elemento «fuego»: *ignis* (1, 453), *vapor* (1, 567), *calor* (1, 786), *ardor* (1, 777), *sol* (1, 820), *fulmen* (1, 762), *flamma* (1, 871, o mejor, 6, 378)³⁵.

Las cosas están formadas no sólo por los átomos sino también por el espacio que llamamos vacío al cual se le designa con los nombres de *inane*, *vacans* (1, 334) y *vacuum* (1, 367). Los seres compuestos de materia y vacío tienen sus propiedades, traducidas por *coniuncta* (1, 451) y sus accidentes, interpretados por *eventa* (458). *Simplicitas* expresa la unidad e indivisibilidad de los átomos, concebidos como *cacumina* o *minimae partes* (1, 599 y sigs.) que producen la extensión del cuerpo sin poderse separar. Tienen sus movimientos, *motus* (1, 634), choques, *concursum* (1, 634), golpes, *plagae* (1, 633) y conexiones, *conexus* (1, 633). El acto de la unión que constituye el ser con-

³⁵ Para un mayor desarrollo y concreción, cf. nuestro artículo citado en la nota 15.

creto es *concilium* (1, 183) y la resolución del compuesto material es *discidium* (1, 220). Átomos y vacío constituyen el universo infinito: *omne quod est spatium* (1, 969), *rerum summa* (1, 1008).

Los átomos están dotados de ligereza y velocidad, *mobilitas* (2, 142) y de la facultad de desviación, *clinamen* (2, 292) con que apartarse, *declinare* (2, 250), libremente de la vertical en su caída para formar los seres. Los átomos, unos son ásperos, *aspera* (2, 424), otros curvados, *hamata* (2, 394), otros ramosos, *ramosa* (2, 446), que al reunirse se entrelazan, *indupedita*, (2, 102) en formas intrincadas; los hay ligeros, *levia* (2, 402) y redondos, *rotunda* (2, 402). Y a propósito de la dificultad que existe en los átomos, desprovistos de sensación, de producir ésta en los seres se emplean los términos *sensilia* e *insensilia* (2, 893 y 888).

Ya en el canto I se habla de *anima* y *animus* (v. 131), que expresan respectivamente el principio vital de todo el cuerpo y la mente. Así, afirma Lucrecio que a menudo designamos *animus* por *mentem* (3, 94), donde está situada la razón y la facultad que gobierna la vida, *consilium vitae regimenque* (3, 95). De los cuatro elementos constitutivos del alma y de la mente uno debe producir necesariamente la sensación, *sensum* (3, 238), con sus *sensiferos motus* (3, 245), aunque carezca de nombre.

Recordemos otros dos términos del sistema epicúreo: el de *noticies* (2, 124) que expresa el concepto general que se alcanza al repetir la percepción; y el de *animi iniectus* (2, 740) que no es sino la atención de la mente al objeto.

Como indicamos antes, en el libro IV que describe el proceso de la percepción sensible o intelectual, tienen interés los términos *simulacrum*, -a (4, 127) que designan películas de átomos que se desprenden de los objetos y que al penetrar en los ojos producen las imágenes con las que vemos. Sinónimos son *imago* (4, 52) y *efigies* (4, 42).

Menor interés ofrecen en este capítulo los muchos términos técnicos que aparecen en el libro V sobre la astronomía y en el libro VI sobre los fenómenos naturales.

Por último, señalamos con Pisani³⁶ las diferentes acepciones del sintagma *rerum natura*. Es en 1, 25 y 1, 26 donde se expre-

³⁶ Cf. *Storia della lingua...*, págs. 295-296.

sa el concepto de «ser, esencia de las cosas» que correspondería al título del poema. En 1, 145 estaría en plano de igualdad con átomos y vacío, como una posible «parte constituyente» del ser. En 1, 628 se habla de la naturaleza fecunda, «creadora» de las cosas, en contraposición a la naturaleza «creada» a que se refiere 1, 949, donde *rerum* representa un genitivo objetivo. No muy diferente es el significado que encierra el sintagma en 1, 21, indicando «el nacimiento de los seres».

6.5. *Sintaxis*

Supuesta la tendencia a considerar la sintaxis ciceroniana como la normal y regular, pueden parecernos irregularidades las desviaciones sintácticas de esa norma clásica. Pero no siempre es así. De hecho no es la misma la sintaxis de la poesía que la sintaxis de la prosa, y es también cierto que cada escritor tiene su peculiar sintaxis. Son precisamente las desviaciones del uso clásico las que dan a la sintaxis y estilo de Lucrecio su especial impronta y encanto.

Pero en Lucrecio no todo es personal y diferenciado: muchas construcciones las tomó de sus predecesores; se dan en él, por supuesto, arcaísmos intencionados; asimismo deben considerarse las motivaciones métricas, como la evolución de la lengua en su época. Con todo queda una buena parte de giros característicos de nuestro poeta.

Exponemos a continuación los usos más notables de Lucrecio referidos a la categoría nominal, a la verbal y a la estructura de la frase.

A) *Casos y preposiciones*

a) *El nominativo absoluto*: el poeta presenta en distintos pasajes una larga lista de nombres en nominativo y luego los resume con un acusativo o genitivo. Se produce, pues, un cierto anacoluto. Así: *Servitium contra paupertas divitiaeque, libertas bellum concordia... haec soliti sumus... eventa vocare* (1, 455-58). *Praeterea genus humanum mutaeque natantes squamigerum peducudes... quorum unum quodvis... sumere perge* (2, 342-347).

Nominativo, sujeto de verbos normalmente impersonales.

Este uso es particularmente corriente en el poeta con *opus est: infinita opus est vis undique materiai* (1, 1051). Pero también se utiliza con *refert* y con *usus (est)*: *Usque adeo magni refert studium atque voluntas...* (4, 984); *... ut facere ad vitam possemus quae foret usus...* (4, 831).

Nominativo en comparaciones. Lo emplea Lucrecio en aposición a una palabra en acusativo como si *ut* o *quam* introdujeran una proposición subordinada: *Ergo dissolvi... convenit omnem animai naturam, ceu (= ut) fumus...* (3, 455-56); *Deinde videre licet maioribus esse creatam principiis quam vox...* (4, 698-99).

b) En el acusativo destacamos dos usos particulares:

Acusativo empleado como objeto directo de verbos normalmente deponentes construidos con ablativo: *Sin ea quae fructus cumque es...* (3, 940); *unus Homerus sceptrum potitus...* (3, 1037-38); *Omnia perfunctus vitae praemia marces...* (3, 956).

Acusativo interno usado como adverbio: *Nocturnasque faces caeli sublime volantis...* (2, 206)... *nocturnumque recens extinctum lumen...* (6, 791). Sorprendente y muy empleado el caso de *omne genus* = «de toda especie» en sentido adverbial: *...omne genus perfusa coloribus* (2, 821).

c) En el genitivo señalamos, entre otros, los dos siguientes:

Genitivo separativo después de adjetivos o participios para expresar la separación, cuando esperaríamos un ablativo con o sin la preposición *ab*: *orba pedum partim, manuum viduata vicisim...* (5, 840).

Genitivo después del neutro plural de adjetivos o participios. No todos lo consideran genitivo partitivo. Se le emplea en frases estereotipadas como *strata viarum* (1, 315). En este caso el sintagma sería normalmente expresado por sustantivo y adjetivo concertado. Pero existe un uso distinto: cuando el neutro plural actúa como sustantivo y el genitivo presenta su sentido pleno: *saepta domorum* (1, 489), *saxorum structa* (4, 361).

d) En el dativo distinguimos tres usos:

Dativo por genitivo. Lucrecio propende claramente a este empleo, aun cuando el genitivo hubiera sido normal. En ocasiones la sustitución se ve favorecida por la presencia de *sum*: *...seminibus si tanta est copia...* (2, 1070). En ausencia del copulativo es otro verbo el que favorece el empleo del dativo: *...ramique virescunt arboribus...* (1, 252).

Dativo de un sustantivo acompañado del gerundivo. El poeta utiliza esta construcción arcaizante (cf. *decemviri legibus scri-*

bundis) para expresar la finalidad, el propósito, que normalmente exigiría *ad* y acusativo: *te sociam studeo scribendis versibus esse...* (1, 24).

Dativo regido de ídem. Este giro no suele darse en la prosa clásica. Escogemos un ejemplo: ... *Homerus... eadem aliis sopitu' quietest* (3,1037-38).

e) En el ablativo hay pocos giros distintivos de Lucrecio. Dos observaciones: es característico el uso de *seorsum* seguido de ablativo: *seorsum corpore toto* (3, 564), como también el uso extensivo del ablativo plural en sentido adverbial: *ingratis haeret* (3, 1069), *multimodis inmixta* (1, 895), *omnimodis conecti* (2, 700). Asimismo, Lucrecio es uno de los primeros autores que construyen *plenus* con ablativo: ... *ventis atque ignibus omnia plena sunt*.

f) *Los usos del neutro* ofrecen un doble interés:

El neutro plural es empleado en relación con sustantivos de diferente género. Construcción que en Lucrecio se da en gran amplitud: ... *nunc animum atque animam dico coniuncta teneri...* (3, 136). Requieren especial mención los casos donde la referencia del neutro con los sustantivos no es inmediata: *Denique corporis atque animi vivata potestas inter se coniuncta valent...* (2, 558-59).

Neutro referido a *res*. Notable modismo éste de Lucrecio al emplear *res* y el neutro como intercambiables. En 1, 56-57: *unde omnis natura creet res... quove eadem rursus natura perempta resolvat*, podría existir duda si *eadem* va referido a *natura* o es un neutro referido a *res*, pero *perempta* indudablemente se refiere a *omnis res* (= *omnia*). También aparece un ejemplo inverso: primero encontramos el neutro y luego es reasumido por *res*: *id quod providet, illius rei constat imago...* (4, 885). En estos casos se aprecia una preferencia del poeta por el sentido en detrimento de la gramática.

g) En el uso de *los pronombres*, lo más relevante en Lucrecio es el modo enfático y redundante con que los combina:

El reflexivo en diversos casos: ... *per se sibi vivere* (3, 684); el *ipse* viene a reforzar, cuando parece innecesario: *sponte sua primum mortalibus ipsa (terra) creavit...* (2, 1158); *ipse* con *sese*: *Nec... poterunt ipsi reprehendere sese...* (4, 497).

Quizá el uso más característico de *ipse* en Lucrecio se da cuando lo combina con los casos de *alius* para asegurar el contraste: *aut aliis fungi debebit agentibus ipsum* (1, 441).

h) Con relación a *las preposiciones* analizamos su uso redundante y su colocación.

Nuestro poeta emplea preposiciones con un ablativo cuando el ablativo solo sería suficiente: así *mortali cum corpore* (1, 755), pero también *mortali corpore* (1, 232); *certis ab rebus* (1, 813) y *variis variae res rebus* (1, 816). El uso innecesario de *in* se comprueba en su innecesaria combinación con el gerundio: *in iactando* (3, 491), *in memorando* (4, 720). También *ex* es redundante en 4, 1204: *...summis ex viribu' tendunt...*

Las preposiciones, como su nombre indica, deben colocarse delante de su régimen. Por razones peculiares, entre las que se cuentan las métricas, a veces la preposición se pospuso al régimen. Así, dado su carácter nominal en latín clásico, *causa, gratia, tenus* siguen al sustantivo regido.

Lucrecio, en cambio, pospone también otras preposiciones al sustantivo o pronombre y en algunos casos las sitúa entre los sustantivos regidos o entre sustantivo y adjetivo y su determinante: así *Cumas apud* (6, 747), *pocula circum* (1, 937), *qua de disserere aggredior* (6, 940); *ignibus ex ignis* (1, 841); *tempore in omni* (1, 26); *loca... inimica per* (5, 770), *noctem per saepe diemque* (6, 1160).

El caso de *propter* resulta interesante: en la mayoría de las veces lo coloca normalmente después de su régimen: *portas propter* (1, 316), *terram propter* (5, 623), pero siempre con sentido locativo para así diferenciarlo, al parecer, de *propter* con sentido causal.

B) Núcleo verbal y subordinación

Atendemos a los aspectos más relevantes en los que el poeta evidencia su libertad sintáctica frente a la normalización ciceroniana, en un momento en que aún deja notarse cierta oscilación en los usos gramaticales. Comenzamos por referirnos a las formas nominales del verbo para luego analizar modos y tiempos en el marco de la subordinación.

a) *Infinitivo usado como sustantivo*. No hay que descartar en este empleo el influjo griego que ofrecía un procedimiento cómodo para expresar las ideas abstractas: *Quid sit... corpus sentire...* (3, 354). Más claro todavía: *meminisse iacet* (4, 765) = «la memoria yace». El infinitivo aparece en la mayoría de los casos

como *sujeto de la oración* vinculado a los sintagmas *ante fuit quam, prius est quam: nec fuit ante videre* («la visión») *oculorum lumina nata...* (4, 836); *fovea atque igni prius este venarier* («la caza») *ortum quam saepire plagis...* (5, 1250-51). También puede tener función de predicado: *divitiae grandes homini sunt vivere parce* (5, 1118).

Ampliación de los usos del infinitivo completivo. Lucrecio presenta un empleo muy extendido del infinitivo después de verbos significando deseo, voluntad y conceptos similares. Muchos de los ejemplos son extraños a la lengua clásica que propende a la completiva conjuntiva. Señalamos tan sólo algunos de los numerosos empleos: *religionum animum nodis exsolvere pergo* (1, 932), *flectere quaerit* (3, 516), *naturam... primum studeat cognoscere rerum* (3, 1072), *minantur omnia diluviare* (5, 386-87), *sollicitat spatium decurrere amoris* (4, 1196), *faciunt solis nova semper lumina gigni* (5, 662), *iterque dedit legionibus ire per altum* (3, 1030), *nec varii cessant sonitus manare per auras* (6, 927), *docuit super ire lacunas* (3, 1031), *tu vero... indignabere obire* (3, 1045).

b) Respecto de los usos del *gerundio* y *gerundivo* señalamos:

Gerundio en forma impersonal sin la cópula. Quizá lo emplee así el poeta por deseo de variar o porque era corriente en la lengua coloquial: *illa quoque esse tibi solida atque aeterna fatendum* (1, 627), *animo quoque nil prodesse putandum* (2, 39).

Gerundio rigiendo un acusativo. Esta construcción probablemente arcaica podría considerarse un modismo personal. El acusativo complemento de objeto es tres veces *multa*, pero otras veces un sustantivo definido: *multa... cum sit agendum* (1, 138); *aeternas... poenas in morte timendum* (1, 111), *proelia nobis... insinuandum* (5, 43-44).

Gerundio rigiendo un genitivo. Es un uso raro, motivado para dar variación: *poenarum grave sit solvendi tempus adactum* (5, 1225). Lo propio en clásico hubiera sido *poenas solvendi*.

Gerundio en ablativo con sentido quasi-pasivo. Está admitido entre los gramáticos que el gerundio tiene sentido activo. Así es en la mayoría de los casos, y así acontece en Lucrecio: *multaque vivendo vitalia vincere saecla* (1, 202), *omne genus motus et coetus experiundo* (1, 1206).

Pero son también frecuentes en Lucrecio las frases en las que el gerundio parece tener un sentido pasivo, y de hecho se le ha traducido así: *anulus in digito subter tenuatur habendo* (1, 312)

(?). *Habendo*: «al llevarlo, al ser usado» (?); *neque... posse videtur quicquam... findi in bina secando* (1, 532-33). *Secando* = «al ser cortado, con un corte» (?); *ulcus enim vivescit et inveterascit alendo* (4, 1068). *Alendo* = «al alimentarla», «al ser alimentada» (?). Piensa Pascal que el gerundio es utilizado en su sentido pasivo primitivo. También Ernout reconoce un posible sentido quasipasivo, pero acepta la explicación de Monro: que el gerundio, complemento de un verbo en forma personal, puede referirse a una persona o cosa distinta del sujeto de este verbo. Y cabe asimismo pensar que el gerundio funciona aquí como cualquier sustantivo instrumental³⁷.

c) *Modos y tiempos en la subordinación*. Nos referimos a distintos usos del indicativo y del subjuntivo.

Indicativo en subordinada a una oración oblicua o a una proposición subjuntiva. En tal caso, Lucrecio utiliza, como otros escritores latinos, el indicativo cuando desea hacer una declaración conforme a la realidad, v. gr.: *nec quod inane... est ulli subsistere debet quin, sua quod natura petit, concedere pergat* (1, 1079-80), donde *petit* y no *petat* por el deseo de subrayar la realidad del hecho. Existen otros pasajes donde no hay justificación para el uso del indicativo y que podrían explicarse por relajación sintáctica como en 5, 621-30, donde *abest* y también *propinquat*, si la lectura es correcta, del v. 630 deberían estar en subjuntivo porque responden a la teoría democritea.

Quamvis y *cum* con indicativo. Nuestro poeta emplea mayoritariamente el *quamvis* con subjuntivo, pero tres veces lo hace con indicativo. Ernout-Thomas lo explican a causa de la influencia de *quamquam*³⁸. Al parecer, la construcción era un coloquialismo en tiempos de Lucrecio. Baste con citar el que parece primer ejemplo de *quamvis* con indicativo: *quamvis est circum caesis lacer undique membris* (3, 403). Véase, también: 3, 705 y 4, 426.

Igualmente aparece *cum* con sentido causal o adversativo, utilizado con indicativo: *Huc accedit uti, solidissima materiai corpora cum constant, possint tamen omnia reddi* (1, 565-66); *cum tamen inter se postrati in gramine molli... curant...* La construcción es arcaica y seguramente coloquial.

Imperfecto de indicativo con sentido potencial. En este caso

³⁷ Para toda la cuestión, cf. Bailey, págs. 104-105.

³⁸ Cf. *Sintaxe latine*, París, 1983 (=1953), pág. 352.

designa lo que se podía o debía hacer, pero que aún no se ha hecho, y con esta idea de acción no realizada llega a perder todo valor de pasado: *quid magis his rebus poterat mirabile dici?* (2, 1035); *at bene non poterat sine puro pectore vivi* (5, 18); *namque extremum debebat habere* (1, 959).

Presente de indicativo en lugar de perfecto. Modismo quizá coloquial: con el presente hace referencia a relatos anteriores: *quare etiam atque etiam, ut dico (= dixi), est communi' voluptas* (4, 1208); *haec fieri ut memoro (= memoravi), facile... cognoscere possis* (4, 749).

Subjuntivo: segunda persona singular del presente. Con ella de modo vago e indefinido se refiere al lector. A veces responde a un verdadero subjuntivo, otras a un verdadero indicativo: depende de la mayor o menor indeterminación. El modismo es más frecuente con *possis* seguido de *dicere, reddere: quae bene cum videas, rationem reddere possis* (4, 572), pero también con *videas, cernas, respicias, etc.*

Presente de subjuntivo con valor irreal. Lucrecio emplea a menudo *si* con presente de subjuntivo para expresar una hipótesis contraria a la realidad con el mismo sentido con que el latín clásico utiliza el imperfecto de subjuntivo: *Praeterea si iam finitum constituatur omne quod est spatium...* (1, 968), pero no es verdad para el poeta que el espacio sea finito.

Observamos también el uso de una apódosis irreal en imperfecto de subjuntivo, frente a un prótasis condicional negativa en presente; se trata de un caso de sintaxis más libre, no de uso clásico: *quod, nisi inania sint (= essent) qua possent corpora... transire, haud ulla fieri ratione videres* (1, 356-57).

Concordancia (consecutio) de los tiempos: excepciones. En la mayoría de los casos Lucrecio observa las normas de la *consecutio*, pero algunas veces se aparta de ella o por alguna motivación justificada, v. gr., métrica, o al parecer, en ocasiones, por deseo de variedad:

Combinación del presente con el imperfecto de subjuntivo. En parte, nos acabamos de referir a ella a propósito del presente de subjuntivo con valor de irrealidad: 1, 356-57. Pero la construcción inversa con prótasis en imperfecto de subjuntivo y apódosis en presente aparece también: *Nam si primordia rerum commutari aliqua possent ratione revicta, incertum... iam constet quid possit oriri* (1, 592-94), donde a *possent* responde *constet*.

Combinación de imperfecto de indicativo y presente de subjuntivo. El presente de subjuntivo a cierta distancia de los imperfectos de indicativo eran utilizados en un sentido histórico vivo, común a la poesía latina: *haud ita conveniebat uti cum corpore... videatur in ipso sanguine cresse* (3, 682-83).

Combinación de presente de indicativo con presente de subjuntivo. Es también un uso de sintaxis libre: *nisi tempestas indulget... imbribus, ... crescere non possint fruges...* (1, 805-8). Como si dijera: «si no se da el caso de que llueva en abundancia, no podrán crecer las mieses».

Combinación de futuro de indicativo con presente de subjuntivo. Así, en 1, 655-56: *... si faciant admixtum rebus inane, denseri poterunt ignes...* Nosotros vemos aquí la expresión de un período que especula sobre la eventualidad, que tiene claro precedente en griego y que luego resultará de uso muy abundante a lo largo de toda la literatura latina³⁹.

Combinación de imperfecto de subjuntivo con presente de indicativo. Así, en 4, 1197-1200: *nec ratione alia volucres... mariibus subsidere possent, si non... ardet abundans natura...*, donde al imperfecto de la apódosis responde un presente en la prótasis condicional, como queriendo resaltar la realidad del hecho, por supuesto en una sintaxis ajena a la norma clásica.

Un ejemplo similar de concordancia de tiempos nos lo ofrece la interrogativa indirecta en la que al verbo de preguntar en presente de indicativo responde la completiva interrogativa introducida por *cur* con el verbo en imperfecto de subjuntivo: *Nam cur variae res possent esse requiro...* (1, 645).

Así comprendemos la afirmación de Janssen: «Lucrecio se expresa todavía a menudo —y de manera del todo impoética— en períodos en los que diversos miembros están unidos hipotácticamente, mientras, por su parte, Virgilio da la preferencia a breves proposiciones principales unidas paratácticamente⁴⁰.»

6.6. Estilística

No pocos elementos del estilo lucreciano han sido ya analizados por nosotros a propósito del estudio de la gramática, es-

³⁹ Cf. «Período eventual en las condicionales latinas», *Universidad y Educación (Uned)*, 3 (1985), 229 y sigs.

⁴⁰ En Lunelli, *op. cit.*, pág. 110.

pecialmente del léxico (formación de las palabras y términos filosóficos) y de la sintaxis, donde el poeta evidencia su libertad de expresión, ordenada en gran medida, aunque no siempre, a la mejor formulación de su mensaje doctrinal. Como es lógico, y ya lo hemos advertido, algunos recursos del estilo tienen que ver de forma muy concreta con el metro y de ellos nos ocuparemos especialmente en el capítulo siguiente.

Lucrecio que, como es sabido, se encuentra más lingüísticamente que cronológicamente en medio de Ennio y de los poetas augústeos, experimentó gran influencia del padre de la poesía latina. La lengua de Lucrecio es en su tiempo y en muchas partes de su obra arcaica y por lo mismo enniana. La mayor parte de las glosas aparecen no en las partes didácticas del poema donde él quiere sobre todo adoctrinar y convencer, sino en los proemios de los cantos, particularmente en la solemne invocación a Venus, en los elogios a Epicuro..., donde el colorido de su estilo se hace mucho más potente dando libre curso a su entusiasmo; aunque en modo alguno quede excluida la elevación del lenguaje y el uso del retoricismo literario más puro en los capítulos, mayoritarios con mucho, consagrados a transmitir la filosofía epicúrea.

En todo caso, también en Lucrecio alienta «la esencial latinidad de la lengua»⁴¹, no sólo en el léxico, sino también en los procedimientos estilísticos. Ésta, como señalábamos nosotros comentando el *Carmen lustrale* conservado por Catón, muestra como recursos constantes del pueblo itálico la acumulación de sinónimos, la aliteración, la rima del homeoteleuton, las connotaciones internas de sonoridad, la isocolía, la importancia de la palabra en su misma estructura rítmica, sin olvidar para el verso el propio componente métrico.

A este propósito escogimos asimismo unos pocos versos de Lucrecio, entre otros muchos posibles, enmarcados en un pasaje amplio con relevancia estilística a pesar de hallarse inmerso en un capítulo eminentemente doctrinal, 1, 257-261⁴²:

⁴¹ Expresión tomada de L. R. Palmer, *Introducción al latín*, Barcelona, 1974, v. e., pág. 110.

⁴² Cf. Roca, I., «Sobre la lengua poética latina: aspectos varios», *Miscel·lània S. Guarner II*, Valencia, 1984, págs. 277-278.

*hinc fessae pecudes pingui per pabula laeta
 corpora deponunt, et candens lacteus umor
 uberibus manat distentis; hinc nova proles
 artubus infirmis teneras lasciva per herbas
 ludit, lacte mero mentes percussa novellas.*

Constante aliteración ostensible por la repetición de la labial sorda: *pecudes pingui per pabula...* sugiriendo el concepto de un «pesado retozar», y de las líquidas lateral y labial *lasciva... ludit, lacte mero mentes* con la idea quizá de un «dulce recreo» —referido lo primero a las madres y lo segundo a las crías—. Homeoteuton entre *herbas* y *novellas* y rima entre *teneras* y *herbas*. Anáfora *hinc... hinc...* Certera selección de epítetos, algunos exornativos, que acompañan a casi todos los sustantivos: *laeta*, de la lengua rústica, acompañando a *pabula*, *candens* y *lacteus* en asíndeton, el primero adjetivo verbal y el segundo propio, determinando, lo que sucede con frecuencia, a un sustantivo, con el cual expresan aquí en perífrasis el concepto de «leche», luego plasmado directamente; *infirmis teneras* cuasi sinónimos; *distentis* que con *uberibus* constituirá un sintagma imitado por los poetas augústeos y posteriores; *mero*, de sabor arcaico (Plauto, Catón), aplicado a los metales y a los líquidos para expresar su pureza; *novellas*, tipo productivo de diminutivos, alternando con el simple *nova*; aparte el adjetivo sustantivado *pingui* que facilita evitar el amétrico *pinguetudo*, usado por Catón y Varrón.

Es sólo un ejemplo, exponente entre mil, de la sublime grandeza del estilo lucreciano.

A continuación nos referimos a diversos aspectos concretos de la estilística en Lucrecio relativos a los fonemas, a la palabra, a la frase y al período.

a) *Aliteración y asonancia*. Ha sido siempre admitido que una y otra tienen gran importancia en dar al verso lucreciano sus peculiares características. Conviene distinguir la aliteración, la repetición de consonantes, de la asonancia, la repetición de vocales o de sílabas. Tales ornamentos del lenguaje son más frecuentes en latín que en griego, y es probable que estén estrechamente conectados con el hábito romano de la recitación pública. Antecedentes hallamos en los primeros poetas, cuales Nevio, Plauto, Accio, pero para el hexámetro de Lucrecio tienen mayor significación Ennio y Cicerón.

Podemos afirmar que Lucrecio no es tan exagerado y grotes-

co como Ennio y Plauto. Emplea la simple aliteración de una consonante en 2, 3 o hasta 4 y 5 palabras. Las consonantes más frecuentemente usadas son *p* y *v*: *non potuit, pedibus qui pontum per vada possent* (1, 200); casi igualmente *t* y *m*, menos usadas son *q*, *r*, etc. Dos observaciones: a veces la aliteración se extiende más allá de los límites de un solo verso: 4, 940, 941, 943; y a menudo la aliteración de la consonante inicial se ve reforzada por consonantes en el interior de la palabra: 1, 72.

La asonancia de vocales iniciales es mucho más rara, pero en ocasiones relevante: *non ex omnibus ommينو quaecumque creant res* (2, 892). Aquí el efecto es debido al uso de palabras de la misma raíz. Pero la asonancia es mucho más frecuente en el interior y en el final. Aunque no sea fácil reconocer como intencionada la concordancia de un adjetivo con su sustantivo en orden a la asonancia, con todo una larga fila de adjetivos que acompañan a su sustantivo puede muy bien considerarse intencionada: *prava cubantia prona supina atque absona tecta* (4, 517).

La aliteración compleja, en la que dos o más consonantes son usadas, es frecuente en Lucrecio. Recordemos 1, 261. Pero a menudo se produce un entramado más artificial de aliteración: como en *principio venti vis verberat incita ponti* (1, 271).

b) *Armonía imitativa*. Cabe citar ciertos ejemplos en los que el sentido de la frase se ve reforzado en cierta medida por la aliteración. A veces la *v* expresa el impulso del viento o del agua: *venti vis verberat incita pontum* (1, 271), aunque es difícil afirmar cuándo el poeta usó la aliteración intencionadamente de suerte que el sonido pueda representar el sentido; la *m* es usada para expresar el retumbar del trueno: *et rapidi fremitus et murmura magna minarum* (5, 1193), en ese pasaje reforzada por la *r* y de modo análogo en 1, 722-23.

En ocasiones, el uso de Lucrecio aparece acentuado, como cuando describe la música de los acompañantes de Cibeles:

*tympana tenta tonant palmis et cymbala circum
concava raucisonoque minantur cornua cantu* (2, 618-19).

c) *Repetición de sílabas*. Depende más de las vocales que de las consonantes y si bien, como hemos explicado ya, existen ejemplos en principio de palabra, son más frecuentes al final

en sus dos principales formas: la del *ritmo* y la del *homeoteleuton*.

Como en el pentámetro, también en el hexámetro se produce la tendencia al ritmo entre la sílaba con ictus del tercer pie y la que termina el sexto pie. Tal puede suceder accidentalmente debido a la concordancia sintáctica de las desinencias del adjetivo y sustantivo, pero es arriesgado admitir que Lucrecio fuera siempre consciente de ello; con todo, al menos en algunos casos, es muy posible que dicho ritmo sea un adorno deliberadamente empleado: así *tuto res teneras effert in luminis oras*, como también en 1, 296, 884, etc.

El homeoteleuton es, asimismo, frecuente en Lucrecio, pero puede no ser siempre intencionado su efecto rítmico. Ahora bien, cuando hallamos tres versos sucesivos que terminan con el mismo sonido, v. gr., en 1, 734-36, *inferiores, minores, inventientes*, es difícil creer que el hecho escape a la intención del poeta. Tratándose de ritmo disílabo es más verosímil, por ser más notorio, que hayan sido intencionados: *viderent, valerent* (1, 107-108); *tenerent, solerent, possent* (1, 164-166), etc.

A veces el homeoteleuton es producido por palabras enteras: *creari* (1, 155 y 157), *undis* (1, 719-20), y Lucrecio no desistió de él cuando creyó que era reclamado por el sentido.

d) *Repetición de palabras*. Aquí no es sólo cuestión de sonido, sino también de significado. La repetición a veces se debe al énfasis retórico, a veces a las exigencias que impone el desarrollo de la argumentación. Asimismo, cabe distinguir entre los pasajes en los que el poeta repite la misma palabra o diferentes casos o tiempos de ella, según sea nombre o verbo, y los pasajes en que se repiten palabras no derivadas de la misma raíz, pero de sonido muy similar.

Hay muchos casos de repetición motivada por el énfasis retórico: al principio del poema, en 1, 6-8, se repite anafóricamente *te* por tres veces, que es reasumido por *tuum* y por otros dos *tibi* también en posición anafórica. A la anáfora como se ve la acompaña el poliptoton y los ejemplos se pueden multiplicar. Lucrecio propende a la repetición de una palabra que se halla en el cuarto o quinto pie del verso y en el primero del verso siguiente: ... *aurea dicta, / aurea...* (3, 12-13).

La iteración es más frecuente cuando no es el énfasis retórico quien la justifica, sino las exigencias del discurso: así en 1, 696-97, 813, etc.

En relación con las formas de la misma raíz, notamos que raramente existe el énfasis retórico, aunque no sea infrecuente el vigor propio de la antítesis. La repetición más frecuente es la del vocablo *res* empleado con diversos casos y diferentes sentidos: así en 1, 763-66. En menor medida se da con otras palabras: *genus, generatim* (1, 227), *videres, videmus* (1, 357-58), *ignibus, ignem* (1, 782-83), *semina, siminibus* (4, 1257-58), etc. No raramente dos términos son repetidos en diferentes casos, especialmente en antítesis, v. gr., *ignis* y *umor* en 1, 841 y *terra* y *mare* en 1, 1000. Sorprendente es el cambio de cantidad, en 4, 1258, del adjetivo sustantivado *crassus*. Como también que dos formas de la misma palabra se hallen yuxtapuestas en fin de verso: así, *aeribus aera* (2, 637).

En pocos casos produce el poeta el efecto de la repetición —aquí tocamos la paronomasia— al yuxtaponer, o casi, formas de raíces no idénticas, sino semejantes: v. gr., *ignis et lignum* (1, 912), *amorem... umorem* (4, 1054-56). En estos ejemplos y otros similares, es evidente que existe un deliberado juego de palabras. En ocasiones parece que subyace la intención de sugerir que unas cosas cuyos nombres son tan semejantes entre sí, lo son también en su naturaleza y estructura atómica. A veces el juego puede degenerar en una broma: *officium quod corporis extat, officere atque obstare* (1, 333-37), donde se juega con *officium* = «función» y *officere* = «oponerse, obstaculizar». Ahora bien, más que a un rasgo de humor de Lucrecio, tal combinación apunta a una razón más seria: el poeta que compara en ocasiones las letras, elementos constitutivos de las palabras, con los átomos componentes de las cosas, piensa que la propia naturaleza al redistribuir sus componentes cambia lo mismo la condición de las cosas formadas, como la constitución de sus nombres.

e) *La frase*. Destacamos algunos rasgos que conforman el estilo de Lucrecio en este punto.

No debe olvidarse *la combinación entre sustantivos y adjetivos* que también aquí tiene su importancia. A ella nos hemos referido al principio de este capítulo, luego al hablar de la «rima leonina» que puede resultar de la distribución conveniente en la frase de diferentes categorías gramaticales, pero que es característica cuando en ella se coordinan adjetivos y sustantivos en forma quiástica: ... *posse eadem demptis paucis paucisque tributis* (1, 800: aquí con los participios, formas adjetivales y

paucus sustantivado), *seminibus certis certa genitrice creata* (2, 708), *viribus alterius magnis magnoque coactu* (2, 273), etcétera.

El asíndeton que, como hemos señalado, caracteriza la poesía latina ya desde el principio, lo emplea Lucrecio con mucha más frecuencia que otros autores y, a veces, de forma poco corriente: *concursum motus ordo positura figurae* (1, 685, referido a la acción de los átomos), ... *caelum mare terras flumina solem* (1, 820, donde enumera formaciones de los diversos elementos), etc. Ocasionalmente en serie asíndetica, por razones métricas introduce la conjunción: *Servitium contra paupertas divitiaeque, libertas bellum concordia...* (1, 455-56).

f) *Divisiones del párrafo*. El poeta cuida la distribución lógica de sus argumentos y se sirve de una serie de conjunciones para introducirlos ordenadamente. Su estructura al disponer los miembros de la frase suele ser: *principio, praeterea, denique, postremo*, pero tal secuencia resultaría demasiado esquemática: así el primer miembro de la argumentación no siempre lo introduce *principio*; en ocasiones, el párrafo conecta con el pensamiento precedente con un sintagma como *nam si* (1, 159, 217), *quod si* (1, 355), etc. En argumentaciones más extensas son usadas otras frases introductorias de los miembros de párrafo; v. gr., para comenzar, *primum* (1, 742), luego *tum porro* (1, 298), *quin etiam* (1, 322), *deinde* (1, 746), *huc accedit uti* (1, 753), al final generalmente *denique* (1, 199), *postremo* (1, 322).

g) *Repeticiones de versos y párrafos enteros*. Ahora no se trata de efectos de sonido, sino de repeticiones exigidas por el sentido, y aunque el escritor haya dicho con acierto cuanto quería expresar, no duda en usar los mismos términos cuando desea expresarlo nuevamente. Señalamos tan sólo un ejemplo característico: afirma el poeta que los temores del alma y la oscuridad de la ignorancia los debe disipar no la luz del sol, sino la contemplación reflexiva de la naturaleza. Tal afirmación la hace en 1, 146-48 y la repite en 2, 59-61, pero aquí precedida de los vv. 55-58 donde asegura que, como los niños se asustan en medio de las tinieblas, también nosotros en plena luz albergamos muchos temores que no debiéramos. En una nueva repetición (3, 87-93), se reproducen ya los siete versos y otra vez de forma idéntica en 6, 35-41.

h) Una suerte de *reticencia conceptual*, o interrupción del

pensamiento la ha señalado Büchner⁴³ como característica en la forma de escribir de Lucrecio: es su costumbre de retener o suspender el pensamiento por medio de una digresión que se interpone, para reasumirlo luego, como si nada hubiera mediado. De los varios pasajes escogemos uno del libro I. En el v. 329 el poeta parte en su demostración de la existencia del vacío y establece en el v. 330 *est in rebus inane*. Luego, sorprendentemente, ocurren los vv. 331-333 donde el autor afirma que es útil conocer esta verdad para evitar las dudas y confiar en su doctrina, prosiguiendo luego en 334: *Quapropter locus est intactus inane vacansque*. Lachmann había suprimido este verso porque en el pasaje no había nada de lo que *quapropter* pudiera depender. Pero no es así. La conjunción está usada aquí con un sentido reasuntivo, «bien, pues», y así el poeta retrocede en su pensamiento al v. 330, saltándose los versos que median; por otra parte, el v. 334 es necesario para procurar un antecedente apropiado al *Quod si non esset* del v. 335.

Esta reticencia conceptual procura, sin ir más lejos, una buena solución para explicar la difícil conexión de ideas en algunos pasajes controvertidos.

No siempre Lucrecio se muestra hábil para plasmar sus ideas en la construcción sintáctica más acertada, ora sirviéndose de la parataxis, ora en mayor medida de la subordinación. Ahora bien, sus deficiencias son escasas en los lugares donde es posible desplegar el vuelo de la inspiración poética y de la fantasía creadora, en cambio, en los pasajes donde se impone la exposición filosófica y técnica, se ve forzado, como dirá Ernout, «a escoger entre la poesía y la precisión; y es la poesía la que Lucrecio ha debido en ocasiones sacrificar»⁴⁴.

7. Prosodia y métrica

No podemos olvidar qué formas y procedimientos de la verificación arcaica están todavía vigentes en tiempos de Cicerón, de Lucrecio y hasta de Virgilio. Lucrecio, en concreto, no está

⁴³ Cf. «Beobachtungen über Vers und Gedankengang bei Lucrez», *Hermes*, Einzelschriften, Heft 1, 1936, págs. 5 y sigs.

⁴⁴ *Commentaire...*, Introduction, pág. XLII.

tan lejos como pudiera pensarse del espíritu de los neotéricos que repudiaban lo arcaico. Aun experimentando el influjo de Ennio, renuncia muchas veces a los usos de éste y escribe sus versos de forma similar a como luego lo hará Virgilio. Deja constancia de que una verdadera revolución lingüística, prosódico-métrica, se ha operado ya, aunque no emplea todo el rigor en rechazar los arcaísmos de su poesía.

7.1. Prosodia

Señalamos tan sólo los rasgos de mayor interés:

a) *Hiato y elisión*. En principio, en Lucrecio, se produce el hiato normal de monosílabo ante una breve inicial, en cuyo caso monosílabo e inicial breve constituyen la pareja de breves del medio pie débil: así *quae amara* (2, 404), *qui in oras* (2, 617), *quae his* (4, 636), *nam si* (4, 1061), *qui etesiae* (6, 716), *si odoratast* (6, 796). Los hiatos de palabras polisílabas son admitidos raramente. Cicerón admite al menos uno para evitar el crético y, por la misma razón, Lucrecio: *remigi oblitae* (6, 743), *etesiae esse* (6, 716), pero es de notar que en este caso llega a emplear el hiato sin abreviar la vocal: *animae elementa* (3, 374), *loci opus* (6, 755).

Por supuesto, en Lucrecio se producen las elisiones, habituales incluso en los poetas augústeos, de palabras «quasicréticas», terminadas en *-m*, así como las elisiones por sinalefa, sin embargo en este caso conviene recordar algunas elisiones duras: *comitari-Hymenaeo* (1, 97), *a tergo-ibus obstet* (2, 88), de una vocal final larga después del tiempo fuerte del quinto dáctilo.

b) *Sinicesis y diéresis*. La primera se produce tanto con formas pronominales como con formas nominales. Así, con *eaedem* (1, 306), con *eadem* (1, 480; 2, 483; 4, 744, etc.), con *eodem* (2, 663; 6, 961, 1040), *suo* (1, 1022; 5, 420), *rei* (3, 918), *aranei* (3, 383). Pero también con formas verbales y adverbiales: *icit* (4, 1272), *coepit* (3, 14, frente a *coepit* de 4, 619), *deorsum* (1, 362), *seorsum* (2, 473).

La diéresis se aprecia en los casos en que cuenta para la medida la *u*, donde generalmente no se considera sílaba distinta: *süemus* (1, 60; 4, 369), *süevit* (4, 953), *süerit* (5, 53), *süerint* (4, 303), *süadent* (4, 1157), *dissolüitque* (6, 446), *aqüae* (6, 552).

Ya antes nos hemos referido a ciertas formas contractas, ta-

les como *probeat* (1, 977), por *prohibeat*, o sincopadas como *irritat* (1, 70), por *irritavit*.

c) *Alternancias de cantidad*. Agrupamos los siguientes apartados: grupo «muta cum líquida», grupo *-qu-*, *gu-*, compuestos de *pro-* y *re-* y la abreviación yámbica. Todos ellos se refieren a la prosodia en el cuerpo de la palabra.

En el caso de «muta cum líquida», en concreto de oclusiva seguida de *r* o *l*, la cantidad de la vocal que precede al grupo será breve o larga según se divida la palabra: así en *patris* es breve si dividimos el vocablo *pa-tris* y larga si es *pat-ris*, es decir, en el primer caso la sílaba es abierta y en el segundo cerrada. Ahora bien, Lucrecio reúne las dos cantidades en un mismo verso: *quae pa-tribus pat-res tradunt ab stirpe profecta* (4, 1222). Otro tanto cabe decir de la palabra *sacra* cuya sílaba primera es medida, respectivamente, larga y breve por el poeta en 5, 1163-64 y a su vez la *a* de *agri* breve en 2, 1172 y larga en 5, 1448.

Esta alternancia la extiende Lucrecio a palabras compuestas que por su mismo origen no deben admitir más que una sola división, y, por lo tanto, una sola medida: es correcto que *duplici* tenga la primera sílaba breve en 4, 1274, pero no que *multiplex* cuente como larga la segunda sílaba, en orden a evitar el crético, en 2, 163, porque supone una absurda división de sílabas segunda y tercera: *multip-lex*.

La variación se aplica asimismo al grupo *-qu-*, asimilado a los anteriores: así el sustantivo *liquor* y el adjetivo *liquidus* presentan la primera sílaba ora larga, ora breve. Puede afirmarse que la vocal es larga cuando se halla en el tiempo fuerte y la sílaba final es breve; es breve cuando se halla en tiempo débil y la sílaba final es larga. En *liquidus* el contraste está puesto de relieve en el mismo verso: *crassaque convenient liquidis et liquida crassis* (4, 1259). Para *liquor*, véase la sílaba larga en 1, 453 y breve en 1, 864, etc. El verbo *liquor*, en cambio, cuenta siempre con la *i* larga: así en 2, 1132; 3, 553, etc., pero *liquesco*, al contrario, presenta sus formas en *i* breve: 1, 493; 4, 1114, etc.

No son las mismas las razones que justifican la alternancia de cantidad en el caso del *preverbio pro-* y en el caso de *re-*. Para *pro-* la variación se daba desde antiguo y Lucrecio la aprovecha en un mismo verso: *est procul a tergo quae provehat atque propellat* (4, 194), verso que se repite casi literalmente en 6, 1027. En el caso de *re-* cuya vocal ha sido siempre breve, para que se produjera la alternancia cuantitativa ha influido el re-

cuerdo del doblete antiguo *red-* que se mantiene en *red-do*, *red-duco*. Tal geminación ha decidido formas como *rel(l)igio*, *rel(l)iquiae* que de mantener breve la vocal inicial no hubieran podido ser introducidas en el hexámetro. Asimismo, en verbos como *reccidere* (1, 857), *redducit* (1, 228), y también *reicit* (1, 34) que debe leerse y pronunciarse *reiicit*.

En cuanto a la *abreviación* de la final de las *palabras yámbicas*, cabe señalar que se produce normalmente, aunque la cantidad larga se mantiene a menudo haciéndola coincidir con el tiempo fuerte y colocándola ante cesura: *mīhī* (1, 845) sólo una vez frente a 7 de *mīhī* y a *mi* que se elide en 924 o que la reclama la medida en 3, 105. Por el contrario, existen 11 ejemplos de *tibi* y 7 de *sibi* todos ellos en tiempo fuerte y ante cesura. La alternancia se extiende también a *ibi*, *ubi*, *modo*, *fere*, *bene*, *quasi*. Pero también la ley de abreviación yámbica se aplicaba en casos como *patefacio*, cuya *e* originalmente larga aparece breve en algunas formas personales: *patefecerat* (5, 809), *patefit* (1, 77).

En otros casos la breve original parece alargada por conveniencias métricas, como es el caso de *glōmere* (1, 360), aquí en tiempo fuerte, frente a *glōmeramen* (2, 454). A veces el alargamiento se consigue mediante la geminación de la consonante: *cuppedinis* (5, 45), *cuppentine* (1, 1082). Con todo, en este caso, según Ernout⁴⁵, las formas con duplicación de la oclusiva derivarían de una raíz que aparece en el adjetivo *cuppes* (cf. Plauto, *Trin.*, 239).

d) Nos referimos, por último, a la supresión de la *-s* final o *s* caduca. Digamos que mientras en Ennio la supresión era normal, de plena vigencia, en Cicerón y Lucrecio se consideraba licencia arcaica. El poeta Lucilio se aproxima todavía al uso ennio. En concreto, en Lucrecio, en los dos primeros libros, con 2.287 versos sólo aparece 15 veces, en Ennio, en menos de la mitad, 94 veces. Como Ennio y Cicerón, nuestro poeta usaba la licencia particularmente en el quinto pie, donde prefiere la forma dactílica, 35 de las 49 veces: *omnibu' rebus* (1, 159), *fontibu' magnis* (1, 412), etc., pero ofrece ejemplos también en los cuatro primeros pies. En el primer pie evita que la supresión se dé en palabra trocaica, en cambio en el cuarto pie se da en la breve del cuarto troqueo: *quod superest cunctis privatu' do-*

⁴⁵ Cf. *Commentaire...*, I, págs. 196-197 (v. 1082), s. v., *cuppentine*.

loribus aegris (3, 905). La supresión además es frecuente en el dativo y ablativo plural de la tercera: la emplea así en 30 ocasiones. Nunca la usa con verbos y sólo una vez con adverbios: *amariu'* (6, 972), y otra con conjunciones: *quominu'* (1, 978). Ésta en el primer pie.

7.2. Métrica

Partiendo de los datos esclarecedores de la Prosodia, hemos de referirnos, a modo de introducción, a las exigencias que presentaba la adaptación del hexámetro en Roma y a las soluciones que se les dieron. Al punto se vio la necesidad de dotar al latín de palabras dactílicas de que escaseaba. Es evidente que en el metro heroico no se podían utilizar vocablos con sucesión silábica de crético y de tríbraco, y se deben considerar de secuencia crética las palabras terminadas en *-um*, *-em*, *-am*, si dicha sílaba final en *-m* no queda sujeta a la elisión ante vocal. Siempre existe la solución de que el poeta sustituya las palabras no admisibles por otras del campo semántico: *nuptiae* por *thalamus*, *imperator* por *ductor*, pero se trataba de no renunciar a un término de mayor justeza y expresividad.

Las soluciones encontradas fueron varias: *recurso a diversos prefijos y sufijos*: así el *indo* (= *endo*), empleado en la ley de las XII Tablas, arcaico ya en la época de Plauto, fue utilizado en formas como *induperator-induperare*, *indotueri*, *indugredi*, etc., que se mantienen en vigor hasta la época de Lucrecio quien los usa ya desde el comienzo de su obra: *indugredior* (1, 82), *indupeditus* (1, 240), *indipiscor* (3, 212), etc. Nuestro poeta se sirve también de los frequentativos, v. gr., *transvolito* (1, 355) que le sirven a Virgilio para evitar la prefijación *indo-*; así *imperitare* en lugar de *impero*.

Asimismo se acudió a *la variante fonética* de un mismo término: como *saecula* por *saecla*, teniendo en cuenta que la forma sincopada en *-cl-* aparecía como arcaísmo de procedencia enianna; a *diversos procedimientos morfológicos*, ya mentados, cuales el empleo del plural poético: *gaudia*, *hordea* en lugar del singular; del infinitivo de perfecto por el de presente: *continuisse* por *continere*; de genitivos plurales en *-um* frente a *-ium*; de términos flexionados a la griega: *aera*, *aethera*; al uso artificial de la tmesis como veremos a continuación.

En el análisis concreto del hexámetro lucreciano, consideramos las características de los pies y las cesuras, del ritmo imitativo del verso y en particular del encabalgamiento y de la tmesis.

a) *Pies y cesuras*. En la consideración de la secuencia de los pies subyace la cuestión de la llamada «homodina» o coincidencia del ictus rítmico con el acento de la palabra y, por el contrario, de la «heterodina» u oposición entre uno y otro.

En el primer pie hay coincidencia si éste consta de una sola palabra o grupo de palabras que forman el dáctilo o espondeo inicial; en ambos casos el acento debe recaer en la primera sílaba, donde también se halla el ictus rítmico. La oposición se produce si el verso comienza con una palabra que traspasa al segundo pie. Ejemplos de coincidencia: *denique per maria* (1, 17), *te dea te fugiunt* (1, 6) comenzando por dáctilo o su equivalencia; *primum Graius homo* (1, 66), *nam tu sola potes* (1, 31), empezando por espondeo o equivalente. Ejemplos de colisión: *Aeneadum genatrix* (1, 1) con primer pie dáctilo; *summittit flores* (1, 8) con el primer pie espondeo. Desde Lucrecio la coincidencia y colisión están en su empleo muy equilibradas. En nuestro poeta se da la preferencia por el primer pie dactílico al ser más ligero y más acorde con el ritmo general del hexámetro. De 1.174 versos analizados por Bailey, 516 veces el primer pie coincide con el dáctilo o espondeo o sus equivalencias, ahora bien es sólo 51 veces palabra espondaica y 206 dactílica⁴⁶. Lucrecio, pues, ha hecho dos contribuciones en este punto: hace predominar el dáctilo sobre el espondeo y utiliza más la combinación espondaica de dos palabras que la palabra espondaica.

En el segundo pie se da oposición si la palabra que contiene el primer pie se extiende al segundo: *Aeneadum genatrix* (1, 1) o si, coincidiendo el primer pie con dáctilo o espondeo, la palabra con que ha comenzado el segundo pie traspasa al tercero para establecer la cesura: *omnibus incutiens* (1, 19), *omnibus ornatum* (1, 27). Pero se da la coincidencia si después de un primer pie coincidente con dáctilo o espondeo, el segundo comienza con un monosílabo largo: *te dea te fugiunt* (1, 6) o con una palabra trocaica: *nam tu sola potes* (1, 31). La peculiaridad de

⁴⁶ Cf. ed. comentada, vol. I, pág. 110.

Lucrecio en este caso radica en la utilización del monosílabo largo al principio del segundo pie.

En el tercero y cuarto pie suele producirse la oposición entre ictus y acento, lo que garantiza la presencia de la cesura que en los poetas latinos es probablemente el resultado de la búsqueda deliberada de la oposición dicha en esta sección del verso. Por ello, prefieren la fuerza de la cesura masculina frente a los griegos. Lucrecio que sigue este uso común, presenta dos modificaciones: a) gusta de formar el cuarto pie con una sola palabra espondeica que destruya la cesura en él; en ese caso la palabra espondeica debe ir precedida de un monosílabo para asegurar la cesura en el tercer pie: *quae mare navigerum quae terras* (1, 3); b) en su poema aparecen 7 versos sin cesura alguna, pero en ellos Lucrecio parece contar con una quasi-cesura en el tercer pie, originada por la separación en una palabra compuesta del prefijo y su raíz: tres ejemplos con *immortalis*, dos con verbos compuestos, dos con *inter* separando sus dos sílabas: así *haud erit ut merito immortalis possit haberi* (3, 715).

El cuarto pie y la diéresis bucólica. Si el cuarto pie está repartido entre dos palabras se produce la heterodina, y si consta de una sola palabra o final de palabra dactílica o espondeica se da la homodina: coincidencia entre ictus y acento particularmente relevante en este lugar. Ejemplo de heterodina en Lucrecio: *blandum per pectora amorem* (1, 19), de la homodina: *terras frugiferentis* (1, 3). Se trata de asegurar la coincidencia en los tres últimos pies. Además, si el cuarto pie termina con el final de palabra está asegurada la coincidencia en el quinto pie. El corte en el verso después del cuarto pie, precedido de un dáctilo, lo utilizaban los griegos calificándolo de diéresis bucólica. Ahora bien, entre los autores latinos, salvo el caso de Virgilio en las *Églogas*, se manifiesta la preferencia por el uso del cuarto pie espondeico antes de la diéresis, posiblemente porque así se producía una pausa más fuerte y se destacaba el corte. En el empleo de la diéresis, Lucrecio con un 59 por 100 en los 1.117 versos del *libro I*, se sitúa por debajo de Cicerón con un 66,3 por 100 en su *Aratea* y a medio camino entre los usos virgilianos de las *Églogas* (64 por 100) y la *Eneida* (54,4 por 100).

Relevante en el uso lucreciano es la marcada preferencia por la sola palabra espondeica en el cuarto pie, v. gr., *da dictis diva leporem* (1, 28), por cuanto pretendía una forma enfática de coincidencia; en cambio, a Virgilio tal énfasis le producía el efec-

to de cantinela, por lo que empleaba a conciencia mayor proporción de contrastes.

Final del hexámetro: quinto y sexto pie. Es evidente que en los finales normales tipo *condere gentem* (3+2) y *conde sepulcro* (2+3) tomados de Virgilio, y en Lucrecio *lumina solis* (1, 5), *posse videmus* (1, 556), encontramos el porcentaje más elevado, con mucho, de las terminaciones del hexámetro latino en sus dos últimos pies. En efecto, es un principio admitido que al final del verso ictus y acento deben coincidir en su mayor parte para que el metro resulte reconocible con la normal pronunciación de las palabras y que tal coincidencia en el final del hexámetro es conseguida, la mayor parte de las veces, si quinto y sexto pie presentan los finales normales señalados, o sus equivalentes. Estos que ya en Ennio, sobre 200 versos analizados, suponen un 74 por 100, en Lucrecio alcanzan el 90 por 100 y en Virgilio el 98 por 100⁴⁷. Aquí advertimos una tendencia clara.

Ahora bien, en una estadística referida a pentasílabos, cuatrísílabos y monosílabos finales de hexámetro en toda la obra de Lucrecio, nos encontramos con un porcentaje alto de palabras pentasílabas finales, el 4,1 por 100, es decir, 303 ejemplos, con un 2,3 por 100 de palabras cuatrísílabas, 173 ejemplos, y con un 2,2 de monosílabos que terminan el verso después de palabras polisílabas, ya que se da un buen número de casos con dos monosílabos finales, 103, lo que supone un porcentaje de 1,5. Un solo monosílabo al final es considerado una terminación del hexámetro infrecuente y opuesta a la homodina, no así la presencia de los dos monosílabos que suponen la resolución equivalente al espondeo/troqueo final. Por eso, en dos terceras partes de los ejemplos, los monosílabos finales producen la coincidencia de ictus y acento.

En cambio, Lucrecio no tuvo dificultad alguna en servirse de pentasílabos y cuatrísílabos al final de verso; en cualquier momento los utiliza, si le conviene. Pero en lo que respecta a los cuatrísílabos, sobre todo si están resueltos en dos palabras, cuida de anteponerles un monosílabo para convertirlos en pentasílabos y, por lo mismo, en grupos homodínicos. No tiene mayor reparo en utilizar el final espondeico y lo realiza con cuatrísílabos con relativa libertad, con trisílabos sólo en tres ocasiones; da la impresión de que tal recurso, por más que no pue-

⁴⁷ Cf. Nougaret, L., *Traité de métrique latine classique*, París, 1948, pág. 47.

da ser frecuente, con todo a veces confiere peso y dignidad al hexámetro: así *usurpare* (1, 60), *ostendebat* (1, 64).

Cicerón en su *Aratea* se mostró más parco tanto en el uso de pentasílabos y cuatrísílabos, como en el de monosílabos, buscando antes de nada la coincidencia entre ictus y acento. Por supuesto, Virgilio, aun más estricto en la búsqueda de la homodina al final de verso, considera el uso de pentasílabos y cuatrísílabos como imitación griega; de hecho los cuatrísílabos son todos términos griegos en *Geórgicas* y *Eneida*, y los pentasílabos, dos en las *Geórgicas* y uno en los tres primeros libros de la *Eneida*, son nombres propios griegos, por lo que sólo admite su uso en un claro contexto helenizante o por motivos muy especiales.

Podemos concluir que en el uso del hexámetro ocupa Lucrecio un puesto medio entre Ennio y Virgilio. Pero cabe destacar en él ciertas características.

En primer lugar, su *ritmo* en buena medida está *dictado por su vocabulario*. Las palabras pentasílabas son más frecuentes en los dos primeros libros, las cuatrísílabas en el tercero. En los dos primeros se refiere a la constitución de la materia y comportamiento de los átomos, de ahí los pentasílabos *materiai* y *principiorum* que suman ya 50 entre los 149 pentasílabos usados en ambos cantos. Asimismo, en el libro tercero que se ocupa del alma, el vocablo *animai* aparece 19 veces, por cierto en final del hexámetro, cuando los cuatrísílabos usados en total son 37.

También clarificador es el análisis de los monosílabos: los más usados son *res* y *vis*, el primero 36 veces y el segundo 25. De las 8 veces que aparece *mens*, 5 lógicamente se hallan en el libro tercero. Los restantes: algunos como *se*, empleado 10 veces, funcionan en ocasiones como enclítico, otros, como a menudo las preposiciones y las conjunciones, pueden considerarse proclíticos. De hecho, 166 monosílabos quedan confinados a 33 palabras.

La disposición de tales supuestas irregularidades en el poema es, por supuesto, fortuita en buena medida, lo que llama la atención es que el poeta se complace en repetir las en versos sucesivos, v. gr., se hallan pentasílabos en versos sucesivos del libro tercero: 70 y 71, 697 y 698, 745 y 746, cuatrísílabos finales en versos sucesivos del libro cuarto: 645, 646, sucesión de palabras espondeicas en el cuarto pie en 6, 150, 152, 154. En este libro sexto aparecen al final, como para ofrecer un digno remate al

poema, versos contiguos que terminan en pentasílabo: 1260, 1263, 1275, 1277 y 1286.

Si exceptuamos los casos de dos pentasílabos en versos sucesivos, no parece probable que Lucrecio pretendiese otra cosa que conseguir una *convergencia de estilemas* a través de la frecuente y próxima repetición de tales formas.

En suma, puede afirmarse que estos casos excepcionales son más frecuentes en los pasajes doctrinales del poema donde el uso de los términos técnicos son exigidos por el tema, y responden, por lo mismo, al objetivo propuesto, que en los pasajes poéticos cuidadosamente elaborados donde el poeta aspira a una mayor suavidad y dulzura.

Estadística sobre el uso de cesuras. Aunque ya nos hemos referido previamente a esta cuestión, no lo hemos hecho de forma sistemática. Ahora tratamos simplemente de completar la doctrina expuesta hasta aquí ofreciendo la estadística provisional de conjunto que nos brinda H. Drexler⁴⁸.

La cesura semiquinaria resulta predominante: sobre 1.000 versos suma 654. En relación con ella, el corte después del tercer dáctilo se da 3 veces, como también 3 veces el corte después del tercer espondeo.

La semiseptenaria sola se da 7, acompañada de la semiquinaria, 55, las tres cesuras (semiternaria, semiquinaria, semiseptenaria) 27. El corte después del tercer dáctilo y la semiseptenaria 35 veces, el corte tras el tercer espondeo y la semiseptenaria 10 veces y el corte tras el tercer troqueo y la semiseptenaria 33 veces.

La cesura 'kata triton trochaion' (después del tercer troqueo) 42 veces.

Semiternaria y semiseptenaria con final de palabra después del tercer troqueo 18 veces, sin éste 52, las tres cesuras juntas (semiternaria, semiseptenaria y trocaica) 52 veces.

Versos sin semiquinaria y semiseptenaria 8 veces.

La suma total descrita da 999 frente a los mil de la estadística. En relación con Virgilio apreciamos que usa más la semiquinaria, menos la semiseptenaria combinada con la semiquinaria y la semiternaria, más los cortes después del tercer dáctilo, espondeo y troqueo acompañando a la semiseptenaria, más la cesura trocaica y menos la semiternaria y semiseptenaria so-

⁴⁸ Cf. *Hexamterstudien*, Salamanca, 1953, v. e., tabla I.

las o junto con el fin de palabra después del tercer troqueo (la trocaica).

b) *El ritmo imitativo de espondeos y dáctilos.* A propósito de la estilística nos hemos referido a la armonía imitativa, a la aliteración y la asonancia. Lucrecio parece preferir estas últimas y es parco en el uso de los efectos por el ritmo cuantitativo del hexámetro.

Con todo, cabe afirmar que en ciertos versos con el predominio de espondeos viene a expresar el reposo o la lentitud del movimiento, v. gr., la pesadez del montón de piedras o espigas que el viento no puede disipar en 3, 198, o el hundimiento de la materia en el fondo del universo en 1, 991, o del movimiento de líquidos lentos como la miel en 1, 938 o del aceite en 2, 392, o de la moción lenta del cuerpo por la fuerza de la voluntad en 4, 891.

Con el final espondaico parece conseguir un efecto de solemnidad más que de lentitud: así en 3, 907.

En contraste con el lento ritmo espondaico, el ritmo de los dáctilos expresa la rapidez del movimiento, v. gr., cuando argumenta en pro de un vacío infinito al que ni siquiera el rayo luminoso puede atravesar en 1, 1002-04: el 1003 sugiere la rapidez del rayo y el 1004 la incapacidad de éste para alcanzar el término del vacío. En 3, 1000-02 compara Sísifo al hombre ambicioso: el 1000 describe el esfuerzo para hacer rodar la roca a lo alto del monte y el 1003 el descenso rápido de la mole.

Rapidez, inestabilidad y vértigo se asocian en 4, 400-02 donde, con el ritmo de los dáctilos, explica cómo la habitación parece dar vueltas ante los niños poseídos del mareo. Asimismo la inestabilidad es el efecto predominante en 4, 517, donde representa la casa construida con reglas y medidas falsas, ejemplo ya citado a propósito de la aliteración con la que se ve enriquecido el verso.

c) *El encabalgamiento.* Aprovechamos el análisis realizado por el gran maestro de filología latina, especialista en Lucrecio, K. Büchner⁴⁹. Señala hasta 12 clases de encabalgamiento para cada uno de los cuales podemos señalar un ejemplo del *libro I* al cual añadimos el número de veces que tal clase se da:

De adjetivo y sustantivo: v. 7, 53 veces; de sustantivo y adjetivo: v. 32, 13 veces; de genitivo y sustantivo: v. 102, 15 ve-

⁴⁹ Cf. «Beobachtungen...», págs. 47-103.

ces; de sustantivo y genitivo: v. 107, 11 veces; de verbo: v. 3, 55 veces; de adjetivo pronominal y sustantivo: v. 12, 28 veces; de verbo introductor e infinitivo dependiente: v. 200, 11 veces; de infinitivo dependiente y verbo introductor: v. 41, 11 veces; corte en bicolon: v. 6, una vez; en suplemento: v. 281, 5 veces; con una conjunción al final de verso, v. 188, 10 veces; continuación de la frase (sin lazo de conexión), v. 14, 102 veces. Así tenemos en el primer libro 297 versos con encabalgamiento. Con un análisis similar sobre los restantes libros se consiguen los siguientes porcentajes de encabalgamientos: libro I, 25,7 por 100; II, 24,6 por 100; III, 30,2 por 100; IV, 29,3 por 100; V, 23,5 por 100; VI, 33,8 por 100.

Tales porcentajes se refieren a las clases de encabalgamientos a los que nos hemos referido en la obra de Lucrecio y muestran la diferencia de su utilización en los diferentes libros. Señalan, además, que el encabalgamiento es más bajo en los libros primero, segundo y quinto; más alto en el tercero, cuarto y sexto, y, puesto que nos hallamos ante un procedimiento artístico, cabe concluir que el primer grupo fue escrito antes que el segundo. El libro sexto se presenta como el más artístico, en el que se da el mayor uso del encabalgamiento y, por ello, verosíblemente escrito el último. Lucrecio muestra más habilidad en el empleo de este ornamento literario a medida que progresa en la composición de su obra.

De los tipos de encabalgamiento se pueden distinguir dos grandes grupos: aquellos en que las palabras importantes y enfáticas están colocadas en el primer verso y las menos importantes en el segundo, y aquellos en los que la distribución es la contraria; ahora bien, analizados los casos en los libros primero, tercero y sexto, se evidencia que el segundo grupo es el más usado, sobre todo en los libros tercero y sexto.

Otra observación importante de Büchner: el encabalgamiento se da con más frecuencia en los prólogos de los libros, partes de mayor relevancia artística, que en el conjunto argumental de la obra, y la diferencia es más acusada en los libros primero, tercero, cuarto y sexto.

d) Para terminar, dos palabras sobre el empleo de la *tmesis*. Lucrecio no llega a las extravagancias de Ennio, v. gr., en el caso de *saxo cere comminuit brum* (An. 609, ed. Vahlen), aunque a juicio de Quintiliano le asista el derecho poético. Nuestro poeta se sitúa entre Ennio y Virgilio, éste de uso más modera-

do. En Lucrecio, la separación más frecuente se logra con *-que: seiungi seque gregari* (1, 452), también con *enim: inter enim iectast* (3, 860), con *quasi: inter quasi rumpere* (5, 287). A destacar que *inter* es muy a menudo el primer elemento del compuesto separado.

8. Tradición manuscrita y ediciones

El nombre de C. Lachmann (1793-1851), fundador de un riguroso método de crítica del texto, está particularmente asociado a la interpretación del poema lucreciano de la que su edición señaló un hito memorable. Hasta 1850 en que apareció ésta, todas las ediciones se fundamentaban en los códices itálicos que a continuación mencionaremos. Lachmann, en cambio, basó su edición en los dos códices Leidenses, el O (*Oblongus*) y el Q (*Quadratus*), conservados en la biblioteca universitaria de Leiden, evidenciando que eran mejores que los itálicos, lo que hoy día está fuera de duda.

Lachmann había deducido que O y Q derivaban de un mismo arquetipo (A) que él creyó poder reconstruir. De hecho, de los cuatro grupos de versos colocados en el códice Q, no así en el O que es anterior, después del libro sexto, a saber: 2, 757-806; 5, 928-979; 1, 734-785; 2, 253-304 y en este orden, dedujo que cada página del arquetipo contaría 26 versos, pero en la última página de cada libro habría menos de 26. El propio arquetipo habría sido escrito en Francia en el siglo IV o V. Concluyó, además, que la escritura del códice sería la capital rústica, como la del Mediceo de Virgilio. Tales conclusiones de crítica textual hicieron época, si bien posteriormente los críticos las corrigieron y modificaron en parte.

Es cierto que algunos errores del texto lucreciano pueden explicarse por confusión de algunas mayúsculas, C y G, D y B, etc., pero otros apuntan a un arquetipo escrito en minúscula, así las confusiones entre *a* y *u*, entre *o* y *e*. Dicho arquetipo se servía de un trazo horizontal sobre una letra para señalar la abreviatura de las nasales *m* o *n*, el cual, si exceptuamos los finales de palabra o verso, no fue usado antes del siglo VIII. Profundizando en estos hechos se llegó a la conclusión que el modelo de O y de Q no había sido escrito en mayúsculas, sino que sería un códice en minúscula escrito en el siglo VIII en Irlanda o Francia, y el arquetipo supuesto por

Lachmann no era sino un ascendiente en el 'stemma' del verdadero arquetipo de los códices leidenses. Así, pues, las conclusiones del crítico berlinés relativas al número de versos por página deben referirse al manuscrito intermedio del siglo VIII.

8.1. *Los varios testimonios del poema lucreciano*

Primeramente hemos de considerar los dos códices ya mencionados. Ambos designados por su forma. También se les suele llamar vosianos porque estuvieron en posesión de I. Vossius antes de pasar en 1690 a la biblioteca de la Universidad de Leiden. Uno y otro constituyen el fundamento insustituible para fijar el texto del poema.

El *Oblongus* es un códice en folio, del siglo IX con la escritura minúscula carolina, pero en el que se han introducido títulos en mayúscula que indican el contenido de los pasajes y corresponden a una fecha muy antigua. El *Oblongus* es copia directa del arquetipo, presenta correcciones de al menos dos correctores diversos, pero contemporáneos del manuscrito, y las correcciones de uno de ellos, el *Hibernicus*, al parecer, resultan de la colación realizada con el arquetipo.

El *Quadratus* está escrito en cuarto, a dos columnas por página, en letra más pequeña y menos cuidada que el O. No parece que sea copia directa del arquetipo, sino de una copia del mismo, distinta del O. anterior al siglo X. En todo caso no ha experimentado una revisión inmediata después de la copia, sino la de un corrector del siglo XV. Presenta espacios vacíos correspondientes a los títulos en mayúscula del O. Por otra parte, como apuntamos, ofrece la singularidad de los cuatro grupos de versos sacados de su lugar y puestos al final. Lo que hace suponer que Q, sin duda copiado después de O, añadió al final los fragmentos que se habían perdido en el arquetipo tomados de otra copia del mismo, anterior a la pérdida.

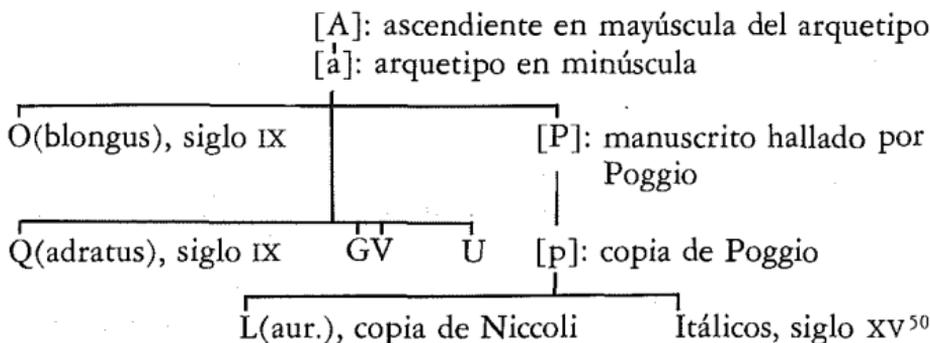
Disponemos asimismo de dos fragmentos del texto lucreciano conservado en Copenhague y en Viena. Forman el primero las *schedae* («hojas manuscritas») *Gottorpienses* o *Haumienses* que en sus 8 folios contienen todo el libro I y los 456 primeros versos del II. Este fragmento es muy parecido al Q, con las mismas lagunas que éste en ambos libros: 1, 734-785; 2, 253-504, copiado, por ende, del mismo códice que Q, pero menos cuidado que éste, y no ofrece otro interés que el de confirmar, si acaso, las variantes de O frente a Q.

El fragmento de Viena está formado de 6 *schedae Vindobonenses priores* que contienen el pasaje 2, 642; 3, 621, omitiendo como Q 2, 757-805, escritas también a dos columnas y tan semejantes a las *schedae Gottorpienses* que se las considera pertenecientes a un solo y mismo manuscrito; y 4 *schedae Vindobonenses posteriores*, las que contienen el pasaje 6, 743-1284 con los cuatro grupos de versos sacados de su lugar que Q recoge al final; derivan de un manuscrito distinto de las otras *schedae*, pero copiadas del mismo arquetipo.

Por otra parte, contamos con numerosos códices italianos, del siglo XV (8 en la biblioteca Laurenciana de Florencia, 6 en la Vaticana, 7 en Inglaterra, 1 en Munich y algunos otros en otros lugares): todos derivan del códice lucreciano que Poggio Bracciolini descubrió, quizá en Fulda, y envió a Italia dejándolo en préstamo muchos años a su amigo N. Niccoli; entre ellos sobresale, sin duda, la copia que del códice de Poggio, y a ruegos de éste, hizo Niccoli, pero no parece que lo transcribiese con demasiado cuidado y fidelidad, ya que no siempre entendió la letra y las abreviaturas. Esta copia se halla ahora en Florencia (*Laur.*, 35, 30) y de ella proceden todos los restantes códices itálicos.

Según el estudio realizado por Munro, el manuscrito de Poggio, y en consecuencia la copia de Niccoli como principal representante de la familia itálica, derivaría del mismo arquetipo que O y Q y su acuerdo con uno de ellos tiene gran importancia para garantizar la lectura genuina.

La genealogía de los manuscritos puede ser reconstruida, expresada sintéticamente en el «stemma» siguiente:



⁵⁰ Las letras del «stemma» entre corchetes verticales responden a manuscritos, rectamente supuestos, pero hoy día inexistentes.

8.2. Ediciones

La «edición príncipe» fue realizada en Brescia el año 1473, por Ferrando de Brescia, seguida por otras muchas de finales del siglo XV y a lo largo del siglo XVI; de estas últimas destacamos la de Lambino con comentario, aparecida en París en 1563, que utilizó ya algunas lecciones del Q, y la de Gifanio con notas marginales, publicada en Amberes en 1566. Luego hasta Lachmann se hicieron menos ediciones, pero cabe citar la de Havercamp, realizada en Leiden en 1725, quien conoció los dos códices O y Q, pero los utilizó sólo parcialmente. Ahora bien, éstas no eran ediciones críticas hechas con criterios demostrables y método crítico riguroso. La primera edición crítica de prestigio fue la ya citada de Lachmann, realizada en Berlín en 1850. Una cuarta edición la publicó en Berlín, en 1882, en tanto publicaban ya sus respectivas ediciones J. Bernays en Leipzig, 1852-1894 y H. A. J. Munro en Cambridge, 1864 y en Nueva York, 1886.

Ahora bien, los criterios a seguir para una edición actualizada del poema lucreciano son en buena parte los de Lachmann y de estos dos críticos más próximos a él, pero en parte son diversos.

Si tenemos en cuenta la forma con que el poeta realizó su obra, no del todo acabada, con un plan general bien determinado, elaborando las distintas partes con interrupciones y sin establecer la debida conexión entre ellas, volviendo repetidamente sobre aspectos ya tratados, rehaciendo algunos párrafos, amiguo como era de repetir ciertas fórmulas; y si a esto añadimos que el editor del poema, Cicerón o su mandatario, no se decidió a poner orden en el manuscrito, antes bien se contentó con publicarlo íntegramente, introduciendo las adiciones, correcciones y repeticiones marginales en el lugar indicado, no es extraño que se produjeran omisiones en el propio manuscrito del poeta y que se añadieran por inadvertencia ciertas aclaraciones improcedentes.

Así, pues, conviene ser muy prudentes en cambiar la lectura del manuscrito, salvo el caso de evidentes errores materiales, y sobre todo ir con mucha prevención con las enmiendas enlazadas en dos o tres pasajes, como muy a menudo aparece en Lachmann. Tal conservadurismo es aún más necesario si tenemos en cuenta que ciertas aparentes desconexiones del pensamiento han sido falsamente detectadas por insuficiente conocimiento del sistema epicúreo. En efecto, quien lee las ediciones de Lachmann, Bernays o Munro encuentra numerosos versos y hasta grupos de versos considerados in-

terpolaciones. Como bien indica C. Giussani, ya A. Brieger en 1894 las eliminó en su edición para la biblioteca Teubneriana.

Por tanto, criterios fundamentales para la crítica más actualizada son: 1) respeto a la autoridad de los códices para no incurrir en el riesgo de corregir no ya el texto genuino, sino el pensamiento y la intención del poeta; 2) el objetivo ha de ser no tanto el de conseguir un texto más equilibrado, seguido y depurado que aquel que se nos ha transmitido como de Lucrecio, sino reconducir el texto, en la medida de lo posible, al estado en que lo dejó el poeta; 3) con relación a las abundantes repeticiones hay que convenir en que algunas se deben a error de los copistas, pero otras muchas son intencionadas en conexión con el pensamiento. De éstas, la mayor parte son auténticas; otras atribuibles en hipótesis a un lector filósofo, amante de establecer aproximaciones ideológicas, hoy día rechazado, pueden ser del propio Lucrecio, al menos será prudente no excluir la posibilidad de que lo sean.

En todo caso señalamos como las mejores ediciones críticas actuales por orden alfabético: la de C. Bailey, Oxford, 1900, con sucesivas reimpresiones hasta 1967, autor asimismo de la edición en 3 volúmenes con prolegómenos, aparato crítico, traducción y comentario del poema lucreciano en Oxford, 1947, con reimpresión en 1963; la más reciente de C. Büchner, prestigioso especialista en Lucrecio publicada en Wiesbaden, 1966; la de A. Ernout, con texto crítico acompañado de traducción, París, 1920, con sucesivas reimpresiones hasta 1964, autor también junto con L. Robin de un comentario exegético y crítico del poema *De rerum natura*, París, 1928, con reedición en 1962; la de W. E. Leonard-S. B. Smith, acompañada de comentario, Wisconsin, 1942, con reimpresión en 1961; la de J. Martin, Leipzig, 1934, con reedición en 1963 y versión alemana en 1972.

A partir de estos autores, en particular de Bailey y Ernout en sus ediciones comentadas, así como de Fellin-Barigazzi, Torino, 1963, con reimpresión en 1983, edición sobria, con revisión de texto y notas, pero muy documentada, hemos elaborado nuestro trabajo ofreciendo una traducción ajustada al texto lucreciano, pero correcta y de fácil lectura. Asimismo, hemos tratado de dilucidar las consabidas lagunas del poema ayudados por la interpretación de los mejores especialistas.

Las observaciones de crítica textual que acompañan al texto de nuestra traducción han debido ser numerosas a causa del es-

tado de imperfección en que ha sido transmitido el texto lucreciano. Alcanzan el número de 49 en total⁵¹.

9. Bibliografía básica

9.1. Repertorio hasta 1977

- Dalzell, A., «A Bibliography of Work on Lucretius, 1945-1972», *The Classical World*, 66 (1973), 389-427 y 67 (1973), 65-112.
- Gordon, C., *A Bibliography of Lucretius*, Londres, 1962.
- Kenney, E. J., *Lucretius* («Greece and Rome New Surveys in the Classics», XI), Oxford, 1977.
- Paratore, E., «La problematica sull'epicureismo a Roma», *Ausflug und Niedergang der römischen Welt*, I, 4; Berlín-Nueva York, 1973, 116-204.
- Perelli, L., «Rassegna di studi Lucreziani, 1968-1977», *Bol. Stud. Lat.*, 8 (1978), 277-308.

9.2. Ediciones críticas

- Bailey, C., *Titi Lucreti Cari. De rerum natura*, Oxford, 1967 (= 1900).
- Balcells, J., *De la natura*, 2 vols., Barcelona, 1923-1928, con traducción catalana.
- Bernays, J., *T. Lucretius Caro. De rerum natura*, Leipzig, 1894 (= 1852).
- Brieger, A., *T. Lucretius Caro. De rerum natura*, Leipzig, 1944 (= 1894).
- Büchner, K., *T. Lucreti Cari. De rerum natura*, Wiesbaden, 1966.
- Ernout, A., *Lucrèce. De la nature*, 2. vols., París, 1964 (= 1920), con traducción francesa.

⁵¹ Son las notas siguientes: 4, 31, 33, 35, 36, 42, 45, 46, 50, 59, 70, 99, 114, 124, 131, 149, 157, 168, 175, 185, 210, 213, 216, 217, 221, 223, 237, 241, 253, 262, 286, 301, 322, 330, 345, 362, 363, 368, 376, 377, 400, 405, 413, 425, 427, 435, 460, 466.

- Fellin, A.; Barigazzi, A., *La natura di Lucrezio Caro*, Turín, 1983 (= 1963), con traducción italiana.
- Martin, J., *T. Lucretius Caro. De rerum natura*, Leipzig, 1963 (= 1934), en 1972 con traducción alemana.
- Smith, M. F.; Rous, W. H. D., *Lucretius. De rerum natura*, Londres, 1975, con traducción inglesa.
- Valenti Fiol, E., *Lucrecio. De la naturaleza*, Barcelona, 1962, con traducción castellana.

9.3. Ediciones críticas comentadas

- Bailey, C., *Titi Lucreti Cari. De rerum naturalibri sex*, 3 vols., Oxford, 1947-1950, con introducción, aparato crítico, traducción y comentario.
- Diels, H., *T. Lucreti Cari. De rerum natura libri sex*, Berlín, 1923-1924, con traducción alemana en hexámetro y comentario.
- Ernout, A.; Robin, L., *Lucrèce. De rerum natura. Commentaire Exégétique et Critique*, 3 vols., París, 1962 (= 1925-28). Sin edición del texto latino.
- Giussani, C., *T. Lucrezio Caro. De rerum natura libri sex*, 1896-1898. Reimpresión a cargo de E. Stampini, Turín, 1968 (= 1921-1923).
- Lachmann, K., *T. Lucretius Carus. De rerum natura libri sex*, Berlín, 1882 (= 1850).
- Leonard, W. E.; Smith, S. B., *T. Lucreti Cari. De rerum natura libri sex*, Wisconsin, 1961 (= 1942).
- Merrill, W. A., *T. Lucreti Cari. De rerum natura libri sex*, Nueva York, 1917 (= 1907).
- Munro, H. A. J., *Titi Lucreti Cari. De rerum natura*, 3 vols., con anotación crítica, traducción y comentario, Cambridge, 1886 (= 1864). Reimpreso en Londres y Nueva York, 1978.
- Valenti Fiol, E., *T. Lucretii Cari. De rerum natura*, 1976, con anotaciones, correcciones y comentarios de J. I. Ciruelo Borge.

9.4. Ediciones parciales comentadas

- Duff, J., *T. Lucreti Cari. De rerum natura liber primus*, Cambridge, 1923.

- Duff, J., *T. Lucreti Cari. De rerum natura liber quintus*, Cambridge, 1889.
- Giussani, C.; Stampini, E., *Lucrezio. De rerum natura. Libro quinto*, Turín, 1959.
- Kenney, E. J., *De rerum natura Book III*, Cambridge, 1971.
- Valenti Fiol, E., *T. Lucrecio Caro. De la naturaleza. Libro primero*, Barcelona, 1948.

9.5. Traducciones

Además de las indicadas en las ediciones comentadas completas de Bailey, Balcells, Diels, Ernout, Fellin, Martin, Smith-Rouse, Valenti, señalamos las siguientes acompañadas de introducciones y notas:

- Alvarado, L., Caracas, 1950, traducción castellana.
- Disandro, C. A., La Plata, 1959, traducción castellana.
- Dols, M., Barcelona, 1986, traducción catalana.
- García Calvo, A., Madrid, 1983, con traducción castellana en endecasílabos de J. Marchena.
- Giussani, C., Milán, 1939, traducción italiana en endecasílabos.
- Parella, P., Bolonia, 1943, traducción italiana en hexámetros.
- Pinchetti, B.; Canali, L., Milán, 1975 (= 1953), traducción italiana en hexámetros.
- Rodríguez Navas, M., Madrid, 1893, traducción castellana.
- Saccetti, M., Turín, 1975, traducción italiana en endecasílabos.

9.6. Observaciones críticas sobre el texto

- Bignone, E., «Lucretiana», *RFIC*, XXV (1907), 95-112.
- Duvau, L., «Lucretiana», *Rev. Philol.*, 12 (1888), 30-37.
- Hoerschelmann, W., *Observationes criticae in Lucretii librum alterum*, Leipzig, 1874.
- Hoerschelmann, W., *Observationes Lucretianae alterae*, Leipzig, 1877.
- Muller, G., «Die Problematik des Lucretztextes seit Lachmann», *Philologus*, 102 (1958, 247-283; 103; 1959, 52-86).
- Muller, K., «De carminis Lucretiani versibus nonnullis», *Mu-*

- seum Helvetium*, XXXII, 1975, 41-54. Se trata de notas críticas a 3, 741-753; 4, 881-891; 5, 364-372 y 1006; 5, 878-882; 6, 788-790; 6, 948-954.
- Muller, K., «Lucretiana», *Museum Helvetium*, 1976, 219-233. Crítica de varias conjeturas hechas sobre el texto de Lucrecio: *quire* en I, 748; *segnis* en III, 962; *pote is* en VI, 762 y diversas conjeturas en VI, 972; estas no corresponden al vocabulario que emplea el poeta.
- Orth, E., «Lucretiana», *Helmantica*, 7 (1956), 69-77.
- Orth, E., «Lucretiana», *Helmantica*, 8 (1957), 91-106.
- Orth, E., «Lucretiana», *Helmantica*, 11 (1960), 121-134.
- Orth, E., «Lucretiana», *Helmantica*, 11 (1960), 311-336.
- Pascal, C., *Studi critici sul poema di Lucrezio*, Roma-Milán, 1903.
- Pizzani, V., *Il problema del testo et della composizione del De rerum natura di Lucrezio*, Roma, 1959.
- Richter, W., *Textstudien zu Lukrez*, Munich, 1974.
- Tescari, O., *Lucreziana*, Torino, 1935.

9.7. En general sobre el poeta y filósofo

- Alfieri, V. E., *Lucrezio*, Florencia, 1929.
- Conche, M., *Lucrèce et l'Experience*, París, 1981.
- Ernout, A., *Lucrèce*, Bruselas, 1947.
- Martha, C., *Le poème de Lucrèce*, París, 1909.
- Masson, J., *Lucretius, Epicurean and Poet*, 2 vols., Nueva York.
- Mewaldt, J., «Lucretius», *RE*, XIII, 1927.
- Paratore, E., *Lucrezio*, Roma, 1946.
- Regenbogen, O., *Lukrez, seine Gestalt in seinem Gedicht. Interpretationen*, Leipzig, 1932.
- Rozelaar, M., *Lukrez, Versuch einer Deutung*, Amsterdam, 1943.
- Sellar, W. Y., *The roman poets of the Republic*, Oxford, 1881.
- Sikes, E. E., *Lucretius, poet und philosopher*, Cambridge, 1936.
- Sinker, A. P., *Introduction to Lucretius*, Cambridge, 1937.
- Soleri, G., *Lucrezio*, Brescia, 1945.
- Tescari, C., *Lucrezio*, Roma, 1939.
- Traglia, A., *Sulla formazione spirituale di Lucrezio*, Roma, 1948.
- Turolla, E., *Lucrezio*, Roma, 1929.

Varios, *Lucrece. Huit exposés suivis de discussions*, Vandoeu-
vres-Ginebra, 1978. Colaboran: Furley, D. J.; Kleve, K.;
Schrijvers, P. H.; Schmit, W.; Gigon, O.; Muller, G.; Grimal,
P.; Alfonsi, L.

9.8. *Vida y época del poeta*

- Allen, W., «On the friendship of Lucretius with Memmius»,
Classical Philology (1938), 167 y ss.
- Berchem, Van D., «La publication du De rerum natura et la VI
Eglogue de Virgile», *Museum Helveticum* (1946), 26 y sigs.
- Bignone, E., «Il Petrarca e la Vita Borgiana di Lucrezio», *Bol-
let. di filol. class.*, 19 (1912-1913), 160 y ss.
- Boyancé, P., «Lucrece et son disciple», *Rev. Stud. Anc.*, 52
(1950), 212 y ss.
- Brandt, S., «Zur Chronologie des Gedichtes des Lucretius und
sur Frage nach der Stellung des Memmius in dem selben»,
Fleckheisen Jahrbücher, 131 (1885), 601 y ss.
- D'Antó, V., «Il giudizio di Cicerone sul poema di Lucrezio»,
Mondo Classico, 17 (1950), 12 y ss.
- D'Antó, V., «Svista ed errori nei dati di Suetonio», *Ann. della
Fac. di Lett. e Fil. di Napoli* (1957), 22 y ss.
- Della Valle, G., «Dove nacque T. Lucrezio Caro», *Riv. Indogre-
catalica* (1933), 1 y ss.
- Della Valle, G., «La congiura di Catilina e la protasi del poema
di Lucrezio», *Rendiconti della R. Accad. dei Lincei* (1935),
459 y ss.
- Della Valle, G., «T. Lucrezio Caro e l'epicureismo campano»,
Atti. Acc. Pont., Napoles, 1935.
- Della Valle, G., «Il ritratto di Lucrezio», *Rendic. Accad. Lincei*
(1936), 571 y ss.
- Frank, T., «On the name of Lucretius Carus», *Studies in Honor
of H. Collitz*, Baltimore (1930), 63 y ss.
- Gerlo, A., «Pseudo-Lucretius», *Ant. Clas.*, 25 (1956), 41 y ss.
- Giri, G., *Il suicidio di Lucrezio*, Palermo, 1895.
- Giri, G., *Ancora il suicidio di Lucrezio*, Palermo, 1896.
- Hendrickson, G. L., «Ciceros judgment of Lucretius», *Amer.
Journ. of Philol.*, 22 (1901), 438 y ss.
- Howe H. H., «Amafinius, Lucretius and Cicero», *Amer. Journ.
of Philol.*, 72 (1951), 57 y ss.

- Lichtfield, H. W., «Cicero's Judgment on Lucretius», *Harv. Stud. of Class. Philol.*, 24 (1913), 147 y ss.
- Martin, J., «Lukrez und Cicero», *Würzb. J. A.*, IV (1949-1950), 2 y ss. y 309 y ss.
- Marx, F., «De aetate Lucreti», *Rhein. Mus.*, 43 (1888), 136 y ss.
- Masson, J., «Zur Lukrezbiographie des Sueton», *Berl. Philol. Wochen* (1895), 285 y ss.
- Masson, J., «New details Suetonius Life of Lucretius», *Journ. of Philol* (1895), 220 y ss.
- Masson, J., «New data presumably from Suetonius Life of Lucretius», *Class. Rev.* (1896), 323 y ss.
- Melodia, G., «Gli studi più recenti sulla biografia di Lucrezio», *Rass. di Ant. Class.*, I, 2, 1896.
- Merrill, W. A., «Cicero's knowledge of Lucretius poem», *Univ. of California Publ. on Class. Philol.*, 2 (1909), 35 y ss.
- Merrill, W. A., «Lucretius and Cicero's verse», *Univ. of Calif. Publ.*, 5 (1921), 143.
- Olgiate, F., «Nuovi orizzonti nello studio della biografia di Lucrezio», *Riv. di Filos. Neo-scolast* (1935), 513 y ss.
- Paratore, E., «Postille Lucreziana», *Parola del Passato* (1947), 192 y ss., 340 y ss.
- Paratore, E., *Una nuova ricostruzione del «De poetis» di Suetonio*, Roma, 1948.
- Pascal, G., «Lucrezio e l'età che fu sua», *Atene e Roma* (1905), 276 y ss.
- Pascal, G., «Un passo del Poliziano sopra Lucrezio», *Athenaeum* (1920), 171 y ss.
- Pavano, R., «Il giudizio di Marco Tullio Cicerone; Lucrezio e una polemica letteraria del I sec. av. C.», *Ann. Fac. di Palermo*, I (1951), 57 y ss.
- Pichon, R., «Les travaux récents sur la biographie de Lucrèce», *Jour. des Sav.*, 8 (1910), 70 y ss.
- Radinger, C., «Reste der Lucretiusbiographie des Sueton», *Berl. Philol. Woch.* (1894), col. 1244 y ss.
- Rostagni, A., «Riceche di Biografia Lucreziana», *Riv. Fil. Instr. Clas.* (1937), 25-31 (1939), 113-115.
- Rosagni, A., «Suetonio, 'De poetis' e biografii minori», Turín, 1944.
- Stampini, E., «Il suicidio di Lucrezio», *Rivista di Storia Antica e Scienze affini* (1896), 45 y ss.

- Traglia, A., *Sulla formazione spirituale di Lucrezio*, Roma, 1948.
- Trencsenyi-Waldapfel, I., «Ciceron et Lucrèce», *Acta Antiqua Academiae Scientiarum Hungaricae*, VI, fasc. 3-4 (1958), 321 y ss.
- Vallete, P., «La Légende de Lucrèce», *Rev. Cours et conf.*, 33, 2 (1932), 193 y ss.
- Ziegler, K., «Der Tod des Lukretius», *Herm.* (1936), 421 y ss.

9.9. Composición y estructura del poema. Los proemios

- Balsamo, A., «Sul poema di Lucrezio», *Riv. di Filol.*, 35 (1907), 500 y ss.
- Barra, G., *Struttura e composizione del «De rerum natura» di Lucrezio*, Nápoles-Roma, 1952.
- Barwick, K., «Über die Proömien des Lukrez», *Hermes*, 58 (1923), 147-175.
- Barwick, K., «Kompositionsprobleme in 5. Buch des Lukrez», *Philologus*, XLIX (1943), 193-229.
- Bignone, E., «Nuove ricerche sul proemio del poema di Lucrezio», *Rev. Fil. Inst. Clas.*, XLVII (1919), 423-433.
- Broughton, A. L., «Notes de Lucretius», *Amer. Journ. of Philol.* (1939), 238 y ss.
- Buchner, K., *Beobachtungen über Vers und Gedankengang bei Lukrez*, Berlín, 1936.
- Buchner, K., «Über den Aufbau von Beweisreihen in Lukrez», *Philol.*, 92 (1937), 75 y ss.
- Buchner, K., «Die Proömien des Lukrez», *Classica et Mediaevalia*, XIII (1951), 159-235.
- Diller, H., «Die Proömien des Lukrez und die Entstehung des Lukrezischen Gedichts», *Stud. ital. Fil. Clas.*, XV (1951), 5-30.
- Ferrarino, P., «Struttura e spirito del poema lucreziano», *Studi in onore di... Funaioli*, Roma (1955), 49 y ss.
- Fischer, L., «Le sens du titre 'De rerum natura'», *Mélanges Linguistiques*, VIII Congrès des Linguistes à Oslo (1957), 17 y ss.
- Friedländer, P., «Retractationes», *Hermes* (1932), 43-46.
- Friedländer, P., «The Epicurean theology in Lucretius first proemium», *Trans. Am. Philol. Ass.* (1939), 368-379.
- Giancotti, F., *Il preludio di Lucrezio*, Messina-Florenca, 1959.

- Giri, G., «Intorno al proemio del primo libro di Lucrezio», *Rev. Fil. Inst. Clas.* (1912), 87-112.
- Giri, G., «Intorno all'invocazione di Lucrezio a Venere ed alla rappresentazione di lei con Marte», *Rev. Fil. Inst. Clas.* (1915), 34-55.
- Grimal, P., «Lucrèce et l'hymne à Vénus. Essai d'interprétation», *Rev. Et. Lat.*, 35 (1957), 184-195.
- Hahn, E. A., «The first proemium of Lucretius in the light of the poem», *Trans. Amer. Philolo. Ass.*, 1941, XXXII-III.
- Jocoby, F., «Das Proömium des Lucretius», *Hermes* (1921), 1-65.
- Kannengiesser, A., *De Lucreti versibus transponendis*, Göttingen, 1878.
- Lenz, Chr., *Die wiederholten Verse bei Lukrez*, Leipzig, 1937.
- Menzione, A., «Fisionomia del poema Lucreziano», *Riv. Stud. Clas.* (1958), 253 y ss.
- Mussehl, A., *De Lucretiani libri primi condicione ac retractatione*, Berlín, 1912.
- Perelli, L., «Il piano originario del poema lucreziano alla luce del suo solgimento ideale», *Riv. Filol. Inst. Clas.*, 25 (1947), 18-43.
- Pizzani, U., *Il problema del testo e della composizione del «De rerum natura» di Lucrezio*, Roma, 1959.
- Reitzenstein, R., «Das erste Proömium des Lucrez», *Nachr. Gesell. Wiss.*, gotinga, (1920), 83-96.
- Schmid, W., «Altes und neues zu einer Lukrez-frage», *Philologus*, XCIII (1938), 338-351.
- Wistrand E., «De Lucreti proemii interpretatione», *Eranos* (1943), 43-47.

9.10. Filosofía epicúrea y lucreciana

- Alfieri, V. E., *L'origine del concetto dell'atomo nel pensiero greco*, Florencia, 1953.
- Alfinito, L., «Rapporti tra Epicuro e Lucrezio», *Annali della Facoltà di lettere e Filosofia, Univ. di Napoli*, 12 (1969-1970), 31-38.
- Bailey, C., *The Greek Atomists and Epicurus*, Oxford, 1928.
- Bailey, C., *Epicurus, the existant remains*, Oxford, 1926.

- Bayet, J., «Etudes lucretiennes», *Cahiers du College Philosophique*, París, 1948.
- Bayet, J., «Lucrece devant la pensée grecque», *Mus. Helv.*, II, 1954, 84 y sigs.
- Bignone, E., *L'Aristotele perduto e le formazione filosofica di Epicuro*, I-II, Firenze, 1936.
- Bignone, E., *Lucrezio come interprete della filosofia di Epicuro, con nuove conferme dell'Aristotele perduto*, Italia e Grecia, Florencia, 1939.
- Bockemuller, F., *Studien zu Lukrez und Epikur*, Stade, 1877.
- Bollack, M., «Lucrece, Epicure et la Muse», *Critique*, 202 (1964), 220-229.
- Boyancé, P., «L'épicurisme dans la société et la littérature romaines», *Bull. Ass. G. Budé*, 19 (1950), 499 y ss.
- Braga, G., «Capone», *Studi su Epicuro*, Milán, 1951.
- Buchheit, V., «Epikurus Triumph des Geistes Lucr.», I, 62-79», *Hermes*, 99 (1971), 303-323.
- Casini, N., «Diogene di Enoanda e Lucrezio», *Riv. critica di Storia della Filosofia*, IV (1949), 279-290.
- Conche, M., *Epicure. Lettres et Maximes*, París, 1987.
- Cumont, Fr., «Lucrece et le symbolisme pythagoricien des enfers», *Rev. Philol.* (1920), 229-240.
- De Witt, N. W., «Organisation and procedure in Epicurean groups», *Classical philology*, 31 (1936), 205 y ss.
- De Witt, N. W., *Epicurus and his philosophy*, Mineapolis, 1954.
- Diogenes Laercius, *Vita Philosophorum*, X, *Epicurus* (ed. M. von der Muchll), Leipzig, 1922.
- Farrington, B., *Science and politics in the Ancient World*, Londres, 1935.
- Fauth, W., «Divus Epicurus. Zur problemgeschichte philosophischer Religiosität bei Lukrez», *Aufstieg und Niedergang der romischen welt*, I, 4 (1973), 205-225.
- García Gual, *Epicuro*, Madrid, 1981.
- Grimal, P., «L'épicurisme romain», *Actes du VIII Congrès de l'Association Budé*, París (1969), 139-168.
- Grimal, P., «Elementa, primordia, principia dans le poème de Lucrece», *Mélanges de philosophie, de littérature et d'his. anc. à P. Boyancé* (1974), 357-366.
- Guyau, J. M., *La moral d'Epicure*, París, 1927.
- Jacques, J., «Lucrece et l'Histoire de l'atomisme chimique», *La pensée nouv. Sér.*, 62 (1955), 63 y ss.

- Koenig, A., *Lucreti de simulacris et de visu doctrina cum fontibus comparata*, Greifswald, 1914.
- Konstan, D., *Some Aspects of Epicurean Psychology*, Leiden, 1973.
- Körte, A., «T. Lucretius Carus bei Diogenes von Oenoanda», *Rhein Mus.*, 33 (1898), 160 y ss.
- Kranz, W., «Lukrez und Empedokles», *Philologus* (1943), 68-107.
- Lacy, P. H. De, «Lucretius and the history of Epicureanism», *Trans. Am. Philol. Ass.* (1948), 12-23.
- Lippmann, E. O. Von, «Die Lehren der Atomistik bei Lucretius», *Mélanges Bidez*, Bruselas (1934), 585 y ss.
- Lück, W., *Die Quellenfrage im 5, und 6. Buch des Lukrez*, Breslau, 1932.
- Mewaldt, Joh., *Der Kampf des Dichters Lukrez gegen die Religion*, Viena, 1935.
- Momigliano, A. (C. B. de B. Farrington), «Science and politics in the Ancient World», *Journal of Roman Studies* (1941), 149 y ss.
- Neudling, Ch. L., «Epicureanism and the 'new Poets'», *Trans. Am. Philol. Ass.*, LXXX (1949), 429.
- Paratore, R., «L'Epicureismo e la sua diffusione nel mondo latino», *Quaderni della Rivista di cultura classica e medievale*, Roma, 1960.
- Reitzenstein, E., *Theophrast bei Epikur und Lukrez*, Heidelberg, 1924.
- Robin, L., «L'atomisme ancien», *Revue de synthèse*, 6 (1933), 208 y ss.
- Schmid, W., «Epikurus, dans le Reallexikon für Antike und Christentum», *Bd*, Stuttgart, 5 (1961), 681-819.
- Schmid, W., «Götter und Menschen in der Theologie Epikurs», *Rhein. Mus.*, 94 (1951), 97-156.
- Shorey, P., «Platon, Lucretius and Epicurus», *Harv. stud.*, II (1901), 201 y ss.
- Usener, H., *Epicurea*, Roma, 1963 (=Leipzig, 1887).
- Woltjer, J., *Lucretii philosophia cum fontibus comparata*, Groningen, 1877.
- Zehnacker, «Un traité de psychologie épicurienne. Le livre IV du 'De rerum natura'», *Bull. Facul. des lettres de Strasbourg*, 47 (1968), 135-150.

9.11. *Lengua y estilo*

- Andrés, G., «*Armonía expresiva en Lucrecio*», *Helmantica*, 4 (1953), 123-137.
- Baran, N. V.; Chisleag, M. Gh., «*Éléments chromatiques chez Lucrèce*», *Rev. Et. lat.*, XLVI (1968), 145-169.
- Barra, G., *Struttura e composizione del «De rerum natura» di Lucrezio*, Nápoles, 1952.
- Bignone, E., «*Un rinconquistato poetico arcaismo Lucreziano*», *Atene e Rome* (1933), 212 y ss.
- Bouterwerk, *Lucretianae quaestiones grammaticae et criticae*, Haalis, 1861.
- Buchner, K., «*Über den Aufbau von Beweisreihen im Lukrez*», *Philologus*, XCII (1937), 68-72.
- Buchner, K., *Beobachtungen über vers und gedankengang bei Lukrez*, Berlín, 1936.
- Campos, J., «*De gramática lucretiana I*», *Helmantica*, 7 (1956), 3 y ss.
- Campos, J., «*Los verba media in Lucrezio*», *Helmantica*, 5 (1954), 16 y ss.
- Campos, J., «*De arte lucretiana*», *Helmantica*, 5 (1954), 257 y ss.
- Cartault, A., *La réflexion dans Lucrèce*, París, 1898.
- Cocchia, E., «*L'arte di Lucrezio nella rappresentazione dei corpi invisibili*», *Micellanea Stampini*, Turín, 1921, 53 y ss.
- Dahlmann, J. M., *De philosophorum graecorum sententiis ad loquellae origines pertinentibus capita duo*, Leipzig, 1928.
- Dehayes, M. L., «*Le lyrisme du Lucrèce*», *Hum. Lettres Classiques*, XXXIV, 7, 157-8, 22 y ss.
- Deustsch, R. E., «*The Pattern of sound in Lucretius*», *Diss. Bryn Mawr*.
- Dionigi, I., *Lucrezio. Le parole o le cose*, Bologna 1988.
- Disandro, C. A., *La poesía de Lucrecio*, La Plata, 1950.
- Else, G. F., «*Lucretius and his aesthetic attitude*», *Harv. Stud. in class. Philol.* (1930), 149 y ss.
- Ernout, A., «*Cas en -e et cas en -i de la troisième déclinaison dans Lucrèce*», *Rev. de Philol.* (1918), 133 y ss.
- Ferrarino, P., *Cumque e i composti di -que*, Bologna, 1942.
- Frank, T., «*The mutual borrowings of Catullus and Lucretius*», *Class. philol.* (1933), 249 y ss.
- Gneisser, G., *De versibus in Lucretii carmine repetitis*, Strasbourg, 1878.

- Govaerts, S., *Lucrèce. De rerum natura. Index verborum*, Liège, 1986.
- Harke-Gudrun, *Studien zur Exkurstechnik im römischen Lehrgedicht (Lukrez und Vergil) mit einem Anhang über Manilius*, Würzburg, 1936.
- Hiden, K. J., *De casuum syntaxi Lucretiana*, Helsingfors, 1896.
- Ingalls, W. B., «Repetition in Lucretius», *Phoenix*, 25 (1971), 227-236.
- Keller, H., *De verborum cum praepositionibus compositorum apud lucretium usu*, Halle, 1880.
- Klepl-Herta, *Lukrez und Vergil in ihren Lehrgedichten. Vergleichende interpretationem*, Leipzig, 1940.
- Lathière, A. M., «Lucrèce traducteur d'Épicure: animus, anima dans les livres 3 et 4 du 'De rerum natura'», *Phoenix*, 26 (1972), 123-133.
- Lenchantin de Gubernatis, M., «Sull'ortografia di Lucrezio», *Bull. di filol. class.* (1924), 17 y ss.
- Lenz, *Die wiederholten verse bei Lukrez*, Leipzig, 1937.
- Lepine, J., «Un emploi de figura chez Lucrèce ou une variante nécessaire du tour qua ratione», *Latomus*, 28 (1969), 474-476.
- Maguiness, W. S., «The language of Lucretius», *Studies in latin literature and its influence: Lucretius* (1965), 69-93.
- Pasoli, E., «Ideologia nella poesia: lo stile di Lucrezio», *Lingua e Stile*, 5 (1970), 367-385.
- Paulson, J., *Index Lucretianus*, Göteborg, 1926 (reimpreso en Darmstadt, 1961).
- Perrot, J., «Observations sur les dérivés en -men. Mots en -men et mots en -tus chez Lucrèce», *REL*, 33 (1956), 333.
- Peters, F., *Lucretius et M. Cicero quo modo vocabula graeca Epicuri disciplinae propria latine verterunt*, MUnster, 1926.
- Pezzini, M., *Esuberanza verbale nella poesia di Lucrezio. Appunto sullo stile del De rerum natura*, Palermo, 1951.
- Pope, S. R., «The imagery of Lucretius», *Grece and Rome* (1969), 70 y ss.
- Proll, K. W. F., *De formis antiquis Lucretianis*, Breslau, 1859.
- Rand, E. K., «La composition rhétorique du III livre de Lucrèce», *Rev. de Philol.* (1934), 243 y ss.
- Reiley, K. R., *Studies in the philosophical terminology of Lucretius and Cicero*, Nueva York, 1916.
- Roberts, L., *A Concordance of Lucretius*, Berkeley, 1968.

- Schijvers, *Horror ac divina voluptas. Etudes sur la poétique et la poésie de Lucrece*, Amsterdam, 1970.
- Schoder, «Poetic imagination as didacticism in Lucretius», *Trans. Amer. Philol. Ass.*, LXXVI (1945), XXXIX.
- Schon, I., «Zur alliteration bei Lukrez», *Festschrift Karl Uretzka*, Heidelberg (1970), 382-399.
- Schubert, R., *De lucretiana verborum formatione*, Halle, 1865.
- Spangenberg, C. H. J., *De Lucreti tropis*, Marburgo, 1880.
- Swan, Fr., *The use of adjective as a substantive in the «De rerum natura» of Lucretius*, Nueva York, 1910.
- Tescari, O., «La poesia de Lucrezio», *Concivium*, 7 (1935), 64-95.
- Traglia, A., *De Lucretiano sermone ad philosophiam pertinente*, Roma, 1947.
- Vallate, P., «Lucrece et la diatriba», *Rev. Et. Anc.*, 42 (1940), 532 y ss.
- Waltz, R., «Lucrece satirique», *Lettres de humanité*, VIII (1949), 78 y ss.
- West, D., *The Imagery an Poetry of Lucretius*, Edimburgo, 1969.
- Wolff, C., *De Lucreti vocabulis singularibus*, Halle, 1878.
- Wreschniok, R., *De Cicerone Lucretioque Ennii imitatoribus*, Breslau, 1907.

9.12. Prosodia y métrica

- Breazale, El., «Polyptoton in the hexameters of Ovid, Lucrece and Vergil», *Stud. on Philol.* (1917), 306 y ss.
- Buechel, E., *De re metrica Lucreti*, Höxter, 1874.
- Drexler, H., «Hexameterstudien», *Aevum*, XV (1951), 435-466, 512-547.
- Dubois, Ch., *Lucrece poète dactylique*, Thèse de Lille, Estrasburgo, 1935.
- Dubois, Ch., *La métrique de Lucrece comparée à celle de ses prédécesseurs*, Estrasburgo, 1935.
- Marx, F., «De Lucreti prosodia Enniana», *Indog. Forsch.* (1927), 191 y ss.
- Merril, W. A., «Lucretius and Cicero's verse», *Univ. of California Publ.* (1921), 142 y ss. y 297 y ss.
- Merril, W. A., «The Lucretian Hexameter», *Univ. of California Publ.* (1922), 253 y ss.

- Merril, W. A., «The characteristics of Lucretius verse», *Univ. of California Publ.* (1924), 221 y ss.
- Merril, W. A., «The metrical technique of Lucretius and Cece-ro», *Univ. of California Publ.* (1924), 293 y ss.
- Merril, W. A., «Lucretian and Virgilian rythm», *Univ. of Cali-fornia Publ.* (1929), 9, 373 y ss.
- Minyard, J. D., *Mode and value in the De rerum natura. A study in Lucretius metrical language*, Wiesbaden, 1978.
- Ott, W., *Lucretius C De rerum natura Analysen. Buch I*, Tubin-ga, 1973.
- Soedon, A., *De elisionis aphaeresis, hiatus usu in hexametris*, Greisswald, 1911.

9.13. Pervivencia

- Bapp, K., «Goethe und Lukrez», *Jahrb. der Goethe-Gesellschaft*, Tomo 12 (1926), 47 y ss.
- Belowski, E., «Lukrez in der französischen Literatur der Renais-sance», *Roman. Etud.*, XXXVI, Berlín, 1934.
- Brandt, S., «Lactantius und Lucretius», *Neue Jarhrb f. Philol.*, 143 (1890), 225 y ss.
- Bufano, A., «Lucrezio in Lattanzio», *Giorn. It. di Filol.*, IV (1951), 335-349.
- Casini, N., «Diogene di Oenoanda e Lucrezio», *Riv. Stor. Filos.*, 4 (1949), 281 y ss.
- Denizet, F., «Lucrèce et les nouvelles connaissances scientifi-ques», *Mém. Acad.*, Marsella (1928), 163 y ss.
- Disch, H., *De poetis aevi Augusti Epicureis*, Bonn, 1921.
- Fleury, H., *En relisant Lucrèce. Le livre de la Natura et la phis-yque moderne*, París, 1927.
- Fusil, C. A., «Montaigne et Lucrèce», *Revue du XVI siècle*, Pa-rís (1926), 13 y ss.
- Fusil, C. A., «La Renaissance de Lucrèce au XVI siècle», *Revue du XVI siècle*, 1928.
- Fusil, C. A., «Lucrèce et les philosophes du XVII siècle», *Revue d'hist. Litt. de la France*, XXXV (1928), 194 y ss.
- Fusil, C. A., «Lucrèce et les Littérateurs, Poètes et artistes du XVIII siècle», *Revue d'histoire litteraire de la France*, XXXVII (1930), 161 y ss.

Gennaro, S., *Lucrezio e l'Apologetica latina in Claudiano*, Catania, 1958.

Gasparotto, G., *La peste Lucreziana in alcuni storici*, Padua, 1967.

Hadzsits, G. D., *Lucretius and his influence*, Londres, 1935.

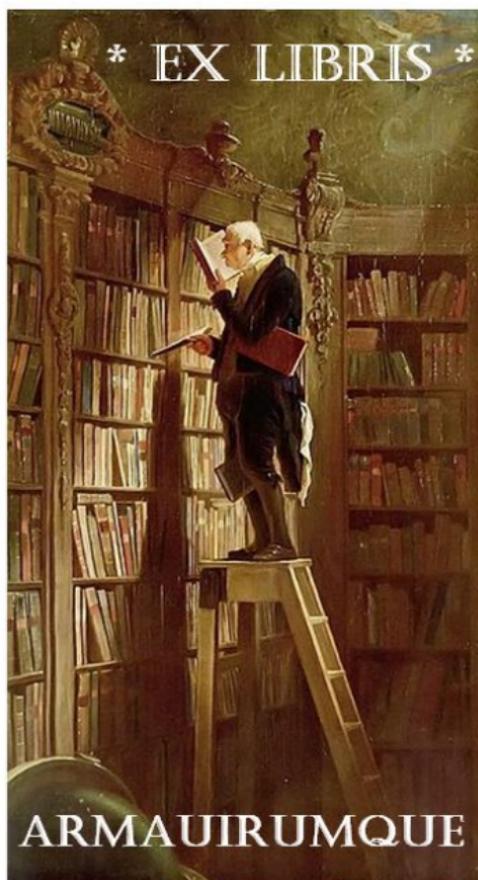
Klepl, H., *Lukrez und Vergil in ihren Lebrgedichten*, Leipzig, 1940.

Paratore, E., «Spunti Lucreziani nelle Georgiche», *Atene e Roma*, III, 7-8 (1939-1940), 177 y ss.

Philippe, J., «Lucrece dans la théologie chrétienne du III au XIII siècle», *Revue de l'Histoire des Religions*, 12 (1895), 284 y ss. 33 (1896), 19 y ss., 125 y ss.

Reynolds, L. D., *Texts and Transmission. A survey of the Latin Classics*, Oxford, 1983: Lucretius, 218-222.

Taladoire, B. A., «Actualité de Lucrece. Le 'De rerum natura' et la condition humaine», *Bol. Ass. Guillaume Budé*, 7 (1949), 56-78.



DE RERUM NATURA

Libro I

Invocación a Venus

¡Madre de los Enéadas, placer de hombres y dioses, vivificadora Venus¹ que bajo los astros rodantes del cielo llenas de seres vivos el mar portador de navíos y las tierras productoras de frutos, ya que gracias a ti toda especie de vivientes es concebida y tan pronto ha nacido contempla la luz del sol: ante ti, oh diosa, huyen los vientos, a tu llegada, se dispersan las nubes del cielo, en tu honor la ingeniosa tierra esparce a tus pies suaves flores, a ti sonríen las llanuras del mar y el cielo sereno que irradia difusa claridad!

En efecto, tan pronto como se muestra la faz del tiempo primaveral y, desatado, toma impulso el soplo fecundo del favonio, los pájaros del cielo son los primeros en saludarte a ti, oh diosa, y a tu llegada, conmovidos sus corazones por tu poder. Luego las fieras y los rebaños retozan por abundantes pastos y atraviesan arrebatados torrentes: así, prendidos de tu encanto, todos con ardor te siguen a donde te propones llevarlos. En fin, por los mares, los montes y los ríos impetuosos, por las frondosas moradas de las aves y las verdeantes campiñas, infundiendo en los corazones de todos el dulce aguijón del amor, logras que con ardor propaguen las generaciones según su especie.

Puesto que tú sola gobiernas la naturaleza universal y

¹ La leyenda, cuidadosamente conservada —recordemos si no el relato de Virgilio en la Eneida— hacía de Eneas un ascendiente de los romanos, hijo de Venus por la filiación de los reyes de Alba. Venus, como madre de los romanos, es invocada como diosa vivificadora de la naturaleza para que asista a Lucrecio en la composición de su poema y otorgue la paz a los romanos.

sin ti nada surge a las divinas riberas de la luz, ni se produce nada grato ni amable, deseo que seas mi aliada para
 25 escribir estos versos que sobre la naturaleza me propongo componer en obsequio de nuestro Memnio² al que tú, oh diosa, quisiste que en toda ocasión sobresaliese colmado con todos los dones; motivo de más para que otorgues, oh diosa, un eterno encanto a mis palabras.

Consigue, entretanto, que las crueles tareas de las armas, entorpecidas, cesen por mar y por tierra, ya que tú
 30 sola puedes conceder una sosegada paz a los mortales, toda vez que Marte, el dios poderoso de las armas, dirige los crueles trabajos de la guerra, quien a menudo se echa
 35 en tu regazo, vencido por eterna herida de amor y, reclinada en él su bien torneada cerviz, levantando la vista, *absorto en ti, oh diosa, alimenta con amor su ardiente mirada*, y su aliento, mientras yace de espaldas, está pendiente de tu boca. Envolviendo, oh diosa, con tu sagrado cuerpo al que así reposa, vierte dulces palabras de tus labios, suplicando, oh gloriosa, una plácida paz para los romanos, porque ni nosotros podemos escribir con ánimo
 40 tranquilo en una época atormentada para la patria, ni el ilustre retoño de los Memnios puede descuidar en tales circunstancias la salvación de todos³.

Porque es preciso que los dioses todos por su misma
 45 *naturaleza gocen con soberana paz de una vida inmortal*, alejados y muy ajenos a nuestros asuntos, pues exentos de todo dolor, exentos de peligros, poderosos por sus propios recursos, en nada necesitados de nosotros, ni se dejen ganar por los favores, ni se ven afectados por la ira⁴.

² Memnio, el destinatario del poema, es verosíblemente Gayo Memnio, pretor el 58 (a. C.) y propretor en Bitinio, acompañado por el poeta Catulo en el 57-56. No es seguro que fuera seguidor del epicureísmo. Su «gens» se consideraba descendiente de Venus. Lucrecio se refiere aquí a la protección que la diosa ha deparado al político.

³ Véase la *Introducción*, 2. *Momento histórico*. Lucrecio, inmerso en la composición del poema, años 60-51, alude probablemente a las locuras de Clodio en los años 58-57: óptimos ciudadanos fueron perseguidos y Cicerón enviado al destierro.

⁴ Los vv. 44-49 de este libro, repetidos en 2, 646-651 han sido suprimidos de este lugar por muchos editores, incluido Bailey. Se ha dicho que los ha colocado aquí un lector deseoso de poner el pensamiento de Lucrecio en contradicción consigo mismo. Ya Ernout-Robin en su *Commentaire...*, I, pág. 21, a pesar de

Argumento del poema

- 50 Por lo demás presta un oído libre y un ánimo perspi-
caz, sin preocupaciones, al estudio de la verdadera doc-
trina; no vayas a desdeñar los presentes que te ofrezco
con amistoso afán, antes de comprender su valor. En efec-
to, me propongo brindarte la explicación última sobre el
55 cielo y sobre los dioses y descubrirte los principios del
ser, con los que la naturaleza crea todas las cosas, las nu-
tre y hace crecer y en los que las disuelve nuevamente al
ser destruidas, principios a los que solemos llamar, al ex-
poner nuestro sistema, materia, cuerpos generadores, se-
60 millas de las cosas, dándoles también el nombre de cuer-
pos primeros porque de ellos como de primeros elemen-
tos proceden todos.

Elogio de Epicuro, debelador de la superstición

- Cuando el género humano se hallaba de forma vergon-
zosa, visiblemente abatido en tierra, abrumado por el gra-
ve peso de una superstición religiosa que mostraba su ca-
65 beza desde las regiones celestes, amenazando con su hor-
rrible aspecto a los mortales, un hombre de Grecia⁵ se
atrevió el primero a levantar frente a ella sus perecedo-
ros ojos y a hacerle la guerra. A éste ni las leyendas so-
bre los dioses ni el rayo, ni el cielo con su amenazador
70 bramido pudieron contenerle, sino que estimularon aún
más el ardiente vigor de su espíritu en su deseo de ser el
primero en romper los apretados cerrojos que obstruyen
las puertas de la naturaleza. Así el vigoroso poder de su

sus reticencias, no acepta como válidos los argumentos en contra de la unidad de composición, basados en la supuesta interpolación. Los editores más recientes se inclinan por ella, pues la diferencia de tono, la falta de orden y la brusca digresión alegadas no son ajenas a la práctica del poeta. Bien considerada no rompe la unidad: la paz suplicada para Roma la poseen los dioses y la otorgan (cf. lib. 6, 76-78) a los que acuden a su santuario con el ánimo sosegado. Responde a la definición de la divinidad entre los epicúreos.

⁵ Epicuro de Samos (342-270), fundador del sistema filosófico que lleva su nombre, autor de innumerables obras, de las que los papiros de Herculano han restituido numerosos fragmentos. De gran interés para nosotros son las tres epístolas mencionadas en la nota 8 de la *Introducción*.

- inteligencia triunfó y se adelantó más allá, con mucho, de las llameantes murallas del mundo recorriendo todo el
- 75 universo con la fuerza del pensamiento⁶. De donde como vencedor nos da a conocer qué seres pueden y qué seres no pueden nacer, qué normas, en suma, determinan a cada cosa su poder y sus límites inmutablemente fijos. Por lo cual la superstición religiosa, sometida a sus pies, queda a su vez aplastada y a nosotros la victoria nos eleva hasta el cielo.
- 80 A este propósito temo que pienses tal vez que te inicias en los principios de una doctrina impía y te adentras por el camino del crimen. Por el contrario, ha sido la superstición la que ha provocado actos criminales e impíos. Como sucedió en Aulide donde caudillos escogidos de los
- 85 dánaos, la flor de los héroes, mancillaron vergonzosamente con la sangre de Ifianasa el altar de la virgen Trivia⁷. Así que la ínfula que rodeaba sus virginales trenzas se desplegó en partes iguales por ambas mejillas y ella advirtió
- 90 que su padre estaba allí dolorido ante el altar, junto a él los sacerdotes que ocultaban el cuchillo y los ciudadanos que al contemplarla derramaban lágrimas, muda de terror se postraba a tierra de rodillas. ¡Desdichada, que no le valdría en momento tan aciago haber dado la primera
- 95 el nombre de padre al rey! Levantada por manos de héroes, temblorosa, fue conducida al altar no para ser acompañada, una vez terminadas las sagradas ceremonias, del brillante cortejo del himeneo, sino para sucumbir pura, en la misma edad núbil, de forma impura, cual triste víc-

⁶ Aquí descubrimos, como indicamos al hablar del *género literario*, 4. *¿Epopéya o poema didáctico?*, temas de corte épico: el del combate y victoria del héroe, Epicuro, frente a la superstición religiosa y el del viaje con la fuerza del pensamiento más allá de las llameantes murallas del mundo, es decir, del confín extremo del universo, constituido por una zona de fuego y éter.

⁷ Trivia es la diosa Artemida, la Diana de los romanos, cuyas imágenes eran colocadas y veneradas en las *trivias* o encrucijadas de los caminos. A esta diosa se debía sacrificar Ifianassa, luego identificada con Ifigenia, a manos de su padre Agamenón para conseguir que la flota griega pudiera zarpar hacia Troya desde Aulide (Beocia) donde la retenían vientos contrarios provocados por Artemida. El episodio, tópico para literatos y artistas, lo asume Lucrecio más de la tradición homérica que de los trágicos griegos, en concreto de Eurípides, toda vez que el colorido épico del pasaje es evidente, por más que no falte el acento trágico por la ambigüedad del rito del sacrificio que remeda el de las bodas.

- 100 tima inmolada por el padre a fin de que los dioses concediesen a la flota una salida del puerto feliz y favorable. ¡Tantos horrores pudo aconsejar la superstición!

Función liberadora de la verdad

- Tú mismo, un día u otro, convencido por los terribles discursos de los agoreros, intentarás separarte de nosotros. ¡Cuántas fantasías, en efecto, pueden ellos imaginar
 105 para ti, capaces de pervertir los criterios de la vida y de perturbar con el temor tu suerte! Y no sin razón. Porque si los humanos conociesen que existe un término preciso para sus miserias tendrían algún motivo para oponerse a los temores supersticiosos y a las amenazas de los agoreros. Mas ahora no hay medio alguno, ni posibilidad de oponerse por cuanto hay que temer en la muerte castigos eternos. Se desconoce, en verdad, cuál es la naturaleza del alma: si nace con el cuerpo o se introduce en los cuerpos en el momento de nacer, si perece con nosotros destruida por la muerte, si va a contemplar las tinieblas del Orco y sus desoladas cavernas o por voluntad divina se introduce en otros animales, como lo ha cantado nuestro Ennio, el primero que trajo de las amenas cumbres del Helicón una guirnalda de perenne fronda, cuya gloria se difundiría por los pueblos de Italia. Aunque también nos cuenta, plasmándolo en versos inmortales que existen las mansiones del Aqueronte donde no perviven ni nuestras almas, ni nuestros cuerpos, sino ciertos espectros de extraña palidez. Allí donde dice se le apareció la imagen de
 120 Homero, eternamente joven, quien, entre amargas lágrimas le desveló los secretos de la naturaleza⁸.

Por lo cual, si es cierto que debemos poseer el conocimiento exacto de los fenómenos celestes, qué ley regula los movimientos del sol y de la luna, qué fuerza produce

⁸ El poeta Ennio (239-169) cuenta en el proemio de sus *Annales* que, en efecto, se le había aparecido en sueños la imagen de Homero para explicarle la doctrina de Pitágoras sobre la metempsicosis, revelándole que su alma había transmigrado en él. Como hemos señalado en la *Introducción*, Ennio fue precursor del poema filosófico de Lucrecio con su obra *Ephicharmus*.

130 cada cosa en la tierra, asimismo sobre todo debemos investigar con un razonamiento agudo de qué están formadas el alma y la naturaleza del espíritu y qué visiones apareciéndose a nosotros durante la vigilia aterran nuestra mente cuando estamos enfermos o nos impresionan entregados al sueño, hasta el punto de que creemos ver y
 135 oír personalmente los que han muerto, cuyos huesos cubre la tierra.

Y no se me oculta que resulta difícil iluminar los oscuros descubrimientos de los griegos con nuestros versos latinos, sobre todo porque es preciso emplear en muchos casos términos nuevos a causa de la pobreza de la lengua y de la novedad de los temas⁹; sin embargo, tus méritos y el placer que acaricio por tu dulce amistad me estimulan a soportar cualquier fatiga y me incitan a pasar en vela las noches serenas en busca de las palabras y los versos con los que consiga difundir, al fin, en tu espíritu luz
 140 brillante a fin de que puedas escudriñar hasta el fondo las doctrinas ocultas.

Es, por ello, necesario que este terror y estas tinieblas del alma no los disipen ni los rayos del sol ni los dardos luminosos del día, sino la contemplación y el estudio de la naturaleza¹⁰, para lo cual el principio del que partiremos será que nada puede ser engendrado jamás de la nada por acción divina. En efecto, el temor domina, según dijimos, a los mortales todos ya que constatan que se producen en la tierra y en el cielo muchos fenómenos cuyas causas no pueden descubrir en modo alguno y piensan
 150 que son obra del poder divino. Así, pues, cuando hayamos comprobado que nada puede surgir de la nada, descubriremos entonces más fácilmente lo que investigamos: de qué componentes puede cada cosa formarse y cómo se producen todas sin la intervención de los dioses.

⁹ Expresión que de forma similar repite en este canto, v. 832. La *egestas* o pobreza se refiere a los términos que el poeta supo encontrar aprovechando las posibilidades del latín, señalando un hito en la creación de la lengua poética latina.

¹⁰ Especie de *leit-motif* que se repite en 2, 59-61; 3, 92-94 y 6, 39-41: la ciencia, como los rayos del sol, debe disipar las tinieblas de la ignorancia.

Nada nace de la nada, ni se reduce a la nada

160 Porque si las cosas surgieran de la nada, de todas ellas
 podría originarse cualquier especie, y nada necesitaría de
 semilla¹¹; primeramente los hombres podrían surgir del
 mar, la especie escamosa de la tierra, y las aves irrumpirían
 en el cielo; rebaños y otros animales domésticos, toda
 clase de fieras, siendo productos del azar, se repetirían in-
 165 diferentemente lugares cultivados y desérticos. Ni los
 frutos en los árboles serían constantemente los mismos,
 sino que cambiarían, todos podrían producir todas las co-
 sas. Ciertamente donde no existieran elementos genera-
 dores para cada especie, ¿cómo podría asignarse a alguno
 170 una madre determinada? Mas, ahora, ya que cada ser nace
 de unas determinadas semillas, cada uno nace y surge a
 las riberas de la luz cuando contiene la materia apropia-
 da y los elementos primeros; es así como no todo puede
 engendrarse de cualquier cosa, puesto que en cada ser con-
 creto existen propiedades distintivas.

Además, ¿por qué vemos que las rosas se abren en pri-
 175 mavera, el trigo madura en verano y las uvas en el suave
 otoño, si no porque semillas específicas de cada cosa con-
 fluyen en el tiempo apropiado y entonces se hace visible
 todo ser que nace cuando las estaciones son favorables y
 la tierra, llena de vitalidad, hace salir a la luz, sin peligro,
 sus tiernos productos?

180 En efecto, si las cosas se produjesen de la nada, apare-
 cerían de improviso en épocas imprecisas y en estaciones
 distintas de las apropiadas, evidentemente porque no
 existiría elemento alguno que pudiera ser apartado de la
 unión generadora por causa de una estación desfavorable.

Asimismo tampoco, en orden al desarrollo de los cuer-
 185 pos, haría falta un lapso de tiempo para la agregación de
 los átomos, si pudiesen crecer de la nada, pues en un mo-
 mento se convertirían en jóvenes los de la primera in-

¹¹ Reproduce las palabras de Epicuro, *Epist. a Herod.*, 38, quien afirma que «antes de nada hay que afirmar que nada nace de la nada, de lo contrario todo podría nacer de todo sin tener necesidad en absoluto de semillas». Si, pues, cada ser nace de una semilla determinada, en condiciones establecidas, queda excluida, a juicio de Epicuro, la intervención divina en la generación de los seres.

fancia y salidos de la tierra, en repentino salto, aparecerían los árboles. Es evidente que nada de esto sucede puesto que todos los seres crecen gradualmente, como es lógico, de una semilla determinada, y en su crecimiento conservan los rasgos específicos; por donde se deduce que

190 cada cosa se desarrolla y nutre de la materia apropiada. Añádase a esto que sin las lluvias, en determinados momentos del año, la tierra no puede producir sus exuberantes frutos, ni tampoco los animales, privados de alimento podrían propagar su especie, ni proteger su vida; así es mejor pensar que existan muchos elementos comunes a muchas cosas, como las letras a las palabras, antes que pensar que puede existir una cosa sin los elementos primeros.

200 En suma, ¿por qué la naturaleza no ha podido engendrar hombres tan grandes que pudiesen atravesar a pie el mar, como, por vados y arrancar con sus manos grandes montañas y superar con la duración de sus vidas la de numerosas generaciones humanas, si no es porque a la generación de cada ser se ha asignado una parte determinada de materia mediante la cual queda establecido

205 lo que puede nacer? Así, pues, hemos de admitir que nada puede surgir de la nada puesto que todas las cosas necesitan de una semilla para que, una vez producidas, puedan emerger a los tiernos soplos del aire.

Por último, puesto que vemos que los terrenos cultivados aventajan a los yermos y que con el esfuerzo de las

210 manos mejoramos la producción, es evidente que la tierra posee gérmenes elementales que forzamos a nacer cuando removemos las glebas fecundas con el arado y sometemos el suelo de la tierra, pues de no existir germen alguno veríamos como todo fruto surgiría espontáneamente y mucho más lozano sin nuestro trabajo.

215 Añadamos a esto que, a su vez, la naturaleza disuelve cada cosa en sus elementos constitutivos, pero no destruye ninguno, porque si existieran seres enteramente mortales, éstos perecerían repentinamente, desapareciendo de nuestra vista¹². No habría, en efecto, necesidad de fuerza

¹² Consiguientemente dirá Epicuro, *Ep. Herod.*, 39: «si lo que desaparece a nuestros ojos se destruye hasta el no ser, todas las cosas habrían ya perecido,

220 alguna para separar sus partes y deshacer su cohesión. En cambio, ahora, ya que todos los seres están formados de semillas eternas hasta que intervenga una fuerza que los destruya de un golpe o que penetre en su interior por los poros y los disuelva, la naturaleza no deja que asistamos a la destrucción de ninguno.

225 Además, cuantas cosas, a causa de su vejez, el tiempo hace desaparecer, si las destruye por completo, consumiendo toda su materia, ¿con qué elementos Venus hace volver a la luz de la vida las generaciones de vivientes en cada especie o con qué elementos, una vez devueltos a la vida, la industriosa tierra los nutre y desarrolla suministrando a cada especie su alimento?

230 ¿Cómo abastecen al mar los manantiales nativos y los ríos que de lejos aportan su caudal? ¿Cómo alimenta el éter los astros?¹⁴ Porque a todos los seres que tienen cuerpo mortal debería haberlos consumido la duración infinita del tiempo y sus días. Pero si en esta duración de las

235 edades transcurridas subsistieron los elementos de los que está compuesto este nuestro mundo, en constante renovación, sin duda están dotadas de una naturaleza inmortal. Así que no es posible que los seres vuelvan a la nada.

En fin, la acción de esta misma causa consumiría indistintamente a los seres todos, si la materia eterna, más o
 240 menos trabada por la cohesión de sus partes, no los conservase pues, sin duda el simple contacto sería causa suficiente de muerte, por cuanto no estarían compuestos de elementos eternos, cuya trabazón debería disolver una fuerza apropiada a cada uno de ellos. Más, ahora, puesto
 245 que la íntima conexión de los átomos es distinta y la materia eterna, los seres subsisten con su cuerpo íntegro has-

siendo el término de su disolución la nada. Ahora bien, el universo ha sido siempre tal cual es ahora y será siempre así».

¹³ Pensamiento de la física de Empédocles, asumido por los estoicos y Epicuro, es que el éter alimenta los astros, entendido éste como un espacio inflamado que procura a los astros el fuego que necesitan para alimentarse y morir. Por ello, el éter «vibra en derredor con las estrellas» (1, 1089).

¹⁴ Particularmente, con el ejemplo de los vientos que todo lo revuelven, pero que no se ven, quiere Lucrecio resolver la dificultad de que los átomos si son materiales deben necesariamente ser percibidos por el sentido. Lo propio sucede con los olores, el sonido, el frío y el calor, la humedad, etc.: impresionan nuestros sentidos, pero no los vemos.

ta que se les oponga una fuerza que resulte suficientemente poderosa para destruir su cohesión. Por tanto, ningún ser vuelve a la nada, sino que todos vuelven, por disgregación, a los elementos primeros de la materia.

- 250 Por último, las lluvias desaparecen cuando el padre Éter las ha precipitado en el seno de la madre tierra: pero, en cambio, surgen luminosas las mieses, las ramas reverdecen en los árboles y éstos mismos crecen y se cargan de frutos; de ellos se alimentan luego nuestra especie humana y la de los animales; por ello vemos alegres
255 ciudades ricamente adornadas de niños y frondosos bosques que resuenan por todas partes con el canto de los nuevos pájaros; por ello las ovejas, fatigosas por su gordura, tienden sus cuerpos en medio de ricos pastos, y el blanco líquido de la leche mana de sus ubres repletas; por
260 ello la nueva prole, con sus frágiles miembros, retoza alegre entre la hierba reciente, estimulados sus ánimos con la leche pura. Así que no se pierde enteramente cuanto parece perderse, toda vez que la naturaleza se sirve de un ser para alimentar a otro y no permite que cosa alguna sea engendrada sino aprovechando la muerte de otra.

Los átomos son indivisibles

- 265 Ahora, pues, ya que te he mostrado que los seres no pueden surgir de la nada y, asimismo, que, una vez engendrados, no pueden ser devueltos a la nada, para que no suceda que aún desconfíes de mis palabras por cuanto los elementos primeros no pueden ser captados con la vista, sábetete que debes admitir también la existencia en la naturaleza de algunos cuerpos que no pueden ser vistos.
Primeramente, la fuerza desencadenada del viento sacude el mar, derriba grandes navíos y dispersa las nubes. A veces, atravesando en veloz torbellino las llanuras, las cubre con el derribo de grandes árboles y golpea las cimas de los montes con sus soplos, azote de las selvas: así
275 estalla el viento con agudo bramido y se enfurece con amenazante estruendo.

Por ello, los vientos son a no dudarlos cuerpos invisibles que sacuden los mares, las tierras y hasta las nubes

del cielo, y, furiosos, los arrebatan en rápido torbellino; y
280 no se propagan ni siembran la destrucción de modo dis-
tinto a como el agua, plácida por naturaleza, se lanza de
repente en abundante caudal, cuando una gran corriente
de ella se precipita desde los altos montes por efecto de
285 copiosas lluvias arrastrando troncos del bosque y árboles
enteros, y ni siquiera los puentes sólidos pueden soportar
el ímpetu súbito del agua que se avecina: así el río se lan-
za tumultuoso por la abundante lluvia contra los sillares
del puente con potente fuerza. Provoca con enorme es-
trépito su destrucción, hace rodar con su torbellino gran-
des piedras y derriba cuanto obstaculiza su curso.

290 Así es como deben también desencadenarse los soplos
del viento que, una vez se han precipitado, cual impetuo-
so río, por cualquier parte se lo llevan todo por delante
y con sacudidas continuas lo derriban; a veces lo arreba-
tan en su retorcida espiral, arrastrándolo rápidamente en
su torbellino rodante.

295 Por lo cual, lo afirmo una vez más, los vientos son cuer-
pos invisibles ya que por su acción y su índole se revelan
émulos de los grandes ríos cuya realidad corporal es ma-
nifiesta.

Además percibimos los diferentes olores de las cosas
y, sin embargo, no los vemos nunca cuando llegan a nues-
300 tro olfato; ni contemplamos el calor ardiente, ni pode-
mos percibir con los ojos el frío, ni es factible ver los so-
nidos, y, con todo, es necesario que todas estas cosas ten-
gan naturaleza corpórea ya que pueden impresionar los
sentidos. En efecto, ninguna cosa, a no ser un cuerpo, pue-
de tocar y ser tocada de no ser corporal.

305 En fin, los vestidos que se han tendido en la costa, allí
donde quiebran las olas, se humedecen y esos mismos ves-
tidos, desplegados al sol, quedan secos.

Ahora bien, ni hemos visto cómo la humedad se ha de-
positado en ellos, ni cómo ha desaparecido por efecto del
calor. Así, pues, la humedad se disgrega en minutísimas
310 gotas que nuestros ojos no pueden percibir en modo al-
guno.

Más aún, a la vuelta de muchas revoluciones del sol,
el anillo que llevamos en el dedo se gasta por debajo, la
caída gota a gota del agua mina la piedra, la corva reja

del arado, aun siendo de hierro, se achica en el surco in-
 315 sensiblemente y contemplamos desgastado por las pisa-
 das de la gente el pavimento empedrado de las calles;
 como también las bronceíneas estatuas a la entrada de las
 ciudades muestran consumidas sus diestras por los fre-
 cuentes besos de los que les saludan cuando pasan delan-
 te de ellas¹⁵; por lo tanto comprobamos que estos obje-
 320 tos disminuyen al ser desgastados; pero la naturaleza ce-
 losa nos ha impedido ver qué partículas desaparecen en
 cada momento.

Por último, todo cuanto la naturaleza a lo largo del
 tiempo ha dispensado poco a poco a los seres haciéndoles
 crecer gradualmente no lo puede percibir mirada al-
 325 guna por más penetrante que sea, ni tampoco puede uno
 ver qué es lo que pierden los seres que envejecen por el
 tiempo y la consunción, ni lo que pierden las rocas que
 suspendidas sobre el mar se ven corroídas por la voraci-
 dad de la sal. Así, pues, por medio de elementos invisibles
 realiza su obra la naturaleza.

Existencia del vacío

Y, sin embargo, no todas las cosas se hallan repletas
 330 por todas partes de materia corpórea, ya que existe el va-
 cío dentro de las cosas: tener constancia de esto te será
 útil en muchos casos y no dejará que, extraviado, andes
 perplejo e indagues siempre acerca del universo, descon-
 fiando de mis palabras. Existe, por lo tanto, el vacío, un
 335 espacio intangible y desocupado. Pues, si no existiera, de
 ninguna manera podrían moverse los seres. En efecto, la
 propiedad que posee el cuerpo de obstaculizar y oponer
 resistencia se hallaría en todos los cuerpos en cualquier
 circunstancia, ninguno, en consecuencia podría avanzar
 porque ninguno tomaría la iniciativa de ceder.

340 Mas, ahora, en los mares y las tierras y en las alturas
 del cielo descubrimos innumerables cuerpos que, de no

¹⁵ Alude a las estatuas de los dioses, colocadas a la entrada de las ciudades. Según Cic., *Verr.*, 4, 43, 94, el Hércules de Agrigento tenía la boca y el mentón gastados por los besos de los adoradores.

existir el vacío no sólo se verían privados de ese movimiento incesante, sino que en modo alguno habrían sido
 345 engendrados (bajo ningún concepto), porque la materia compacta en todas sus partes hubiera permanecido en reposo.

Por otra parte, aun cuando parece que los objetos son macizos, se puede, con todo, comprobar que están formados de una materia porosa por esta razón: a través de las rocas, en las grutas circula la fluidez húmeda de las aguas y todas ellas derraman gotas copiosas. El alimento se distribuye por todo el cuerpo de los seres vivos; los árboles crecen y producen frutos en la sazón porque en todos ellos se esparce la savia desde la extremidad de la raíz, llegando a través del tronco hasta las últimas ramas. Los sonidos traspasan las paredes y vuelan atravesando las estancias cerradas; el riguroso frío cala hasta los huesos: todo lo cual en modo alguno veríamos que se produce, de no existir espacios vacíos por los cuales puede penetrar cualquier cuerpo.

En fin, ¿por qué observamos que unos objetos superan a otros en peso, no siendo de tamaño mayor? Porque si
 360 en una bola de lana hubiera tanta materia como en una de plomo, sería preciso que pesaran exactamente lo mismo, ya que es propiedad de la materia ejercer presión en todo hacia abajo, en cambio el vacío carece de peso. Así, pues, el cuerpo que es de igual tamaño que otro, pero más
 365 ligero, muestra sin duda que contiene más vacío; por el contrario el más pesado indica que encierra en sí mayor cantidad de materia y que contiene mucho menos vacío en su interior. La conclusión es que existe, a no dudarlo, incorporado a los seres el espacio que, con sutil razonamiento, intentamos descubrir, al que llamamos vacío.

370 En este punto me veo forzado a prevenirte de una teoría que algunos imaginan para que no pueda desviarte de la verdad¹⁷. Dicen que las aguas se retiran ante el impul-

¹⁶ Se prueba por la existencia del movimiento, por la porosidad de los cuerpos y por la diferencia del peso específico de éstos. Hay un intento de refutación de los argumentos propugnados por Aristóteles contra la existencia del vacío (*Fis.*, 4, 6, 9).

¹⁷ Alude a la teoría del movimiento en el espacio, en el sentido de que un cuerpo sustituye a otro que le cede el puesto. Aparece primero en Platón del que la

so de los escamosos seres y que les abren fluidos senderos, ya que los peces dejan tras de sí espacios vacíos en los que pueden reunirse de nuevo las aguas después de retirarse. Así también, otros cuerpos pueden moverse mutuamente e intercambiar su posición, aunque todo su ser esté compacto; pero es evidente que todo esto se funda en una falsa argumentación. En efecto, ¿hacia dónde podrían los peces avanzar, si las aguas no les brindaran espacio?, ¿a dónde, a su vez, podrían las aguas retirarse, si los peces no pudieran caminar? Por consiguiente, o hay que desposeer de movimiento a todo cuerpo, o hay que reconocer que el vacío va unido a las cosas, por el cual cada una recibe el principio del movimiento.

Finalmente, si dos cuerpos planos, después de colisionar, bruscamente se separan, sin duda es necesario que el aire llene todo el vacío que se produce entre los cuerpos. Ahora bien, el aire, aunque afluye en derredor de ellos con rápidos soplos, no podrá colmar todo el espacio en un momento, pues deberá ocupar uno tras otro los lugares más próximos para luego posesionarse del espacio entero.

Y si acaso alguien, cuando los dos cuerpos se separan, piensa que el fenómeno se produce porque el aire se condensa, está en un error; en efecto, entonces se origina el vacío que antes no existió y a su vez se llena el vacío que antes hubo, ni tampoco en tales condiciones puede condensarse el aire, ni creo que, aunque pudiese, le sería posible, sin el vacío, concentrarse en sí mismo y dirigir las partes a un solo punto.

Así, pues, aunque retrases tu asentimiento alegando muchas objeciones, es preciso que reconozcas que existe el vacío dentro de las cosas.

Y aún podría, recordándote otras muchas pruebas, llegar a conseguir crédito a mis palabras, más para un espíritu perspicaz como el tuyo, bastan estos pequeños indicios mediante los cuales puedes tú mismo conocer el resto.

ha asumido Aristóteles, luego fue adoptada por estoicos y neoacadémicos. Quizá Lucrecio tiene en cuenta sobre todo a los estoicos y al peripatético Estratón de Lampsaco.

- 405 En verdad, así como la jauría descubre con el olfato el
 cubil cubierto de fronda de la fiera montaraz, una vez se ha
 lanzado sobre la pista segura, igualmente tú mismo podrás
 por tus medios deducir una consecuencia de otra, pene-
 410 trar en los retiros más secretos y de allí sacar a la luz la
 verdad. Pero, si eres perezoso y te apartas un poco de la
 cuestión, puedo, Memnio, prometerte fácilmente esto: mi
 dulce lengua derramará de mi enriquecido espíritu tan
 abundantes caudales sorbidos en las fuentes fecundas del
 415 saber que temo que la vejez, aunque tardía, se insinúe en
 nuestros miembros y destruya en nosotros los límites de
 la vida, antes de que con mis versos haya aportado a tus
 oídos la abundancia de pruebas sobre una cuestión cual-
 quiera.

Todo se reduce a materia y vacío

- Mas, ahora, volviendo a la exposición del tema pro-
 puesto diré: todo ser, por tanto, como es por sí mismo,
 420 consta de dos componentes, a saber, la materia corpórea
 y el vacío en el que ésta se sitúa y se mueve en diversas
 direcciones¹⁸. En efecto, la existencia de la materia la ates-
 tigua la sensación común a todos, pues si no tiene validez
 antes que nada la confianza bien fundada que en ella de-
 positamos, careceremos, en las cuestiones oscuras, de base
 425 en que apoyarnos para poder confirmar un aserto con
 nuestro razonamiento.

Asimismo, si no existiera el lugar y espacio que llama-
 mos vacío, tampoco podrían los cuerpos colocarse en par-
 te alguna ni moverse, en direcciones opuestas, hacia un
 lugar; lo que ya poco antes hemos evidenciado.

- 430 No existe, además de éstos, nada que puedas señalar
 diferente de la materia y distinto del vacío, que pueda ser

¹⁸ Expresamente Epicuro, *Ep. Herod.*, 39, dice: «el universo está formado de la materia y el vacío» y añade casi a continuación (n. 40): «Fuera de estas dos cosas no existe nada cuya existencia puede concebir el pensamiento», es decir, no hay una tercera substancia. La materia es activa y pasiva, en cambio «el vacío no puede actuar ni padecer, no hace sino permitir a los cuerpos que se muevan a través de él» (*Herod.*, 67). Expresión esta última casi calcada por Lucrecio en los vv. 443 y ss.

- reconocido como una tercera naturaleza en el número de los componentes. En efecto, todo lo que existe deberá ser algo en sí mismo, y si admite contacto, aunque ligero e insignificante, con una contribución grande o pequeña, a la postre, con tal que así sea, vendrá a incrementar el número de los cuerpos y se añadirá a su conjunto; pero si no admite contacto, porque en ninguna parte puede evitar que un cuerpo al pasar la atraviese, ésta será precisamente lo que llamamos el libre vacío.
- Además, todo ser que existe por sí mismo o llevará a cabo una acción, o deberá sufrirla cuando otros actúan sobre él, o será tal que en él pueden existir y producirse los seres; ahora bien, ninguna cosa puede ser activa o pasiva, carente de cuerpo, ni tampoco proporcionar lugar de no ser el libre vacío. Luego, aparte del vacío y del cuerpo, en el número de los seres no puede subsistir una tercera realidad que pueda caer bajo el dominio de nuestros sentidos o que alguien pueda captarla con el raciocinio de la mente.

Propiedades y accidentes de los átomos

- En efecto, en todos los seres que no tienen nombre o descubrirás que son propiedades inherentes a estas dos realidades, o comprobarás que son sus accidentes¹⁹. Propiedad es aquello que en ningún caso puede desunirse, ni separarse del cuerpo sin la funesta disgregación del mismo, como el peso de las piedras, el calor del fuego, la fluidez en el agua, el tacto en todos los cuerpos y la intangibilidad para el vacío; por el contrario, la servidumbre, la pobreza y la riqueza, la libertad, la guerra, la concordia y las demás cosas, ante cuya presencia o alejamiento subsiste incólume la naturaleza del ser, les solemos llamar, como es justo, accidentes.

¹⁹ También Epicuro se refiere en *Ep. Herod.*, 68-71, a estas cualidades esenciales, *coniuncta*, y accidentales, *eventa*, de los seres. Las primeras no se pueden separar del objeto sin aniquilarlo, las segundas no cambian la naturaleza del objeto. Entre éstas se cuenta el tiempo que sólo existe en relación con el movimiento y el reposo de los seres.

Asimismo, el tiempo no existe por sí mismo, sino que
 460 es de las mismas cosas de donde conseguimos la sensa-
 ción de lo que se ha realizado en el tiempo, de la realidad
 presente y de lo que más tarde sucederá; pues hemos de
 reconocer que nadie percibe el tiempo por sí solo separ-
 rándole del movimiento y de la plácida quietud de las co-
 sas.

En fin, cuando se dice que la hija de Tíndaro²⁰ fue rap-
 465 tada y que el pueblo troyano fue sojuzgado por las armas,
 hemos de evitar que nos fueren quizá a admitir que ta-
 les hechos tengan una existencia propia, puesto que a las
 generaciones humanas, protagonistas de esos sucesos, las
 470 extinguió irrevocablemente el decurso del tiempo. Así que
 todo cuanto ha acaecido podrá llamarse accidente o de la
 tierra, o de sus mismas regiones.

En suma, si no hubiera existido la materia de los cuer-
 pos, ni el lugar y el espacio donde cada uno se produce,
 jamás el fuego del amor, enardecido por la belleza de la
 Tindárida, que anidaba en el corazón del frigio Alejan-
 475 dro²¹, hubiera provocado los famosos combates de una
 guerra cruel, ni el caballo de madera, sin saberlo los tro-
 yanos, hubiera incendiado Pérgamo con su parto noctur-
 no de los guerreros griegos; de forma que podemos com-
 probar que los hechos del pasado, todos sin exclusión, no
 480 subsisten por sí mismos como el cuerpo, ni son como él,
 ni existen a la manera del vacío, sino que es más justo
 que se les deba llamar accidentes del cuerpo y del espa-
 cio, en el cual se producen todas las cosas.

²⁰ Se trata de Helena, hija de Tíndaro y de Leda, esposa de Menelao, que fue raptada por Paris. Lucrecio pone alerta contra el equívoco de un *esse* empleado en las expresiones del pasado y en frases como *per se esse*. Así combate lo que considera un sofisma de los estoicos: otorgar una existencia actual a los acontecimientos del rapto de Helena y de la derrota de Troya, supuestamente ya ocurridos, sean o no leyenda.

²¹ Es Paris, nacido en Frigia, región del Asia Menor, donde se hallaba Troya. Como es sabido, según la fábula, al raptar a Helena ocasionó la guerra de Troya, a la que puso término después de diez años el engaño del caballo de madera.

Los átomos son sólidos y eternos.

A su vez, son cuerpos por una parte los elementos primeros, por otra los seres que están formados de estos
 485 principios; más a los elementos primeros ninguna fuerza los puede destruir, pues ellos se imponen al final por la solidez de su cuerpo, aun cuando parezca difícil concebir que pueda encontrarse entre los seres alguno de cuerpo sólido²².

En efecto, el rayo atraviesa los muros de las casas, como
 490 también el griterío y la voz; el hierro se torna incandescente en la fragua, las piedras se quiebran por la fiera llama del calor; la dureza del oro, debilitada, se funde en el crisol, como la rigidez del bronce se derrite vencida por
 495 la llama; el calor y el frío penetrante se difunden por la plata, pues al sostener copas con la mano, según es costumbre, somos sensibles a uno y otro cuando se derrama en ellas el licor. Hasta tal punto nada nos parece sólido en la realidad.

Mas, porque así nos fuerza la adecuada comprensión de la naturaleza de las cosas, presta atención, mientras te
 500 lo expongo en pocos versos, que existen seres dotados de una materia sólida y eterna, los cuales constituyen, así lo probaremos, las semillas y los elementos primeros de los que está formado todo el conjunto visible de los seres creados.

En primer lugar, ya que hemos descubierto que la naturaleza de los dos componentes de las cosas es radicalmente diferente, la del cuerpo y la del espacio vacío en
 505 que todas las cosas se actúan, es necesario que uno y otro existan por sí mismos y sean puros. Porque dondequiera se extienda el espacio que llamamos vacío, allí no hay cuerpo y, asimismo, dondequiera subsista el cuerpo, allí no hay
 510 en modo alguno espacio vacío. Son, por lo tanto, los elementos primeros sólidos y carentes de vacío.

²² Los elementos primeros son sólidos, es decir, sin mezcla de vacío, ya que éste y la materia cual realidades opuestas deben poder existir separados. Los compuestos atómicos se destruyen por la presencia en ellos del vacío, pero no los átomos. Éstos «son esencialmente llenos, de modo que la disolución no sabe por dónde ni cómo afectarles. De ahí resulta necesariamente que los elementos de los cuerpos son sustancias que no se pueden dividir»: *Ep. Herod.*, 41.

Por otra parte, dado que existe el vacío en los seres creados, es preciso que la materia sólida se halle en torno a éste; y no podrá demostrarse con razones convincentes que cosa alguna oculte y encierre espacio hueco en el interior de su cuerpo, si no admitimos que es compacto
 515 aquello que lo contiene, lo cual no puede ser otra cosa que la agregación de átomos capaz de contener al vacío. En consecuencia, la materia, dotada de cuerpo sólido, puede ser eterna, en tanto que el resto se descompone.

520 Asimismo, si no existiera el espacio vacío desocupado, el universo sería sólido; por el contrario, si no existieran determinados cuerpos que llenaran el lugar que ocupan, cualquiera que éste sea, todo el espacio existente lo constituiría el vacío hueco. Es, por ello, evidente que cuerpo
 525 y vacío están distribuidos alternativamente, puesto que no existe espacio del todo lleno, ni del todo vacío. Así, pues, existen determinados cuerpos capaces de interrumpir al espacio vacío con el lleno. Éstos ni pueden destruirse al ser golpeados por una sacudida externa, ni tampoco
 530 ser penetrados en su interior y disgregarse, ni tambalearse al ser atacados de cualquier otro modo, lo cual ya te lo he demostrado un poco más arriba.

Pues no se concibe que cosa alguna sin el vacío pueda ser aniquilada, ni fragmentada, ni escindida en dos por el hecho de cortarla, ni coger humedad, ni tampoco frío
 535 que se infiltra, ni fuego penetrante, causas por las que todo se destruye; y así, cuanto más hueco contenga cada cosa en su interior, tanto más pronto se desmorona atacada por estos agentes. Luego, si los cuerpos primeros son sólidos y carentes de vacío, como te he demostrado, es necesario que sean eternos.

540 Además, si la materia no hubiera sido eterna, todas las cosas haría tiempo que hubieran vuelto enteramente a la nada y de la nada hubiera resurgido todo cuanto vemos. Pero, puesto que antes te enseñé que nada puede crearse de la nada, ni lo que ha sido engendrado volver a la nada,
 545 deben los elementos primeros estar constituidos de una sustancia inmortal en la que pueda disolverse todo ser en la hora postrera a fin de que la materia se baste para renovar las cosas. Los elementos primeros son, por lo tanto, sólidos y de naturaleza simple, pues de otra suerte no

hubieran podido, manteniéndose intactos por la eternidad, renovar los seres desde tiempo infinito.

Los átomos son indivisibles e inmutables

Finalmente, si la naturaleza no hubiera asignado un límite a la destrucción de los seres, los elementos primeros hubieran sido reducidos a tal extremo, por la acción devastadora de los siglos precedentes, que ningún ser formado por ellos en un determinado momento podría alcanzar el término de su vida. Porque comprobamos que un ser cualquiera puede más rápidamente destruirse que rehacerse. Por ello, cuanto en la prolongada duración de los días hubiera destruido la infinita duración de todo el tiempo transcurrido, dispersándolo y disolviéndolo, jamás podría restaurarse en el período restante²³.

Mas ahora, es evidente que existe un término fijo, asignado a la destrucción del ser, pues vemos que cada cosa destruida se rehace y, asimismo, que está delimitado para cada especie de ellas el tiempo durante el cual pueda alcanzar la plenitud de su edad.

A esto se añade que, aun siendo muy sólidos los elementos primeros de la materia, podemos, sin embargo, explicar las cosas de naturaleza blanda, el aire, el agua, la tierra, los vapores, cómo se producen y con qué fuerza se actúan, puesto que el vacío está mezclado en las cosas. Por el contrario, si los elementos primeros son blandos, no podrá explicarse cómo se producen las sólidas rocas y el hierro, pues toda la naturaleza se vería radicalmente privada del principio que es su fundamento. Así, pues, los elementos son potentes por su sólida simplicidad y cuanto más compactos se unen, tanto más todas las cosas pueden cohesionarse y mostrar fuerte resistencia.

²³ Como consecuencia de la afirmación anterior, Epicuro en el pasaje citado, n. 41, afirma que los átomos «son indivisibles e inmutables, si se quiere que no se destruya todo hasta la nada, sino que subsista algo bastante fuerte para permanecer intacto en la disolución de los compuestos». De no poner límite a la división de la materia —en contra de Empédocles, Anaxágoras, estoicos y académicos que admitían la divisibilidad hasta el infinito— la degradación de ésta impediría el desarrollo de los seres en un período determinado.

Además, si ningún límite ha sido asignado a la destrucción de los cuerpos, es preciso no obstante que subsistan desde la eternidad hasta ahora cuerpos elementales para cada cosa, que todavía no hayan sido asediados por peligro alguno; pero, ya que están dotados de una frágil naturaleza, es impensable que hayan podido permanecer durante la eternidad sacudidos por golpes innumerables a lo largo del tiempo.

Finalmente, puesto que ha quedado establecido un límite a los seres según su especie para el crecimiento y conservación de la vida, y toda vez que por las leyes de la naturaleza ha sido sancionado qué cosa puede cada uno y qué cosa no puede, y nada se modifica, antes bien todo permanece tan constante que los variopintos pájaros en las sucesivas generaciones muestran todos en su cuerpo las marcas de la especie, ciertamente deben también poseer un cuerpo de materia inmutable. Porque si los elementos primeros pudieran modificarse al ser dañados de alguna forma, no se sabría tampoco qué seres podrían nacer y qué seres no, qué normas, en suma, determinarían a cada cosa su poder y sus límites inmutablemente fijos, ni las generaciones podrían reproducir en cada especie, con tanta frecuencia, la naturaleza, los hábitos, el género de vida y las actitudes de sus progenitores.

Estructura del átomo: partes mínimas

Más aún, puesto que hay un vértice extremo en cada elemento primero, que ya no pueden percibir nuestros sentidos, es evidente que dicho vértice carece de partes y consta de la mínima substancia material, que jamás ha existido de por sí separado, ni podrá existir en el futuro, puesto que él mismo forma parte primera e indivisa de otro elemento²⁴; luego otras y otras partículas semejantes completan sucesivamente, y en apretada formación,

²⁴ El átomo constituye un complejo de partes mínimas que son los límites últimos de la divisibilidad. Estos mínimos no constan a su vez de partes, por lo que no pueden existir por sí mismos. No se les puede llamar partes componentes del átomo, porque entonces éste ya no sería simple.

la entidad del cuerpo, y, puesto que estas unidades no pueden subsistir aparte, es preciso que se mantengan cohesiones allí donde no se las pueda separar en modo alguno.

Así, pues, los elementos primeros son sólidos y de naturaleza simple, que apiñados están trabados en sus minúsculas partes, estrechamente, no compuestos por la aglomeración de éstas, sino vigorosos por su eterna simplicidad, a los cuales la naturaleza ya no permite que se les arranque o sustraiga algo, puesto que les reserva como semillas de las cosas.

Además, si no se admite un mínimo en la pequeñez, cada uno de los cuerpos más pequeños constará de infinitas partes, puesto que cada parte de la mitad tendrá siempre su mitad y nada limitará la división. Por lo tanto, ¿qué diferencia habrá entre la cosa mayor y la más pequeña? Ninguna existirá, pues, aunque el universo, en su conjunto, sea enteramente infinito, sin embargo los cuerpos más pequeños constarán por igual de infinitas partes. Y, puesto que la recta razón se revuelve contra este aserto y no permite que la mente pueda aceptarlo, es preciso que, convencido, confieses que existen cuerpos que no están compuestos ya de parte alguna y que constan de la mínima porción de materia; y, dado que tales cuerpos existen, debes confesar que cuentan también con una existencia sólida y eterna.

En fin, si la naturaleza creadora de las cosas tuviera por costumbre forzar a todos los seres a disolverse en sus partes ínfimas, no podría ya la misma naturaleza reconstruir, a partir de ellas, nuevos seres, ya que los elementos que no están compuestos de partes no pueden poseer las cualidades que debe tener una materia apta para engendrar: conexiones diversas, densidad, golpes, choques, movimientos, mediante lo cual se producen todas las cosas.

Refutación de tesis contrarias: Heráclito

Por lo cual, quienes pensaron que la materia generadora de las cosas era el fuego y que de sólo el fuego estaba constituido el universo, es evidente que se desviaron en gran medida de la verdad. De éstos, Heráclito, su ada-

640 lid, fue el primero que entabló la pugna²⁵, famoso por la oscuridad de su lenguaje, más entre los griegos superficiales que entre los griegos sensatos, investigadores de la verdad, pues los necios admiran más y prefieren las opiniones que ven encubiertas con expresiones figuradas y consideran verdadero lo que puede halagar con armonía sus oídos y que está acicalado con grata sonoridad.

645 Porque, me pregunto, ¿cómo pueden ser las cosas tan variadas, si han sido producidas del simple y puro fuego? Pues de nada aprovecharía que el fuego se condensara o enrareciera, si las partes del fuego poseyeran la misma sustancia que la totalidad del mismo en superior grado, 650 ya que el ardor sería más penetrante al estar concentradas las partes, por el contrario más débil con las partes separadas y dispersas. No tienes motivo para pensar que con tales causas puede producirse algo distinto de esto, menos aún que tan gran variedad de seres pueda originarse de la condensación o de la rarefacción del fuego.

655 Y además esto: sólo si admiten que el vacío está mezclado en las cosas, podrán los fuegos condensarse o permanecer rarefactos. Mas, puesto que las Musas advierten muchas afirmaciones contradictorias y rehúyen admitir que el puro vacío subsista en las cosas, mientras temen 660 las dificultades se apartan del camino verdadero y, asimismo, no advierten que, una vez eliminado el vacío de las cosas, todo se condensa y de todos los componentes se forma un solo cuerpo, incapaz de emitir de sí emanación alguna; como el fuego ardiente irradia luz y calor, para que deduzcas que no consta de partes compactas.

²⁵ Heráclito de Efeso (circa 540-480), filósofo naturalista de la escuela jónica, defendió el devenir perpetuo de los seres y al fuego como principio y único elemento de los seres del universo: cf. Diels-Kranz, *Die Fragmente der Vorsokratiker*, Berlín, 1954, 7.^a ed.: 22 A5 (I, 145, 12 y sigs.), A1 (I, 141, 9-17. En adelante, citaremos la obra con Diels, *Vors.*). Según Heráclito, todo se forma del fuego por condensación y rarefacción, pero si los átomos del fuego conservan su naturaleza, lo que resulta será igualmente fuego. Este, como esencia más sutil, resulta más apto para transformarse en aire, de aire en agua y de ésta en tierra y por un ritmo inverso de la tierra hasta el fuego. Así, una armonía universal, producto de la contrariedad de elementos opuestos, era el resultado de un ritmo eterno como ley de todas las transformaciones. Lucrecio combate vivamente a Heráclito porque los estoicos habían asumido de él varias ideas. Séneca cita sus *Sentencias* en *Ep.*, 12, 7 y 58, 23.

665 Pero, si tal vez piensan que los fuegos pueden de otra suerte, al entrar en combinación, apagarse y cambiar su naturaleza, por supuesto si no excluyen que se realice esto en parte alguna, sin duda todo el ardor del fuego sucumbirá enteramente en la nada y de la nada surgirán cuantos seres son creados. Porque si un cuerpo, al mudarse sale de los límites, este cambio supone inmediatamente la muerte de aquello que era antes. Por donde, es necesario que alguna parte subsista intacta de aquellos fuegos, para que no vuelvan enteramente a la nada todas las cosas y, renacido de la nada, tome vigor el conjunto de los seres.

675 Ahora bien, puesto que existen ciertos cuerpos, bien definidos, que conservan siempre la misma naturaleza, que cuando se alejan o se adhieren o cambian de orden, las cosas mudan de naturaleza y los cuerpos se transforman, está claro que estos elementos corpóreos no son de fuego. Nada importaría, pues, que algunos se separasen y alejasen, que otros se adhiriesen, que algunos cambiasen de orden, si todos, no obstante, conservasen la naturaleza ardiente; en efecto, sería fuego, en cualquier caso todo cuanto crearían.

685 Mas, según mi opinión, esto es así: existen ciertos corpúsculos cuyo choque, movimiento, orden, disposición, forma, crean los fuegos y cambiando de orden cambian la naturaleza del ser, pero ni son semejantes al fuego ni a elemento alguno capaz de irradiar en nuestros sentidos elementos corpóreos y excitar nuestro tacto con su sacudida.

690 Afirmar, además, que fuego es la totalidad del ser y que ninguna cosa real existe en el conjunto de los cuerpos a excepción del fuego, como hace el propio Heráclito, me parece el colmo de la locura. Pues, partiendo de los sentidos combate él mismo a los sentidos y debilita la fuerza de éstos en los que se apoyan todas nuestras creencias, por donde él mismo ha conocido el fuego que pregona. Cree, en efecto, que los sentidos nos brindan un verdadero conocimiento del fuego, no de las demás cosas que en nada son menos evidentes. Opinión ésta que me parece no sólo infundada, sino también demencial.

¿A qué, pues, recurriremos?, ¿qué puede haber más se-

700 guro para nosotros que los mismos sentidos para distinguir la verdad de la falsedad? Además, ¿por qué uno va a eliminar todos los demás elementos y querer aceptar sola la sustancia ígnea, antes que negar la existencia del fuego y admitir la de otra sustancia? Me parece locura por igual afirmar lo uno y lo otro.

Refutación de Empédocles

705 Por lo cual, quienes pensaron que la materia primera de las cosas era el fuego y que de fuego podía estar formado el universo, y quienes consideraron al aire²⁶ como principio en la generación de los seres o cuantos pensaron que el agua²⁷ por sí sola formaba las cosas o que la
710 tierra²⁸ lo creaba todo transformándose en las diversas naturalezas, me parece se extraviaron muy lejos de la verdad. Añade, también, a éstos los que duplican los elementos primeros uniendo el aire con el fuego y la tierra con el agua²⁹ y los que piensan que todas las cosas pueden desarrollarse de los cuatro elementos: del fuego, de la tierra, del viento y de la lluvia.

De los cuales se cuenta entre los primeros, Empédocles de Agrigento³⁰, a quien dio a luz la isla en un suelo de costa triangular, cuyo entorno, el mar Jonio, ondeando

²⁶ Teoría de Anaxímenes (circa 585-524), fisiólogo, último representante de la escuela de Mileto: cf. Diels, *Vors.*, A4 (I, 91,10), B2 (I, 95, 16).

²⁷ Así, Tales de Mileto (circa 630-546), el fundador de la escuela jónica: cf. Diels, *Vors.*, 11 a 11 (I, 76, 19), A1 (I, 68, 28), 3 (I, 73, 9), 12 (I, 77, 2).

²⁸ Era opinión popular, según Aristóteles (*Metaph.*, A8, 989), no profesada por filósofo alguno. Con todo tenía sus antecedentes en Ferécides de Siro, maestro de Pitágoras y ha sido atribuida a Jenófanes de Colofón: Diels, *Vors.*, B27 (I, 135, 14), A32 (I, 122, 27), 33 (I, 124, 14 y sigs.).

²⁹ Es incierto si la teoría debe atribuirse al matemático Enópides de Quíos (siglo V a.C.) o a Parménides de Elea (circa 530-460), el fundador de la escuela eleática.

³⁰ Aunque con antecedentes en Zenón de Elea, la teoría, de origen popular, fue preconizada por Empédocles (circa 490-435), natural de Agrigento. Según él, las cosas nacen por combinación de los cuatro elementos, animados por las fuerzas opuestas de la Discordia y el Amor: cf. Diels, *Vors.*, A1 (I, 282, 6), A21 (I, 286, 7), A24 (I, 287, 1). Lucrecio combate esta teoría de los pluralistas como Empédocles a quien, no obstante admira. Para el poeta es absurdo considerar principios del ser cuerpos no sólidos, precederos e irreconciliables.

sobre vastas ensenadas, lo rocía con la salinidad de sus
 720 verdosas olas, y, agitado por un angosto estrecho, el mar
 separa con sus ondas las riberas de la tierra Eolia³¹ de
 sus confines. Aquí se encuentra la profunda Caribdis³² y
 aquí los bramidos del Etna amenazan con acumular de
 725 nuevo la ira de sus llamas, de modo que su violencia vo-
 mite otra vez los fuegos ya lanzados por sus fauces y em-
 puje nuevamente hasta el cielo las fulgurantes llamas.

Esta región, si bien aparece grande y admirable de mu-
 chas maneras a las gentes humanas y la proclaman digna
 de ser visitada, fecunda en bienes, defendida con la gran
 fuerza de sus moradores, con todo no parece que haya aco-
 730 gido en su seno nada más insigne que este hombre, nada
 más sagrado, admirable y querido. Más aún, los cantos,
 obra de su divino ingenio, pregonan y descubren sus lu-
 minosos hallazgos de modo que apenas si parece nacido
 de estirpe mortal.

Con todo, éste y aquéllos que he nombrado antes, no-
 735 tablemente inferiores a él en muchos aspectos y de mu-
 cha menor talla, aunque descubrieron muchas verdades
 recta y divinamente y dieron respuestas más venerandas,
 como salidas del santuario del alma, y con un razonamien-
 to mucho más seguro que la Pitia que profetiza desde el
 740 trípode, coronada con el laurel de Febo, no obstante, al tra-
 tar de los principios de las cosas se derrumbaron y, gran-
 des como eran, sucumbieron violentamente con estrepito-
 sa caída; primeramente, porque establecen el movimiento
 excluyendo de las cosas el vacío y admiten las sustancias

³¹ Eolia (*Aeoliae*) y no Italia (*Italiae*): lección la primera de los mejores mss. O y Q, la segunda de los mss. itálicos. Como señalan Ernoult-Robin, *Commentaire...*, pág. 148, Munro, brillante especialista en Lucrecio, cita aquí la nota de G. Vossius que traducimos: «Pienso que así 'Eolia' fue nombrada en otro tiempo esta parte de Italia que habitó Iocastas, hijo de Eolo, el cual habitaba junto al estrecho de Sicilia.»

³² Junto con Escila, Caribdis era considerado por la mitología un monstruo fabuloso en el estrecho de Mesina, donde se producían frecuentes remolinos. Como escollo o peñasco, Escila se hallaba situada frente a la costa de Italia y Caribdis frente a la de Sicilia. Aquí *vasta Carybdis* es de inspiración homérica, *Od.*, 12, 428, pero la misma expresión se encuentra en Virgilio, *En.*, 7, 302 y Propercio, 3, 32, 54. Véase, asimismo, la amplia digresión de Séneca sobre Caribdis en *Ep.*, 79, 1.

745 blandas y porosas: el aire, el sol, el fuego³³, la tierra, los animales, las mieses, sin que por ello agreguen en su cuerpo el vacío; luego admiten que no existe límite alguno en la división de los cuerpos, que no se produce una pausa en su fraccionamiento y que tampoco subsiste un mínimo en las cosas; en tanto que vemos que en todo cuerpo
750 subsiste el vértice extremo, que a nuestros sentidos parece el mínimo posible, de modo que puedas inferir de ello que el vértice extremo que poseen los elementos, que tú no puedes ver, constituye su mínima parte.

A esto se añade también —puesto que enseñan que son blandos los principios de las cosas, que nosotros
755 vemos sujetos al nacimiento y dotados de cuerpo esencialmente mortal— que la totalidad de los seres debe luego volver a la nada y renacido de la nada cobrar vigor el conjunto de los seres; mas ya habrás apreciado cuán lejos está de la verdad una y otra opinión. Además, los elementos son de muchas formas hostiles entre sí y como
760 veneno unos para otros; por donde o bien perecerán al encontrarse, o bien se dispersarán como vemos se dispersan los rayos, la lluvia y los vientos, una vez que la tempestad se ha producido.

Finalmente, si todos los seres se crean de los cuatro elementos y todos, a su vez, se disuelven en ellos, ¿cómo pueden los elementos denominarse principios de las cosas y no más bien al contrario las cosas los principios de ellos? Porque se engendran unos de otros y cambian mutuamente el aspecto y hasta toda la naturaleza desde el comienzo del tiempo.

770 Pero, si crees acaso que el cuerpo del fuego y de la tierra y los soplos del aire y la fluidez del agua se juntan de suerte que, en la unión, ninguno de ellos cambia su naturaleza, verás que ninguna cosa podrá crearse de ellos, ningún ser viviente, ningún cuerpo inanimado, como es
775 el árbol. Porque cada elemento, en esa mezcla de masa heterogénea, mostrará su propia naturaleza y se verá el aire mezclado con la tierra y el ardor del fuego que permane-

³³ Traducimos *ignem* que es la lección de los codd. asumida por casi todas las ediciones. Bailey corrige por *imbrem* para lograr la enumeración de los cuatro elementos.

ce junto al agua. Por el contrario, es preciso que en la creación de los seres aporten los elementos primeros una naturaleza secreta e invisible a fin de que no destaque nada que obstaculice e impida que todo ser creado pueda tener su propia esencia.

Más aún, se remontan (estos filósofos) hasta el cielo y sus fuegos, y afirman que primeramente el fuego se transforma en soplos de aire, de donde se origina la lluvia y a partir de la lluvia se crea la tierra y en orden inverso todo renace de la tierra, primero el agua, luego el calor, y que tales elementos no dejan de transformarse unos en otros, pasando del cielo a la tierra y de la tierra a los astros del universo, cambio que en modo alguno deben realizar los elementos primeros.

En efecto, es necesario que subsista alguna cosa inmutable para que no se reduzcan todas enteramente a la nada. Porque cuando un cuerpo al mudarse sale de sus límites, este cambio es al punto la muerte de aquello que era antes. Por lo cual, toda vez que los elementos de los que hablamos experimentan cambio, es preciso que estén formados de otros componentes los cuales jamás puedan transformarse para evitar que todas las cosas por completo se te vuelvan a la nada. Antes bien, ¿por qué no suponer ciertos cuerpos dotados de tal naturaleza que, en el caso de que hayan creado el fuego, puedan también ellos mismos con una pequeña disminución y un pequeño aumento, cambiando la disposición y el movimiento, producir los soplos del aire, y que de esta manera todas las cosas se muden unas en otras?

«Mas, hechos evidentes muestran con claridad», según dices, «que todos los seres surgiendo de la tierra crecen y se alimentan con el soplo del aire; y a no ser que la estación, en el momento propicio, les otorgue la lluvia de forma que los arbustos se dobleguen por el diluviar de las nubes y el sol a su vez les proteja y les procure el calor, no pueden crecer las mieses, los arbustos y los animales».

Eso es evidente. Y si un alimento sólido y una bebida refrescante no nos mantuviese, una vez agotado el cuerpo, también la vida toda se disolvería en todos los nervios y huesos; ya que, sin duda, nosotros nos mantene-

mos y alimentamos de ciertas sustancias, como de ciertas sustancias lo hacen otros y otros seres. Sin duda porque muchos elementos primarios de múltiples formas comunes a muchos seres están combinados en las cosas, por esto mismo los diversos seres se nutren de sustancias diversas. Y a menudo importa mucho con qué otros principios se mantengan unidos los mismos elementos primarios, y en qué posición, y qué movimientos provocan y reciben mutuamente; en efecto, los mismos elementos que forman el cielo, el mar, las tierras, los ríos, el sol, esos mismos forman los cereales, los árboles y los seres animados, pero se mueven mezclados con otros y de diverso modo.

Es más, en mis propios versos puedes ver muchas letras, colocadas en distintos lugares, comunes a muchas palabras, siendo así que es preciso reconozcas que los versos y las palabras difieren entre sí por el significado y por el timbre del sonido. Tal es el poder de las letras con sólo cambiar el orden. Pero los elementos primarios de las cosas, de los cuales pueden crearse cada uno de los diversos seres, disponen de más posibilidades.

Refutación de Anaxágoras

830 Profundicemos también ahora en la homeomería de Anaxágoras³⁴, según la denominan los griegos, término que traducirlo en nuestra lengua no nos lo permite la indigencia del lenguaje patrio, pero, con todo, su contenido es fácil de explicar con palabras.

835 En primer lugar, al hablar de homeomería de las cosas, piensa, por ejemplo, que los huesos están formados de pequeñísimos y diminutos huesos, la carne de pequeñísimas y diminutas carnes, que la sangre se produce de mu-

³⁴ Anaxágoras de Clazomene (circa 500-428), amigo de Pericles, pero que vivió luego en Lampsaco al ser acusado de ateísmo y desterrado. Su teoría sobre las 'homeomerías' significa que todo ser está formado por semillas de la misma substancia. Según Lucrecio, se equivoca al proponer principios de los seres demasiado frágiles, puesto que son semejantes a los propios seres que forman. La materia es para Anaxágoras un polvo de substancias irreductibles y la causa del orden del mundo es un principio inteligente separado de la materia.

chas gotas de sangre que se unen unas con otras, que el
 840 oro puede resultar de pepitas de oro, la tierra espesarse de
 partículas de tierra, de fuegos el fuego, el agua de gotas
 de agua y de semejante modo concibe e imagina la forma-
 ción de los demás seres. Sin embargo, no admite que
 en las cosas exista en parte alguna el vacío ni que haya
 845 límite a la división de los cuerpos. Por lo cual me parece
 que en una y otra cuestión comete el mismo error que
 aquellos de los que antes hablé. Añade a esto que imagi-
 na elementos primarios demasiado débiles; si es que son
 elementos primarios los que están provistos de una natu-
 raleza semejante a las cosas mismas, que igualmente se
 850 fatigan y mueren y que nada les sustrae a la destrucción.

Porque, ¿cuál de ellos en un fuerte choque subsistirá
 de modo que evite la ruina entre los dientes mismos de
 la destrucción? ¿El fuego, el agua o el aire? ¿Cuál de ellos?
 ¿La sangre o los huesos? Ninguno, según pienso, ya que
 855 todas las cosas por igual serán radicalmente tan perece-
 deras como las que vemos, de modo ostensible, ante nues-
 tros ojos que perecen al ser abatidas por alguna fuerza.

Pero atestigo, conforme a las razones antes aducidas
 que las cosas ni pueden volver a la nada ni tampoco sur-
 gir de la nada.

Asimismo, puesto que el alimento acrecienta al cuerpo
 860 y lo sustenta, cabe reconocer que en nosotros las venas,
 la sangre, los huesos y los nervios deben estar compues-
 tos de elementos heterogéneos³⁵, o si admiten que to-
 dos los alimentos constan de una sustancia compuesta y
 que encierran en sí diminutas partículas de nervios y hueso-
 sos y, por supuesto, venas y gotas de sangre, resultará que
 865 todo alimento, tanto el sólido como el líquido, se consi-
 dere compuesto de elementos heterogéneos, mezcla de
 huesos, nervios, suero y sangre.

Además, si la tierra contiene todos los seres que ella
 hace crecer, es necesario que la tierra esté compuesta de
 870 los elementos heterogéneos que surgen de la tierra. Apli-
 ca la argumentación a otros casos, podrás emplear los

³⁵ Después del v. 860 se ha perdido al menos uno. La laguna, admitida por todos los críticos, fue colmada por Lambino con el hexámetro *et nervos alienigenis ex partibus esse* que traducimos en el texto.

mismos términos. Si en la madera se oculta la llama, el humo y la ceniza, la madera deberá estar constituida de elementos heterogéneos³⁶, de los elementos heterogéneos que nos brotan de la madera. Asimismo, todos aquellos cuerpos que la tierra alimenta y desarrolla, también éstos deben constar de sustancias diversas, que a su vez nacen de elementos diversos.

875 Queda aquí una pequeña posibilidad de escapatoria que Anaxágoras aprovecha al considerar que todas las cosas se ocultan mezcladas en todas las cosas, pero que sólo aparece aquel ser del que hay más elementos combinados, que
880 está más en evidencia y a primera vista. Argumentación que rechaza lejos la recta razón. Pues sería entonces preciso que también los granos del cereal, cuando son triturados con la fuerza terrible de la roca, ofreciesen señales de sangre o de algún otro elemento que se nutre en nuestro cuerpo; y cuando molemos, frotando una piedra contra otra, debería manar líquido sanguíneo.

885 Por semejante motivo sería razonable que también las hierbas y los líquidos destilasen dulces gotas de un sabor semejante al de la leche espesa que brota del pecho de la oveja lanuda, y, por supuesto, una vez desmenuzados los terrones, deberíamos ver que se ocultan entre la tierra
890 las especies de hierba y los cereales y las hojas, diseminados en diminutos fragmentos; por último, en la madera al ser cortada debería mostrarse la ceniza, el humo y los diminutos fuegos que allí se esconden.

Mas, puesto que la realidad manifiesta enseña que no se produce ninguno de estos hechos³⁷, es claro que en los
895 seres no están así mezcladas las cosas, sino que semillas comunes a muchos seres, diversamente combinadas, deben ocultarse en ellos:

«Sin embargo», dices, «a menudo acontece en las grandes montañas que las copas vecinas de los altos árboles

³⁶ Pensamos que razonablemente el v. 873 debe suprimirse como lo hacen Lambino, Giussani, Martín, Fellin-Barigazzi, frente a Bailey que lo desplaza al puesto del v. 874.

³⁷ No hace bien Lucrecio en acogerse a la experiencia de los sentidos para contradecir la explicación de Anaxágoras ya que son invisibles las partículas que se mezclan en la formación de los órganos y sustancia de los seres.

se restriegan unas con otras, cuando les impulsa a ello el
 900 potente Austro, hasta llegar a inflamarse al surgir la flor
 de la llama». Evidentemente, pero el fuego no está introducido en la madera, sino que existen numerosos átomos de fuego que cuando confluyen a causa de la frotación provocan el incendio en la selva. Porque si la llama, ya constituida, se hallase escondida en la selva, no podría estar
 905 oculto el fuego en momento alguno, sino que consumiría por todas partes la selva y abrasaría los árboles.

¿Te das cuenta, por tanto, de aquello que poco ha te he dicho: que a menudo para los propios elementos tiene grandísima importancia con qué otros y en qué combinación se hallan unidos y qué movimientos provocan y reciben a la vez y como ellos mismos, transformados un poco unos con otros, crean el fuego y la madera? De esta suerte, hasta las palabras mismas se forman de letras cambiadas un poco entre sí cuando indicamos con vocablo distinto «lígneo» e «ígneo».

915 Por último, si todos los fenómenos, que percibimos en las cosas visibles, piensas que no pueden producirse sin que concibas sus elementos constitutivos dotados de la misma naturaleza, en tal caso destruyes tú mismo los principios de las cosas: sucederá que, sacudidos por una
 920 risa trémula, ríen a carcajadas y que con lágrimas amargas humedezcan el rostro y las mejillas.

Originalidad y valor del poema lucreciano

Ahora, pues, aprende las verdades que todavía quedan y escucha una exposición más clara³⁸. No se me oculta cuán oscura es la doctrina, pero con agudo tirso una gran esperanza de gloria ha sacudido mi corazón y al propio tiempo ha infundido en mi pecho un suave amor por las
 925 Musas, por el que ahora estimulado recorro con mente vi-

³⁸ El poeta, en brillante digresión, manifiesta su entusiasmo por la obra emprendida de la que espera, con orgullo legítimo, la gloria literaria tanto por el contenido filosófico, liberador de los espíritus, como por la belleza poética con que lo expresa. Sorprende, en efecto, la habilidad del escritor en desarrollar poéticamente una materia que parecería refractaria a la expresión de la poesía. Los vv. 926-950 se repiten con leves variantes al principio del libro IV, vv. 1-25.

- gorosa las cumbres inaccesibles de las Piérides³⁹, lugares antes no hallados por mortal alguno. Me place allegarme a fuentes intactas y saciar mi sed; me place es coger flores recientes y trenzar con ellas una brillante corona para mi
- 930 cabeza de aquel lugar del cual nunca antes las Musas han adornado las sienes de otro; primeramente, porque impartí grandes enseñanzas y me esfuero en liberar el ánimo de los apretados nudos de la superstición religiosa, luego porque sobre tema tan abstruso compongo tan brillantes versos, infundiendo en todo la gracia de las Musas.
- 935 Ciertamente esto tampoco parece acontecer sin razón alguna; sino que, como los médicos, cuando intentan hacer tomar a los niños el amargo ajeno, primero untan los bordes del vaso con el dulce y dorado licor de la miel
- 940 para que la ingenua edad del muchacho, burlada sólo hasta los labios, apure entre tanto el amargo jugo del ajeno, y engañada no sufra daño, antes bien de esta manera restablecida se vigorice; así yo ahora, ya que esta doctrina parece a menudo demasiado árida a quienes no la han practicado, y el vulgo huye atemorizado lejos de ella, he querido exponerte nuestra filosofía con el armonioso canto pierio y, por así decir, untarlo con la dulce miel de la poesía por ver si de esta forma puedo cautivar tu ánimo
- 945 con mis versos mientras contemplas cuál es la figura que compone y adorna toda la naturaleza.
- 950

El universo es infinito

- Mas, puesto que he probado que los elementos muy sólidos de la materia revolotean, eternamente indestructibles, a través del tiempo, investiguemos ahora si existe o no un término para la totalidad de ellos; asimismo, examinemos si el vacío que hemos descubierto o el lugar y el espacio en que todos los seres se desarrollan está todo él absolutamente limitado, o se extiende sin medida e insondablemente profundo.
- 955

³⁹ Habla aquí de las Piérides, nombre dado a las Musas oriundas del monte Pieros en la frontera de Macedonia y Tesalia. Comoquiera que en el v. 946 se refiere al «armonioso canto pierio», algunos han pensado que el nombre de Piérides derive exactamente de Pierio, rey de Macedonia, quien introdujo en su patria el nombre de las Musas.

Así, pues, todo lo existente no está limitado en ninguna dirección, porque si no debería tener un extremo⁴⁰.

- 960 Además, se ve que no puede existir un extremo para cosa alguna, si más allá no hay algo que la limite, de modo que no se aprecie el término allende el cual ya no puede avanzar la percepción visual. Ahora, puesto que es preciso admitir que nada existe fuera del universo, nada tiene extremo y, por lo mismo, carece de límite y de medida.
- 965 Y no importa en cuál de sus regiones te sitúes; siempre, cualquiera que sea el lugar que uno ocupe, en todas las partes por igual deja al universo infinito.

- Por otra parte si admites que es limitado todo espacio,
- 970 en el caso de que uno marche corriendo muy lejos, hasta los límites extremos, y lance un dardo volador, ¿prefieres que éste, disparado con fuerza poderosa, vaya hacia el punto al que ha sido lanzado y que vuele lejano o crees que algo se lo va a impedir y obstaculizar? Porque es necesario que admitas y optes por una de estas dos soluciones; pero una y otra te corta la retirada y te obliga a reconocer que el universo se extiende sin tener límites. En efecto, ora haya un obstáculo que detenga el dardo e impida que alcance el blanco al que ha sido lanzado y se sitúe en su objetivo, ora prosiga más lejos, no ha partido
- 980 del límite. Con esta argumentación te acosaré y, en cualquier lugar que sitúes el confín extremo, te preguntaré qué es lo que entonces le acontece al dardo. Resultará que en ningún punto podrá establecerse el límite y la posibilidad de huida prolongará siempre la huida.

- 985 Además, si toda la extensión del universo se encontrase encerrada por todas partes en términos definidos y fuera limitada, ya de tiempo la masa de la materia confluiría de todas partes hacia el fondo por el sólido peso de sus componentes y nada podría realizarse bajo la bóveda celeste, ni en absoluto existiría el cielo, ni la claridad del

⁴⁰ El universo no tiene límites en sentido alguno, si los tuviera es porque existiría algo más allá de él que lo limita, pero nada puede existir fuera del universo. Epicuro dice al respecto, *Ep. Herod.*, 41: «lo que está limitado tiene una extremidad, pero la extremidad no es percibida sino con relación a alguna cosa que le es exterior; así, no teniendo extremidad, tampoco puede tener límite, mas, si no tiene límite, resulta ser infinito y no limitado».

990 sol, porque en adelante toda la materia yacería amontonada ya desde tiempo infinito, depositada en el fondo.

En cambio, es evidente que ningún reposo se ha concedido a los cuerpos elementales, porque no hay en parte alguna fondo al que puedan confluír y en él fijar su morada. Siempre todas las cosas se actúan por todas partes en un movimiento continuo y hacia abajo se acumulan rápidos desde el espacio infinito los cuerpos materiales.

Finalmente, a nuestra vista una cosa parece que limita a otra: el aire separa las colinas y al aire los montes, la tierra pone límites al mar y a su vez el mar a las tierras todas, pero, en cambio, nada hay que limite al universo desde fuera.

1000 Existe, pues, el elemento espacial y la profundidad del abismo, tales que ni los rayos luminosos en su trayectoria podrían recorrer deslizándose en el perpetuo curso del tiempo, ni lograr en absoluto que en su recorrido quede ante ellos menos camino; hasta tal punto por todas partes se abre a las cosas un ingente espacio, suprimidos los límites a su alrededor en todas las direcciones⁴¹.

Los componentes del universo, espacio y materia, son infinitos

1010 Que el universo pueda luego ponerse un límite lo impide la misma naturaleza que fuerza a que la materia sea limitada por el vacío y el vacío por la materia, a fin de conseguir, con esta alternancia, un todo infinito o bien que uno de los dos, si el otro no le pone límites, pueda con su sola naturaleza abrirse al infinito⁴².

⁴¹ Como Epicuro, piensa Lucrecio que el universo es infinito en cuanto al número de los cuerpos y en cuanto a la magnitud del vacío. Su maestro en *Ep. Herod.*, 42, afirma: «si por una parte el vacío fuera infinito, y los cuerpos existieran en número limitado, los cuerpos no podrían permanecer en parte alguna, sino que serían arrastrados y esparcidos a través del vacío infinito, sin tener nada que les procurase un punto de apoyo o que pudiese mantenerlos en su lugar mediante los choques. Y por otra parte, si el vacío fuese limitado los cuerpos en número infinito no tendrían lugar suficiente para situarse en él».

⁴² Después del v. 1013, Marullo señaló la existencia de una laguna que todos los críticos han asumido. Contendría un pensamiento como éste: «Pero si el espacio fuera limitado y la materia infinita, aquél no podría contener a ésta; y si la materia fuera limitada y el espacio infinito, aquélla vagaría en el vacío, ni el mar, ni la tierra...»: cf. Fellin-Barigazzi, págs. 58 y 125.

Ni el mar, ni la tierra, ni los espacios luminosos del
 1015 cielo, ni la estirpe de los mortales, ni los santos cuerpos
 de los dioses podrían subsistir en el exiguo espacio de una
 hora, ya que la masa de la materia, privada de su cohe-
 sión, se movería disgregada por el inmenso vacío, o más
 1020 bien, al no estar compacta, jamás formaría cosa alguna,
 puesto que, dispersada, no podría condensarse.

Pues, sin duda, los elementos primarios no han ocupa-
 do con mente sagaz cada uno su lugar en virtud de un
 plan definido, ni de hecho han pactado los movimientos
 que cada uno debía realizar, mas, puesto que muchos de
 ellos habiendo experimentado cambios de muchas formas
 1025 a través del universo, desde la eternidad se ven sacudi-
 dos, desplazados por los choques, experimentando toda
 clase de movimientos y combinaciones, llegan por fin a
 estructuras semejantes a aquellas por las cuales está cons-
 tituido este nuestro universo creado, el cual, mantenido in-
 1030 cólume durante muchas y prolongadas edades, desde que
 ha encontrado los movimientos convenientes, logra que
 los ríos con las abundantes aguas de su corriente abastez-
 can el ávido mar, que la tierra, vivificada por el calor del
 sol, renueve sus producciones, que la raza de los vivien-
 tes, regenerándose, florezca y que pervivan los errantes
 1035 fuegos del éter; lo que en modo alguno podrían hacer los
 elementos, si de la reserva infinita no se les pudiera su-
 ministrar abundancia de materia con la que suelen repara-
 rar a su tiempo las pérdidas en cada especie. Pues, como
 desprovista de alimento, la naturaleza animada se debili-
 1040 ta y deteriora el cuerpo, así todas las cosas deben disol-
 verse desde el momento en que ha dejado de reparar las
 pérdidas la materia, desviada por alguna razón de su ca-
 mino.

Ni los golpes de todas partes pueden conservar desde
 fuera todo núcleo mundial que se haya agregado. Pueden,
 en efecto, sacudir constantemente y retener una parte,
 1045 mientras acuden otras y se pueda completar el todo. Sin
 embargo, a veces, se ven forzados a rebotar y, asimismo,
 conceder a los elementos primarios espacio y tiempo para
 huir de modo que les sea posible desplazarse libres de
 toda unión. Por ello, es preciso que muchos elementos se
 1050 presenten de nuevo y, con todo, para que los mismos gol-

pes puedan producirse en abundancia, se necesita de todas partes cantidad infinita de materia.

El universo no tiene centro

En esta cuestión guárdate de creer, oh Memnio, lo que dicen algunos: que todas las cosas tienden al centro del universo⁴³ y que, por lo mismo, el cuerpo del mundo se
 1055 mantiene sin necesidad de ningún choque externo, ni partes superiores e inferiores pueden disolverse por ningún lado, por cuanto todo se apoya en el centro (si es que crees que alguna cosa pueda apoyarse en sí misma); y que los cuerpos pesados que se hallan bajo de la tierra tienden todos hacia arriba y que, puestos al revés, descansan
 1060 en la tierra como las imágenes de los objetos que ahora vemos reflejarse en el agua. Y, con semejante argumentación, pretenden que los animales anden con la cabeza hacia abajo y que no puedan caer sobre los espacios abismales del cielo más de cuanto nuestros cuerpos pueden remontar por sí solos el vuelo hacia las bóvedas celestes:
 1065 que, cuando ellos ven el sol, nosotros divisamos las estrellas de la noche y que alternativamente comparten con nosotros las estaciones y pasan las noches simultáneamente con nuestros días⁴⁴.

Pero tales (falsedades las ha persuadido) a gente estúpida un vano (error) por haber abrazado (la teoría con
 1070 una falaz raciocinio), ya que no puede haber centro (cuan-

⁴³ La teoría centrípeta es antigua. Pasó de Parménides a Platón y de éste a los peripatéticos y los estoicos. A estos últimos concretamente los critica Lucrecio. En efecto, Zenón de Citio, el fundador de la Estoa (336-264), afirmaba: «todas las partes del mundo tienden hacia el centro especialmente las que son pesadas, y este hecho es la causa, ora de la estabilidad del mundo en el vacío infinito, ora de la tierra en el mundo, porque ella se encuentra en equilibrio estable en torno al centro»: *Stob. Flor.*, I, 19, 29. También, Cic., *De nat. deor.*, 2, 45, 115.

⁴⁴ Ya Platón, *Tim.*, 62 c-d, se hace eco de la creencia en los antípodas que rechaza: «Que existan naturalmente dos regiones opuestas que dividen el universo en dos, siendo una lo bajo hacia donde cae todo lo que tiene una cierta masa corporal y la otra lo alto hacia donde nada se eleva sino por la fuerza, es un error completo creerlo.» Tanto para Platón como para Lucrecio el error radica en no concebir el mundo esférico. La descripción del poeta refleja a Cic., *Acad.*, 2, 123.

do el universo es) infinito, ni aunque existiera el centro podría en absoluto alguna cosa detenerse en él más (por ese mismo hecho) de (verse rechazada) que por cualquier otra razón, pues toda extensión y espacio que (denominamos vacío debe)⁴⁵ dejar paso igualmente por el centro, o por el no centro, a los cuepors pesados hacia donde les impulse su movimiento. Ni existe lugar alguno en el que los cuerpos, cuando han llegado a él, una vez perdida la fuerza de su peso, puedan apoyarse en el vacío; ni lo que es el vacío debe ser el soporte de ningún cuerpo, antes bien continuar cediéndole el paso, según lo exige su naturaleza. Así que las cosas, en tal hipótesis, no pueden mantenerse en cohesión, subyugadas por la fuerte atracción del centro.

Además, porque imaginan que no todos los cuerpos tienden al centro, sino sólo los compuestos de tierra y agua: el caudal del mar y las grandes oleadas que descienden de los montes y todo aquello que se encierra, por así decirlo, en un cuerpo terreno; por el contrario enseñan que los ligeros soplos del aire, así como el calor del fuego se alejan del centro y que por ello el éter vibra en derredor con las estrellas, y la llama del sol se alimenta por las azules regiones del cielo, ya que el calor, huyendo del centro, se acumula todo allí, ni tampoco los ramos más altos podrían cubrirse de fronda, si de la tierra (no afluyese) poco a poco la savia para cada uno⁴⁶ (subiendo por el tronco el calor del fuego. Además, si el aire y el fuego suben continuamente hasta no encontrar un obstáculo porque ningún obstáculo puede encontrarse en el vacío, existe el peligro de) que, a modo de llamas aladas, las murallas del mundo se disipen de improviso, deshechas en el gran vacío, y que las demás cosas les secunden de modo semejante, que las regiones tonantes del cielo se despl-

⁴⁵ Los vv. 1068-1075 mutilados al final por un accidente material y añadidos al margen en el ms. O, faltan en Q y en G. Seguimos con Bailey la integración realizada por Munro.

⁴⁶ Después del v. 1093 se han perdido ocho versos en correspondencia a los ocho mutilados, 1068-1075. No es posible determinar con certeza el contenido de la laguna, con todo es probable que el pensamiento, según varios críticos, entre ellos Fellin-Barigazzi, fuera el que traducimos nosotros entre paréntesis, al reintegrar el pasaje.

men desde lo alto, que la tierra en un instante se sustraiga bajo los pies y toda ella, en medio de los escombros revueltos de las cosas y del cielo que dejan libres los átomos elementales, desaparezca en el vacío profundo, de suerte que en un instante no subsista residuo alguno a excepción del espacio desierto y los elementos invisibles. Porque en cualquier parte que admitas que los átomos comienzan a faltar, ese lugar será para los seres el inicio de la muerte, por él se arrojará fuera todo el cúmulo de la materia.

Exhortación final a Memnio

Así comprenderás estos principios, conducido hasta el fin con escasa fatiga; ya que una verdad quedará iluminada por otra, ni la oscura noche te apartará del camino sin que llegues a penetrar en los secretos últimos de la naturaleza: así unas cosas encenderán la luz a las otras.

Elogio de la sabiduría epicúrea

Es cosa agradable, cuando los vientos agitan la superficie del inmenso mar, contemplar desde la orilla el enorme esfuerzo de otros, no porque suponga un grato placer ver a la gente angustiada, sino porque es agradable comprobar de qué males carece uno mismo. Es cosa agradable, también, observar los graves conflictos armados que
5 se fraguan en la llanura sin que uno participe en el riesgo; pero, nada hay más escantador que ocupar los apacibles templos, situados en lo alto, bien protegidos por la enseñanza de los sabios, desde donde puedes mirar hacia
10 abajo y ver a los demás errantes por doquier, buscando a la ventura el camino de la vida; que compiten en talento, que rivalizan en nobleza, que se empeñan día y noche, con noble esfuerzo, en elevarse a la opulencia suprema y conseguir el poder.

¡Oh desdichadas mentes de los hombres!, ¡oh espíritus
15 ciegos! ¡En medio de qué tinieblas y de cuán grandes peligros transcurre el tiempo de la vida tan breve como es!, ¿cómo no reconocer que la naturaleza no reclama otra cosa sino que el dolor se halle lejos del cuerpo y que el espíritu goce con agradables sensaciones, alejado de toda
20 inquietud y temor? Así, pues, vemos que muy pocas cosas son necesarias para nuestra naturaleza corpórea: todas aquellas que suprimen el dolor y que pueden procurarle, asimismo, abundantes delicias⁴⁷. Una situación, en

⁴⁷ Lucrecio en este prólogo, por el que Voltaire le acusa de insensible e inmoral, ha querido contraponer la tranquilidad de ánimo del sabio a la intranquilidad del hombre vulgar dominado por la ignorancia y en busca de los bienes falaces.

ocasiones más agradable tampoco la propia naturaleza la echa de menos por más que no tengamos en nuestra mansión candelabros de oro representando a efebos que sostienen en sus diestras antorchas encendidas para suministrar la luz a los festines nocturnos, ni la casa brille con la plata o deslumbre con el oro, ni las cítaras resuenen en los salones guarnecidos con artesones de oro, a condición de que podamos, tendidos familiarmente sobre el dulce césped, junto a la corriente del arroyo, bajo la sombra de un frondoso árbol, con poco dispendio, alimentar gozosamente el cuerpo, sobre todo cuando sonrío el buen tiempo y la estación primaveral esmalta de flores la verdeante hierba⁴⁸. Ni el ardor de la fiebre se aleja más presto del cuerpo si te revuelves en medio de lienzos recamados y de la púrpura escarlata que si has de guardar cama entre humildes sábanas.

Por lo tanto, ya que de nada aprovechan a nuestro cuerpo los tesoros, ni la nobleza de cuna, ni el poder regio, no resta sino pensar que tampoco nada aprovechan al espíritu: a no ser que tal vez cuando contemplas que tus legiones evolucionan con ardor por la llanura y promueven simulacros de guerra⁴⁹, sólidamente apoyadas por sus grandes recursos y en la fuerza de la caballería y tú las ordenes bien provistas de armas y enardecidas a la par⁵⁰, o cuando contemplas que la flota evoluciona con ardor y se despliega ampliamente, entonces la superstición reli-

La naturaleza pide poco para la felicidad: ausencia de dolor en el cuerpo, de turbación en el alma y la satisfacción de un número limitado de necesidades. Cf. Epicuro, *Ep. Men.*, 131-132.

⁴⁸ Los vv. 29-33 son reproducidos con leves cambios en lib. 5, 1392-1396. Encontramos en ellos una escena de la vida campestre en el marco del espíritu epicúreo, que los poetas de la época imperial han imitado frecuentemente.

⁴⁹ El poeta, que se dirige a Memnio, puede aludir a los preparativos militares que éste, pretor en el 58, realizaba para defender la Urbe contra César, o para trasladarse a Bitinia en calidad de propretor. Es sabido que César, al expirar el año de su consulado, antes de partir para las Galias, permaneció tres meses a las puertas de Roma a la cabeza de su ejército. Memnio, que había promovido una fiera oposición a César, organizaría ejercicios militares con simulacros de guerra, quizá en el campo de Marte, con la intención de quebrantar el prestigio de César y alertar a los romanos del peligro: cf. Giussani, *De rerum natura...*, I, pág. 159.

⁵⁰ Los vv. 42-43 está muy deteriorados. Hemos seguido las correcciones de Munro y de Bailey *ad loc.*

- 45 giosa, espantada ante semejante espectáculo, huya despa-
 vorida de tu espíritu y los temores de la muerte abandonen tu corazón, desocupado y libre de preocupaciones. Pero, si reconocemos que tal suposición es ridícula y despreciable, y que de hecho los temores de los humanos y sus pertinaces cuitas no se arredran ante el estrépito de
 50 las armas, ni ante los crueles dardos y se comportan con audacia entre reyes y poderosos, sin respetar ni el brillo del oro, ni el lúcido esplendor del vestido de púrpura, ¿por qué dudas de que todo poder radica en la sola razón, visto sobre todo que la vida entera se debate entre tinieblas?
- 55 Pues, como los niños tiemblan y se asustan de todo en medio de oscuras tinieblas, así nosotros tememos a veces en medio de la claridad, peligros que no debieran asustarnos más que aquellos que temen los niños entre tinieblas e imaginan que les van a suceder. Por lo tanto, es preciso que este terror y estas tinieblas del espíritu los
 60 disipen no los rayos del sol, ni los trazos luminosos del día, sino la contemplación reflexiva de la naturaleza⁵¹.

Argumento del libro segundo

- Ahora, pues, voy a explicarte el movimiento con que los cuerpos genitales de la materia engendran los diferentes seres y disuelven los ya engendrados; la fuerza que
 65 les impulsa a realizar esto y la movilidad que poseen para desplazarse por el vacío inmenso. Tú, no olvides prestar oídos a mis palabras⁵².

En efecto, es cierto que la materia no está íntimamente cohesionada y compacta, ya que vemos que cada cosa se desgasta, y observamos que todo perece en el decurso

⁵¹ La comparación entre nuestros temores causados por la oscuridad de la ignorancia y los de los niños en medio de las tinieblas se repite en los libs. 3, 87-90 y 6, 35-38. Mas la ciencia de la sabiduría, como la luz del sol, debe disipar las tinieblas de nuestra mente: cf. nota 10.

⁵² De hecho, además de hablar del movimiento de los átomos, de sus causas y rapidez, se nos habla de otras cualidades de los elementos primeros: de las diversas figuras que presentan, pero no de las cualidades secundarias: color, sonido, olor, calor, sensación.

- 70 del tiempo y que sustrae su vejez a nuestra vista, mientras descubrimos, no obstante, que el conjunto de los seres permanece intacto, dado que las partículas, al desprenderse de una cosa, disminuyen aquélla de la que salen y procuran incremento a aquélla a la que han llegado; fuerzan a la primera a envejecer y, por el contrario, a la segunda a prosperar, y no se detienen en ello. De este modo se renueva constantemente el conjunto de los seres y los mortales viven del mutuo intercambio. Unas especies se desarrollan, otras se agotan y, en breve tiempo, se mudan las generaciones de los vivientes y, al modo de los que compiten en la carrera, se transmiten la antorcha de la vida⁵³.

Movimiento y combinación de los átomos

- 80 Si consideras que los elementos primeros pueden quedar detenidos y en esa pausa propiciar nuevos movimientos de los cuerpos, yerras descaminado lejos de la verdad. En efecto, ya que los elementos primeros vagan por el vacío, es preciso que todos ellos sean impulsados o por
85 su propia gravedad, o por el choque fortuito con otros. Pues, como quiera que, a menudo, al moverse rápidos, chocan de frente unos con otros, sucede que rebotan al punto en sentido opuesto, y no es extraño, dado que son duros, de peso macizo y nada les obstaculiza por la espalda.

- Y, para que entiendas mejor cómo se agitan todos los
90 elementos de la materia, recuerda que en todo el universo no existe fondo alguno, ni lugar en el que puedan detenerse los elementos primeros, puesto que te he demos-

⁵³ La expresión metafórica está tomada de Platón, *Leyes*, 6, 776 b, referida allí a los que engendran y crían hijos transmitiéndoles la antorcha de la vida. Se inspira en la *lampadephoría*, una especie de competición en la que los corredores se pasaban de uno a otro la antorcha encendida. La metáfora se halla en otros escritores griegos y latinos: cf. Daremberg-Saglio-Potier, *Dict. Antiq.*, s. v. *lampadephoría*.

⁵⁴ Los átomos se mueven libre y constantemente y aunque se encuentren y agrupen, vuelven a moverse rebotando y rechazándose por choques mutuos, rebotes que son más cortos en los compuestos más densos, y más largos en los compuestos más ligeros: cf. *Ep. Herod.*, 43-44.

trado ampliamente, y ha sido probado con sólidas razones, que el espacio es sin límite, ni medida y se extiende inconmensurable en el conjunto de sus partes en todas direcciones⁵⁵.

- 95 Siendo esto así, es evidente que ningún reposo se ha concedido a los cuerpos primeros a través del vacío inmenso, antes bien impulsados por un movimiento constante y variado, unos al toparse rebotan a gran distancia, los otros son sacudidos por el golpe a corta distancia. Y
- 100 todos los que, en más apretada unión, rebotan al chocar a muy pequeña distancia, entorpecidos por su peculiar configuración intrincada, son los que constituyen las sólidas raíces de la roca, la estructura inflexible del hierro y las demás cosas de este género.
- 105 Los otros corpúsculos, poco numerosos, que vagan también por el vacío inmenso, rebotan lejos y cubren con rapidez grandes distancias; estos nos proporcionan aire fluido y la luz esplendorosa del sol. Muchos otros vagan por
- 110 el vacío inmenso, eliminados de las combinaciones de las cosas, y al no ser acogidos en parte alguna no han podido asociar sus movimientos. La representación y la imagen de este hecho, según te lo recuerdo, se presenta constantemente ante nuestros ojos. Observa con atención el fenómeno cuantas veces los rayos infiltrados difunden
- 115 la luz del sol en la parte umbrosa de las casas: verás a través del vacío muchos cuerpos diminutos que en la misma luminosidad de los rayos se combinan de múltiples formas⁵⁶ y cómo empeñados en un eterno combate, promueven, formando escuadrones, batallas y luchas sin dar tregua, agitados por continuos acoplamientos y separaciones; por donde podrás concluir en qué consiste esta agitación constante de los cuerpos primeros, en la medida
- 120 en que un pequeño fenómeno puede ofrecer la imagen

⁵⁵ Lo ha probado en el lib. 1, 951-1051. Allí mismo, el v. 964 termina con el sintagma *caret ergo fine modoque* que aquí en el v. 92 se expresa por *sine fine modoque est*.

⁵⁶ Esas numerosas y diminutas partículas hacen pensar en Aristóteles, *An.*, 1, 2, 404 a: para ciertos pitagóricos el alma, y para Leucipo y Demócrito el fuego y el alma, están constituidos por átomos o partículas muy finas a modo de raspaduras que revolotean en el aire.

- 125 de los grandes y los indicios para conocerlos. Por este motivo es más conveniente todavía que observes los corpúsculos que vemos se agitan desordenadamente en los rayos del sol, porque tales torbellinos nos descubren que en la materia existen movimientos secretos e invisibles⁵⁷.
 130 En efecto, verás que muchos cuerpos, sacudidos por choques invisibles, cambian de ruta y que al ser rechazados retroceden ora a un lado, ora a otro hacia todas direcciones en derredor. Ciertamente este vagar incierto procede en todos ellos de los átomos. De hecho los átomos se mueven los primeros por sí mismos; después aquellos cuerpos que resultan de una conjunción reducida de átomos
 135 y todavía, por así decir, próximos al vigor de los átomos, se mueven impulsados por las sacudidas invisibles de éstos y ellos mismos a su vez impulsan a otros un poco mayores. Así el movimiento se origina en los cuerpos primeros, y poco a poco se manifiesta a nuestros sentidos,
 140 hasta que se muevan también aquellas partículas que podemos contemplar ya a la luz del sol, sin que aparezca claramente a partir de qué impulsos producen el movimiento.

Velocidad de los átomos

Ahora puedes conocer, Memnio, por la siguiente exposición en pocas palabras, qué velocidad se ha otorgado a los cuerpos de la materia⁵⁸.

- 145 Tan pronto como la aurora inunda las tierras con nueva luz y los diversos pájaros, al cruzar volando por inaccesibles bosques, a través del aire translúcido, llenan los lugares con sus nítidas voces, la rapidez con que el sol, al nacer en ese momento, suele envolver todos los seres, impregnándolos de su luz, es una visión que a todos re-

⁵⁷ En el lib. I, 778-781, se ha referido ya el poeta a esa naturaleza y acción oculta de los elementos primeros en la generación de los seres, según su propia especie.

⁵⁸ Sobre este punto, cf. Epicuro, *Ep. Herod.*, 61-62, quien profundiza en el concepto de la velocidad de los átomos y de los agregados atómicos. Los átomos alcanzan todos la misma velocidad a través del vacío, no así los compuestos cuyos átomos se ven obstaculizados por numerosos choques.

150 sulta patente y manifiesta. Pero, este calor que emite el sol y esta luz diáfana no discurren a través del vacío; por eso, se van forzados a moderar la marcha mientras hien-
den, por así decir, las ondas del aire. Ni cada uno de los corpúsculos de vapor circula por separado, sino enlazados
155 dos entre sí y englobados; por este motivo a un mismo tiempo se retardan unos a otros y son obstaculizados desde el exterior, de manera que se ven forzados a moderar la marcha.

Por el contrario, los elementos primeros que gozan de una sólida simplicidad, mientras discurren en pleno vacío y nada les detiene desde el exterior y que, constituyendo con sus partes un todo, son empujados con gran
160 ímpetu en aquella única dirección hacia la cual han empezado a moverse, deben sin duda distinguirse por su movilidad y desplazarse mucho más deprisa que la luz del sol y recorrer una distancia mucho mayor en el mismo tiempo en que los rayos del sol se difunden por el cielo⁵⁹.

165 ...ni examinar por separado cada uno de los átomos para así comprender de qué manera se produce cada cosa.

Negación de la idea de la Providencia

Mas, contrariamente a esto, algunos⁶⁰ desconocedores de los atributos de la materia opinan que la naturaleza

⁵⁹ Aquí es evidente la laguna, toda vez que el v. 165 no conecta con el pensamiento precedente. Frente a Marullo que pensaba en la falta de un solo verso, los críticos, generalmente, creen que la laguna era mucho mayor; alguno llega a suponer la pérdida de un folio entero. Determinar el contenido es difícil, si bien Giussani, *op. cit.*, págs. 178-179, piensa que Lucrecio aducía nuevas pruebas del movimiento atómico en relación con el *primum* del v. 144, explicando cómo los átomos, con el movimiento, forman y disgregan los cuerpos, concluyendo en los dos vv. restantes, 165-166, que los hombres pueden entender las leyes generales del movimiento atómico, pero no seguir el movimiento de cada átomo por separado.

⁶⁰ Esos filósofos que rechazan la creación del mundo por medio de la agregación casual de los átomos y, por el contrario, creen en la intervención de los dioses en la obra de la naturaleza, disponiéndolo todo en beneficio del hombre son, sin duda, los estoicos, a los que alude de forma despectiva el poeta, cuya teología es antropocéntrica: el mundo ha sido creado para los hombres y es la ciudad común de hombres y dioses: cf. Cic., *De fin.*, 3, 19, 64. Los pasajes que podrían aducirse de Séneca son numerosos: cf. I. Roca, *Epístolas Morales a Lucilio*, Madrid, 1986, págs. 65-70.

sin la voluntad de los dioses, tan en consonancia con las
 170 exigencias humanas, no puede cambiar las estaciones del
 año, producir las mieses así como los demás bienes a los
 que el divino Placer, norma rectora de la vida, invita a
 los mortales y Él mismo les lleva a disfrutar, incitándoles
 con las caricias de Venus a propagar las especies a fin de
 que no sucumba el linaje humano. Cuando imaginan,
 175 pues, que los dioses han ordenado todas las cosas en be-
 neficio de los hombres, es evidente que en toda la cues-
 tión se han desviado muy lejos de la verdad. En efecto,
 aunque ignorase en qué consisten los elementos prime-
 ros de la materia, no obstante, por la propia observación
 del cielo y por otros hechos, me atrevería a sostener y de-
 180 mostrarte que en modo alguno la naturaleza del mundo
 ha sido creada por voluntad de los dioses: ¡hasta tal pun-
 to está llena de defectos que más adelante, Memnio, te
 haré ostensibles!⁶¹ Ahora voy a exponerte lo que resta
 acerca de los movimientos atómicos.

*Los átomos se mueven hacia abajo
 por la gravedad*

Es, en efecto, el momento, según creo, de demostrarte
 185 sobre esta cuestión también esto: que ningún ser corpo-
 ral puede por su propio impulso levantarse y dirigirse ha-
 cia lo alto —y que los átomos de la llama no te induzcan
 a error—. En efecto, hacia lo alto tienden por naturaleza
 y adquieren vigor, como hacia lo alto crecen las doradas
 190 mieses y los árboles; en cambio, los cuerpos pesados, en
 cuanto de ellos pende, se ven todos impelidos hacia abajo.
 Tampoco, cuando los fuegos se lanzan sobre los techos de
 las casas y con llama veloz lamen las tablas y las vigas,
 hemos de creer que esto lo hacen espontáneamente sin
 ayuda de una fuerza que les impele a remontarse. Como
 sucede cuando la sangre expelida de nuestro cuerpo se
 195 eleva a la altura de un salto y derrama su líquido rojo. ¿Aca-
 so no observas con cuánta fuerza escupe el agua las ta-

⁶¹ Estos versos los repite en 5, 195-199. Allí mismo, Lucrecio, vv. 195-234, trata de refutar la idea de la providencia.

blas y las vigas? Porque cuanto más presionamos desde lo alto en vertical y somos muchos los que penosamente tratamos de hundirlas con gran esfuerzo, tanto más impetuosamente las vomita y expele, de forma que en más de su mitad emergen saliendo a la superficie. Y, sin embargo, no dudamos, creo yo, que estos cuerpos, en cuanto depende de su ser, se ven todos arrastrados hacia abajo en pleno vacío⁶². Así, por consiguiente, las llamas, presionadas desde fuera, deben poder subir también hacia arriba, al espacio aéreo, aunque su peso, por su misma naturaleza, pugne por impulsarlas hacia abajo. ¿No ves, acaso, cómo los luminares nocturnos, volando por las alturas del cielo, dejan tras de sí estelas de llamas en cualquier dirección que la naturaleza haya impulsado su curso?, ¿no percibes cómo se caen en tierra estrellas y astros? También el sol desde la cúspide del cielo esparce su calor por doquier y disemina su luz por los campos; así, pues, también a las tierras alcanza el calor del sol. Ves cómo los rayos se deslizan oblicuamente por la lluvia; los relámpagos, rasgando las nubes, corren por el cielo de un lado para otro; la fuerza de la llama se abate en la tierra en cualquier parte.

Desviación de los átomos

En esta cuestión deseo vivamente entiendas también esto: los átomos, cuando en línea recta a través del vacío son empujados hacia abajo por su propio peso, en un momento del todo indeterminado y en un lugar incierto, se desvían un poco de la trayectoria, lo suficiente para poder afirmar que el movimiento ha variado. Porque si no acostumbrasen a desviarse, todos ellos, como gotas de lluvia, caerían hacia abajo a través del vacío profundo y no surgiría entre ellos ningún tropiezo, ni se produciría nin-

⁶² A impulsos de la gravedad los cuerpos se mueven hacia abajo. La excepción aparente del fuego y de otras sustancias se debe a la presión interna que ejercen los cuerpos de los que brotan. Ahora bien, si la velocidad de la caída en el espacio vacío es la misma para todos los átomos, ya que el vacío no ofrece resistencia (cf. *Ep. Herod.*, 61), al lanzarse hacia abajo en línea paralela nunca chocarían entre sí para generar los seres. De ahí la teoría del *clinamen*.

gún choque; de esta suerte jamás la naturaleza hubiera creado nada⁶³.

- 225 Pero, si acaso alguien cree que los átomos más pesados, por cuanto son impelidos más rápidamente en vertical a través del vacío, caen desde arriba sobre los más ligeros y que de esta manera producen choques capaces de provocar movimientos creadores, anda desviado lejos de la
 230 verdadera explicación. Porque todos los objetos que caen a través del agua y del aire poco denso es preciso que aceleren su caída en proporción a su peso ya que la substancia del agua y la naturaleza tenue del aire no pueden detener por igual cualquier objeto, sino que ceden más a pri-
 235 sa superadas por los átomos más pesados.

- Por el contrario, el vacío absoluto no puede en ninguna parte, ni en ningún momento sustentar cosa alguna, sin apresurarse a ceder según lo exige su naturaleza. Por lo cual, todas las cosas deben ser impulsadas a través del vacío inmóvil con la misma rapidez, a pesar de la diferencia de
 240 su peso. Por lo tanto, no podrán los átomos más pesados abatirse nunca desde lo alto sobre los más ligeros, ni producir de suyo choques que varíen los movimientos gracias a los cuales la naturaleza realiza su actividad. Así, pues, una vez más es necesario que los átomos se desvíen un poco de su trayectoria, pero no más del mínimo neces-
 245 sario a fin de que no demos la impresión de imaginar movimientos oblicuos, error que la verdad desmentiría. En efecto, vemos que resulta patente y manifiesto que los átomos, en cuanto depende de su ser, no pueden moverse oblicuamente, cuando se precipitan desde lo alto, según es posible discernirlo. Pero que no se desvíen en ab-
 250 soluto de la línea recta en su descenso, ¿quién hay que pueda percibirlo?

⁶³ Con el *clinamen* o desviación de los átomos de la vertical es posible el encuentro de éstos, su choque y combinación. Tal desviación introduce en medio de las inflexibles leyes mecánicas un elemento de contingencia, suministrando un sólido apoyo a la autonomía de nuestra voluntad y, por ende, de la libertad humana. El principio del *clinamen* supone una gran novedad del epicureísmo frente a los atomistas radicales. Cicerón refuta el *clinamen* en *De fin.*, 1, 6, 18-20 y en *De nat. deor.*, 1, 25, 69; 26, 73. Epicuro sólo indirectamente alude al tema cuando protesta contra la necesidad despótica con que nos encadena el destino, peor todavía que la creencia en los dioses: cf. *Ep. Menec.*, 133-134.

Finalmente, si todo movimiento está siempre encadenado con otro y siempre de un movimiento antiguo surge uno nuevo, según un orden establecido, ni los átomos al desviarse producen un principio de movimiento espontáneo que rompa las leyes del destino a fin de que una
 255 causa no se enlace con otra en sucesión infinita, ¿de dónde les viene a los vivientes esta voluntad libre aquí en la tierra?, ¿de dónde procede, digo yo, esta voluntad arrancada a los hados por la que cada cual nos dirigimos a donde nos conduce el placer y, asimismo, desviamos nuestros
 260 movimientos, pero no en un instante determinado ni en un punto fijo del espacio, sino donde nos lo indica nuestro espíritu? Pues, sin duda, para estos actos la propia voluntad da a cada cual el principio de la moción, y por ella los movimientos se propagan por los miembros⁶⁴.

¿Acaso no ves cómo aun abiertas en un instante las barreras, con todo no puede el vigor impaciente del caballo
 265 lanzarse tan velozmente como lo anhela el impulso de su ánimo? En efecto, toda la masa de la materia debe ponerse en movimiento por todo el cuerpo para que una vez excitada en todos los miembros secunde con esfuerzo el impulso de la mente; por ahí puedes ver que el principio del movimiento se produce en el corazón, pero éste
 270 procede primeramente de la voluntad del espíritu, de aquí se transmite, a su vez, por todo el cuerpo y sus miembros. Y no sucede otro tanto cuando nos movemos hacia adelante empujados por un golpe, por la fuerza poderosa de otro y por una gran presión. Porque entonces es evidente
 275 que toda la masa del cuerpo entero se va hacia adelante arrastrada, a pesar nuestro, hasta tanto que la voluntad la ha dominado en todos los miembros. Así, pues, ¿no ves ya que, aun admitiendo que una fuerza externa impele a muchos hombres y les obliga con frecuencia a echarse adelante arrastrándoles precipitadamente, sin
 280 embargo existe algo en nuestro pecho que puede comba-

⁶⁴ Es claro que el *clinamen* al destruir el rigor de las leyes físicas confiere a todo ser vivo, no sólo a los hombres, la posibilidad de cambiar la dirección del movimiento en sentido físico, pero para los hombres supone también, en sentido moral, la voluntad de decisión. Así, Epicuro pide a la teoría atómica adaptarse a las exigencias morales y satisfacerlas, colocando en los átomos la libertad.

tir y oponerse? También por decisión de la voluntad la masa de la materia se ve obligada algunas veces a doblarse en sus miembros y articulaciones, e impulsada hacia adelante se ve refrenada y permanece de nuevo quieta.

- Por lo cual, necesario es reconocer esto mismo en los
 285 átomos: que existe otra causa del movimiento distinta de los golpes y de la gravedad, de donde se origina en nosotros esta facultad innata, ya que vemos que nada puede producirse de la nada. En efecto, la gravedad impide que todo se haga mediante golpes como por una fuerza externa. Pero que la mente misma no experimente una
 290 necesidad interior en la realización de todas sus obras y, sometida, se vea como obligada a sufrir y padecer, eso mismo lo consigue la pequeña desviación de los átomos en un punto impreciso del espacio y en un momento indeterminado.

Materia y movimiento atómicos son inmutables

- Ni la masa de la materia fue jamás más compacta, ni
 295 esparcida a mayores distancias. Porque nada llega a incrementarla ni se pierde nada de ella. Por lo cual, el movimiento que ahora tienen los cuerpos de los átomos es el mismo que han tenido en el tiempo pasado, y en lo sucesivo se verán siempre impulsados de un modo similar
 300 y los seres que suelen producirse se producirán en las mismas condiciones, vivirán, crecerán y serán fuertemente vigorosos en la medida otorgada a cada uno por las leyes de la naturaleza⁶⁵. Ni fuerza alguna puede modificar el conjunto de los seres; en efecto, no existe lugar alguno en el exterior a donde pudiera escapar del universo cual-
 305 quier clase de materia ni del que surgiendo una nueva fuerza pudiese invadir el universo, modificar la naturaleza de los seres y perturbar sus movimientos.

⁶⁵ La condición de los seres creados en el universo será siempre la misma y el equilibrio numérico entre ellos se mantendrá constante. Así lo garantizan las leyes de la naturaleza en armonía con el principio de la desviación atómica. Cf. Epicuro, *Ep. Herod.*, 39 y nota 12.

Quietud aparente del universo: sus causas

En esta cuestión no debe sorprendernos que, mientras
 310 todos los átomos están en movimiento, parezca con todo
 que la suma de los seres está en suprema quietud, excep-
 to cuando alguna cosa imprime el movimiento con su pro-
 pio cuerpo. Porque toda la naturaleza de los cuerpos pri-
 meros subyace lejos de la percepción sensitiva; por lo cual,
 puesto que ya no podemos percibir los mismos cuerpos,
 es preciso también que sus movimientos se nos oculten,
 315 sobre todo porque las cosas que podemos contemplar, al
 estar separadas por la distancia del lugar, ocultan frecuen-
 temente sus movimientos. En efecto, a menudo las ove-
 jas lanígeras, cuando devoran fértiles pastos en la colina
 se arrastran lentamente cada una a donde con su reclamo
 les atraen las hierbas perladas por el reciente rocío, y los
 320 corderos saciados juegan y retozan suavemente⁶⁶; todo lo
 cual nos parece desde lejos confuso y como una blancura
 estática en la verde colina. Asimismo cuando nutridas le-
 giones llenan en su marcha la explanada de los campos,
 325 promoviendo simulacros de guerra, allí el fulgor se eleva
 hasta el cielo y toda la tierra reluce en derredor por el
 bronce, en el suelo el vigor de los soldados provoca a su
 paso un retumbo y, sacudidos los montes por el clamor,
 devuelven las voces a los astros del firmamento, los ji-
 330 netes dan vueltas en círculo y de repente atraviesan la lla-
 nura, sacudiéndola con vigoroso ímpetu. Con todo, hay un
 lugar en la alta montaña desde donde parecen estar quie-
 tos: un fulgor estático en la planicie⁶⁷.

Variedad de las formas atómicas

Ahora, pues, observa a continuación cuáles son los
 principios de todas las cosas y cuán sumamente diferen-

⁶⁶ El v. 320 recuerda en síntesis al lib. 1, 259-261: aquí indica que no sólo la actividad de los átomos se desarrolla muy por debajo de nuestra facultad preceptiva, sino que también el movimiento de objetos sensibles, pero lejano, escapa a nuestros sentidos.

⁶⁷ Recuerda el ejemplo ya empleado en este mismo libro, vv. 40-43 que aquí desarrolla ampliamente *more virgiliano*. Su inspiración en Hom., *Il.*, 4, 427-432 es evidente.

335 tes en sus formas, cuán variados en sus múltiples figuras⁶⁸; no porque no existan muchos de forma similar, sino porque no todos son indistintamente iguales unos a otros⁶⁹. Y no es sorprendente, pues siendo tan grande su número que no tienen como he expuesto ni fin, ni suma
 340 total, es evidente que no deben ser todos de la misma textura, ni dotados de la misma figura. Asimismo, el género humano, la muda grey de los peces escamosos, los grasientos rebaños, las fieras y la variedad de pájaros: los que se agolpan en torno a las riberas, en lugares agradables por las aguas, cerca de las fuentes y los lagos, y los
 345 que se esparcen por los bosques insólitos cruzándolos con su vuelo; si tomas seguidamente uno cualquiera de cada especie, descubrirás que difieren entre sí por su figura. Y no de otra manera la prole podría reconocer a la madre,
 350 ni la madre a su prole; pero vemos que pueden lograr no menos que los hombres reconocerse entre sí. Pues, a menudo ante los magníficos templos de los dioses un ternero cae sacrificado exhalando de su pecho un cálido raudal de sangre. Pero, la madre privada de su prole, recorriendo los verdes pastos, reconoce⁷⁰ las huellas impresas por las pezuñas ahorquilladas del ternero, escudriñando con la vista todos los rincones, por si puede en algún lugar descubrir a su perdido retoño, apostándose llena de mugidos el frondoso bosque y vuelve repetidas veces al
 360 establo, aquejada por la nostalgia de su novillo; ni los tiernos sauces, ni las hierbas florecientes por el rocío, ni esos ríos que se deslizan hasta los bordes de la orilla pueden recrear su ánimo, ni alejar de ella la inquietud que le asalta; ni la vista de otros terneros, por entre los ricos pastos,

⁶⁸ Aparece claro en este pasaje que los átomos presentan una variedad indefinida de formas: lo prueba la variedad de los seres en cada especie. Tal variedad de átomos produce las diversas propiedades de los cuerpos, transitorias o permanentes, más o menos gratas a los sentidos. Las varias formas de los átomos influyen también en la trama y densidad de los agregados atómicos.

⁶⁹ Defiende Lucrecio (vv. 338-380) la imposibilidad de encontrar en la naturaleza dos objetos que no puedan distinguirse. En contra de epicúreos y estoicos argumentaba la escuela académico-estoica. El ejemplo de la ternera (vv. 352-366) que busca con ansia a su hijo, sin que la vista de otros pueda aliviar su angustia, es una prueba fehaciente, descrita con suma delicadeza.

⁷⁰ En el v. 356, donde la lectura de los codd. está corrompida, aceptamos la corrección de Lachmann, *noscit*, frente a la de Bailey que lee *quaerit*.

- 365 puede distraer su mente y aliviar su angustia: hasta tal punto echa de menos algo exclusivo suyo y conocido. Asimismo, los tiernos cabritillos con voces temblorosas reconocen a sus madres de largos cuernos y los corderos retonzones el balido de las ovejas; tal como lo reclama la naturaleza, cada cual se acoge a los pechos que le brindan la leche. Finalmente, comprobarás que los granos de cualquier cereal no son en su propia especie tan semejantes entre sí que no medie alguna diferencia en sus formas. Con la misma variedad vemos que la especie de las conchas pinta el regazo de la tierra allí donde el mar con suave oleaje allana la sedienta arena del curvo litoral. Por ello, es necesario que de modo semejante los átomos, puesto que son obra de la naturaleza y no hechura de una mano conforme a un modelo determinado y único, vuelen de acá para allá con una figura diferente unos de otros.

- Nos es muy fácil a nosotros explicar con argumentos de razón por qué el fuego del rayo es mucho más penetrante que el nuestro que brota de las teas de la tierra⁷¹.
- 385 Podrías en efecto, afirmar que el fuego celeste del rayo es más sutil⁷² y está formado de elementos más pequeños y, por lo mismo, atraviesa orificios que este nuestro fuego, nacido de la madera y producido por la tea, no puede atravesar. Además, la luz atraviesa el cornejo⁷³, pero la lluvia rebota sobre él. ¿Por qué motivo sino porque los
- 390 átomos de la luz son más pequeños que los que componen el líquido vivificante de las aguas? ¡Cuán de prisa vemos que el vino cuele a través del filtro!; por el contrario el pasado aceite se escurre lentamente, sin ninguna duda, o porque está compuesto de elementos más gruesos, o porque están más curvados y enlazados entre sí, y, por ello,
- 395 sucede que los átomos no puedan separarse tan de repen-

⁷¹ Lucrecio infiere (vv. 381-443) la diversidad de las figuras atómicas de la diferente impresión que los agregados de átomos producen en nuestros sentidos, de modo análogo a como Demócrito había establecido la relación entre las diferentes sensaciones y figuras. Pero como la forma de los átomos afecta a las propiedades y cualidades de cada compuesto lo prueba: 1) por la manera de comportarse las diversas sustancias (vv. 381-397); 2) por los efectos que producen en nuestros sentidos (vv. 398-443); 3) por su diversa consistencia (vv. 444-477).

⁷² Sobre la sutileza del rayo diserta Lucrecio en 6, 225-235.

⁷³ Se refiere a linternas, con las paredes de cornejo, que empleaban los antiguos.

te entre sí y penetrar uno por uno en cada uno de los orificios.

A esto se añade que los líquidos de la miel y de la leche se saboreen en la boca con una agradable sensación
 400 de la lengua; por el contrario, que la sustancia abominable del ajeno y de la centaurea silvestre provoquen muecas en la boca por su fétido sabor; por ello, reconocerás fácilmente que están formadas de átomos lisos y redondos las sustancias que pueden excitar agradablemente los sentidos, y, por el contrario, que todas las que nos dan la
 405 impresión de amargas y ásperas, están entretejidas de átomos más curvados y por este motivo suelen desgarrar las vías de nuestros órganos sensoriales y a su entrada violentar el cuerpo.

En suma, todas las cosas buenas para los sentidos y malas para el tacto pugnan entre sí al estar compuestas por
 410 átomos de estructura diferente; no vayas acaso a pensar que el áspero chirrido de la sierra estridente está formado de elementos tan lisos como los melodiosos acordes que los músicos provocan modulándolos sobre las cuerdas con sus ágiles dedos; ni vayas a creer que se introducen de la misma forma en las narices de los hombres los
 415 átomos cuando se queman fétidos cadáveres que cuando la escena se halla recientemente impregnada con el perfume de azafrán de Cilicia⁷⁴ y el altar próximo exhala aromas panqueos⁷⁵; ni consideres que los buenos colores aptos para recrear nuestra vista están constituidos por semillas similares a las de aquellos que hieren nuestra pupila y la fuerzan a llorar, o que parecen siniestros y repulsivos por su horrible aspecto. En efecto, toda figura que acaricia nuestros sentidos no ha sido creada sin un
 420 cierto pulimento de sus átomos; a la inversa, toda figura que resulta molesta y áspera no ha sido modelada sin una
 425 cierta rugosidad de la materia. Existen también átomos

⁷⁴ La costumbre de impregnar la escena con perfume de azafrán está atestiguada por otros poetas posteriores: Hor., *Ep.*, 2, 1, 79; Ov., *Ars am.*, 1, 104.

⁷⁵ El adjetivo *panchaeos* aparece por primera vez y adquirió gran uso en la lengua poética junto al sustantivo *Pancha*, nombre de una isla fabulosa al oriente de Arabia, que se suponía rica en incienso, mirra y metales preciosos.

que con razón no se pueden tener ya por lisos ni por enteramente curvados con las puntas retorcidas, sino más bien con angulitos un poco salientes como más capaces
 430 de excitar los sentidos que de dañarlos; en esta clase se encuentra ya el tártaro y el sabor de la émula. En suma, que también el cálido fuego y la gélida escarcha hieren los sentidos del cuerpo, provistos de dientes de diversas formas, nos lo indica el tacto de uno y otra. Porque el tacto,
 435 el tacto es ¡por la santa majestad de los dioses! el sentido de todo el cuerpo, ora cuando un objeto exterior se introduce en él, ora cuando un efecto que se ha producido en el cuerpo le lastima o le complace a resultas del acto generador de Venus, o cuando los átomos a causa de un choque se revuelven en el propio cuerpo y excitándose mutuamente ofuscan el sentido; como sucede cuando
 440 tú mismo te golpeas una parte cualquiera del cuerpo y tienes experiencia de ello. Por lo cual, es preciso que las formas de los cuerpos primeros sean diferentes para poder provocar diversas sensaciones.

Finalmente, los objetos que se nos muestran endurecidos y macizos es necesario que estén compuestos de átomos más enganchados unos con otros y hondamente compaginados como de elementos ramosos. En esta clase ante todo ocupan el primer puesto las piedras de diamante acostumbradas a desafiar los golpes, el resistente peder-
 445 nal, la fuerza del duro hierro y el bronce que resuena cuando se opone a las cerraduras. Deben, en cambio, estar constituidas de átomos lisos y redondos las cosas líquidas cuya sustancia es fluida; en efecto, un sorbo de pepitas de adormidera es tan fácil de absorber como el agua, pues cada uno de sus elementos de forma esférica no es rete-
 450 nido por los otros y una vez golpeado resbala fácilmente hacia abajo.

Todas las cosas, en fin, que en un instante preciso vemos que se disipan, como el humo, las nubes, la llama, aunque no estén compuestas en su totalidad de átomos lisos y redondos, al menos no deben estar obstaculizadas por elementos mutuamente intrincados de manera que
 460 puedan punzar nuestro cuerpo y penetrar en las rocas sin adherirse entre sí; de suerte que puedas fácilmente conocer que todo el dolor que vemos mitigado por los senti-

dos⁷⁶ no está compuesto de elementos intrincados sino puntiagudos. Mas, en modo alguno debes sorprenderte de que aquellas mismas cosas que son amargas sean fluidas,
 465 como lo es el agua del mar. Porque en cuanto fluida está compuesta de átomos lisos y redondos, y los numerosos cuerpos ásperos que en ella se mezclan son la causa del dolor; y, sin embargo, no es necesario que estos últimos se mantengan enganchados entre sí; por supuesto, son
 470 también esféricos, aun siendo ásperos, a fin de que puedan a un tiempo ir rodando y herir nuestra sensibilidad. Y para que te persuadas aún más de que los elementos ásperos están combinados con los lisos, de los cuales se constituye el cuerpo amargo de Neptuno⁷⁷, existe la forma de separarlos y de comprobar cómo por separado el
 475 agua dulce fluye hacia el pozo, mitigada de la aspereza, cuando el líquido se filtra varias veces a través de la tierra; deja, en efecto sobre su suelo los átomos de su amarga fetidez, toda vez que los elementos ásperos pueden adherirse mejor a la tierra.

El número de las formas atómicas es infinito

Y puesto que te he enseñado esta doctrina, me apresuraré a enlazar con la misma una verdad que, en dependencia de ella, toma su certeza: los principios de los seres
 480 no varían sino en un número limitado de formas⁷⁸. Si esto no fuera así, sería a su vez necesario que algunos átomos tuvieran un cuerpo de extensión infinita. En efecto dentro de la propia pequeñez de cualquier cuerpo, sus for-

⁷⁶ Lectura dudosa la de *sensibu' sedatum* (v. 462) y quizá corrupta, pero hasta la fecha no corregida satisfactoriamente y defendida por Munro.

⁷⁷ Expresión metafórica para expresar el agua del mar. Sin embargo, con relación a tales metonimias, Lucrecio poco después, vv. 655-660, expresa cierta reserva.

⁷⁸ Si las formas son limitadas en número, lo son en un número inconcebible por nuestro espíritu (*Ep. Herod.*, 42). La demostración procede *ad absurdum*: si las formas fuesen infinitas ciertas especies de átomos lejos de ser invisibles tendrían una grandeza infinita porque estarían compuestas de un número infinito de partes mínimas. Además no existirían límites a la variedad de las cosas creadas: cf. *Ep. Herod.*, 55-59.

- 485 mas no pueden diversificarse mucho entre sí: suponte,
 pues, que los cuerpos primeros consten de tres partes mí-
 nimas o incrementales con unas pocas más; ciertamente,
 cuando hayas combinado de todas las maneras todas esas
 490 partes, colocándolas de arriba abajo, cambiándolas de de-
 recha a izquierda para ver el aspecto formal que al con-
 junto del cuerpo da cada ordenación distinta, si en ade-
 lante quieres, tal vez, variar la figura, tendrás que añadir
 otras partes; de ahí se deducirá de modo semejante que
 la ordenación exija otras partes, si, acaso, quieres también
 495 variar la figura: por lo tanto, un aumento corporal debe-
 rá acompañar a las nuevas formas. Así, pues, no hay mo-
 tivo para que creas que los átomos son diferentes por sus
 infinitas formas, a no ser que fuerces a alguno a tener una
 grandeza descomunal lo que ya he mostrado antes⁷⁹ que
 no puede probarse.
- 500 Y además las telas barbáricas⁸⁰, la deslumbrante púr-
 pura melíbea⁸¹, teñida del color de las conchas tesalias,
 la áurea raza del pavo real, impregnada de gracia festiva,
 yacerían por tierra superadas por el nuevo colorido de
 las cosas, y sería menospreciado el perfume de la mirra
 505 y el sabor de la miel, y las melodías del cisne y los cantos
 de Febo, modulados sobre las cuerdas, callarían sofocados
 de modo similar. Porque siempre surgiría otra cosa me-
 jor que las anteriores. Asimismo, todo, a la inversa, po-
 510 dría ir a peor, como antes dijimos, a mejor ya que, al re-
 vés, habría siempre una cosa más repugnante que las otras
 para la nariz, para el oído, para los ojos y para el pala-
 dar. Y puesto que no es así, sino que en uno y otro ex-
 tremo un límite cierto asignado a las cosas abarca la to-

⁷⁹ Parece aludir a 1, 599 y sigs., particularmente a los vv. 615-634. Críticos, como Giussani y Brieger, peinsan que se hace la referencia a un capítulo sobre el límite de la dimensión del átomo, que Lucrecio quería colocar delante del v. 478, pero que no escribió.

⁸⁰ De los bárbaros, de Frigia o de Oriente en general. Los frigios eran bárbaros respecto de Ennio, pero no de Príamo. El adjetivo *barbaricus* ya usado por Ennio, *Androm.*, 101-108 (ed. Warmington), aparece luego en Virgilio, *En.*, 2, 504.

⁸¹ De Melíbea, ciudad de Tesalia en el monte Ossa. Las púrpuras tesalias eran celebradas y los tesalios considerados expertos fabricantes. Son abundantes en este pasaje las alusiones a la cultura griega, que culminan en el v. 505, todo él compuesto de nombres griegos.

talidad de ellas, es preciso reconocer que también la ma-
 515 teria es diferente en un número limitado de formas. En
 fin, desde el fuego hasta las gélidas escarchas del invier-
 no la distancia está limitada y, a la inversa, está señalada
 la medida de igual manera. En efecto, todo calor, frío y
 temperatura moderada se sitúan entre estos dos extre-
 mos llevando a término en su sucesión la suma total. Así,
 520 pues, los seres creados no difieren sino en número limi-
 tado, puesto que quedan enmarcados por un doble trazo
 a una y otra parte, amenazados de un lado por las llamas
 y de otro por la rigurosa helada.

Los átomos en cada forma son infinitos

Y, puesto que te he enseñado esta doctrina, me apre-
 suraré a enlazar con la misma una verdad que, en cone-
 xión con ella, toma su certeza: los principios de las cosas,
 525 modelados con figuras semejantes entre sí, son infinitos.
 Porque existiendo una diversidad limitada de formas, es
 necesario que aquellas que son semejantes entre sí sean
 infinitas o que la suma de la materia sea finita, lo que he
 probado que no es así, mostrando en mis versos que los
 530 corpúsculos de la materia, moviéndose desde el infinito,
 conservan siempre la suma total de los seres, manteniend-
 do por todos lados los choques sin interrupción⁸².

En efecto, si compruebas que ciertos animales son más
 escasos y percibes que la naturaleza es menos fecunda res-
 pecto de ellos, no obstante en otra región, en lugar dis-
 535 tinto, en tierras remotas pueden existir numerosos ejem-
 plares de esa especie y con éstos completar su número⁸³;
 como sucede entre los cuadrúpedos, en cuya especie ve-
 mos que se cuentan en primer lugar los elefantes con la

⁸² Lo ha demostrado en lib. 1, 1008-1051.

⁸³ Se trata del principio de la *isonomía* que, según Cicerón, *De nat. deor.*, 1, 9, 50, fue Epicuro el primero en señalarlo. La *isonomía* supone una distribución equilibrada en su conjunto (*aequalis tributio*) de los individuos de cada especie en el mundo, aunque sea desigual en las partes. Si existe, de hecho, gran número de seres mortales, deben existir un número no menor de inmortales. En *De nat. deor.*, 1, 39, 109, Cicerón refiere la *aequabilitas* o *isonomía* a la innumerabilidad de los átomos.

trompa que serpentea⁸⁴, los cuales, en muchos miles, fortifican la India con defensas de marfil, de suerte que no puede ser penetrada en su interior: tan grande es la multitud de estas fieras, de las que nosotros contemplamos aquí muy pocos ejemplares.

540 Pero, no obstante, voy a concederte también esto: que exista, sea como se quiera, un ser único, él solo con un cuerpo recibido al nacer, del cual no exista otro semejante en toda la tierra; ahora bien, si no existe una cantidad infinita de materia de la que una vez concebido pueda nacer, 545 no podrá ser creado, ni en lo sucesivo crecer y nutrirse. Porque, si admitiese también esto: que los átomos genitales de un ser único se hallasen esparcidos en número limitado por el universo, ¿por qué razón, en qué lugar, con qué fuerza y de qué forma al encontrarse se unirían 550 en un mar tan inmenso de materia y en una agitación tan grande de elementos extraños? No tienen, según pienso, forma de unirse; mas, como sucede cuando se han originado numerosas y fuertes tempestades, el vasto océano acostumbra a dispersar los bancos de remeros, el cascarón de la nave, las antenas, la proa, los mástiles, los remos sobrenadando, de suerte que pueden verse los ornamentos de la popa fluctuantes por todas las costas de la tierra y dan un aviso a los mortales para que se esfuercen 555 en evitar las asechanzas del mar traicionero, su ímpetu y su engaño, ni se confíen en tiempo alguno cuando sonrío la perfidia falaz del mar bonancible; así también si imaginas alguna vez que los átomos de cierta especie son limitados, al hallarse esparcidos por toda la infinitud del tiempo, los deberá dispersar el impulso contrario de la materia, de modo que nunca puedan, siendo empujados, reunirse en un todo, ni mantenerse unidos, ni crecer por 560 incremento de átomos; pero, que una y otra cosa sucede ostensiblemente lo enseña la realidad manifiesta: que los seres pueden nacer y, una vez nacidos, desarrollarse. Es evidente, pues, que en cualquier especie, existen los principios de los seres por los cuales se provee a todo.

⁸⁴ Parece que el compuesto *anguimanus* ha sido creado por Lucrecio: cf. *Introducción. Lengua y estilo*, 4. *El Léxico*, A) *Los compuestos*.

Equilibrio universal

Así, pues, ni los movimientos destructores pueden pre-
 570 valecer continuamente, ni sepultar para siempre la vida,
 como tampoco los movimientos generadores de las cosas
 e impulsores de su crecimiento pueden conservar lo crea-
 do a perpetuidad⁸⁵. Así, en justa lid se lleva a cabo la gue-
 rra entablada por los átomos desde tiempo infinito. Ora
 575 aquí, ora allí, se sobreponen las fuerzas vitales y asimiso-
 mo son luego superadas. Con el lamento fúnebre se com-
 bina el vagido que profieren los niños al contemplar las
 riberas de la luz; tampoco noche alguna siguió al día, ni
 la aurora a la noche sin que escuchase, junto a los flébiles
 580 vagidos, el llanto compañero de la muerte y del aciago fu-
 neral.

Combinación de los átomos. Mito de Cibele

En esta cuestión conviene tener grabado en el alma y
 haber confiado a la mente, para que lo recuerde, esto que
 sigue: no existe ninguno de los seres, cuya naturaleza te-
 nemos a la vista, que se componga de una sola especie
 585 de átomos; ninguno que no conste de una combinación
 de átomos, y todo aquel que posee en sí más vigor y más
 virtudes propias, en esa misma medida evidencia que con-
 tiene en sí más especies y más variadas figuras de átomos.

Primeramente, la tierra encierra en su seno los cuerpos
 590 primeros por los cuales las fuentes de las aguas, derra-
 mando su frescor, renuevan constantemente el inmenso
 mar; posee también aquellos de los que nace el fuego. En
 efecto, en muchos lugares arde abrasado el fuego de la tie-
 rra, mas la violencia del Etna estalla con fuegos salidos
 del interior. Posee además los gérmenes con los que ha-
 595 cer brotar para el género humano las radiantes mieses,
 los árboles placenteros y también los gérmenes con los
 que procurar cursos de agua, fronda y abundantes pastos
 a las especies de las fieras que vagan por los montes. Por

⁸⁵ En el ámbito de la *isonomía* hay que considerar que el conjunto del uni-
 verso y concretamente en la tierra, los átomos destructivos y constructivos se
 compensan mutuamente.

lo cual, ella sola ha sido proclamada la gran Madre de los dioses, madre de las fieras y progenitora de nuestro cuerpo⁸⁶.

- 600 A ésta los doctos poetas de la antigua Grecia la han celebrado⁸⁷ en el sitio de un carro conduciendo dos leones uncidos⁸⁸, enseñándonos así que el orbe inmenso de las tierras está oscilando en el espacio aéreo y que no puede la tierra apoyarse en la tierra. Le han uncido las fieras
- 605 porque la prole, aunque salvaje, debe amansarse sometida a los cuidados de sus progenitores. Le han ceñido las sienes con la corona mural⁸⁹ porque estando fortificada en lugares eminentes tiene protegidas las ciudades; adornada con tal distintivo es conducida la imagen de la divina Madre a través de vastos paisajes provocando horror.
- 610 A ella diversos pueblos, conforme al antiguo rito, la proclaman Madre Idea y le otorgan por comitiva un tropel de sacerdotes frigios⁹⁰, porque afirman que de aque-

⁸⁶ En la exposición lucreciana los seres resultan de la combinación o mezcla de átomos diversos, y la tierra debe contener muy numerosas especies de ellos a fin de producir elementos de agua y fuego y toda clase de alimentos para los vivientes. De ahí que sea llamada Gran Madre, calificativo que debemos entender en sentido alegórico; de ahí el mito y culto supersticioso a Cibele. Como quiera que los dioses no se cuidan de los humanos y la tierra con sus átomos está sometida a las leyes mecánicas, el desarrollo del mito es una digresión natural en conexión con el objetivo que se propone Lucrecio de expulsar del espíritu humano el temor a los dioses. Cf. L. Lacroix, «Texte et réalités à propos du témoignage de Lucrèce sur la Magna Mater», *Journal des Savants* (1982), 11-43; J. Perret, «Le mythe de Cybèle (Lucrèce, II, 600-60)», *Rev. des Etud. Lat.*, XIII (1935), 332-357.

⁸⁷ Parece que Lucrecio con el epíteto *docti* más que a Homero, Píndaro, Sófocles, Eurípides y otros autores conocidos que se refieren a Cibele y su culto, pensaba en la obra, no conservada, de algún otro poeta griego no conocido y seguramente posterior, que interpretaba alegóricamente el culto a la diosa y que debía constituirse en fuente del pasaje. Después del v. 600, varios críticos señalan una laguna que parece innecesaria. En efecto, el espacio vacío de dos versos que hallamos en Q puede ser debido a la rúbrica o título *De magna Matre*, que en O, y no en Q, se encuentra tras el v. 597.

⁸⁸ La diosa aparece sobre un carro tirado por dos leones en algunas monedas romanas de C. Norbano Flaco, pretor en el 44-43, y de M. Volteyo (hacia el 88 a.C.). A esta plasmación de la diosa alude Virgilio: *En.*, 3, 115 y 10, 253-254.

⁸⁹ La corona mural se otorgaba como premio a quien hubiese escalado el primero los muros del enemigo. La corona aquí llamada *muralis* la califica Virgilio *turrata* en *En.*, 6, 784 y *Ov. en Fast.*, 4, 219, *turrisera*.

⁹⁰ Madre Idea del monte Ida en Frigia, precisamente la región de donde había surgido el culto de Cibele. Los sacerdotes frigios de su cortejo son llamados *Co-ribantes*.

llas regiones comenzaron a difundirse los cereales por el orbe de las tierras⁹¹. Le asignan en el séquito gallos
 615 pues quieren significar que aquellos que han violado la majestad de la Madre y se han mostrado ingratos con sus progenitores deben ser considerados indignos de engendrar viva descendencia en las riberas de la luz⁹². Hacen retumbar en su derredor tímpanos tensos con las palmas y címbalos cóncavos, las cornetas elevan su amenaza con
 620 su canto de rauco sonido⁹³ y la hueca flauta agita las mentes con ritmo frigio; enarbolan por delante armas arrojadas, signo de un furor violento, para poder amedrentar, con el temor al poder de la diosa, los espíritus ingratos y los impíos corazones del vulgo.

Así, pues, tan pronto como es conducida por las grandes urbes silenciosa, gratifica a los mortales con una inefable salud, éstos con bronce y plata cubren todo el itinerario enriqueciéndolo con generosas dádivas y derraman sobre él nieve de rosas haciendo sombra a la Madre y a la comitiva de acompañantes. Aquí un grupo de armados a quienes los griegos designan con el nombre de
 630 Curetas, cuantas veces celebran justas y danzan cadenciosos entre multitudes frigias, gozosos por la sangre derramada, agitando con el movimiento de cabeza sus espantosos penachos, les recuerdan a los Curetas Dikteos⁹⁴ que, según dicen, ocultaron en Creta aquel vagido de Júpiter
 635 cuando niños, junto al dios niño⁹⁵, armados sacudieron

⁹¹ En efecto, se decía (cf. Herod., II, 2) que el más antiguo nombre de «pan» era de origen frigio. Hay que reconocer, con todo, que la leyenda de Cibele se ha confundido con frecuencia con la de Demeter.

⁹² Se explica, pues, el nombre de «gallos» referido a aquellos Coribantes que se castraban. En realidad lo ejecutaban en homenaje al héroe Atis cuyo culto se confundía con el de Cibele.

⁹³ Hemos tratado de reflejar de algún modo en la traducción castellana la armonía imitativa del original latino, vv. 618-619.

⁹⁴ Los Curetas del monte Dicte en la isla de Creta. La confusión entre Curetas y Coribantes y los Dikteos del Ida es constante en los poetas y el culto de Cibele se confundió con el de Rea.

⁹⁵ Según la leyenda, Rea había engendrado a Júpiter en el monte Ida de Creta —los dos montes Ida de Frigia y Creta favorecieron la confusión de ambos cultos—. El dios niño fue luego escondido en una cueva del monte Dicte para sustraerlo a la crueldad de Cronos (Saturno), que devoraba los hijos: en torno a él los Curetas hacían ruido, sacudiendo con las lanzas los escudos, para disimular los vagidos del niño (Ov., *Fast.*, 4, 210). Así los Curetas, sacerdotes de la diosa

acompañadamente, en infatigable danza, bronce contra bronce, temiendo que Saturno habiendo atrapado al hijo lo triturase entre sus mandíbulas y produjese con ello una
 640 herida eterna en el corazón de la Madre. Por este motivo acompañan armados a la gran Madre, o bien porque quieren significar que la diosa les exhorta a que se decidan a defender con armas y valor la tierra patria y que se preparen a ser la protección y la honra de los padres. Lo cual, aunque se nos cuente expuesto con singular encanto,
 645 se halla, no obstante, muy lejos de verdadera explicación.

Porque es preciso que los dioses todos por naturaleza gocen con soberana paz de una vida inmortal, alejados y muy ajenos a nuestros asuntos, pues exentos de todo dolor, exentos de peligros, poderosos ellos por sus propios recursos, en nada necesitados de nosotros, ni se dejan ganar por los favores, ni se ven afectados por la ira⁹⁶.

Ciertamente la tierra carece siempre de sensibilidad y, puesto que está en posesión de los gérmenes primeros de muchas cosas, produce muchas de múltiples formas a
 650 la luz del sol. Si ahora alguien decide llamar Neptuno al mar y Ceres a las mieses y prefiere emplear abusivamente el nombre de Baco en lugar de proferir el nombre auténtico de vino, permitámosle también que llame Madre de los dioses al orbe de la tierra a condición, sin embargo, que realmente se abstenga de contaminar su espíritu con vergonzosa superstición⁹⁷.

Variedad de las combinaciones de los átomos

En efecto, pastando a menudo la hierba de un mismo campo, los carneros lanígeros, la prole aguerrida de los

cretense Rea, fueron identificados con los Coribantes de Cibeles. El nombre de Curetas se hacía derivar de *kouros*, «jovencito», cuando es más probable que indique su condición de adeptos al culto de Júpiter, llamado *kouros*.

⁹⁶ Para los vv. 646-651 que repiten 1, 44-49, cf. nuestra nota 4. Como ya indicamos en la nota 86, el pasaje encaja bien con el propósito del poeta.

⁹⁷ Con toda probabilidad se refiere a los estoicos y más concretamente a Crisipo, según cabe deducirlo de Filodemo con el que concuerda Cicerón en *De nat. deor.*, 1, 15, 40: «El mismo explica que el éter es aquel que los hombres llamarían Júpiter y que el aire que sopla por los mares, ese sería Neptuno y que la tierra sería la que se llamará Ceres, y de modo semejante investiga los vocablos de los restantes dioses...»

caballos, y los rebaños de bueyes, apagando su sed en un
 665 mismo curso de agua, viven bajo la misma bóveda celeste
 con una apariencia distinta y conservan la naturaleza de
 sus progenitores, reproduciendo los hábitos de éstos con-
 forme a su especie. Tan grande es la diversidad de la ma-
 teria en cualquier especie de hierba, tan grande en todo
 curso de agua⁹⁸.

A partir de aquí, considera que a todo ser animado lo
 670 constituyen en la unidad todas sus partes: huesos, sangre,
 venas, calor, humores, vísceras, nervios, los cuales son,
 no obstante, muy diferentes al ser plasmados con átomos
 de distinta figura. Asimismo, todas las sustancias que ar-
 den al ser inflamadas por el fuego, si no otra cosa, al me-
 675 nos sí encierran en su cuerpo estos elementos con los que
 pueden producir el fuego, difundir la luz, provocar las
 chispas y desparramar la ceniza. Haciendo la revisión de
 las demás cosas con similar razonamiento, descubrirás ló-
 gicamente que ocultan en su cuerpo las semillas de mu-
 chos seres y que encierran diversas formas de ellas.

En fin, contemplas muchos cuerpos que están dotados
 de color, sabor, así como de olor; ante todo son la mayo-
 ría de los frutos⁹⁹. Por lo mismo estos deben estar cons-
 tituidos por diversas figuras; en efecto, el olor penetra
 por un conducto por el que no pasa a los miembros el
 calor; asimismo éste se introduce en los sentidos por una
 685 vía distinta y por otra distinta el sabor; así conocerás que
 se diferencian por las figuras de los átomos.

Por ende, formas diferentes se reúnen en un complejo
 único y las cosas están constituidas de semillas combina-
 das. Más aún, en mis propios versos ves muchos elemen-
 tos esparcidos por doquier comunes a muchas palabras,
 690 en tanto es preciso reconocer que versos y palabras¹⁰⁰ es-

⁹⁸ El poeta reasume el relato después de contar el mito de Cibeles, explicando que la variedad de elementos materiales, contenidos en el alimento y la bebida, mantienen la diferencia entre las especies de vivientes, los individuos dentro de la especie y las partes dentro de un solo individuo.

⁹⁹ La lectura en el v. 681 de *poma* defendida por Bruno, en lugar de *dona* de los codd. es asumida también por Bailey y por Fellin-Barigazzi. Tiene la ventaja de evitar la laguna señalada por algunos críticos como Ernout; nosotros nos adherimos a ella.

¹⁰⁰ Los vv. 688-690 reproducen los vv. 823-825 del canto primero.

tán compuestos de letras diferentes no porque existan en ellos pocas letras comunes, o porque nunca dos palabras están compuestas de las mismas letras, sino porque las unidades no son comúnmente iguales en todo. Así también, en las demás cosas, si es cierto que los gérmenes primeros son en gran número comunes a muchas cosas, sin embargo, pueden subsistir unos con otros en un todo diferente; así dicen con razón que están compuestos de átomos diferentes el género humano, las mieses y los árboles fecundos.

No todas las combinaciones atómicas son posibles

700 No debemos pensar, sin embargo, que todos los átomos pueden combinarse de todas las maneras¹⁰¹, porque verías engendrarse monstruos por todas partes, se producirían especies de hombres medio fieras, brotarían altas ramas de un cuerpo viviente, se unirían a los animales marinos muchos miembros de animales terrestres y hasta la naturaleza alimentaría en la tierra, madre de todo ser, quimeras¹⁰² que vomitan fuego por su horrible boca. Es evidente que nada de esto se produce, pues vemos que todos los seres creados, con determinadas semillas y en determinada matriz, pueden al crecer conservar la especie.

710 Por supuesto, es necesario que esto se realice conforme a un orden establecido. En efecto, del conjunto de los alimentos se difunden en el interior de los miembros los alimentos apropiados a cada uno y al combinarse producen los movimientos convenientes. Por el contrario, observamos que la naturaleza arroja a la tierra los elementos extraños y que muchos de los átomos invisibles se escapan

715

¹⁰¹ La razón radica en que, de lo contrario, nacerían también seres monstruosos como los Centauros y las Quimeras (cf. lib. 5, 878-924), sólo producto de nuestra imaginación (cf. lib. 4, 722-748). Ello se aplica tanto a los vivientes, como a los seres inanimados. Son los átomos de determinada especie, agrupados en una proporción y orden establecidos, los que producen seres de una determinada forma.

¹⁰² Monstruo mitológico, oriundo de Licia, león en su parte delantera, cabra en la parte media y dragón en la posterior (cf. lib. 5, 905). *Chimaera* en griego significa propiamente «cabra». Hay aquí reminiscencia de Homero, *Il.*, 6, 181.

del cuerpo sacudidos por los choques ya que no pudieron unirse a compuesto alguno, ni en el interior sentir al unísono los movimientos vitales y reproducirlos.

- Pero no vayas a pensar que sólo los seres animados están sometidos a estas leyes, la misma normativa abarca a todas las cosas. Porque como todas las cosas creadas difieren entre sí en toda su complejión natural, así es preciso que cada una esté compuesta de átomos de diferente figura, no porque pocas estén dotadas de forma semejante, sino porque no todas son enteramente iguales en todo.
- 725 Y puesto que los átomos difieren, es necesario que difieran los intervalos, las vías, las junturas, los pesos, los golpes, los encuentros y los movimientos que no sólo separan los cuerpos de los animales, sino que apartan las tierras de los mares todos y mantienen alejado de las tierras el conjunto del cielo.

Los átomos carecen de color

- 730 Escucha ahora esta doctrina que he logrado conseguir con grato esfuerzo: que no pienses tal vez que estos objetos blancos que contemplas radiantes ante la vista están formados de elementos blancos o que aquellos que
- 735 son negros han nacido de negra semilla, ni creas que los que están impregnados de cualquier otro color son así porque los cuerpos de la materia están teñidos de un color semejante. En efecto, los cuerpos de la materia no poseen en absoluto color, ni semejante, ni desemejante al de los objetos¹⁰³. Si acaso piensas que el impulso cognos-
- 740 citivo del espíritu¹⁰⁴ no puede aplicarse a estos cuerpos,

¹⁰³ La mutabilidad del color es incompatible con la naturaleza inmutable del átomo. Aquella depende del orden, movimiento y posición de los átomos respecto de nuestros ojos, como lo expone Epicuro en su *Doce principios* (cf. escolio al n. 44 de la *Ep. Herod.*). Además, el color no existe sin la luz, pero los átomos puesto que no aparecen jamás a la luz —son invisibles—, no pueden ser coloreados. La sensación del color se produce, pues, por un contacto en el que actúa la forma, no el color.

¹⁰⁴ Aparece la versión latina *animi iniectus* del griego «epibolè dianoías», expresando la representación mental o intuición intelectual de cuanto no es perceptible por los sentidos como los átomos. Lucrecio en 2, 1047 dice *animi iactus*. Cic., *De nat. deor.*, 1, 20, 54: *in quem se iniciens animus et intendens*.

yerras muy descaminado. Pues, si los ciegos de nacimiento que jamás han percibido la luz del sol, distinguen, con todo, por el tacto los cuerpos que desde el comienzo de su existencia no están vinculados para ellos a ningún color, es evidente que también pueden llegar al conocimiento de nuestra mente cuerpos no impregnados de color alguno. En fin, nosotros mismos no percibimos que estén teñidos de color alguno todos los objetos que palpamos en las oscuras tinieblas.

Y puesto que he mostrado esta verdad experimentalmente, ahora la expondré con razones. En efecto, todo color puede transformarse completamente en otro¹⁰⁵, cambio que no deben realizar en modo alguno los cuerpos primeros. Porque es necesario que exista alguna cosa inmutable para que no se reduzcan todas enteramente a la nada, ya que si un cuerpo, al transformarse, sale de sus límites, este cambio implica al punto la muerte de aquello que era antes¹⁰⁶. Por lo tanto, evita revestir de color las semillas de las cosas, no sea que éstas vuelvan todas irremisiblemente a la nada.

Además, si ningún color se ha otorgado a los átomos que están dotados de formas variadas por las cuales producen y transforman toda especie de colores —porque interesa mucho saber de cada clase de semillas con qué otras se agrupan y en qué disposición lo hacen, qué movimientos imprimen y reciben recíprocamente— podrás en seguida explicar muy fácilmente por qué aquellas que poco antes han sido de color negro, pueden resultar de repente blancas como el mármol; así el mar, cuando los impetuosos vientos han agitado su superficie, se transforma en blancas olas de pureza marmórea. Podrás decir, en verdad, que el objeto que con frecuencia lo vemos negro, cuando sus componentes se han revuelto, el orden de los átomos ha cambiado y algunos elementos han sido añadidos o sustraídos, al instante llega a parecernos radiante

¹⁰⁵ Seguimos a J. Martin (ed. Teubneriana) quien considera innecesario reconocer una laguna después del v. 749 que admiten Munro, Brieger y Bailey. Para ello adopta la lectura del ms. 1, 31, *in omnis* frente a *et omnis* de los restantes ms.

¹⁰⁶ Los vv. 750-754 son repetición de 1, 789-793. De hecho, los vv. 1, 792-793, eran ya repetición de 1, 670-671.

y blanco. Porque, si la superficie marina estuviera formada de semillas azules, no podrían tornarse blancas en modo alguno. Pues de cualquier forma que alteres los objetos cerúleos, jamás los puedes cambiar en blancura marmórea. Pero, si las semillas están teñidas de distintos colores formando el único y límpido brillo del mar, como a menudo de distintas formas y variadas figuras resulta un objeto cuadrado, una sola figura, convendría entonces, tal como vemos que se juntan en el cuadrado formas diferentes, contemplar también en la superficie marina o en cualquier otra belleza uniforme y pura colores muy diferentes y variados entre sí¹⁰⁷. Por otra parte, las figuras diferentes no estorban ni impiden que el conjunto sea un cuadrado en su forma externa; por el contrario, los colores diferentes impiden y prohíben que el objeto pueda ser en su conjunto de un solo matiz.

Asimismo, el motivo que nos induce y arrastra a otorgar colores a los principios de las cosas es inconsistente, ya que las cosas blancas no se producen de elementos blancos, ni de elementos negros las cosas que pasan por negras, sino de elementos variados, pues, en realidad, los objetos blancos nacerían más fácilmente de ningún color que del color negro o de cualquier otro color contrario y opuesto.

Además, puesto que sin luz no pueden existir los colores y los principios de las cosas no se muestran a la luz, es evidente que no están revestidos de color alguno. En verdad, ¿qué color podrá existir en las oscuras tinieblas? Más aún, en la misma luz el color cambia, según que resplandezca atravesado por rayos directa u oblicuamente; de esa manera se ve transfigurado en el sol el plumaje de las palomas que, dispuesto en torno a la nuca y el cuello, forma una corona: en efecto unas veces parece que es rojo como el luminoso rubí, otras veces, por una sensación contraria, parece combinar con el coral el verde esmeralda.

¹⁰⁷ En relación con la temática de la mutación del color, se plantea el de la coloración del mar, a veces blanco, a veces azul, a veces lapislázuli que se desarrolla en los vv. 766-783. Es un tema clásico de discusión en la escuela: Cic., *Acad.*, 2, 33, 105.

La cola del pavo real cuando está inundada de plena luz muda de la misma forma los colores al darse la vuelta; y como quiera que éstos nacen por una acumulación de luz, hay que pensar lógicamente que sin ésta no pueden existir¹⁰⁸.

- 810 Asimismo, ya que la pupila recibe cierta clase de impulso cuando decimos que percibe el color blanco y, a la vez, otro impulso distinto cuando percibe el negro y los demás colores, sin que interese de qué color, sino de qué
815 figura están dotados, resulta evidente que en nada precisan los átomos del color, sino que con la variedad de sus formas producen las varias sensaciones del color.

- Además, dado que existe para determinadas figuras una determinada naturaleza de color y que todas las estructuras de los átomos pueden coexistir con cualquier color,
820 ¿por qué los objetos que se forman de ellos no están teñidos igualmente de toda especie de color en todos sus matices? En efecto, sería preciso que todos los cuervos irradiasen blanco color de blanco plumaje y que naciesen
825 cisnes negros de negra semilla o de cualquier otro color solo o combinado¹⁰⁹.

- Más aún, cuanto más diminutas son las partes en que
830 un objeto es dividido, tanto mejor puedes apreciar que el color se disipa y extingue; como sucede cuando un tejido de púrpura se fragmenta en pequeñas partes: la púrpura y el color escarlata, mucho más brillante, una vez se ha destejido hilo por hilo, queda enteramente destruido; de ahí podrás comprender que las partículas pierden todo color antes de resolverse en átomos.

- Por último, puesto que admites que no todos los cuerpos emiten sonido, ni olor, se deduce que no a todos atribuyas sonidos, ni olores. Así, puesto que no podemos dis-

¹⁰⁸ Otro argumento tradicional de la escuela al que se refiere Cic., *Acad.*, 2, 7, 19. También Séneca se hace eco de él en *Nat. Quaest.*, 1, 5, 6, primero citando un verso de Nerón y luego completando él mismo la frase: *variis coloribus pavonum cervix, quotiens aliquo deflectitur nitet* = «la cerviz variopinta de los pavos reales brilla cada vez que se dobla hacia alguna parte».

¹⁰⁹ Ejemplos convertidos en proverbio semejantes a la expresión «un mirlo blanco». En Juv., *Sat.*, 6, 165, refiriéndose a la mujer casta: *rara avis in terris et nigro simillima cycno* = «ave rara en la tierra y muy parecida a un cisne negro».

tinguir con la vista todos los objetos, es evidente que algunos se hallan tan faltos de color como otros desprovistos de sonido y olor y que el espíritu sagaz puede conocer tales objetos, no menos que señalar aquellos otros que están privados de otras cosas.

Los átomos carecen de otras cualidades secundarias

Mas, no pienses, por ventura, que los cuerpos primeros quedan desposeídos sólo del color, también son excluidos de la temperatura tibia, del frío y del ardiente calor y van gan incapaces de sonido y privados de sabor sin despedir de su cuerpo ningún olor peculiar. Así, cuando te dispones a preparar el suave perfume de la mejorana o de la mirra o de la flor del nardo que exhala a nuestro olfato fragancia de néctar, es conveniente antes de nada que busques y, en la medida de lo posible, logres encontrar un aceite de condición inodora que no exhale al olfato efluvio alguno, a fin de que deteriore lo menos posible, alterándolos con su aspereza, los perfumes mezclados con su substancia y fundidos con ella en la cocción; por este motivo, en fin, no deben los átomos aportar en la procreación de los seres un olor propio, ni un sonido, dado que de suyo no pueden emitir efluvio ninguno, ni por análoga razón ningún sabor, ni frío, ni calor ardiente o templado, ni otras cosas similares; mas, como quiera que éstas, no obstante, continúan siendo precederas: las flexibles de contextura muelle, las frágiles de contextura blanda, las porosas de contextura poco densa, es necesario que todas ellas sean extrañas a sus átomos¹¹⁰, si queremos poner a los seres fundamentos eternos sobre los que apoyar la salvación del universo, no suceda que todas las cosas vuelvan sin excepción a la nada.

¹¹⁰ Los vv. 859-861 presentan problemas de interpretación, si bien el sentido en su conjunto es claro: los átomos carecen de cualidades secundarias, pero el poeta las confunde con los efluvios que las producen.

Los átomos carecen de sensibilidad

865 Ahora te es preciso reconocer que cuantos seres gozan
de sensación, están, sin embargo, todos compuestos de
elementos insensibles. Y esta afirmación no la rechazan,
ni la contradicen hechos evidentes, fácilmente conocidos,
antes bien éstos nos conducen de la mano y nos fuerzan
870 a reconocer que los seres animados nacen, como digo, de
elementos insensibles¹¹¹.

En efecto, podemos ver los gusanos que salen vivos del
cieno hediondo cuando la tierra humedecida por intem-
pestivas lluvias ha causado el hedor; vemos además que
todas las cosas se transforman de igual manera unas en
875 otras. Los ríos, las frondas y los fértiles pastos se trans-
forman en ganado, los ganados transforman su sustancia
en nuestro cuerpo y con nuestro cuerpo acrecen a menu-
do las fuerzas de las fieras y los cuerpos de los pájaros
de alas vigorosas. Así, pues, la naturaleza transforma en
880 cuerpos vivos todos los alimentos y de éstos genera to-
dos los sentidos de los seres animados de forma muy pa-
recida a como transmuta en llamas el árido leño, convir-
tiéndolo todo en fuego, ¿comprendes, pues, ahora cuánto
885 importa en qué orden esté colocado cada uno de los áto-
mos y con cuáles combinándose cause el movimiento y
lo reciba a su vez?¹¹²

Mas entonces, ¿cuál es ese pensamiento que sacude tu
espíritu, le conmueve y le fuerza a exponer múltiples ra-
zones para no creer que lo sensible nazca de lo insensi-
ble?¹¹³ Es evidente que las piedras, los leños y la tierra,
890 aun mezclándose entre sí, no pueden, con todo, producir
el sentido vital. Así, pues, en esta cuestión convendrá re-

¹¹¹ Los átomos son insensibles, aunque los agregados atómicos gocen de sensibilidad. A esta verdad no se oponen ciertos fenómenos como la procreación de gusanos del estiércol húmedo, puesto que todo depende de la combinación de los átomos. El dolor nace de un trastorno súbito de los átomos y de su recomposición surge una sensación placentera.

¹¹² Se reproduce casi en la forma y en el contenido el párrafo del lib. 1, 907-910.

¹¹³ No hay duda que el pensamiento encierra ironía: si la mente es la sede de la sensación debiera conocer el origen de aquélla. En todo caso, hay una alusión a los estoicos que se oponían al materialismo radical de los epicúreos, basado en leyes puramente mecánicas.

cordar que no de todas las cosas, en general, que producen seres sensitivos afirmo yo que nazca inmediatamente la capacidad de sentir, sino que importa mucho, en primer
 895 lugar cuán pequeños sean aquellos elementos que producen la sensibilidad y de qué forma están dotados y, en fin, cómo son por su movimiento, su orden y su posición. Nada de esto apreciamos en los leños y en los terrones y, sin embargo, éstos cuando se hallan como putrefactos a causa de la lluvia engendran los gusanillos,
 900 por cuanto los corpúsculos de la materia desviados de su ordenación primera a causa de la nueva situación se combinan de la forma requerida para engendrar seres animados.

Luego, quienes defienden que el ser sensitivo puede originarse de elementos sensibles, acostumbrados a su vez a recibir la sensibilidad (estos mismos) de otros (cuerpos sensibles, otorgan a los átomos cualidades mortales)¹¹⁴, puesto que hacen de ellos naturalezas blandas. En efecto,
 905 toda sensibilidad se vincula a las vísceras, a los nervios, a las venas, componentes éstos que se muestran blandos por estar constituidos de sustancia mortal. Concedamos, sin embargo ahora, que estos elementos pueden permanecer eternamente: ciertamente deben tener o la sensibilidad de una parte, o ser considerados similares a todo
 910 un ser animado. Pero, es indiscutible que las partes por sí mismas no pueden sentir, ya que toda la sensibilidad de los miembros concierne a nuestra persona, ni la mano separada de nosotros, ni cualquier otra parte del cuerpo es capaz en absoluto de tener sensibilidad por sí sola. No
 915 queda sino asimilarlos a seres animados completos. De esta manera, es preciso que sientan por igual lo que nosotros sentimos, a fin de que puedan armonizarse con nosotros por entero en la sensación de vida. ¿Cómo podrán, en consecuencia, ser denominados principios de las cosas y evitar el camino hacia la muerte siendo seres anima-

¹¹⁴ La laguna del texto indicada por Christ después del v. 903 está reconocida por todos los críticos. Seguimos la reconstrucción de Munro: *ipsi sensilibus mortalia semina reddunt*, si bien en el v. 903 leemos con Lambino *suetis* en lugar de *sueti* de los codd. Aquí la crítica de Lucrecio tiene en cuenta la doctrina de Anaxágoras de la que ya hemos hecho mención: cf. I, 830-920 y notas 34-37.

dos, cuando éstos son una y misma cosa que los seres mortales?

- 920 Porque, en el supuesto de que puedan, con todo, en el choque y acoplamiento, no constituirán sino una masa y tropel de seres vivos, sin duda como los hombres, los ganados y las fieras que, al reunirse unos con otros, no pueden engendrar cosa alguna. Pero si acaso, introducidos en el cuerpo, pierden su propia sensibilidad y asumen otra,
- 925 ¿qué necesidad hubo de otorgarles aquello que ahora se les quita? Y añádase el argumento que antes hemos analizado: puesto que vemos que los huevos de los pájaros se transforman en polluelos vivos y que los gusanos hormiguean cuando el hedor ha corrompido la tierra a causa de intempestivas lluvias, es fácil entender que lo sensible puede nacer de lo insensible.
- 930

Y si alguien afirma¹¹⁵, tal vez, que lo sensible puede surgir de lo insensible al menos por transmutación o por una especie de parto que le hace salir al exterior, será suficiente explicar a éste y demostrarle que un parto no se produce sin haber realizado antes un acoplamiento y que nada se puede cambiar sin una conjunción previa.

- 935 En primer lugar, no puede existir sensibilidad en cuerpo alguno antes del nacimiento del ser vivo: a no dudarlo, porque su materia se halla esparcida en el aire, los ríos, la tierra y los objetos creados por la tierra y todavía no se ha reunido para coordinar unos con otros los movimientos vitales idóneos con los cuales, estimulados los sentidos, testigos de todo, velan por cada ser vivo.
- 940 Además, un golpe más violento del que soporta la naturaleza abate a cualquier viviente y tiende a perturbar todos los sentidos del cuerpo y del alma¹¹⁶. Pues se destruyen las posiciones de los átomos y los movimientos vitales se ven impedidos enteramente hasta el momento en
- 945 que la materia, sacudida en todos los miembros, desata

¹¹⁵ Se refiere a los estoicos y, al parecer, concretamente a Crisipo (cf. Arnim, *Stoic. vet. frag.*, 2, notas 804-808), aunque el pensamiento aludido de éste, lo tenga en cuenta sólo parcialmente: la sensibilidad aparece a resultas de una transformación de la naturaleza y el nacimiento que da a luz al ser es la marca de la transformación.

¹¹⁶ Siguiendo el hilo del raciocinio resulta que no sólo la sensibilidad del ser vivo, sino también la propia destrucción de éste se origina por el cambio que trastorna la posición de los átomos.

del cuerpo los nudos vitales del alma y, una vez disgregada, la arroja afuera a través de todos los conductos. En efecto, ¿qué otro perjuicio puede ocasionar el golpe infligido a un cuerpo, sino el de desmoronarlo y destruirlo? También suele acontecer que, al acusar un golpe menos
 955 violento los movimientos vitales aún subsistentes, consigan superarlo, superarlo¹¹⁷ y calmar el enorme trastorno producido por el golpe, hacer volver todos los elementos a su curso normal y conjurar la acción de la muerte que ya se apodera, por así decir, del cuerpo, excitando para
 960 ello la sensibilidad casi perdida; ¿por qué si no en el mismo umbral de la muerte son capaces de recuperarse¹¹⁸ y volver a la vida, en lugar de irse a la deriva por el camino ya casi recorrido para perderse en la nada?

Asimismo, puesto que el dolor se produce cuando los elementos de la materia, agitados por una fuerza a través
 965 de las vivas entrefías y de los miembros, se revuelven en el interior de su propia sede y cuando recuperan su puesto se produce un suave placer, es evidente que los átomos no pueden verse afectados por ningún dolor, ni experimentar en sí mismos placer alguno, toda vez que no
 970 se componen de corpúsculo primario alguno cuyo movimiento no sufra perturbación por una acción inesperada, ni perciben fruto alguno de dulzura fecunda. Así, pues, no deben estar dotados de ninguna sensibilidad.

Finalmente, si, para que puedan sentir todos los seres animados, hay que otorgar la sensación también a sus átomos,
 975 ¿qué decir de aquellos átomos que han formado específicamente al género humano? Estos, sin duda, suelen la carcajada cuando les excita una risa estremecedora, riegan con lágrimas de rocío el rostro y las mejillas¹¹⁹,

¹¹⁷ Repetición motivada más por el énfasis retórico que por las exigencias del discurso: el primer *vincere* se halla, como suele ser frecuente en las repeticiones, en el quinto pie del v. 955 y el segundo en el primer pie del v. 956.

¹¹⁸ La expresión *colligere se mente*, tomada en sentido propio, se aclara por lo dicho más arriba en el v. 957. Un lugar paralelo en el poema lo encontramos en 3, 925: *...corruptus homo ex somno se colligit ipse*. Cicerón en *Tusc.*, 4, 38, 78, explica el sentido de *se ipsum colligere*: «reunir de nuevo en su lugar las partes separadas del alma».

¹¹⁹ Los vv. 976-977 reproducen 1, 919-920 con algunas variantes. Tanto allí como aquí se alude a las contradicciones en que incurre la doctrina homeomérica de Anaxágoras: cf. nota 114.

- son expertos en hablar profusamente de la mezcla de la materia y hasta se preguntan cuáles son sus propios elementos primeros; puesto que, asimilados a todos los mortales, también ellos deben estar compuestos de otros elementos y éstos a su vez de otros, de modo que no intentes detenerte jamás, porque te acosaré hasta que digas que todo ser que habla, ríe y discurre está constituido de otros elementos que realizan estos mismos actos.
- 985 Pero, si reconocemos que tales afirmaciones son delirantes e insensatas, y que es capaz de reír el que no está constituido de elementos reidores, de tener juicio y de ofrecer una explicación con doctas palabras quien no está formado de semillas sabias y elocuentes, ¿por qué los seres que vemos dotados de sensación no pueden estar combinados de semillas que carecen enteramente de ella?
- 990

La vida en el universo

- En suma, todos hemos nacido de una semilla celeste¹²⁰, para todos el padre es el mismo cielo de quien una vez que la tierra, madre vivificante, ha recibido en su regazo las gotas cristalinas de la lluvia¹²¹, fecunda y produce las
- 995 radiantes mieses, los placenteros árboles y el género humano, produce también todas las especies de fieras procurando los alimentos con los que todos nutren sus cuerpos, llevan una vida placentera al tiempo que propagan la especie; por lo cual con justicia ha obtenido el nombre de madre¹²². De nuevo vuelve a la tierra lo que antes fue

¹²⁰ Así la vida supone un cambio continuo de substancia que procede del cielo a la tierra, de ésta a las criaturas y luego nuevamente de las criaturas a la tierra y al cielo. En la muerte la materia sólo se disuelve, no se destruye y de ella surgen nuevas combinaciones. Todo, incluida la sensibilidad, deriva de la unión, de la combinación y del movimiento de los átomos.

¹²¹ Al principio de este párrafo, Lucrecio recuerda con mucha fidelidad dos pasajes de Eurípides: uno de Crisipo, frag. 839 y otro de Melanipo el sabio, del 484 al fin. Quizá las citas se hallaban en un escrito perdido de Epicuro de donde las habrían tomado Lucrecio y Aecio, pero éste señala que la opinión de Eurípides sólo podía proceder de Anaxágoras (cf. Ernout-Robin, *Commentaire...*, I, págs. 342-343).

¹²² A propósito del v. 998 recuérdense los vv. 598-599 de este libro, así como 5, 795-796 y 821-825.

- 1000 de la tierra y cuanto ha descendido de las regiones del éter, de nuevo restituido, lo acogen las regiones del cielo. Tampoco la muerte destruye las cosas hasta el punto de aniquilar los cuerpos de la materia, pero disuelve su unión. Luego, combina otros átomos con otros nuevos y
- 1005 logra que todas las cosas de tal modo cambien sus formas y muden los colores, reciban la sensibilidad y la pierdan en un instante, que puedas comprender cuánto importa a los átomos con qué otros se mantienen unidos y en qué posición, qué movimientos provocan y a la vez reciben¹²³;
- 1010 ni vayas a pensar que pueden subsistir en los cuerpos primeros que son eternos las cualidades que vemos moverse fluctuantes en la superficie de los cuerpos que ora nacen, ora perecen rápidamente.

- Es más, en nuestros propios versos importa mucho con
- 1015 qué otras y en qué orden se combina cada letra, porque unas mismas sirven para significar el cielo, el mar, los ríos y el sol, unas mismas las mieses, los árboles y los animales; si no totalmente, al menos en su mayor parte son semejantes entre sí, mas a causa de su colocación las palabras se diferencian del todo por el sentido¹²⁴. Así también, en los mismos seres, cuando se cambia el choque de los átomos, el movimiento, el orden, la posición y la forma, deben cambiar por igual.

Un mensaje nuevo

- Ahora concentra tu espíritu en nuestra veraz exposición: porque una realidad enteramente nueva se apresta
- 1025 a sacudir tus oídos¹²⁵ y un nuevo aspecto de la naturaleza a manifestarse para ti. Mas, no existe ninguna cosa tan fácil de creer que al principio no resulte más bien difícil darle crédito, y, asimismo, nada tan grande, ni tan admi-

¹²³ Los vv. 1108-1009 reproducen 1, 818-819 y con variantes tb. 2, 885-886.

¹²⁴ El v. 1015 reproduce 1, 820 y el 1016 el 1, 821 con el solo cambio de *significant* por *constituunt*; en cambio el 1020 igual al 726 de este canto fue secluido por Lachmann y, en general, por los restantes críticos.

¹²⁵ Ante el anuncio de este mensaje no debe espantarse el lector, sino juzgar de él de acuerdo con la razón.

nable que poco a poco no deje de ser admirado por todos¹²⁶.

- 1030 En primer lugar, contempla el color brillante y límpido del cielo y cuantas cosas encierra: los astros que vagan errantes por todas partes, la luna y el esplendor del sol con su clara luminosidad; si todas estas maravillas se presentasen por vez primera a los mortales, si de repente
- 1035 se ofreciesen a su contemplación sin esperarlo, ¿qué espectáculo podría considerarse más maravilloso que esta visión o que, antes, osara menos la gente creerlo posible? Ninguno, según creo: así de admirable resultaría esta contemplación. En cambio, ahora ya nadie, cansado por el hastío de verlo, se digna levantar los ojos a las luminosas regiones del cielo.
- 1040 Deja, por lo tanto, de rechazar mi explicación lejos de tu espíritu, amedrentado por su misma novedad, antes bien sopésala con sutil reflexión, y si te parece verdadera ríndete, pero si es falsa, ármate para la lucha¹²⁷. Porque
- 1045 el espíritu intenta saber —puesto que más allá de estas murallas del mundo el espacio en su totalidad es infinito— lo que hay allí en la inmensidad, hasta donde la inteligencia desea penetrar y a donde el impulso de la mente, de por sí, libremente, se acerca volando.

Pluralidad de los mundos

- En primer lugar, no existe para nosotros límite alguno en todas direcciones, por todos los sentidos, de un lado y
- 1050 de otro, arriba y abajo, a través del universo entero: como te lo he probado¹²⁸ y la propia realidad lo proclama por sí misma y claramente lo muestra la naturaleza del vacío.

En consecuencia, no hay que juzgar verosímil en modo

¹²⁶ Tópico de la literatura clásica. Así, Cic., *De nat. deor.*, 2, 38, 96: «mas por la asiduidad cotidiana y por la costumbre de verlos, los ánimos se habitúan y no se admiran, ni investigan las causas de aquellas cosas que siempre ven». Cf. también Plinio, *Nat. Hist.*, 7, 6; Séneca, *Nat. Quaest.*, 7, 1, 4.

¹²⁷ Las expresiones del v. 1043, *dede manus...*, *accingere contra* son metáforas del léxico militar. La frase corriente es *dare manus*: así en Plauto, *Persa*, 854 y en este lib. 1, 129, *manus dandum est*.

¹²⁸ Lo ha probado en lib. 1, 958-1001.

alguno, cuando hacia cualquier parte se abre el espacio infinito y los átomos innumerables en número y en cantidad inmensa discurren veloces agitados por eterno movimiento, que sólo esta superficie terrestre y este cielo hayan sido creados y que ninguna actividad realizan allí afuera tantos cuerpos de la materia¹²⁹; sobre todo visto que este mundo es obra de la naturaleza: a saber que los átomos por propio impulso chocando al azar, reunidos de muchas maneras, a ciegas, sin éxito, inútilmente, al fin se han aglutinado aquellos que reunidos de golpe se constituirían, una vez por todas, en los elementos primeros de grandes realidades: de la tierra, del mar, del cielo y de la estirpe de los vivientes¹³⁰. Por lo cual, es necesario que reconozcas una vez más que existen en otros lugares otros conglomerados de materia, como es este nuestro al que el éter estrecha en insaciable abrazo.

Además, cuando una abundante materia está preparada, cuando el lugar está dispuesto y ni circunstancia, ni fuerza alguna lo impide, es lógico que los seres deban nacer y realizarse plenamente. Ahora, pues, si hay tanta abundancia de átomos cuanta toda la vida de los seres animados no es capaz de enumerar y subsiste la misma fuerza y naturaleza que puede reunir a cada uno de los átomos en sus propios lugares de forma análoga a como han sido reunidos aquí, te es preciso reconocer que existen otras tierras en otras zonas del espacio y varias razas humanas y especies de fieras.

A esto se añade que en el universo ninguna cosa existe aislada, que nazca única y crezca única y sola sin pertenecer a una raza y sin que existan muchas otras de la misma especie. En primer lugar, fija tu atención en los seres animados, encontrarás que así acontece con la raza de las fieras que vagan por el monte, así con la prole humana

¹²⁹ Dado que en el espacio infinito se agitan infinitos átomos, deberán existir en otros lugares otros compuestos de materia, semejantes o desemejantes a nuestro mundo (cf. *Ep. Herod.*, 45) y formados, como éste, al azar. La ley del equilibrio universal exige que ninguna cosa sea única: existirán, pues, innumerables tierras, cielos, mares, soles y lunas como los nuestros.

¹³⁰ Los vv. 1062-1063 se repiten en 5, 430-431 con el solo cambio de *semper* por *saepe*.

de uno y otro sexo¹³¹, así con la muda afluencia de seres cubiertos de escamas y con toda clase de volátiles. Por lo cual, debemos reconocer de modo similar que el cielo, la tierra, el sol, la luna, el mar y los restantes seres no son
 1085 únicos, antes bien innumerables en número, puesto que un término de la vida profundamente marcado así les aguarda, pues así están constituidos de cuerpo mortal como toda raza que es rica en esos individuos que vemos en cada especie.

Todo acontece sin la intervención de los dioses

1090 Si estas verdades, bien aprendidas, las retienes en tu mente, la naturaleza se te mostrará de repente libre, emancipada de señores altivos, realizándolo todo ella misma, de por sí, espontáneamente, sin la ayuda de los dioses. En verdad, ¡por los sagrados pechos de los dioses que disfrutan de un tiempo apacible y de una vida serena!, ¿quién
 1095 puede gobernar toda la inmensidad?¹³², ¿quién retener y dirigir con sus manos las poderosas riendas del infinito?, ¿quién dar la vuelta a los cielos todos y a la vez sahumar con los fuegos etéreos las tierras feraces, estar presto en todo lugar y en todo momento, a fin de espesar con las
 1100 nubes las tinieblas, sacudir con el trueno el cielo sereno, lanzar luego el rayo, destruir a menudo los propios santuarios y, retirándose al desierto, ensañarse, adiestrándose en lanzar ese dardo que a menudo pasa por alto a los culpables y quita indebidamente la vida a los inocentes?

Evolución y declive del mundo

1105 Y después del período natalicio del mundo, después que surgió el día primigenio del mar, de la tierra y del

¹³¹ Seguimos la lectura de Fellin-Barigazzi que conservan la variante de los codd. *geminam* en lugar de *genitam*, propuesta por Marullo y seguida por muchos críticos. También en Virgilio, *En.*, 1, 274, encontramos *geminam... prolem* con el mismo sentido de los dos sexos.

¹³² Aludiendo a los vv. 645-651 de este canto, repetición de 1, 44-49, Lucrecio que limita la omnipotencia de los dioses, no juzga pensable que una mente divina haya creado y gobierne una obra tan inmensa, atendiendo, por lo mismo, a las vicisitudes humanas.

sol, se agregaron muchos cuerpos del exterior, se agregaron en derredor muchos átomos que el gran todo, después de lanzarlos, los reunió allí; por los cuales pudiesen
 1110 crecer el mar y las tierras, por los cuales el edificio celeste ganase en espacio, levantando sus altos techos lejos de la tierra, y se elevase el aire. Puesto que, por efecto de los golpes, todos los cuerpos, procedentes de todas partes, son distribuidos cada uno en su puesto y acceden a su propia especie: el agua va hacia el agua, la tierra se incrementa con la substancia terrena, los fuegos forjan el fuego y los cuerpos etéreos el éter hasta que la naturaleza, creadora de los seres, perfeccionándoles, les conduce a todos al término último de su desarrollo; como sucede cuando la substancia que penetra en las venas vivificantes ya
 1115 no supera en nada a la que defluye de ella y se disipa. En este momento debe frenarse en todos los seres su desarrollo vital, en este momento la naturaleza detiene con sus fuerzas el crecimiento.

Porque cuantos cuerpos ves desarrollarse con alegre crecimiento y poco a poco escalar los peldaños de la edad adulta, asimilan más elementos de los que expulsan
 1125 en tanto el alimento se distribuye en todas las venas y no están dilatados en tal medida que expulsen y pierdan más substancia de la que nutre a su edad¹³³.

En efecto, hay que rendirse a la evidencia de que muchos elementos difluyen y se disipan en los seres, pero
 1130 deben asimilarse más en número hasta que ellos hayan alcanzado la cúspide suprema del crecimiento. Luego insensiblemente la edad quebranta las fuerzas y el vigor adulto, y declina hacia la decrepitud. Pues ciertamente cuando un cuerpo es más grande y más extenso, una vez
 1135 ha dejado de crecer, tantos más elementos dispersa y echa fuera de sí por todas partes, y ni el alimento se reparte en él fácilmente por todas las venas, ni es suficiente, en

¹³³ Según la fisiología antigua, el alimento se expande por el organismo a través de las venas y la sangre. Conforme al sentir de Lucrecio, en este período de crecimiento, los seres asimilan más alimentos de los que pierden; luego, tras un período de equilibrio se inicia la decadencia cuando las pérdidas son mayores que las adquisiciones; al final, el cuerpo sucumbe a los choques destructores. Y como todo ser, también los hombres se desarrollan y perecen sometidos a un continuo cambio de materia.

comparación con las abundantes efusiones que derrama, para obtener por sí mismo y procurarse en compensación otro tanto.

Así, pues, con razón perecen todos los seres cuando
 1140 con el continuo difluir pierden su densidad y cuando sucumben a los golpes externos, toda vez que el alimento falta al fin en la edad propecta y los cuerpos desde el exterior no cesan con sus choques de agotar toda existencia, abatiéndola hostilmente con sus golpes.

1145 Por lo tanto, también las murallas del gran mundo, una vez expugnadas, se verán abocadas al desgaste y, ya corroídas, al derrumbamiento. En efecto, el alimento debe reparar todos los cuerpos, renovándolos, y afianzarlos y sustentarlos a todos, pero es en vano cuando ni las venas permiten absorber cuanto es suficiente, ni la naturaleza suministra lo que es necesario.

1150 Ahora precisamente nuestra edad está debilitada, y la tierra agotada apenas si produce pequeños animales, ella que ha producido todas las especies y ha dado a luz ingentes cuerpos de fieras. No fue, pues, según pienso, la

1155 cadena de oro bajado del cielo la que hizo descender a los campos las razas mortales¹³⁴, ni las crearon el mar o las olas que baten las rocas, sino que las engendró la misma tierra que ahora las alimenta de su substancia. Además, las brillantes mieses y los fecundos viñedos ella misma espontáneamente los produjo por vez primera para los mortales, ella misma brindó sabrosos frutos y abundantes
 1160 pastos que ahora apenas sí crecen, impulsados por nuestro trabajo; agotamos la fuerza de los bueyes y el vigor de los campesinos y desgastamos el arado, siendo abastecidos con dificultad por los campos: ¡hasta tal extremo son parcos en frutos y aumentan la fatiga!

Desde ahora, el viejo labrador agitando su cabeza se lamenta con demasiada frecuencia de que sus nobles esfuerzos
 1165 hayan sido en vano, y al comparar el tiempo presen-

¹³⁴ La imagen de la «cadena de oro» bajada del cielo procede de Hom., *Il.*, 8, 19. Los estoicos la interpretaban de forma alegórica como símbolo de la sucesión fatal de los hados. Era común en la antigüedad el pensamiento del origen de la vida proveniente del cielo. Lucrecio le contrapone la doctrina epicúrea de la generación surgida de la tierra. Así lo expone en 5, 783-820.

te con el pasado, elogia muy a menudo la fortuna de su progenitor. Asimismo, el cultivador de la viña añosa y marchita se queja del cambio del tiempo, censura a su generación y refunfuña porque la gente de antaño, rebosante de piedad, mantenía muy fácilmente su vida en el ámbito de una reducida heredad, puesto que entonces correspondía a cada uno una cuantía de tierra mucho menor. Y no se da cuenta que poco a poco todas las cosas se consumen y van a la deriva, agotadas por el curso prolongado de la existencia¹³⁵.

¹³⁵ Probablemente el poeta, pasando de los principios a la realidad de su tiempo, expresa con estos versos la triste situación de la agricultura en pleno declive, abocada en breve a su ruina.

Invocación y elogio a Epicuro

Tú que has podido suscitar el primero tan nítida luz de tan grandes tinieblas iluminando los goces de la vida, a ti te sigo, oh gloria del pueblo griego, y en tus huellas
5 profundas pongo ahora las huellas firmes de mis pies, no por el deseo de rivalizar contigo, sino por amor, por cuanto ansío imitarte; pues, ¿cómo puede competir la golondrina con los cisnes?¹³⁶ o, ¿cómo pueden los cabritos de trémulos miembros, emular en la carrera la fuerza de un vigoroso caballo?

Tú eres nuestro padre, el descubridor de la verdad¹³⁷,
10 tú nos brindas enseñanzas paternales, y de tus escritos, ¡oh ilustre!, cómo las abejas liban todas las corolas en los valles floridos, así también nosotros nos alimentamos de tus áureas palabras, áureas, dignísimas siempre de vida eterna. Porque tan pronto como tu doctrina salida de tu
15 divino entendimiento comienza a proclamar la naturaleza del universo, se alejan los terrores del alma, se derrumban las barreras del mundo, veo que los seres se actúan a través del vacío inmenso. Aparecen la majestad de los dioses y sus pacíficas mansiones que los vientos no
20 sacuden, ni las nubes rocían con sus lluvias, ni la nieve congelada en punzante hielo, blanca en su caída, les mancilla, sino que el éter siempre límpido les cubre y sonrío

¹³⁶ Lucrecio, sintiéndose humilde discípulo de Epicuro, se sirve para expresarlo del proverbio griego que recuerda a Teócrito, *Idil.*, 5, 136-137.

¹³⁷ Las enseñanzas de Epicuro descubriendo la verdadera naturaleza del universo, destruyen el temor a los dioses y a la muerte.

con su luz difundida por doquier¹³⁸. La naturaleza, empero, lo proporciona todo y nada altera la paz del alma
 25 en ningún momento. Por el contrario, en ninguna parte aparecen los templos de Aqueronte, ni la tierra impide que puedan ser contempladas todas aquellas cosas que bajo los pies se engendran más abajo, a través del vacío. Ante estos hechos se apodera de mí un cierto divino placer y un horror, puesto que la naturaleza, así descubierta
 30 por tu genio, de modo tan manifiesto se ha hecho patente por todas partes.

*El estudio del alma destruirá el miedo
 a la muerte*

Y puesto que te he enseñado cuáles son los elementos primeros de todas las cosas y cuán diferentes en sus variadas formas revolotean, agitados espontáneamente por un movimiento eterno, y de qué modo pueden ser crea-
 35 dos todos los seres a partir de estos elementos, me parece que después de esto debe ser ya iluminada por mis versos la naturaleza del espíritu y del alma¹³⁹, y arrojado fuera, precipitado en el abismo, aquel miedo al Aqueronte¹⁴⁰ que, desde su misma raíz, perturba enteramente la vida humana envolviéndolo todo con la negrura de la muerte,
 40 sin dejar que exista ningún placer limpio y puro.

En efecto, a menudo los hombres afirman que las enfermedades y la vida indigna deben temerse más que el Tártaro de la muerte¹⁴¹, que ellos conocen bien que la naturaleza del espíritu está hecha de sangre o hasta de vien-

¹³⁸ Como señalan los comentaristas, el poeta imita aquí, vv. 19-22, la célebre descripción homérica, *Od.*, 6, 42-46, del Olimpo, la morada de los bienaventurados dioses.

¹³⁹ En el alma parte real de nuestro ser hay que distinguir dos partes: la racional, *animus, mens*, principio intelectual y la irracional, *anima*, principio de la vida y de la sensación que se extiende por todo el cuerpo: cf. *Introducción*, 4. *Breve valoración del contenido*, 2) *Doctrina sobre el alma*.

¹⁴⁰ Con la alusión al río infernal Aqueronte, Lucrecio combate, más que el temor a los castigos de ultratumba, el miedo a la muerte.

¹⁴¹ Sabemos que el Tártaro era el abismo más profundo del infierno, donde estaban encerrados los titanes rebeldes a Júpiter y los pecadores más impíos. Aquí se refiere, en concreto, a la mansión de la muerte.

- 45 to¹⁴², si así su capricho se lo sugiere, y que para nada tienen necesidad de nuestra doctrina; mas de ahí puedes apreciar que se glorían más bien por deseo de ostentación, y no por tener realmente comprobada semejante afirmación. Ellos mismos, desterrados de la patria, expulsados lejos de la vista de los hombres, mancillados por
- 50 una acusación infamante, afligidos con todas las desgracias, en última instancia viven y adondequiera les ha conducido su miseria allí, no obstante, rinden culto a sus difuntos, sacrifican víctimas negras¹⁴³, destinan ofrendas fúnebres a las almas divinizadas de sus deudos¹⁴⁴ y en los momentos difíciles dirigen con mayor intensidad su espíritu hacia la religión; por lo cual, en la incertidumbre
- 55 de los peligros y en las situaciones adversas es donde conviene experimentar quién es el hombre, pues sólo entonces las palabras fluyen sinceras de lo más profundo del corazón, se arranca la máscara, y subsiste la realidad. En
- 60 fin, la avaricia y la ciega ambición de los honores que obligan a los infelices hombres a transgredir los límites de la justicia y a veces, convertidos en cómplices y ministros del crimen, les fuerzan a empeñarse con notable fatiga, días y noches, a emerger hacia la suprema potencia; todas estas heridas de la vida se alimentan en buena parte por el temor de la muerte¹⁴⁵.
- 65 En efecto, el vergonzoso desprecio y la amarga pobreza parece que están alejadas de una vida dulce y segura y que ya casi se detienen ante las puertas de la muerte¹⁴⁶;

¹⁴² La primera opinión es la de Empédocles: cf. lib. 1, 705-829 y la nota 30; la segunda es la opinión de Anaxímenes: cf. nota 26. Pero Lucrecio no parece referirse directamente a estos filósofos, ni tampoco a los estoicos, sino a los contemporáneos que le impugnan y no son consecuentes con sus principios. Parece aludir a la creencia popular de que la vida desaparece del cuerpo junto con la sangre y el soplo del aire.

¹⁴³ Destinadas a los dioses del infierno y a sus habitantes: cf. Virg., *Geor.*, 4, 545; *En.*, 3, 120; 5, 96-99 y 735-736.

¹⁴⁴ Los *divi Manes* confundidos con los *dii Parentes*, dioses buenos, por lo tanto, en expresión eufemística.

¹⁴⁵ Alusión verosímil a los miembros del primer triunvirato. Todo el pasaje, en particular los vv. 70-73, contiene referencias claras a la realidad política coetánea: república en declive y guerras civiles.

¹⁴⁶ *Turpis contemptus* = «vergonzoso desprecio» y *acris egestas* = «amarga pobreza» del v. 65 responden, en formulación quiástica del pensamiento, a *avarities* = «avaricia» y *honorum caeca cupido* = «ciega ambición de honores» del v. 59.

- por ello, los hombres mientras se ven coaccionados por
 70 un falso terror, desean escapar y retirarse lejos, acrecientan su patrimonio con la sangre de los ciudadanos, y codiciosos duplican sus riquezas acumulando matanza sobre matanza, se gozan, crueles, en la triste muerte del hermano y odian y temen los banquetes de sus consanguí-
 75 neos. Por el mismo motivo, a causa del mismo temor, a menudo les corroe la envidia, de que, a la vista de todos, aquél sea poderoso, que sea admirado aquél otro que marcha entre brillantes honores, en tanto que ellos se lamentan al revolcarse entre las tinieblas y el fango. Una parte se consume por el deseo de estatuas y de fama, y a me-
 80 nudo hasta tal punto, por miedo a la muerte, el odio a la vida y a la contemplación de la luz se apodera de los hombres que, con el pecho afligido, se dan ellos mismos la muerte¹⁴⁷ olvidándose de que la fuente de sus cuitas es este temor, este que ataca el pundonor, destruye los vínculos de amistad y, en fin, impulsa a subvertir la piedad.
 85 Porque, ya muchas veces, los hombres han traicionado a su patria y a sus queridos padres en su intento de evitar las mansiones del Aqueronte. En efecto, como los niños tiemblan y lo temen todo en las oscuras tinieblas, así nosotros en medio de la luz tememos a veces lo que no debe
 90 ser temido en mayor grado que aquello que los niños temen o imaginan que ha de suceder. Así, pues, este terror y tinieblas del espíritu es preciso que lo disipen no ya los rayos del sol, ni los luminosos dardos del día, sino la contemplación consciente de la naturaleza¹⁴⁸.

La mente y el alma son partes del cuerpo

- Primeramente, afirmo que el espíritu que a menudo llama-
 95 mos mente donde se encuentra la razón que gobierna

¹⁴⁷ Frases como ésta «por miedo a la muerte... se dan ellos mismos la muerte» (vv. 79 y 81), las pone Séneca en boca de Epicuro (*Ep.*, 24, 22-26; Usener, *Epicur.*, 496-498), quien, al igual que el filósofo griego las comenta y censura: no se debe buscar la muerte por miedo a la muerte, ni por tedio a la vida: cf. I. Roca, *Séneca, Ep. Mor.*, págs. 51 y 202-204.

¹⁴⁸ Sobre estos vv. 87-93, repetidos ya, y de gran significación para el objetivo del poema, cf. notas 10 y 51.

la vida, constituye una parte del hombre no menos que la mano, el pie y los ojos son partes de todo el ser vivo.

(Algunos, por el contrario, pensaron falsamente)¹⁴⁹ que la sensibilidad no está situada en un lugar determinado, sino que es una disposición vital del cuerpo a la que los griegos llaman 'armonía'¹⁵⁰ por cuanto hace que vivamos con sensibilidad; si bien la mente no se halla en parte alguna; como a menudo decimos que el cuerpo goza de buena salud y no obstante ésta no constituye parte alguna del hombre sano. Así, no sitúan la sensibilidad del espíritu en ningún lugar determinado; en esto me parece que se equivocan desviándose en gran manera. En efecto, a menudo la parte del cuerpo que se puede ver, enferma repentinamente, mientras no obstante nos alegramos en la otra parte que permanece oculta; y, a la inversa, sucede que lo contrario se produzca también a menudo, cuando una persona afligida en su espíritu se alegra en todo el cuerpo; no de otra suerte que mientras a un enfermo le duele el pie, la cabeza, entre tanto, quizá no siente dolor alguno. Además, cuando los miembros están sumidos en un dulce sueño y el cuerpo pesado yace tendido sin sentir, con todo existe algo en nosotros que se agita en ese instante de muchas maneras y recibe en sí todas las emociones del gozo y las vanas preocupaciones del corazón.

Ahora, a fin de que puedas conocer que el alma reside también en los miembros y que no es por la 'armonía' que el cuerpo tiene el hábito de sentir, vemos que, desgajada una gran parte del cuerpo, a menudo, no obstante, la vida persiste en nuestros miembros, y, por el contrario, ésta misma cuando unos pocos átomos de calor se han escapado y el aire ha salido fuera por nuestra boca, al punto abandona las venas y deja los huesos; de aquí puedes conocer que no todos los átomos tienen las mismas funciones ni sustentan la salud de igual modo, sino

¹⁴⁹ No se puede determinar si la laguna después del v. 97 es de uno o de dos versos. Asumimos la propuesta de Bailey que responde al pensamiento expresado por el poeta.

¹⁵⁰ Lucrecio rebate la teoría que considera espíritu y alma como una armonía, una conformación vital del cuerpo. Aunque atribuida a los pitagóricos, en este lugar el poeta probablemente refuta una formulación más reciente de la doctrina debida a los discípulos de Aristóteles, Dicearco y Aristoxeno.

que estos átomos constitutivos del viento y el ardiente vapor cuidan que la vida permanezca en los miembros. Así, pues, existe en el propio cuerpo un soplo vital que abandona nuestros miembros moribundos. Por lo cual, toda vez que la naturaleza del espíritu y del alma se ha manifestado como una parte del hombre, deja ya el nombre de 'armonía' que ha descendido, según los músicos, de las alturas del Helicón¹⁵¹ o que ellos mismos lo han tomado de otra parte y lo han transferido a aquel arte que entonces carecía de nombre. Sea lo que fuere, que se lo guarden: tú escucha mi restante discurso.

Relación entre la mente y el alma

Ahora afirmo que el espíritu y el alma están unidos entre sí y que forman por sí mismos una sola naturaleza, pero que la razón es por así decir la cabeza que domina todo el cuerpo, la que nosotros llamamos espíritu y mente y que permanece situada en medio del pecho. En efecto, aquí se exaltan el pavor y el miedo, en torno a este lugar nos sonríe la alegría; aquí, por tanto, radica la mente y el espíritu. La parte restante del alma diseminada por todo el cuerpo obedece y se mueve a las órdenes y según el movimiento de la mente. Ésta sólo razona por sí misma, ésta goza para sí, cuando ninguna cosa conmueve ni al alma, ni al cuerpo. Y como, cuando la cabeza y el ojo sufre en nosotros por impulso del dolor, no nos torturamos en todo el cuerpo, así el espíritu algunas veces sufre él solo o se reconforta de alegría, mientras la restante parte del alma no se ve perturbada en sus miembros y articulaciones por mutación alguna.

Però cuando la mente está conmovida por un temor más vehemente, percibimos que el alma entera comparte el sufrimiento en los miembros, y así los sudores y la palidez afloran en todo el cuerpo, la lengua se traba, la voz

¹⁵¹ Alusión irónica a Aristóxeno y sus seguidores. A este propósito, dice Cic., *Tusc.*, 1, 10, 19: «Aristóxeno, músico y filósofo a la vez, considera el alma una especie de tensión del propio cuerpo, semejante a aquella que en el canto y en la música se dice 'armonía'.»

languidece, se oscurecen los ojos, los oídos zumban¹⁵², las rodillas flaquean, en fin, a menudo los hombres sucumben por el terror del espíritu; por lo que podrá fácilmente deducir cada cual que el alma está unida al espíritu y

160 cuando es sacudida por la fuerza del espíritu, al punto empuja al cuerpo y lo hiere.

La sustancia de la mente y del alma es material

Este mismo raciocinio nos enseña que la naturaleza del alma y del espíritu es corpórea. En efecto, cuando percibimos que empuja a los miembros, que arrebatada al cuerpo del sueño, que demuda al rostro, que rige y gobierna

165 al hombre entero —y vemos que de estos actos ninguno puede realizarse sin contacto, ni el contacto sin el cuerpo—, ¿no habrá que reconocer que el espíritu y el alma constan de naturaleza corpórea? Además, percibes igualmente que el espíritu comparte en nosotros las funciones

170 con el cuerpo y juntamente sufre con el cuerpo. Si no perjudica a la vida la terrible violencia de un dardo introducido dentro de los huesos y en los nervios desgajados, sin embargo, se produce, una languidez y un suave abandonarse a la tierra¹⁵³ y ya en tierra una turbación que se origina en la mente y a veces como un incierto deseo de levantarse.

175 Por lo tanto, es necesario que la naturaleza del espíritu sea corpórea, puesto que sufre a causa de la sacudida de los dardos corpóreos.

Mente y alma están formadas de átomos muy sutiles

Ahora continuaré explicándote con mis versos de qué clase de cuerpo sea este espíritu y de qué elementos está

¹⁵² Los vv. 155-156 que describen los efectos físicos de una fuerte turbación psíquica, causados por el terror, con ruptura del ritmo normal, recuerdan la famosa oda de Safo en la que la poetisa describe su sentimiento amoroso (frag. 2 de Diehl).

¹⁵³ Descripción similar a la de Séneca, *Ep.*, 77, 9, a propósito de la muerte de Marcelino, después de ayunar e introducirse en un baño de agua caliente. Séneca tenía experiencia de tales desfallecimientos: cf. *Ep.*, 54, 1-2.

constituido. En primer lugar afirmo que es muy sutil y
 180 que está formado de partículas en gran manera diminutas¹⁵⁴. Que esto sea así, si pones atención puedes saberlo porque nada se ve que suceda con la misma celeridad con que la mente concibe su realización y ella misma la inicia. Así, pues, el ánimo se mueve más rápidamente que
 185 cualquier otra cosa cuya naturaleza se manifiesta ante nuestra vista. Pero lo que es tan sumamente móvil debe estar formado de átomos completamente redondos y diminutos, a fin de que, al ser empujados puedan moverse con un pequeño desplazamiento. Porque el agua se mueve y fluye con levísimo movimiento, dado que está formada de átomos volubles y pequeños. Por el contrario, la naturaleza de la miel es más consistente, su jugo más denso y su movimiento más tardó. En efecto, toda la masa de su materia está más cohesionada entre sí, sin duda por-
 190 que no consta de átomos tan ligeros, ni tan sutiles, ni tan redondos. Pues una brisa sostenida y ligera puede forzar que un elevado montón de adormideras se derrame desde lo alto: en cambio no puede hacer lo mismo con un montón de piedras y espigas. Así, pues, los átomos en la
 200 medida en que son muy pequeños y ligeros, así también gozan de movilidad. Al contrario, todos aquellos que se manifiestan con un gran peso y aspereza son, por lo mismo, más sólidos.

Mas, ahora, puesto que la naturaleza del espíritu se ha revelado especialmente móvil, es necesario que esté formada de átomos extremadamente pequeños, lisos y redondos. Esta doctrina que ya te es conocida, mi buen amigo, la encontrarás útil y te resultará oportuna¹⁵⁵. También esta enseñanza muestra de qué contextura tan fina
 210 está hecha la naturaleza del espíritu y en qué pequeño lugar estaría contenida, si pudiese condensarse, ya que, tan

¹⁵⁴ La movilidad de los cuerpos está en relación directa con la sutileza y lisura de los átomos. Pero como nada hay tan rápido como el pensamiento, mente y alma deben estar formados de átomos muy pequeños, redondos y ligeros. Epicuro dice, en efecto, que «el alma está compuesta de átomos extremadamente ligeros y redondos, mucho más todavía que los del fuego» (*Ep. Herod.*, 66, escolio).

¹⁵⁵ En *Ep. Herod.*, 83, dice Epicuro: «Estas verdades una vez depositadas en tu memoria te serán de una ayuda constante.»

pronto como la segura tranquilidad de la muerte ha alcanzado al hombre y la naturaleza de su espíritu y de su alma se ha disipado, ya nada puede verse allí que haya sido sustraído de todo el cuerpo ni en cuanto al aspecto, ni en cuanto al peso: la muerte lo respeta todo excepto
 215 la sensibilidad y el cálido soplo.

Por lo tanto, es necesario que el alma toda conste de pequeñísimas semillas, cohesionada a través de las venas, de las entrañas y de los nervios, puesto que, cuando toda ella ha salido de todo el cuerpo, sin embargo, el contorno
 220 más exterior de los miembros permanece incólume y no falta nada de peso. Tal sucede cuando la flor de Baco¹⁵⁶ se desvanece, o cuando el suave aroma del unguento se disipa en el aire, o cuando la savia ha desaparecido de un cuerpo; sin embargo, por este motivo en nada la realidad
 225 del ser parece disminuida ante nuestros ojos, ni tampoco que le falte nada de peso, sin duda porque muchas y pequeñas semillas constituyen el sabor y el olor de toda la sustancia corporal.

Por lo cual, es conveniente más y más saber que la naturaleza de la mente y del alma está formada de semillas
 230 sumamente pequeñas porque al ahuyentarse del cuerpo no quita nada de peso.

Los cuatro elementos del alma

Con todo, no debemos considerar simple ésta su naturaleza; de hecho un ligero aliento, mezclado con el calor, abandona los cuerpos moribundos y el calor arrastra aire consigo. No existe calor alguno con el que no esté mez-
 235 clado también el aire. Precisamente, porque su naturaleza es poco densa, es necesario que muchos átomos de aire se muevan en su interior.

Así, pues, ya se ha explicado que la naturaleza del espíritu es triple; y, sin embargo, estos tres componentes

¹⁵⁶ A pesar de la condena precedente (lib. 2, 655-660), Lucrecio hace uso de la metonimia que, según el autor, *ad Heren.*, 4, 32, 42 y sigs., constituye una de las diez *exornationes verborum*. Cf. Liv. Andr., 30, *florem anculabant Liberi* y Plauto, *Curc. flos vini naribus meis obiectust*.

juntos no son suficientes para producir la sensibilidad, puesto que la razón no concibe que alguno de ellos pueda
 240 producir movimientos sensitivos y todas las cosas que ella revuelve en la mente¹⁵⁷. Por donde es asimismo necesario que se añada a éstos una cuarta sustancia. Esta se halla en verdad desprovista de nombre; nada existe más movable, ni más sutil que ella, nada formado de elementos
 245 más pequeños y lisos. Ella es la primera en distribuir los movimientos de la sensación a los miembros. En efecto, es la primera que se pone en movimiento, configurada de pequeños átomos; luego reciben el movimiento, el calor y el poder invisible del viento, después lo recibe el aire; después todo cobra movilidad: la sangre se agita, luego las entrañas sienten profundamente todas las sensaciones, finalmente alcanza a los huesos y a la médula ora el placer, ora la pasión contraria. Ni el dolor puede penetrar hasta allí impunemente, ni difundirse una aguda enfermedad, sin que todo quede perturbado hasta el punto que falte lugar para la vida y las partes del alma escapen a través de todas las cavidades del cuerpo. Pero las
 250 más de las veces el final del movimiento tiene lugar casi en la superficie del cuerpo: por esta razón somos capaces de mantener la vida.

260 Ahora la pobreza de la lengua paterna¹⁵⁸ me impide contra mi voluntad, explicarte, por más que lo deseo vivamente, cómo estos cuatro elementos, combinados entre sí y organizados, realizan su obra; sin embargo, en la medida de lo posible, abordaré sumariamente el tema.

En efecto, los elementos primeros van de acá para allá intercambiando sus movimientos de forma que no es posible separar unos de otros, ni su fuerza puede ser aislada
 265 en el espacio, sino que se comportan como muchas energías de un solo cuerpo. De este modo, en cualquier víscera de animales, experimentamos generalmente el olor y un cierto calor y sabor, y no obstante, de todos estos elementos se forma una sola completa estructura corporal.

¹⁵⁷ Entre las varias correcciones propuestas para el v. 240 nos atenemos a la J. Martin en la ed. Teubneriana.

¹⁵⁸ La misma expresión *patrii sermonis egestas* en el lib. 1, 832. En cambio, en 1, 139, dice *propter egestatem linguae*: cf. nota 9.

Así, mezclados el calor, el aire y la fuerza invisible del
 270 viento, constituyen una sola sustancia juntamente con
 aquella potencia móvil que a éstos distribuye el principio
 del movimiento, nacido de ella, de donde brota por vez
 primera el movimiento sensitivo a través de las vísceras.

Porque esta cuarta naturaleza está oculta y se esconde
 en lo más profundo del ser, ni existe nada más interior
 275 que ella en nuestro cuerpo y ella a su vez es el alma de
 la propia alma.

Del mismo modo que en nuestros miembros y en todo
 el cuerpo se combina la fuerza oculta del espíritu y la po-
 tencia del alma, porque está formada de corpúsculos pe-
 queños y escasos, así esta fuerza, para nosotros carente
 280 de nombre, compuesta de corpúsculos diminutos, está
 oculta y ella misma es también como el alma del alma en-
 tera¹⁵⁹ y domina a todo el cuerpo.

Por el mismo motivo es preciso que el viento, el aire
 y el calor actúen combinados entre sí a través de los
 miembros¹⁶⁰ y que uno se someta más a los otros o pre-
 285 valezca sobre ellos, de suerte que parezca que de los tres
 resulta una sola sustancia; de no ser así el calor y el vien-
 to por una parte y la fuerza del aire por otra destruirían
 la sensibilidad y una vez dividida la disgregarían.

Existe también en el ánimo aquel calor que acumula
 cuando él se enciende por la ira y un centelleo más agudo
 290 brilla en los ojos. Existe también mucho aire frío, com-
 pañero del miedo que provoca el temblor en los miem-
 bros e inflama las articulaciones. Existe también esa con-
 dición apacible del aire que se manifiesta en el ánimo
 tranquilo y en el rostro sereno.

295 Pero hay más calor en aquellos cuyo corazón cruel y es-
 píritu iracundo fácilmente se enardece con la ira. Así es,
 ante todo, el vigor violento de los leones, quienes a me-
 nudo al rugir despedazan con el estrépito sus pechos, sin

¹⁵⁹ En dos lugares muy próximos, vv. 275 y 280-281, repite la expresión de que el cuarto elemento, el más sutil y oculto, es como «el alma de toda el alma». Cf. *Introducción*, 4. *Breve valoración del contenido*, 2. *La doctrina del alma*.

¹⁶⁰ Véase una argumentación análoga en 1, 763-781, concretamente en 778-781, a propósito de las combinaciones realizadas por los átomos para formar los compuestos. En el v. 282 se distingue entre *ventus* y *aer*: *ventus* no es sino *aer agitatus* (cf. lib. 6, 685).

300 poder contener en éstos el ímpetu de su ira. Pero, más
 llena de viento está la fría mente de los ciervos y provo-
 ca con mayor rapidez, a través de las vísceras, gélidos so-
 plos que causan un movimiento trémulo en sus miem-
 bros. Pero, la naturaleza de los bueyes vive de un aire
 más plácido, ni la antorcha humeante, demasiado fácil a
 la ira, le incita jamás, envolviéndola en la sombra de las
 305 ciegas tinieblas, ni se entorpece al ser atravesada por los
 fríos dardos del pavor; se sitúa en medio de ambos: de
 los ciervos y de los crueles leones.

Otro tanto sucede con el linaje humano. Aunque la edu-
 cación hace que algunos sean cultos por igual, sin embar-
 go, deja que subsistan los rasgos primitivos de carácter en
 310 cada persona. Y no hay que pensar que los defectos pue-
 dan arrancarse de raíz de tal suerte que uno no sea de-
 masiado propenso a incurrir en ira violenta, que el otro
 no sea invadido un poco demasiado rápidamente por el
 miedo y que aquel otro no acepte ciertas propuestas con
 mayor benevolencia de lo que es justo. Y, en otros mu-
 315 chos aspectos, es necesario que se diferencien las diversas
 naturalezas de los hombres y las costumbres que les se-
 cundan; de éstas no puedo exponer ahora las causas ocul-
 tas, ni encontrar tantos nombres de formas, cuantos son
 los de los átomos de donde procede esta variedad. En es-
 tas condiciones, es evidente que podemos afirmar que has-
 320 ta tal punto los rasgos del carácter, que la filosofía no pue-
 de eliminar de nosotros, son irrelevantes, que nada nos
 impide llevar una vida digna de los dioses¹⁶¹.

Relación entre alma y cuerpo

Así, pues, esta naturaleza del alma está contenida por
 todo el cuerpo y ella misma es la custodia del cuerpo y

¹⁶¹ Se plantea en este párrafo, vv. 307-322, la meta a la que puede aspirar el sabio epicúreo que es un «hombre de la naturaleza» que considera el dolor como el único mal y que, no obstante, sufre esforzándose por eliminar o reducir las pasiones y deseos. Sí es cierto que la educación no hace desaparecer del todo la naturaleza, pero se reconoce, a partir del v. 319, el poder de la *ratio*, de la filosofía, y de la superioridad de ésta sobre toda educación no racional, ya que la *ratio* nos puede elevar al rango de los dioses: cf. Ernout-Robin, *op. cit.*, II, págs. 52-53. Aquí epicureísmo y estoicismo se dan la mano: cf. I. Roca, *Séneca, Ep. Mor.*, págs. 66-67.

325 la causa de su salud, pues ambos están adheridos mutua-
mente por raíces comunes y es evidente que no se pue-
den separar violentamente sin que perezcan. Como no es
fácil separar el aroma de unos granos de incienso, sin que
330 la naturaleza de éste perezca, así tampoco es fácil hacer
salir la naturaleza del alma de todo el cuerpo, sin que todo
el compuesto se disuelva.

Con principios así entrelazados desde su primer ori-
gen, se hacen mutuamente partícipes de la vida que po-
seen por naturaleza y es evidente que la potencia del cuer-
po y la del espíritu, cada una sin la ayuda de la otra, no
335 pueden sentir, sino que mediante los movimientos comu-
nes entre ellas se aviva en ambas la sensibilidad, estimu-
lada en nosotros a través de las vísceras¹⁶². Además, ni
el cuerpo es jamás engendrado por sí mismo, ni crece, ni
se le ve que subsista después de la muerte.

Porque no como el agua pierde a menudo el calor
340 que ha recibido, sin que por este motivo sea destruida, an-
tes bien permanece a salvo, no así, lo repito, pueden los
miembros abandonados soportar la separación del alma,
sino que, revolviéndose en lo más íntimo, perecen y se pu-
dren.

345 Así, desde la primera edad, en su contacto mutuo, el
cuerpo y el alma aprenden a ejercitar los movimientos vi-
tales, cuando todavía se hallan escondidos en los miem-
bros y el vientre maternos, de tal suerte que no se puede
realizar la separación sin su exterminio y perdición; ah-
ora puedes ver, dado que la causa de su supervivencia va
unida, que también esté unida su naturaleza.

350 Por lo demás, si uno niega que el cuerpo tenga sensi-
bilidad y cree que el alma mezclada con todo el cuerpo,
se reserva ese movimiento que llamamos sensación, nie-
ga incluso los hechos más patentes y verídicos. Pues,
¿quién nos dará a conocer lo que es la naturaleza de la
355 sensación corporal, si no nos da a conocer el hecho que
la realidad nos descubre y enseña?

¹⁶² Es imposible sostener que vida y sensibilidad pertenezcan propia y exclu-
sivamente al alma o al cuerpo, o que sean una cualidad innata de ellos. Cuando
la unión de alma y cuerpo queda destruida, vida y sensibilidad se pierden para
una y otro. Es también la enseñanza de Epicuro: *Ep. Herod.*, 63-65.

«Pero, cuando el alma se ha evadido, el cuerpo carece totalmente de sensibilidad.» Ciertamente, pierde lo que no era propio de él en la vida y además muchas otras cualidades al ser excluido de la vida.

- 360 Asimismo, que los ojos no sean capaces de distinguir ningún objeto, sino que el espíritu, por medio de ellos contempla las cosas como a través de puertas abiertas, no podemos afirmarlo¹⁶³, toda vez que el sentido de la vista nos lleva a la opinión contraria, ya que nos empuja y arrastra hasta las mismas pupilas, especialmente cuando no podemos contemplar —y esto sucede a menudo— objetos refulgentes, porque los ojos quedan deslumbrados
- 365 por la luminosidad de aquéllos. Lo que no tiene lugar en el caso de las puertas; en efecto, las puertas por las cuales miramos no experimentan al ser abiertas dolor alguno. Aparte de que si nuestros ojos fueran como puertas, el espíritu, desaparecidos los ojos, parece que debería contemplar mejor los objetos, una vez suprimidas las impostas.

Refutación de Demócrito: disposición de los átomos de alma y cuerpo

- 370 En esta cuestión no podemos en modo alguno aceptar lo que pretende la hipótesis de Demócrito, hombre venerado: que los átomos del cuerpo y del espíritu, yuxtapuestos uno a uno, se sucedan alternativamente y que así entrelacen sus miembros¹⁶⁴. Pues, como los elementos del
- 375 alma son mucho menores que aquellos de los que están formados en nosotros cuerpo y vísceras, así ceden también en cuanto al número, y al ser poco densos son dise-

¹⁶³ Según Lucrecio que combate a los estoicos, el alma no percibe a través de los órganos de los sentidos como a través de puertas abiertas, sino que les da a éstos la facultad de sentir y de transmitir las sensaciones. La teoría estoica impugnada la expone Cic., *Tusc.*, 1, 20, 46.

¹⁶⁴ Como puede apreciarse, Lucrecio siente respeto y admiración por Demócrito de Abdera que desarrolló la doctrina atomística de Leucipo y cuya Física mecánica fue adoptada con pocas modificaciones por Epicuro. Aquí, sin embargo, combate una opinión de Demócrito no atestiguada por ninguna otra fuente, sino por este solo pasaje.

minados por nuestros miembros. Esto es, al menos lo que puedes adelantar: cuanto es pequeño el tamaño de los átomos que con sus sacudidas pueden provocar en nosotros
 380 los movimientos sensitivos, tan grandes son los intervalos que mantienen separados los átomos del alma.

En efecto, ni a veces sentimos el adherirse el polvo a nuestro cuerpo, ni las marcas que la greda deposita en nuestros miembros¹⁶⁵, ni sentimos la niebla en la noche, ni la sutil tela de araña que tenemos delante, cuando en
 385 nuestra marcha somos atrapados en su red, ni sentimos los lazos despojos caídos sobre la cabeza, ni las plumas de las aves, ni los copos volantes del cardo que a menudo se depositan lentamente por su excesiva ligereza, ni sentimos el movimiento de cualquier animalejo que se arrastra, ni las huellas singulares de sus patas que en nuestro
 390 cuerpo dejan los mosquitos y los demás insectos.

Hasta tal punto han de ser estimulados en nosotros múltiples elementos del cuerpo antes de que las semillas del alma mezcladas con aquellos en nuestros cuerpos a través de los miembros perciban que sus átomos son removidos y antes de que chocando en estos intervalos puedan sacudirse, reunirse y a la vez rechazarse.
 395

Predominio del espíritu sobre el alma

Y es el espíritu el que tiene más apretados los cerrojos de la vida y domina sobre ésta más que la fuerza del alma¹⁶⁶. Porque sin la mente y el espíritu no puede parte alguna del alma hallarse en los miembros del cuerpo ni
 400 siquiera un breve instante, sino que como compañera de éstos les sigue en pos sin tardar y se desvanece en el aire, dejando gélidos los miembros en medio del frío de la

¹⁶⁵ Más que a un eventual juego de niños, piensa Ernout-Robin, *op. cit.*, II, pág. 65, en las marcas que deja sobre la piel la greda con que se blanquean los vestidos de lana, o quizá aluda el poeta al uso de la greda para acicalarse o empolvase: cf. *Marc.*, 8, 33, 17.

¹⁶⁶ El alma acompaña al espíritu que es su señor, como esclava. Hasta tanto que la mente está intacta, la vida se conserva, aunque una parte del cuerpo y del alma se haya perdido; de modo análogo el ojo no queda privado de la facultad visual si la pupila se mantiene intacta.

muerte. En cambio, aquél que conserva la mente y el espíritu permanece vivo. Aunque no sea más que un tronco desgarrado, mutilado por doquier en todos sus miembros, incluso arrancada el alma de todas sus partes y separada de los miembros, con todo vive y recibe el soplo de vida celeste. Desprovisto, si no de toda, al menos de gran parte del alma, no obstante, se detiene aquí y se aferra a la vida; como estando lacerado el entorno del ojo, si la pupila permanece ilesa, la facultad de ver subsiste vívida, con tal de que no se dañe el globo del ojo, ni se corte en derredor la pupila, dejándola aislada; pues esto tampoco podrá suceder sin la destrucción de ambos. Mas, si esa parte tan pequeña en medio del ojo está afectada, de repente desaparece la luz y sobrevienen las tinieblas, por más que el globo permanezca ileso y brillante en las otras partes. Con semejante pacto quedan siempre vinculados el alma y el espíritu.

El alma no sobrevive al cuerpo

Ahora, pues, para que puedas conocer que en los seres vivos sus espíritus y almas ligeras tienen nacimiento y muerte, pasaré a exponerte estos versos que durante largo tiempo me he esforzado en componer y tras dulce fatiga los he conseguido, dignos como son de que tu vivas para ellos¹⁶⁷. Tú trata de unir uno y otra bajo un solo nombre y así cuando ahora, por ejemplo, hable del alma, enseñando que es mortal, piensa que me refiero también al espíritu, porque juntamente son una sola cosa y están unidos en una sustancia.

Primeramente, he demostrado que el alma sutil está compuesta de diminutos cuerpos y de elementos mucho más pequeños que la fluida humedad del agua o la niebla o el humo —en efecto, les aventaja con mucho en movilidad, siendo movida a impulso de causas más ligeras, ya

¹⁶⁷ Críticos como Ernout y Bailey interpretan la frase del v. 420, *digna tua... carmina vita* traduciendo «versos dignos de ti». Con Giacotti, *Il preludio di Lucrezio*, Mesina-Florenca, 1959, pág. 116, entendemos «versos dignos de que tu vida se consagre a ellos», o «de que tú vivas para ellos».

- que la mueven los simulacros del humo y de la niebla. Así sucede cuando aletargados por el sueño contemplamos que los altares exhalan el vapor hacia las alturas y expanden el humo —pues, sin duda, estos simulacros de los objetos nos afectan—; ahora bien, puesto que al ser sacudidos unos vasos por todos los lados vemos que el agua se dispersa y su líquido se desparrama, y que la niebla y el humo se desvanecen en el aire, debes creer que también el alma se dispersa y parece mucho más presto y se disuelve más rápidamente en sus elementos primeros, en el momento en que, erradicada de los miembros del hombre, se aleja de ellos.
- 440 Porque si el cuerpo que es como el vaso del alma ya no puede contenerla cuando está quebrantado por cualquier causa, o falta de densidad una vez que la sangre se ha retirado de sus venas, ¿cómo puedes creer que pueda contenerla aire alguno, el cual se esforzará inútilmente en contenerla puesto que es menos denso que nuestro cuerpo?
- 445 Además, observamos que el alma nace a una con el cuerpo, que crece juntamente con él y que por igual envejece. En efecto, como los niños con un cuerpo débil y tierno andan sin rumbo, así también les acompaña un frágil juicio de su espíritu. Luego, cuando la edad se ha hecho adulta con robustez de fuerzas, también el juicio es más razonable y se incrementa más la potencia del espíritu. Después, cuando ya el cuerpo se halla cansado por el virulento asedio del tiempo y los miembros han decaído debilitadas sus fuerzas, el talento claudica, la lengua desvaría, la mente vacila, todo llega a flaquear y en un momento nos falta.
- 455 Así, pues, conviene que también la naturaleza toda del alma se disuelva, como el humo en las altas regiones de la atmósfera, dado que comprobamos que nacen juntos, que juntos crecen y que, como he dicho, a un mismo tiempo se agotan.

168 Bailey y Diels aceptan la corrección de Woltjer, *incohibens sit*, en cambio, nosotros asumimos la de los codd., mantenida también por Ernout y Martin. De hecho, la presencia del incoativo *incohibescit* no es más extraña que la corrección indicada, y el uso de los incoativos es frecuente en Lucrecio.

460 A esto se añade que, como el mismo cuerpo sufre horribles enfermedades y crueles dolores, así también el espíritu graves afanes, aflicción y miedo; por lo cual conviene que sea igualmente partícipe de la muerte.

Más aún, en las enfermedades del cuerpo, el espíritu anda a menudo extraviado, pues pierde la razón, dice desatinos y a veces con un grave letargo es impulsado al profundo y eterno sopor¹⁶⁹, con la vista y la cabeza gacha, de modo que ni escucha las voces, ni es capaz de conocer los rostros de aquéllos que, esforzándose por volverle a la vida, le rodean bañados en lágrimas sus rostros y sus mejillas.

470 Por ello, es necesario reconocer que también el espíritu se disuelve ya que penetran en él los contagios de la enfermedad¹⁷⁰. En efecto, dolor y enfermedad son ambos factores de la muerte, como nos lo ha mostrado anteriormente el final de mucha gente.

480 En suma, ¿por qué cuando la fuerza imperiosa del vino ha penetrado en el hombre y el ardor que se ha esparcido llega a las venas, le acompaña la pesadez de los miembros, las piernas embarazosas le hacen vacilar, la lengua se le entorpece, la mente está embotada, los ojos enturbiados, aumentan los gritos, sollozos e insultos y todas cuantas molestias de este tipo siguen a la embriaguez?; ¿por qué motivo se produce esta situación, sino es porque la vehemente fuerza del vino logra normalmente perturbar el alma aún introducida en el cuerpo?

485 Ahora bien, todos los seres que pueden ser perturbados e impedidos dan a entender que, si una causa un poco más fuerte les invade, deberán morir privados de existencia en el futuro.

Es más, ante nuestra vista, forzado a menudo por la

¹⁶⁹ El calificativo *aeternum* no debe ser entendido a la letra, como parece suponerlo Ernout que lo considera sinónimo de *perpetuus* aduciendo en su favor el lugar horaciano, *Od.*, 1, 24, 5, *perpetuus sopor* (cf., *op. cit.*, II, pág. 67). Aquí Lucrecio no habla todavía de muerte, sino de la impresión que de ella tienen los que presencian el desfallecimiento.

¹⁷⁰ El apologista Arnobio, retórico de Sicca, muy ligado a la obra de Lucrecio, repite el argumento, sin compartirlo por supuesto, en *Adv. Nat.*, 2, 7: «En fin, ese mismo ánimo que decís que es inmortal y dios, ¿por qué está enfermo en los enfermos, estólido en los niños y, fatigado, profiere en la vejez desatinos y locuras?»

violencia súbita de la enfermedad, un hombre cae como fulminado por el rayo, echa espumarajos, gime, tiene temblor en los miembros, desatina, estira los músculos, se re-
 490 tuerce, jadea de forma intermitente y, agitando sus miembros, se agota. Ciertamente, porque desgarrada a través de las articulaciones por el ímpetu de la enfermedad, el alma se agita echando espuma, como en la superficie del mar salado las olas se ponen en efervescencia ante la impetuosa fuerza de los vientos.

495 Por otra parte, se provocan los gemidos ya que los miembros están desgarrados por el dolor y sobre todo porque las semillas de la voz son expulsadas y salen fuera de la boca amontonadas por el conducto casi familiar por donde está abierto el camino.

Se produce el desvarío, porque la potencia del alma y
 500 del espíritu se altera y, como he indicado, dividida en partes, es dispersada por aquel mismo veneno, una vez destruida.

Luego, cuando ya ha remitido la causa de la enfermedad y vuelve a su refugio el agrio humor del cuerpo corrompido, entonces como si el enfermo se tambalease, primeramente se incorpora y poco a poco vuelve al uso de
 505 todos sus sentidos recobrando el dominio del alma¹⁷¹.

Así, pues, si éstos, alma y espíritu, son sacudidos aun en el interior del cuerpo por tan grandes enfermedades y, desgarrados, sufren de modo miserable, ¿cómo puedes creer que sin la protección del cuerpo puedan ellos mismos, en pleno aire, continuar la vida en medio de los impetuosos vientos?

510 Y puesto que vemos que la mente se cura, como el cuerpo enfermo, y que puede restablecerse con la medicina, esto mismo indica que la mente tiene una vida mortal. Es necesario que añada partes o que transponga su orden, o, al menos, que sustraiga una mínima parte de la suma
 515 todo el que se propone el objetivo de cambiar el estado

¹⁷¹ Ha descrito el poeta la crisis de un epiléptico, afectado de *comitialis morbus*, «el más sagrado», resultado de la acción de la pituita y la bilis negra. Celso, 3, 21, describe así el ataque epiléptico: «la persona cae a tierra de improviso, su boca echa espumarajos, luego tras un cierto tiempo, vuelve en sí y se levanta por sí sola».

del espíritu, o que busca transformar cualquier otra sustancia.

Pero, un ser inmortal no permite que le sean transpuestos sus componentes, ni tampoco que se le añada nada o que se le escape un ápice. Pues cuando un cuerpo,
 520 al mudarse, sale de sus límites, este cambio supone inmediatamente la muerte de aquello que era antes¹⁷². Por consiguiente, el espíritu tanto si enferma, como si se recupera por la medicina, da muestras, como he indicado, de que es mortal. Hasta tal punto la evidencia de la verdad se revela opuesta a la falsa opinión y cierra la salida
 525 al que busca la huida, convenciéndole de su error con una doble refutación.

En fin, vemos a menudo que un hombre se apaga poco a poco y que pierde miembro a miembro el sentido vital; primeramente, dedos y uñas se ponen lívidos en los pies, luego mueren los pies y las piernas, a continuación avanzan por los otros miembros lentamente las pisadas de la
 530 gélida muerte. Y puesto que la naturaleza del alma se desgarrar y no sale fuera toda entera de una vez, debe ser considerada de condición mortal.

Porque si piensas, acaso, que puede por sí sola retirarse hacia adentro a través de los miembros, reunir las partes
 535 en un solo lugar y así quitar la sensibilidad de todos los miembros, entonces el lugar en que el alma se concentra en tanta cantidad debería aparecer provisto de una sensibilidad mayor; mas, como tal lugar evidentemente no existe en parte alguna, según he dicho antes, está claro que el alma despedazada se dispersa fuera y que, por lo mismo, perece. Más aún, si ahora nos agradase admitir
 540 la falsedad y conceder que el alma puede aglomerarse en el cuerpo de quienes, moribundos, abandonan la luz miembro a miembro, con todo sería necesario admitir que el alma es mortal, sin que importe que perezca dispersada por el aire, o que se entumezca contraída en todas sus
 545 partes, puesto que al hombre entero la sensibilidad le abandona por todos lados más y más, y por todos ellos le queda cada vez menos vida.

¹⁷² Los vv. 519-520 son repetición de 1, 670-671 y 2, 753-754; en ellos se resume el principio enunciado anteriormente.

Y puesto que la mente es una parte del hombre que permanece fija en un lugar determinado, como los oídos
 550 y los ojos y los demás sentidos que gobiernan la vida, y así como las manos, los ojos y la nariz, arrancados de nosotros, no pueden ni sentir ni tampoco existir, antes bien en poco tiempo se funden por la descomposición; de la misma manera el espíritu no puede existir por sí mismo
 555 sin el cuerpo y el propio hombre, que parece ser como un vaso o cualquier otro objeto que, mejor aún, quieras imaginar más estrechamente unido a él, toda vez que el cuerpo a él permanece adherido con fuerte vínculo.

En fin, la potencia vital del cuerpo y del alma por la unión mutua de uno y otra tiene vigor y goza de la vida,
 560 pues la naturaleza del espíritu no puede por sí misma producir los movimientos vitales sin el cuerpo, ni el cuerpo privado del alma puede perdurar y servirse de los sentidos.¹⁷³

Exactamente como el ojo, arrancado de su raíz, no puede discernir cosa alguna, si está separado de todo el cuerpo, así también descubrimos que el alma y el espíritu no
 565 pueden nada por sí mismos. Sin duda, porque mezclados entre las venas, las vísceras, los nervios y los huesos, sus átomos son retenidos por todo el cuerpo y no pueden saltar libremente fuera a grandes distancias, de ahí que, encerrados, provoquen movimientos, causa de la sensación, que fuera del cuerpo no pueden suscitar, arrojados tras la
 570 muerte a los soplos del aire, ya que no están sujetos del mismo modo.

Porque el aire se convertirá en cuerpo y ser animado, si el alma puede contenerse dentro de él y limitarse a realizar aquellos movimientos que antes realizaba en los nervios y en el propio cuerpo. Por lo cual, es necesario reconocer una vez más que, destruida toda la envoltura corporal y expulsado el soplo de vida, desaparezca la sensibilidad del espíritu y del alma, ya que con ambos va unida la causa de la vida.

¹⁷³ Como antes lo hemos indicado (cf. nota 162), también aquí tiene presente Lucrecio el pensamiento de Epicuro: cf. *Ep. Herod.*, 65, donde al terminar dice: «Hay que reconocer que una vez destruida la trabazón entre el alma y el cuerpo, el alma se disipa a su vez; no posee las mismas propiedades que antes, ni los mismos movimientos, de modo que no posee tampoco la sensibilidad.»

580 En fin, dado que el cuerpo no puede soportar la separación del alma sin descomponerse con un olor fétido, ¿cómo dudas que la fuerza del alma arrancándose desde nuestro interior más profundo se exhale disolviéndose como el humo y que, por lo mismo, el cuerpo expuesto a la mutación sucumba entre tanta ruina disgregada, porque los fundamentos se han removido totalmente de su lugar¹⁷⁴ al escaparse el alma afuera, a través de las articulaciones y por todas las sinusoidades de los conductos que hay en el cuerpo, y por los poros? De este modo, puedes conocer que la naturaleza del alma repartida por muchas vías se ha evadido a través de los miembros y que se hallaba ya desgarrada en el propio cuerpo antes de que, arrastrada hacia afuera, se lanzase volando hacia los espacios aéreos.

Más aún, mientras se revuelve dentro de los confines de la vida, a menudo, al ser sacudida por cualquier causa, el alma da la impresión de que se nos va, que busca desligarse de todo el cuerpo, y, como si fuera el instante supremo, los ojos languidecen y todos los miembros flaqueando se caen del tronco exangüe. Tal sucede en los casos en que, según dicen, el espíritu se ha encontrado mal o ha tenido un desmayo, cuando ya la gente se inquieta y todos se esfuerzan por retener el último lazo de unión con la vida. Pues entonces se conmociona la mente y toda la potencia del alma que están a punto de arruinarse con el propio cuerpo, aun cuando una causa algo más grave bastaría para destruirlas.

¿Por qué dudas todavía de que expulsada del cuerpo, tan debilitada, fuera, al aire libre, desprovista de la protección del cuerpo, el alma no sólo no pueda durar por toda la eternidad, sino que ni siquiera pueda subsistir un tiempo mínimo? En efecto, nadie al morir revela que siente que el alma se le va intacta fuera del cuerpo, ni que antes se le sube a la garganta y a las fauces, sino que se agota situada en una parte determinada; como percibe, respecto de los otros sentidos, que cada uno se extin-

¹⁷⁴ Se establece la comparación entre el cuerpo que sucumbe y un edificio ruinoso. El calificativo *putris* lo hemos traducido por «disgregado» y no «putrefacto» siguiendo las indicaciones de Ernout-Robin, *op. cit.*, II, pág. 91.

que en su propio órgano. Porque si nuestra alma fuese inmortal, al morir no se lamentaría tanto por su descomposición, sino más bien (se alegraría) de irse fuera y abandonar sus despojos como la serpiente¹⁷⁵.

615 En fin, ¿por qué el espíritu y la razón nunca nacen en la cabeza o en los pies, o en las manos, sino que están adheridos a unas mismas sedes y a determinadas partes en todos los hombres, a no ser porque a cada cosa se la ha asignado un lugar fijo para nacer en el cual una vez

620 creada pueda perdurar, y que conste de múltiples articulaciones de tal suerte distribuidas que jamás el orden de los miembros resulte perturbado? Tan cierto es que una cosa sigue a otra que, ni la llama suele producirse de la corriente de agua, ni el frío ser engendrado en el fuego.

625 Además, si la naturaleza del alma es inmortal y puede gozar de sensibilidad separada de nuestro cuerpo, hay que suponerla, según creo, dotada de los cinco sentidos. No de otra suerte podemos concebir que las almas en el infierno vaguen por las riberas del Aqueronte. Por ello, los

630 pintores¹⁷⁶ y los escritores¹⁷⁷ de los siglos precedentes representaron a las almas provistas de sentidos. Ahora bien, no puede tener ojos, ni nariz, ni tampoco manos el alma separada del cuerpo, como tampoco lengua, ni orejas; así pues las almas por sí mismas no pueden ni sentir, ni existir.

Y puesto que experimentamos que en todo el cuerpo
635 anida el sentido vital y vemos que todo él está animado, si de repente una fuerza lo cortase por la mitad de un gol-

¹⁷⁵ Hemos incluido entre paréntesis el verbo que se debe suplir. Las antiguas ediciones incluían después del v. 614 el conjeturado por Marullo (*gauderet, prae-longa senex ut cornua cervus*). Pero la oposición está suficientemente señalada por el *magis* que implica un *gauderet* lógicamente sobreentendido.

¹⁷⁶ La pintura más célebre era el fresco de Polignoto que hacía juego en el Consejo de los Cnidios con la «Toma de Troya» y que representaba la consulta de Tiresias por Ulises. Sobre otras reproducciones, cf. Daremberg..., *Dict. Antiq.* art. *inferi*, 3, 507 y sigs.

¹⁷⁷ Entre los escritores, Lucrecio hace pensar en Plauto, *Cap.*, 998-999: «He visto a menudo en pinturas los suplicios que se padecen en las riberas del Aqueronte.» Cf. Cic., *Tusc.*, 1, 16, 37, donde se refiere a Homero, *Od.*, 11 y a Ennio, *Cresph.*, frag. 134-135 (ed. Warmington) y dice: «Sin embargo, quieren que estas imágenes hablen, lo que no puede suceder sin lengua, sin paladar y sin la fuerza y la forma de la garganta, de los costados y de los pulmones.»

pe certero de forma que fuera dividido enteramente en dos partes, sin duda la potencia del alma, separada y cortada, quedaría también dispersada junto con el cuerpo.

640 Pero, lo que se corta y se disgrega en partes niega evidentemente que posea una naturaleza inmortal.

Dicen que carros provistos de hoces¹⁷⁸, calientes por la matanza promiscua, a menudo cortan los miembros tan súbitamente que se ve palpar en tierra la parte de

645 los órganos que ha caído cortada en tanto que el espíritu vigoroso del hombre no llega a sentir el dolor por la rapidez del golpe y, asimismo, porque la mente está absorta en el ardor de la refriega: con todo, su restante cuerpo busca insistentemente la lucha y la matanza, y con frecuencia no advierte que ha perdido su mano izquierda a una con

650 el escudo que, entre los caballos le han arrebatado las ruedas y las hoces rapaces. Otro guerrero ni siquiera advierte que se le ha caído la mano derecha mientras se encarama a la altura y persigue al enemigo. Un tercero se empeña allí en incorporarse sobre la pierna que le han arrancado mientras cerca de él agita aún los dedos en el suelo su pie moribundo. Una cabeza, cortada del tronco cálido

655 y vivo, conserva todavía en tierra el semblante vivo y los ojos abiertos¹⁷⁹ hasta tanto que haya entregado todo cuanto le queda de alma.

Es más, si te complaces en cortar con la espada en muchos pedazos ambas mitades de una serpiente de lengua vibrante, cola amenazadora y cuerpo alargado, observarás que cada uno de los pedazos se retuerce a causa de la herida reciente y que humedece con su veneno el suelo y que la parte anterior se vuelve a buscar con la boca su otra parte para sujetarla de un mordisco, lacerada como está por el dolor de la violenta herida.

665 ¿Diremos, en consecuencia, que en todos esos pedacitos viven almas enteras? Mas, de este razonamiento se deducirá que un ser animado contiene en su cuerpo muchas

¹⁷⁸ Tales carros armados de hoces no los usaron jamás los griegos, ni los romanos. Lucrecio los menciona por haber oído hablar de ellos. Son de invención oriental. Jenofonte se refiere a ellos en *Anab.*, 1, 8, 10. Por Tito Livio, 37, 41, 7, sabemos que los usó Antíoco de Siria.

¹⁷⁹ Ennio, *An.*, 501-502 (ed. Warmington), ha inspirado a Lucrecio en vv. 653-655 y a Virg., *En.*, 10, 396 y 4, 691.

almas. Así, pues, aquella alma que era una sola ha sido dividida junto con el cuerpo; por donde hay que concluir que alma y cuerpo son mortales, ya que se dividen por igual en muchas partes.

El alma tampoco preexiste al cuerpo

- 670 Además, si el alma es por naturaleza inmortal y se introduce en el cuerpo cuando uno nace, ¿por qué no podemos acordarnos también de la vida que antes tuvimos, ni conservamos vestigio alguno de las acciones pasadas? Porque si la potencia del espíritu se ha transformado tanto que se ha perdido todo el recuerdo de las acciones realizadas, semejante estado, según pienso, no se encuentra ya muy lejos de la muerte; por lo cual es preciso reconocer que el alma que existió antes ha muerto y que ha sido ahora creada la que ahora poseemos.
- 675
- 680 Asimismo, si la potencia viva del alma se suele introducir en nuestro cuerpo ya formado, en el preciso momento en que somos engendrados y atravesamos el umbral de la vida¹⁸⁰, en tal caso no sería lógico verla crecer con el cuerpo y, al mismo tiempo que los miembros, en la propia sangre, sino que como en una cárcel debería vivir por sí misma y para sí a condición, sin embargo, que difundiera la sensibilidad en todo el cuerpo.
- 685

Así, pues, una vez más, hay que pensar que las almas ni están exentas de nacer, ni desligadas de la ley de morir. Porque ni se puede pensar que hayan podido adherirse con tanta fuerza a nuestros cuerpos, si han penetrado desde fuera —pero que sucede todo lo contrario lo muestra la evidencia de los hechos.

- 690
- En efecto, el alma se halla de tal modo entrelazada por medio de las venas, de las vísceras, de los músculos y de los huesos que hasta los dientes participan de la sensibilidad como lo indican las enfermedades de éstos: la pun-

¹⁸⁰ Alude a la doctrina órfica, compartida por pitagóricos, Empédocles y Platón: el alma, especie de divinidad caída, al ser introducida en el cuerpo expía sus faltas. Su paso, a través de diversos organismos (cf. vv. 748-764), señala las etapas de esta expiación hasta el día en que, liberada, encuentre su felicidad.

695 zada producida por el agua fría y el dolor de la piedrecita
mascada de improviso al comer el pan—, y puesto que
están las almas tan bien unidas al cuerpo, no parece que
puedan salir incólumes de él y desligarse sanas y salvas
de todos los músculos, huesos y miembros.

Pero si consideras que el alma, introduciéndose desde
el exterior se esparce como un líquido a través de nues-
700 tros miembros, con mayor motivo, sin duda, perecerá,
confundida con el cuerpo, pues lo que se esparce se di-
suelve y, por lo tanto, perece. En efecto, el alma se re-
parte por todos los poros del cuerpo.

Como el alimento, al difundirse por todos los miem-
bros y articulaciones se descompone y se transforma en
705 una nueva sustancia, así el alma y el espíritu, aunque pe-
netren intactos en el cuerpo recién nacido, con todo se
disuelven al difundirse por él, mientras que, a través de
los poros, se esparcen por todos los órganos los átomos
con los que se crea esta naturaleza del alma que ahora se-
710 ñorea en nuestro cuerpo, nacida de aquella otra que ha
fenecido, al punto repartida entre los órganos.

Por lo tanto, aparece claro que la naturaleza del alma
ni carece del día del nacimiento, ni está exenta de la muer-
te.

Por otra parte, ¿las semillas del alma subsisten o no
en el cuerpo sin vida? Porque si subsisten y están conte-
715 nidas en él, con razón no podrá el alma ser considerada
inmortal, ya que ha salido del cuerpo debilitada por la pér-
dida de algunos elementos. Pero si al separarse se ha es-
capado con los miembros intactos, sin haber dejado en el
cuerpo ningún elemento suyo, ¿por qué los cadáveres en
720 sus entrañas ya fétidas engendran gusanos y por qué tan
gran abundancia de animalejos sin huesos y sin sangre pu-
lula en los órganos tumefactos?

Porque si crees acaso que son almas venidas de fuera
las que se introducen en los gusanos, y que cada una pue-
de cobijarse en un cuerpo, y no indagas por qué motivo
725 muchos miles de almas se reúnen en el lugar del que ha
salido una sola, debes investigar al menos y poner a de-
bate esta cuestión: si, en suma, las almas se proponen
apresar cada semilla de gusanos y así construirse su pro-
pia mansión o, por así decirlo, se introducen en cuerpos

730 bien formados. Pero no es fácil decir por qué ellas hacen esto o por qué se empeñan en ello, ya que, mientras carecen de cuerpo, andan revoloteando sin que les angustien las enfermedades, el frío y el hambre. Sin duda, el cuerpo afectado por estas privaciones sufre más y el alma experimenta muchos males por la influencia perniciosa del cuerpo.

735 Admitamos, no obstante, que sea sumamente útil que las almas se construyan un cuerpo donde alojarse, pero no se vislumbra ninguna vía por donde puedan hacerlo. Así, pues, las almas no modelan un cuerpo, ni unos miembros para sí, como tampoco es posible que se introduzcan en cuerpos ya hechos, porque ni podrán entrelazarse
740 sutilmente con ellos, ni se realizará la conjunción necesaria para armonizar las sensaciones.

¿Por qué, en fin, la violencia impetuosa acompaña a la cruel raza de los leones, la astucia a las zorras, el instinto de huir lo heredan los ciervos de sus progenitores y el temor ancestral se apodera de sus miembros¹⁸¹; en suma, todas las restantes cualidades por el estilo, ¿por qué se
745 van generando desde la primera edad en el organismo y en su instinto, sino porque un dinamismo específico del alma, producto de sus componentes y de su casta, se desarrolla junto a cada cuerpo?

Porque si el alma fuese inmortal y acostumbrase a cambiar de cuerpo, los animales presentarían instintos promiscuos: el perro de raza hircana¹⁸² evitaría a menudo el ataque de un ciervo encornado, y por los espacios aéreos temblaría el gavilán huidizo ante la proximidad de la paloma; los humanos estarían privados de la razón y gozarían de ella las especies de fieras salvajes.

En efecto, se argumenta con falso razonamiento cuando se dice que el alma inmortal al cambiar de cuerpo mo-
755

¹⁸¹ Son argumentos tradicionales de la escuela, dirigidos contra los pitagóricos y los partidarios, como Platón, de la transmigración. Cf. lugares paralelos en Hor., *Od.*, 4, 4, 29-32; Séneca, *De ira*, 2, 16, 1. El propio poeta los ha desarrollado aquí, lib. 3, 296-306 y 5, 860-867.

¹⁸² Es decir, originarios de Hircania, región de la costa SE del mar Caspio. A tales perros, sumamente feroces, se los consideraba híbridos de los tigres que producía Hircania. Son otros tantos ejemplos tradicionales convertidos en proverbios.

difica su ser. Ahora bien, lo que se modifica, se disuelve y, por lo tanto, muere. En verdad, las partes se desplazan y cambian de orden, por lo cual, deben poder descomponerse a través de los miembros para, finalmente, perecer todas a una con el cuerpo.

760 Pero, si me dicen que las almas de los hombres se trasladan siempre a cuerpos humanos, preguntaré, en ese caso, por qué de sabia un alma puede resultar ignorante, por qué ningún niño es prudente, por qué no es tan diestro un potro como un corcel de fuerza vigorosa. Sin duda, recurrirán al argumento de que en un cuerpo delicado el alma se vuelve delicada.

Y si esto es así, precisa reconocer que el alma es mortal ya que al cambiar tanto en su organismo pierde la vida y la sensibilidad anterior. O, ¿cómo podrá la potencia del alma, fortalecida en unión con el cuerpo, alcanzar la codiciada flor de la vida, si no posee en común el origen primero? O, ¿por qué desea evadirse de miembros envejecidos? ¿Teme acaso permanecer encerrada en un cuerpo decrepito y que su mansión consumida por la prolongada duración del tiempo, se desplome en ruinas? Por el contrario, al que es inmortal no le aguarda peligro alguno.

775 En fin, que las almas estén prestas para los apareamientos de Venus y los partos de las fieras, parece cosa ridícula: que siendo inmortales estén a la espera, en cuánta innumerable, de los cuerpos mortales y que porfíen entre sí con gran precipitación sobre cuál se introducirá la primera por delante de todas; a no ser que entre las almas estén establecidos pactos de tal suerte que se introduzca la primera aquella que, volando, llegue la primera y que, en modo alguno, deben disputar con violencia unas con otras.

Así, pues, el alma no es inmortal

785 Finalmente, ni el árbol puede estar en el cielo, ni las nubes en el profundo del mar, ni los peces vivir en el campo, ni la sangre hallarse en la madera, ni la savia en las piedras¹⁸³. Está establecido y ordenado donde cada cosa

¹⁸³ Otros ejemplos de imposibilidad en vv. 622-623 y en 1, 161-164. Cf. Virg., *Eg.*, 1, 59-60.

debe existir y crecer. Así, la naturaleza del espíritu no puede nacer sola sin el cuerpo, ni hallarse alejada de los músculos y de la sangre.

790 Porque si realmente fuese posible, mucho mejor la fuerza misma del espíritu podría residir en la cabeza, o en los hombros, o abajo en los talones, y acostumbraría a nacer en cualquier parte, puesto que, al fin, permanecería en el mismo hombre y en el mismo receptáculo corporal.

795 Porque si en nuestro cuerpo está también señalado y aparece determinado el lugar donde el alma y el espíritu pueden existir y crecer aparte, tanto más se debe negar que puedan nacer y subsistir fuera de todo el cuerpo. Por lo cual, cuando el cuerpo ha muerto, es preciso reconocer que el alma ha perecido al ser lacerada en el interior del
800 cuerpo. Puesto que es un desatino unir lo mortal con lo eterno y pensar que pueden sentir de igual manera y sufrir por influjo mutuo; ¿qué cosa, en efecto, debe considerarse más contradictoria, más opuesta, más disconforme que una naturaleza mortal, que unida por acoplamiento con otra inmortal y perenne, soporte crueles tempestades?

Además, todas las cosas que duran eternamente deben o bien, por estar dotadas de un cuerpo sólido, rechazar los golpes y no permitir que penetre en ellas nada capaz de disgregarse en su interior sus partes compactas, cuales
805 son los cuerpos elementales de la materia cuya naturaleza hemos explicado antes, o bien poder perdurar por todas las edades al estar exentas de choques, como en el caso del vacío que subsiste intacto y no experimenta choque alguno; o también porque en su derredor no se da
815 posibilidad alguna de espacio en el que, por así decirlo, puedan los seres disgregarse y destruirse, como es eterno el universo entero fuera del cual no existe lugar alguno a donde puedan refugiarse, ni existen cuerpos que puedan precipitarse sobre ellos y destruirlos con potente sacudida¹⁸⁴.

¹⁸⁴ Los vv. 806-818 se repiten en 5, 351-363, donde se hallan mejor en su lugar. El argumento aparece situado aquí de golpe y provisionalmente, dado que Lucrecio, sin duda, al escribir el libro V se dio cuenta que podía invocarlo aquí en favor de su tesis sobre la mortalidad del alma.

820 Pero si, acaso, se la debe considerar más bien inmortal porque se la tiene protegida contra los agentes destructores, o porque no le alcanzan en absoluto los choques contrarios a su existencia, o porque los choques que le alcanzan de alguna manera son rechazados antes de que podamos sentir en qué medida son nocivos (la evidencia de los hechos demuestra que sucede todo lo contrario a esto)¹⁸⁵.

825 En efecto, además de dolerse por las enfermedades del cuerpo, afecta al alma aquella incertidumbre que le angustia a menudo por los acontecimientos futuros, y en el temor le hace sufrir y con inquietud la oprime y por las culpas pasadas le corroe el remordimiento. Añade a esto la demencia del espíritu y el olvido de la realidad, añade el que está inmersa en las negras ondas del letargo.

*La muerte es una liberación;
no hay que temerla*

830 Así, pues, la muerte nada significa para nosotros, ni nos afecta en nada, ya que la naturaleza del espíritu se revela mortal. Y como no sentimos dolor alguno en el tiempo pasado, cuando los cartagineses¹⁸⁶ acudían de todas partes a combatirnos, cuando el orbe entero, sacudido por terrible movilización de tropas, se estremeció de espanto bajo las altas regiones del cielo y todos los mortales dudaron ante cuál de los dos imperios habría que sucumbir por tierra o por mar, así cuando ya no existimos, cuando se produce la separación del cuerpo y del alma
835 por los cuales estamos cohesionados en unidad, ciertamente nada en absoluto nos podrá acontecer a nosotros que entonces ya no existiremos, ni nada podrá afectar nuestra sensibilidad, aun cuando la tierra se confunda con el mar y el mar con el cielo.

¹⁸⁵ Los críticos asumen la laguna señalada por Lambino, cuyo sentido puede ser integrado más o menos así: *hoc fieri totum contra manifesta docet res*. Es la solución de Bailey que aceptamos como más válida y a ella responde nuestra traducción.

¹⁸⁶ Fue durante la segunda guerra púnica (219-201 a.C.) que los cartagineses, dirigidos por Aníbal, después del paso de los Alpes, invadieron Italia y pusieron en riesgo la existencia de Roma.

Y, por más que la naturaleza del espíritu y la potencia del alma tengan todavía sensibilidad después de la separación del cuerpo, no obstante, nada nos afectará a nosotros que, por la conjunción y el consorcio del cuerpo y del alma, resultamos cohesionados en unidad. Ni aunque el tiempo reuniese nuestra materia después de la muerte y de nuevo la dispusiese en el orden en que ahora se halla combinada, y de nuevo nos fuese otorgada la luz de la vida, en nada nos afectaría tampoco a nosotros este cambio una vez que se nos ha interrumpido el recuerdo.

Igualmente, ahora nada nos importa saber qué fuimos nosotros antes, ninguna angustia nos afecta de aquel nuestro antiguo ser. En efecto, cuando uno contempla toda la duración anterior en la inmensidad del tiempo y, asimismo, cuán múltiples son los movimientos de la materia, fácilmente podrás convencerte de que a menudo las semillas, de las que ahora estamos formados, estuvieron dispuestas antes en el mismo orden en que lo están ahora. Y, sin embargo, tal ordenación no la podemos captar con la memoria, ya que en el ínterin se ha producido un corte en la existencia y todos los movimientos atómicos han vagado desordenados de acá para allá, fuera del alcance de la sensación.

Porque es necesario, para que uno llegue a experimentar desgracias y enfermedad, vivir personalmente durante aquel tiempo en el que le puede sobrevenir el mal. Mas, puesto que la muerte suprime este riesgo e impide que exista alguien al que puedan alcanzarle las desgracias, es evidente que nada debemos temer en la muerte y que no puede ser desdichado el que ya no existe¹⁸⁷ y que nada importa si ha nacido o no en algún momento, toda vez que la muerte le ha arrebatado la vida mortal.

En consecuencia, cuando veas que un hombre se lamenta de sí mismo porque después de la muerte tendrá que podrirse, una vez enterrado su cuerpo, o perecer por

¹⁸⁷ Es la misma línea argumental de Cicerón en *Tusc.*, 1, 6, 12: «si, pues, no existen, no pueden ser nada; por lo tanto, tampoco son desdichados». La concordancia del pensamiento reviste tanto mayor interés, cuanto que la obra ciceroniana, cuya es la frase, no es de inspiración epicúrea, sino que procede de las consolaciones del académico Crantor y del estoico Posidonio.

el fuego o por los mordiscos de las fieras, puedes comprender que sus palabras no suenan sinceras y que un agujón secreto anida en el fondo del corazón aunque afirmo que no cree en la posibilidad de tener sensación alguna tras la muerte. En efecto, según pienso, no expone lo que asegura exponer, ni por qué motivos lo hace, ni se arranca, ni se aleja radicalmente de la vida, sino que admite, sin darse cuenta, que sobrevive algo de sí mismo. Porque todo hombre vivo cuando imagina su futuro: 875 —cómo los pájaros y las fieras desgarrarán su cuerpo después de la muerte—, siente compasión de sí mismo, pues no se aleja de esa alucinación ni se diferencia lo suficiente del cadáver abandonado y supone que éste es él mismo y de pie a su lado le comunica su sensibilidad.

De ahí que se lamenta de haber sido creado de condición mortal y no comprenda que en la verdadera muerte 885 no habrá otro igual a él que, estando vivo, pueda compadecerse a sí mismo muerto, y a pie firme dolerse de sí mismo que yaciendo en tierra es desgarrado y abrasado.

En efecto, si en la muerte es un mal ser despedazado 890 por las mandíbulas y los mordiscos de las fieras, no entiendo por qué no es cruel ser abrasado sobre una pira al calor de las llamas o, sumergido en la miel¹⁸⁸, ser sofocado, o quedar yerto de frío cuando el cadáver descansa sobre la lisitud de la gélida piedra, o verse empujado desde la altura aplastado por el peso de la tierra.

«En adelante ya no te acogerá ni la alegre mansión¹⁸⁹, 895 ni la excelente esposa, ni los encantadores hijos saldrán a tu encuentro para arrancarte los besos, impresionando tu corazón con íntima dulzura. No podrás asistir a una actividad próspera ni servir de protección a los tuyos. Un día infausto», dicen, «desgraciadamente te ha arrebatado 900 a ti, desgraciado, todas las recompensas de la vida». Pero en este punto no añaden: «tampoco a ti te embargará ya

¹⁸⁸ La miel era usada por los antiguos como substancia para embalsamar los cuerpos: cf. Plinio, *Nat. Hist.*, 22, 108; Estacio, *Silv.*, 3, 3, 117.

¹⁸⁹ En estas frases de lamento se advierte el eco de las oraciones fúnebres y de las inscripciones sepulcrales, inspiradas en fórmulas de retórica banal. El tono de parodia e ironía queda también de manifiesto. Cf. lib. 4, 1234, lugar paralelo del v. 895.

disgusto alguno por todos estos bienes». Si captasen bien esto en su ánimo y lo secundasen con sus palabras, alejarían de su espíritu una gran angustia y temor. «Tú, sin duda, tal cual te hallas adormecido en brazos de la muerte, así te verás privado de todo penoso dolor en lo que resta de tiempo. En cambio, nosotros te lloraremos insaciables, reducido a cenizas, junto a la pira y ningún día alejará de nuestro espíritu la eterna aflicción.»

Pues bien, a quien así se expresa hay que preguntarle cuál es esta amargura tan grande, si la cosa se reduce al sueño y al descanso, para que uno pueda consumirse en el llanto eterno.

Esto hacen a menudo los hombres cuando habiéndose puesto a la mesa, sostienen en sus manos las copas y sombrian la frente con las coronas para así decir de corazón¹⁹⁰: «¡efímero es este disfrute de la vida para los pobres mortales!; en un instante ha pasado y luego no será ya posible hacerle volver jamás». Como si en la muerte éste fuera el principal de sus males: que la árida sed abra-se y deseque a estos miserables y que permanezca clavada en su espíritu la aflicción por cualquier otro motivo.

Porque nadie se busca a sí mismo cuando el espíritu y el cuerpo descansan adormecidos por igual; en efecto, no es posible que tal sueño sea eterno para nosotros, ni aflicción alguna de nosotros mismos nos afecta. Y, sin embargo, en modo alguno, los elementos primeros esparcidos por nuestros miembros vagan lejos de la actividad sensitiva cuando el hombre al despertar del sueño recupera sus fuerzas. Así, pues, hemos de considerar que la muerte supone para nosotros mucho menos, si es que puede ser menos de lo que vemos que es nada; es mayor en realidad el desconcierto y la confusión de la materia que sigue tras la muerte y nadie se despierta y se levanta una vez que le ha alcanzado la fría interrupción de la vida.

¹⁹⁰ Son éstos los que, por una concepción degradante del placer, desacreditan al epicureísmo y no constituyen sino una piara de cerdos. Tal actitud ha encontrado su expresión en las inscripciones funerarias: cf. *Carm. Epigr.*, 244 (ed. Bücheler), como también *Petr., Sat.*, 43, 69.

Prosopopeya de la Naturaleza

- Finalmente, si la naturaleza dejase oír su voz e increpase a alguno de nosotros de esta manera¹⁹¹: «¿qué hay tan grave para ti, ¡oh mortal!, para abandonarse con tal exceso a dolorosos llantos?, ¿por qué lamentas y deploras la muerte? Pues si la vida, anteriormente transcurrida, ha sido grata para ti y todos sus placeres reunidos, por así decir, en un vaso perforado no se han escurrido ni se han perdido infructuosamente, ¿por qué como un comensal saciado de la vida no te retiras ya y con ánimo tranquilo no te tomas, ¡oh necio!, un descanso seguro? Pero si todo ese bienestar de que has hecho uso se ha perdido pródigamente y la vida te resulta molesta, ¿por qué te empeñas en añadir aún aquello que de nuevo se va a perder todo desdichadamente y a desvanecerse sin provecho y no te empeñas más bien en poner término a la vida y al sufrimiento? Porque ya no existe nada más que yo pueda discurrir e inventar para ti que sea de tu agrado: todas las cosas son siempre las mismas. Si tu cuerpo no está ya marchito por los años, ni tus miembros languidecen agotados, con todo persisten las mismas cosas, aunque te afanases por superar con tu vida todas las generaciones y lo que es más, aunque jamás tuvieras que morir», ¿qué podremos responder sino que la naturaleza nos intenta un proceso justo y que con sus razonamientos propugna una causa verdadera?

- Si en este punto uno ya anciano y decrepito se quejase, lamentándose el infeliz más de lo justo por la muerte próxima, ¿no le alzaría la voz, recriminándole con aspero acento?: «Deja ya las lágrimas, tunante, y reprime tus quejas. Después de haber disfrutado de todos los placeres de la vida estás marchito. Mas, puesto que siempre codicias

¹⁹¹ Lucrecio hace hablar a la naturaleza como Sócrates, en el Critón, a las leyes. Este es un procedimiento retórico más patético que la pura exposición demostrativa. El pasaje en cuestión debe relacionarse con la *Ep. a Meneceo*, 124-127: desarrolla la idea de que «el cuidado de vivir bien y de morir bien no son sino una misma cosa» y viene a ser como una aplicación que hacen los epicúreos de la doctrina del Fedón sobre la vida del filósofo concebida como una meditación de la muerte: cf. I. Roca, *Séneca Ep. Mor.*, pág. 209, nota 396, donde, a propósito de la ep. 26, 8-10 señalamos que Usener, *Epicur.*, frag. 205, es corregido por B. Axelson.

lo que está lejos, menosprecias los bienes presentes, así la vida se te ha escurrido incompleta e infructuosa y de repente la muerte se halla de pie junto a tu cabecera antes de que saciado y en plenitud hayas podido retirarte de tus negocios. Mas ahora, puesto que tu edad no es apropiada, deja estos bienes y con serenidad, ¡ea!, cede ante la imperiosa necesidad.»

Con razón obraría así, según pienso, con razón increparía y reprendería duramente. En efecto, siempre la vejez cede expulsada ante la nueva edad y se impone que unas cosas se renueven a costa de otras: nadie es arrojado al abismo y a las tinieblas del Tártaro. Se precisa de la materia para que se desarrollen las generaciones futuras, todas las cuales una vez acabada su vida irán en pos de ti; por lo tanto, ellas, no menos que tú han sucumbido antes y sucumbirán después. Así, pues, jamás dejará una cosa de engendrarse de otra, y la vida a nadie se da como propiedad, a todos en usufructo. Considera, asimismo, mirando atrás, cómo nada ha supuesto para nosotros el período transcurrido del tiempo eterno antes de que nacimos. Por lo cual, la naturaleza nos ofrece este espejo del tiempo que todavía ha de transcurrir después de nuestra muerte. ¿Acaso aparece en él algo terrible, acaso se vislumbra algo siniestro?, ¿no se nos muestra más sosegado que cualquier sueño?

Los castigos infernales son pura leyenda

Y además no hay duda que cuantos castigos nos ha mostrado la leyenda que existen en lo profundo del Aqueronte, todos los encontramos nosotros en la vida. Ni hay un Tántalo¹⁹² que infeliz, teme, según cuentan, la enor-

¹⁹² Rey de Lidia e hijo de Júpiter, fue condenado al Tártaro por haber robado el néctar y la ambrosía a los dioses. Hay dos versiones distintas del castigo que se le impuso: una, la que sigue Lucrecio, afirma que sobre la cabeza de Tántalo pendía una enorme roca que amenazaba con caerle encima; la otra, versión más conocida del mito, presenta a Tántalo atormentado por el hambre y la sed, a pesar de hallarse inmerso en el agua y en medio de manjares y bebidas que no podía atrapar. Esta segunda es la versión homérica (*Od.*, 11, 582-592) adoptada por los modernos. En cambio, los poetas trágicos y líricos reflejan la versión lucreciana del mito.

me roca suspendida en el aire, pasmado por un miedo injustificado; sino más bien el vano temor a los dioses abruma en la vida a los humanos y les atemorizan las desgracias que a cada uno puede deparar el destino. Ni hay un Ticio¹⁹³ al que estando extendido en el Aqueronte asaltan los buitres, ni pueden éstos ciertamente encontrar nada que examinar en su anchuroso pecho eternamente. Aún cuando sobresaliese por la enorme extensión de su cuerpo que no sólo llegase a ocupar con sus miembros desplegados nueve yugadas, sino toda la superficie de la tierra, no podría, con todo, soportar un dolor eterno, ni suministrar constante alimento de su propio cuerpo. Mas, para nosotros, Ticio es el hombre al que, extenuado por el amor, le laceran los buitres y le consume una ansiosa angustia o bien le desgarran los afanes de cualquier otra pasión. Sísifo¹⁹⁴ se halla también en la vida ante nuestra consideración, el cual se empeña en pedir al pueblo las haces y las crueles hachas, retirándose siempre derrotado y triste. Porque pedir un mando que es inútil y no se concede nunca, y soportar siempre en ese empeño un duro trabajo, éste significa empujar con ahínco por la cuesta de un monte una roca que ya en la cima cae de nuevo rodando y se lanza precipitadamente hacia la superficie llana del campo. Asimismo, alimentar siempre la naturaleza ingrata del alma y colmarla de bienes sin saciarla jamás, como nos lo hacen las estaciones del año que en su retorno sucesivo nos proporcionan sus productos y sus múltiples gracias, sin que nos saciemos, no obstante, de los frutos de la vida, esto, según pienso, es la fábula que cuentan de las jóvenes en la flor de la edad¹⁹⁵ que se em-

¹⁹³ Gigante, hijo de la Tierra, que fue asesinado por Apolo en castigo de haber asediado a Latona; en el Tártaro yace tendido en el suelo, mientras dos buitres le roen perpetuamente el hígado. Así, Homero en *Od.*, 11, 576-581. Según Servio, *ad Aen.*, 6, 596, en el hígado está la sede de la *libido* y así el castigo es el apropiado al crimen.

¹⁹⁴ Fundador y rey de Corinto, fue condenado por sus engaños e impiedad al Tártaro donde tiene que empujar constantemente hacia arriba por una montaña una roca que, cuando ya ha llegado a la cumbre, de nuevo rueda hacia abajo: cf. Homero, *Od.*, 11, 593-600, quien desarrolla con detalle el mito sólo aludido por Lucrecio.

¹⁹⁵ Se trata de las cincuenta hijas de Dánao que en la noche nupcial dieron muerte, todas menos una, a sus maridos y en el Tártaro fueron castigadas a re-

- 1010 peñan en recoger el agua en una vasija agujereada la cual no puede llenarse en modo alguno. Por otra parte, el Can- cerbero ¹⁹⁶, las Furias ¹⁹⁷, la falta de luz, el Tártaro que vomita por sus fauces horribles llamas ¹⁹⁸, ni existen en parte alguna, ni pueden existir. Mas, en esta vida el temor a
- 1015 las penas para los crímenes notables es notable, así como la expiación de la culpa: la cárcel, la terrible caída desde la altura de la roca ¹⁹⁹, los azotes, el verdugo, el potro, la pez, la plancha rusciente, las antorchas; todo lo cual aunque esté lejos, con todo, el alma, consciente de su conducta, asustada de antemano, se aplica el aguijón y se abrasa
- 1020 con azotes, sin que vislumbre entretanto qué término pueda fijar a sus males y cuál es, en suma, el final de sus penas, temiendo que estas mismas se agraven más todavía con la muerte. Es aquí, por lo tanto, donde la vida de los necios se convierte en un Aqueronte.

La muerte común a todos es temida a causa de la ignorancia

- Esto mismo podrás decirte en ocasiones a ti mismo:
- 1025 «También el bueno de Anco ²⁰⁰ ha cerrado sus ojos a la vida que fue mejor que tú, bribón, en muchos aspectos.

coger en cántaros el agua para llenar un ánfora sin fondo. En este pasaje tenemos la primera alusión al mito en la literatura latina. En Roma fue representado la primera vez por la pintura en el templo de Apolo, inaugurado el año 28: cf. Ernout-Robin, *op. cit.*, II, pág. 163.

¹⁹⁶ El monstruoso can de tres cabezas, guardián de los infiernos.

¹⁹⁷ Furias o Erinias eran tres divinidades infernales, Alecto, Tisifone y Mege- ra, que personificaban la venganza divina.

¹⁹⁸ Sobre el Tártaro, cf. nota 141. Algún crítico ha señalado una laguna después del v. 1011 ó 1012, o bien ha cambiado *qui* del 1013 por *haec* (Marullo) o *quid?* (Lachmann); pero, como bien señalan Fellin-Barigazzi, el anacoluto que presenta el texto de los codd. puede ser conservado por analogía con 2, 342-347 y 4, 123-126.

¹⁹⁹ El poeta alude a lugares de Roma: la cárcel Mamertina y la roca Tarpeya desde la que eran precipitados los traidores y sediciosos.

²⁰⁰ Se refiere al cuarto rey de Roma que gozó de gran fama por su bondad, quizá por el favor deparado a la plebe. El v. 1025 repite casi literalmente un verso de Ennio, *An.*, frag. 154 (ed. Warmington): *postquam lumina sis oculis bonus Ancu'reliquit*, aunque la idea, convertida en tópico, está contenida en Homero, *Il.*, 21, 107: «Ha muerto también Patroclo que era mucho mejor que tú.»

Después han sucumbido otros muchos reyes y poderosos de la tierra que gobernaron grandes pueblos. También aquél²⁰¹ que, en otro tiempo, tendió un puente por encima del anchuroso mar y brindó a las legiones un camino para avanzar sobre el oleaje profundo y les enseñó a marchar a pie por las salobres lagunas, y montado en su corcel desafió el fragor de los mares, privado de la luz de la vida, exhaló el alma de su cuerpo moribundo. Escipión, rayo de la guerra²⁰², el espanto de Cartago, entregó sus huesos a la tierra como si fuera el último de los esclavos. Añádeles los inventores de las ciencias y de las artes, añade los predilectos de las Musas que habitan el Helicón, de los cuales Homero, el único en conseguir el cetro, se ha dormido en la misma placidez de la muerte que los demás. Demócrito²⁰³, en fin, una vez que en su decrepita vejez advirtió que la actividad de su memoria languidecía, el mismo, por propia decisión salió al encuentro de la muerte y le entregó su cabeza. El mismo Epicuro²⁰⁴, después de haber consumado una existencia brillante, murió; él superó en ingenio al género humano y obnubiló a todos los sabios, como el sol etéreo oscurece las estrellas. ¿Tú, en cambio, vacilarás y te indignarás ante la muerte? Tú, cuya vida es casi muerte ahora que gozas de la vida y de la vista, que consumes en el sueño la mayor parte de tu existencia, que roncas al despertar, que no dejas de tener alucinaciones, y tienes el espíritu angustiado por un vano temor, que no puedes descubrir cuál es el mal que te aqueja, mientras ebrio te ves abrumado miserablemente por muchas inquietudes de todos lados y, fluctuante, vas a la ventura en la incertidumbre del error.»

Si los hombres —como manifiestamente experimentan que un peso anida en su espíritu, por cuyo agobio éste

²⁰¹ Alude a Jerjes, rey de Persia, quien, en la expedición contra Grecia, construyó un puente sobre el Helesponto (480 a.C.).

²⁰² Verosímilmente, Escipión Africano el Mayor, vencedor de Aníbal en la segunda guerra púnica, a la que el poeta se ha referido en los vv. 833-837; pero no está excluida la alusión a Escipión Emiliano, gran Mecenas de las letras y el destructor de Cartago. La forma arcaizante *Scipiadas* da al verso un aire solemne.

²⁰³ En gradación ascendente antes que Epicuro. Cf. la nota 164.

²⁰⁴ El único lugar de todo el poema en que Lucrecio llama por su nombre al idolatrado maestro.

1055 se fatiga— pudiesen conocer por qué causas se produce esto y como una tan pesada carga de infortunio se asienta en su corazón, no se comportarían como ahora vemos que lo hacen casi siempre: cada cual ignora lo que desea y busca cambiar constantemente de lugar como si pudiera de este modo quitarse de encima la carga. A menudo sale de su suntuoso palacio aquél a quien le resulta molesto estar en casa, pero en seguida regresa ya que fuera no se siente en absoluto mejor. Corre hacia la quinta espoleando apresurado su pequeño corcel como impaciente por acudir en auxilio de la casa incendiada, mas tan pronto ha alcanzado el umbral de su quinta, se pone a bostezar, y así o se retira agobiado a dormir buscando el olvido, o de nuevo se dirige, presuroso, a la ciudad para volverla a contemplar²⁰⁵.

De esta forma cada uno trata de huir de sí mismo, mas incapaz a todas luces de evitar de hecho a su yo, se aferra
1070 muy enojado a sí mismo y se odia, por cuanto no capta, enfermo como está, la causa de su dolencia; si a ésta la descubriese debidamente, abandonando cualquier otro cometido, se afanaría antes que nada en conocer la naturaleza del universo, ya que se pone en litigio no la situación de una hora, sino la situación de la eternidad donde
1075 se incluye todo el tiempo que resta después de la muerte en el que los hombres deben perdurar²⁰⁶.

Finalmente, ¿qué pasión tan aciaga de vivir nos fuerza a temblar hasta tal punto ante la incertidumbre del peligro? Sin duda, un final de vida seguro aguarda a los mortales y no es posible evitar ir al encuentro de la muerte.
1080 Además damos vueltas sobre un mismo centro y en él estamos siempre encerrados, ni aun prolongando la existencia se produce ningún placer nuevo. Pero mientras

²⁰⁵ Como Horacio, *Ep.*, 1, 14, 12-13, también Séneca aborda el tema de Lucrecio, citándole expresamente en *De tranq. an.*, 2, 14: «se emprende un viaje después de otro y se cambian unos espectáculos por otros. Como dice Lucrecio, 'de este modo cada cual huye de sí mismo'. Pero, ¿qué consigue si no huye? Se persigue a sí mismo y se atormenta como un compañero muy enojoso».

²⁰⁶ Empeñarse en el estudio de la naturaleza del universo, en expresión enfática (v. 1072), para llegar a la posesión de la sabiduría es un noble cometido de todos, porque «nunca es demasiado pronto, ni demasiado tarde para procurarse la salvación del alma» (*Ep. Menec.*, 122). Cicerón desarrolla el propio pensamiento en *De orat.*, 3, 16, 59.

queda lejos lo que codiciamos, esto de ahora nos parece que supera lo demás, luego codiciamos otra cosa, cuando alcanzamos aquello otro y una igual sed de vivir nos mantiene ávidos de deseo. Además, es incierta la suerte que nos depara el tiempo futuro o qué nos ofrece el azar, o
1085 qué fin nos espera. Tampoco con la prolongación de la vida quitamos ni un ápice al tiempo de la muerte, ni tenemos fuerza para aminorarlo a fin de poder quizá estar
1090 así menos tiempo aniquilados. Por lo tanto, no hay inconveniente en que durante tu vida entierres cuantas generaciones quieras; sin embargo, no menos te aguardará la muerte, ella sola eterna, y entonces ya no vivirá menos tiempo éste que en el día de hoy ha puesto fin a la vida que aquél otro que ha muerto hace ya muchos meses y años.

Originalidad y valor del poema lucreciano

- Recorro las cumbres inaccesibles de las Piérides, lugares antes no hollados por mortal alguno. Me place allegarme a fuentes intactas y saciar mi sed; me place escoger flores recientes y trenzar con ellas una brillante corona de allí donde nunca antes las Musas han adornado las sienes de otro; primeramente, porque imparto grandes enseñanzas y me esfuerzo en desatar el ánimo de los apretados nudos de la superstición religiosa, luego porque sobre tema tan abstruso compongo versos tan brillantes impregnándolo todo con la gracia de las Musas²⁰⁷.
- 5 Por cierto, tampoco esto parece desprovisto de toda razón; sino que, como los médicos cuando quieren hacer tomar a los niños el amargo ajeno, primero untan los bordes del vaso con el dulce y dorado licor de la miel para que a la edad imprevisora del muchacho se la engañe sólo hasta los labios y apure, entre tanto, el amargo jugo del
- 15 ajeno, sin que sufra daño al ser burlado, antes bien de esta manera se restablezca en su vigor; así yo ahora, toda vez que esta doctrina parece a menudo demasiado árida
- 20 a quienes no la han practicado, y el vulgo retrocede con horror ante ella, he querido exponerte nuestra verdad con el armonioso canto pierio²⁰⁸ y, por decirlo así, untarlo con la dulce miel de la poesía, por ver si de esta forma

²⁰⁷ Del verso 1 al 25 se repiten los vv. 926-950 del libro I, con ligera modificación en el v. 25 respecto del correspondiente 950. Como señalamos ya en la nota 38, Lucrecio se siente doblemente feliz por el contenido y la forma del poema emprendido. No resulta sorprendente esta repetición que lleva la marca del poeta, máxime si tenemos presente lo inacabado de la obra.

²⁰⁸ Cf. nota 39.

- 25 puedo cautivar tu ánimo con mis versos, mientras examinas atentamente la naturaleza toda y te das cuenta de su utilidad.

Teoría de los simulacros

- Y puesto que te he mostrado cuál es la naturaleza del alma y de qué elementos está compuesta mientras vive en unión con el cuerpo, y cómo separada de él vuelve a sus elementos primeros, ahora te explicaré el tema que se relaciona íntimamente con estas enseñanzas: que existen los objetos que llamamos simulacros²⁰⁹, los cuales como membranas separadas de la envoltura exterior de los seres, revolotean por los aires de acá para allá; ellos mismos se nos presentan también en la vigilia y en el sueño y aterrorizan nuestro espíritu, cuando a menudo percibimos figuraciones extrañas y los espectros de los seres extintos que muchas veces nos han despertado horrorizados, mientras languidecemos en profundo sueño; no vayamos a creer que las almas escapan del Aqueronte o que las sombras de los muertos revolotean entre los vivos, ni tampoco que pueda quedar algo de nosotros después de la muerte cuando destruidos a la vez el cuerpo y la sustancia del alma se hayan disuelto en sus respectivos elementos. Afirmo, por lo tanto, que las cosas emiten sus propias imágenes y tenues figuras desde su corteza exterior; de esta forma puede entenderlo cualquiera aunque sea de mente obtusa.
- 45 Mas²¹⁰, puesto que te he mostrado cuáles son los prin-

²⁰⁹ Concebidos como sutilísimas membranas o cortezas que se desprenden de los cuerpos y, vagando por los aires, llevan a los sentidos y al espíritu las imágenes de los objetos, incluidos los terroríficos y espantosos. Con *simulacra* traduce Lucrecio 'éidola' de Epicuro. La sensación se produce por el contacto material con la trama sutilísima de los átomos de que están compuestos los simulacros: cf. *Ep. Herod.*, 46.

²¹⁰ Los vv. 45-53 fueron parcialmente suprimidos por los primeros editores toda vez que repetían en buena parte los versos precedentes 26-44. Actualmente piensan los críticos que la repetición tiene en cuenta dos diversos momentos de la composición del poema: los vv. 45-53 habrían sido escritos cuando el poeta pensaba que al segundo libro debía seguirle el cuarto, y los vv. 26-44 más tarde cuando fue intercalado el libro tercero. En seguimiento de Bailey dejamos la su-

cipios de todas las cosas y cómo, diferentes, por sus variadas formas vuelan de acá para allá por propio impulso, sacudidos por un movimiento eterno, y de qué modo cada cosa puede surgir de ellos, te explicaré ahora el tema que se relaciona íntimamente con estas enseñanzas: que
 50 existen los objetos que llamamos simulacros, a los que se les puede designar membranas o cortezas, por cuanto su imagen comporta el aspecto externo y una forma semejante del objeto, cualquiera que sea, de cuyo cuerpo se dice haber salido para andar errante por el espacio.

Pruebas de la existencia de los simulacros

55 En primer lugar, entre los seres visibles muchos emiten corpúsculos que en parte se difunden libremente, como la madera verde produce el humo y las llamas el calor, y en parte están más trabados y compactos, como sucede con las cigarras que en verano abandonan sus redondeadas túnicas, con los terneros que, al nacer, dejan
 60 la membrana que rodea la superficie de su cuerpo y con la escurridiza serpiente que se despoja de sus vestidos en medio de las zarzas; pues, a menudo, vemos incrementados los setos con sus despojos flotantes. Puesto que tales hechos suceden, también una tenue imagen debe emanar
 65 de los objetos desde su envoltura exterior²¹¹. En efecto, no es posible afirmar por qué razón aquellas membranas, con preferencia a otras más sutiles, se desprendan de los cuerpos y se alejen de ellos; sobre todo, cuando encontramos en la superficie de las cosas muchos cuerpos diminutos que es posible expulsar en el mismo orden en que estaban, conservando el aspecto de la forma de aqué-
 70 llas, y ello tanto más rápidamente, cuanto menos pueden verse impedidos al ser pocos y estar situados en pri-

cesión de los versos como está en los codd., sin ponerlos entre paréntesis y reconociendo como justificables las diversas transposiciones de versos, del 26 al 53, realizadas por Marullo, tendentes a racionalizar el párrafo.

²¹¹ De las emanaciones visibles que se desprenden de los objetos podemos inferir la existencia de otras emanaciones muy tenues, imperceptibles individualmente, que proyectadas sin interrupción desde los objetos, procuran su imagen. Este tipo de inferencias a partir de las sensaciones y representaciones mentales las expresa Epicuro: cf. *Ep. Herod.*, 38.

- mera fila. De hecho, vemos que muchos objetos despiden en abundancia efluvios no sólo desde lo más hondo de su interior, como antes dijimos, sino también desde su cor-
 75 teza, incluido muchas veces el propio color. Esto lo realizan normalmente las velas amarillentas, rojas y de azul oscuro, cuando extendidas en los grandes teatros, desple-
 gadas entre mástiles y vigas, ondean estremecidas ²¹². En verdad, allí a la multitud que está abajo en los graderíos, a toda la fastuosidad de la escena y a la honorable asam-
 80 blea de los senadores ²¹³ les impregnan de sus colores, y les fuerzan a oscilar según sean éstos. Y cuanto más encerradas están en los muros del teatro, tanto más todas las cosas que hay en el interior sonrían a una, cautivadas por la claridad del día. Por consiguiente, si las telas des-
 85 piden el color desde su superficie, todos los objetos deben también enviar imágenes tenues por cuanto unas y otras se emiten desde la superficie. Así, pues, existen ya destellos inequívocos de formas que vuelan por todas partes, dotados de una trama sutil, sin que puedan percibirse aisladamente al estar separados.
- 90 Además, toda clase de olor, de humo, de vapor y de otros elementos semejantes, al sobreabundar, se dispersan de los objetos, porque cuando llegan al exterior, surgiendo desde el fondo, se disgregan a lo largo de la sinuosa vía, y no encuentran aberturas directas por donde,
 95 una vez formados, consigan salir. Por el contrario, cuando se arroja la sutil membrana del color que está en la superficie, nada hay que pueda desgarrarla, porque está ya en disposición, situada en primera fila. En fin, todos los simulacros que aparecen en los espejos, en el agua o
 100 cualquier objeto brillante, puesto que ofrecen una figura semejante de los objetos, es preciso que se formen de imágenes emitidas por ellos ²¹⁴. Así, pues, existen sutiles re-

²¹² Debido a que el teatro antiguo estaba desprovisto de cobertura se extendían toldos colorados que crujían al viento, destinados a proteger al público de los ardores del sol: cf. lib. 6, 109-112, lugar paralelo que desarrolla el ejemplo.

²¹³ Con Fellin-Barigazzi nos decidimos por la corrección de Munro, *patrum coetumque decorum*, frente a la lectura de los codd. O y Q *patrum matrumque deorum* que, en su contexto, carece de sentido.

²¹⁴ Omitimos con todos los editores los vv. 102-103, repetición de los vv. 65-66, ya que en este lugar no tienen sentido.

- 105 presentaciones e imágenes de los objetos que si bien nadie puede percibir una por una, con todo al ser repercutidas en asidua y frecuente reverberación por la superficie lisa de los espejos nos procuran la visión; y no parece que puedan conservarse de otra manera, a fin de reproducir tan fielmente la imagen de cada objeto.

Naturaleza y velocidad de los simulacros

- 110 Ahora, pues, aprende cuán sutil es la sustancia de la que esté formada la imagen. Ante todo, los átomos están muy por debajo de la percepción sensitiva y son mucho menores que aquellos objetos que los ojos comienzan ya a no poder contemplar²¹⁵; no obstante, a fin de confirmar
- 115 marte ahora también esto, escucha brevemente cuán sutiles son los elementos primeros de todas las cosas. En primer lugar, existen ya algunos animales tan pequeños de los cuales un tercio no puede verse en modo alguno. ¿Cómo debemos pensar que es una cualquiera de las vísceras de éstos?, ¿cómo el globo del corazón o del ojo?,
- 120 ¿como sus miembros?, ¿como sus articulaciones?, ¿cuán minúsculos deben ser?. ¿Qué decir, asimismo, de cada uno de los átomos de los que necesariamente está constituida el alma y la naturaleza del espíritu?: ¿acaso no percibes cuán sutiles y diminutos son? Además, todas las plantas que exhalan de su sustancia un olor penetrante: la panacea, el repugnante ajenjo, el abrótno de molesto olor y
- 125 la amarga centáurea, si una cualquiera de éstas la (aprietas) ligeramente entre dos (dedos el olor quedará prendido de ellos largo tiempo)... y no reconocer más bien que numerosos simulacros de los objetos andan errantes sin fuerza alguna y sin que puedan percibirse?

²¹⁵ Pensamiento tomado en préstamo a Epicuro, *Ep. Herod.*, 46, que dice: «Existen además imágenes de la misma forma que los cuerpos sólidos, las cuales por causa de su sutileza están fuera del límite de nuestra percepción... A estas imágenes las llamamos simulacros.»

²¹⁶ Todos los críticos reconocen la laguna señalada por Heínsius, la cual debe ser bastante amplia. No resulta difícil suplir la conclusión o condicionado del período en cuestión, como lo indicamos en el texto entre paréntesis. Pero no es fácil determinar el resto de la laguna: quizá se indicaban otros ejemplos para reforzar la tesis de la sutileza de los átomos y de los simulacros.

Mas, no vayas a pensar ahora que solos los simulacros
 130 que se desprenden de las cosas andan vagando; los hay
 también que nacen espontáneamente y que se configuran
 a sí mismos en esa zona celeste que llamamos atmósfera,
 los cuales moldeados de muchas maneras se elevan a las
 135 alturas, como las nubes que vemos a veces acumularse rá-
 pidamente en el cielo y alterar el aspecto sereno del fir-
 mamento acariciando el aire en su movimiento. En efec-
 to, a menudo parece que vuelan rostros de gigantes, los
 cuales arrastran consigo la sombra en gran amplitud, a
 140 veces son grandes montes y piedras arrancadas de los
 montes los que avanzan y pasan por delante del sol, lue-
 go una *fiera monstruosa* que introduce y arrastra otros
 nubarrones. Y cuando se deshacen no cesan de cambiar
 su forma y transformarse en los perfiles de figuras de
 toda especie.

Ahora (escucha) de qué manera tan fácil y rápida se
 producen los simulacros, fluyen continuamente de los ob-
 145 jetos y, al escurrirse, se escapan²¹⁷..., porque siempre la
 parte de la superficie sobreabunda en corpúsculos que se
 disparan. Y cuando éstos alcanzan otros objetos, los atra-
 viesan, como especialmente al vidrio. Pero cuando se han
 encontrado con rocas ásperas o con la sustancia de la ma-
 150 dera, allí se destruyen ya, de forma que no pueden emitir
 simulacro alguno. Por el contrario, cuando se les han
 puesto delante objetos luminosos y compactos, como lo
 es antes que nada el espejo, no sucede nada de esto. En
 efecto, ni pueden atravesarlos como al vidrio, ni tampoco
 destruirse; su pulimento cuida de asegurarles la salvación.
 Por lo cual, se logra que desde ellos se nos reflejen los si-
 155 mulacros. Y aunque sea rápidamente, en cualquier mo-
 mento que pongas un objeto frente al espejo aparece la
 imagen, para que sepas que de la superficie del objeto flu-
 yen sutiles contexturas y diminutas figuras.

Así, pues, en breve tiempo se producen muchos simu-
 160 lacros de suerte que justamente podemos hablar de un na-
 cimiento rápido. Y como el sol debe irradiar en breves
 instantes abundante luz para que todos los seres estén sa-

²¹⁷ La laguna después del v. 144 fue señalada por Lachmann y acogida por los restantes críticos. Probablemente es de sólo un verso.

165 turados de ella, así también es necesario que, de modo semejante, en un instante, se emitan de los objetos muchos simulacros de múltiples formas en todas direcciones y por todos lados, para que hacia cualquier parte que dirijamos el espejo, allí se reflejen los objetos con forma y colorido semejantes.

Además, el cielo que poco ha estaba muy despejado, de repente se enturbia de manera horrible: podrías pensar
170 que de todas partes las tinieblas todas han abandonado al Aqueronte y han inundado las enormes cavidades de la bóveda celeste en tal medida que, provocada una oscura noche de tormenta, amenazan desde lo alto el rostro del sombrío Espanto²¹⁸; mas cuán diminuta sea la imagen de éstos, no hay nadie que pueda decirlo, ni dar cuenta de ello con palabras.

Ahora, pues, el movimiento veloz con que se desplazan los simulacros y la ligereza que se les ha otorgado para hender el aire, de modo que en breve instante consuman un largo recorrido sea cual fuere el lugar al que
180 cada cual se encamina por diverso estímulo, te lo expondré con versos armoniosos mejor que abundantes, como la breve melodía del cisne es más grata que el graznido de las grullas que se pierde en las nubes etéreas del Austro²¹⁹.

En principio, es fácil comprobar, muy a menudo, que los cuerpos ligeros, formados de elementos diminutos son veloces.

185 En esta clase se cuentan, desde luego, la luz y el calor del sol porque están compuestos de principios diminutos que casi chocan entre sí, que no dudan en atravesar los espacios aéreos impelidos por sucesivos golpes. En efecto,
190 una luz reemplaza en seguida a otra luz y, como en serie ininterrumpida, un relámpago es producido por otro. Por lo cual, es igualmente necesario que los simulacros puedan recorrer el espacio en un instante, primera-

²¹⁸ Aquí personificado. Virgilio le ha imitado en *En.*, 12, 335.

²¹⁹ El *gruum... clamor in aetheriis nubibus* recuerda a Homero, *Il.*, 3, 3: «así profieren sus gritos las grullas en el cielo» y también a Virgilio, *En.*, 10, 264-266 donde en imitación de sus predecesores dice: «bajo negras nubes dan sus pronósticos las grullas del Estrimón y atraviesan el éter con estrépito».

- mente, porque una causa muy tenue²²⁰ está lejos, a sus espaldas, para conducirlos adelante e impulsarles, cuando ya, por lo demás, son lanzados con tan veloz celeridad; luego porque son despedidos, provistos de un tejido tan claro para que fácilmente pueden penetrar cualquier cuerpo y, por así decir, deslizarse por los espacios aéreos.
- 195 Además, si los corpúsculos que emiten los seres desde el interior profundo, como la luz y el calor del sol, los vemos en un instante del día, al desprenderse, que se difunden por toda la inmensidad del cielo, que vuelan a través del mar e irrigan las tierras y el firmamento, ¿qué decir, pues, de aquellos ya dispuestos en primera línea, cuando son despedidos y cuyo lanzamiento no retarda impedimento alguno? ¿No ves, acaso, que deben avanzar más veloces y a mayor distancia y recorrer una extensión espacial considerablemente mayor en el mismo tiempo en que los rayos del sol inundan el cielo? También parece
- 200 que es una prueba evidente, entre todas, del movimiento sumamente veloz con que se desplazan los simulacros el hecho de que tan pronto como ponemos al aire libre una límpida cantidad de agua, en seguida se reflejan en el agua, si el cielo está estrellado, los límpidos astros que iluminan el firmamento. ¿Acaso, no ves ahora cómo en un
- 210 instante la imagen llega desde las regiones del éter a la superficie de la tierra?
- 215

La vista y los simulacros

Por lo cual, una vez más es necesario admitir que con asombrosa (agilidad son despedidos y se lanzan a través del éter)²²¹ los cuerpos que hieren los ojos y excitan la

²²⁰ Probablemente la vibración atómica de las partículas elementales que componen el objeto del que se desprende el simulacro. Tal vibración es la que da el impulso inicial a los simulacros: cf. *Ep. Herod.*, 49. Ahora bien, los golpes vibratorios llegan constantemente a sacudir, de modo regular, los otros compuestos y son recibidos por los que son aptos para ello.

²²¹ Después del v. 216, Purmann indicó una laguna acogida por muchos críticos. Bailey sugiere suplirla con el verso *mobilitate illa emitti perque aethera ferri*, y así lo reflejamos en la traducción. Otros aceptan la corrección hecha por Lachmann, *mitti* en lugar de *mira* de los codd. para evitar la laguna. Asimismo

visión. Y continuamente los olores fluyen de ciertos cuerpos, del mismo modo que el frío emana de los ríos, el calor del sol y de las olas del mar irradiaciones que corroen
 220 los muros a lo largo de la playa. Tampoco voces diversas cesan de revolotear por los aires. En fin, penetra a menudo en nuestra boca esa humedad de sabor salino, cuando nos hallamos junto al mar; y si frente a nosotros vemos que se mezcla una infusión de ajeno, su amargor nos hiere.

225 Hasta tal punto de todas las cosas se desprenden emanaciones propias en continuo fluir, se expanden en derredor hacia todas direcciones y no se concede, siquiera a intervalos, pausa ni reposo alguno en el fluir, ya que en todo momento sentimos y siempre nos es dado ver los objetos, olerlos y oírlos sonar.

230 Además, dado que una determinada figura que hemos palpado en la oscuridad la reconocemos idéntica a la que contemplamos a la luz del día, en plena claridad, es preciso que el tacto y la vista se estimulen por una causa semejante. Si pues, ahora, palpamos un cuadro y, como
 235 tal, impresiona nuestros sentidos en las tinieblas, ¿qué objeto, ya en plena luz, podrá aparecer a nuestra vista cuadrado, de no ser su propia imagen? Por ello, parece que en las imágenes reside la causa de la visión y que, sin ella, no es posible percibir cosa alguna.

En realidad, estos simulacros de que hablo se mueven
 240 en todos sentidos y se difunden esparciéndose por todas partes. Mas, puesto que sólo podemos percibirlos con los ojos, es por ello que allí a donde dirigimos la mirada, todos los objetos nos hieren de frente con su figura y color. Y cuán distante esté de nosotros cada objeto su imagen
 245 nos lo da a conocer y permite que lo discernamos. En efecto, cuando ésta es emitida, en seguida empuja adelante y despide todo el aire que se halla interpuesto entre ella y los ojos y así el aire se desliza por nuestros ojos y, por así decirlo, roza nuestras pupilas y de esta forma pasa ade-

los vv. 217-229 son repetidos en 6, 922-935 y, como quiera que en el libro 6 encajan mejor en el contexto los juzgan aquí interpolados. En verdad, tampoco aquí parecen fuera de lugar: como allí refuerzan la hipótesis de las emanaciones de la piedra del imán, aquí confirman el hecho de la emisión de los simulacros.

250 lante. Con lo cual conseguimos percibir cuán distante se halla cada cosa. Y cuanta más cantidad de aire se agita ante nosotros, y un soplo de aire más prolongado roza nuestros ojos, tanto más lejos separada aparece cada cosa. Es evidente, que este fenómeno se realiza de una forma sumamente rápida, a fin de que veamos cuál es el objeto y al mismo tiempo cuán distante se halla.

En este punto no debe parecernos sorprendente que percibamos los propios objetos, aunque no podamos ver aislados los simulacros que impresionan nuestros ojos. En efecto, cuando el viento azota una y otra vez y cuando el frío riguroso penetra en nosotros, no sentimos cada partícula, aislada del viento y del frío, sino más bien todas a una y, asimismo, experimentamos entonces que los golpes magullan nuestro cuerpo, como si un objeto nos viniera a azotar dándonos la sensación de ser un cuerpo fuera de nosotros. Además, cuando golpeamos una piedra con el dedo tocamos el color más exterior en la superficie de la roca²²², pero no percibimos el color con el tacto, antes bien, la dureza del interior profundo de la roca.

La teoría del espejo y la reflexión

Ahora, pues, aprende por qué la imagen se percibe más allá del espejo, pues ciertamente la vemos alejada en el fondo. Así sucede con aquellos objetos que los percibimos realmente fuera, a través de un orificio, cuando una puerta nos brinda a través de ella una perspectiva abierta y permite que desde el interior de la casa contemplemos muchos objetos de fuera. Esta visión se consigue también a causa de una doble corriente de aire.

275 En efecto, primeramente el aire se percibe del lado de acá de la puerta, luego siguen sus batientes a derecha e izquierda, a continuación la luz exterior invade los ojos, y la otra capa de aire y los objetos que realmente perci-

²²² En el v. 266 emplea el poeta una expresión similar a la del v. 95. Lucrecio opone dos sensaciones: el color y la dureza, la primera que resiste al exterior y la segunda al interior. Al tocar el color de la superficie tenemos una impresión de resistencia a pesar de que la dureza reside en el interior.

bimos fuera a través de la apertura. Así, tan pronto como
 280 la imagen del objeto se proyecta, mientras llega a nues-
 tros ojos, expele e impulsa adelante todo el aire situado
 entre ella y nuestra vista y permite que podamos expe-
 285 rimentar su sensación antes que el espejo. Mas, cuando he-
 mos percibido también el propio espejo, al punto la ima-
 gen que parte de nosotros llega hasta él y una vez refle-
 jada vuelve a nuestras pupilas y empujando delante de sí
 la otra corriente de aire nos permite ver a ésta antes que
 a ella misma, y así nos parece alejada a tanta distancia
 más allá del espejo.

Por ello, una vez más no es adecuado en modo alguno
 admirarse (de que el mismo fenómeno tenga lugar para
 los objetos que se perciben en el exterior de una puerta
 290 y)²²³ para aquellos que reflejan la visión desde el plano
 de los espejos, ya que uno y otro fenómeno se llevan a
 cabo por dos corrientes de aire. Ahora, lo que constituye
 el lado derecho de nuestro cuerpo justamente lo vemos
 295 a la izquierda, porque al llegar al plano del espejo no se
 vuelve sin cambio, sino que rebotando va derecho hacia
 atrás, como si a una máscara de arcilla antes de estar seca
 uno la aplasta contra una columna o una viga, y aquélla
 conserva de frente su figura derecha y rebotando hacia
 300 atrás reproduce sus rasgos. Así sucederá que el que antes
 había sido el ojo derecho, ese mismo es ahora el izquier-
 do y que, a la recíproca, el izquierdo resulte el derecho²²⁴.
 Sucede también que la imagen se transmite de un objeto
 a otro de modo que lleguen a formarse cinco o hasta seis
 simulacros. Pues todos los simulacros que se mantengan
 ocultos detrás del espejo, en los rincones más profundos,
 305 aunque relegados enteramente a un lado, al sacarlos to-
 dos a la luz, a través de accesos sinuosos, será posible ver-
 los dentro de la casa por la combinación de muchos espe-
 jos. Tan cierto es que la imagen se refleja de un espejo

²²³ Asumimos, después del v. 289, la laguna señalada por Göbel, Bailey y Fe-
 llin-Barigazzi de un solo verso, cuyo sentido sería el expresado en el texto entre
 paréntesis. Otros críticos, como Ernout, siguen a Munro que corrige el principio
 del v. 290, *illis quae* por *illic quor (cur)*, evitando así la laguna.

²²⁴ Es la explicación del mismo Epicuro que conocemos a través de Apuleyo,
Apol (de magia), 15.

a otro: cuando en uno aparece la mano izquierda, a la in-
 310 versa en el otro se muda en la derecha, luego se vuelve
 al revés y de nuevo reasume la primera posición.

Más aún, todos los espejos que presentan forma ar-
 queada²²⁵, dotados de una curvatura semejante a la de
 nuestros costados, nos transmiten los simulacros en po-
 sición recta o bien porque la imagen se transfiere de un
 315 espejo a otro y desde ellos, reflejada dos veces, vuela a
 nosotros, o bien porque gira en torno a sí misma la ima-
 gen, según como la forma curva del espejo le indica que
 vuelva a nosotros.

Además, te puede parecer que los simulacros avanzan
 a la par que nosotros, ponen el pie junto con nosotros e
 320 imitan nuestros gestos porque la parte del espejo de la
 que nos retiramos, de repente no puede ya devolver los
 simulacros, toda vez que la naturaleza les fuerza a todos
 a reflejarse y rebotar de los objetos, reproduciendo ángu-
 los iguales²²⁶.

Diversos fenómenos de la vista

Por otra parte, los ojos rehúyen y evitan mirar los ob-
 325 jetos brillantes. Asimismo, el sol ciega al que se empeña
 en dirigir los ojos frente a él, ya que es grande su poten-
 cia y desde su altura los simulacros se lanzan con todo el
 peso a través del límpido aire hiriendo los ojos y dañan-
 do la contextura de éstos. Además, cualquier resplandor
 330 que sea intenso inflama a menudo nuestros ojos ya que en-

²²⁵ «Forma arqueada» responde a *latuscula speculorum*, literalmente «pequeños flancos o lados de espejos». Seguramente significa, como lo expresa a continuación, «espejos curvados a modo de flancos». El poeta quizá aluda a láminas de espejos plegados en semicilindro y dispuestas en sentido horizontal de modo que reflejen imágenes no traspuestas, sino rectas. En todo caso, debe producirse una doble reflexión, la cual tiene todas las posibilidades de producirse dado que la curvatura del espejo cóncavo es menos perfecta. Tratándose de los espejos metálicos de los antiguos se piensa, en este caso, en una serie de pequeños espejos planos yuxtapuestos en ángulo obtuso en orden a formar un espejo cóncavo: cf. Ernout-Robin, *op. cit.*, II, págs. 211-212.

²²⁶ De lo dicho la conclusión es fácil de inferir: cuando nos apartamos del lado del espejo la imagen continúa reflejándose en la parte opuesta a aquélla en la que nos encontramos.

cierra muchas semillas de fuego que, penetrando en nuestras pupilas, les causan dolor. Asimismo, todos los objetos que contemplan los ictericos se les vuelven amarillentos porque de su cuerpo emanan muchas semillas de li-
 335 videz que van al encuentro de los simulacros, y muchas de ellas se encuentran también mezcladas en sus ojos, las cuales a su contacto colorean todos los objetos con su palidez.

En cambio, desde las tinieblas vemos los objetos que se hallan en medio de la luz, porque si el negro aire de la oscuridad es el primero en penetrar y obstruir los ojos
 340 abiertos, sigue al instante el blanco aire resplandeciente que, por así decirlo, les purifica y desvanece las sombras del otro aire. En verdad, es éste, en gran medida, más móvil, sutil y poderoso. Y una vez que ha inundado con su
 345 luz los conductos de los ojos y abierto los que antes tenía bloqueados el negro aire, sin interrupción le siguen los simulacros de los objetos situados en la luz, estimulando nuestra vista. Por el contrario, no podemos hacer lo mismo en las tinieblas desde la luz, ya que el que actúa en
 350 segundo lugar es el aire tenebroso, más denso, el cual invade todos los orificios y ocupa todos los conductos de los ojos, de modo que ningún simulacro de los objetos, al chocar con ellos, pueda estimularlos.

Quando contemplamos las torres cuadradas de una ciudad desde lejos, sucede que nos parecen a menudo redondas²²⁷, porque de lejos todo ángulo se ve obtuso, o mejor
 355 ni siquiera se ve, su impresión se pierde y la sacudida de su imagen no llega hasta nuestros ojos, ya que, mientras los simulacros avanzan recorriendo mucho aire, éste impulsa a aquélla a debilitarse con sus repetidos golpes. Por
 360 esto, cuando todo ángulo escapa igualmente a los sentidos, acontece como si los edificios de piedra fuesen pasados al torno, pero no como aquellos verdaderamente redondos que tenemos a la vista, sino que los percibimos, por así decir, semejantes algo confusamente.

²²⁷ El ejemplo de la torre cuadrada, como otros que siguen a continuación, pertenece a la escuela: véase Usener, *Epicur.*, frag. 247, el ejemplo se halla desarrollado en Sexto Empírico, *Adv. Math.*, 7, 208 y sig. Acontece que, cuando el simulacro ha perdido en un largo recorrido su consistencia primera, se produce el error y la confusión en los juicios perceptivos.

- 365 La sombra parece moverse en el sol igual que nosotros, seguir nuestras pisadas e imitar nuestros gestos; si es que piensas que el aire, desprovisto de luz puede avanzar, siguiendo los movimientos y los gestos de los hombres. Porque no puede ser otra cosa que aire, desprovisto
- 370 de luz, aquellos que nosotros solemos llamar sombra. Sin duda, porque el suelo en determinados lugares se ve privado sucesivamente de la luz solar, doquiera nosotros la obstaculizamos al caminar, y de nuevo se llena de sol el espacio del suelo que hemos abandonado; por ello, da la impresión de que la sombra proyectada por nuestro cuerpo
- 375 po nos ha seguido siempre la misma sin parar. En efecto, siempre se esparcen nuevos rayos de luz y los primeros desaparecen como lana devanada en el fuego. De ahí que la tierra fácilmente se despoje de luz y, asimismo, se inunde de ella y se lave de negras sombras.

Ilusiones ópticas

- No concedemos, sin embargo, ahora, que los ojos se engañen en absoluto. Porque percibir el lugar, cualquiera
- 380 que sea, en el que se halla la luz y la sombra es su cometido; pero si la luz es la misma o no, y la sombra que ha estado aquí esa misma pasa ahora allá, o más bien sucede lo que hemos dicho poco antes, esto, a fin de cuentas,
- 385 debe discernirlo el puro raciocinio de la mente, sin que puedan los ojos penetrar en la naturaleza de las cosas. Por lo tanto, no culpes a los ojos de lo que constituye un defecto del espíritu²²⁸.

La nave que nos transporta corre veloz, cuando parece estar quieta²²⁹; la que permanece anclada parece que se

²²⁸ Principio fundamental de la gnoseología epicúrea: los sentidos no pueden engañarnos, pero la razón debe interpretar exactamente los datos de los sentidos refiriéndolos a las nociones o conceptos generales, 'prolepseis', acumulados en la mente. El error se produce por la falsa opinión que atribuimos a las sensaciones: cf. *Ep. Herod.*, 51.

²²⁹ Cf. Cic., *Acad. pr.*, 2, 25, 81 y *De div.*, 2, 58, 120. Consideramos práctico reagrupar los ejemplos a partir de aquí. Dos son los grupos: el primero se refiere a la inmovilidad y movilidad aparente de los objetos: es el caso del navío, vv. 387-390; de las estrellas, del sol y de la luna, vv. 391-396; del vértigo, vv.

adelanta. Desde la popa creemos que huyen de nosotros
 390 las colinas y llanos ante los cuales conducimos la nave y
 volamos con las velas desplegadas.

Los astros parecen todos estar inactivos en la bóveda
 etérea, pero se hallan todos en perpétuo movimiento,
 pues una vez han salido vuelven a experimentar un largo
 395 ocaso, tras haber recorrido el cielo con su cuerpo lumi-
 noso. De modo similar el sol y la luna dan la impresión
 de permanecer en sus puestos, más la propia realidad de-
 muestra que se mueven rápidos²³⁰.

Montes que a lo lejos sobresalen de en medio del mar,
 entre los cuales se abre una amplia vía para la flota, pa-
 recen, no obstante, formar unidos una sola isla.

400 Tan cierto es que a los niños los pórticos les parecen
 dar vueltas y las columnas correr en derredor, cuando
 ellos han dejado de girar, que, con dificultad, pueden lue-
 go creer que la casa no amenace con desplomarse toda en-
 tera sobre ellos.

405 Cuando al rojo lucero de la mañana, con sus tremolan-
 tes fuegos, comienza la naturaleza a erigirlo hacia la al-
 tura y a elevarlo por encima de los montes, éstos sobre
 los cuales te parece que se encuentra el sol abrasador al-
 canzándolos de cerca con sus llamas, apenas si distan de
 nosotros dos mil disparos de flecha, apenas si distan a me-
 410 nudo quinientas tiradas de jabalina. Entre ellos y el sol
 yacen inmensas llanuras del mar, extendidas bajo las in-
 gentes regiones del éter, y están intercaladas muchas mi-
 llas de tierra que habitan pueblos diversos y especies de
 fieras.

415 En cambio, un charco de agua no más profundo que
 un dedo, que se halla estancado entre las piedras de las
 vías pavimentadas, brinda una visión bajo tierra de tanta
 profundidad cuanta es la extensión del inmenso abismo
 que desde la tierra se eleva al cielo; de suerte que tengas

400-403; de la corriente, vv. 420-425; de los astros, vv. 443-446. El segundo comprende los errores de distancia, de dimensiones y de posición: caso de las islas en el mar, vv. 397-399; del sol en su salida, vv. 404-413; del espejo de agua, vv. 414-419; del pórtico, vv. 426-431; del sol en el mar, vv. 432-435; de la refracción, vv. 436-442. A estos dos grupos añadimos el caso de desdoblamiento de objetos, vv. 447-452: cf. Ernout-Robin, *op. cit.*, II, pág. 219.

²³⁰ Otro ejemplo de escuela: cf. Cic., *Acad.*, 2, 26, 82.

la impresión de contemplar hacia abajo las nubes y el cielo y ver los cuerpos celestes sorprendentemente escondidos bajo tierra.

- 420 En fin, cuando un fogoso corcel se nos ha atascado en medio de un río, y contemplamos desde arriba la impetuosa corriente de éste, parece que una fuerza arrastra en sentido transversal el cuerpo inmóvil del caballo y lo empuja precipitadamente contra corriente; así, dondequiera
425 dirigimos la mirada nos parece que todos los objetos son impelidos y fluyen de modo similar.

- Un pórtico aunque sea de trazado, por demás, uniforme y se mantenga apoyado constantemente por columnas paralelas, sin embargo, si lo contemplamos todo lo largo que es desde un extremo, insensiblemente se reduce al vértice de un estrecho cono: junta el techo con el
430 suelo y el lado derecho con el izquierdo hasta contraerlo todo en la oscura punta del cono²³¹.

- En alta mar les parece a los marineros que el sol salido de entre las olas tiene su ocaso bajo las olas y oculta allí su luz; es lógico en un sitio donde no contemplan más
435 que agua y cielo; pero no vayas a pensar a la ligera que los sentidos se engañen siempre.

- En cambio, a los no avezados al mar los navíos fondeados en el puerto les parecen que, roto el aplustre, se apoyan vacilantes sobre las olas, ya que toda la parte de los remos que emerge sobre el rocío del mar está recta y
440 recto en lo alto el timón; pero la parte que, sumergida, se pierde en el agua, parece que, hecha pedazos, da la vuelta y se dirige toda ella de abajo hacia arriba y que flota encorvada a flor de agua²³².

- Cuando durante la noche los vientos arrastran por el cielo nubes poco densas, entonces los astros luminosos
445 parecen deslizarse hacia las nubes y avanzar desde la altura hacia una parte distinta de aquella a la que realmente se dirigen.

Mas, si por ventura la mano apoyada en la parte infe-

²³¹ El ejemplo está desarrollado también por Séneca, *De benef.*, 7, 1, 5, y citado en *Nat. Quaest.*, 1, 3, 9.

²³² Este ejemplo de rarefacción, v. 440, lo repite Séneca, *Nat. Quaest.*, 1, 3, 9: «el remo se cubre de agua y da la impresión de estar roto».

rrior del ojo presiona sobre éste, por una peculiar sensación, nos parece que todo aquello en que centramos la mirada se duplica: dobles las luces que brillan en las lámparas a flor de llama, doble el ajuar que se reparte por toda la casa, dobles los rostros de las personas y dobles sus cuerpos²³³.

En fin, cuando el sueño ha encadenado nuestros miembros con dulce sopor y todo el cuerpo yace en profundo reposo, tenemos entonces la impresión de estar despiertos y mover los miembros; en la sombría oscuridad de la noche creemos contemplar el sol y la claridad del día; en una habitación cerrada nos parece mudar de cielo, de mar, de ríos y de montes y recorrer llanuras a pie; escuchar sonidos cuando impera por doquier el profundo silencio de la noche y emitir voces estando callados.

Constatamos numerosos otros fenómenos sorprendentes, análogos a éstos, todos los cuales intentan, por así decir, quebrantar la fe en los sentidos; pero, en vano, porque la mayor parte de ellos son engaños debidos al juicio de la mente que añadimos nosotros por propia iniciativa, dando por visto lo que los sentidos no han visto. En verdad, nada hay más difícil que distinguir los hechos verdaderos de las suposiciones que el espíritu añade al punto espontáneamente.

Infalibilidad de los sentidos.

Refutación de los escépticos

En suma, si alguien piensa que nada sabemos²³⁴, desconoce también si podemos saber algo, puesto que confiesa no saber nada. Así, pues, ahora dejaré de discutir con quien se coloca a sí mismo con la cabeza entre los pies. Con todo, aun concediéndole que sabe incluso esto, no obstante le haré esta sola pregunta: como quiera que

²³³ Cf. Cic., *Acad.*, 2, 25, 80, para el caso de duplicación de objetos.

²³⁴ Metrodoro de Quíos, al que Cic. en *Acad.*, 2, 23, 72, lo presenta hablando de esta suerte: «Afirmo que no sabemos si sabemos algo o no sabemos nada, ni siquiera sabemos si no sabemos o sabemos, ni tampoco si existe algo o no existe.» La crítica de Lucrecio a la postura de Metrodoro, en realidad va dirigida contra los democriteos que se mostraban escépticos frente a la percepción sensitiva, a la que los epicúreos dan la primacía.

no ha descubierto antes ninguna verdad en las cosas,
 475 ¿cómo sabe qué es el saber y, a la inversa, el no saber?,
 ¿qué norma ha determinado la noción de lo verdadero y
 de lo falso?, ¿qué norma demuestra que lo dudoso se distin-
 gue de lo cierto? Descubrirás que la noción de la verdad
 ha sido establecida, en primer lugar, por los sentidos y que
 480 el testimonio de éstos no puede ser desmentido. En efec-
 to, debe ser hallado aquel principio de mayor crédito que
 sea capaz por él mismo de refutar la falsedad con la ver-
 dad. Así, pues, ¿qué testimonio debe considerarse de ma-
 yor crédito que el de los sentidos? ¿Por ventura, la razón,
 nacida de un sentido engañoso podrá contradecir a éste,
 485 cuando toda ella ha nacido de los sentidos? Porque si és-
 tos no son veraces, la razón resulta asimismo totalmente
 falsa. ¿Acaso podrán los oídos refutar a los ojos, o el tacto
 a los oídos? ¿Asimismo al tacto lo desmentirá el sabor
 de la boca, o lo refutarán las narices, o lo convencerán de
 error los ojos? No es así, según pienso.

490 En efecto, a cada sentido se le ha otorgado un poder
 diferente y una función específica; por lo mismo, es ne-
 cesario percibir con un sentido concreto lo que es blando
 y lo que es frío y caliente, y por otro distinto percibir los
 diferentes colores de las cosas y ver todo lo que va unido
 a los colores. Por su parte, el sabor de la boca tiene su
 495 función específica, y los olores nacen por separado, como
 también los sonidos. Por lo tanto, es imprescindible que
 unos sentidos no puedan refutar a los otros. Ni tampoco
 podrán desmentirse a sí mismos, puesto que deberá de-
 positarse en ellos una misma seguridad. Así, pues, quan-
 to perciben los sentidos en todo momento es verdadero.
 500 Y si la razón no puede explicar la causa por la cual ob-
 jetos que de cerca eran cuadrados, desde lejos nos han pa-
 recido redondos, es preferible, sin embargo, para el que
 carece de razones ofrecer a cambio una explicación erró-
 nea de una y otra figura, que dejar escapar de sus manos
 505 verdades manifiestas, quebrantar la fe primera y socavar
 los fundamentos mismos en que descansa la vida y la sal-
 vación²³⁵. Porque no sólo la razón se derrumbaría total-

²³⁵ Expresión similar en el lib. 2, 863. El pasaje desde el v. 495 al 506 tiene un cierto apoyo en Epicuro, *Ep. a Pitocles*, 87, cuando dice: «para asegurarnos

mente, hasta la misma vida se destruiría al punto, si no osamos confiar en los sentidos, evitar los precipicios y otros peligros semejantes que debemos rehuir y seguir por la vía contraria.

Así, pues, para ti resulta vano todo aquel amasijo de razones, preparado y dispuesto contra los sentidos.

En fin, como en una construcción, si la regla está torcida desde el principio, si la escuadra sale desviada de la vertical y el nivel por algún lado no tiene aplomo, es inevitable que toda la casa resulte viciada y distorsionada, defectuosa, en pendiente, inclinada hacia adelante o hacia atrás, discordante, de suerte que en algunos puntos parezca querer derrumbarse y de hecho se derrumbe totalmente, traicionada por los primeros cálculos erróneos.

Así, pues, es preciso que resulte deformado y falso cualquier razonamiento tuyo originado de sensaciones falsas.

Otros sentidos: el oído. El eco

Ahora de qué forma cada uno de los otros sentidos percibe el propio objeto es el razonamiento, en modo alguno difícil, que resta exponer.

Primeramente, se oyen todos los sonidos y voces cuando, introduciéndose en los oídos han golpeado el sentido con su cuerpo²³⁶. Porque se debe reconocer que la voz y el sonido son también corpóreos, dado que pueden excitar el sentido. Por lo demás, la voz raspa a menudo la garganta y el griterío que se expande hacia afuera hace más áspera la traquearteria. Puesto que, cuando los átomos de la voz, a través de un conducto estrecho, comienzan a salir hacia afuera en número excesivo es evidente que, obstruyendo el paso hacia la boca, dañan la puerta de

una base inquebrantable basta explicar todas las cosas permaneciendo de acuerdo con los fenómenos en varias hipótesis igualmente posibles...». En suma, el único criterio seguro de verdad lo suministran los sentidos, suprimido este fundamento todo conocimiento resulta imposible.

²³⁶ La percepción auditiva se reconduce al tacto ya que, en el decir de Lucrecio, es provocada por el choque de las partículas materiales del sonido y de la voz en el oído al que llegan a modo de corriente que transmite el objeto sonoro: cf. *Ep. Herod.*, 52.

salida a ésta. Así, pues, no queda duda que las voces y las palabras están constituidas de átomos corpóreos, toda vez que pueden dañar.

- 535 Y no se te oculta tampoco cuánta vitalidad quita al cuerpo y cuánta energía sustrae a los nervios y a las propias fuerzas del hombre la conversación continua, prolongada desde el naciente fulgor de la aurora hasta la sombra de la oscura noche, sobre todo cuando se ha desarrollado en
- 540 medio de gritos desmesurados. Por lo tanto, es preciso que la voz sea corpórea, puesto que aquel que habla mucho pierde una porción de su sustancia. La aspereza del sonido resulta de la aspereza de los átomos, como también su fineza se produce de la fineza de los átomos. Pues tampoco los átomos penetran en los oídos de la misma
- 545 manera cuando la trompeta resuena con un mugido intensamente profundo y con aspereza hace repercutir rápidamente con el eco su raudo zumbido, que cuando (los cisnes desde los impetuosos torrentes)²³⁷ del Helicón elevan con voz lúgubre su nítida queja.

- Así, pues, cuando sacamos estas voces desde el fondo
- 550 de nuestro cuerpo y las hacemos salir fuera directamente por la boca, la lengua hábil, artífice de palabras, las articula y, en parte, las configura con la conformación de los labios. Por ello, cuando no es larga la distancia que debe recorrer cada sonido para llegar hasta nosotros, es necesario que escuchemos también las propias palabras claramente y las distingamos con detalle, ya que cada una conserva su forma y su configuración. Pero si la distancia intermedia es excesivamente larga, será inevitable que las palabras se confundan al atravesar mucho aire y que el
- 555 sonido se perturbe en tanto cruza volando la brisa del viento. Así acontece que podamos percibir el sonido, pero sin distinguir el significado de las palabras. De tal suerte llega hasta nosotros una voz confusa e ininteligible.

Además, es frecuente que una sola palabra, pronuncia-

²³⁷ El v. 547 está corrupto, ya que tres de sus palabras, *validis necti tortis*, no dan sentido. Ninguna de las conjeturas propuestas satisface. Es presumible que, como lo infieren Vossio y Lachmann, el poeta aludiera aquí al canto de los cisnes como lo indica la conjetura adoptada por nosotros. En todo caso, el pasaje, vv. 545-548, está embellecido con la armonía imitativa que hace recordar al del lib. 2, 618-619: cf. nota 93.

565 da por boca del heraldo, sacuda los oídos de toda una asamblea. Así, que una sola voz se divide al punto en muchas voces, puesto que se distribuye entre los oídos de cada uno, refrendando la forma y el distinto sonido de las palabras.

Una parte de las voces que incide en nuestros oídos, pasando de largo, se pierde en vano, dispersa por los aires. 570 Otra parte, que ha chocado con cuerpos sólidos, al ser repercutida desde esos lugares, devuelve el sonido y nos engaña a veces con el eco de la palabra.

Si comprendes bien esta doctrina, podrás explicarte a ti mismo y a los demás cómo en los lugares solitarios los peñascos reproducen, iguales y en el mismo orden, los rasgos 575 externos de las palabras siempre que busquemos entre oscuros montes a los compañeros que andan errantes y una vez extraviados les llamamos con fuertes voces.

He visto lugares que repetían con el eco hasta seis o siete voces, cuando proferíamos una sola²³⁸; así las propias colinas repercutiendo con el eco las palabras a otras colinas, multiplicaban la repetición de las frases.

580 Estos lugares imaginan sus vecinos que los pueblan los sátiros de pies de cabra y las ninfas, y cuentan que son el estrépito montaraz y los divertidos juegos de los faunos los que, sin duda, interrumpen por doquier el profundo silencio, que se producen melodías de arpa y dulces la- 585 mentos que difunde la flauta pulsada por los dedos de sus tañedores, que el pueblo campesino percibe a gran distancia cuando Pan, sacudiendo las ramas de pino que envuelven su cabeza semisalvaje, recorre con su redondeado labio los huecos de sus canutillos, a fin de que la siringa no cese de difundir el canto pastoril.

590 Hablan de otros prodigios y portentos similares para que no se vaya a pensar, acaso, que habitan lugares solitarios, abandonados hasta de los dioses. Por ello, alardean de maravillas en sus charlas o bien les impulsa a ello cualquier otro motivo, supuesto que el linaje humano es excesivamente ávido de cuanto halaga el oído.

²³⁸ Según Plinio, *Nat. Hist.*, 36, 23, 99, en Cícico siete torres, situadas junto a la puerta Traquia, repiten muchas veces la voz emitida, y en Olimpia, el pórtico llamado Heptaphono repite siete veces la voz.

595 Además, no debe maravillarnos que por los lugares a través de los cuales los ojos no pueden percibir claramente los objetos, por ellos los sonidos lleguen a los oídos para impresionarlos. Con frecuencia, asistimos también a una conversación tras las puertas cerradas, ciertamente
 600 porque el sonido puede pasar intacto por conductos sinuosos, en cambio los simulacros rehúsan hacerlo. En efecto, se quiebran por el medio, si no atraviesan canales rectos, como son los del vidrio, por los que toda imagen cruza rápidamente²³⁹. Asimismo, la voz se desparrama por todos lados, puesto que unas voces se originan de
 605 otras y, cuando una ha nacido, se resuelve en otras muchas, como una chispa de fuego suele resolverse en las chispas que de ella brotan.

Así, pues, los lugares más ocultos y retirados se llenan de voces, y todos los objetos en derredor se agitan y despiertan por el sonido.

610 Por el contrario, todos los simulacros tienden directamente por el conducto por el que por primera vez han sido emitidos; de ahí que nadie sea capaz de ver a través de un recinto, pero puede captar las voces desde el exterior. Con todo, también esa misma voz, en tanto atraviesa las paredes de una casa, se amortigua y penetra confusamente en los oídos con la sensación de que escuchamos el sonido más que las palabras.

El gusto y el paladar

615 Ni la lengua ni el paladar, con los que percibimos el sabor, requieren un poco más de empeño en la explicación.

Primeramente, sentimos el gusto en la boca cuando exprimimos el alimento al masticarlo, como si alguien se pusiera a comprimir con la mano y dejar seca una esponja impregnada de agua. De la boca todo cuanto exprimimos se reparte por las cavidades del paladar y por los si-

²³⁹ Los sonidos, según el poeta, superan obstáculos que no permiten el paso a las imágenes, dado que el modo de traslación y de difusión no es el mismo. Los simulacros de la vista, aunque formados de átomos más sutiles y veloces que los del sonido, sólo pueden moverse en línea recta; en cambio la voz se difunde en todas direcciones.

nuosos conductos de la porosa lengua. Por ello, si los átomos del jugo que se esparce son lisos, tocan y cosquillean suavemente toda la cavidad húmeda de la lengua que en
 625 derredor suyo destila la saliva. En cambio, los átomos cuanto más llenos de aspereza están todos, tanto más punzan el sentido y abatiéndose sobre él lo desgarran²⁴⁰.

Por otra parte, el placer del jugo exprimido está limitado al paladar, mas, cuando el jugo desciende rápido hacia abajo a través de la garganta, ya no existe placer
 630 alguno en tanto se distribuye por todos los miembros. Y no importa en absoluto cuál sea el alimento con el que se nutre el cuerpo con tal que cuanto uno toma pueda distribuirlo, una vez cocido, por los miembros y mantener la constante de humedad en el estómago.

Ahora, explicaré cuál es el único alimento apto para unos y cuál para otros, por qué causa lo que es desagradable y amargo para unos, eso mismo, en cambio, puede
 635 parecer a otro muy dulce. Y existe en esta cuestión tan gran diversidad y diferencia que lo que para uno es alimento, para otros resulta ápero veneno. Acontece, pues, como²⁴¹ a la serpiente que tocada por la saliva humana
 640 parece consumiéndose ella misma a mordiscos. Asimismo, el eléboro para nosotros es un veneno activo, mas a las cabras y las codornices les aumenta la grasa²⁴².

A fin de conocer de qué manera se realiza este fenómeno conviene recordar primeramente lo que dijimos anteriormente: que las semillas se hallan combinadas en los
 645 seres de múltiples formas. Es más, todos los vivientes que toman alimento como son diferentes en el aspecto ex-

²⁴⁰ Lo dicho en 2, 422-425, a propósito de la variedad de formas atómicas se aplica aquí al gusto: su lisura determina suavidad y dulzura, como su rugosidad, aspereza y molestia. A destacar en el v. 624 la sugerente perífrasis descriptiva del paladar: *umida linguai... sudantia templa*.

²⁴¹ *Est itaque ut* del v. 638 es lectura probablemente corrupta, pero dado que las correcciones aportadas no son satisfactorias, mantenemos el texto de los codd. con una traducción aproximada.

²⁴² Presenta Lucrecio dos ejemplos clásicos de *mirabilia*. Sobre el caso de la serpiente, cf. Plinio, *Nat. Hist.*, 7, 2, 15 y 28, 19, 35, donde expresa que el hombre con su saliva posee un veneno eficaz contra las serpientes; en relación con el otro ejemplo: el aumento de la grasa en las cabras debido a la cicuta y al aceduche, Plinio, *Nat. Hist.*, 10, 69, presenta un caso similar al asegurar que «para las codornices la semilla del veneno es un alimento gratisimo».

terno y, en cada especie, el contorno más exterior de los miembros les distingue, así también están constituidos por átomos de formas variadas.

Mas, como quiera que las semillas son diversas, es necesario que difieran también los intervalos y los conductos que llamamos poros, en todos los miembros, en la boca y en el mismo paladar. Por lo tanto, deben haber unos más angostos, otros más anchos, deben haber triangulares en una especie, cuadrados en otra, muchos redondos, algunos formados por muchos ángulos de múltiples formas. En efecto, como lo exigen la variedad de los átomos y su movimiento, de la misma manera deben diferir las formas de los poros, e igualmente diversificarse los conductos y el tejido que les envuelve. Por ello, toda vez que el alimento suave para unos, resulta amargo para otros, sin duda a quien le resulta suave le deben penetrar su interior de modo agradable átomos muy lisos por los conductos del paladar; en cambio, a quienes el mismo sustento resulta amargo en su interior es evidente que les invaden la garganta átomos ásperos y encorvados.

Ahora resulta fácil, a partir de estos principios, conocer cada fenómeno. En efecto, cuando a uno le sobreviene la fiebre por el exceso de bilis o bien por cualquier otra causa se ha desatado la violencia de la enfermedad, entonces se altera en seguida todo el cuerpo, entonces se perturba toda la disposición de los átomos; acontece que las sustancias que antes eran apropiadas al sentido del gusto, ahora no lo son y se acomodan mejor las otras que ingeridas normalmente suelen producir una sensación áspera. Una y otra clase de átomos están mezcladas con el sabor de la miel; lo que te he mostrado ya antes, más arriba, con frecuencia.

El olfato

Y ahora explicaré cómo afecta a la nariz el contacto con el olor. En primer lugar, es necesario que existan muchos seres desde los cuales se emitan las varias emanaciones fluidas de los olores, y hemos de pensar que manan, se emiten y difunden por doquier; mas, un tipo de

olor se acomoda mejor a unos seres vivos, otro mejor a otros a causa de sus formas diferentes²⁴³. Por eso, a través del aire, las abejas son atraídas por el olor de la miel, aunque venga de lejos, y los buitres por el de los cadáveres. Así, el instinto olfateador conduce al perro a donde se encamina la hendida pezuña de las fieras y desde lejos presiente el olor humano el ganso de blancas plumas que preservó la ciudadela a los descendientes de Rómulo²⁴⁴. De este modo, el olor diferente otorgado a todo cuerpo impulsa a cada uno a sus propios pastos y les fuerza a alejarse del repulsivo veneno; de esta suerte, se conservan las especies de las fieras.

Ahora bien, de entre los mismos olores que excitan la nariz uno puede ser despedido más lejos que otro. Con todo, ninguno de ellos se lanza tan lejos como el sonido, como la voz, omito decir más lejos que los simulacros que hieren las pupilas de los ojos e impresionan la vista. En efecto, errabundo llega con lentitud y presto se desvanece, diluyéndose fácilmente en la brisa del aire; primeramente, porque sale con dificultad del interior de los objetos; ciertamente, que los olores emanan y se alejan del interior de los cuerpos lo demuestra el hecho de que apreciamos que despiden más olor todos los cuerpos divididos, los desmenuzados, los destruidos por el fuego; después se puede comprobar que han sido formados por átomos mayores que la voz, ya que no penetra por los muros de piedra, a través de los cuales pasan de ordinario la voz y el sonido.

Por ello, comprenderás igualmente que no es tan fácil descubrir en qué lugar está situado el cuerpo que huele. En verdad, su impulso languidece demorándose a través del aire, ni las emanaciones de los objetos se transmiten rápidas al sentido. Por lo cual, los perros a menudo se equivocan al perseguir el rastro.

²⁴³ Son, pues, los efluvios de partículas que emanan de las cosas los que provocan la sensación olfativa, por donde olores diferentes responden a seres diversos: cf. *Ep. Herod.*, 53.

²⁴⁴ Alude al famoso episodio de los gansos capitolinos durante la conquista de Roma por los galos en el 390 a.C. El v. 683 es de corte épico quizá por imitación de un verso perdido de los *Annales* de Ennio. *Romulidarum* recuerda *Aeneadum* del lib. 1, 1.

Objetos repulsivos a la vista

- Ni esto acontece sólo con el olor y el gusto; tampoco las imágenes y los colores de los objetos se acomodan todos igualmente al sentido de todos los seres, de manera que
- 710 no haya unos más hirientes a la vista que otros. Es más, ante el gallo que, expulsando con el batir de sus alas la noche, acostumbra cantar a la aurora con vibrante voz, no pueden los crueles leones permanecer de frente ni mirarle²⁴⁵: por ello, en seguida piensan en la huida, ciertamente
- 715 porque en el cuerpo de los gallos existen ciertas semillas que al proyectarse sobre los ojos de los leones horadan por el medio sus pupilas y les causan un vivo dolor de suerte que no pueden mantener frente a aquéllos su ferocidad. Sin embargo, estas semillas no pueden dañar en nada nuestra visión o bien porque no penetran en ella, o
- 720 bien porque, si penetran, se les da libre salida para que no puedan, al detenerse, dañar los ojos en parte alguna.

La contemplación del espíritu

Ahora, ¡ea!, escucha qué objetos impresionan el espíritu y, con pocas palabras, aprende de dónde proceden los que llegan a la mente.

- En primer lugar, afirmo que numerosos simulacros sutiles vagan de muchas maneras por doquier, en todas direcciones, los cuales, al encontrarse, se juntan unos con otros por los aires, como la telaraña o las láminas de oro. En efecto, estos simulacros son de una trama mucho más fina que aquellos que se introducen por los ojos y provocan la visión, ya que se introducen por los poros del cuerpo y estimulan por dentro la sutil naturaleza del espíritu, excitando su sensibilidad.
- 725
- 730

Vemos así los Centauros²⁴⁶, los miembros de Escilas²⁴⁷,

²⁴⁵ Como otros ejemplos tomados del mundo animal, también éste pertenece al cúmulo de creencias populares con frecuencia acogidas, hasta por los sabios, en la antigüedad: cf. Plinio, *Nat. Hist.*, 10, 21 y 8, 19; asimismo, la nota 242.

²⁴⁶ Monstruos fabulosos, caballos en su parte inferior y hombres del busto para arriba, hijos de Ixión y de Nefele, de naturaleza brutal y maligna, que fueron vencidos por Hércules, Néstor y Teseo. Tales seres, según Lucrecio, no han existido jamás: cf. 5, 878-881.

²⁴⁷ Monstruo marino, oculto en el estrecho de Mesina, una mujer cuya cintura

los rostros de Cancerberos²⁴⁸ y los espectros de aquellos que, después de muertos, sus huesos los rodea la tierra²⁴⁹;
 735 porque simulacros de toda especie se agitan por todas partes: unos los que nacen espontáneamente en el mismo aire, otros los que se desprenden de los diversos objetos y otros que se forman compuestos de las figuras varias de éstos.

Pues, ciertamente, la imagen del Centauro no procede
 740 de una realidad viva, ya que jamás ha existido tal naturaleza de viviente; mas, cuando casualmente convergen la imagen del caballo y del hombre, se adhieren fácilmente, como antes dijimos, por su naturaleza sutil y fino tejido. Las demás imágenes de esta clase se originan del mismo
 745 modo. Y mientras éstas se mueven rápidamente, con suma ligereza, según antes he mostrado²⁵⁰, una cualquiera de esas sutiles imágenes, de un solo golpe, impresionará nuestro espíritu, ya que nuestro ánimo es sutil y maravillosamente ágil.

Por lo que sigue puedes conocer sin dificultad que es-
 750 tos fenómenos se realizan como te digo: puesto que la imagen que contemplamos con la mente es semejante a la que percibimos con los ojos, es necesario que se realicen una y otra del mismo modo. Ahora bien, ya que te he mostrado que yo distingo las cosas —pongo por caso
 755 un león— a través de los simulacros que impresionan mis ojos, es evidente que el espíritu actúa de modo semejante, mediante los simulacros de leones e igualmente de los restantes objetos que contempla, no de modo distinto al de los ojos, si exceptuamos que percibe simulacros más sutiles.

está rodeada de perros feroces que devoran a cuantos se ponen a su alcance. Cf. Homero, *Od.*, 12, 85-100.

²⁴⁸ Son las tres cabezas del monstruoso cancerbero del infierno: cf. 3, 1011, nota 196.

²⁴⁹ Cf. 1, 135 del que es repetición el v. 734.

²⁵⁰ Cf. 3, 425-430. Asimismo, Cic., *Tusc.*, 1, 19, 43, donde dice: «nada hay más veloz que el espíritu; no existe celeridad que pueda compararse con la celeridad del espíritu». Tópico, por lo demás, muy antiguo que evoca el dicho atribuido a Tales: «lo más rápido es el espíritu, pues siempre está corriendo» (*Dióg., Laer., Vita Philosoph.*, 1, 35).

Ni de otra suerte, cuando el sueño ha relajado los miembros, está despierto el espíritu, si no es porque entonces impresionan nuestro ánimo esos mismos simulacros que cuando estamos en vigilia, hasta el punto que nos parece contemplar a aquel que, tras haber abandonado la vida, ha caído en poder de la muerte y de la tierra. La naturaleza fuerza a que esto suceda así, puesto que todos los sentidos del cuerpo embotados descansan en sus órganos y no pueden refutar la falsedad con la verdad. Por otra parte, la memoria está inactiva y languidece por el sopor y no protesta de que ha caído hace tiempo en poder de la muerte y de la destrucción aquél a quien el espíritu cree contemplar vivo.

Por lo demás, no es extraño que los simulacros se muevan y que agiten con ritmo los brazos y los restantes miembros. En efecto, acontece en los sueños que la imagen parezca actuar así; pues cuando la primera imagen se desvanece y surge otra a continuación, en una posición distinta, parece entonces que la primera ha mudado el gesto. Por supuesto hemos de pensar que esto se verifica de forma rápida: es tanta la movilidad de las imágenes, tanta su cuantía, tanta la abundancia de partículas, apreciable en un instante cualquiera, que pueden bastar para ello.

Y en esta materia se investigan muchas cuestiones y se deben aclarar muchos aspectos, si queremos exponer el tema con exactitud.

Se pregunta, en primer lugar, por qué el objeto que a cada uno le place desear, de ese mismo la mente se forja al punto la idea. ¿Acaso, los simulacros secundan nuestra decisión y tan pronto lo deseamos nos acude la imagen, sea que le agrade pensar en el mar, o en la tierra, o bien en el cielo? Reuniones de hombres, comitivas, convites, batallas²⁵¹, ¿acaso, todo ello lo crea y dispone la naturaleza con sola nuestra palabra? Particularmente, cuando en una misma región y lugar la mente de cada cual discurre toda clase de objetos muy diversos. Y, ¿qué decir también cuando en sueños vemos que los simulacros

²⁵¹ Cf. Cic., *De nat. deor.*, 1, 38, 108 y *Ad fam.*, 15, 16, en carta dirigida a Casio, donde formula preguntas similares.

790 avanzan con ritmo, que mueven sus ágiles miembros, agitando sus ágiles²⁵² brazos uno tras otro, con presteza, y reiteran el gesto en cadencia acorde con la mirada? Sin duda, los simulacros están impregnados de arte y evolucionan bien adocotrados a fin de poder ofrecer su espectáculo en el tiempo nocturno. ¿O, acaso, será verdad aquello otro: que en el tiempo que concebimos único, es decir, cuando emitimos una sola voz, están encubiertos muchos instantes, cuya existencia descubre la razón? De ahí resulta que, en cualquier momento, simulacros de toda especie estén a nuestro alcance, dispuestos en cualquier lugar: tanta es la movilidad de las imágenes y tanta su cuantía. Por ello, cuando la primera imagen se desvanece y otra surge sucesivamente en otra posición, parece entonces que la primera ha mudado el gesto. Y puesto que son sutiles, el espíritu no es capaz de discernir con claridad sino aquéllas a las que se aplica; por eso, todas las que
805 hay además de éstas se pierden, exceptuadas aquellas que el espíritu se ha propuesto ver. Este, ciertamente, se dispone a esperar para ver lo que sigue a cada imagen; por lo tanto, así se realiza.

¿Acaso, no ves cómo también los ojos cuando han comenzado a discernir los objetos que son tenues aplican
810 su esfuerzo y que sin éste no es posible que distingamos con claridad? Y aun tratándose de objetos visibles podrás, no obstante, apreciar que, si no concentras en ellos tu atención, sucederá como si el objeto se hallase en todo momento separado de ti y muy alejado. Así, pues, ¿qué hay de sorprendente si el espíritu desperdicia todas las
815 restantes imágenes, a excepción de aquéllas a las que él mismo se ha aplicado? Y luego con pequeños indicios hacemos grandes conjeturas y sucumbimos en la decepción del engaño.

Acontece asimismo que, a veces, no se nos brinda una imagen de la misma especie, sino que aquella que antes
820 era una mujer aparece junto a nosotros convertida en un

²⁵² Propende el poeta a este tipo de repeticiones de palabras en las que el vocablo que se halla en el cuarto o quinto pie se repite al principio de verso siguiente: aquí en el v. 789, *mollia* = «ágiles» del cuarto pie se repite al principio el v. 790, como en 3, 12 *aurea* del quinto pie se repite en el inicio del v. 13. Cf. nota 117.

hombre y que sucede el rostro de una edad al de otra. Pero, el sueño y el olvido se encargan de que no tengamos sorpresa.

Polémica contra el finalismo

En esta materia deseo²⁵³ vivamente que huyas de un defectuoso raciocinio y evites con mucha cautela el error
825 de considerar que la brillante luz de los ojos ha sido creada para que podamos ver en distancia; que es para avanzar a grandes pasos por lo que las extremidades de las piernas y de los muslos se doblan, apoyadas sobre los pies; que asimismo los antebrazos hayan sido unidos a
830 los brazos vigorosos y que las manos se nos hayan concedido a uno y otro lado, como sirvientas, para que pudiésemos realizar lo que es provechoso para la vida²⁵⁴.

Todas las interpretaciones que se hacen similares a ésta son torcidas por un falso razonamiento, puesto que ningún miembro se ha creado en nuestro cuerpo para permitirnos usarlo, sino que el miembro que ha surgido crea el uso. Ni la visión fue antes de que naciese la luz de los
835 ojos, ni la expresión antes de crearse la lengua²⁵⁵, sino más bien el nacimiento de la lengua se anticipó en mucho a la conversación, y los oídos fueron creados mucho
840 antes de que se haya escuchado el sonido y, en suma, todos los miembros han existido antes de que fuera reali-

²⁵³ El texto es poco seguro. De aceptar *inesse* al final del v. 823, señalado por los mss., habría que admitir una laguna en el texto. Con Bernays, Bailey y Fellin-Barigazzi asumimos la sustitución de *inesse* por *avemus* y la adición de *te* al principio del v. 824. La corrección encuentra un apoyo en el lugar paralelo del lib. 2, 216.

²⁵⁴ El poeta tiene presente el finalismo de los estoicos. De hecho, la expresión del v. 830 y sig. Cicerón la pone casi literalmente en boca del estoico Balbo que defiende las causas finales: cf. *De nat. deor.*, 2, 60, 150; la argumentación que Lucrecio considera un error está expuesta en términos muy parecidos por el apolo-gista cristiano Lactancio, *Inst.*, 3, 17. Este refutará el razonamiento de Epicuro y, por ende, de Lucrecio (vv. 832-857) quienes defienden que no han sido creados los órganos para una función, sino que su existencia y la necesidad han creado la función.

²⁵⁵ En su explicación sobre el origen de la palabra (lib. 5, 1056-1061), Lucrecio señala que el hombre ha poseído los órganos de la palabra antes que el lenguaje.

dad su propio uso. No pudieron desarrollarse, por lo tanto, en vistas a su uso.

Por el contrario, entablar competiciones de lucha, desgarrar los miembros y mancharlos de sangre fue mucho antes de que volasen por los aires los brillantes dardos, y la naturaleza impulsó a evitar la herida antes que la mano izquierda opusiese con habilidad la protección del escudo. Por supuesto, entregar al descanso el cuerpo fatigado es mucho más antiguo que las suaves colchas de la cama y apaciguar la sed ha sido antes que las copas.

En consecuencia, podemos creer que estos objetos han sido discurridos en orden a su uso, descubiertos para las necesidades de la vida. Pero quedan aparte todos aquellos que nacidos ellos primeramente, dieron luego a conocer su utilidad. A esta clase vemos que pertenecen en primer lugar los sentidos y sus órganos, por lo cual una vez más queda lejos la posibilidad de pensar que hayan sido creados en función de su utilidad.

El hambre y la sed

Tampoco debe sorprendernos que todo ser vivo por su misma naturaleza busque el alimento corporal. Porque, en verdad, he demostrado²⁵⁶ que muchas sustancias se derraman y desprenden de las cosas de múltiples formas, pero en número mayor deben derramarse de los animales. Estos, puesto que son agitados por el movimiento y muchos de sus átomos, impulsados desde el interior, los expulsan a través del sudor y otros muchos los exhalan por la boca, cuando jadean cansados, es a causa de esto que el cuerpo se debilita y todo el organismo desfallece; a este abatimiento le acompaña el dolor. A causa de esto toman el alimento para que éste vigorice los miembros, renueve, distribuido a intervalos, las fuerzas y calme a tra-

²⁵⁶ Se refiere sin duda a 2, 1128-1130. Aquí el poeta da la impresión de consumir su crítica de la teleología: no comemos y bebemos en orden a satisfacer el hambre y la sed; estas necesidades naturales son para Lucrecio el resultado inmediato de las pérdidas incesantes que experimenta el cuerpo, el cual se ve naturalmente impulsado a repararlas con la comida y la bebida: cf. Ernout-Robin, *op. cit.*, II, pág. 264.

- vés de miembros y venas la ostensible avidez de comer.
- 870 Asimismo, el líquido se distribuye por todas las partes que lo reclaman; muchos átomos de calor acumulados, que causan ardor a nuestro estómago, los dispersa el agua cuando llega hasta ellos apagándoles como al fuego, para que el calor seco no pueda abrasar ya a los miembros.
- 875 Así, en efecto, se extingue la ardorosa sed de nuestro cuerpo, así se sacia el hambre voraz.

El movimiento

- Ahora te explicaré cómo es que podemos dar pasos hacia adelante cuando queremos, cómo se nos ha concedido desplegar los miembros de diversa manera y qué fuerza es capaz de impulsar este tan gran peso de nuestro cuerpo; tú atiende a mis palabras.
- 880

- Afirmo que, en primer lugar, los simulacros del movimiento llegan a nuestro espíritu y le impresionan, como he dicho antes. De aquí nace la voluntad, porque nadie se pone a realizar cosa alguna antes de que la mente prevea lo que pretende. Y de la acción que prevé realizar tiene presente la imagen. Así, pues, cuando el espíritu se estimula con el deseo de ponerse a caminar, en seguida sacude la fuerza del alma que se halla diseminada por todo el cuerpo a través de los miembros y articulaciones. Y le resulta fácil hacerlo toda vez que se mantiene unida a él.
- 885
- Luego el alma, a su vez, sacude al cuerpo y así poco a poco toda la masa es empujada y se pone en movimiento²⁵⁷. Es más, en ese momento, el cuerpo en su textura se aclara y el aire (como naturalmente debe hacerlo el que siempre está presto a moverse) acude por las aberturas, penetra con abundancia por los poros y se difunde de esta manera hasta por las partes más diminutas del cuerpo.
- 895
- Así acontece, pues, que el cuerpo se vea impulsado por

²⁵⁷ Esta concepción del movimiento es de todo punto mecanicista: no hay lugar para una libertad de elección. Quiere destruir la necesidad democritea y dar a la Física un elemento de contingencia y espontaneidad. Pero se trata sólo del poder de no contradecir los principios de la doctrina epicúrea para que puedan, a su vez, ejercer un influjo decisivo en la conducta del iniciado.

dos fuerzas de uno y otro lado, como la nave por las velas y el viento ²⁵⁸.

Sin embargo, no resulta sorprendente en este caso que corpúsculos tan diminutos puedan desplazar un cuerpo
 900 tan grande y dar la vuelta a todo nuestro peso. En efecto, el viento tenue, de sutil composición, mueve con su impulso una gran nave de ingente mole, una sola mano la dirige por más grande que sea el impulso con que marcha,
 905 un solo timón la doblega hacia donde quiere y una sola máquina por medio de las poleas y ruedas impulsa y levanta con ligero esfuerzo mucho flete de gran peso.

El sueño

Ahora, de qué manera el sueño difunde el descanso a través de los miembros y disipa las cuitas del corazón, te
 910 lo expondré en versos más dulces que copiosos, como es mejor también el efímero canto del cisne que los gritos de la grulla, propagadas por las nubes etéreas del Austro ²⁵⁹.

Tú, presta tus oídos atentos y un espíritu perspicaz, no sea que te empeñes en negar que puede acontecer lo que te digo y te hagas para atrás con ánimo de rechazar obstinadamente la verdad siendo así que tú mismo estás en el error y no aciertas a comprenderlo.
 915

Desde luego, el sueño se produce cuando el vigor del alma está diseminado entre los miembros y una parte del alma expulsada ha salido fuera, la otra parte, constreñida se ha retirado más hacia el interior ²⁶⁰. Porque sólo entonces los miembros se aflojan y languidecen. En efecto,
 920 no hay duda que es obra del alma esta nuestra sensibilidad, y cuando a ésta el sueño le impide su acción, hay que pensar que entonces el alma está alterada y arrojada fuera, no toda, porque en ese caso el cuerpo yacería invadido

²⁵⁸ Compárense los vv. 892-897 con 6, 1031-1033, donde habla el poeta de la atracción que el imán ejerce sobre el hierro.

²⁵⁹ Repetición literal (los vv. 910-911) de los vv. 180-181 de este mismo canto.

²⁶⁰ Es la doctrina de Epicuro que expresa el escolio al n. 66 de la *Ep. Herod.* y que se ilumina por las enseñanzas expuestas en el n. 65 de la misma Epístola.

925 por el frío eterno de la muerte. Puesto que si ninguna parte del alma quedase latente entre los miembros, como el fuego se oculta, cubierto por abundante ceniza, ¿cómo la sensibilidad podría de repente restablecerse en los miembros, a la manera como del fuego oculto puede brotar la llama?

930 Mas, por qué causas se produce esta novedad y cómo el alma puede alterarse y el cuerpo languidecer, te lo voy a explicar: tú, obra de manera que no lance mis palabras al viento.

En primer lugar, es preciso que la parte exterior del cuerpo, al estar en contacto inmediato con el soplo del aire, sea sacudido y azotado por los continuos embates de éste, por ello todos los cuerpos están cubiertos de una piel o bien de unas conchas, o de unas callosidades, o de una corteza. El propio aire a los seres que respiran les azota su parte interna cuando inspiran y expiran. Así, pues, como quiera que el cuerpo es azotado de una y otra parte y que los golpes penetran por pequeños orificios hasta las partes primordiales y los elementos primeros, poco a poco se produce a través de los miembros como un hundimiento. Se perturba la disposición de los átomos del cuerpo y del espíritu. De ahí, resulta que una parte del alma se vea expulsada, que otra parte se retire ocultándose en el interior y que otra además, diseminada por los miembros no pueda tener consistencia en sí misma, ni activar el movimiento dándolo y recibéndolo, pues la naturaleza obstaculiza las vías de contacto; por lo cual, la sensibilidad, alterado el movimiento, se refugia en el interior. Y puesto que nada existe que, por así decir, sostenga los miembros, el cuerpo se debilita y todos los órganos languidecen, los brazos y párpados se caen y las rodillas, incluso al que descansa, se le doblan a menudo y relajan sus fuerzas. Después, a la comida le acompaña el sueño, porque el efecto que produce el aire, éste mismo lo produce el alimento en tanto se distribuye por todas las venas. Pero, resulta mucho más pesado el sopor aquel que embarga a uno cuando está hartado o fatigado, porque entonces se alteran muchos átomos debilitados por el penoso esfuerzo. Por la misma razón, se produce la concentración de una parte del alma más al interior, y la expul-

935
940
945
950
955
960

sión más abundante de otra parte al exterior, y dentro se halla en sí misma más dividida y dispersa.

Los sueños

Y el afán al que cada uno queda de ordinario encadenado o los asuntos en los que nos hemos ocupado mucho, y en cuya valoración la mente estuvo más concentrada, 965 éstos mismos nos parece con mucha frecuencia que los abordamos en sueños²⁶¹. A los abogados les parece que defienden una causa y que cotejan textos legales, a los generales que combaten y se lanzan a la lucha, a los marinos que continúan la pugna empeñada con el viento, y a 970 mí que me aplico a esta obra, que investigo continuamente la naturaleza y que expongo mis hallazgos en la lengua paterna. De este modo las restantes ocupaciones y artes parece que tienen cautivos a menudo en los sueños, con vanas ilusiones, los espíritus de los humanos. Y todos los que durante muchos días consecutivos han asistido 975 con asiduidad a los espectáculos, vemos a menudo que cuando ya dejaron de gozarlos con los sentidos, mantienen, sin embargo, abiertas otras vías en su mente por las cuales pueden introducirse las mismas imágenes. Así, pues, esos mismos espectáculos durante muchos días se presentan ante los ojos, de modo que les parece, aun 980 despiertos, que distinguen a los bailarines que mueven sus ágiles miembros, que captan con el oído el límpido sonido de la cítara, el lenguaje sonoro de los instrumentos de cuerda, que contemplan el mismo público sentado y que resplandece al propio tiempo el matizado decoro de la escena. 985 Hasta tal punto interesan los afanes, el placer y las ocupaciones a que suelen aplicarse no sólo los hombres, sino también todos los seres animados.

²⁶¹ El pensamiento de que en los sueños reproducimos la actividad que desarrollamos despiertos, ha sido expresado repetidas veces por los escritores latinos. Ya antes de Lucrecio por el poeta Accio, *Praet.*, 29. Posteriormente, entre otros, por Frontón, *De feriis alsien.*, 3, quien llega a imitar algunas de las expresiones de Lucrecio: «otorga también muchos sueños amenos de modo que la ocupación a la que cada cual está vinculado, como un actor, la contemple en sueños en calidad de espectador».

En efecto, verás caballos vigorosos que, aun cuando sus miembros descansan, con todo, en el sueño tienen sudores, que jadean continuamente y que se esfuerzan con suma energía como para conseguir la victoria, o como si (fueran a lanzarse)²⁶² al abrirse las barreras. Los perros de caza, en medio de un grato descanso, a menudo agitan de improviso las patas, dan ladridos repentinamente, olfatean con frecuencia el aire como si hubiesen descubier-

990 to las huellas de las fieras, y una vez despiertos, persiguen a menudo vanos simulacros de ciervos como si los vieran entregados a la fuga, hasta que desvanecida la ilusión, vuelven en sí. En cambio la tierna prole de los cachorros, criada en casa, se apresura en sacudir y levantar su cuerpo del suelo²⁶³ igual que si contemplaran imágenes y rostros desconocidos.

1005 Y cuanto más cruel es cada una de las razas de animales, tanto resulta más inevitable que se enfurezca en el sueño. Por el contrario, los diversos pájaros huyen y con su vuelo perturban de repente los divinales bosques en las horas nocturnas, si en su ligero sueño les ha parecido ver al gavilán que provoca peleas y combates y les persigue veloz.

Asimismo, el espíritu de los hombres que con grande empeño realiza nobles gestas, a menudo en sueños obra y ejecuta esas mismas proezas: los reyes conquistan, son apresados, promueven batallas, profieren gritos como si se les cortase el cuello en las mismas horas del descanso.

1015 Muchos combaten a muerte, prorrumper en gemidos de dolor e igual que si fueran despedazados por los mordiscos de una pantera o de un fiero león, llenan toda la mansión de fuertes gritos. Muchos en el sueño manifiestan se-

²⁶² En el v. 990 el error del amanuense ha puesto al final las dos últimas palabras del verso siguiente, *saepe quiete*, en el cual se hallan debidamente. Con todo, el final indebido que presentan los codd. en el v. 990 se puede reintegrar fácilmente, como lo indica la traducción que ofrecemos entre paréntesis.

²⁶³ Omitimos, como lo hacen todos los críticos, la traducción de los vv. 1000-1013 que repiten los vv. precedentes 992-995 y no se ajustan al contexto. De hecho el pasaje 990-1003 presenta en los codd. cierto desorden. Se evidencia, con todo, la sensibilidad y afecto lucrecianos por los animales, delicadeza ya puesta de relieve en 2, 352-366 a propósito de la ternera que busca su retoño: cf. nota 69.

- cretos capitales y a menudo han sido la prueba de su propio crimen²⁶⁴. Muchos hallan la muerte. Muchos, cual si se precipitasen desde elevados montes con toda la mole del cuerpo, quedan aterrorizados y despertando del sueño como enloquecidos, con dificultad vuelven en sí, conmocionados por la turbación corporal. El sediento, por su parte, acampa junto a un río o amena fuente, y engulle con su garganta casi toda el agua. A menudo, las personas limpias, cuando, al verse dominadas por el sueño, imaginan que alzan sus vestidos ante un estanque o un tonel truncado, derraman el líquido filtrado de todo el cuerpo, en tanto impregnan de agua los cobertores babilónicos de magnífico esplendor.
- 1030 También los jóvenes a los que comienza a manifestarse el semen en el vigor de la dolencia²⁶⁵, cuando la edad en sazón lo ha formado en sus miembros, les acuden desde el exterior, por todos lados, simulacros de cuerpos que presentan rostros brillantes y una tez hermosa que, excitándoles, provocan en las partes túrgidas abundante semen de modo que, como si hubiesen consumado el acto, derraman con frecuencia gran efusión de líquido manchando el vestido.

Pubertad y amor físico

- Este semen, de que hemos hablado ahora, se provoca en nosotros tan pronto como la edad adulta robustece nuestros miembros. En efecto, a objetos diversos les mueven y excitan causas distintas, pero sólo el atractivo humano excita en el hombre el semen humano. Este, en seguida que sale expulsado de su sede, a través de los miembros y órganos, se va retirando de todas las partes del cuerpo²⁶⁶ para afluir en puntos concretos de los nervios

²⁶⁴ La idea contenida en los vv. 1018-1019 queda expresada de modo similar en 5, 1158-1160.

²⁶⁵ El sintagma *aetatis freta* = «el estrecho de la vida», designa el paso de la niñez a la virilidad: cf. *anni fretus* en 6, 364 y 374 que designa el paso del frío al calor en primavera y del calor al frío en otoño.

²⁶⁶ Epicuro, según *Ep. Herod.*, 67, escolio, sostenía, como Hipócrates, *De gen.*, 8, que el semen procede de todo el cuerpo; en cambio, Aecio, 5, 3, 5 (Usener, *Epicur.*, 329) atribuye a Epicuro la opinión de que el semen proviene del cuerpo

y repentinamente excita las mismas partes genitales del
 1045 organismo. Estas partes, estimuladas, se hinchan con el semen y se produce la voluntad de eyacularlo hacia el objeto al que tiende con fuerza la ardorosa pasión, ansiando aquel cuerpo del que el alma está herida de amor. Porque
 1050 de ordinario todos sucumben por la herida, y la sangre se lanza de repente hacia aquel lado del que recibimos el golpe, y al enemigo, si está cerca, le impregna el líquido enrojecido.

Así, pues, quien recibe la herida producida por los dardos de Venus, ora sea un niño de miembros femeninos quien le dispara, ora una mujer que despide amor por
 1055 todo su cuerpo, ése se dirige hacia la persona que le hiere y arde en deseos de unirse con ella y verter en el cuerpo de ésta el líquido que brota de su cuerpo, porque su callada pasión presagia el placer.

Condena de la pasión amorosa

Ésta es Venus para nosotros; de aquí surge el nombre de amor, de aquí, por vez primera, ha destilado en el corazón la gota del placer venéreo al que sigue una gélida
 1060 preocupación²⁶⁷. Porque si está ausente aquello que amamos, no obstante, nos asalta presto su imagen y su dulce nombre se ofrece a nuestros oídos.

Mas, es preciso rehuir los simulacros y desviar el incentivo del amor, concentrar la mente en otro objeto y
 1065 depositar la savia acumulada en un cuerpo cualquiera, sin retenerla concentrada en el amor de uno solo y reservarse para sí la angustia y el dolor. En efecto, la llaga se aviva y arraiga alimentándola y cada día la pasión se fortalece y el infortunio se agrava, si con nuevos golpes no
 1070 disipas las primeras heridas y yendo a la ventura de una Venus vagabunda²⁶⁸ curas las todavía recientes, o bien

y del alma. Por lo tanto, la doctrina, cual la expone Lucrecio, correspondería a Demócrito: cf. Aecio, 5, 3, 6.

²⁶⁷ La ética epicúrea condena la pasión del amor, como cualquier otra perturbación que ataque la serenidad y el equilibrio físico y psíquico.

²⁶⁸ El epíteto *volgiva* está sólo atestiguado en Lucrecio. Responde al griego 'pándemos'. Consejos similares aparecen en Ov., *Rem. am.*, 440 y sigs. y, más concretamente, 484-486.

puedas dirigir hacia otro objeto los sentimientos de tu espíritu.

Ni carece tampoco del disfrute de Venus el que evita el amor, sino más bien asume los placeres, carente de
 1075 pena. Porque a los que tienen cordura, de ella les viene un placer más puro que a los miserables enamorados. En efecto, en el momento mismo de la posesión, el ardor de los amantes vacila con incierto desvarío, sin saber de qué cosa deban primero gozar con los ojos y las manos. Lo que han anhelado lo aprisionan estrechamente, ocasionando dolor al cuerpo, clavan los dientes en los lindos labios
 1080 y les propinan besos, porque no es puro el placer y subyace en ellos el estímulo que les impulsa a dañar ese mismo objeto, cualquiera que sea, del que surgen tales gérmenes de frenesí.

Pero, Venus disminuye un tanto el sufrimiento en medio del amor y reprime los mordiscos el tierno placer que
 1085 la acompaña. Porque en esto radica su esperanza: en que la llama puede también ser apagada por el mismo cuerpo que provocó la pasión. Mas, la naturaleza se opone a que suceda todo lo que es contrario; ésta es la única cosa de
 1090 la que cuanto más poseemos, tanto más el ánimo se enardece con feroz deseo.

En efecto, el alimento y la bebida son absorbidos por nuestros miembros, y toda vez que pueden ocupar unos determinados puestos, se sacia de este modo fácilmente el ansia de líquidos y de manjares. En cambio, de un rostro humano y de una tez hermosa no se le concede al cuerpo gozar otra cosa que tenues imágenes, esperanza ésta
 1095 desdichada que con frecuencia la arrebatata el viento. Como en sueños el sediento desea beber y no se le ofrece agua que pueda apagar el ardor de las entrañas, sino que persigue simulacros de agua, se fatiga inútilmente y tiene sed aun bebiendo en medio de un río impetuoso, así, en el amor, Venus se burla con imágenes de los amantes que
 1100 no pueden saciarse contemplando presentes los cuerpos, ni con las manos pueden esquivar ninguno de los tiernos miembros, yendo inseguros a la ventura por todo el cuerpo.

1105 En fin, cuando con los miembros unidos gozan de la flor de la juventud, cuando el cuerpo presagia los goces

y Venus ya está a punto de inseminar el campo femenino, se estrechan el cuerpo con avidez, funden la saliva en sus bocas, inspiran su aliento estrujando los labios con sus dientes, pero en vano, porque nada pueden extraer de allí, ni penetrar ni fundirse en aquel cuerpo con todo su cuerpo; ya que a veces parece que esto quieren realizar y por esto porfiar; tan cierto es que están sujetos a las redes de Venus, mientras sus miembros se consumen desfalleciendo por la fuerza del placer. Finalmente, cuando la pasión acumulada emerge por las venas, se produce por poco tiempo una pequeña pausa del violento ardor. Luego, retorna el mismo delirio, y el furor aquel prende de nuevo, en tanto los mismos enamorados desean saber qué pretenden alcanzar, sin ser capaces de descubrir con qué medio pueden superar el mal: hasta tal punto inseguros languidecen por la oculta herida.

Añade a esto que consumen sus fuerzas y sucumben a la fatiga; añade que transcurren la vida al antojo de otro. Entretanto, su patrimonio se disipa transformándose en cobertores babilónicos, los deberes se descuidan y la vacilante reputación sufre merma. Los ungüentos y el hermoso calzado de Sición²⁶⁹ resplandecen en sus pies, por supuesto también grandes esmeraldas con verdes reflejos se engarzan en el oro, su vestido de color marino se desgasta con el uso continuo, y agotado bebe el sudor de Venus. La herencia honrosamente adquirida por los padres se convierte en cintas y mitras para la cabeza, a veces se transforma en mantos de mujer y en tejidos de Alinda²⁷⁰ y Ceos²⁷¹. Se preparan festines con eximios manteles y viandas; juegos, copeo abundante, perfumes, coronas y guirnaldas; pero en vano, porque en medio de la fuente

²⁶⁹ Los calzados de la ciudad de Sición en el Peloponeso, no lejos de Corinto, eran famosos en la antigüedad. Lucilio se refiere a ellos: frag. 1161. Cicerón alude en *De orat.*, 1, 54, 231.

²⁷⁰ Parece referirse a la ciudad de Caria, cuyos habitantes, según Plinio, *Nat. Hist.*, 5, 109, son llamados *Alindenses*. En cambio, Jessen, *Quaest. Lucr.*, pág. 10, cree que el adjetivo se aplica aquí a los paños tejidos en la Elide que eran muy apreciados.

²⁷¹ Se refiere a la isla de Ceos, una de las Cícladas, al SE del cabo Sunión; si bien parece que Lucrecio la ha confundido con Cos, célebre por sus tejidos.

del deleite surge una cierta amargura que angustia entre las mismas flores, o porque acaso a su mismo espíritu consciente le remuerde llevar una vida en la desidia y perderse en orgías, o porque su amada, habiendo proferido una palabra la deja en la ambigüedad, la cual, clavándose en su corazón ansioso, se aviva como el fuego, o porque piensa que agita demasiado la mirada, o que contempla a otro y descubre en su rostro la señal de la sonrisa.

Y, sin embargo, estas cuitas se hallan en un amor correspondido y sumamente feliz; mas, en uno desdichado e infiel son innumerables las que puedes apreciar, aun con los ojos cerrados; así que es mejor vigilar de antemano, del modo que te he señalado, y cuidar de no ser atrapado. Porque evitar verse arrastrado por las trampas del amor no es tan difícil como, una vez atrapado, salir de esas mismas redes y deshacer los poderosos nudos de Venus. No obstante, aun enredado y obstaculizado podrías rehuir el infortunio, si tú mismo no te cierras el camino y, sobre todo, si cierras los ojos a todos los vicios del alma o a los del cuerpo de la mujer a la que galanteas y amas. Pues esto hacen con frecuencia los hombres cegados por la pasión, y atribuyen a sus amantes aquellos valores que en realidad no tienen.

Vemos, en efecto, mujeres defectuosas y feas que se ven muy complacidas y son tratadas con la máxima distinción. Unos se burlan de otros y abogan por apaciguar a Venus, puesto que les atormenta un vergonzoso amor, sin que a menudo reconozcan los miserables sus gravísimos males. La morena es para ellos de color de miel; la sucia y maloliente sin adornos, la de ojos verdemar una pequeña Palas, la nerviosa y descarnada una gacela, la pequeña, enana, una de las Gracias, toda ella pura sal; la agigantada y descomunal es un prodigio, lleno de majestad. La balbuciente no puede hablar, gorjea; la muda es reservada; la ardorosa, petulante y locuaz es una llamita. Se convierte en frágil cosita, muy querida, cuando por su delgadez ya no puede vivir; y es delicada, si ya ha muerto a causa de la tos. Por el contrario, una mofletuda, de grandes mamas, es la misma Ceres después de nacer Iaco; la de nariz roma es una Silena y una Sátira; la de labios grue-

1170 sos un beso. Me haría prolijo, si me empeñara en otros casos similares²⁷².

Mas, concedamos por el momento que tenga toda la belleza de rostro que se quiera esa mujer en quien el atractivo de Venus se revela en todos sus miembros; pero, ciertamente, existen otras, ciertamente, antes hemos vivido sin su compañía, ciertamente, hacen todas las mismas cosas —y lo sabemos— que las feas, y ella misma, la miserable, se sahúma con perfumes repugnantes mientras las siervas se apresuran a huir lejos de ella y a escondidas ríen a carcajadas.

En cambio, su amante, al que ha dejado en la calle, llorando, cubre a menudo de flores y guirnaldas el umbral y perfuma con mejorana la altiva puerta, y en su desgracia
1180 estampa besos a la entrada; mas si a éste, una vez admitido, le molestase al entrar tan sólo un soplo del perfume de ella, buscaría excusas razonables para marcharse y su canto lastimero largo tiempo meditado, profundamente sentido, caería de sus manos; allí mismo condenaría su necedad por cuanto reconocería haberle otorgado mayor aprecio del que es justo conceder a un mortal.

1185 Y esto no se les oculta a nuestras Venus; por lo que con mayor motivo ocultan ellas con el máximo empeño todos los secretos íntimos a aquellos que desean retener sometidos a su amor, pero inútilmente, puesto que tú con tu ingenio puedes sacarlos todos a la luz y averiguar todas sus ridiculeces, y si ella tiene noble carácter y no es
1190 odiosa, por tu parte podrás pasar por alto y disculpar las flaquezas humanas.

El placer compartido

Y no siempre suspira con amor fingido la mujer que, abrazada al cuerpo del varón, lo estrecha con su cuerpo y
1195 lo sujeta y succiona sus labios, bañándolos con besos. En efecto, a menudo lo hace sinceramente, y buscando goces

²⁷² Verosíblemente, todo el pasaje, vv. 1160-1170 es de origen griego. Un primer desarrollo, referido a los jóvenes, se halla en Platón, *Rep.*, 5, 474 d-475 a. Lucrecio por su parte inspira a Ov., *Ars. am.*, 2, 657 y sigs.

compartidos, le impulsa a recorrer el camino del amor. Ni de otra suerte las hembras de los pájaros, de los grandes rebaños, de las fieras, de los ganados y las yeguas podrían aparearse con los machos, si su propio instinto desbordante no entrara en celo, se enardeciera y secundara gozoso el amor de quienes las asaltan.

1200 ¿Acaso, no ves también cómo las parejas, a las que el mutuo placer ha unido, se ven a menudo atormentadas en sus relaciones comunes? ¡Con cuánta frecuencia contemplamos en las plazas públicas un par de perros, de seosos de separarse, que con el máximo esfuerzo tiran resueltamente en dirección opuesta, mientras permanecen adheridos por los fuertes lazos de Venus! Cosa que nunca sucedería si no experimentasen un goce compartido capaz de tenderles la trampa y mantenerlos encadenados. Por ello, lo digo una vez más, el placer es mutuo.

1205

Herencia y fecundidad procreadora

Y si, al mezclarse las semillas, se da el caso que la mujer con ímpetu súbito ha superado el ímpetu del varón dominándolo, entonces los hijos nacen, a causa de la semilla materna, semejantes a sus madres, como nacen semejantes a los padres al imponerse el semen paterno²⁷³. En cambio, aquellos que ves que responden a la imagen de uno y otro, combinando por igual los rasgos físicos de sus padres, nacen de la sustancia paterna y de la sangre materna, cuando a las semillas excitadas a través de los miembros, por el impulso de Venus, las combinó, al encontrarse, el amor concorde de ambos y ninguno de los dos superó, ni fue superado. A veces, sucede también que lleguen a ser semejantes a los abuelos y que reflejen a menudo la figura de los bisabuelos, ya que los padres encierran con frecuencia mezcladas en su cuerpo, de múltiples formas, semillas que provenientes del tronco familiar se

1210

1215

1220

²⁷³ Era una opinión generalmente compartida por filósofos y médicos. Entre los filósofos, Epicuro la había tomado de Demócrito y era ya la opinión de Parménides (cf. Diels, *Vors.*, 55 A 143 y 18 A 54). Lucrecio aquí comparte su doctrina no sólo con los atomistas, sino también con los estoicos, a juicio de Aecio, 5, 11, 3. Entre los médicos de la misma opinión, cf. Hipócrates, *De gen.*, 7, 8.

- transmiten de padres a padres; de ahí que Venus produzca rostros de variadas formas, reproduciendo el semblante, la voz y la cabellera de los ascendientes, toda vez que estos componentes nacen de una semilla determinada, del mismo modo que el rostro, el cuerpo y los miembros nuestros. Y la prole femenina nace del semen paterno, como la masculina se produce de la sustancia materna.
- 1230 De hecho, el parto se compone de doble semilla, y todo ser que nace posee mayor parte de aquel de los dos al que se asemeja más, lo cual puedes comprobarlo tanto si se trata de la prole masculina, como de la descendencia femenina.

- Ni la voluntad de los dioses niega a nadie la semilla genital de modo que no sea jamás llamado padre por sus amados hijos y así transcurra la vida con un amor estéril; opinión que muchos comparten y, entristecidos, rocían las aras con abundante sangre y cubren los altares con el humo de las ofrendas para dejar embarazadas con semen copioso a sus mujeres. En vano importunan a la divinidad y los oráculos. En efecto, en parte son estériles por un semen demasiado denso o, al contrario, por uno más fluido y claro de lo normal. El demasiado claro porque no puede adherirse con firmeza en su lugar, en seguida se escurre y retrocede sin fecundar. El demasiado espeso, a su vez, porque se emite más denso de lo normal, o no se lanza con un impulso lo bastante rápido, o no puede penetrar convenientemente en su sede, o, una vez ha penetrado, se combina con dificultad con la semilla femenina. Porque la concordancia de la pareja en el amor es sin duda muy diferente, así unos hombres fecundan mejor a ciertas mujeres, y el peso de otros lo acogen mejor determinadas mujeres y quedan embarazadas. Muchas que antes han sido estériles durante muchos himeneos, luego han hallado al hombre con el que han podido procrear hijos y enriquecerse con grata descendencia²⁷⁴. Y a me-

²⁷⁴ Como se ve, *dulcis*, referido a la descendencia, era el epíteto consagrado en latín: cf. poco antes v. 1234 y 3, 895. Al parecer, Epicuro había desaconsejado al sabio, fuera de circunstancias especiales, el casamiento y la procreación (cf. Usener, *Epicur.*, 19 y 525), si bien en su testamento había confiado a sus amigos los hijos de Metrodoro y Polieno (cf. Usener..., 217). Así que no es fácil deducir cuál era el sentimiento de Lucrecio respecto de los hijos de familia.

nudo maridos cuyas esposas, aun siendo fecundas, no habían podido engendrar hijos en casa, han encontrado también un consorte adecuado, de modo que puedan proteger la vejez con sus hijos. Hasta tal punto interesa en gran manera que las semillas, aptas para fecundar, puedan combinarse entre sí: que las espesas se acomoden con las fluidas y éstas con las espesas. Y en esta cuestión importa con qué alimentos cuidamos nuestra vida; porque con unos manjares se espesa la semilla en el organismo, con otros, al contrario se aclara y licúa. También importa en gran medida de qué forma se realiza el tierno acto del placer; porque es creencia común que las mujeres conciben mejor en la postura de las fieras, según la costumbre de los cuadrúpedos, porque así las semillas pueden alcanzar su sede propia, inclinados los pechos hacia abajo y con los riñones levantados.

Y las esposas no tienen tampoco necesidad de movimientos lascivos. En efecto, la mujer evita y rehúsa concebir, si alegre, con sus contorneos procaces, excita el deseo del varón y le hace derramar el líquido de todo el cuerpo que vibra; porque desvía el surco de la recta vía que recorre la reja del arado y aparta de su lugar el dardo del semen. Por su propio interés suelen actuar de este modo las meretrices, a fin de no ser fecundadas constantemente y quedar embarazadas, y que al propio tiempo el mismo placer resulte más grato a sus amantes; actitud que evidentemente no tienen necesidad de adoptar nuestras esposas.

La costumbre de vida en común

Ni por intervención divina, ni por las flechas de Venus acontece en ocasiones que se ame a una mujercita de figura menos atractiva. En verdad, ella misma por su comportamiento, por su forma complaciente y por el cuidado exquisito de su cuerpo, logra a veces que te habitúes a compartir la vida con ella. Por lo demás, la costumbre engendra el cariño²⁷⁵; porque el objeto que con frecuen-

²⁷⁵ Se trata, a juicio de Lucrecio, de que el amor pierda el carácter de pasión destructora, que se manifieste con serenidad y equilibrio, sin menoscabo de la 'ataraxia' y que se identifique con el ideal de la amistad aconsejada por Epicuro.

Nuevo elogio a Epicuro

¿Quién es capaz de componer, con poderosa inspiración, un poema adecuado a la grandeza del tema y a semejantes hallazgos? O, ¿quién sobresale tanto por su facundia que pueda trenzar un elogio acorde con los merecimientos de este hombre que nos ha legado bienes tan
5 grandes, buscados y conseguidos por su ingenio? Ninguno habrá, según creo, entre los nacidos de estirpe mortal. Porque, si hay que expresarse cual lo reclama la misma grandeza del tema, bien conocida, fue un dios, sí, un dios²⁷⁶, ínclito Memnio, este hombre que descubrió el pri-
10 mero la norma de vida que ahora se llama sabiduría, y con su doctrina ha colocado nuestra vida, liberándola de tempestades tan agitadas y de tinieblas tan profundas, en un puerto muy tranquilo²⁷⁷ y una luz muy brillante.

15 Compara, en efecto, con éstos, los hallazgos antiguos realizados por otros dioses. En verdad, se dice que Ceres reveló a los mortales las mieses y Líber el licor jugoso de la vid²⁷⁸, cuando la vida puede, no obstante, transcurrir sin estos dones, como es fama que algunos viven sin ellos todavía ahora. En cambio, no era posible vivir felizmen-

²⁷⁶ Cf. nota 18 de la *Introducción*. Tanto aquí como en 3, 15 y 6, 7, se describe a Epicuro con rasgos divinos, lo que supone un elemento del género épico en el poema lucreciano: al héroe del poeta, admirado, nunca objeto de menosprecio, se le califica de «un dios».

²⁷⁷ Era tradicional la imagen del puerto. Plutarco en *Philos. cum princ.*, 3, 778 c (Usener, 544) habla de Epicuro diciendo «que coloca el bien en lo más profundo de la tranquilidad, como en un puerto apacible y silencioso».

²⁷⁸ El poeta atribuye a estas divinidades latinas los dos beneficios, agricultura y viticultura, que la leyenda griega atribuía a Demeter y Dionisos.

te sin tener purificado el espíritu²⁷⁹; por lo que con mayor motivo se nos revela como un dios éste cuyos reconfortantes consuelos de vida, difundidos también ahora entre grandes pueblos, sosiegan el espíritu.

Mas, si crees que Hércules aventaja a éste por sus gestas, te apartas mucho más lejos de la verdad²⁸⁰. En efecto,

25 ¿qué daño nos causarían ahora las grandes fauces del león de Nemea²⁸¹ y el hirsuto jabalí de Arcadia²⁸²?, ¿qué daño, a su vez, el toro de Creta²⁸³ y la hidra, azote de Lerna, ceñida de culebras envenenadas²⁸⁴?, ¿qué daño la fuerza que anidaba en los tres pechos del triple Gerión²⁸⁵?, (¿qué daño) tan grande nos causarían (las arpías de plumas bronceínas) que habitan (el inaccesible lago)²⁸⁶ Estínfalo²⁸⁷, y los caballos del tracio Diomedes que exhalan fuego por la nariz junto a la región de los bistones, al pie

²⁷⁹ En realidad, Epicuro, *Ep. Menec.*, 132, exalta la virtud de la prudencia, superior a la filosofía y origen de las restantes virtudes: no se puede vivir felizmente sin prudencia, honestidad y justicia, ni vivir con prudencia... sin vivir felizmente; así felicidad y virtud se confunden. Eso es vivir *puro pectore*.

²⁸⁰ Así Epicuro supera los trabajos de Hércules, gran benefactor de la humanidad y considerado por los estoicos como la encarnación de la virtud, el héroe por excelencia, honrado por encima de todos los semidioses. Recuérdense las dos tragedias que Séneca consagra a Hércules.

²⁸¹ En su primer trabajo, según la leyenda, Hércules dio muerte a esta fiera mítica que habitaba la selva Nemea en la Argólida.

²⁸² En su tercer trabajo, el héroe apresó vivo y llevó a Euristeo, rey de Micenas, este feroz jabalí que vivía en el monte Erimanto de Arcadia.

²⁸³ En el octavo trabajo, apresó y domó al bravo toro de Creta, enviado por Neptuno contra Minos.

²⁸⁴ En el segundo trabajo, acabó con la hidra monstruosa, serpiente de nueve cabezas —alguna versión habla hasta de cien cabezas—, que vivía en las lagunas de Lerna en la Argólida. Como quiera que las cabezas se reproducían nada más cortarlas, Hércules quemó las heridas del monstruo para impedir que se reprodujeran.

²⁸⁵ En el décimo trabajo, dio muerte a este gigante de tres cabezas y tres cuerpos por orden de Euristeo a fin de apoderarse del hermoso rebaño que Gerión poseía en la isla Eritia situada en el Océano, en el extremo occidental; se supone que en Hispania, junto a Gades.

²⁸⁶ Los vv. 29-31 resultan difíciles de interpretar. Munro ha ofrecido una sistematización hoy generalmente aceptada por los críticos, señalando una laguna en el texto tras el v. 28 que sugiere colmar con el verso siguiente *quid volucres pennis aeratis invia stagna*. Solución que nosotros hemos asumido.

²⁸⁷ En el quinto trabajo, Hércules mató en parte y en parte ahuyentó a las arpías (aves de rapaña con rostro de mujer), que vivían en Arcadia en el lago Estínfalo.

del monte Ismaro²⁸⁸? Y, por último, la sierpe, de cuerpo descomunal, cruel, de torva mirada, que custodia las espléndidas manzanas de oro de las Hespérides, enroscada
 35 al tronco del árbol, muy cerca del litoral Atlántico y de los rigores de ese océano²⁸⁹ al que ninguno de los nuestros se aproxima, ni bárbaro alguno se atreve, ¿qué daño nos causaría?

Los demás monstruos semejantes a éstos, que han sido destruidos, si no hubieran sido vencidos, ¿qué daño nos
 40 ocasionarían? Ninguno, según pienso: así también ahora la tierra pulula hasta rebosar en fieras salvajes y está invadida de inquietante pavor por los sotos, los elevados montes y las espesas selvas, lugares éstos que generalmente está en nuestro poder evitarlos. Mas, si no tenemos el espíritu purificado, ¡cuántos combates, cuántos peligros tendremos entonces que afrontar sin quererlo!,
 45 ¡cuán violentos deseos y, asimismo, cuán grandes temores desgarran entonces al hombre angustiado por la pasión! ¿Qué decir de la soberbia, de la sordidez, de la desvergüenza? ¡Cuántas desgracias acarrear! ¿Y qué decir de la fastuosidad y de la pereza? Así, pues, al hombre que sometiese a todos esos monstruos y los expulsase de su espíritu no con armas, sino con palabras, ¿no convendría a
 50 ese tal considerarle digno de ser contado en el número de los dioses? Tanto más, cuanto que ha tenido por costumbre brindar con acierto e inspiración divina muchas enseñanzas sobre los mismos dioses inmortales, y con su exposición revelar toda la naturaleza.

Argumento de este libro

55 Por mi parte, imitando sus huellas, examino su doctrina; enseñó en mi exposición los principios en virtud de

²⁸⁸ Es el noveno trabajo de Hércules, el cual domesticó estos caballos alimentados por Diomedes con carne humana, después que les hubo dado a comer la carne del mismo Diomedes.

²⁸⁹ El undécimo trabajo por el que el héroe mató al dragón que vigilaba las manzanas de oro del jardín de las Hespérides y se apoderó del preciado fruto para llevárselo a Euristeo. Las Hespérides eran hijas de la Noche, en el remoto occidente, no lejos del lugar donde Atlante regía la bóveda del cielo.

los cuales han sido creadas todas las cosas y cuán necesario es que éstas queden sometidas a aquellos, sin que puedan quebrantar las inmutables leyes del tiempo. De este modo, antes que nada hemos descubierto que la naturaleza del espíritu está constituida por un cuerpo sujeto al nacimiento y que no puede perdurar intacta por tiempo ilimitado, sino que imágenes en sueños suelen embaucar nuestra mente cuando nos parece que contemplamos aquel ser al que la vida ha abandonado.

Por lo demás, el orden de mi exposición me ha llevado ahora a tener que demostrar que el mundo está formado de un cuerpo mortal que a la vez ha tenido su origen; la manera como la agregación de la materia ha cimentado la tierra, el cielo, el mar, los astros, el sol y el disco lunar; luego qué vivientes han surgido de la tierra y cuáles no han nacido jamás, cómo la especie humana ha comenzado a servirse para la mutua comunicación de un lenguaje de sonidos varios mediante los nombres asignados a las cosas y cómo el temor a los dioses, que en toda la redondez de la tierra ha penetrado en los ánimos, cuida de los lugares consagrados: templos, lagos, bosques, altares e imágenes de los dioses. Expondré, además, con qué impulso la naturaleza dirige y regula el curso del sol y las fases de la luna; no vayamos a creer que libres entre el cielo y la tierra recorren espontáneamente sus órbitas perennes secundando complacientes el desarrollo de las mieses y de los seres vivos, ni tampoco pensemos que van girando por un cierto impulso divino²⁹⁰.

En efecto, quienes tienen bien aprendido que los dioses transcurren una vida libre de cuidados, no obstante, si entre tanto se preguntan sorprendidos cómo cada cosa pueda originarse, sobre todo respecto de aquellos cuerpos que contemplan por encima de sus cabezas en las regiones del éter, vuelven de nuevo a sus antiguas supersticiones y aceptan a unos señores exigentes que, en su desgracia consideran omnipotentes, ya que desconocen qué

²⁹⁰ Además de Platón y los platónicos, el razonamiento epicúreo contradecía también la teoría aristotélica de los motores separados que conducen los astros, así como la teología astral de los estoicos. Según *Ep. Herod.*, 77 y 81, los astros realizan su revolución conforme a leyes necesarias e inmutables que actúan conforme a su propia voluntad.

90 es lo que puede y qué es lo que no puede ser, por qué leyes, en suma, queda determinado el poder de cada cosa y sus límites inmutablemente fijos.

*El mundo no tiene naturaleza divina
y está destinado a morir*

Por lo demás, para no retenerte por más tiempo con promesas, contempla primeramente los mares, las tierras, y el cielo, cuya triple naturaleza, sus tres cuerpos, oh Memnio, sus tres formas tan diferentes, sus tres estructuras tan sólidas un solo día las entregará a la destrucción y, mantenidos firmes durante innumerables años, se derrumbarán la mole y el edificio del mundo.

Y no se me oculta cuán nuevo y sorprendente acontecimiento será para la mente la futura ruina del cielo y de la tierra y cuán difícil me resulta demostrarlo con palabras, como sucede cuando notificas al oído una verdad hasta entonces desconocida que, sin embargo, no la puedes exponer a la percepción visual ni ponerle las manos encima, procedimientos por los cuales el camino seguro del convencimiento llega de inmediato al espíritu humano y al santuario de la mente. No obstante, hablaré. Quizá los mismos hechos darán crédito a mis palabras, y cuando se produzcan violentos terremotos comprobarás que todas las cosas se han derrumbado en poco tiempo. ¡Ojalá aparte lejos de nosotros esta calamidad la fortuna que todo lo gobierna, y que la razón antes que los propios acontecimientos llegue a persuadirte de que todos los seres abatidos pueden sucumbir en medio de un horrísono fragor!

110 Pero, antes de que me apreste a manifestarte el destino de este mundo más santamente y con argumentación mucho más sólida que la Pitia que predice desde el trípode

²⁹¹ Los vv. 89-90 son los mismos que los vv. 76-77 del libro I. En el párrafo 82-90 nos indica Lucrecio que si llegamos a conocer bien la beatitud divina, comprenderemos que los dioses no intervienen en la naturaleza, de lo cual tendremos la comprobación si podemos justificar naturalmente todos los fenómenos del mundo, incluidos los celestes y meteorológicos, sin recurrir a su poder.

y el laurel de Febo²⁹², te proporcionaré abundante consuelo con docta exposición; no vayas a creer, amedrentado por la superstición, que las tierras, el sol, el cielo, el mar, los astros y la luna, por su cuerpo divino, deben subsistir eternamente y a causa de ello consideres que es justo que, al igual que los Gigantes, expíen la pena de su enorme crimen todos aquellos que con sus enseñanzas sacuden las murallas del mundo y pretenden extinguir en el cielo el luminoso sol, infamando las realidades inmortales con lenguaje mortal²⁹³; mas, estos seres están tan alejados de la divinidad y son tan indignos de ser contados en el número de los dioses que más bien se les considera adecuados para darnos la noción de un objeto desprovisto de impulso y sentido vital.

En efecto, no debemos pensar que la naturaleza y la inteligencia pueden unirse con un cuerpo cualquiera, como un árbol no puede estar en el cielo, ni las nubes en mar salado, ni los peces vivir en el campo, ni la sangre hallarse en la madera, ni la savia en las piedras. Está decidido y ordenado dónde cada cosa debe residir y crecer. Así, la naturaleza del espíritu no puede nacer sola sin el cuerpo, ni estar alejada de los músculos y de la sangre. Porque, si realmente fuese posible, mucho mejor la energía misma del espíritu podría residir en la cabeza, o en los hombros, o abajo en los talones, y acostumbraría a nacer en cualquier parte, ya que, al fin, permanecería en el mismo hombre y en el mismo receptáculo corporal. Porque, si en nuestro cuerpo está también establecido y aparece determinado el lugar donde el alma y el espíritu pueden vivir y crecer por separado, con mayor motivo se debe negar que puedan subsistir fuera de todo cuerpo y

²⁹² Los vv. 111-112 repiten I, 738-739. Se trata de la sacerdotisa de Apolo, Pitio, venerado en la Fócida, en el santuario de Delfos. Ella, sentada en un trípode junto a la entrada de la gruta sagrada y embriagada por los vapores que brotaban de la abertura de la tierra bajo sus pies, vaticinaba rodeada de guirnaldas de laurel.

²⁹³ Los estoicos habían acusado de impiedad a Epicuro por esta razón. El estoico que aparece en Cicerón, *De nat. deor.*, 2, 16, 44, llama impíos a quienes niegan la divinidad de los astros. Pero no se puede decir aquí si Lucrecio al impugnar el dogma de la eternidad del mundo, piensa en los estoicos (así, Munro) ó en Platón (opinión de Woltjer). De lo que no hay duda es que los peripatéticos defendían sin reserva la eternidad del mundo.

estructura animal, en los blandos terrones de los campos, o en el fuego del sol, o en el agua, o en las elevadas regiones del cielo. Así, pues, no se hallan provistos del divino sentido, toda vez que no pueden ser animados por un principio vital²⁹⁴.

*Los dioses no habitan nuestro mundo
ni lo han creado*

Tampoco es posible imaginar que las sagradas moradas de los dioses se encuentran en parte alguna del mundo. En efecto, la sutil naturaleza de los dioses situada lejos del alcance de nuestros sentidos apenas si es perceptible por la inteligencia del espíritu; y puesto que escapa al contacto y colisión con las manos, no puede alcanzar a ningún objeto que sea tangible por nosotros. Porque no puede tocar aquel ser al que no se le puede tocar. Por lo cual, también sus moradas deben ser diferentes de las nuestras, sutiles como es su cuerpo; lo que te demostraré más adelante en una amplia disertación²⁹⁵.

Decir además que en interés de los hombres han querido los dioses preparar la admirable creación del mundo, que por lo mismo es justo elogiar la obra laudable de los dioses y concebirla eterna e inmortal; que no nos está permitido remover jamás con violencia de sus cimientos lo que ha sido edificado por el antiguo designio divino desde la eternidad para bien de la estirpe humana, ni injurarlo de palabra, subvertirlo de arriba abajo e imaginar y añadir otras razones análogas, oh Memnio, supone delirar.

²⁹⁴ Los vv. 128-141 reproducen casi a la letra los vv. 784-797 del lib. 3. Aunque allí se encuentran más ajustados al contexto, aquí, sin embargo, proporcionan un argumento contra quienes atribuyen un alma a las cosas; y, por ello, deben conservarse.

²⁹⁵ Parece que la promesa de esta demostración no la ha mantenido el poeta. Por lo mismo, piensan algunos que la intención de Lucrecio era terminar la obra tratando la cuestión de los dioses y su morada y que, de no habérselo impedido la muerte, hubiera añadido otro libro al poema. Hay quien piensa, no obstante, que la promesa ha sido cumplida con la demostración *per absurdum* que suponen particularmente los vv. 379-422 del libro 6.

En verdad, ¿qué beneficio puede procurarse a seres inmortales y felices con nuestra gratitud para que se apresten a realizar cualquier cosa en nuestro favor? ¿Qué nuevo aliciente ha podido inducir luego a seres, hasta entonces tranquilos, a desear el cambio de su vida anterior? Porque, según parece, debe gozar de una nueva situación aquel a quien perjudica la antigua; mas a quien nada penoso le ha ocurrido en el tiempo precedente, cuando transcurría una vida feliz, ¿qué ha podido excitar en él el deseo de novedad? ¿O qué mal hubiera supuesto para nosotros no haber nacido? ¿Acaso —debe creerlo así— la vida yacía en las tinieblas y en la aflicción hasta que amaneció el día natalicio del mundo?

Porque todo el que ha nacido debe querer conservar la vida mientras le retiene el lisonjero placer. Mas, el que jamás ha gustado del amor a la vida, ni estuvo entre los vivos, ¿en qué le perjudica no haber nacido? Asimismo, el modelo para la creación del mundo y la misma noción del hombre, ¿de dónde por vez primera les fue infundida a los dioses de modo que supieran y concibieran en su mente lo que deseaban realizar o cómo alguna vez llegaron a conocer la fuerza de los átomos y cuáles eran sus posibilidades al permutar el orden unos con otros, si la propia naturaleza no les ofreció el ejemplo del acto creador²⁹⁶?

En efecto, así átomos numerosos y de múltiples formas, sacudidos ya desde la eternidad por los choques y arrastrados por su propio peso han solido evolucionar, unirse de muchas maneras, ensayando todas las combinaciones posibles de crear, al encontrarse unos con otros, de modo que no es sorprendente si han llegado a tal ordenación y han alcanzado tales movimientos por los que se lleva a efecto, en constante renovación, el mundo en su conjunto²⁹⁷.

²⁹⁶ Típico razonamiento epicúreo, similar al de 4, 474-477. Los dioses han debido contar con un *exemplum* ('tipos') o *notities* ('prolepsis') para la creación del mundo, de lo contrario, sin un modelo o *specimen*, no la hubieran podido realizar. Mas para esto hubiera sido necesario que los hombres existieran con anterioridad.

²⁹⁷ Los vv. 187-194 reflejan el sentido y hasta casi la expresión formal de 1, 1024-1028.

195 Mas, si ignorase aún qué son los átomos, con todo, por la misma observación del cielo me atrevería a afirmar, apoyándolo en otras muchas indagaciones, que en modo alguno ha sido dispuesta en favor nuestro por voluntad divina la obra del mundo: ¡tan grandes son los defectos que presenta!

200 En primer lugar, toda la extensión que cubre la inmensa amplitud del cielo, de ella una parte la han invadido con avidez los montes y las selvas, guarida de las fieras, la ocupan las rocas y las lagunas inhóspitas y el mar que en su vasto dominio mantiene separados los límites de los continentes. Luego casi dos tercios los arrebatan a los mortales el ardoroso calor y la persistente caída de la nieve²⁹⁸. Lo que resta de tierra laborable, aún esto la naturaleza con su exuberancia lo cubriría de abrojos, a no ser que el esfuerzo humano le haga frente, acostumbrado como está a sufrir y a roturar el suelo presionándolo con el arado.

210 Si, al dar la vuelta a las fecundas glebas con la reja del arado y remover el suelo de la tierra, les forzamos a que broten los gérmenes, con todo, por sí solos éstos no podrían surgir al aire límpido; y sin embargo en ocasiones los frutos obtenidos con tan gran esfuerzo, cuando ya todos en el campo se cubren de hojas y de flores, ora el sol los abrasa desde el cielo con su nimio calor, ora los destruyen las repentinas lluvias y la gélida escarcha, ora los soplos de los vientos los devastan en violento torbellino.

215 Asimismo, ¿por qué la naturaleza nutre y acrecienta por tierra y por mar la raza horrible de las fieras, hostil al género humano? ¿Por qué las estaciones del año nos acarrear enfermedades? ¿Por qué la muerte prematura va merodeando?

220 Por otra parte, el niño, cual marino, arrojado a la costa por el ímpetu de las olas, yace desnudo en tierra, sin habla, necesitado de todo auxilio para sobrevivir, así que la

²⁹⁸ La distinción entre zonas habitables o no era un tema debatido por ese tiempo. Y en el s. II p.C., Cleomedes en contra de la opinión común suponía habitable la zona ecuatorial y en su 'Teoría cíclica' afirma que los estoicos más dogmáticos reprochaban a Posidonio haber negado que la zona tropical fuese deshabitada: cf. G. Pasquali, *Orazio lírico*, Florencia, 1966, págs. 473-474, a propósito de la oda horaciana 1, 22, 17-22. Ov., *Met.*, 1, 49-50, reasume el pensamiento.

naturaleza tras los esfuerzos del parto lo hace salir del seno materno a las regiones de la luz, al tiempo que llena el espacio de vagidos lastimeros, como es natural en aquél a quien le están reservados tantos infortunios que soportar en la vida. En cambio, crecen los varios animales de ganado menor y mayor y las fieras salvajes, y no se precisa para ellos de pequeñas esquilas, ni hay que lisonjear a ninguno con el dulce y balbuciente susurro de la madre nutricia; ellos no van en busca de vestidos diferentes según la estación del cielo; en fin, no tienen necesidad de armas, ni de elevadas murallas para defender sus bienes, puesto que a todos provee generosamente de todos los recursos la propia tierra y la industriosa naturaleza.

El mundo tiene principio y fin

235 En principio, puesto que el cuerpo de la tierra, el agua, los soplos ligeros del aire y los vapores ardientes, elementos de los que está formado este nuestro mundo, están constituidos de una sustancia que nace y muere, debemos pensar que de la misma sustancia se compone toda la naturaleza del mundo. En efecto, los seres cuyas partes vemos constituidas de materia nativa y de estructura mortal, a esos mismos los consideramos siempre mortales y al propio tiempo nativos.

240 Por lo cual, cuando veo que los enormes miembros y partes del mundo, una vez consumidos, renacen, puedo comprender también que el cielo y la tierra hayan tenido un tiempo para comenzar y que experimentarán la destrucción.

En esta cuestión no pienses que he asumido arbitrariamente la conclusión de que la tierra y el fuego son mortales, que no he puesto en duda que el agua y el aire perecen y que los mismos elementos nacen de nuevo y se desarrollan. Primeramente, una parte de la tierra no pequeña, al ser abrasada por el sol implacable y sacudida por el golpe de innumerables pies, despide un torbellino de polvo y nubes volaradas, que los fuertes vientos dispersan por todo el aire. También una parte de las glebas es

anegada en un diluvio a causa de las lluvias, y la corriente, rayando las riberas, las erosiona. Además, a la tierra se le restituye en la misma proporción todo cuanto nutre y desarrolla, y puesto que está fuera de toda duda que la tierra progenitora de todos los seres es ella misma su común sepulcro, en consecuencia, se consume y renace acrecentada²⁹⁹.

Por lo demás, que el mar, los ríos y las fuentes tienen en abundancia líquido renovado y que el agua mana sin cesar, huelga decirlo: la copiosa caída de las aguas que afluye de todas partes lo demuestra. Mas, toda primera efusión de agua se pierde y acontece que el líquido, en su conjunto, no se desborda en absoluto, en parte porque la hacen disminuir los impetuosos vientos que barren la superficie marina y el sol etéreo que la disuelve con sus rayos, en parte porque se distribuye en todas direcciones bajo tierra, donde su salsedumbre se filtra y la sustancia líquida refluye hacia atrás, reuniéndose toda en el nacimiento del río, de allí mana sobre las tierras en suave corriente, recorriendo el camino que, previamente excavado, lleva a término su caudal en límpido curso.

Ahora hablaré seguidamente del aire que experimenta en toda su masa innumerables transformaciones cada hora. En efecto, todo cuanto fluye de los cuerpos se ve siempre empujado hacia el inmenso piélago del aire; y si ésta, a su vez, no restituye los átomos a los cuerpos reparando las pérdidas, todos se hallarían ya disgregados y transformados en aire. Así, pues, nace constantemente de las cosas y en ellas se resuelve, ya que es cosa sabida que el universo fluye sin cesar.

Asimismo, la fuente copiosa de luz pura, el sol etéreo, inunda constantemente el cielo de una claridad reciente y al instante suministra luz en abundancia con renovada luz. Porque todos sus primeros fulgores se pierden cualquiera que llegan. Puedes conocerlo por esto: así que las nubes comienzan a deslizarse bajo el sol y, por así decir, romper por el medio los rayos de la luz, en seguida la parte inferior de éstos, separada, se pierde por entero y la

²⁹⁹ Cf. 1, 709-710 y la nota 28, donde nos referimos a Jenófanes de Colofón de quien es la frase: «Todo viene de la tierra y todo termina en ella» (frag. 8).

tierra se cubre de sombra allí donde se agitan los nubarrones³⁰⁰; comprenderás así que los seres precisan siempre de nuevo resplandor y que toda primera emisión de luz se pierde, ni de otra suerte los objetos podrían ser contemplados en el fulgor del sol, si la propia fuente de la luz no le suministrase a éste sin interrupción.

Más aún, la iluminación nocturna, que tenemos en la tierra, lámparas colgantes y antorchas luminosas con vibrante resplandor, aunque grasientas con abundante humo, de modo semejante se aprestan con ayuda de su fuego ardiente a procurar nueva luz, insisten en tremolar con su llama, insisten y su luz, digamos intermitente, no abandona jamás la estancia: con tanta prisa todos los fuegos ocultan su muerte con el veloz nacimiento de la nueva llama. Así, pues, debemos pensar que el sol, la luna y las estrellas difunden su luz mediante un nacimiento siempre renovado, y toda primera llama se pierde siempre, no vayas a pensar que su vigor es indestructible.

¿No ves, asimismo, que las piedras se desgastan con el tiempo, que las altas torres se derrumban, que las rocas se resquebrajan; que los templos e imágenes de los dioses ya consumidos se agrietan, que la santa divinidad no puede prolongar los límites del destino, ni oponerse a las leyes de la naturaleza? En suma, ¿no vemos cómo los monumentos de los grandes hombres cuando caen a pedazos nos preguntan a su vez si creemos en que (todo)³⁰¹ envejece; no vemos cómo se precipitan en su caída los guijarros arrancados de las altas montañas no pudiendo aguantar firmes la fuerte violencia del tiempo aun siendo limitado? En efecto, no caerían arrancados de golpe si desde un tiempo infinito hubiesen soportado eficazmente todos los embates de los siglos, exentos de toda cisura.

Luego, contempla ya este cielo que en derredor y por encima estrecha en un abrazo la tierra entera: si de sí mismo engendra todos los seres, como sostiene algunos, y

³⁰⁰ Sobre los vv. 286-289, cf. 4, 370-378, donde a propósito de la sombra se ha expuesto ya la teoría sobre la emisión de rayos luminosos.

³⁰¹ «Todo» responde a *quicque* que es la lectura que hacen Reid y Fellin-Barrigazzi en el v. 312, sustituyendo a *cumque* de los codd. que, sin duda, no dan sentido.

los acoge una vez destruidos, es que está formado todo él de sustancia que nace y muere. Porque todo cuerpo que nutre y desarrolla de su propia sustancia las demás cosas debe menguar y cuando las acoge, regenerarse.

Además, si no ha habido un principio para la generación de la tierra y del cielo, sino que siempre han existido desde la eternidad, ¿por qué antes de la guerra tebana y de la ruina de Troya no hubo otros poetas que cantaran otras gestas? ¿Cómo se han perdido tantas veces tan grandes hazañas de héroes y no florecen en parte alguna incorporados al recuerdo eterno de la fama?

En verdad, según creo, el mundo presenta un frescor y su naturaleza es reciente y no hace mucho que ha comenzado³⁰². De ahí que aún ahora ciertas artes se perfeccionan, aún ahora van progresando; poco ha se han agregado numerosos aparejos a los navíos, poco ha han producido los músicos acordes melodiosos. En fin, esta ciencia de la naturaleza ha sido descubierta recientemente y yo mismo ahora he sido hallado capaz, el primero entre los mejores, de verterla al lenguaje patrio.

Porque, si piensas, acaso, que todas estas mismas cosas han existido anteriormente, pero que la población humana pereció en un fuego abrasador, o que las ciudades sucumbieron en una inmensa convulsión del mundo, o que a causa de persistentes lluvias se desbordaron por las tierras ríos torrenciales que inundaron las ciudades, con mayor motivo, en todo caso, es necesario que convencido reconozcas que la destrucción alcanzará, asimismo, a las tierras y al cielo. En efecto, si cuando el mundo era asediado por tan grandes males y peligros, una calamidad más terrible se hubiera abatido sobre él, hubiera ocasionado en abundancia desastres y grandes ruinas. Ni de otra suerte comprobamos que somos mortales, a no ser porque enfermamos con las mismas dolencias que aquellos a los que la naturaleza ha apartado de la vida.

Además, todas las cosas que duran eternamente deben, o bien por estar dotadas de un cuerpo sólido, rechazar los golpes y no permitir que penetre en ellas nada capaz

³⁰² La afirmación de Lucrecio en los vv. 330-331 contrasta con la del lib. 2, 1150-1152 y ss., donde se dice que la tierra se encuentra en manifiesto declive.

de disgregar en su interior sus partes bien compactas, cuales son los cuerpos elementales de la materia cuya naturaleza hemos explicado antes, o bien pueden perdurar por todas las edades por estar inmunes de choques, como en el caso del vacío que subsiste intacto y no experimenta sacudida alguna; o también porque en su derredor no hay posibilidad alguna de espacio donde, por así decirlo, puedan los seres disgregarse y destruirse, como lo es el universo en su conjunto, fuera del cual no existe lugar alguno al que puedan escapar, ni existen cuerpos que puedan precipitarse sobre ellos y destruirlos con poderosa sacudida³⁰³.

Mas, como te he mostrado³⁰⁴, ni la sustancia del mundo es de estructura compacta, dado que el vacío va mezclado con el componente material, ni con todo es comparable al vacío, ni tampoco faltan cuerpos que, surgiendo del infinito puedan, si se da el caso, revolver en violento torbellino el mundo entero o acarrear cualquier otra calamidad funesta; ni, a su vez, falta el condicionamiento espacial, ni la profundidad del abismo donde puedan dispersarse las murallas del mundo o puedan sucumbir, abatidas por cualquier otra fuerza.

Así, pues, la puerta de la muerte no está cerrada al cielo, ni al sol, ni a la tierra, ni a las olas profundas del mar, antes bien está abierta y al acecho, con enorme e insaciable voracidad. Por lo cual, es preciso que confieses también que estos componentes del mundo han nacido; en verdad realidades dotadas de cuerpo mortal no hubieran podido ya desde la eternidad hasta ahora menospreciar las fuerzas impetuosas de la inmensa duración del tiempo.

En fin, como quiera que pugnen entre sí con tanta virulencia los inmensos miembros del mundo, impulsados por una guerra fratricida³⁰⁵, ¿no ves que es posible que se establezca un término a su largo combate? Por ejemplo, cuando el sol y toda clase de calor, una vez absorbi-

³⁰³ Los vv. 351-363 repiten con ligeras variantes los del lib. 3, 806-818. Como señalábamos en la nota 184 parecen haber sido escritos para este libro en el preciso lugar donde se enumeran las razones en favor de la mortalidad del universo.

³⁰⁴ En 1, 329-397, particularmente donde se refiere a la doctrina del vacío.

³⁰⁵ Se refiere a los dos elementos, agua y fuego, cuya pugna fratricida describe a continuación.

385 dos todos los líquidos, hayan prevalecido; lo que ciertamente intentan conseguir, aunque todavía no han consumado su propósito: una cantidad equivalente a la evaporada la suministran los ríos e incluso, yendo más lejos, amenazan con inundarlo todo, desbordándose desde el profundo abismo del mar, pero inútilmente puesto que les hacen decrecer los vientos que barren la superficie marina y el etéreo sol que la descompone con sus rayos, y
 390 confían ambos poder desecarlo todo antes que el agua pueda llevar a término su propósito. Ávidos de una guerra tan vasta, en confrontación igualada, pugnan por decidir entre sí sobre objetivos trascendentales, siendo así
 395 que una vez el fuego obtuvo el predominio, y una vez, según cuentan, el agua reinó en la tierra de cultivo.

En efecto, el fuego predominó y envolviendo grandes superficies las abrasó enteramente, cuando la fuerza impetuosa de los corceles del Sol arrastró fuera del camino a Fetonte³⁰⁶ por todo el cielo y todas las tierras. Mas el padre omnipotente, excitado por violenta ira, con la repetina sucudida del rayo, derribó de los caballos a tierra
 400 al generoso Fetonte, mas el Sol saliéndole al encuentro en su caída, asumió la eterna lámpara del mundo, recondujo a los caballos dispersos y los unció aún temblorosos, luego restableció todas las cosas encaminándolas en la
 405 buena dirección, sin duda, como lo han celebrado los antiguos poetas griegos. Lo cual se halla demasiado alejado de la verdad.

Porque el fuego puede prevalecer cuando sus átomos, saliendo del infinito son más numerosos, luego o sucumben sus fuerzas superadas por alguna causa, o bien perecen los seres calcinados por los soplos abrasadores. A su vez, el agua, en tiempo pasado, tras haber irrumpido con fuerza comenzó a predominar, según dicen, cuando se pulió en su oleaje a muchas ciudades de los humanos³⁰⁷.

³⁰⁶ Es muy conocida la fábula de Fetonte a quien el Padre Elios, «el Sol», le concedió guiar su carro. Como dice más adelante, v. 405, en expresión que recuerda a 2, 600, la leyenda la han celebrado los poetas griegos. Por supuesto, Hesíodo, *Teog.*, 986 y sigs. También Esquilo en la tragedia perdida 'Heliádes', etc. Entre los latinos señalamos el amplio relato de Ov., *Met.*, 2, 1, 332.

³⁰⁷ Se alude al diluvio universal, creencia general difundida en la antigüedad. Una versión de la misma era la de Ática y Beocia en relación con el rey mítico

- 415 Luego cuando se desvaneció, debilitada por cualquier causa, su fuerza surgida desde el infinito, se detuvieron las lluvias y los ríos disminuyeron su potencia.

Formación de las partes del mundo

- Mas, la manera como la agregación de la materia ha cimentado la tierra, el cielo, la profundidad del mar y el curso del sol y de la luna, lo expondré ordenadamente. Pues, sin duda, los elementos primarios no han ocupado con mente sagaz cada uno su lugar conforme a un plan definido, ni de hecho han pactado los movimientos que cada cual debía realizar; mas puesto que numerosos elementos primarios y de múltiples formas, sacudidos ya desde la eternidad por los choques y arrastrados por su propio peso, han solido evolucionar y unirse en todas las formas, ensayando todo cuanto pueden producir al juntarse unos con otros, de ahí resulta que esparcidos en la inmensidad del tiempo, experimentando toda clase de mixturas y movimientos, al fin se unen aquellos que, agrupados de golpe, se constituyen en los elementos primordiales de grandes realidades: de la tierra, del mar, del cielo y de la estirpe de los vivientes³⁰⁸.

- Aquí abajo, ni podía entonces percibirse el disco solar que vuela en lo alto difundiendo abundante luz, ni los astros del espacioso firmamento, ni el mar, ni el cielo, ni tampoco la tierra y el aire, ni cosa alguna semejante a nuestra realidad, sino como una tempestad extraña, una masa de átomos de toda especie en formación, cuya discordancia de agitación trastornaba las distancias, los caminos, la trama, el peso, los choques, los encuentros, los movimientos, provocando luchas, porque a causa de sus formas diferentes y sus variadas figuras, no todos podían permanecer de tal suerte unidos unos con otros, ni producir en-

Ogiges. La otra más célebre estaba recogida en el mito tesálico de Decaulión, hijo de Prometeo y rey de Ftía, en Tesalia, y de la esposa Pirra, hija de Epimeteo y Pandora. Esta segunda ha sido desarrollada por Ov., *Met.*, 1, 253-415.

³⁰⁸ Todo el pasaje 416-431 es un centón. El único verso nuevo es el 417. El 416 es casi el 5, 76, el 417 en parte el 5, 68, el 418 en parte el 5, 76; los vv. 419-421 corresponden a 1, 1021-1023; el 422 en parte el 5, 187 y 1, 1024, el 423 corresponde al 5, 188; los vv. 424-426 responden a 5, 189-191; el 428 a 1, 1026 y los vv. 429-431 a 2, 1061-1063.

tre sí los movimientos convenientes. Luego, de ese cúmulo las partes comenzaron a escapar en todas direcciones y a juntarse entre sí los elementos semejantes, a mantener separado el cielo, dividir los miembros y poner en orden los grandes componentes, es decir, distinguir el alto cielo de las tierras y situar aparte el mar, a fin de que se desplegasen con sus aguas ya separadas, igualmente colocados aparte los puros y diáfanos fuegos del éter³⁰⁹.

En verdad, primeramente todos los átomos de la tierra, puesto que eran pesados e intrincados, se agrupaban en el centro y ocupaban todos ellos los lugares más bajos; éstos cuanto más intrincados unos con otros se agrupaban, tanto más expulsaban los elementos que debían constituir el mar, los astros, el sol, la luna y las murallas del inmenso mundo. Porque todos estos cuerpos constan de átomos más ligeros y redondos y de elementos mucho más pequeños que los de la tierra. De ahí que el éter ignífero fue el primero que saliendo bruscamente de la masa terrestre se elevó y, ligero como es, arrastró consigo numerosos fuegos de forma no muy diferente al fenómeno que vemos a menudo cuando la áurea luz matutina del sol radiante enrojece entre las hierbas que brillan como perlas a causa del rocío, y los lagos y los ríos perennes exhalan la niebla, de suerte que la misma tierra parezca a veces echar humo; emanaciones éstas que al reunirse arriba con su masa compacta forman en lo alto las nubes que cubren el cielo.

Es así como entonces el éter ligero y expansible, en masa compacta, se dobla en arco por todos lados, envolviendo el mundo y difundiéndose ampliamente en derredor por todas partes, de esta forma estrecha, al restante conjunto en ávido abrazo.

A éste siguieron los orígenes del sol y de la luna, cuyos globos giran por los aires entre el éter y la tierra, globos que ni la tierra asoció a sí, ni el inmenso éter, ya que ni eran tan pesados como para depositarse en el fondo, ni tan ligeros como para deslizarse por las regiones más al-

³⁰⁹ Para toda la doctrina cosmogónica de Epicuro a que se refieren los vv. 416-508 es fundamental la exposición de Aecio, 1, 4, 1 y sigs., conservada también por Pseudo-Plutarco en *Plac. Philosoph.* Asimismo, las breves explicaciones contenidas en *Ep. Pit.*, 88-90.

tas, y, no obstante, de tal suerte, se hallan en medio de ambos que hacen girar sus cuerpos vivos y son partes del mundo entero, como entre nosotros es posible que ciertos miembros permanezcan en reposo, mientras hay otros que se mueven.

- 480 Así, pues, separados estos elementos, súbitamente la tierra, por la parte donde ahora se extiende la región azu-
lada del mar, inundó las fosas con la masa de agua sala-
da. Cuanto más cada día los fuegos del éter circundante
y los rayos del sol contraían por todos lados la tierra en
485 un reducido espacio, con sacudidas constantes en su cor-
teza más exterior, a fin de que al ser constreñida se agru-
pase condensada en su centro, tanto más el sudor salado,
exprimido de su cuerpo, al derramarse, acrecentaba el mar
y su ondulante superficie, tanto más numerosos átomos
de calor y de aire escapados de allí, remontaban el vuelo
490 y se condensaban lejos de la tierra en las regiones lumi-
nosas del cielo. Tomaban consistencia las llanuras, crecía
la elevación de las altas montañas; pues ni podían hun-
dirse los peñascos, ni todas las partes del suelo a un tiem-
po disminuir su altura por igual.
- 495 Así, pues, el cuerpo de la tierra condensado su cuerpo,
tomó consistencia y todo el limo, por así decir, de la tie-
rra se acumuló pesado en la parte inferior, depositándose
en el fondo como la hez; luego el mar, luego el aire, lue-
go el mismo éter ignífero con sus fluidos elementos per-
500 manecieron todos puros, unos más ligeros que otros, y el
éter, el más fluido y más ligero, se deslizó por encima del
soplo del aire sin mezclar su límpido cuerpo con la co-
rriente perturbadora del aire; permite el éter que todo
aquí abajo sea revuelto por el violento torbellino, permi-
505 te que sea perturbado con las volubles tempestades, él,
en cambio, en su curso agita sus fuegos con ímpetu se-
guro. En efecto, que el éter pueda fluir con medida y un
impulso uniforme, nos lo muestra el Ponto, mar que flu-
ye con oleaje constante³¹⁰, conservando siempre la mis-
ma regularidad en su marcha.

³¹⁰ Era creencia en la antigüedad que el Ponto Euxino fluía siempre hacia la Propóntide o Mar de Mármara, y nunca en sentido contrario a diferencia de los otros mares cuyo oleaje es alternativo, en una u otra dirección. Así lo expresa Séneca, *Nat. Quaest.*, 4, 2, 29, a propósito de Diógenes de Apolonia.

Movimientos de los astros

Ahora vamos a cantar la causa del movimiento de los
 510 astros. Primeramente, debemos decir que, si gira la gran
 esfera del mundo es que el aire presiona sobre ambos ex-
 tremos del eje, desde el exterior la sostiene y la envuelve
 de uno y otro lado; luego, otro aire fluye por encima del
 cielo y le empuja en la dirección en que giran brillantes
 515 los astros del universo eterno; o bien otro aire discurre
 por debajo, el cual, empujando en sentido contrario, hace
 remontar la esfera como vemos que la corriente de los
 ríos hace girar las ruedas y los canjilones de la noria.

Es posible también que el cielo entero permanezca en
 reposo, mientras se mueven las luminosas estrellas, ora
 520 porque están encerradas las rápidas corrientes del éter y
 buscando una salida se agitan dando vueltas y arrastran
 en su giro de acá para allá los fuegos a través de las re-
 giones nocturnas del cielo, ora un aire que sopla del ex-
 terior de cualquier otro lado con su impulso hace girar
 los fuegos; ora estos, de por sí, pueden deslizarse hacia
 donde el alimento reclama a cada uno y les incita en su
 525 marcha, en tanto que aquí y allá atravesando el cielo apa-
 cientan su cuerpo flamígero. Porque determinar con cer-
 teza cuál de estas causas actúa en nuestro mundo resulta
 difícil; pero determinar qué es posible y qué se realiza en
 el universo en los varios mundos creados de forma bien
 distinta, esto es lo que enseño, a la vez que pretendo ex-
 530 poner las múltiples causas que pueden originar el movi-
 miento de los astros en el universo; entre las cuales una
 sola, sin embargo, debe ser también en este mundo la que
 dé vida al movimiento de los astros; mas cual sea entre
 ellas, no es dado en modo alguno señalarla a quien pro-
 cede con suma cautela³¹¹.

³¹¹ Epicuro reconoce el principio de la pluralidad de las explicaciones de estos fenómenos. Partiendo del empirismo, dado que es imposible verificar la exactitud de las diversas justificaciones de los fenómenos, admite la posibilidad de aceptar cualquier hipótesis que no pugne con la evidencia de los hechos comprobados: cf. *Ep. Herod.*, 78-80 y *Ep. Pit.*, 86-88. De hecho, esta segunda epístola es una ilustración de este principio.

*La tierra permanece inmóvil suspendida
en el aire*

Y para que la tierra permanezca inmóvil en el centro
535 del mundo, es preciso que su peso se pierda poco a poco
y decrezca y que en su parte inferior posea una sustancia
distinta, unida íntimamente a ella desde la primera edad,
no formando sino un todo con las partes aéreas del mun-
do con las cuales vive fusionada. Por ello, al aire ni le
540 pesa, ni le oprime; como los propios miembros del cuer-
po no resultan pesados a hombre alguno: ni la cabeza re-
sulta pesada al cuello, ni, en suma, sentimos que el peso
del cuerpo entero se apoya en los pies; en cambio, los pe-
sos que nos vienen impuestos de fuera nos molestan, aun-
545 que con frecuencia sean mucho menos pesados. Tanto im-
porta saber el poder que tiene cada cosa.

Así, pues, la tierra no se ha añadido de súbito como un
cuerpo extraño, ni de una región extraña ha sido lanzada
a una atmósfera extraña, sino que ha sido concebida,
550 igualmente que el aire, y es una parte esencial del mismo
como lo son los miembros en nosotros. Asimismo, sacu-
dida de repente por ruidoso trueno, la tierra sacude con
su movimiento todo cuanto se encuentra encima de ella,
cosa que no podría realizar en modo alguno de no hallar-
se íntimamente ligada a las partes aéreas del mundo y al
cielo. Porque están adheridas entre sí con raíces comu-
555 nes, unidas desde la primera edad y enlazadas para for-
mar un todo.

¿Acaso, no ves también cómo a nuestro cuerpo, de peso
tan grande, lo sostiene la muy sutil energía del alma, dado
que está tan profundamente unida a él y fundida en un
560 todo? En fin, levantar el cuerpo de un salto ligero, ¿qué
potencia es capaz de hacerlo sino la del alma que gobier-
na los miembros? ¿Aprecias ya qué fuerza tan grande
puede tener una naturaleza, aunque sutil, cuando está uni-
da a un cuerpo pesado, como con la tierra está unido el
aire y con nosotros el vigor del espíritu³¹²?

³¹² Desde los vv. 556 al 563, Lucrecio compara con la unión entre alma y cuerpo la relación íntima entre aire y tierra. Así, los vv. 554-558 constituyen otro centón, formados de versos de otros libros del poema, pero particularmente del

*Magnitud del sol y de la luna.**Dimensión de los astros*

- 565 Ni el disco del sol, ni su calor pueden ser mucho mayores o menores de como aparecen a nuestros sentidos³¹³. Porque a cualquier distancia que los fuegos puedan difundir la luz y exhalar el cálido aliento sobre los miembros, el intervalo, en esa distancia, no subtrae nada a la sustancia de las llamas, ni en nada queda el fuego restringido a
- 570 nuestra mirada. Por lo tanto, puesto que el calor del sol y la luz emitida llegan a nuestros sentidos y dulcifican su entorno, desde donde estamos la forma y dimensiones del sol deben ser percibidos con exactitud, sin que podamos añadir o sustraer absolutamente nada.
- 575 La luna ora se mueve iluminando con luz prestada las tierras, ora proyecta la luz de su propia sustancia, sea como fuere, no se mueve con un volumen mayor al que parece tener según la vemos con nuestros ojos. Porque
- 580 todos los objetos que percibimos, muy alejados a través del espesor del aire, se ven con aspecto confuso antes que disminuya su volumen. Es necesario, pues, que la luna ya que ofrece una imagen clara y una forma precisa, como la delinea su perímetro más exterior y tan grande como es, sea vista por nosotros desde la tierra situada en la altura.
- 585 Finalmente, todos los fuegos del éter que contemplamos desde aquí abajo —puesto que todos los fuegos que contemplamos en la tierra, mientras es claro y se percibe su brillo, dan la impresión a veces de que mudan su volumen en cantidad insignificante, en más o en menos según lo lejos que están—, es evidente que pueden ser menores en una medida en extremo muy pequeña o mayores en una porción exigua y reducida.
- 590

3. El 554 resume 3, 325, el 556 corresponde a 4, 879, el 447 al 3, 162, el 558 a 3, 331 y 4, 889 y el 555 repite casi literalmente el 537 de este libro.

³¹³ Afirmación conforme a la teoría epicúrea de la sensación: ya que los astros se manifiestan con una dimensión, debemos aceptar la evidencia de los sentidos. Lucrecio en este pasaje, vv. 564-591, reproduce las ideas de Epicuro expresadas en *Ep. Pit.*, 91 y la nota del *ecollasta*. En Cicerón encontramos críticas irónicas a la pobre exposición de la astronomía epicúrea: *Acad. pr.*, 2, 26, 82; *De fin.*, 1, 16, 20: «El Sol a Demócrito le parece grande... a éste (Epicuro) quizá del tamaño de un pie (*pedalis*).»

La luz y el calor solares

Asimismo, no es sorprendente que un sol tan pequeño pueda difundir una luz tan potente, de modo que sature inundándolos con sus rayos todos los mares, las tierras y el cielo e impregne toda la naturaleza con su cálido soplo. En efecto, puede ser que a partir de él esté abierta la única fuente en este mundo que mana con flujo abundante y proyecta con fuerza su luz, porque de todo el mundo elementos de fuego se reúnen por todos lados y su impulso confluye de tal modo que de una sola fuente se difunda el calor. ¿No ves también cómo una pequeña fuente de agua en ocasiones riega los prados en una gran extensión y desborda la campiña? Puede suceder también que del fuego del sol, aunque no muy abundante, una llama de ardiente calor inflame el aire, si de tal modo éste es propicio y favorable a la llama, que pueda encenderse al contacto de un leve calor, como vemos a veces que en las espigas y el rastrojo se propaga el incendio ampliamente por causa de una sola chispa. Quizá también el sol que luce en lo alto, con rosácea antorcha, posea en torno a sí mucho fuego de invisible ardor, no señalado por ningún destello de luz, el cual provoca un calor que sólo acrecienta la potencia de los rayos.

El curso de los astros

Ni se revela la razón simple y justa de por qué el sol de las regiones estivales se aproxima al trópico invernal de Capricornio y volviendo de allí regrese a la meta solsticial de Cáncer³¹⁴, ni por qué vemos que la luna recorre cada mes el espacio para el que el sol consume el transcurso de un año. Digo que no es simple la causa asignada a estos fenómenos³¹⁵. Ante todo parece ser verdad lo que

³¹⁴ En el trópico de Capricornio los rayos del sol caen perpendiculares al solsticio de invierno y en el trópico de Cáncer perpendiculares al solsticio de verano.

³¹⁵ La aceptación del principio de la pluralidad de explicaciones (cf. nota 311) se aplica aquí a los cambios de ruta en el curso de los astros: «Asignar una causa única a estos hechos, cuando los fenómenos nos sugieren varias causas posibles es una locura y una impertinencia de parte de los defensores de una astronomía vana»: *Ep. Pit.*, 113.

propone la intuición venerable del gran Demócrito: cuanto más próximo a la tierra se halla cualquier astro, tanto menos puede verse arrastrado por el torbellino del cielo³¹⁶. Porque la rápida e impetuosa potencia de éste se entorpece y disminuye al actuar más abajo, y por ello el sol poco a poco queda atrás con las constelaciones que le siguen, porque se encuentra en el cielo mucho más bajo que las ardientes estrellas. Y todavía queda más atrás la luna: cuanto su curso, siendo más bajo, se aleja del cielo y se aproxima a la tierra, tanto menos puede competir en la carrera con las constelaciones. Asimismo, cuanto más lánguido es el torbellino que le arrastra por debajo del sol, tanto más fácilmente todas las estrellas le alcanzan en su rotación y le pasan delante. De ahí que parezca que gira más rápida que cualquier constelación, cuando son las constelaciones las que la vuelven a alcanzar.

Puede acontecer también que desde las regiones extremas del eje oblicuo del mundo³¹⁷ un viento diferenciado pueda soplar alternativamente en determinadas estaciones: el que puede impulsar con fuerza al sol desde las constelaciones estivales hasta el trópico invernal y el rigor gélido, y el que le puede rechazar de las sombras gélidas del frío hacia las regiones estivales y las ardientes constelaciones³¹⁸. Y de forma similar hay que suponer que la luna y las estrellas que giran en grandes órbitas durante sus largos años pueden ser empujadas por vientos en las dos partes de su rotación. ¿No ves también que

³¹⁶ Según Demócrito, el movimiento de los astros es tanto más rápido cuanto más alejados están de la tierra que se supone inmóvil en medio del mundo. Por ello, las estrellas van más rápidas que los planetas, éstos más que el Sol y éste más que la Luna. Pero como, a pesar de su mayor velocidad, las estrellas, por causa de la distancia, nos parecen fijas, otorgamos a los planetas, al sol y a la luna un movimiento contrario al que realmente tienen y nos imaginamos que avanzan tanto más de prisa, cuanto más rápidamente son superados por las estrellas: cf. Ernout-Robin, *op. cit.*, III, pág. 80.

³¹⁷ En las regiones situadas en los dos extremos del eje perpendicular al plano de la eclíptica.

³¹⁸ En realidad, Epicuro, *Ep. Pit.*, 93, señala cuatro posibles causas de la conversión del sol y de la luna: la oscilación del cielo periódicamente determinada, la acción de las corrientes opuestas al aire, el hecho de avanzar consumiendo la materia inflamable de que están necesitados hasta que les llega a faltar, y el de hallarse inmersos en un movimiento en torbellino por el que describen una especie de hélice.

por el impulso de los vientos contrarios las nubes más bajas discurren en dirección opuesta a las más altas? ¿Por qué no van a poder también los astros mientras recorren sus extensas órbitas en el cielo verse impelidos por torbellinos opuestos entre sí?

El día y la noche

650 En cambio, la noche sumerge la tierra en profundas tinieblas, ora después que el sol, tras larga carrera ha alcanzado las regiones extremas del cielo y con languidez ha exhalado sus fuegos, ya agotados en el camino y abatidos por las constantes sacudidas del aire, ora porque
655 bajo tierra le obliga a dar la vuelta la misma fuerza que sobre la tierra ha conducido su disco.

Asimismo, a una hora precisa, la diosa Matuta³¹⁹ difunde por las regiones etéreas la rosada aurora y abre las puertas a la luz, ora porque el mismo sol al regresar debajo de la tierra se anticipa en invadir con sus rayos el
660 cielo que trata de iluminar, o porque se reúnen fuegos y muchos átomos de calor suelen afluir en el momento preciso, los cuales logran que todos los días renazca el sol con nueva luz; así se dice que en las elevadas cumbres del
665 Ida se divisan al nacer el día fuegos dispersos³²⁰ que luego se condensan en una especie de globo y constituyen el disco solar.

Con todo, en esta cuestión no debe maravillarte que estos átomos de fuego puedan afluir en tan preciso instante y renovar el brillo del sol. Vemos, en efecto, muchos
670 fenómenos que en el momento preciso se realizan en toda la naturaleza. Florecen los árboles en la estación fijada y también en la estación fijada pierden la flor. No menos en fecha determinada impone la edad que caigan los dientes, que el impúber se cubra de suave vello e igualmente

³¹⁹ Emparentada con *matutinus* por Prisciano (*Gram. Lat.*, 1, 76, 18, ed. Keil) designa aquí la divinidad itálica de la luz matutina. Pero también es la diosa que presidía los nacimientos: cf. Roscher, *Lex. der Mith.*, s. v. *Mater Matuta*.

³²⁰ Se refiere al monte Ida de la Troade. La noticia sobre el fenómeno descrito se halla expresada de forma similar en Diodoro Sículo, 17, 7, 5 y en Pomponio Mela, *De situ orbis*, 1, 18, 94.

- 675 que en sus mejillas despunte una tierna barba. En fin, los rayos, la nieve, las lluvias, las nubes, los vientos se producen en períodos del año bastante regulares. Puesto que así han sido las causas en sus principios y así han sucedido los hechos desde el inicio del mundo, también ahora se repiten siguiendo un orden preciso.
- 680 Asimismo, puede suceder que los días crezcan y que las noches disminuyan, que la luz se reduzca mientras la noche se alarga³²¹; o porque el mismo sol, recorriendo curvas diferentes bajo la tierra y sobre ella, escinde las regiones del éter y divide su órbita en arcos desiguales y lo
- 685 que ha sustraído a una parte lo restituye a la parte opuesta de su recorrido, donde realiza un trayecto tanto más largo, hasta que alcanza aquel signo del cielo en que el equinoccio iguala con la de los días la duración de las sombras nocturnas. Porque, a medio camino entre el soplo del
- 690 Aquilón y del Austro, el cielo tiene separados a igual distancia los trópicos a causa de la posición de toda la zona zodiacal sobre la que deslizándose el sol concluye su giro anual, al tiempo que ilumina con su luz las tierras y el cielo, como lo muestra la explicación de aquellos que diseñaron todas las regiones del cielo embelleciéndolas con las constelaciones debidamente ordenadas. O porque el
- 695 aire es más denso en determinados lugares, por lo que bajo tierra se demora el trémulo astro crinado de fuego y no puede atravesarlo fácilmente para emerger a oriente. De ahí que en el tiempo invernal se alargan con lentitud las noches hasta que llega la insignia radiante del día. O también porque así, en la sucesión de las estaciones del año, suelen afluir más lentos o más rápidos los fuegos que determinan que el sol surja en una parte precisa del horizonte; por lo cual parecen tener razón (los que han afirmado que estos fenómenos podrían deberse a múltiples causas)³²².

³²¹ La cuestión de la desigualdad de los días y las noches la aborda *Ep. Pit.*, 98, aunque en un texto muy alterado. Se pueden distinguir tres hipótesis: 1) la aceleración o disminución de la marcha del sol; 2) la desigualdad de las distancias a recorrer; 3) la diferencia de la densidad del medio ambiente que debe atravesar.

³²² En general, los críticos han aceptado la laguna señalada por Munro después del v. 704. Bailey sugiere colmarla con el verso *pluribus e causis fieri haec qui posse putarunt*, cuya traducción ofrecemos.

La luna y sus fases

- 705 Puede ser que la luna brille, herida por los rayos del sol, y día a día vuelva más hacia nuestra mirada su luz cuanto más se aleja del disco del sol, hasta que ya en frente de él fulgura con plena luz y al elevarse encumbrada
- 710 sobre el horizonte contempla el ocaso del astro rey; luego volviendo poco a poco para atrás debe, por así decirlo, ocultarnos también su luz cuando pasa ya más cerca del fuego del sol, recorriendo la otra parte a través de la zona del zodiaco; como opinan quienes suponen que, semejante a una esfera recorre el camino de su órbita bajo el sol³²³.
- 715 Es posible también que realice su giro con luz propia y nos muestre las fases cambiantes de su esplendor. Puede ser que exista otro cuerpo que se mueva en el firmamento y que evolucione junto con ella interceptándola de todas las formas y oscureciendo su luz sin que pueda él
- 720 ser visto porque se mueve falto de luz³²⁴. Y puede girar sobre sí mismo a la manera como el globo de una esfera saturada en una de sus mitades de luz brillante, y al hacer girar el globo mostrar sus varias fases hasta que vuelva a nuestra mirada y nuestros ojos abiertos aquella parte
- 725 realizada por el brillo; luego poco a poco tuerce para atrás y sustrae la parte luminosa del globo de la esfera³²⁵; tal la doctrina de los caldeos de Babilonia³²⁶, al refutar la ciencia de los astrólogos, intenta demostrar frente a éstos, como si no pudieran ser verdad las opiniones por las
- 730 que pugnan unos y otros o exista una razón para decidirse a abrazar una menos que otra.

³²³ La explicación de las fases de la luna, contenida en los vv. 705-715, no se halla en *Ep. Pit.*, donde sí se mencionan otras dos explicaciones que Lucrecio menciona a continuación.

³²⁴ La explicación dada en los vv. 715-719 es la que da la *Ep. Pit.*, 94, en tercer lugar. Remonta a Anaxímenes y fue reasumida por Anaxágoras y otros filósofos: cf. Arist., *De caelo*, 2, 13, 293 b, 21-25.

³²⁵ La explicación contenida en los vv. 720-730 es la que brinda en primer lugar la *Ep. Pit.*, 94: hay que suponer que cada uno de los dos hemisferios de la luna que brilla con luz propia tiene una constitución diferente y que la luna gira sobre sí misma de forma que nos presenta, ora su faz oscura, ora su faz luminosa.

³²⁶ Célebres por sus conocimientos prácticos de astronomía. Rivalizaban con los astrónomos griegos por sus teorías científicas. Sobre la teoría aquí referida de Beroso, cf. Vitruvio, *De arq.*, 9, 2, 1.

En fin, por qué no puede nacer cada vez una nueva luna en un orden regular de formas, con fases determinadas, y cada día desaparecer la luna que ha nacido sustituyéndola otra en su cometido y lugar³²⁷, es difícil demostrarlo con argumentos y convencer con palabras, cuando ves que tantos fenómenos se producen en un orden fijo. Llega la primavera con Venus y el alado mensajero de Venus marcha delante de ambos; sobre las huellas de Céfiro, Flora la madre de éstos va delante de ellos
 735 derramando colores y perfumes escogidos con los que inunda todo el recorrido. Después sigue el árido calor junto a sus compañeros la polvorienta Ceres y el soplo de los aquilones etesios. Luego se presenta el otoño y con él marcha Baco Evio. A continuación, siguen otros tiempos con sus vientos característicos, el Volturmo que resuena en el cielo y el Austro poderoso por sus rayos. Finalmente, la estación fría trae las nieves, y el invierno el hielo entumecido, al cual acompaña el escalofrío y el crujido de los dientes³²⁸. Tanto menos sorprendente resulta que la luna nazca en tiempo fijo y de nuevo en tiempo
 740 fijo se extinga cuando tantos fenómenos pueden producirse en tiempo fijo.

Los eclipses del sol y de la luna

Así, también, debes pensar que los eclipses del sol y las desapariciones de la luna pueden producirse por muchas causas. En efecto, ¿por qué la luna podría apartar la tierra de la luz del sol y delante de la tierra oponer a éste
 755 su elevada faz, cubriendo con su disco opaco los esplendores

³²⁷ Esta tercera hipótesis sobre las fases de la luna falta en la *Ep. Pit.* de Epicuro, donde, no obstante, se hace una alusión a la misma en el n. 92 a propósito del orto y del ocaso de los astros. La argumentación procede como en vv. 669-679, pero aquí con un nuevo ejemplo tomado de la marcha regular de las estaciones.

³²⁸ La secuencia de las estaciones, bosquejada ya en Ennio, aunque incompleta en los fragmentos conservados (*An.*, 395, ed. Warmington: «el otoño sigue al verano, luego viene el áspero invierno») está desarrollada ampliamente en este pasaje de Lucrecio, vv. 736-747. La descripción de la primavera con la presencia de Venus y Cupido que les precede, y Flora que marcha sobre las huellas del Céfiro, inspiró el célebre cuadro de Botticelli. Junto al Céfiro hay que destacar otros vientos: el etesio Aquilón, el Volturmo o Euro y el Austro.

- dentes rayos de aquél? ¿Por qué se debería pensar que en el mismo tiempo no pueda conseguir el mismo resultado otro cuerpo que se mueva siempre falto de luz? Asimismo, el sol, ¿por qué podría, agotado, abandonar sus fuegos en un momento dado y restaurar su luz, cuando ha
 760 atravesado en la atmósfera regiones hostiles a sus llamas que fuerzan a sus fuegos a extinguirse y perecer³²⁹? Y, ¿por qué la tierra podría a su vez despojar de luz a la luna y ella misma mantener cubierto al sol desde arriba mientras la luna recorre el espacio cónico de las rígidas
 765 sombras?; ¿por qué en ese mismo período ningún otro cuerpo podría pasar por debajo de la luna o deslizarse sobre el disco solar de modo que obstaculice sus rayos y la luz que difunde? Y, con todo, si la misma luna resplandece con brillo propio, ¿por qué no podría languidecer
 770 en una determinada parte del mundo cuando atraviesa regiones hostiles a su luz?³³⁰

Origen de la vida en la tierra

- Por lo demás, ya que he explicado de qué manera a través del espacio azul del gran mundo llega a realizarse cada fenómeno, cómo podemos conocer la causa y fuerza de los diversos giros del sol y los movimientos de la luna
 775 y de qué forma esos astros pueden ocultarse una vez obstruida su luz cubriendo de tinieblas la tierra atónita, cuando parece que cierran los ojos y de nuevo al abrirlos penetran con la mirada las tierras que resplandecen con brillante luz, ahora vuelvo a hablar de la juventud del mundo y de los campos todavía muelles de la tierra mostrando qué productos, en nuevo alumbramiento, decidieron éstos hacer salir a las riberas de la luz y confiarlos a los volubles vientos.

³²⁹ Las dos causas de los eclipses del sol y de la luna mencionadas por *Ep. Pit.*, 96, son, en efecto, las dos señaladas por Lucrecio: la extinción (vv. 758-761) y la interposición entre estos astros y nosotros de un cuerpo opaco o de la misma tierra (vv. 753-757 y 762-767).

³³⁰ Por ser una dittografía del v. 774, el v. 771 queda suprimido por todos los editores.

Primeramente, las especies de las hierbas y su verde esplendor la tierra los produjo por todos lados, a lo largo de las colinas y la llanura, los prados fulguraron floridos con verdeante color y después a los diversos árboles se les brindó la gran porfía de desplegarse por los aires a rienda suelta. Como primero brotan las plumas, los pelos y las cerdas en los miembros de los cuadrúpedos y en el cuerpo de los pájaros, así entonces la tierra joven engendró primero las hierbas y los arbolillos, seguidamente creó las especies animales que surgieron numerosas, de muchas maneras y de diferentes formas. Porque ni es posible que los animales hayan caído del cielo, ni las especies terrestres hayan salido de las profundidades marinas.

Resta añadir que la tierra con razón ha merecido el nombre de madre puesto que todos los seres han sido creados de la tierra. Y todavía ahora muchos vivientes nacen de su regazo, modelados por las lluvias y el cálido aliento del sol³³¹; de ahí que sea menos sorprendente que entonces hayan surgido especies más numerosas y grandes, desarrolladas en una tierra y un cielo nuevos.

Al comienzo, las especies de alados y los diferentes pájaros dejaban los huevos que habían descascarado en la estación primaveral, como ahora abandonan las cigarras sus envolturas redondeadas para buscar el alimento de su vida. Entonces la tierra, date cuenta, engendró por vez primera las estirpes de los mortales. En verdad, mucho calor y humedad sobreabundaba en los campos. Por eso, doquiera se brindaba propicia la disposición del lugar, allí se desarrollaban matrices adheridas por las raíces a la tierra; a éstas cuando en el tiempo de la sazón las había abierto el impulso de la edad infantil que rehuía la humedad y apetecía el aire, entonces la naturaleza dirigía hacia allí todos los poros de la tierra a los que forzaba a derramar por los orificios abiertos un jugo semejante a la leche, como ahora toda mujer, cuando ha parido, se llena de dulce leche, porque todo el impulso perceptible de la nutrición se concentra en las mamas. La tierra suminis-

³³¹ Responde a la creencia de los antiguos de que ciertos animales, particularmente los gusanos, surgían por generación espontánea de la tierra empapada por la lluvia y recalentada por el sol. El poeta se refiere a ello en 2, 871, 899, 928.

traba el alimento a los pequeños, el calor su vestido, la hierba un lecho rico en abundante y suave vellón³³². Por lo demás, el mundo aún reciente no producía ni los rigores del frío, ni los excesos del calor, ni vientos de gran violencia, dado que todas las criaturas crecen y toman vigor de igual modo.

Agotamiento actual de la tierra

Por lo cual, lo digo una vez más, la tierra ha conseguido y retiene mercedamente el nombre de madre, porque ella ha creado al género humano y, por así decir, en un tiempo preciso ha producido todo animal que va retozando por doquier en los altos montes y, al propio tiempo, a los pájaros del aire de variadas formas. Mas, puesto que debe llegar al término de su procreación, desistió de ella, como una mujer agotada por la vejez³³³, porque el tiempo cambia la naturaleza del mundo entero y un nuevo estado surgido del anterior debe dar cabida a todos los seres, ni cosa alguna permanece igual a sí misma: todo pasa, todo lo cambia la naturaleza y le fuerza a transformarse. En efecto, una cosa se corrompe y agotada por la vejez languidece, a su vez otra florece en su lugar surgiendo de elementos que despreciamos. Así, pues, el tiempo cambia la naturaleza del mundo entero y un nuevo estado salido del anterior da cabida a la tierra, de suerte que no puede producir lo que antes produjo y puede producir lo que antes no produjo.

Selección de especies y animales míticos

Numerosos portentos en aquella época se esforzó la tierra en crear, formados con rostro y miembros extra-

³³² Es posible que Lucrecio se refiera a todos los vivientes, incluido el hombre, cuya vida entonces se presentaba más feliz y fácil que la de ahora. El pasaje, vv. 816-817 es imitado por Ov., *Ars am.*, 2, 475.

³³³ Existe una cierta contradicción con lo que dice en este mismo canto, vv. 330-331, sobre la juventud del mundo. Cf. nota 302.

- ños: el andrógino³³⁴, medio entre los dos sexos, ni el uno,
 840 ni el otro, alejado de ambos; unos seres privados de pies,
 por el contrario, otros desprovistos de manos, o también
 seres mudos, sin boca, y los que se hallaban ciegos y sin
 ojos o cuyos miembros se adherían pegados a todo el tronco
 de modo que no podían realizar cosa alguna, ni encami-
 narse a parte alguna, ni tomar lo que les era indispensable
 845 ble³³⁵. Los restantes monstruos y portentos similares los
 producía la tierra, pero en vano, ya que la naturaleza les
 impidió el crecimiento y no pudieron alcanzar la ansiada
 flor de la edad, ni encontrar el alimento, ni unirse en el
 placer de Venus. Vemos, sin duda, que muchos factores
 850 deben concurrir en los seres para que, al reproducirse,
 puedan propagar la especie: primero deben existir ali-
 mentos, luego un conducto en el cuerpo por donde la se-
 milla genital pueda difundirse por los miembros relaja-
 dos, y, para que la hembra pueda unirse al macho, poseer
 los órganos con los cuales uno y otro truequen entre sí
 goces compartidos.
- 855 También numerosas especies de animales debieron en-
 tonces perecer sin que pudieran, al reproducirse, propa-
 gar la especie. Porque a todos los animales que ostensi-
 blemente gozan del aire vivífico, o la astucia, o la fuerza
 o la ligereza les han protegido desde la primera edad, sal-
 860 vando su especie. Y existen muchos otros que, entrega-
 dos a nosotros por su utilidad, perviven confiados a nues-
 tra custodia. En primer lugar, a la especie encarnizada de
 los leones y otras razas de fieras les ha protegido la fuer-
 za, a las zorras la astucia y a los ciervos el instinto de
 fuga. En cambio, los perros de sueño ligero, con un co-
 865 razón fiel, todas las especies nacidas de semilla equina,
 juntamente los rebaños laníferos y las razas de bueyes,
 todas han sido encomendadas a la tutela de los hombres,

³³⁴ Era una creencia difundida entre los antiguos la existencia de seres andróginos: cf. Plinio, *Nat. Hist.*, 7, 2, 7, quien refiere el testimonio de Calífanes acerca de la existencia en Libia de un pueblo entero de andróginos.

³³⁵ Ya Empédocles había hablado de varios intentos de la naturaleza en la formación de los seres vivos (cf. Diels, *Vors.*, 61 B). Pero el filósofo y poeta de Agrigento halagaba la fantasía admitiendo por un cierto tiempo la existencia de monstruos como los Centauros o la Quimera que Lucrecio, apoyándose en Epicuro, rechaza aquí, vv. 878-906.

¡oh Memnio! Porque evitan con solicitud las fieras y bus-
 870 can la paz y copiosos pastos, conseguidos sin esfuerzo, que
 les damos en recompensa a la utilidad que nos procuran.
 Por el contrario, a aquellos animales a los que su natura-
 leza no les había procurado ningún recurso de los men-
 cionados: ni el poder vivir libres por su propio instinto,
 ni prestarnos a nosotros ningún servicio, por el cual con-
 sintiésemos que su estirpe estuviera alimentada y a salvo
 875 gracias a nuestra protección, es evidente que ellos sucum-
 bían cual presa y botín de los demás, hallándose todos im-
 posibilidadados por vínculos del destino hasta tanto que la
 naturaleza condujo su especie a la extinción.

Mas, ni los Centauros³³⁶ han existido, ni tampoco en
 ningún momento animales con doble naturaleza y doble
 880 cuerpo, compuestos de miembros heterogéneos, de modo
 que sus facultades de una y otra parte y sus fuerzas pue-
 dan resultar suficientemente concordantes. Puede entender
 esto cualquiera, aunque de mente obtusa, por lo que si-
 gue. En primer lugar, en el curso de tres años cumplidos
 florece el fogoso corcel, pero el niño ciertamente no, pues,
 885 con frecuencia, en esa edad buscará todavía en sueños los
 pezones del seno materno que le nutre de leche. Luego,
 al caballo le falla el vigor de las fuerzas a causa de la ve-
 jez y los miembros lánguidos le abandonan porque la vida
 se escapa, es sólo entonces, cuando la edad del niño llega
 a florecer, cuando la juventud le acoge y reviste sus me-
 jillas del suave vello.

No vayas a pensar que de la combinación del hombre
 y de la raza equina puedan llegar a formarse los Centau-
 ros y vivir, o bien las Escilas³³⁷ con cuerpos en su mitad
 peces, rodeadas en su flanco oscuro de perros rabiosos, u
 otros monstruos similares cuyos miembros los vemos dis-
 cordantes entre sí, seres que ni llegan a la juventud, ni
 895 asimismo alcanzan la energía corporal, ni la pierden en
 la edad proveya, ni arden en semejante amor, ni coinci-
 den en los mismos hábitos, ni a todo el organismo le re-
 sulta sabroso el mismo alimento. Puesto que podemos

³³⁶ A estos seres monstruosos ya se ha referido el poeta en 4, 732 (cf. nota 246) y lo hace más adelante, vv. 890-891.

³³⁷ Aludidas también en 4, 732 (cf. nota 247).

900 ver cabras barbudas que a menudo engordan con la cicuta que para el hombre resulta activo veneno³³⁸. Y como quiera que la llama abrasa y consume tanto el cuerpo rojizo del león, como a toda clase de seres de carne y sangre que viven sobre la tierra, ¿cómo pudo suceder que
 905 siendo una con triple cuerpo, león por delante, dragón por detrás y en el medio la quimera propiamente dicha³³⁹, exhalase por su boca una ardiente llama del interior del cuerpo?

Por lo cual, quien imagina que, en una tierra aún joven y en un cielo reciente, tales animales pudieron surgir, basándose para ello tan sólo en este término vano de no-
 910 vedad, puede propalar de modo semejante muchas fantasías: diga que entonces, a través de la tierra, fluyeron ríos de oro, que los árboles normalmente florecían con perlas o que nació un hombre con miembros tan prodigiosos que de un paso podía franquear mares profundos
 915 y con las manos hacer girar en torno a sí todo el cielo³⁴⁰. En efecto, del hecho de haber existido sobre la tierra multitud de semillas diversas en el momento en que el suelo engendró los primeros animales, no se deduce prueba alguna de que hubieran podido nacer animales híbridos y miembros de seres vivos formados por combinación de
 920 partes, puesto que las especies de hierbas, cereales y de árboles fecundos, que también ahora abundan en la tierra, no pueden, con todo, producirse confusamente, sino que cada ser crece de acuerdo con sus características y todos, en virtud de las leyes precisas de la naturaleza, conservan sus diferencias.

³³⁸ Ejemplo ya señalado en 4, 640-641 (cf. nota 242).

³³⁹ Aludida en 2, 705 (cf. nota 102).

³⁴⁰ La tierra, aún joven, ha podido producir toda clase de vivientes, pero siempre de conformidad con las leyes naturales (cf. 1, 159-214), Lucrecio en tono polémico expresa su aversión a la edad de oro, léase Pactolo o el jardín de las Hespérides. Si los hombres primitivos fueron más resistentes y robustos en razón de su nacimiento y condiciones de vida, no cree en absoluto en la existencia de gigantes, ni en la de Cíclopes o de Atlas, etc.

Vida del hombre primitivo

- 925 Mas, una estirpe humana mucho más dura³⁴¹ vivió entonces en los campos, como debió ser aquella que había surgido de la dura tierra, constituidos sus cuerpos por una osamenta interna más sólida y articulados por vigorosos nervios a través de las carnes, estirpe que no era fácilmente domeñada por el calor, ni por el frío, ni por alimentos extraños, ni por enfermedad alguna del cuerpo. Y en el curso circular, a través del cielo, de muchos lustros del sol, arrastraban una vida vagabunda al modo de las fieras. No existía labrador que guiase el curvo arado, nadie sabía remover los campos con la reja, ni plantar en el suelo tiernos renuevos, ni cortar con la podadera las ramas secas de los elevados árboles. Cuanto el sol y las lluvias les ofrecían, cuanto la tierra producía espontáneamente, esos dones apaciguaban bastante bien sus ánimos. Restablecían sus cuerpos en medio de las encinas rebosantes de bellotas³⁴²; y los madroños que ahora vemos madurar en el tiempo invernal, coloreados de púrpura, entonces la tierra los producía en gran número y mayores. Además, el mundo en su florida primicia engendró alimentos toscos que resultaban espléndidos a los miserables mortales. En cambio, para apagar su sed les invitaban los arroyos y las fuentes, como ahora el torrente que se precipita de lo alto de los montes reclama desde lejos, con sonoridad, a las manadas sedientas de fieras. En fin, en su vagabundeo habían conocido los recintos silvestres de las ninfas, y por ello, sabían que ciertas corrientes de agua deslizándose con amplio caudal lavaban las húmedas rocas, húmedas rocas que destilaban sobre el verde musgo, y que, parte de ellas, rebosaban de líquido y se lanzaban con ímpetu sobre la llanura. No sabían todavía moldear los objetos con el fuego, ni hacer uso de las pieles, ni vestir su cuerpo con los despojos de las fie-

³⁴¹ Cf. luego v. 1402 donde dice *duriter* y *duro*. Virg. lo repite en *Geór.*, 1, 63: *unde homines nati, durum genus*, a propósito de Deucalión que lanzó las piedras de las que surgieron los hombres. Ov., *Met.*, 1, 414-415, dice otro tanto.

³⁴² Con este rasgo Lucrecio inspira a otros escritores clásicos que cuentan la vida de los hombres primitivos: Virg., *Geór.*, 1, 7; Hor., *Serm.*, 1, 3, 100; Ov., *Met.*, 1, 106; Plinio, *Nat. Hist.*, 16, 1, etc.

955 ras, sino que habitaban los bosques, las cavidades de los montes, las selvas, y escondían sus rudos miembros entre matorrales, obligados a evitar el azote de los vientos y las lluvias. No estaban capacitados para atender al bien común, ni sabían hacer uso en sus relaciones mutuas de la costumbre o de las leyes escritas. Cada cual atrapaba la presa que la fortuna le había deparado, avezado como estaba a emplear la fuerza y subsistir por sí mismo, libremente.

Venus estrechaba en las selvas los cuerpos de los amantes; en efecto, atraía la mujer o el deseo compartido, o la fuerza violenta del hombre y su vehemente pasión, o alguna recompensa: bellotas, madroños o peras escogidas. Y, confiados en la asombrosa fuerza de sus manos y de sus piernas, perseguían en los bosques las especies de fieras salvajes con piedras arrojadas y con mazas de gran peso; a muchas de ellas las sometían, a unas pocas las evitaban, refugiándose en sus escondrijos, y, semejantes a jabalíes hirsutos, tendían sobre la tierra sus salvajes cuerpos desnudos al verse sorprendidos por la noche, mientras se cubrían de hojas y ramas. Y entonces no iban errantes y despavoridos, con grandes lamentos, por los campos, a buscar en la oscuridad de la noche la claridad del día y el sol, antes bien silenciosos y sepultados en el sueño se hallaban a la espera de que el sol con su rósea antorcha difundiese la luz en el cielo.

Puesto que, desde la infancia, estaban acostumbrados a contemplar que cada día tinieblas y luz surgían alternativamente, no tenían por qué sorprenderse jamás de ello, ni temer que una noche eterna embargase la tierra, arrebatada para siempre la luz del sol. Pero les causaba más preocupación a aquellos miserables que las manadas de fieras hicieran a menudo peligrosos sus sueños. Expulsados de su morada, huían de sus cobijos de piedra a la llegada de un jabalí espumante o de un vigoroso león, y en el tiempo adverso de la noche cedían a los crueles huéspedes los lechos cubiertos de follaje.

Tampoco entonces, mucho más que ahora, la estirpe humana abandonaba entre lamentos la amable luz de la vida. En verdad, entonces, con más frecuencia, cualquier hombre, cogido de improviso, brindaba pasto vivo a las fieras,

devorado a dentelladas, y llenaba con sus gemidos los bosques, los montes y la floresta viendo que sus carnes vivas eran sepultadas en una tumba viva³⁴³. Mas aquellos que, aun con el cuerpo lacerado, la huida había conservado vivos, más tarde, con las manos trémulas sobre las atroces llagas, invocaban con espantosas voces el Orco hasta que crueles espasmos terminaban con privarles de la vida, desprovistos como estaban de ayuda y sin saber qué cuidado reclamaban las heridas. Mas, entonces, un sólo día no entregaba a la muerte muchos miles de hombres alistados bajo las banderas, ni las ondas tumultuosas del mar estrellaban contra las rocas navíos y marineros. A ciegas, sin razón, en vano entonces el mar alborotado desplegaba su furor o sin dificultad deponía sus vanas amenazas, ni la seducción traicionera del ponto apaciguado podía hacer caer en la trampa a nadie ante la sonrisa de las olas³⁴⁴. El arte ímprobo de la navegación yacía entonces ignorado. Asimismo, entonces, la escasez de alimento entregaba a la muerte cuerpos agotados, por el contrario ahora la abundancia les hace perecer. A menudo, sin saberlo se servían a sí mismos el veneno, ahora con mayor astucia lo propinan a los otros.

La primera comunidad humana

Luego, cuando se procuraron chozas, pieles y fuego, y la mujer, unida al marido se retiró a una sola (mansión, los derechos sociales de los casados)³⁴⁵ fueron conocidos

³⁴³ El v. 993 expresa el patetismo con la aliteración, la paronomasia y el políptoton en convergencia de estilemas: *viva videns vivo sepeliri viscera busto*. Al parecer se inspira en Ennio, frag. 141-142 (ed. Warmington): «Un buitres devoraba en medio de las zarzas al desdichado mortal. ¡Ay! ¡En qué tumba tan cruel sepultaba éste sus miembros!» La metáfora se remonta al sofista griego Gorgias que había definido a los buitres «sepulcros vivientes», como lo atestigua el anónimo *De sublimi*, 3, 2.

³⁴⁴ Los vv. 1002-1005 recuerdan a 2, 557-559 no sólo en el contenido, sino también en la expresión formal, reveladores del temor de los romanos al mar traicionero y cruel. Sin duda un eco de Liv. Andr., *Od.*, fr. 18-20 (ed. Morel).

³⁴⁵ Frente a las soluciones de Bernays y Lachmann que para evitar una laguna en el texto corrigen *cognita sunt* por *cuniugium* o *conubium*, respectivamente, admitimos la laguna de un verso, después del v. 1012, ya indicada por Marullo

y vieron descendencia nacida de su sangre, entonces por
 1015 vez primera los hombres empezaron a dulcificarse. En
 efecto, el fuego hizo que sus cuerpos frioleros no pudie-
 ran soportar el invierno en cielo abierto; Venus disminu-
 yó sus fuerzas y los hijos con sus caricias ablandaron fá-
 cilmente la índole bravía de los padres. Entonces, los ve-
 cinos comenzaron a estrechar los lazos de amistad entre
 1020 sí, deseosos de no causar injuria, ni recibirla³⁴⁶ y así lo
 recomendaron a los hijos y a las esposas, dándoles a en-
 tender, en expresión balbuciente, con voces y gestos, cuán
 justo es que todos se compadezcan de los más débiles. No
 obstante, la armonía no podía producirse enteramente,
 1025 mas una parte de ellos, noble y numerosa, guardaba re-
 ligiosamente los pactos, de otra suerte todo el género hu-
 mano hubiera perecido, y su descendencia no hubiera po-
 dido prolongar la especie hasta nuestros días.

Origen del lenguaje

Mas la naturaleza obligó a los hombres a emitir los di-
 versos sonidos del lenguaje, y la necesidad forjó los nom-
 1030 bres de las cosas, no de forma muy distinta a como ve-
 mos que la imposibilidad de hablar fuerza a los niños a
 gesticular impulsándoles a que muestren con el dedo los
 objetos a su alcance³⁴⁷. Porque todo ser percibe hasta don-
 de puede hacer uso de sus facultades. Aun antes de que
 1035 los cuernos hayan despuntado en su frente, el ternero
 amenaza con ellos y arremete con peligro. En cambio, los
 cachorros de las panteras y los leoncillos, ya a esa edad,
 resisten con sus garras y sus patas y hasta con mordiscos
 cuando apenas si los dientes y las garras les han salido.

y asumida por muchos editores: Ernout, Munro, Bailey, etc., Munro sugiere la
 suplencia del hexámetro *hospitium ac lecti socialia iura duobus* a la que respon-
 de nuestra traducción.

³⁴⁶ Inspirado en la *Maxima capital*, 33, de Epicuro: «la justicia... era un cierto
 pacto de no hacer, ni sufrir daño en las relaciones de unos con otros».

³⁴⁷ Además del *excursus* de C. Giussani en *Studi lucreziani*, Turín, 1896, «L'o-
 rigine del linguaggio», págs. 267-284, nos informa sobre la doctrina epicúrea al
 respecto la *Ep. Herod.*, 75-76: el lenguaje, surgido del instinto natural a expre-
 sarse en todos los animales, se lo enseña al hombre la propia naturaleza.

1040 Vemos a su vez que todas las especies de pájaros confían en sus alas y buscan en las plumas un apoyo todavía vacilante.

Por lo tanto, pensar que entonces alguien asignó nombres a las cosas y que los demás hombres han aprendido de él las primeras palabras es una locura³⁴⁸. En verdad, ¿por qué éste podría señalar todas las cosas por sus nombres y emitir los diversos sonidos del lenguaje y tendríamos que suponer que en el mismo tiempo los demás no han podido hacer lo mismo? Aparte de que si los otros no se han servido en su comunicación del lenguaje, ¿cómo se le ha inculcado a él la noción de su utilidad y cómo a él, en primer lugar, se le ha otorgado la facultad de conocer y apreciar en su ánimo lo que pretendía hacer? Asimismo, uno sólo no podía forzar a muchos y, vencida su resistencia, someterlos de suerte que se decidieran a aprender a fondo los hombres de las cosas. Tampoco resulta fácil en modo alguno enseñar y convencer a los sordos de lo que deben hacer, porque ni permitirían, ni soportarían en absoluto que sonidos de voces desconocidas aturdan, por más tiempo y en vano, sus oídos.

En fin, ¿qué habría tan sorprendente en este asunto si el género humano capaz de emitir sonidos y articularlos, designara, conforme a sus varios sentimientos, los objetos con nombre distinto, dado que los rebaños sin habla, que hasta las especies de fieras suelen proferir gritos diferentes y matizados según les invada el temor o el dolor, o que el gozo les embargue? Ciertamente, esto lo podemos comprobar por hechos manifiestos. Cuando, al ser provocados los anchos y muelles hocicos de los perros molosos, éstos gruñen al punto descubriendo sus duros
1060 dientes, así entreabiertos por la rabia, amenazan con un sonido muy distinto que cuando ladran llenando todo el espacio con sus voces. Mas cuando tratan de lamer delicadamente con la lengua a sus pequeños o cuando les sa-

³⁴⁸ Tanto Epicuro como Lucrecio se oponen a la teoría de que el lenguaje haya nacido por convención: que un hombre haya asignado nombres a las cosas y los demás los hayan aprendido de él. Indirectamente, al menos, Platón es combatido aquí como partidario de la teoría convencionalista (cf. *Crat.*, 388 e-390 e), pero, según parece, la crítica va particularmente dirigida contra los democriteos, defensores de la convención (cf. Diels, *Vors.*, 55 B 26, pág. 395).

1070 cuden con las patas y acosándoles a mordiscos, sin hincar los dientes, simulan el cariñoso gesto de engullirlos, entonces les acarician con un gañido de voz muy diferente a cuando gruñen, abandonados en casa o, aullando, rehúyen los golpes agachado el cuerpo.

1075 Además, ¿no tenemos también la impresión de que es diferente el relincho cuando un joven corcel, en la flor de la edad, se enardece en medio de las yeguas, estimulado por el incentivo del amor alado, y con ancha nariz da un bramido anhelando la pugna amorosa, que cuando, en otras ocasiones, relincha con los miembros estremecidos de miedo?

1080 Finalmente, las especies aladas, los pájaros variopintos, los gavilanes, las aves quebrantahuesos y los somormujos, cuando buscan en las olas saladas del mar la nutrición y la vida, lanzan gritos muy diferentes a los de otras ocasiones, cuando pugnan por subsistir en lucha con la presa. Y algunos transforman con el cambio del tiempo sus cantos de rauco son, como la estirpe longeva de
1085 las cornejas y las bandadas de cuervos cuando, según dicen, anuncian el agua de la lluvia e invocan, de vez en cuando, los vientos y las tempestades. Luego, si diversas sensaciones fuerzan a los animales, mudos como son, a emitir voces diversas, ¡cuánto más razonable es pensar
1090 que los hombres primitivos hayan podido designar objetos diferentes con voces distintas!

Descubrimiento del fuego

Para que en este punto no te hagas una muda pregunta, fue el rayo el que por vez primera deparó el fuego sobre la tierra a los hombres, y de él dímana todo el ardor de las llamas. En efecto, vemos que muchos objetos se inflaman al contacto del fuego celeste, cuando la sacudida del rayo les ha comunicado su ardor. Asimismo, un árbol abundante en ramas que se tambalea, agitado por el viento, al apoyarse en las ramas de otro árbol, se abrasa; el fuego se produce originado por el frotamiento de gran violencia; resplandece en ocasiones el férvido ardor de la
1100 llama, mientras ramas y troncos se desgastan entre sí.

Una u otra de estas causas puede haber procurado el fuego a los mortales. Después el sol les enseñó a cocer los alimentos y a ablandarlos con el calor de la llama, puesto que veían que maduraban en el campo muchos frutos doblados por la fuerza de los rayos y su ardor.

*Origen de las instituciones políticas:
la propiedad*

- 1105 Cada día más, los que destacaban por su ingenio y el vigor del alma, enseñaban a los otros a transformar su alimento y su vida anterior con nuevos medios y con el fuego. Los propios reyes comenzaron a fundar ciudades
- 1110 y a edificar fortalezas, protección y asilo para sí; dividieron el ganado y los campos y los entregaron conforme a la belleza, las fuerzas y el ingenio de cada uno; porque la belleza tenía mucho precio y la fuerza era estimada. Más tarde se reconoció la propiedad y fue descubierto el oro que con facilidad hizo perder la estima por la fuerza y la
- 1115 hermosura, ya que los humanos, por más fuertes y hermosos que sean, siguen el partido del más rico.

Mas, si el hombre gobernase su vida con la verdadera doctrina, una inmensa riqueza sería para él vivir austeramente con serenidad de espíritu³⁴⁹, puesto que de un

1120 poco nunca hay penuria. En cambio, los hombres han querido ser ilustres y poderosos para que su fortuna se asentase en sólidos cimientos y ellos, en la opulencia, pudiesen llevar una vida placentera; pero en vano, porque en su pugna por escalar los supremos honores, a su paso, han

1125 dejado el camino expuesto a los peligros; con todo, a veces la envidia, como un rayo, después de herirles, les derribó desdeñosamente desde la cumbre en el horrible Tártaro, porque con frecuencia las cumbres son abrasadas por la envidia a manera de rayo, como todo lugar más eleva-

³⁴⁹ La máxima célebre contenida en los vv. 1118-1119, refleja la austeridad proclamada por Epicuro, sumamente frugal en su alimentación. Para el gran maestro, «la mayor riqueza es el autodomínio en todo», lo que Séneca vertió en su *Ep.*, 4, 10: «Grande riqueza supone la pobreza que se acomoda a la ley de la naturaleza.» Cf. también *Ep.*, 27, 9 (Usener, *Epicur.*, frag. 477).

do que los otros³⁵⁰; de modo que es mucho mejor obedecer plácidamente que pretender regir con imperio el mundo y mantener el reino. Por lo tanto, deja que suden sangre agotándose inútilmente en su lucha sobre el angosto camino de la ambición, dado que son sabios por boca de otro y dirigen sus apetencias más por lo que oyen que
 1130 por lo que ellos mismos sienten, conducta que ni es ahora, ni será después distinta a como fue antes³⁵¹.

Así, pues, una vez asesinados los reyes, yacía arruinada la antigua majestad del trono, yacían los cetros soberbios y el emblema preclaro del soberano poder, ensangrentado a los pies del vulgo, deploraba su gran honor; pues se pisotea con pasión lo que antes se ha temido en demasía.
 1140 Por ello, la situación llegaba a su extrema degeneración y turbulencia, mientras cada cual reclamaba para sí el imperio y el supremo poder. Más tarde, algunos de ellos enseñaron a los otros a crear magistrados y a establecer el derecho para animarles a hacer uso de las leyes. Porque
 1145 el género humano, cansado de llevar una vida violenta, se consumía por el odio, motivo de más por el que se plegó voluntariamente a las leyes y al rigor de la justicia³⁵². En verdad, puesto que, a impulsos de la ira, cada uno se aprestaba a vengarse con mayor virulencia de la que ahora conceden las justas leyes, es por ello que a los hombres les hastió vivir con violencia.
 1150

Desde entonces el temor al castigo mancilla los torpes goces de la vida, porque la violencia y la injusticia cogen en sus redes a todo culpable, recayendo a menudo en el mismo que las ha procurado, ni le resulta fácil llevar una
 1155 vida tranquila y pacífica al que transgrede con su conducta las alianzas comunes de paz. En efecto, aunque escape a los dioses y los hombres todos, no debe, sin embargo,

³⁵⁰ La comparación se ha convertido en proverbio. A las citas de Ov., *Rem. am.*, 369 y de T. Livio, 8, 31, 7 y 45, 35, añadimos la de Séneca, *Ep.*, 19, 9, referida a Mecenas: «Es la propia altitud la que expone las cumbres a los truenos» (cf. Lunderstedt, *Maecen.*, frag. 10).

³⁵¹ Pasaje inspirado en Epicuro, *Máx. cap.*, 7.

³⁵² Lucrecio indica cómo se ha producido la transformación más importante en la humana sociedad. Del pacto primero entre grupos consanguíneos se pasó a la autoridad de uno, basada, en principio, en el prestigio personal, pero luego fue mantenida por la fuerza, por lo que fue necesario, al fin, organizar un orden social sustentado por la autoridad del derecho y la justicia.

confiar que su delito permanecerá oculto, puesto que, según cuentan, son muchos los que, hablando en sueños o delirando por la fiebre, se descubrieron, poniendo, a la vista de todos, delitos largo tiempo ocultos³⁵³.

Origen de la religión: los dioses

Ahora no es tan difícil explicar con palabras qué causa ha divulgado entre nobles pueblos la majestad divina, ha llenado de altares las ciudades y se ha afanado en instituir las ceremonias sagradas, las cuales ahora brillan en las grandes solemnidades y en los grandes templos, por cuyo motivo ha penetrado en los mortales el horror que les mueve a levantar nuevos santuarios a la divinidad en todo el orbe de las tierras y les impulsa a frecuentarlos en los días festivos. En verdad, ya en tiempo remoto los mortales contemplaban, en su mente despierta, imágenes encantadoras de los dioses y en sueños los contemplaban, más aún, dotados de sorprendente grandeza corporal. A tales imágenes, pues, les atribuían la sensación, puesto que les parecía que movían sus miembros y que emitían voces magníficas, en consonancia con su figura egregia y su fuerza excepcional. Les otorgaban vida eterna porque su imagen se renovaba sin cesar y su forma permanecía intacta, pero más aún porque pensaban que, dotados de tan enorme fuerza, no podían ser fácilmente superados por poder alguno. Consideraban que en felicidad superaban en mucho a los humanos ya que el temor de la muerte no debía perturbar a ninguno de ellos y, al propio tiempo, porque les veían en los sueños realizando numerosas y sorprendentes obras, sin que por ello experimentasen fatiga alguna.

³⁵³ Para los epicúreos el criminal no es sólo culpable porque atenta contra el derecho de otro y el orden social, sino porque perjudica a la serenidad de la persona y porque la inquietud se adueña de su conciencia, insegura de quedar impune (cf. Epicuro, *Max. cap.*, 34-35). También Cicerón lo recuerda en *De fin.*, 1, 16, 50, 53. Séneca, *Ep.*, 97, 13-15, en parte está de acuerdo con Epicuro, pero en parte disiente de él cuando dice que nada hay justo por naturaleza, pues le recuerda que el argumento de que por ley de la naturaleza aborrecemos el delito radica precisamente en el hecho de que éste a todos infunde temor.

Además, veían que los fenómenos del cielo y las distintas estaciones del año se sucedían con un orden preciso, mas no podían conocer por qué causa acontecía esto. Así, pues, consideraban una solución atribuirlo todo a los dioses y suponer que todo se rendía a su voluntad. Colocaron, por tanto, en el cielo la sede y el santuario de los dioses, porque vemos que en el cielo discurren la noche y la luna, la luna, el día y la noche, los astros sombríos de la noche y las antorchas que vagan de noche por el cielo, las nubes, el sol, las lluvias, la nieve, los rayos, el granizo, los súbitos bramidos y el imponente estruendo de amenazas.

¡Oh género humano desdichado puesto que ha atribuido a los dioses hechos semejantes y adjudicado crueles enojos³⁵⁴! ¡Cuántos gemidos acarreó en el pasado para sí, cuántas heridas para nosotros, cuántas lágrimas para nuestros hijos! No está la piedad en mostrarse a menudo con la cabeza cubierta, volviéndose hacia una piedra y acercándose a todos los altares, ni tampoco en postrarse tendido en tierra y en extender las palmas de las manos ante los santuarios de los dioses, ni en bañar con abundante sangre de animales las aras, ni en colgar exvotos junto a exvotos, sino más bien en poder contemplarlo *todo con mente apaciguada*³⁵⁵.

Porque cuando levantamos los ojos a los celestes espacios del vasto mundo y sobre él al éter tachonado de estrellas brillantes, y nos acordamos de la ruta del sol y de la luna, la angustia, hasta entonces sofocada en el pecho por otros males, comienza, también ella, a despertarse y erguir la cabeza, no sea que exista sobre nosotros un poder infinito de los dioses que haga girar, con diverso mo-

³⁵⁴ Cf. lib. 2, 651 (nota 96). Son rasgos de la divinidad acordes con la tradición epicúrea. Cf. *Ep. Menec.*, 123 y *Máx. cap.*, 1.

³⁵⁵ Epicuro no condena toda práctica religiosa, sino la devoción que sólo se funda en la observancia minuciosa de los ritos sagrados, como afirma Filodemo (cf. Usener, *Epicur.*, 387). Según éste, el sabio debe postrarse ante los dioses (cf. Usener..., 12), pero lo que importa es que tenga opiniones puras y santas de los dioses y les recuerde en las fiestas religiosas; aunque los dioses no tengan necesidad de honores, es natural honrarlos con santos pensamientos (cf. Usener..., 386). Lucrecio no contradice la doctrina del maestro: no censura las prácticas externas de culto, pero insiste en que en ellas no consiste la verdadera religiosidad.

vimiento, a los resplandecientes astros, pues la falta de explicación racional turba la mente, dudosa de si ha habido un origen generador del mundo y, asimismo, si existe un fin hasta el cual las murallas del mundo puedan soportar este esfuerzo de movimiento agitado, o si, dotadas de eterna duración por voluntad de los dioses, puedan, discurrendo por la inmensa extensión del tiempo, menospreciar las poderosas fuerzas de la eternidad.

Además, ¿a quién no se le encoge el ánimo por el temor a los dioses, o no se le contraen los miembros por el pavor cuando la tierra, abrasada por el terrible golpe del rayo, se estremece y los zumbidos recorren el inmenso cielo? ¿Acaso no tiemblan pueblos y gentes, y los orgullosos reyes encogen sus miembros impresionados por el temor a los dioses, no vaya a suceder que por algún crimen vergonzoso o por alguna frase altanera les haya llegado el momento penoso del castigo? Asimismo, cuando la fuerza imperiosa del viento, desencadenado sobre el mar, barre sobre las olas al comandante de la flota junto con las potentes legiones y con los elefantes, ¿no se acoge con votos al favor de los dioses y, asustado, trata de conseguir con la plegaria la tregua de los vientos y la brisa favorable; aunque inútilmente, porque a menudo, arrebatado en violento torbellino, no menos se ve empujado al abismo de la muerte? Tan cierto es que una fuerza secreta tritura el destino humano y parece pisotear las nobles haces y las temibles segures.

En fin, cuando la tierra entera oscila bajo los pies y ciudades sacudidas se desploman, o, inseguras, amenazan caer, ¿de qué sorprendernos si la estirpe humana se desprea a sí misma y deja lugar en sus asuntos a los grandes poderes y a la admirable fuerza de los dioses que gobierna el universo?

Origen de los metales. Las armas

Por lo demás, fueron descubiertos el bronce, el oro y el hierro y, al propio tiempo, el peso de la plata y el poder del plomo, cuando el fuego había abrasado con su llama ingentes selvas sobre las grandes montañas, ora porque

- 1245 había caído el rayo del cielo, ora porque los hombres al entablar la guerra unos con otros en medio de la selva habían lanzado contra los enemigos fuego para asustarles, ora porque, atraídos por la riqueza del suelo, querían roturar campos fértiles y convertirlos en pastos, o bien dar muerte a las fieras y enriquecerse con los despojos³⁵⁶.
- 1250 En verdad, cazar mediante fosos y fuego se utilizó antes que rodear con trampas un soto y desalojarlo con la jauría. Con todo, cualquiera que fuese la causa por la cual el ardor de la llama hubiera devorado con horrible crujido la floresta desde su profunda raíz y calcinado la tierra
- 1255 con el fuego, filtraba por sus venas hirvientes un riachuelo de plata y oro, como también de bronce y plomo, que confluía en las cavidades de la tierra³⁵⁷. Cuando más tarde los hombres veían que estos metales, solidificados, brillaban en el suelo con fúlgido color, los extraían de allí,
- 1260 prendados de su nítida y tersa hermosura, apreciando que estaban formados con una estructura similar a la impronta que dejaba en ellos la cavidad de cada uno. Entonces les venía la idea de que estos metales fundidos por el calor podían adaptarse a cualquier forma e imagen de los objetos y que, forjándolos, podían convertirse en puntas
- 1265 de espada tan agudas y finas como uno deseara, a fin de preparar armas para sí, poder también cortar la floresta, labrar la madera, pulir pequeñas vigas y asimismo talarlas, agujerearlas y abrirlas de parte a parte. Tales usos se aprestaban a realizarlos primeramente tanto con la
- 1270 plata y el oro como con el fuerte ímpetu del resistente bronce, pero en vano, puesto que su temple cedía doblegado, no pudiendo resistir por igual el rudo esfuerzo. De hecho, fue más apreciado el bronce, y el oro yacía abandonado al resultar inútil por embotarse en su débil punta.
- 1275 Ahora, en cambio, yace por los suelos el bronce y el oro ha escalado el rango supremo. Así, el decurso del tiem-

³⁵⁶ A partir de este pasaje, Lucrecio refuta, al menos implícitamente, las leyendas mitológicas que atribuyen las diversas invenciones de los metales y de las artes a ciertas divinidades. Séneca, abundando en ello, afirma en *Ep.*, 79, 12: «Disiento de Posidonio en que hayan sido los sabios los que han descubierto los metales del hierro y del bronce...; a éstos los han descubierto quienes los cultivan.»

³⁵⁷ Quizá la teoría expuesta aquí esté inspirada en Posidonio, a juzgar por el testimonio de Estrabón, lib. 3, 9.

1280 po transforma las condiciones de las cosas: lo que fue apreciado a la postre queda desprovisto de valor; a su vez otra cosa le sustituye que escapa del menosprecio y es apetecida cada día más, descubierta florece con elogios y alcanza sorprendente honor entre los mortales.

Ahora, de qué manera ha sido descubierta la virtud del hierro³⁵⁸, te es fácil, Memnio, conocerlo por ti mismo. Las armas antiguas fueron las manos, las uñas, los dientes, las piedras y también las ramas arrancadas de la selva; asimismo, la llama y el fuego tan pronto fueron conocidos. Más tarde, fue descubierta la fuerza del hierro y del bronce; el uso del bronce fue conocido antes que el del hierro³⁵⁹, porque su temple era más flexible y abundaba más. Con el bronce los hombres cultivaban la tierra, 1290 con el bronce se lanzaban a la refriega del combate, ocasionaban graves heridas y arrebatában los rebaños y los campos. En verdad, ante aquellos hombres armados cedía todo cuanto estaba desnudo e indefenso. Luego, insensiblemente apareció la espada de hierro y se convirtió 1295 en descrédito la figura de la hoz de bronce; con el hierro se comenzó a roturar el suelo de la tierra, quedando nivelada la suerte incierta de la guerra.

Empleo de los animales en la guerra

1300 Montarse armado sobre el dorso del caballo, dirigir a éste con el freno y combatir con la diestra fue antes que arrostrar los peligros de la guerra en una cuádriga, y se uncieron dos caballos antes de uncir dos parejas y de montar armados en carros provistos de falces³⁶⁰. Después, a los bueyes lucanos³⁶¹, con el cuerpo torreado, monstruo-

³⁵⁸ La consideración del hierro conduce por una transición natural al tema de la guerra, pues se trata del metal, instrumento guerrero por excelencia.

³⁵⁹ Afirmación inspirada en Hesíodo, *Trab. y días*, 150-151.

³⁶⁰ Cf. lib. 3, 642, nota 178.

³⁶¹ Así llamaron los romanos a los elefantes, puesto que los vieron por primera vez en Lucania en la primera guerra contra Pirro (280-272 a.C.): cf. Varrón, *Ling. Lat.*, 7, 39. A los elefantes se les dice «de cuerpo torreado» porque en su espinazo se colocaba un habitáculo a modo de torrecilla, desde el cual los guías podían combatir a cubierto.

1305 sos, con trompa a modo de serpiente, les enseñaron los cartagineses a soportar las heridas de la guerra y a sembrar la confusión en las grandes hordas de Marte. Así, la funesta discordia produjo uno después de otro los instrumentos para causar terror a los pueblos en armas, e incrementó cada día más los horrores de la guerra.

1310 Probaron también a los toros para el servicio de la guerra e intentaron lanzar contra los enemigos crueles jabalíes. Algunos lanzaron delante de sí leones vigorosos con sus domadores, maestros impetuosos, capaces de frenarlos y sujetarlos con cadenas; mas en vano, ya que enfurecidos por la promiscua mortandad, sembraban cruelmente el desorden, sin distinguir en nada unos escuadrones

1315 de otros, agitando por todos lados sus horribles melenas, sin que los jinetes pudieran amansar el ánimo de los caballos, sobresaltados por los rugidos, ni con el freno dirigirlos contra los enemigos.

Las leonas enfurecidas se lanzaban dando salto por todas partes: atacaban de frente a los soldados que salían a su

1320 encuentro y a los que sorprendían por la espalda les arrancaban de sus caballos y, estrechándoles fuertemente les arrojaban al suelo vencidos por la herida, en tanto sujetaban sus cuerpos con fuertes mordiscos y sus retorcidas garras. Los toros acosaban a sus propios dueños y los trituraban con las pezuñas, perforaban con los cuernos

1325 los costados y el vientre de los caballos y con ánimo amenazante los derribaban a tierra. Los jabalíes con sus vigorosos colmillos herían a sus aliados, empapando, enfurecidos, con su sangre, los dardos que se estrellaban en su cuerpo y provocaban un confuso estrago de jinetes e

1330 infantes. En verdad, las acémilas trataban de evitar los feroces mordiscos echándose de lado o bien, empinándose, daban coces al viento, pero en vano, porque se las veía sucumbir, cortados sus jarretes, y cubrir la tierra con pesada caída.

Si a algunas fieras creían tenerlas antes, en el tiempo

1335 de paz, bastante domesticadas, las veían ahora enfurecidas en medio de la acción guerrera a causa de las heridas, del griterío, de la huida, del terror, del tumulto, y no podían hacer volver a ninguna al rebaño; en verdad todas las varias especies de fieras se desbandaban, como ahora

1340 se dispersan a menudo los bueyes lucanos al ser horriblemente heridos por el hierro, tras haber causado múltiples y horribles daños a sus amos.

Es posible que así obrasen los hombres. Pero con dificultad me inclino a creer que no hayan sabido presentir y prever en su espíritu que iba a suceder aquello antes de que se convirtiese en mal funesto para todos; podemos
 1345 más bien afirmar que tal acontece en el universo, en los distintos mundos, diversamente creados, que en un determinado y único mundo terrestre cualquiera que fuere. Mas, quisieron actuar así no tanto por la esperanza de la victoria cuanto para procurar a los enemigos un motivo de llanto, aunque ellos mismos pereciesen, ya que desconfiaban en su número y estaban desprovistos de armas³⁶².

El vestido y el cultivo del campo.

1350 El vestido enlazado fue antes que el paño tejido. El tejido surgió después del hierro, ya que el telar se elabora con el hierro, ni pueden de otra suerte forjarse enjulios, husos, lanzaderas y rodillos sonoros. Para tejer la lana, la

1355 naturaleza impulsó al varón antes que al sexo femenino, ya que sobresale en habilidad y es mucho más ingenioso en general el sexo masculino; hasta que los severos agricultores achacaron tal labor a los hombres como defecto, a fin de que decidiesen poner en manos de las mujeres este oficio y así ellos, al mismo tiempo que los otros, soportasen la dura fatiga y en el duro trabajo endureciesen sus miembros y sus manos.

1360 Mas, el modelo de la plantación y el origen del injerto lo suministró la propia naturaleza, creadora de todas las cosas, porque las bayas y las bellotas caídas de los árboles ofrecían en el momento propicio enjambres de renuevos
 1365 al pie de los troncos; por lo cual se decidió también in-

³⁶² El grupo de los vv. 1341-1349 es de dudosa autenticidad, muy discutidos, excluidos en todo o en parte (ora 1341-1346, ora 1344-1346) al ser considerados una reflexión escéptica de algún lector que los interpoló, o una nota marginal tardía del poeta o de Cicerón, el editor del poema. Los conservamos, pero no invertimos el orden de los vv. 1342 y 1343 como lo hizo Lachmann y luego Bailey en pos de él.

jertar retoños en las ramas y plantar en la tierra nuevos vástagos a lo largo del campo. Luego, iban ensayando unos y otros cultivos en su dulce campillo y observaban que los frutos silvestres se dulcificaban en la tierra mediante
 1370 la solicitud y el suave cuidado. Cada día más, obligaban a los bosques a retroceder y dejar los lugares más bajos para los cultivos a fin de poseer prados, estanques, riachuelos, mieses y viñedos fértiles en las colinas y en la llanura y que la franja azulada de los olivos, destacando,
 1375 pudiera evolucionar esparcida a través de los oteros, los hondos valles y la llanura, como ves ahora que resalta con variado encanto la campiña toda que los agricultores embellecen plantando en medio dulces pomares y teniéndola rodeada de fértil arboleda.

Origen de la música y decadencia moral

Mas imitar con la boca las límpidas voces de los pájaros estuvo en uso mucho antes de que los hombres supiesen modular con el canto armoniosos poemas y alegrar sus oídos. Los silbidos del céfiro enseñaron, por vez primera, a los campesinos, mediante las cóncavas cañas, a soplar en los huecos caramillos. Después, poco a poco,
 1380 aprendieron los dulces lamentos que profirió la flauta pulsada por los dedos de su tañedor, así que fue descubierta entre bosques inaccesibles, selvas y desfiladeros, en los lugares solitarios de los pastores y en su divina quietud.
 1385

Es así como el tiempo hace poco a poco accesible a todos cada hallazgo y la razón lo eleva a las regiones de la luz³⁶³.

1390 Estos sonos halagaban y regocijaban a aquellos en medio de la saciedad, ya que así todo resulta grato. A menudo, pues, tendidos familiarmente sobre el dulce césped, junto a la corriente del arroyo, bajo la sombra de un frondoso árbol, con poco dispendio daban placer a su cuerpo,

³⁶³ Los vv. 1388-1389, repetidos luego en 1454-1455, han sido suprimidos aquí por varios editores. Aun cuando después se ajustan mejor al contexto, no parecen ahora fuera de lugar como lo indican Bailey y Fellin-Barigazzi. Tampoco podemos olvidar que las repeticiones son frecuentes en el poema.

1395 sobre todo cuando sonreía el buen tiempo y la estación
 primaveral esmaltaba de flores la verdeante hierba³⁶⁴.
 Entonces se acostumbraban las bromas, entonces el
 charloteo, entonces las dulces risotadas. Porque reinaba
 entonces la musa campestre; entonces la alegría bullicio-
 sa impulsaba a ceñirse la cabeza y la espalda con guirnal-
 1400 das entretejidas de flores y de follaje, y a danzar sin ritmo
 moviendo el cuerpo con rudeza y con rudo pie golpear
 la tierra madre; por donde surgían las risas y las dulces
 carcajadas, dado que entonces todos estos actos resulta-
 1405 ban más nuevos y maravillosos. También el que estaba
 en vela encontraba consuelo para su insomnio en regular
 la voz con muchos tonos, en modular el canto y en reco-
 rrer con el labio encorvado por arriba la caña de la flau-
 ta; por lo cual, también ahora, los vigilantes conservan es-
 tas tradiciones antiguas y han aprendido a mantener las
 diversas especies de ritmos, sin que experimenten en ese
 1410 momento un disfrute de felicidad superior al que experi-
 mentaba la raza de los terrígenos que vivían en la selva.

En efecto, aquello que está a nuestro alcance, si antes
 no hemos conocido nada más agradable, nos complace so-
 bremanera y nos parece de gran precio, mas casi siempre
 1415 un objeto mejor, descubierto más tarde, lo anula y cam-
 bia nuestro sentir respecto de todo lo anterior³⁶⁵. Así se
 inició la aversión por las bellotas, así fueron abandonadas
 aquellas guaridas cubiertas de hierbas y adornadas de
 follaje. Igualmente, cayó en el desprecio el vestido de piel
 ferina, el cual, no obstante, pienso que fue descubierto
 1420 con tal odiosidad que el primero que se lo puso encontró
 la muerte, víctima de las acechanzas y, con todo, despe-
 dazado por aquellos hombres en medio de abundante san-
 gre, se perdió y no pudo satisfacer la utilidad de nadie.

Así, pues, antes las pieles, ahora el oro y la púrpura

³⁶⁴ Los vv. 1392-1396 repiten con pocas variaciones los vv. 29-33 del proemio al canto segundo, donde se teje el elogio de la sabiduría epicúrea.

³⁶⁵ Como en el pasaje de este mismo libro, vv. 925-1010, nos enseña aquí el poeta que cada progreso suscita nuevas necesidades y nos aleja de la feliz sencillez de la naturaleza. En realidad, es preferible no tener que sufrir un mal que vernos obligados a buscar un remedio. Bienvenidos sean los inventos para evitar la degradación del medio ambiente, cada vez más hostil, pero no para satisfacer los excesos del lujo que nos hemos impuesto.

- ocupan con sus afanes la vida de los hombres y les consumen con la guerra, por lo cual la culpa mayor reside en nosotros. En verdad, a los hijos de la tierra que estaban desnudos y sin pieles les atormentaba el frío; en cambio, a nosotros en nada nos perjudica carecer de un vestido de púrpura, pespuntado con oro y grandes bordados, mientras tengamos un vestido plebeyo que pueda defendernos del frío³⁶⁶.
- 1430 Por consiguiente, el género humano se esfuerza siempre sin fruto e inútilmente y agota su vida en vanos cuidados, sin duda porque desconoce cuál es el límite de sus posesiones y hasta dónde, de modo general, se extiende su verdadero placer³⁶⁷. Tal ignorancia ha empujado su vida mar adentro y ha provocado hasta el fondo las violentas tempestades de la guerra.

Retorno periódico de las estaciones

Mas las antorchas del mundo, el sol y la luna revistan-do con su luz la inmensa bóveda giratoria del cielo, han enseñado a los mortales que las estaciones del año vuelven periódicamente y que la alternancia se produce con una regularidad y un orden precisos.

Origen de la escritura y de la poesía

- 1440 En adelante vivían encerrados en sólidas torres y cultivaban una tierra repartida y delimitada; entonces el mar estaba esmaltado de (navíos)³⁶⁸ que lo surcaban a toda vela, y, pactadas ya las alianzas, tenían los humanos sus auxiliares y socios, cuando los poetas comenzaron a cele-

³⁶⁶ Para los vv. 1428-1429, cf. 2, 35-36, incluidos en el proemio aludido en la nota 364. Horacio ha expresado la misma idea en términos similares: *Sat.*, 1, 3, 14.

³⁶⁷ Cf. Epicuro, *Máx. cap.*, 15.

³⁶⁸ El v. 1442 está corrupto. La lectura de los codd. *propter odores* no tiene conexión con el contexto. La mayoría de los críticos piensan en una palabra como *navibus* para unirla con *velivolis* = «a toda vela», según el testimonio de Servio, *Virg. En.*, 8, 804.

1445 brar las gestas en sus versos; tampoco mucho antes fueron descubiertas las letras del alfabeto. Por lo cual, nuestra época no puede percibir lo que se ha realizado en el pasado, si no es a través de los vestigios que le descubre la razón.

Conclusión acerca del progreso humano

1450 Navegación, cultivos del campo, murallas, leyes, armamento, caminos, vestidos y otras ventajas de esta especie, así como todos los goces de la vida sin excepción, poemas, pinturas y esculturas artísticamente elaboradas, las enseñó poco a poco la utilidad y la experiencia propias del ingenio que progresa con precaución. Es así como el tiempo hace poco a poco accesible a todos cada hallazgo,
1455 y la razón lo eleva a las regiones de la luz. En efecto, apreciaban con su inteligencia que una cosa se clarificaba por otra, hasta que con su técnica alcanzaron la cúspide suprema.

Proemio. Elogio de Atenas y de Epicuro

Atenas, de nombre ilustre³⁶⁹, en tiempo pasado distribuyó la primera los frutos de las mieses a los angustiados mortales, renovó la vida, promulgó las leyes y deparó la
5 primera dulces consuelos a nuestra existencia cuando engendró a un hombre³⁷⁰ dotado de tan gran inteligencia que de sus labios veraces brotó hace ya tiempo toda enseñanza; y por sus divinos hallazgos, su gloria, divulgada desde antigüedad, aun después de muerto, se eleva ahora hasta el cielo.

En verdad, cuando él vio que todo cuanto la necesidad
10 exige para el sustento de los mortales estaba asegurado y que, en cuanto era posible, su vida discurría tranquila; que hombres poderosos por el honor y el prestigio abundaban en riquezas y se enorgullecían por el buen nombre de sus hijos, y que, no obstante, cada cual sentía en su intimidad no menos angustia y, contrariado su espíritu³⁷¹,
15 atormentaba su existencia sin darse tregua, viéndose constreñido a irritarse con amargos lamentos, comprendió que

³⁶⁹ Al elogio de Atenas ya clásico tanto entre los griegos: cf. el *discurso panegírico* de Isócrates, como entre los latinos: cf. Cicerón, *Pro Flacco*, 26, 62, recordando los beneficios de Triptólemo y Solón, *une aquí Lucrecio un elogio a Epicuro*, similar al del libro precedente.

³⁷⁰ En realidad Epicuro había nacido en Samos (341 a.C.), de padres atenienses, llegó a Atenas a mediados del 323 para cumplir con sus deberes cívicos, siendo inscrito como ciudadano con plenos derechos, y en Atenas residió desde entonces casi ininterrumpidamente.

³⁷¹ El elogio a Epicuro en este lugar consiste en afirmar que los logros de la humanidad, las riquezas y los honores no son nada en comparación con el fin esencial del progreso moral: la paz del alma limitando los deseos del espíritu y liberándolo de vanos temores.

allí el mal lo causaba el propio vaso³⁷² y que por culpa del mismo se corrompía en su interior todo cuanto recogido desde fuera, incluidos los bienes, se derramaba en él, en parte porque los veía caduco y perforado, de modo
 20 que no podía ser llenado jamás por medio alguno; en parte porque se daba cuenta que corrompía, por así decir, dentro de sí, con su repugnante sabor, todo cuanto había recibido de fuera.

Así, pues, con enseñanzas verdaderas purificó los es-
 25 píritus y puso un límite al deseo y al temor, explicando cuál es el sumo bien al que todos tendemos e indicando el camino por el cual, a través de corto sendero, pudiéramos dirigirnos a él³⁷³ en recorrido directo, y cuánto mal
 30 se halla esparcido en la vida de los mortales que de diversas formas se produce y se agita en torno a ellos, ora por un accidente fortuito, ora por una fuerza natural porque así lo ha dispuesto la propia naturaleza, y por qué
 35 vías conviene resistir a cada uno³⁷⁴, y demostrando que con frecuencia el linaje humano revuelve sin causa en su ánimo amargas olas de preocupaciones. Pues, como los niños tiemblan y se asustan de todo en medio de oscuras tinieblas, así nosotros tememos a veces en medio de la
 luz peligros que no debieran asustarnos más que aquellos que temen los niños entre tinieblas e imaginan que les van a suceder. Por lo tanto, es preciso que este terror y
 40 estas tinieblas del espíritu los disipen no los rayos del sol, ni los dardos luminosos del día, sino la contemplación

³⁷² La comparación se encuentra ya en Platón, *Protágoras*, 314 a-b: la ciencia sólo puede llevarse en el vaso del alma. Usener (cf. *Epicur.*, 263, 10) supone que la empleó el mismo Epicuro, y, en razón del giro cínico que toma en Epicteto, que provendría originariamente de Bión de Borístenes. Horacio la emplea también: *Ep.*, 1, 2, 54. En este lugar, v. 17, el vaso no se refiere al cuerpo receptáculo del alma, como en 3, 440 y 555, sino a la propia alma que recibe cuanto le viene de fuera.

³⁷³ Como lo explica Cicerón, *De fin.*, 1, 18, 57, el bien soberano para Epicuro está en la ausencia de todo dolor y en gozar de los máximos placeres del cuerpo y del espíritu, siendo la prudencia el principio de todo ello. «Las virtudes, en efecto, se confunden naturalmente con la felicidad y ésta a su vez es inseparable de las virtudes» (*Ep. Menc.*, 132).

³⁷⁴ Metáfora militar: la vida humana es como una ciudad asediada y Epicuro como un caudillo enseña a los soldados las puertas más apropiadas para hacer salidas contra el enemigo: cf. Plauto, *Baq.*, 711.

consciente de la naturaleza³⁷⁵. Tanto más, por ello, me aprestaré a exponerte detalladamente mi propósito.

Argumento del libro sexto

Y puesto que te he enseñado que la bóveda del mundo es precedera, que el cielo está formado de un cuerpo so-
 45 metido al nacimiento, y cuantos fenómenos se producen y es necesario que se produzcan en él te los he explicado en su mayor parte, escucha asimismo lo que resta; puesto que (me he atrevido) de una vez a subir al brillante carro (te explicaré cómo) surge (la furia)³⁷⁶ de los vientos y cómo se aplaca, cómo lo que antes estaba agitado, a su
 50 vez, se ha cambiado al apaciguarse la furia; te explicaré los demás fenómenos que los mortales ven producirse en la tierra y en el cielo —cuando frecuentemente están en vilo con el corazón atemorizado— que vuelven sus ánimos sumisos por el temor a los dioses y, abatidos, los hunden hasta el suelo puesto que la ignorancia de sus causas
 55 les impulsa a atribuir estos hechos al poder de los dioses y a otorgarle la realeza del universo. De tales hechos no pueden en modo alguno descubrir las causas y piensan que se realizan por voluntad divina³⁷⁷.

En efecto, quienes tienen bien aprendido que los dioses transcurren una vida libre de cuidados, no obstante,
 60 si algunas veces se preguntan admirados cómo cada cosa pueda originarse, sobre todo respecto de aquellos cuerpos que contemplan por encima de sus cabezas en las regiones del éter, retornan de nuevo a sus antiguas supersticiones y aceptan unos señores crueles que, en su desgracia, consideran omnipotentes, ya que desconocen qué

³⁷⁵ Cf. notas 10, 51 y 148 referidas a los pasajes en que se repiten total o parcialmente los vv. 35-41 de este libro.

³⁷⁶ Después del v. 47 se han perdido uno o más versos. Debía existir una alusión a la fuerza de los vientos. Por la traducción entre paréntesis puede apreciarse cuál es nuestra interpretación que damos de este pasaje mutilado de conformidad con los buenos críticos, en concreto Bailey y Fellin-Barigazzi.

³⁷⁷ Los vv. 56-57 repiten 1, 153-154 y 6, 90-91. Muchos editores los suprimen en este lugar, pero no es ilógico mantenerlos supuestas las frecuentes repeticiones y su adecuación al contexto.

65 es lo que puede y qué es lo que no puede existir, por qué leyes, en suma, queda determinado el poder de cada cosa y sus límites inmutablemente fijos. Tanto más, por ello, andan extraviados a impulsos de un falso razonamiento.

Y si tales imaginaciones no las rechazas de tu espíritu y expulsas lejos unos pensamientos indignos de los dioses y ajenos a su paz, su majestad sagrada profanada por tí te dañará sin cesar; no porque pueda ser ultrajado el supremo poderío de los dioses de modo que, movidos por la ira, se decidan a aplicar crueles castigos, sino porque tú mismo supondrás que, estando tranquilos en apacible reposo³⁷⁸, revuelven las impetuosas olas de su resentimiento; ni te acercarás con ánimo sosegado a los santuarios de los dioses, ni podrás recibir con tranquila paz de espíritu los simulacros que, desprendidos de su sagrado cuerpo, llegan a las mentes de los hombres cual mensajeros de la hermosura divina³⁷⁹. De ahí puede colegirse ya qué clase de vida debe seguir.

80 Mas, para que tal desventura la aparte lejos de nosotros la doctrina más genuina, aunque numerosas enseñanzas las he impartido ya, me quedan, no obstante, numerosas por impartir que deben ser embellecidas con armoniosos versos; hemos de ofrecer la exposición del cielo y de la tierra, cantar las tempestades y los deslumbrantes rayos, qué efectos producen y qué causa los provoca, para que, después de haber distribuido el cielo en partes, desatinado no te atolondres en indagar de dónde ha llegado el fuego volátil³⁸⁰ o hacia qué lado se ha vuelto desde aquí, cómo ha penetrado en los setos y, tras haber señoñado, ha salido de allí: de tales hechos no pueden por medio alguno descubrir las causas y piensan que se producen por voluntad divina.

Tú, mientras corro hacia el blanco trazado de la meta

³⁷⁸ Cf. Libs. 1, 45; 2, 647; 3, 18, y 5, 168 a propósito de la paz y quietud serena de los dioses. Véase la nota 4.

³⁷⁹ Es la doctrina expuesta en 5, 1169-1171 y 1203. Véase al respecto la nota 355.

³⁸⁰ Tal división del cielo en cuatro partes, según los augures romanos y en dieciséis, según los etruscos, mostraba de dónde procedían los rayos y hacia dónde se retiraban: cf. Cic., *De divin.*, 2, 18, 42.

definitiva, enséñame el camino³⁸¹, Calíope, musa habili-
 95 dosa, descanso de los hombres y placer de los dioses, a
 fin de que, bajo tu guía alcance con insigne merecimiento
 la corona.

Causas del trueno

En primer lugar, el trueno sacude la región azul del cie-
 lo porque las nubes etéreas, al volar hacia lo alto, chocan
 entre sí cuando los vientos pugnan unos contra otros. En
 efecto, no procede el sonido del espacio sereno del cielo,
 100 sino que en aquella zona en que las nubes se hallan en
 más apiñado tropel, tanto más de esa parte se escucha a
 menudo un estruendo acompañado de gran conmoción³⁸².
 Además, ni las nubes pueden estar formadas de una substancia
 tan compacta como las piedras y la madera, ni al
 105 contrario, tan fluida como la niebla y el humo volátil; por-
 que o bien deberían caer impelidas por su sólido peso
 como las piedras, o no podrían subsistir cohesionadas
 como el humo, ni encerrar dentro de sí las frías nieves y
 el chaparrón del granizo. Asimismo, producen un ruido
 por encima de la vasta superficie del cielo como en oca-
 siones el entoldado que se extiende sobre los grandes tea-
 110 tros, sacudido de un lado para otro, produce un chasquido
 entre el mástil y las vigas, y a veces rasgado se enfurece
 por causa del viento impetuoso y remeda el frágil ruido
 del papiro.

En verdad, esa clase de ruido se puede reconocer tam-
 bién en el trueno, o cuando al vestido colgado, o al papiro
 115 que vuela, los vientos le hostigan con sus ráfagas y le gol-
 pean en el aire. Porque acontece también algunas veces
 que las nubes no tanto pueden chocar de frente, como dar-
 se de costado, rayendo lentamente su contextura con el
 movimiento contrario; de ahí surge el ruido seco que ras-
 120 pa los oídos y se prolonga largo tiempo hasta que las nu-
 bes han salido de las zonas estrechas.

³⁸¹ Metáfora tomada de las carreras de caballos. El punto de llegada (la meta) solía señalarse en los antiguos hipódromos con una raya blanca de cal.

³⁸² La *Ep. Pit.*, aun no siendo de Epicuro, refleja la parte meteorológica de su Física. En este caso, respecto de las causas del trueno, cf. n. 100.

Así, también el mundo entero parece a menudo temblar sacudido por el horrible trueno, y al punto estallan despedazadas las grandiosas barreras del ancho mundo, cuando una borrasca de viento impetuoso, condensada súbitamente, se lanza en espiral sobre las nubes y, encerrada allí mismo, fuerza en vertiginoso torbellino, cada vez más por todos lados, a que la nube se ahueque por el medio espesando el cuerpo circundante; luego cuando la fuerza y el ímpetu fogoso del huracán la debilita, entonces, al ser desgarrada, produce un crujido de un ruido aterrador. Y no es de extrañar, puesto que una pequeña vejiga, llena de aire³⁸³, de forma similar produce a menudo un pequeño crujido al ser reventada de golpe.

Existe otra razón para que se produzcan ruidos cuando los vientos soplan a través de los nublados. En efecto, vemos a menudo nubarrones semejantes a ramas de muchas clases y rugosos que se mueven por el cielo; por supuesto como cuando el viento del noroeste sopla con violencia en un espeso bosque, las hojas producen un ruido y las ramas un estruendo. Sucede también que a veces la fuerza desencadenada de un viento impetuoso desgarré la nube destruyéndola de golpe frontal. Porque, cuánta sea la potencia allá arriba del soplo del viento nos lo enseña la experiencia aquí en la tierra, donde aquél es más suave, cuando, no obstante, arrebatándolos en su torbellino arranca desde su profunda raíz elevados árboles. Se encuentran también olas a través de los nublados que, al romperse, producen una especie de zumbido, cual acontece, asimismo, en los caudalosos ríos y en el ancho mar cuando se quiebra su agitado oleaje.

Sucede otro tanto cuando la violencia ardiente del rayo se lanza de una nube a otra; si, casualmente, la nube acoge al fuego, estando repleta de agua, le destroza en medio de un fuerte clamor; tal el hierro candente, salido de la fragua encendida, rechina cuando lo hemos sumergido a toda prisa en agua fría. Pero, si una nube más seca recibe el fuego, arde con enorme estrépito, abrasada repentinamente; como si una llama se esparciera impulsada por el

³⁸³ La comparación se encuentra asimismo en Séneca, *Nat. Quaest.*, 2, 27, 3, en un análisis del fenómeno atribuido a Posidonio.

torbellino de los vientos, a través de montañas coronadas de laurel, abrasándolos con gran violencia; pues ninguna
 155 otra substancia mejor que el laurel délfico de Febo³⁸⁴ arde con terrible sonido al crepitar la llama.

En fin, a menudo el vasto fraccionamiento de los témpanos y la caída del granizo provoca un ruido a la altura de las elevadas nubes. En verdad, cuando el viento las ha hacinado en espacio reducido se quiebran los montes cuajados de aguacero, mezclado con granizo.

Causas del relámpago

160 Asimismo, relampagues cuando las nubes han expulsado de sí en su choque muchos átomos de fuego cual si a una piedra la sacude otra piedra o el fuego³⁸⁵; porque también entonces surge la luz y difunde brillantes chispas de fuego. Pero, acontece que percibimos con el oído el trueno
 165 no después que los ojos contemplan el relámpago, porque siempre el sonido llega al oído más tarde que la imagen que impresiona la vista. Este fenómeno podrás comprobarlo por lo siguiente: si ves en lontananza a un leñador que corta con un hacha de doble filo el tronco arrancado de un árbol, acontece que ves los golpes antes
 170 que la sacudida provoque el sonido que captan tus oídos. Igualmente, vemos el relámpago antes de oír el trueno que irrumpe al mismo tiempo que la llama por causa semejante, nacido del mismo choque.

También de este modo las nubes impregnan con su efímera luz el espacio, y la tempestad relampaguea con vibrante celeridad. Cuando el viento ha invadido la nube y
 175 dando vueltas allí mismo, logra, como antes te he mostrado, que la nube ahuecada en medio se condense más,

³⁸⁴ El laurel, como es sabido, estaba consagrado a Apolo. Cf. 1, 739 y 5, 112, que se refieren al vaticinio de la Pitia o sacerdotisa de Apolo. El modo de realizarlo se describe en la nota 292.

³⁸⁵ Lucrecio señala como causas del relámpago: las nubes que al encontrarse despiden semillas de fuego, o el calentamiento del viento que penetra en la nube y la rasga lanzando átomos de llama, o las semillas ígneas encerradas en la nube y empujadas fuera por el viento: cf., al respecto, *Ep. Pit.*, 101. En realidad, Epicuro toma de Demócrito las explicaciones que da.

por su misma velocidad comienza a calentarse; como ves que todos los cuerpos, caldeándose mucho con el movimiento, llegan a arder, y una bala de plomo girando sobre sí misma, en su largo recorrido, hasta se funde. Así, 180 pues, cuando este viento ardoroso ha desgarrado la negra nube, expulsa de ella, como arrancándolos velozmente por la fuerza, los átomos de calor que constituyen el fulgor zigzagueante del relámpago; después sigue el sonido que impresiona los oídos más lento que la imagen que alcanza a la visión de nuestros ojos³⁸⁶.

185 Es evidente que este fenómeno se realiza con nubes espesas y al mismo tiempo amontonadas unas sobre otras en la altura con sorprendente impulso; no te sea causa de engaño el que desde aquí abajo vemos lo muy extensas que son, más que lo muy espesadas que están en lo alto. Fíjate, en efecto, cada vez que los vientos arrastran 190 nubes semejantes a montañas a través del aire o cuando las ves delante de grandes montes, acumuladas unas sobre otras oprimirse desde arriba montando la guardia, mientras los vientos están por doquier sepultados en el 195 sueño. Entonces podrás apreciar su inmensa mole y descubrir grutas formadas como de rocas suspendidas, a éstas cuando los vientos las han inundado al estallar la tempestad, se enfurecen con gran estrépito viéndose encerrados por las nubes, y en tales jaulas amenazan como fiestas³⁸⁷; ora de un lado, ora de otro, lanzan bramidos a través de las 200 nubes y buscando una salida dan vueltas en derredor, arrebatando a las nubes átomos de fuego, y de esta suerte los concentran en gran número y mueven en espiral la llama en el interior de los cóncavos hornos, hasta que, rasgada la nube, relampaguean brillantes.

Por este motivo, acontece, además, que descienda volando sobre la tierra el rápido brillo de oro del fluido fuego, por cuanto es preciso que las propias nubes encierren 205

³⁸⁶ Idea ya adelantada en los vv. 165-166 y en términos muy similares. Sobre este punto, cf. *Ep. Pit.*, 102: no sólo el sonido camina más lento que la imagen óptica, además cuando el sopro del viento penetra en la nube hace salir átomos capaces de producir el relámpago, después al rodar dentro de ella origina el trueno.

³⁸⁷ El parentesco con Virg., *En.*, 1, 55-56 parece claro; una vez más el Manruano habría imitado a Lucrecio.

gran número de semillas de fuego; en verdad, cuando se hallan desprovistas de toda humedad, casi siempre el color de ellas es flámeo y resplandeciente. Porque, sin duda, deben absorber en sí muchos elementos de la luz del sol para estar con razón enrojecidas y difundir los fuegos. Así, pues, cuando el viento que las empuja, las ha encerrado y estrechado en un solo lugar haciéndolas compactas, derraman las semillas que, arrancadas por la fuerza, hacen fulgurar los colores de la llama³⁸⁸.

Relampaguea, asimismo, cuando las nubes del cielo están espaciadas. Porque una vez que el viento las disemina levemente en su camino y deshace, es necesario que caigan violentados aquellos gérmenes que producen el relámpago. Entonces relampaguea sin horrible espanto, ni truenos, ni perturbación alguna.

Naturaleza y formación del rayo

A continuación, de qué naturaleza sean los rayos lo indican los golpes, las señales impresas del fuego y las marcas que huelen al penetrante vapor del azufre³⁸⁹. En verdad, son estas señales del fuego, no del viento, ni de la lluvia. Además, incendian a menudo los techos de los edificios y con llama veloz imponen su dominio en las mismas casas. Este fuego, compruébalo, la naturaleza lo ha plasmado sutil más que a otros fuegos con átomos diminutos y veloces, al que nada en absoluto le puede resistir. En efecto, el potente rayo atraviesa los muros de las casas, como lo hacen los gritos y el sonido, traspasa las rocas y el metal, y en un momento derrite el bronce y el

³⁸⁸ «Lo que ha sido así encerrado en la nube sería para Anaxágoras el fuego de lo alto o como indica Aristóteles el fuego del éter que se ha precipitado hacia abajo; y el relámpago sería el resplandor a través de la nube, o percibido por contraste con la negrura de ésta» (Ernout-Robin, *op. cit.*, pág. 217).

³⁸⁹ Como la mayoría de los doxógrafos, Lucrecio distingue, aunque no con toda la precisión deseable, el relámpago (*fulgur*) del rayo (*fulmen*). La distinción, presentada con toda claridad, corresponde a Séneca en *Nat. Quaest.*, 2, 16: «El relámpago es un fuego difundido ampliamente, el rayo un fuego concentrado y lanzado con ímpetu.» Con toda brevedad dirá en esta misma obra, 2, 12, 1: «el relámpago muestra el fuego, el rayo lo lanza».

oro; logra asimismo que, sin detrimento del vaso, se evapore el vino, porque, sin duda, el calor que sobreviene dilata fácilmente todos los cuerpos circundantes, hace permeables las paredes del vaso, y al introducirse en él, disuelve rápidamente y dispersa los gérmenes del vino. Resultado que no parece que pueda conseguir a lo largo del tiempo el calor del sol aun siendo sumamente eficaz con su vibrante ardor. Tanto más veloz y contundente es la fuerza del rayo.

235 Ahora, cómo nacen los rayos y tienen tal violencia que pueden con su sacudida agrietar las torres, derribar las casas, arrancar estacas y vigas, remover y derrumbar los monumentos de los hombres, quitar la vida a los humanos, aniquilar por doquier los ganados y todos los restantes accidentes de esta especie, con qué fuerza los pueden producir, te lo explicaré sin entretenerme por más tiempo con promesas.

240 Debemos pensar que los rayos se originan de nubes densas y acumuladas en las alturas, porque no emanan de un cielo sereno, ni de nubes levemente compactas. Sin duda, nos lo muestran hechos manifiestos: entonces las nubes se espesan por todo el firmamento de modo que cabría pensar que de todos lados las tinieblas en su totalidad han abandonado el Aqueronte y han inundado la inmensa bóveda celeste. En tal medida al producirse la oscura noche de la tormenta nos amenazan los espectros del sombrío Espanto³⁹⁰ cuando el temporal se apresta a forjar los rayos.

255 Además con mucha frecuencia también una negra nube de agua, cual río de pez descendido del cielo, cae así, a lo lejos, toda llena de tinieblas, y arrastra consigo una sombría borrasca cargada de rayos y vientos huracanados, ella misma en gran manera repleta de fuegos y de vientos, de suerte que en la tierra los hombres se horrorizan y buscan cobijo. Así, pues, debemos pensar que está pendiente sobre nuestras cabezas la alta tempestad. Porque los nubarrones no cubrirían la tierra de tanta oscuridad, si no
265 estuvieran amontonados en la altura, en gran número

³⁹⁰ Con ligeros cambios, los vv. 251-254 repiten 4, 170-173. Como allí el Espanto está personificado: cf. nota 218.

unos sobre otros, de forma que oculten el sol; ni podrían éstos al llegar inundarla con tanta abundancia de lluvia que hicieran desbordar a los ríos y anegar los campos, si el éter no estuviese lleno de nubes acumuladas en lo alto. En esta zona, pues, todo está repleto de vientos y de fuegos; de ahí que por doquier se produzcan estrépitos y relámpagos.

En efecto, antes te he enseñado³⁹¹ que las cóncavas nubes encierran gran número de átomos de calor y es necesario que absorban muchos procedentes de los rayos del sol y de la llama de éstos. Por ello, cuando el mismo viento que casualmente amontona las nubes en un lugar cualquiera, ha extraído muchos elementos de calor y se ha mezclado él mismo con aquel fuego, un torbellino introducido allí, girando en reducido espacio, aguza el rayo en el interior de los ardientes hornos. Porque el torbellino se inflama de dos maneras: o bien se calienta por su propio movimiento, o bien por el contacto del fuego.

Después, cuando el viento se ha calentado mucho y el impulso poderoso del fuego se le ha comunicado, entonces el rayo, por así decir en plena madurez, rasga de repente la nube y su rápida llama se lanza a recorrer todos los espacios con su luz fulgurante. A éste le sigue de inmediato el terrible trueno, de suerte que tenemos la impresión de que la bóveda del cielo estallando de golpe cae desde lo alto sobre la tierra. A continuación, un temblor asalta violentamente las tierras y los zumbidos penetran hasta lo alto del cielo; porque entonces casi toda la masa de nubes sacudida se estremece y se produce el estruendo. A esta conmoción sigue la pesada y copiosa lluvia de tal suerte que parece que todo el cielo se transforma en lluvia y que, precipitándose, lleva así de nuevo el diluvio a la tierra: tanta cantidad de agua se difunde por el desgarramiento de la nube y por la furia del viento cuando estalla el trueno a causa del ardiente golpe.

Acontece también que la violencia del viento, impulsada desde el exterior, se precipita sobre una nube inflamada por el rayo, ya fraguado, y, cuando la ha dividido por

³⁹¹ En los vv. 206-218 particularmente. Para este pasaje, vv. 271-278, cf. *Ep. Pit.*, 104.

el medio, cae al instante el torbellino de fuego que en el lenguaje paterno llamamos rayo. El mismo fenómeno se produce en otras partes a donde le empuja su violencia.

300 Sucede, asimismo, que en ocasiones la fuerza del viento que se ha desencadenado sin contener fuego, no obstante, se inflama en su camino de largo recorrido y mientras llega a su término, pierde en su ruta ciertos elementos más grandes que no son capaces como los otros de introducirse en el aire; y otros elementos sutiles los recoge, arrebatándolos del mismo aire, que, mezclándose con él en su
305 vuelo, constituyen el fuego, no de manera muy diferente a como una bala de plomo se inflama³⁹² en el trayecto, cuando se desprende de muchos átomos de frío y absorbe en el aire el fuego.

Acontece también que la violencia del propio golpe
310 provoca el fuego, aun cuando la fuerza fría del viento que se ha desatado haya acometido sin llevar fuego, evidentemente, porque cuando ha sacudido con su violento golpe, pueden afluir del mismo viento átomos de calor y asimismo, de aquel objeto que entonces acusa el golpe; como al sacudir un guijarro con el hierro salta la chispa,
315 ni por más frío que sea el potente hierro son menos los átomos de la chispa caliente que acuden en virtud del golpe. Así, pues, todo cuerpo debe también ser inflamado por el rayo, si, por ventura, es enteramente apto para ser quemado. Ni puede fácilmente ser fría sin más la fuerza
320 del viento que con tanta violencia se ha precipitado desde lo alto; más aún, si antes no se inflama en el trayecto y arde, al menos debe llegar al término tibia y mezclada con el calor.

Velocidad y potencia del rayo

Mas, se origina la velocidad del rayo y su potente golpe; y casi siempre los rayos hacen el trayecto con rápido
325 recorrido, porque, sin duda, antes su fuerza impetuosa se

³⁹² Ejemplo éste expresado en términos similares en los vv. 178-179, si bien allí afirma que la bala de plomo se derrite y aquí dice que se inflama. Lo primero lo repite Virgilio, *En.*, 9, 588 y Séneca, *Nat. Quaest.*, 2, 57, 2.

concentra en las nubes y recibe un gran impulso para marchar, luego cuando la nube no puede contener el ímpetu creciente de él, la violencia se desencadena y vuela con admirable rapidez como los proyectiles lanzados por poderosas máquinas de guerra.

330 Añade a esto que está formado de elementos diminutos y lisos, y no es fácil que cuerpo alguno resista a tal naturaleza. Porque se introduce por las hendiduras de los poros, de ahí que al no detenerle muchos obstáculos no se retrasa y, por este motivo, vuela deslizándose con impulso veloz. Además, dado que los cuerpos pesados tienden por su misma naturaleza siempre hacia abajo, si, por otra parte, añadimos el golpe, la velocidad se duplica y el impulso, de que hablo, se potencia de modo que con más impetuosidad y rapidez derriba con sus golpes cuantos impedimentos le detienen y prosigue su marcha.

340 En fin, puesto que llega por un largo trayecto, cada vez más debe obtener velocidad, la cual se acrecienta en el camino, aumenta su poderosa fuerza y consolida el golpe. En verdad, consigue que sus átomos, sean los que fueren, se dirijan todos en línea recta como hacia un solo lugar, arrastrándoles en espiral a todos en la misma carrera.

345 Quizá, también el rayo al llegar arrebate al propio aire ciertos átomos que, al sacudirlo, acrecientan su velocidad. Y pasa por los objetos sin dañarlos y atraviesa muchos cuerpos sin tocarlos, ya que el fluido fuego transcurre por los orificios. Otros muchos cuerpos los perfora cuando los propios átomos del rayo se han precipitado sobre los átomos de las cosas con los que se forma la trama de éstas. Mas, al bronce lo disuelve fácilmente y al oro lo derrite en seguida, porque su fuerza está sutilmente compuesta
350 de diminutos átomos y de elementos lisos que fácilmente se introducen, y, una vez introducidos, deshacen todos los nudos y aflojan las ataduras de la trama.

Estación más propicia para el rayo

Más que nada en otoño, la mansión del cielo, tachonada de estrellas luminosas, y la tierra entera se ven sacudidas por todos lados y, asimismo, cuando se inicia la flo-

360 rida estación primaveral. Porque en el invierno faltan los
 fuegos y en el verano cesan los vientos, y las nubes care-
 cen de una contextura bastante densa. Así, pues, cuando
 surgen las estaciones del cielo intermedias, entonces con-
 365 curren a una todas las diferentes causas que producen el
 rayo. En efecto, el período transitorio del año combina el
 frío y el calor —y de uno y otro tiene necesidad la nube
 para fraguar los rayos— de modo que se provoque la pug-
 na de los elementos y, en medio de gran turbación, se agite
 el aire furioso con los fuegos y los vientos³⁹³. Porque
 el principio del calor supone el final del frío y ésta es la
 370 estación primaveral; por ello, es necesario que los elemen-
 tos dispares pugnen entre sí y que ya mezclados causen
 perturbación. Hasta el calor extremo transcurre combi-
 nado con el primer frío, tiempo que designamos con el
 nombre de otoño; también en esta época entran en con-
 flicto el riguroso invierno y el verano. Por lo cual, dichas
 estaciones deben ser designadas períodos transitorios del
 375 año; y no es sorprendente si en ese tiempo se fragua el
 mayor número de rayos y estalla en el cielo la turbulenta
 tempestad, porque unos y otros elementos se enfrentan
 en batalla indecisa, de un lado las llamas, de otro los vien-
 tos combinados con el agua.

Los dioses no son la causa del rayo

Esto supone profundizar en la íntima naturaleza del
 380 rayo ardiente y entender con qué potencia causa sus efec-
 tos, y no mientras uno relee en vano los oráculos etrus-
 cos³⁹⁴ indagar las señales de una oculta voluntad de los
 dioses, de dónde ha llegado el fuego volátil o hacia qué

³⁹³ Así, pues, según Lucrecio, las estaciones más propicias para la caída del rayo son la primavera y el otoño. Aun cuando Séneca, *Nat. Quaest.*, 57, 2, mantiene que la estación más propicia es el verano, la opinión expuesta por Lucrecio es la más general: cf., entre otros, Plinio, *Nat. Hist.*, 2, 135-136.

³⁹⁴ Eran los libros que contenían la doctrina etrusca sobre la adivinación basada principalmente en la observación de los rayos: de éstos distinguían diversas clases, su significación y otros aspectos: cf. Cic., *De divin.*, 1, 33, 72. Aquí, no obstante, el poeta parece aludir al resurgimiento de la superstición, provocado por los sucesos del año 63 a.C., cuando la conjura de Catilina.

385 lado se ha vuelto, cómo ha penetrado en los setos y, después de haberlos dominado, ha salido de allí o en qué puede ser nocivo el golpe del rayo caído del cielo.

Porque, si Júpiter y los otros dioses sacuden los luminosos espacios del cielo con sonido terrible y lanzan su
 390 fuego a donde cada uno lo desea³⁹⁵, ¿por qué no deciden que todos cuantos no se han abstenido del crimen abominable exhalen por las heridas de su pecho traspasado la llama del rayo, cual escarmiento terrible para los mortales, y, por el contrario, se vea envuelto en llamas el hombre que no se sabe consciente de ninguna acción deshonrosa y, aunque inocente, sea apresado y arrastrado de
 395 súbito por el torbellino y el fuego del cielo? ¿Por qué, además, los dioses asaltan los lugares solitarios y se fatigan inútilmente? ¿Acaso, entonces ejercitan los brazos y robustecen sus músculos? ¿Por qué permiten que el dardo del padre se amortigüe en el suelo? ¿Por qué el mismo
 400 Júpiter lo permite y no lo reserva para los enemigos? En fin, ¿por qué Júpiter en un cielo completamente sereno no lanza jamás el rayo a la tierra, ni descarga los truenos? ¿Por ventura, cuando las nubes han subido cabe sus plantas, él desciende hasta ellas para desde allí regular de cerca los golpes de su dardo? Asimismo, ¿por qué motivo lo arroja al mar? ¿Qué tiene que recriminar a las olas, a su líquida inmensidad y a su fluctuante llanura?

Además, si quiere que evitemos la sacudida del rayo, ¿por qué duda en obrar de manera que podamos verle cuando lo arroja? Pero, si nos quiere destruir de improviso con el fuego, ¿por qué trueno por aquella parte para que podamos evitarlo? ¿Por qué previamente provoca tinieblas, estrépito y zumbidos? Y, ¿cómo se puede creer que lance el rayo a muchas partes al mismo tiempo? ¿Te atreverías, acaso, a mantener que jamás ha sucedido que muchos golpes se han producido en un solo instante? Con
 415 todo, muy a menudo ha sucedido y deberá suceder, como

³⁹⁵ El poeta considera que, siendo puramente físicas las causas que provocan el rayo, no es lógico vincular este fenómeno a una intervención caprichosa de los dioses. Cf. Cicerón, *De divin.*, 1, 12, 19 y 33, 72; 2, 18, 21 y 23, 47; Séneca, *Nat. Quaest.*, 2, 33-34, 39, 41, 47, 49-51: ambos escritores muestran mayor precisión que Lucrecio. En todo caso, la semejanza de las objeciones presentadas por los tres evidencia que se trata de una exposición tradicional.

en muchos lugares llueve y cae el aguacero, que así también numerosos rayos caigan en un solo instante.

Finalmente, ¿por qué el rayo derriba los sagrados santuarios de los dioses y sus luminosas mansiones; y por
420 qué destroza sus estatuas hábilmente esculpidas y destruye su ornamento con heridas violentas? ¿Por qué ataca de ordinario los lugares elevados y así contemplamos en los montes más encumbrados muy numerosas huellas de su llama?

La tromba marina

Por lo demás, es fácil entender por las afirmaciones precedentes la manera como se lanzan arrojadas desde lo
425 alto las trombas que los griegos por sus efectos han llamado «presteres»³⁹⁶. En efecto, acontece en ocasiones que una especie de columna, caída del cielo, se abata sobre el mar y en torno a ella las olas comienzan a hervir impelidas por los vientos que soplan con intensidad, y todos
430 los navíos que entonces son presa de tal agitación, sacudidos violentamente, corran el máximo peligro.

Tal fenómeno acaece cuando algunas veces la fuerza imperiosa del viento no puede despedazar la nube en la que se ha introducido, pero la hunde de modo que resulte semejante a una columna que del cielo ha descendido en el mar, poco a poco, como si a un cuerpo los puñetazos
435 asestados en él por el brazo levantado le empujasen alargándolo hasta llegar a las olas; cuando a esta nube la ha despedazado, desde ella la fuerza del viento se lanza desenfrenada y provoca una sorprendente efervescencia en las olas.

En verdad, un torbellino arremolinado desciende y arrastra junto consigo, hacia abajo, aquella nube de cuerpo flexible; a ésta una vez que, cargada con su peso, la ha
440

³⁹⁶ Propiamente, en griego, «incendiarios». Así, Plinio, *Nat. Hist.*, 2, 48, 50, al definir el fenómeno justifica el término. Es la *Ep. Pit.*, 104, la que inspira a Lucrecio en su exposición el cual, como Epicuro, distingue dos clases de tromba: la que desciende sobre el mar y la que desciende sobre la tierra. Con todo, la doctrina más completa al respecto la brinda Aristóteles, *Meteor.*, 3, 1-371 a 17.

precipitado en la superficie del mar, él de súbito se introduce totalmente en el agua y revuelve y hace hervir a todo el mar con enorme estrépito.

Acaece también que el mismo torbellino de viento se envuelva de nubes, arrebatando del aire semillas del nubarrón e imite al «prester» caído del cielo. Cuando éste ha descendido a la tierra y se ha deshecho vomita su enorme potencia de torbellino tempestuoso. Mas, puesto que tal fenómeno se produce muy raramente y es inevitable que las montañas estorben su visión en la tierra, aquél se aprecia con más frecuencia en la amplia perspectiva del mar y en el cielo abierto.

Formación de las nubes

Las nubes se forman³⁹⁷ cuando los numerosos átomos que vuelan por esta región del cielo de repente se reúnen con una cierta aspereza de modo que, trabados ligeramente, pueden, con todo, mantenerse cohesionados unos con otros. Éstos hacen que primeramente se configuren pequeñas nubes; luego éstas se aglutinan entre sí y se reúnen y al juntarse crecen y son empujadas por los vientos hasta que estalla la violenta tempestad.

Sucedé también que las cimas de los montes cuanto más próximas están del cielo, tanto más desde su altura humean continuamente por la espesa tiniebla de una nube rojiza, porque apenas las nubes empiezan a formarse antes que los ojos, pueden percibir las, por ser demasiado tenues, los vientos empujándolas las reúnen en las cumbres más altas de la montaña. Aquí, por fin, una vez reunida una multitud más copiosa y compacta, se las puede contemplar; al mismo tiempo parece que desde la propia cima de la montaña se elevan hasta el límpido cielo. En verdad, que en las alturas nos encontremos con lugares

³⁹⁷ Básicamente las tres explicaciones dadas por Lucrecio sobre la formación de las nubes coinciden con las señaladas por *Ep. Pit.*, 99. La primera explicación del poeta es la segunda de *Ep. Pit.* y existe una relación entre la segunda de Lucrecio y la primera de la Epístola. La tercera de Lucrecio ilustra ampliamente la tercera hipótesis de la Epístola.

expuestos al viento, nos lo indica la propia experiencia y nuestros sentidos cuando escalamos elevadas montañas.

- 470 Además, de todo el mar se elevan, por ley natural, muchísimos átomos como lo muestra la ropa tendida en la playa cuando queda empapada de humedad. Por lo cual, se entiende mejor que para incrementar las nubes muchos átomos puedan, asimismo, desprenderse del salado
- 475 movimiento de las olas, pues esas dos humedades son afines por naturaleza. Por otra parte, de todos los ríos, como de la propia tierra, vemos que se elevan nieblas y vapor, que, exhalados como un hálito, son de esta manera impulsados hacia lo alto, se esparcen con su masa oscura
- 480 por el cielo y penetran en las altas nubes reuniéndose allí poco a poco. Pues aprieta también desde la altura el calor del éter estrellado que, como espesándolas, extiende un tejido de nubes bajo el cielo azul.

- Acontece, asimismo, que desde el espacio exterior lleguen a este cielo los átomos que forman las nubes y las
- 485 tempestades aéreas. En efecto, he enseñado³⁹⁸ que su número es incontable y que la totalidad del espacio es infinita; he mostrado³⁹⁹ con cuánta agilidad se desplazan los átomos y cuán velozmente suelen recorrer espacios incommensurables. No es, por lo tanto, sorprendente si a
- 490 menudo, en breve tiempo, por la acción de tan fuertes vientos⁴⁰⁰ la tempestad y las tinieblas cubren los mares y las tierras abrumándoles desde la altura con su peso, puesto que, de todos lados por todos los poros del éter y, por así decirlo, a través de los respiraderos que existen alrededor del ancho mundo, se ha concedido una entrada y una salida a los elementos.

La lluvia

- 495 Ahora, pues, expondré de qué manera el agua de la lluvia se reúne en las altas nubes y derramándose cae en la

³⁹⁸ En lib. 1, 992-1007.

³⁹⁹ En lib. 2, 142-166.

⁴⁰⁰ Aceptamos en el v. 490 la corrección de J. Martin, *tam magnis ventis* en lugar de *tam magnis montis* de los codd. que no da sentido. Bailey, por su parte, señala *montis* con la cruz *philologica*.

tierra en forma de chaparrón⁴⁰¹. En primer lugar, conseguiré probar que muchos átomos de agua se elevan de todas las cosas junto con las mismas nubes y que, al mismo tiempo, ambas se acrecientan, las nubes y el agua que en ellas se encierra, como crece a la vez en nosotros el cuerpo y la sangre, así como el sudor y, en suma, todos los líquidos que se hallan en los miembros. Además, las nubes absorben también a menudo mucha humedad del mar como vellones de lana suspendidos, cuando los vientos los empujan sobre el anchuroso mar. Asimismo, de todos los ríos la humedad se eleva a las nubes.

Por ello, cuando numerosos átomos de agua se han reunido convenientemente de muchas maneras, juntándose de todas partes, las nubes hinchadas porfían en derramar la lluvia por doble motivo: a saber, les presiona el ímpetu del viento y la misma abundancia de nubarrones que, agrupada en multitud más densa, les impulsa y comprime desde arriba logrando que se derrame el aguacero. Además, cuando las nubes se aclaran por causa del viento o se deshacen sacudidas desde lo alto por el calor del sol, vierten la lluvia y destilan como la cera que, colocada encima del ardiente fuego, al derretirse, se licua en gotas copiosas. Mas, el aguacero cae con vehemencia cuando a las nubes las presionan vehementemente una y otra fuerza: su propia acumulación y el ímpetu del viento.

Más aún, las lluvias suelen mantenerse y persistir largo tiempo cuando afluyen numerosos los átomos de agua y, unas sobre otras, las nubes y los nimbos que riegan la tierra son impelidos desde lo alto por todos lados sin distinción, y cuando toda la tierra humeante exhala a su vez la humedad. En este instante, cuando el sol entre la oscura tempestad fulgura con sus rayos teniendo enfrente las gotas de la lluvia que caen de las nubes, entonces sur-

⁴⁰¹ El pasaje sobre la lluvia presenta dos partes diferenciadas: la primera se ocupa de la lluvia en general considerando la presencia del agua en las nubes y la caída de ésta sobre la tierra, que puede explicarse por una presión del viento o de la masa de la nube, o por una modificación de la estructura de la nube debida a la acción del viento o del calor del sol; la segunda establece la distinción entre *imber*, lluvia de breve duración y *pluvia*, lluvia continua. Doctrina ésta básicamente coincidente con *Ep. Pit.*, 99-100, pero que, al propio tiempo, la aclara y complementa.

ge en medio de las negras nubes el colorido del arco iris⁴⁰².

Otros fenómenos atmosféricos

Los demás fenómenos que en lo alto se producen y en lo alto nacen y que se condensan en las nubes, todos sin excepción: la nieve, los vientos, el granizo, la gélida escarcha, la potente fuerza del hielo, sólido endurecimiento de las aguas, y pausa que refrena por doquier los ríos presurosos⁴⁰³, es muy fácil descubrir y ver con la mente de qué modo todos ellos se forman y por qué motivo nacen, una vez hayas conocido debidamente cuáles son las propiedades de los átomos.

Los terremotos

535 Ahora, en fin, escucha cuál es la causa que provoca los terremotos⁴⁰⁴. Y, en primer lugar procura convencerte de que la tierra en la parte inferior, como en la superior, está llena por todos lados de grutas ventosas y contiene en su seno numerosos lagos y lagunas, rocas y peñascos
540 abruptos; debemos también pensar que muchos ríos, ocultos bajo el dorso de la tierra, remueven con violencia sus ondas y las rocas allí sumergidas. En verdad, la propia na-

⁴⁰² El poeta trata con suma brevedad el fenómeno del arco iris. Su explicación pobre e imprecisa contrasta con la de Aristóteles que le consagra la mayor parte del capítulo cuarto de *Meteor.*, 3, o de Séneca, *Nat. Quaest.*, 1, 3, 8, los cuales se interesan por las cuestiones especiales de los colores de la forma semicircular. Mayor amplitud le dedica también *Ep. Pit.*, 109-110.

⁴⁰³ Como puede apreciarse, Lucrecio se contenta sólo con enumerar todos estos fenómenos que le interesan poco de acuerdo con el objetivo que se propone: ofrecer ejemplos de explicaciones físicas de los fenómenos. Sin embargo, *Ep. Pit.*, los desarrolla con suficiente amplitud en nn. 106-109.

⁴⁰⁴ A primera vista el análisis de los terremotos no parecería propio de la meteorología, pero Séneca, *Nat. Quaest.*, 2, 1, 3, aclara que el terremoto se explica por la acción del aire; así su puesto no estaría entre los fenómenos terrestres, sino entre los intermedios, a medio camino entre los terrestres y celestes. La exposición del tema en Lucrecio resulta en buena medida coincidente con la de Epicuro, *Ep. Pit.*, 105, aunque dependa también de otras fuentes doxográficas: cf. Ernout-Robin, *op. cit.*, págs. 270-283.

turalidad exige que la tierra sea en todas partes semejante a sí misma.

Así, pues, siendo ésta la constitución del subsuelo que forma un todo con ella, la tierra tiembla en la superficie
 545 sacudida por grandes hundimientos, cuando el tiempo socava las enormes grutas; en efecto, se desploman montañas enteras y rápidamente, por la fuerte sacudida, el temblor se propaga desde allí insensiblemente en gran amplitud. Y con razón, porque las carretas, aun sin mucha carga, hacen temblar, con sus sacudidas, casas enteras a
 550 lo largo de la calle y no menos se estremecen los objetos cada vez que la aspereza del camino⁴⁰⁵ hace bascular por ambos lados las llantas ferradas de las ruedas.

Acontece también, cuando en las profundas y extensas lagunas subterráneas una enorme masa de tierra se derrumba a causa del tiempo, que el suelo vacile conmovido por el flujo del agua, como a veces un vaso no puede
 555 mantener el equilibrio si en su interior el agua no deja de ser agitada por el flujo oscilante. Además, cuando el viento concentrado en las cavidades subterráneas se lanza y acosa en una sola dirección las grutas profundas, apoyado en su poderosa fuerza, la tierra cede por donde le
 560 hostiga la rápida violencia del viento. Entonces, las casas que se alzan por encima del suelo y aún más las que se elevan hasta el cielo, inclinándose amenazan con caerse arrastradas en el mismo sentido, y las vigas removidas cuelgan como dispuestas a escapar.

565 ¡Y la gente rehúsa creer que un tiempo de muerte y destrucción está reservado a la naturaleza del vasto mundo, mientras contempla que una mole tan grande amenaza ruina! Porque, si los vientos no dejan de soplar, ninguna fuerza podrá sujetar las cosas, ni detenerlas en su
 570 camino a la destrucción. De hecho, puesto que recobran su aliento, uno tras otro, e incrementan su fuerza, y, en cierto modo agrupados, vuelven al ataque y se retiran al ser rechazados, por este motivo la tierra con más frecuencia amenaza ruina que la llega a consumir, pues se

⁴⁰⁵ El v. 550 está corrupto en su segunda mitad. Asumimos con Fellin-Barigazzi la corrección de Bockemüller, *res dum vis cumque viai*, paleográficamente preferible y no peor en su significado que otras correcciones propuestas.

inclina y de nuevo se endereza para atrás y recupera en
 575 su propia sede el peso abocado a la ruina. Así, por esta razón todas las casas vacilan más en la cima que en el medio, más en el medio que en la base y en ésta casi nada.

Existe esta otra causa del mismo gran temblor, cuando el viento y un súbito impulso vigoroso de aire, producido
 580 bien del exterior, bien de la propia tierra, se lanza por las cavidades del suelo y allí primeramente ruge tumultuoso en medio de las vastas grutas y se agita en torbellino, luego cuando su fuerza desencadenada irrumpe fuera con violencia, desgarrando las entrañas de la tierra produce
 585 un abismo profundo. Tal aconteció a Sidón en Siria y a Egio en el Peloponeso⁴⁰⁶, ciudades que destruyó una semejante irrupción del viento y el terremoto que de ella se originó. Asimismo, gran número de murallas se ha derrumbado en la tierra a causa de violentas sacudidas y muchas ciudades a una con sus ciudadanos se han hundido
 590 en el abismo del mar.

Porque, si no irrumpe fuera, sin embargo, el propio impulso del aire y la feroz violencia del viento se esparce como un escalofrío por los abundantes canales de la tierra y provoca un temblor; como el frío cuando penetra
 595 hasta el fondo de nuestros miembros los conmociona y, a pesar suyo, les hace estremecer y tiritar. Así, con un doble temor se angustian los hombres en la ciudad: por arriba temen las casas, por abajo les asustan las cavernas de la tierra, no sea que la naturaleza las deshaga de súbito, o que desgarrada la tierra abra extensamente su hendidura y en la confusión quiera abrumarles con sus ruinas.

Por lo tanto, aunque piensen que el cielo y la tierra han de ser incorruptibles, confiados a una eterna protección, no obstante, a veces la misma fuerza del peligro inminente introduce en nosotros por alguna parte ese aguijón del temor de que acaso la tierra, sustrayéndose a nues-
 605

⁴⁰⁶ Se trata de dos terremotos célebres en la antigüedad: el primero, el de Sidón acaeció en tiempos de la guerra del Peloponeso; Tucídides no lo nombra y probablemente es el terremoto que Estrabón, 1, 58 c, cita basado en el testimonio de Posidonio; Séneca lo menciona también en *Nat. Quaest.*, 6, 24. El segundo es el terremoto que asoló a Egio y otras dos ciudades, Helice y Buris, acaecido en 373-372, lo refiere también Séneca en *Nat. Quaest.*, 6, 23, 4 y 25, 4, poco antes de mencionar el primero.

tros pies, se vea empujada precipitadamente al abismo y que el conjunto de los seres, arrebatado de raíz, le siga y se produzca el confuso hundimiento del mundo.

Magnitud constante del mar

Primeramente, los hombres se sorprenden de que la naturaleza no acreciente el mar a donde tanta agua descien-
 610 de, a donde afluyen todos los ríos de todas partes⁴⁰⁷. Añade a ello las lluvias inconstantes y las tempestades de raudito vuelo que asperjan y riegan los mares y las tierras; añade sus propias fuentes; no obstante para el conjunto del mar todas estas cosas supondrán un aumento apenas semejante al de una sola gota; de ahí que no resulte sorprendente que el inmenso mar no se acreciente. Por otra
 615 parte, el sol le sustrae una gran parte con su calor. Vemos, en efecto, que los vestidos empapados de agua el sol los deseca con sus ardientes rayos; en cambio vemos
 620 numerosos océanos y muy extensos. Por ello, aunque el sol absorba en cada punto una pequeña parte del agua del mar, con todo en tan gran extensión sustraerá a las olas gran cantidad.

Asimismo, los vientos pueden arrebatarse gran parte de
 625 agua cuando barren la superficie del mar, ya que vemos muy a menudo que en una noche, por efecto de los vientos, los caminos quedan secos y que las blandas capas de lodo se solidifican.

Además, te he mostrado que las nubes sustraen gran cantidad de agua que absorben de la vasta llanura del mar
 630 y la derraman por doquier en todos los continentes cuando llueve en la tierra y los vientos arrastran las nubes.

Finalmente, puesto que la tierra es de substancia porosa y está unida al mar ciñendo sus costas por todas partes, como en el mar desemboca el líquido acuoso, del mis-

⁴⁰⁷ Que el tema en cuestión corresponde a la meteorología lo demuestra Aristóteles que dedica los caps. 1-3 del libro segundo de *Meteor.*, al estudio del mar y en el cap. 13 del libro primero vincula este análisis al de los vientos y ríos después de hablar de la lluvia, las nubes, el rocío, la escarcha, la nieve y el granizo. Nada dice al respecto la *Ep. Pit.*, mas Séneca en *Nat. Quaest.*, 3, 5, explica en buena medida el porqué de la grandeza constante del mar.

635 mo modo debe esparcirse en la tierra el mar salado. En efecto, su salsedumbre se filtra y la substancia líquida re-
fluye para atrás reuniéndose toda en el nacimiento del
río; de allí vuelve sobre las tierras en suave corriente, re-
corriendo el camino que, previamente excavado, lleva a
término su caudal en límpido curso.

Erupciones volcánicas. El Etna

Ahora expondré qué razón hay para que irruman por
640 las fauces del monte Etna⁴⁰⁸ fuegos en tan gran torbelli-
no. En verdad, habiendo estallado la tempestad de llamas,
con inmensa ruina, después de abatir los campos sicilia-
nos, atrajo hacia sí la atención de las gentes limítrofes,
645 cuando al ver que centelleaban humeantes todos los es-
pacios del cielo, llenaban de angustioso pavor sus aterrados
corazones meditando qué perturbación tramaba la natu-
raleza.

En esta materia debes examinar en amplitud y profun-
didad y discernir a distancia todos los aspectos a fin de
650 recordar que el universo de los seres es infinito⁴⁰⁹ y com-
prender que el único cielo es una parte diminuta e infi-
nitésima de todo el universo, ni siquiera una parte tan
grande cuanta es un solo hombre en toda la tierra. Si esta
premisa la consideras debidamente y la entiendes con cla-
ridad, dejarás de sorprenderte de muchos fenómenos.

655 Porque, ¿acaso alguno de nosotros se extraña si un
hombre ha contraído en su cuerpo una fiebre que estalla
con fuego abrasador o cualquier otro dolor de enferme-
dad en su organismo? En verdad, súbitamente el pie se
hincha, con frecuencia un dolor agudo ataca los dientes
660 o invade los mismos ojos, se presenta el fuego sagrado⁴¹⁰

⁴⁰⁸ Entre las frecuentes y violentas erupciones del Etna se refiere aquí con toda probabilidad Lucrecio a la del año 632 de la Fundación, 122 a.C., que destruyó la ciudad de Catania: cf. Cic., *De nat. deor.*, 2, 38, 96 y Séneca, *Nat. Quaest.*, 2, 30, 1.

⁴⁰⁹ Cf. los vv. 485-486 y la nota 398.

⁴¹⁰ El 'fuego sagrado' es la erisipela: cf. v. 1167. Al decir *serpens* = 'serpeando', se refiere a la erisipela gangrenosa: cf. Isid., *Etim.*, 4, 8, 4. Plinio, *Nat. Hist.*, 26, 10, 121, habla de diversas especies de *ignis sacer*.

que serpeando por el cuerpo abrasa cualquier parte que invade, insinuándose por los miembros; a no dudarlo porque existen gérmenes de numerosos seres y esta tierra y este cielo engendran bastantes enfermedades malignas, por donde la multitud inmensa de males puede desarrollarse.

665 Así, pues, hemos de pensar que desde el infinito se procura en abundancia a todo el cielo y tierra todos los elementos por los que la tierra pueda al ser sacudida experimentar súbito temblor y el rápido torbellino deslizarse a través del mar y las tierras, el fuego del Etna desbordarse y el cielo encenderse en llamas⁴¹¹. Porque también
670 sucede esto: arde la región celeste y las tempestades de lluvia estallan con mayor violencia, cuando por azar así se han combinado los átomos de agua.

«Pero es demasiado ingente el ardor violento del incendio.» Ciertamente, también el río parece el mayor al
675 que antes no ha visto otro más grande, como un árbol y un hombre parecen enormes igual que todos los objetos que, en cualquier especie, cada cual imagina enormes los más grandes que ha visto, siendo así que todos juntando cielo, tierra y mar no representan nada comparados con la suma total del universo.

680 Ahora, en cambio, expondré de qué manera la llama avivada de repente sale soplando fuera de los vastos hornos del Etna. Desde luego, en su contextura la montaña está hueca por debajo, apoyada casi por todos lados en cavernas de basalta. Además, en todas las grutas se halla encerrado el viento y el aire, porque el viento se produce cuando el aire está fuertemente agitado⁴¹². Cuando el viento se ha inflamado mucho y enfurecido, calienta todas las rocas en derredor y la tierra con las que está en contacto, hasta el punto de hacer brotar de ellas un fuego

⁴¹¹ Probable alusión en los vv. 669-671 a los fenómenos secundarios de las erupciones: cielo vivamente enrojecido de reflejos y violentas tempestades de lluvia que a veces acompañan. De ahí la expresión del locutor ficticio, impresionado, en el v. 673.

⁴¹² Epicuro en *Ep. Pit.*, 105, explica por qué el viento es *aer agitatus*. «Proviene de que el aire encerrado en las cavernas subterráneas se ha transformado en viento por la agitación que han provocado en él las partes de la tierra que sostienen la superficie.»

ardiente de llamas veloces, se levanta y, así, se lanza a lo alto directamente por las fauces.

- 690 De esta suerte impulsa el fuego a lo lejos, dispersa a lo lejos la ceniza, arremolina el humo de espesa nebrura y a un tiempo erupta piedras de enorme peso; para que no dudes que tal es la fuerza tempestuosa del aire. Por
695 otra parte, en amplio trecho el mar quiebra las olas junto a la falda del monte y reabsorbe el reflujó. Las grutas se extienden desde este mar por debajo de la tierra hasta las profundas fauces del monte. Hay que admitir que por aquí pasa⁴¹³ (el viento mezclado con las olas al que) la misma situación fuerza (a menudo a elevarse) y penetrar en el interior del monte en mar abierto, a irrumpir so-
700 plando fuera y, por lo mismo, a levantar la llama, despedir a lo alto las rocas y a elevar nubes de arena. En efecto, en la cima más elevada se hallan los cráteres⁴¹⁴, como les llaman los propios habitantes; nosotros les denominamos fauces y bocas.

Otros fenómenos: las crecidas del Nilo

- Existen además fenómenos para los cuales no basta señalar una sola causa, sino varias de las que, sin embargo,
705 una sola es la verdadera, como si tú mismo vieres de lejos el cuerpo que yace exánime de un hombre, convendrá que enumeres todas las posibles causas de muerte para que se descubra aquella sola que le concierne. En efecto, no podrás asegurar que haya muerto por la espada, ni por el frío, ni por la enfermedad, ni, acaso, por el veneno,
710 pero sabemos que es algún accidente de este género el que le ha ocurrido. Igualmente, podemos decir otro tanto en muchos casos.

⁴¹³ Después del v. 697 son muchos los críticos que reconocen la existencia de una laguna, quizá no necesaria absolutamente, ya que el sujeto, «el viento», podría suplirse fácilmente. Con todo, siguiendo el juicio de Munro, Diels y Bailey acogemos la reintegración de un verso, como lo indicamos en el texto.

⁴¹⁴ Lucrecio es consciente que emplea el término griego 'cratera' al decir *ut ipsi nominant* = «como le llaman los mismos habitantes», término que no había sido empleado con tal significado por los escritores latinos.

- El Nilo crece en el verano y se derrama por la campiña; único en la tierra este río que riega todo Egipto. A menudo inunda Egipto en pleno calor o bien porque en el verano soplan contra su embocadura los aquilones que, según dicen, vuelven todos los años en esta estación⁴¹⁵ y expirando contra la corriente retrasan su marcha y empujando hacia arriba las olas invaden el lecho y fuerzan al río a detenerse. Porque, ciertamente, evolucionan en sentido contrario a las corriente estas ráfagas que descienden de las gélidas estrellas del polo ártico. El río proviene de la zona cálida del Austro y nace en medio de la estirpe negra de hombres de tez muy tostada en el interior de la región del mediodía.
- 715 Puede suceder también que un vasto cúmulo de arena haga obstrucción a la embocadura del río, en tanto las olas pugnan contra la corriente, cuando el mar agitado por los vientos empuja la arena hacia dentro; de este modo sucede que la desembocadura del río sea menos libre e igualmente que sea menos efectivo el ímpetu en declive de las olas.
- 720 Puede ser también que las lluvias en esta estación sean más abundantes en las fuentes del río porque los soplos etesios de los aquilones reúnen entonces todas las nubes en aquella comarca. A saber, cuando las nubes impelidas hacia la región del mediodía se han concentrado allí, al fin, empujadas en masa hacia las altas montañas se ven condensadas y oprimidas con violencia.
- 730 Quizá crezca el Nilo desde el interior de las altas montañas de Etiopía, cuando el sol que ilumina todo ser con sus rayos abrasadores obliga a la blanca nieve a descender a los campos⁴¹⁶.

⁴¹⁵ Esta hipótesis de los aquilones etesios la atribuye Séneca a Tales: cf. *Nat. Quaest.*, 4, 2, 22. Sobre tales aquilones del NO que soplan al levantarse la cáncula, cf. Plinio, *Nat. Hist.*, 2, 46, 123 y sig.

⁴¹⁶ Según Séneca, *Nat. Quaest.*, 4, 2, 17, es la opinión de Anaxágoras, de Esquilo, Sófocles y Eurípides, pero añade que es, sin duda, falsa por muchas razones. También Herodoto, 2, 22, la combate.

Los Averno

Ahora te explicaré de qué naturaleza están constituidos todos los lugares y lagos llamados Averno⁴¹⁷. En primer lugar, el que se designen con el nombre de «Averno» es debido a que son perniciosos a todos los pájaros, ya que cuando en vuelo directo han llegado sobre estos lugares, olvidándose de batir las alas aflojan su velamen y caen de cabeza abatiéndose con el cuello lánguido contra el suelo, si así lo permite la naturaleza del lugar, o en el agua, si es el lago del Averno el que se extiende por debajo.

Este lugar se halla próximo a Cumas donde montes saturados de pestilente azufre exhalan humo, nutridos de cálidas fuentes; se encuentra también sobre las murallas de Atenas en la misma cumbre de la ciudadela, junto al templo de Palas Tritónida⁴¹⁸, un lugar al que jamás arriban en vuelo las cornejas de rauco canto, ni siquiera cuando los altares despiden el humo de las ofrendas. Hasta tal punto rehúyen no ya la cruel indignación de Palas por la culpa en su vigilancia, cual lo han cantado los poetas griegos⁴¹⁹, sino que la propia naturaleza del lugar produce este maleficio por sí misma. Asimismo, cuentan que en Siria se puede visitar un lugar en el que apenas los cuadrúpedos han puesto el pie; un impulso natural les

⁴¹⁷ Como adjetivo, *Avernus* se refiere no sólo a la región del lago, sino a los demás lugares donde se producen emanaciones similares. Averno procedía etimológicamente para los antiguos de 'aornos' = «sin pájaros»; así los supone Lucrecio en los vv. 740-746, como también Virgilio, *En.*, 6, 236-242, al hablar de la cueva junto al lago Averno, considerada la entrada de los infiernos, si bien el v. 242 donde leemos 'Aornon' puede ser una interpolación. Nonio, 14, 4, dice: «Averno... porque el olor es muy perjudicial a los pájaros» y Plinio, *Nat. Hist.*, 4, 1, 2, a propósito de un lago semejante en el Epiro: «lugar aorno y exhalación pestífera para los pájaros».

⁴¹⁸ Título dado a Palas Atenea en el culto griego. El origen del nombre, en relación con Tritogenia, diversamente explicado por los antiguos, permanece oscuro.

⁴¹⁹ Es la leyenda que celebró el poeta griego Calímaco en la epopeya familiar *Hecale*, ahora perdida. Entre los latinos la transmite Ovidio, *Mét.*, 2, 552 y ss. Se trata de las hijas de Cécrope que, desobedeciendo la orden de Atenea abrieron la caja que contenía al pequeño Erictonio; una corneja las vio e informó a la diosa de su desobediencia. Esta castigó a las hijas de Cécrope con la locura, pero también a la corneja delatora, expulsándola para siempre de la Acrópolis.

fuerza a caer pesadamente, como si de inmediato fueran sacrificados a los divinos Manes.

- 760 Todos estos fenómenos acontecen por leyes naturales y son manifiestas las causas por las cuales se originan; no vaya uno a creer que en tales parajes se encuentra la puerta del Orco y que después desde allí los dioses Manes⁴²⁰ conducen abajo las almas hacia las riberas del
- 765 Aqueronte, como se cuenta que los ciervos de pies alados, olfateando, hacen salir de sus madrigueras las especies de las serpientes⁴²¹. Mas escucha cuán alejada se halla esta creencia de la verdadera explicación; porque, ahora, voy a hablarte de la propia realidad.

- En primer lugar, te repito lo que ya antes te he dicho
- 770 a menudo: que en la tierra anidan los elementos de toda especie de seres; muchos que son nutritivos, que dan vida, y muchos que pueden causar las enfermedades y apresurar la muerte. Antes hemos demostrado que unas sustancias son más apropiadas que otras a determinados vivientes de acuerdo con las leyes de su existencia, en razón de
- 775 su diferente naturaleza, diferente contextura y la combinación de sus elementos primeros. Muchos de éstos circulan por los oídos dañándoles, muchos se introducen en la misma nariz que son nocivos y ásperos al tacto, y no
- 780 son pocos los que el tacto debe evitar, ni pocos los que la vista debe rehuir, o los que son de sabor amargo.

- Además, es fácil comprobar cuántas cosas producen en el hombre una sensación cruelmente nociva y cuán repugnantes y molestas resultan; en primer lugar, ciertos árboles procuran una sombra tan agobiante que a menudo provoca dolores de cabeza en quien yace a sus pies tendido en la hierba⁴²². Hasta existe en las elevadas cumbres del Helicón un árbol capaz de matar a un hombre

⁴²⁰ Es sabido que los romanos llamaban Manes a los espíritus de los difuntos (*Manes* significa 'buenos') y les consideraban dioses. Quizá aluda aquí el poeta a un lugar vecino de Laodicea llamado Plutonio donde caían muertos los toros: cf. Estrabón, 13, 629.

⁴²¹ Tal extraña creencia está atestiguada por Marcial, 13, 29, 5 y por Eliano, *De nat. an.*, 2, 9.

⁴²² En *Buc.*, 10, 76, Virgilio se refiere a la sombra del enebro, cuyas exhalaciones eran nocivas, sobre todo al anochecer. Plinio, *Nat. Hist.*, ofrece otros ejemplos: 16, 70 y 17, 89 y 91.

790 con el fétido efluvio de su flor⁴²³. No hay duda de que todos estos elementos brotan de la tierra, porque ella encierra, combinadas de muchas formas, numerosas semillas de muchos seres y los saca a la luz una vez los ha separado.

La lámpara nocturna, recientemente apagada, cuando con su penetrante emanación hiere nuestro olfato, en el mismo instante provoca el sopor en quien por su enfermedad está expuesto a caerse y echar espuma por la boca. La mujer desfallece amodorrada por los agobiantes efluvios de castóreo⁴²⁴, y de sus delicadas manos escapa su hermosa labor, si ha aspirado el olor en el tiempo de la menstruación. Asimismo, muchas sustancias hacen flaquear en sus articulaciones los miembros lánguidos y agitan el alma en el interior de su morada. En fin, si te entretienes en el baño caliente cuando estás demasiado harto, ¡cuán fácil es que a menudo caigas desfallecido en medio de la bañera de agua caliente! La penetrante emanación y el olor de las brasas, ¡cuán fácilmente se insinúan en el cerebro a no ser que previamente hayamos bebido agua! Y cuando la ardorosa fiebre que sojuzga los miembros se ha apoderado de nosotros⁴²⁵, el olor del vino se convierte entonces en una especie de sacudida mortal.

800 ¿No ves, acaso, cómo también de la tierra brota el azufre y se condensa el betún de fétido olor? Finalmente, allí donde los hombres tratan de alcanzar los filones de plata y de oro, escudriñando con el acero las profundas entrañas de la tierra, ¡qué efluvios pestilentes exhala el subsuelo de Escaptensula⁴²⁶! ¡Qué fetidez exhalan a veces las

⁴²³ La identificación de la leyenda y de la planta en cuestión es difícil de determinar, ya que ninguno de los testimonios antiguos sobre tales hechos alude al Helicón, el macizo montañoso de Beocia, considerado mansión de las Musas. Plinio, *Nat. Hist.*, 16, 51 y Plutarco, *Quaest. Conv.*, 3, 1, 647 F, atribuyen los mismos efectos a un árbol de Arcadia.

⁴²⁴ El castóreo es el producto de la secreción que brindan ciertas glándulas del castor: substancia de olor fuerte y hasta fétido, cuyo sabor es acre y amargo. Se la empleaba, y aún se la emplea, en medicina como antispasmódico. Plinio, *Nat. Hist.*, 32, 3, 26, se refiere a él. Lo cierto es que, combinado con otras sustancias, cura males diversos.

⁴²⁵ En el v. 804 asumimos la corrección de Marullo, *domans*, en lugar de *domnus* de los antiguos codd., lección corrupta. Asimismo, *febris*, corrección de Lambino, en lugar de *fervis* de Q o de *servis* de O que no dan sentido.

⁴²⁶ Ciudad situada en Tracia por Herodoto y Tucídides, o en Macedonia por Festo. Significa «bosque de las minas». Cerca de ella se hallaban minas de plata de

minas de oro! ¡Cómo desfiguran el rostro y color de los mineros!

815 ¿Acaso, no ves u oyes decir que suelen morir en breve tiempo y que la energía vital les viene a faltar a quienes la imperiosa fuerza de la necesidad les obliga a tan duro trabajo? Es, pues, la tierra la que emite todos estos vapores y los despide fuera ostensiblemente, en el cielo abierto.

820 Así, también los lugares Averno deben producir una emanación mortífera para los pájaros que de la tierra se eleva a los aires emponzoñando en buena parte la región del cielo, a donde tan pronto ha llegado el pájaro impulsado por sus alas se siente impedido presa del invisible veneno, de suerte que cae en vertical por la parte donde le arrastra el vapor. En ese lugar, una vez ha sido derri-

825 bado, la misma fuerza de la emanación le despoja de los restos de vida en todos los miembros. En verdad, primeramente aquélla provoca como un mareo. Luego, cuando ya han caído en la fuente misma del veneno, no les queda a los pájaros sino exhalar el último aliento puesto que una gran cantidad de veneno les envuelve por doquier.

830 Asimismo, es posible que a veces la fuerza de esta emanación del Averno destruya la capa de aire situada entre los pájaros y la tierra, de modo que el espacio quede casi vacío. Pues cuando los pájaros han llegado a ese lugar en vuelo directo, en seguida es impedido el esfuerzo del vuelo, desprovisto de apoyo, y por ambos lados se ve burlado el empeño de las alas. Entonces, cuando no pueden apoyarse ni mantenerse sobre las alas, es evidente que la naturaleza les obliga a caer al suelo a causa de la gravedad y al ser derribados por el espacio casi vacío, exhalan el soplo de vida por todos los poros del cuerpo⁴²⁷.

las cuales el olor exhalado era nocivo a todos los animales, pero especialmente a los perros: cf. Plinio, *Nat. Hist.*, 33, 98.

⁴²⁷ Críticos tan prestigiosos como Diels, Martín, Bailey asumen con Lachmann la existencia de una laguna después del v. 839 por la caída de un folio en el arquetipo. Con Ernout y Fellin-Barigazzi, consideramos que no parece necesario admitirla. La partícula *porro* tan usual en Lucrecio, puede ser suficiente indicio de transición en un tratado doxográfico como es este último canto.

Pozos y fuentes

840 Asimismo, el agua es más fría en los pozos durante el verano, porque la tierra se dilata por el calor y si casualmente contiene sus propios átomos de fuego los dispersa por los aires. Por ello, cuanto más agotada está la tierra por el calor, tanto más fría resulta el agua que está escondida en su interior. En cambio, cuando por causa del frío

845 la tierra entera se aprieta, se condensa y, por así decirlo, se endurece, ciertamente al condensarse hace pasar a los pozos todo el calor que posee.

Se dice que próxima al templo de Ammón hay una fuente fría durante el día y caliente en las horas nocturnas⁴²⁸. Los hombres admiran esta fuente en demasía y piensan que empieza a calentarse de súbito a causa del sol que arde bajo el suelo, cuando la noche ha cubierto las tierras en la terrible oscuridad. Suposición ésta demasiado alejada de la verdadera explicación. Porque, si el sol

855 al remover la desnuda sustancia del agua no ha logrado calentarla desde lo alto, a pesar de que su luz celeste dispone de tanto calor, ¿cómo va a poder él bajo la tierra, de textura tan compacta, calentar el agua e impregnarla de ardiente calor? Sobre todo cuando apenas si puede introducir por las paredes de las casas el calor de sus ardientes rayos.

860

¿Cuál es, pues, la explicación? A no dudarlo ésta: la tierra que está junto a la fuente mantiene más porosidad que la restante, y muchos átomos de fuego se hallan junto a la sustancia del agua. Por ello, cuando la noche cubre

865 la tierra con sus sombras saturadas de rocío, en seguida la tierra se enfría y condensa profundamente. De esta manera, como si fuera oprimida con la mano hace pasar a la fuente cuantos átomos de fuego contiene volviendo ca-

⁴²⁸ El templo es el consagrado a Júpiter Ammón en el desierto de Libia, visitado por Alejandro Magno y donde se le proclamó hijo del dios. La fuente de Ammón, llamada «agua del sol», es mencionada también por Plinio, *Nat. Hist.*, 5, 5, en términos más precisos, pero muy similares a los de Lucrecio. Q. Curcio, 4, 7, 22, traduce casi literalmente a Arriano y, como Plinio, nos describe los cambios de temperatura que experimenta: tibia al salir el sol, fresca a medio día, se calienta al atardecer, hierve por la noche y vuelve a ser tibia al amanecer. La exposición literaria primera la brinda Heródoto, 4, 181, 3-4.

870 liente al tacto el vapor del agua. Luego, cuando el sol na-
 ciente ha abierto con sus rayos la tierra y la ha hecho po-
 rosa, mezclando en ella su potente calor, de nuevo los áto-
 mos vuelven a sus primitivas sedes y se retira a la tierra
 todo el calor del agua. Por este motivo, la fuente se en-
 fría con la luz diurna. Además, la masa del agua es sacu-
 875 dida por los rayos del sol y al avanzar el día se dilata con
 su vibrante calor; de ahí que deje escapar cuantos átomos
 de fuego contiene; como a menudo ella expulsa el frío
 que contiene en sí misma, derrite el hielo y desata sus nudos.

880 Existe también una fuente fría⁴²⁹ sobre la cual, coloca-
 do a menudo un manojo de estopa, en seguida se impreg-
 na de fuego y produce la llama; de modo semejante una
 antorcha se enciende y resplandece en la superficie del
 agua por cualquier parte que, flotando, se ve impulsada
 por la brisa. Sin duda, porque hay en su caudal muchísi-
 mos átomos de calor y desde el interior de la misma tie-
 885 rra deben surgir corpúsculos de fuego a lo largo de toda
 la fuente, y al propio tiempo emerger fuera y elevarse por
 los aires, pero no en tanto número que la fuente pueda
 calentarse. Además, una fuerza les obliga cuando están
 dispersos a irrumpir súbitamente fuera a través del agua
 y a reunirse en la parte superior.

890 De modo similar se halla en medio del mar la fuente
 de Arado⁴³⁰ que mana agua dulce y aleja de su alrededor
 las olas saladas; y en otros muchos puntos el mar procura
 un auxilio oportuno a los sedientos marinos al derram-
 895 ar aguas dulces entre las olas saladas. Así, en efecto,
 pueden los átomos a través de esta fuente emerger y salir
 fuera, y cuando confluyen en la estopa o se adhieren
 al cuerpo de la antorcha, en seguida se encienden con fa-
 cilidad, dado que la estopa y la antorcha contienen en sí
 mismos muchos átomos de fuego.

900 ¿Acaso no ves también, cuando acercas a una lámpara
 nocturna un pábilo recientemente apagado, cómo se en-

⁴²⁹ Es la fuente de Dodona en el Epiro: cf. Plinio, *Nat. Hist.*, 2, 103, 228.

⁴³⁰ Arado es una pequeña isla de Fenicia. La fuente marina en ella la menciona Plinio en dos ocasiones en 2, 102, 227, recordándola entre otras fuentes y en 31, 128, donde indica la posición de la fuente entre la isla donde está la ciudad de Arados y el continente.

ciende antes de tener contacto con la llama y del mismo modo la antorcha? Asimismo muchos cuerpos en contacto con el mismo calor se inflaman de lejos antes que el
 905 fuego prenda en ellos de cerca⁴³¹. Así, en verdad, debemos pensar que sucede también con aquella fuente.

La atracción magnética

Prosiguiendo, intentaré explicar por qué ley de la naturaleza puede atraer al hierro esta piedra que los griegos designan con su nombre patrio «magnete», porque tiene su origen en el suelo patrio de los magnesios⁴³².
 910 Los humanos admiran esta piedra, porque a menudo forma una cadena de pequeños anillos que penden de ella. Ciertamente, a veces, se pueden ver cinco y aún más que se balancean en orden descendente ante un leve soplo,
 915 donde uno adhiriéndose por debajo cuelga del otro y uno experimenta de parte del otro la fuerza de atracción de la piedra: hasta tal punto retiene su poder al comunicarse.

En fenómenos de esta especie hay que cerciorarse de muchos datos antes de poder razonar este fenómeno concreto y aproximarse a él con muy largos rodeos; motivo
 920 por el que exijo de ti oídos y espíritu atentos⁴³³.

⁴³¹ Como se desprende de 1, 901-903, para Lucrecio la estopa y la antorcha deben contener entre sus elementos partículas ígneas, puesto que son tan inflamables, incluso a distancia. Por ello, Lambino relaciona con ésta la cuestión propuesta por Aristóteles, *Meteor.*, 1, 4, 342 a, 3 y sigs.: ¿en qué medida se puede comparar la iluminación de las estrellas fugaces a la de una lámpara mediante las exhalaciones de una llama situada encima de una mecha?

⁴³² Parece claro que se refiere a la región que toma el nombre de la ciudad de Magnesia en Lidia (Asia Menor), si bien Plinio, *Nat. Hist.*, 36, 25, 130, distingue, entre otros, el imán de esta Magnesia asiática y el de la Magnesia, región limítrofe de Macedonia.

⁴³³ Empédocles es el primero, al parecer, que aplica a sus teorías el fenómeno de la imantación. La teoría de Lucrecio es en gran parte la de Empédocles, expuesta por Alejandro de Afrodísia (cf. Diels, *Vors.*, 21 A 89), aunque es posible que la teoría de Empédocles haya inspirado a Epicuro. Para Platón el hecho de la imantación es único y paradójico: cf. *Tim.*, 80 c. Quinto Cicerón, citado en *De divin.*, 1, 39, 86, ve en él un hecho similar al de la adivinación. Lucrecio lo sitúa en su lugar adecuado: para explicarlo, dice, bastan los principios ya expuestos para otros fenómenos. Así lo hace en vv. 921-997 mostrando, en base a los principios generales (vv. 998-1055), que existen muchos fenómenos similares (vv. 1065-1089).

En primer lugar, deben fluir, emanar y diseminarse de todos cuantos objetos contemplamos átomos que hieran nuestros ojos e impresionen nuestra vista. Continuamente fluyen de ciertos cuerpos los olores; como el frío emana de los ríos y el calor del sol, de las olas del mar las irradiaciones que corroen los muros a lo largo de la playa. Ni cesan de difundirse por los aires sonidos diversos. En fin, penetra a menudo en nuestra boca la humedad de sabor salino, cuando nos hallamos junto al mar, y, si vemos frente a nosotros que se mezcla una infusión de ajeno, su amargor nos hiera. Tan cierto es que de todas las cosas se desprenden emanaciones propias en continuo fluir, se expanden en derredor hacia todas direcciones y no se concede, siquiera a intervalos, pausa, ni reposo alguno en el fluir, ya que en todo momento sentimos, y siempre nos es dado, ver todos los objetos, olerlos y oírlos sonar.

Ahora, volveré a recordar cuán porosa sea la materia de todos los seres, lo cual se ha evidenciado ya en el primer canto⁴³⁴. En verdad, aunque interese para muchos fenómenos conocer este hecho, en especial para el tema sobre el que voy a tratar, es preciso confirmar que nada aparece a la vista sino la materia mezclada con el vacío.

Primera evidencia: en las grutas las rocas desde el techo rezuman y destilan gotas una tras otra. Asimismo, el sudor fluye de todo nuestro cuerpo, la barba y los pelos nos crecen por todos los miembros y articulaciones. El alimento se reparte por todas las venas, nutre y desarrolla hasta las partes extremas del cuerpo y las puntas de las uñas. Experimentamos que el frío y el cálido vapor atraviesan el bronce y, asimismo, penetran el oro y la plata cuando tenemos en las manos las copas que rebosan. Aún más, las voces se introducen volando por los muros pétreos de nuestras casas, se difunde el olor, el frío y el calor del fuego que hasta suele penetrar la dureza del hierro. En fin, doquiera la coraza del cielo ciñe en derre-

⁴³⁴ Cf., para lo que sigue, lib. 1, 348-355; 494-496; 2, 1136-1138. Aquí en los vv. 941-952, repite los ejemplos expuestos anteriormente para probar la existencia del vacío.

dor⁴³⁵ (el mundo, penetran elementos de borrasca y átomos de nubes) y asimismo la violencia de la enfermedad cuando se introduce desde el exterior, y las tempestades que nacen de la tierra y del cielo, justamente cuando se alejan, desaparecen en el cielo y en la tierra, puesto que no existe cuerpo alguno que no esté constituido de materia porosa.

955 A esto se añade que no todos los átomos que emanan de los objetos están dotados de la misma aptitud, ni son apropiados para todas las cosas. En primer lugar, el sol calcina y seca la tierra, en cambio funde el hielo y hace derretir con sus rayos las nieves acumuladas en lo alto sobre elevados montes. Asimismo, la cera se disuelve expuesta a su calor. Del mismo modo, el fuego funde el bronce y derrite el oro, mas al cuero y la carne los estrecha y los contrae. El agua endurece el hierro salido del fuego, en cambio, ablanda el cuero y la carne, endurecidos por el calor. A las barbudas cabritas gusta tanto el olivo silvestre como si derramara ambrosía y estuviera impregnado de néctar, siendo así que nada hay más amargo para el hombre que estas hojas⁴³⁶. En fin, el cerdo rehúye la mejorana⁴³⁷ y teme cualquier perfume; en verdad resulta un veneno acerbo para los hirsutos cerdos lo que a nosotros, a veces, parece reanimarnos. Por el contrario, mientras nosotros tenemos al cieno por muy repugnante inmundicia, éste mismo resulta grato a los cerdos hasta el punto de que todos ellos se revuelcan en él insaciablemente.

975 Queda todavía un extremo del que creo deber hablar antes de pasar a exponer el fenómeno mismo. Dado que son muchos los conductos de que disponen los diferentes cuerpos, deben ser de naturaleza distinta unos de otros y tener cada uno su propia forma y canales propios. En

⁴³⁵ Después del v. 954, la laguna señalada por Brieger es aceptada por la mayoría de los editores. De no asumirla habría que corregir el v. 955. Bailey sugiere colmar la laguna con el verso *corpora nimborum penetrant et semina nubis*. Con otros editores nos decidimos por esta solución, como puede apreciarse en la versión que damos.

⁴³⁶ Cf. lib. 4, 936-941 y 5, 899-900 y las notas 242 y 338.

⁴³⁷ Citada en lib. 2, 847. Aulo Gelio, *Noc. At.*, pref. 19, afirma: «Es un viejo aforismo que... a los cerdos no les va nada bien con la mejorana.»

- 985 efecto, los vivientes poseen diversos sentidos, cada uno de los cuales recibe en sí el propio objeto. Porque vemos que por una parte se introducen los sonidos, por otra el sabor de los jugos, por otra los olores que exhalan los
 990 manjares⁴³⁸. Además, vemos que un cuerpo atraviesa las rocas y otro la madera, que uno pasa a través del oro y otro circula por los poros de la plata y del vidrio. Ciertamente, percibimos que por esta parte fluyen las imá-
 995 genes, que por aquélla se expande el calor y que un cuerpo atraviesa los mismos conductos más rápidamente que otros. Sin duda, la propia condición de los canales que se diversifica de muchas maneras, fuerza a que tal suceda, como antes hemos indicado, en razón de la diferente naturaleza y contextura de los seres⁴³⁹.
- Por lo cual, una vez que antepuestos y presentes estos
 1000 principios, estuvieren todos debidamente establecidos y consolidados para nosotros, en adelante, a partir de ellos, se dará fácilmente razón y se descubrirá toda la causa que puede atraer la fuerza del hierro. Primeramente es necesario que de esta piedra fluyan muchos átomos o una corriente que disipe con sus sacudidas todo el aire situado
 1005 entre la piedra y el hierro. Cuando este espacio resulta vacío y una gran zona intermedia se queda libre, en seguida los átomos del hierro precipitados al vacío se hunden en él todos juntos, de manera que el mismo anillo sigue la marcha y así va adelante con todo su cuerpo⁴⁴⁰. Ni substancia alguna, entrelazada por la fuerza de sus ele-
 1010 mentos primeros, está más cohesionada en armónica conjunción que la naturaleza del potente hierro y su fría aspereza. Por ello, es menos sorprendente que los numerosos átomos emanados del hierro, toda vez que éste se ve arrastrado por sus elementos, no puedan lanzarse al va-

⁴³⁸ La misma argumentación que en 2, 683-685. Los vv. 988-989 son suprimidos por todos los críticos, pues son iguales a 995-996.

⁴³⁹ Para los vv. 990-997, cf. el concepto similar desarrollado en el lib. 2, 386-397, donde habla de la variedad de las formas atómicas y sus efectos.

⁴⁴⁰ Lucrecio parte, como hemos dicho en la nota 433, de los mismos principios físicos que le han servido para explicar otros fenómenos similares. Aquí nos dice que las emanaciones que despiden la piedra-imán actúan a la manera como lo hacen las emanaciones de los lugares avernos (vv. 830-832): expulsan el aire y producen el vacío.

1015 cío sin que dicho anillo les siga; lo que realmente hace siguiéndoles, hasta que al fin llega a la propia piedra, a la cual se adhiere con lazos ocultos.

El mismo fenómeno se produce en todas direcciones dondequiera que el espacio se vacía; ora de flanco, ora desde arriba súbitamente los átomos próximos se precipitan
 1020 al vacío. Porque les impulsan los choques del lado opuesto y ellos solos, por propia iniciativa, no pueden elevarse a lo alto hacia el cielo. A esto se añade, además, para que este fenómeno pueda verificarse mejor, esta otra causa coadyuvante por la que el movimiento se ve favorecido, pues una vez que el aire enfrente del anillo se ha vuelto
 1025 más claro, y más libre y vacío el espacio, al punto todo el aire que está colocado detrás del anillo, por así decirlo, le empuja por la espalda y le hace avanzar⁴⁴¹. Porque el aire azota de continuo los objetos que circunda, mas en
 1030 tal circunstancia impulsa hacia adelante al hierro, ya que de un lado se abre el espacio libre capaz de acogerlo en sí. Este aire, de que te hablo, cuando sutilmente se ha introducido a través de los numerosos poros del hierro hasta sus diminutas partes, le atrae y le empuja como el viento a una nave y sus velas.

En fin, todos los seres deben contener aire en su cuerpo, puesto que son de substancia porosa y el aire envuelve y toca todas las cosas. Así, pues, este aire oculto en el interior del hierro está siempre agitado por un movimiento incesante y por ello, sin duda, sacude al anillo y lo impele hacia dentro; es decir, que él avanza en la misma dirección hacia la que ya una vez se había precipitado, habiendo tomado su impulso en la parte vacía.
 1040

Sucede también, a veces, que se aleje de esta piedra la substancia del hierro, habituada sucesivamente a rehuirla y a seguirla. Hasta he visto anillos férreos de Samotracia⁴⁴² dar saltos y, asimismo, virutas de hierro agitarse den-

⁴⁴¹ Sobre el v. 1027, cf. lib. 4, 194 y 286 con expresiones similares. Sigue en los vv. 1028-1030 otro principio ya visto en 4, 932 y sigs.; igualmente la explicación dada en vv. 1031-1041 ha sido expuesta casi en los mismos términos en 4, 892 y sigs.

⁴⁴² La isla del mar Egeo frente a la costa de Tracia. *Isid., Etim.*, 19, 32, 5, dice: «El samotraco es un anillo de oro, es cierto, pero con una taracea de hierro, así llamado por el lugar de procedencia.»

tro de palanganas de bronce, cuando había sido puesto bajo de ellas la piedra de Magnesia: ¡tan ávido se muestra el hierro de evitar la piedra! Se produce tan gran discordia, una vez se ha interpuesto el bronce, sin duda porque cuando el fluido del bronce se ha adelantado y ha ocupado los canales abiertos del hierro, al llegar después el fluido de la piedra encuentra llenos todos los conductos del hierro y no tiene, como antes, por dónde pasar. Por ello, se ve obligado a chocar y a sacudir con sus ondas la contextura del hierro; de esta manera, rechaza lejos de sí y agita por medio del bronce el cuerpo que sin el bronce a menudo vuelve a atraer.

En esta cuestión, deja de sorprenderte por que las emanaciones de la piedra no puedan atraer igualmente otros objetos. En verdad, algunos se mantienen firmes por su propio peso; de esta clase es el oro; en cambio otros, puesto que son de contextura tan porosa que el fluido magnético atraviesa rápidamente dejándola indemne, no pueden verse atraídos en parte alguna; en esta clase parece contarse la substancia de la madera. Así, la naturaleza del hierro situada entre una y otra, cuando recibe algunos átomos de bronce, sucede entonces que la piedra de Magnesia la arrastra con su corriente.

Ni tampoco estos fenómenos son tan extraños a otros cuerpos, que no se me ofrezcan en abundancia otros muchos similares que podría recordar, los cuales se unen entre sí excluyendo a los otros. En primer lugar, ves las piedras que se enlazan sólo con la cal; la madera se junta únicamente con la cola de toro⁴⁴³, de tal suerte que las venas de las tablas por causa de una tara se rajan mucho antes que los lazos de la cola puedan aflojar las juntas. El jugo de la vid se apresta a mezclarse con las fuentes de agua, en tanto no puede hacerlo la pez molesta y el olivo ligero⁴⁴⁴. El color purpúreo del múrice se une tan

⁴⁴³ Aristóteles, *Hist. an.*, 3, 11, 517 b, 29 y sigs., es la fuente que inspira el ejemplo: una substancia viscosa y pegadiza, más o menos según las especies, existe en la piel de todos los animales. De ella nos habla también Plinio, *Nat. Hist.*, 28, 17, 236.

⁴⁴⁴ Cf. Empedocles (Diels, *Vors.*, 21, B.91): «El agua es apta para mezclarse con el vino, mas rehusa unirse con el aceite.»

1075 estrechamente con la substancia de la lana que no puede jamás separarse ni aunque te empeñes en regenerarla con las aguas de Neptuno, ni aunque todo el mar quiera purificarla con todas sus olas. En suma, ¿no es una sola substancia⁴⁴⁵ la que une el oro con el oro, y el bronce no se
 1080 junta con el bronce sino mediante el estaño? ¡Cuántos otros numerosos ejemplos nos es dado encontrar! Mas, ¿para qué? Ni tú necesitas para nada de tan largos circunloquios, ni es conveniente que yo emplee en ello gran esfuerzo, sino que es preferible abarcar muchos fenómenos con breves palabras.

Los cuerpos cuyos tejidos han resultado contrarios entre sí de modo que las partes vacías de uno corresponden
 1085 a las llenas del otro y recíprocamente las llenas del primero con las vacías del segundo, de tales cuerpos la unión resulta óptima. Acontece también que ciertos cuerpos puedan mantenerse unidos uno con otro, enlazados, por así decirlo, con anillos y ganchos, unión que vemos se realiza sobre todo entre la piedra magnética y el hierro.

Las epidemias

1090 Ahora expondré la causa de las enfermedades y de dónde ha surgido la fuerza malsana capaz de provocar una peste mortífera a la especie humana y a la grey animal.

En primer lugar, como he mostrado más arriba, existen gérmenes de muchas substancias que nos dan la vida
 1095 y, por el contrario, que cruzan necesariamente por los aires muchos elementos que causan la enfermedad y la muerte. Cuando éstos se han reunido por azar y han perturbado el cielo, el aire se hace mórbido. Ahora, bien, toda esta virulencia de las enfermedades y el contagio o
 1100 provienen del exterior, como las nubes y niebla a través del alto cielo, o, a menudo, surgiendo de la propia tierra se reúnen cuando ésta, saturada de humedad, ha producido la pestilencia, al verse sacudida por lluvias intempestivas y los ardores del sol.

⁴⁴⁵ La substancia que los griegos llaman *crisocola* y que se la identifica con el bórax, si bien tal identificación ha sido muy discutida.

¿Acaso no ves también cómo, por la diversidad del clima y de las aguas, sufren todos cuantos llegan al extranjero lejos de su patria y de sus casas, puesto que la situación es allí muy distinta? En verdad, ¿cuánta diferencia no apreciamos entre el clima de los Britanos y el de Egipto, donde se inclina el eje del mundo⁴⁴⁶, o cuánta es la diferencia entre el clima del Ponto y el que desde Gades se extiende hasta la raza negra de hombres de color tostado? Y, como vemos que son cuatro climas diferentes entre sí en relación con los cuatro vientos y las cuatro regiones del cielo, así el color y el rostro se muestran notablemente diversos como las enfermedades que afligen a sus habitantes según las razas.

Existe la enfermedad elefantiasis⁴⁴⁷, que se origina en el corazón de Egipto junto a la corriente del Nilo, y en ninguna parte más. En el Ática el mal ataca los pies y en los confines de Acaya los ojos. Asimismo, otras regiones son perjudiciales a otras partes y miembros del cuerpo: la causa de esto se halla en la diversidad del aire. Por lo tanto, cuando una atmósfera, que por ventura nos resulta hostil, se pone en movimiento y el aire infecto empieza a deslizarse, y arrastrándose poco a poco, como la niebla y las nubes, lo trastorna todo por donde pasa y le obliga por fuerza a transmutarse; cuando, al fin, alcanza nuestra atmósfera, la corrompe haciéndola semejante a sí y contraria a nosotros.

Así, pues, súbitamente esta ruina y epidemia o se precipita en el agua, o penetra en las propias mieses, o en los alimentos de los hombres, o en los pastos de los animales, o bien su virulencia permanece suspendida en el mismo aire y, así, cuando al respirar absorbemos su so-

⁴⁴⁶ Para quien marcha hacia el hemisferio austral las estrellas del polo ártico van descendiendo y desaparecen en el horizonte. A fin de explicar este fenómeno, algunos sabios de la antigüedad habían supuesto que la tierra tenía una inclinación diversa de N a S. Así, Empédocles (cf. Diels, *Vors.*, 21 A 58), Anaxágoras y Diógenes de Apolonia (cf. Diels, *op. cit.*, 46 A 67). Entre los latinos: cf. Virg., *Geórg.*, 1, 240-241.

⁴⁴⁷ Considerada como una hipertrofia de la piel y del tejido celular subcutáneo, una especie de podagra: cf. Plinio, *Nat. Hist.*, 26, 5, 1, quien dice que la elefantiasis hizo su aparición en Italia en tiempos de Pompeyo y luego se extinguió rápidamente. La podagra era una enfermedad considerada extranjera, como la elefantiasis, largo tiempo desconocida en Roma: Plinio, *op. cit.*, 26, 10, 100.

- 1130 plo, contaminado necesariamente, inspiramos también en nuestro cuerpo los gérmenes nocivos. De forma semejante, alcanza a menudo el contagio a los bueyes, y la enfermedad de inmediato a las lentas ovejas. Y no importa que lleguemos a lugares contrarios a nuestra salud y que
- 1135 cambiemos la cobertura del cielo, o que la naturaleza nos ofrezca un aire viciado, o cualquier substancia contraria a nuestros hábitos, capaz de sorprendernos con su llegada imprevista.

La peste de Atenas

- En forma de epidemia y de influjo mortal⁴⁴⁸, en otro tiempo en la tierra de Cecrope⁴⁴⁹ convirtió la campaña
- 1140 en funerales, devastó los caminos, vació la urbe de ciudadanos. En verdad, nacida en los confines de Egipto, penetrando hacia el interior, después de recorrer gran extensión de cielo y las llanuras ondeantes del mar, finalmente se abatió sobre el pueblo entero de Pandión⁴⁵⁰. Desde entonces sus habitantes eran entregados en tropel a la enfermedad y a la muerte.
- 1145 Primeramente, tenían la cabeza ardiente por la fiebre⁴⁵¹ y ambos ojos enrojecidos con un brillo interior difuso. También su garganta, ennegrecida por dentro, destilaba sangre, se cerraba el conducto de la voz, obstruido por las llagas y la lengua, intérprete de la mente, abatida por

⁴⁴⁸ En el relato que sigue sobre el origen y los estragos que la célebre peste causó en Atenas el segundo año de la guerra del Peloponeso (430 a.C.), el poeta sigue de cerca la descripción que Tucídides había hecho de ella en el lib. II de su historia, cap. 47-53. Es posible, sin embargo, que Lucrecio se inspire en el historiador griego sólo indirectamente, ya que los préstamos tomados de los tratados hípocráticos (cf., en particular, vv. 1183-1196), teniendo en cuenta el método de trabajo habitual en él, no parece que puedan explicarse más que por la existencia de un polígrafo mediador que había realizado la compilación de las diversas fuentes de inspiración.

⁴⁴⁹ El Ática, donde, según la leyenda, Cécrope fue el primer rey que dio gran prosperidad a la región: social, religiosa y económica, instituyendo el Areópago.

⁴⁵⁰ Hijo de Erictonio, reinó en el Ática en el siglo I a.C. Es el padre de Procne y Filomela a las que la literatura latina aludirá con frecuencia. Aquí se le menciona por vez primera.

⁴⁵¹ Para los vv. 1145-1179, cf. Tucíd., 2, 49, amplio capítulo en el que Lucrecio se inspira en diversos puntos.

1150 el mal, chorreaba sangre, lenta en su movimiento y áspera al tacto. Luego, cuando, a través de las fauces, la virulencia del mal había invadido el pecho y afluido hasta el mismo corazón⁴⁵² de los angustiados enfermos, entonces se derrumbaban todos los soportes de la vida. El aliento exhalaba por la boca un hedor infecto, de la misma manera como hieden los cadáveres putrefactos, abandonados en el suelo. En seguida, el alma con todas sus fuerzas y el cuerpo entero languidecían, situados ya en el mismo umbral de la muerte.

De estos insoportables males era asiduo compañero un angustioso afán y un lamento mezclado con gemidos. A menudo un hipo, persistente día y noche, forzando sin cesar a tendones y miembros a contraerse, los desarticulaba, fatigando a los ya anteriormente extenuados. Ni podía apreciarse que a enfermo alguno en la superficie del cuerpo le ardiese la piel con excesivo ardor, antes bien ofrecía a las manos la sensación de un tibio contacto, y al mismo tiempo, todo el cuerpo enrojecía con llagas, por así decir, marcadas con hierro candente, como acontece cuando el fuego sagrado⁴⁵³ se difunde por los miembros. Mas la parte interna de los enfermos ardía hasta los huesos, ardía una llama en el estómago, como en el interior de la fragua. Ningún vestido, aunque ligero y fino, se podía ofrecer para aliviar a nadie, sino en todo momento sólo viento y frescor. Algunos zambullían sus miembros abrasados por la fiebre en los ríos gélidos, arrojando el cuerpo desnudo en su corriente. Muchos se precipitaron con la cabeza por delante en las aguas profundas de los pozos a los que se acercaban con toda la boca abierta: sed abrasadora, implacable, que ahogaba los cuerpos en el agua, sin diferenciar una gran cantidad de pequeños sorbos. Y no había tregua alguna en la enfermedad, los cuerpos yacían agotados. La ciencia médica balbuceaba⁴⁵⁴ con tácito te-

⁴⁵² En el v. 1152, Lucrecio entiende erróneamente el texto tucidídeo, donde 'cardía' no tiene el sentido usual de «corazón», sino el técnico en medicina de «boca del estómago». Pero, el error le permite introducir un elemento patético en consonancia con su inspiración poética.

⁴⁵³ Cf. nota 410.

⁴⁵⁴ Cf. Tucíd., 247, 4.

1180 mor, en tanto que los enfermos volvían constantemente hacia ella sus ojos abiertos, encendidos por la fiebre, privados del sueño.

Y muchos otros síntomas de muerte aparecían entonces⁴⁵⁵: la mente perturbada por la angustia y el miedo, 1185 la frente ceñuda, el rostro enfurecido y cruel, también los oídos inquietos y llenos de zumbidos, la respiración acelerada o, por el contrario, fuerte e interrumpida, gotas brillantes de sudor esparcidas por el cuello, esputos escasos y diminutos, impregnados de color amarillento y salados, expulsados con dificultad de la garganta por una ronca tos.

1190 Los nervios de las manos se contraían, los miembros se estremecían de temblor, y desde los pies el frío no cesaba de subir al cuerpo. Asimismo, ya en el momento supremo, las fosas nasales quedaban obstruidas, la punta de la nariz afilada, los ojos hundidos, las sienas huecas, fría 1195 y dura la piel del rostro, lánguido el rictus, hinchada la frente tensa.

No mucho después, los miembros yacían en el frío de la muerte. Poco más o menos, al brillar la octava auro- 1200 ra⁴⁵⁶ o a veces en la novena antorcha del sol, entregaban la vida; y si alguno de ellos, como suele acontecer, escapaba al funeral de la muerte, a éste, cubierto de llagas repugnantes y con negra diarrea, más tarde le aguardaba también la consunción y la muerte, o bien a menudo por 1205 las fosas nasales obstruidas filtraba mucha sangre infecta, acompañada de dolor de cabeza: hacia ese punto afluían todas las fuerzas del enfermo y toda la entidad de su cuerpo. Además, quien había evitado la hemorragia aguda de la sangre pútrida, a ése el mal se le transmitía a los nervios y a las articulaciones y hasta a los propios órganos genitales. Algunos, viéndose angustiosamente en el umbral de la muerte, prolongaban la existencia, cerce- 1210 nado con el hierro su miembro viril, otros, sin manos, ni

⁴⁵⁵ Para los vv. 1183-1196, cf. Ernout-Robin, *op. cit.*, III, págs. 354-355, donde se indican los diversos lugares de los tratados hipocráticos, en especial de los 'Pronósticos', en los que se inspira Lucrecio al señalar los síntomas de la enfermedad en sus diversas fases, extremo en el que parece aventajar a Tucídides.

⁴⁵⁶ Los vv. 1197-1198 están inspirados en Tucíd., 2, 49, 6.

pies, permanecían, con todo, vivos y otros perdían los ojos: ¡hasta tal punto se había apoderado de ellos el fuerte temor a la muerte! A algunos les invadió también un olvido tal de las cosas que ni siquiera podían reconocerse ellos mismos.

- 1215 Y por más que yacían numerosos cadáveres insepultos, amontonados sobre otros cadáveres, no obstante las especies de los pájaros y de las fieras o se apartaban lejos para evitar el penetrante hedor, o, si llegaban a probarlos, iban languideciendo con rápida muerte. Por lo demás,
- 1220 muy difícilmente en aquellos días se dejaba ver pájaro alguno⁴⁵⁷, ni las especies de las fieras, espantadas, salían de la selva. La mayor parte desfallecía por el mal y moría. Sobre todo, los fieles perros, echados por todos los caminos, entregaban penosamente el alma, ya que la virulencia de la peste arrebatava de sus miembros la vida.
- 1225 Funerales desiertos, sin acompañamiento, porfiaban en rapidez. No había un tratamiento seguro de curación para todos⁴⁵⁸, pues el remedio que a alguno le había dado la posibilidad de respirar el soplo vivificante del aire y contemplar los espacios celestes, ése mismo ocasionaba a otros la ruina y les conducía a la muerte.
- 1230 Lo particularmente deplorable en tal situación, como hecho único, calamitoso, era éste: cuando uno se veía contagiado de la peste, abatido en su ánimo, como si estuviera condenado a muerte, yacía con el corazón afligido, y estando a la expectativa de la muerte, allí mismo dejaba escapar el alma.
- 1235 Porque en ningún momento cesaba de invadir a uno y a otro el contagio del mal insaciable, como al rebaño lanoso y al ganado bovino. Lo que sobre todo acumulaba muerte sobre muerte. En efecto, a todos los que rehuían visitar a sus familiares enfermos⁴⁵⁹, demasiado amantes de la vida y temerosos de la muerte, la negligencia asesina les castigaba poco después con muerte afrentosa y cruel, abandonados y privados de auxilio. Mas, los que habían

⁴⁵⁷ Los vv. 1219-1222 inspirados en Tucíd., 2, 50, 2.

⁴⁵⁸ Los vv. 1226-1229 inspirados en Tucíd., 2, 51, 2.

⁴⁵⁹ Los vv. 1239-1246 inspirados en Tucíd., 2, 51, 5.

1245 acudido presto en su ayuda, morían por el contagio y el esfuerzo, a que les impulsaba su pundonor y el reclamo apremiante de los moribundos, unido a la voz de sus lamentos.

Por ello, los mejores encontraban este género de muerte⁴⁶⁰ ...porfiando en sepultar uno sobre otro, a la multitud de sus muertos: fatigados por el llanto y el duelo, regresaban a sus casas, luego, en su inmensa mayoría, se echaban a la cama llenos de angustia. Y no se podía encontrar ninguno al que la peste, la muerte o el dolor, no le atormentase en tales circunstancias.

1250 Además, todo pastor y ganadero, y el robusto conductor del curvo arado, languidecían también⁴⁶¹, y en el interior de sus cabañas yacían amontonados sus cuerpos, presa de la muerte, por la pobreza y la enfermedad. Sobre los hijos exánimes se podían ver en ocasiones los cuerpos sin vida de los padres, y a la inversa a los hijos que entregaban la vida sobre sus padres y madres.

1260 En su mayor parte, este contagio afluyó de los campos a la ciudad; lo arrastró consigo la multitud ya enferma⁴⁶² de los campesinos que acudía de todos los lugares contagiados⁴⁶³. Invadían todos los espacios y todas las casas; tanto más, así apiñados durante el estío, la muerte los amontonaba en tropel. Numerosos cuerpos abatidos por la sed, y revolviéndose por las calles, yacían tendidos junto a los mascarones de las fuentes, ahogados por el excesivo refrigerio del agua, y otros numerosos se veían esparcidos por doquier en lugares accesibles al público y por las calles, extenuados, con el cuerpo medio muerto, horribles por su inmundicia y cubiertos de harapos⁴⁶⁴,
1270 que perecían en medio de la suciedad del cuerpo, reduci-

⁴⁶⁰ Después del v. 1246, Munro señaló una laguna en el texto, asumida por muchos críticos. La transposición de los vv. 1247-1251 operada por Bockemüller y Martin para encontrar la solución, la considera Bailey arbitraria. Nuestros puntos suspensivos subrayan la laguna de la que no se puede determinar el contenido.

⁴⁶¹ Los vv. 1252-1258 inspirados en Tucíd., 2, 52, 2.

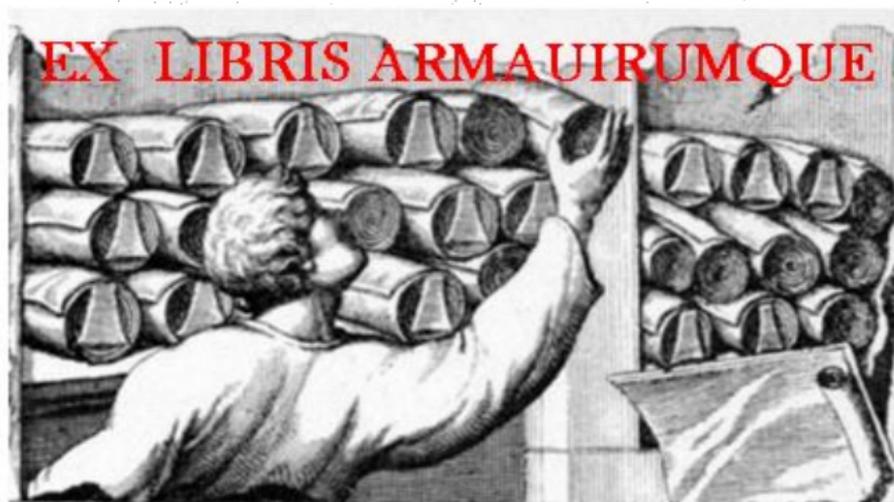
⁴⁶² Los vv. 1260-1266 inspirados en Tucíd., 2, 52, 1.

⁴⁶³ La multitud afluye de los campos a la ciudad para refugiarse en ella huyendo de la invasión de los espartanos.

⁴⁶⁴ En los vv. 1269-1270, hay en el texto lucreciano una reminiscencia del pasaje, sin duda de Pacuvio, citado por Cicerón, *Tusc.*, 3, 12, 26.

dos a piel sobre huesos, ya casi sepultados con repugnantes úlceras y porquería.

- En fin, todos los venerables santuarios de los dioses⁴⁶⁵ la muerte los había llenado de cuerpos sin vida, y todos los templos de los habitantes del cielo permanecían por
 1275 doquier enteramente repletos de cadáveres, lugares éstos que habían colmado de visitantes los custodios del templo. Porque ya no se estimaba en mucho la religión, ni el poder de los dioses: se imponía el dolor presente. Ni subsistía en la ciudad aquel ceremonial de la sepultura con el que anteriormente el pueblo solía siempre practi-
 1280 car la inhumación, pues todo él, desconcertado, corría a la ventura; cada uno sepultaba entristecido a los suyos, (compuestos)⁴⁶⁶ según las circunstancias. La urgencia del momento y la pobreza impulsaron a realizar muchos actos horribles. En efecto, colocaban con fuerte griterío a
 1285 sus parientes sobre las piras levantadas por otros y aplicaban por debajo la antorcha encendida, pugnando a menudo con mucho enseñamiento, antes que abandonar sus cadáveres.



⁴⁶⁵ Los vv. 1272-1286 inspirados en Tucíd., 2, 52, 3-4.

⁴⁶⁶ La conjetura de Lachmann, asumida por Bailey, *compostum* en el v. 1281 parece la más probable; *res* del 1282, que nosotros asumimos, está atestiguada por el ms. de Cambridge.

Índice de nombres propios

(Incluimos diversos apelativos, como es habitual en latín.)

- Acaya, 6, 1116.
Agrigento, 1, 716.
Alejandro, 1, 474.
Alinda, 4, 1130.
Ammón, 6, 848.
Anaxágoras, 1, 830, 876.
Anco Marcio, 3, 1025.
Aqueronte, 1, 120; 3, 25, 37, 86, 628, 978, 984, 1023; 4, 37, 170; 6, 251, 763.
Aquilón, 5, 689, 742.
Arado, 6, 890.
Arcadia, 5, 25.
Atenas, 6, 2, 749.
Ática, 6, 1116.
Atlántico, 5, 35.
Aúlide, 1, 84.
Austro, 5, 689, 745; 6, 721.
Averno, 6, 738, 740, 746, 818, 830.
Babilonia de, babilónico, 4, 1029, 1123; 5, 727.
Baco, 2, 656; 3, 221. Cf. Evio, Iaco y Liber.
Bistonía de, bistonés, 5, 31.
Britanos de, 6, 1106.
Caldeos de, 5, 727.
Calíope, 6, 94.
Cáncer, 5, 617.
Cancerbero, 3, 1011; 4, 733.

Capricornio, 5, 615.
 Caribdis, 1, 722.
 Cartagineses, 3, 833; 5, 1303.
 Cartago, 3, 1034.
 Cécrope, 6, 1139.
 Céfiro, 5, 738.
 Centauros, 4, 732; 5, 978, 991; Centauro, 4, 739.
 Ceos, 4, 1130.
 Ceres, 2, 655; 4, 1168 (nombre de muchacha); 5, 14, 742.
 Cilicia, 2, 416.
 Creta, 2, 634; 5, 26.
 Cumas, 6, 747.
 Curetas, 2, 629, 633.

Dánaos, 1, 86.
 Delfico (laurel), 6, 154.
 Demócrito, 3, 371, 1039; 6, 622.
 Dicteos (Curetas), 2, 633.
 Diomedes, 5, 30.

Egión, 6, 585.
 Egipto, 6, 713, 714, 1107, 1115, 1141.
 Empédocles, 1, 716.
 Enéadas, 1, 1.
 Ennio, 1, 117, 121.
 Eolia, 1, 721.
 Epicuro, 3, 1042.
 Escaptensula, 6, 810.
 Escila, 4, 732; 5, 893.
 Escipión, 3, 1034.
 Espanto (personificado), 4, 173; 6, 254.
 Estínfalo, 5, 29.
 Etiopía de, 6, 735.
 Etna, 1, 722; 2, 593; 6, 639, 669, 681.
 Etruscos, 6, 381.
 Evio, 5, 743. Cf. Baco, Iaco y Liber.

Faunos, 4, 581.
 Febo, 1, 739; 2, 505; 5, 112; 6, 154.
 Fetonte, 5, 397, 400.
 Flora, 5, 739.

Frigios, 1, 474; 2, 611, 620, 630.

Furias, 3, 1011.

Gades, 6, 1108.

Gerión, 5, 28.

Gigantes, 4, 136; 5, 117.

Gracias, 4, 1162.

Grecia, 1, 66; 2, 600.

Griegos, 1, 136, 477, 640, 831; 2, 629; 3, 3, 100; 5, 405; 6, 424, 754, 908.

Helicón, 1, 118; 3, 132, 1037; 4, 547; 6, 786.

Heráclito, 1, 638.

Hércules, 5, 22.

Hespérides, 5, 32.

Hircana (raza), 3, 750.

Homero, 1, 124; 3, 1037.

Iaco, 4, 1168. Cf. Baco, Evio y Liber.

Ida, 5, 663.

Idea (del Ida), 2, 611.

Ifianasa, 1, 85.

India, 2, 537.

Ismara, 5, 31.

Italia, 1, 119.

Jonio, 1, 719.

Júpiter, 2, 633; 6, 387, 401.

Latinos, 1, 137.

Lerna, 5, 26.

Liber, 5, 14.

Lucanos (bueyes), 5, 1302, 1339.

Madre (Cibeles), 2, 598, 609, 615, 628, 639-640, 659 (la tierra).

Magnesia, 6, 1046; magnesios, 6, 909.

Manes, 6, 759, 764.

Marte, 1, 32; 5, 1304.

Matuta, 5, 656.

Melibea (púrpura), 2, 500.

Memnio, 1, 26, 42, 411, 1052; 2, 143, 182; 5, 8, 93, 164, 867, 1282.

Molosos (perros), 5, 1063.

Musas, 1, 657, 925, 930; 4, 5, 9; 6, 93 (musa Calíope). Cf. Piérides.

Nemea (león de), 5, 24.

Neptuno, 2, 472, 655; 6, 1076.

Nilo, 6, 712, 1114.

Ninfas, 4, 580; 5, 949.

Orco, 1, 115; 5, 996; 6, 762.

Palas pequeña, 4, 1161 (nombre de muchacha).

Palas (diosa), 6, 750, 753. Cf. Tritónida.

Pan, 4, 586.

Panqueos (aromas), 2, 417.

Peloponeso, 6, 586.

Pérgamo, 1, 476. Cf. Troya.

Piérides, 1, 926; 4, 1. Cf. Musas.

Pierio, 1, 946; 4, 21.

Pitia, 1, 739; 5, 112.

Ponto (Mar Negro), 5, 507; 6, 1108.

Romanos, 1, 40.

Rómulo (descendientes de), 4, 683.

Samotracia, 6, 1044.

Sátiros, 4, 580. Sátira, 4, 1169 (nombre de muchacha).

Saturno, 2, 638.

Sicilianos (campos), 6, 642.

Sición (calzado de), 4, 1125.

Silena, 6, 1169 (nombre de muchacha).

Siria, 6, 585, 756.

Sísifo, 3, 995.

Sol, 5, 397, 401.

Tántalo, 3, 981.

Tártaro, 3, 42, 966, 1012; 5, 1126.

Tebana (guerra), 5, 326.

Tesalias (conchas), 2, 501.

Ticio, 3, 984, 992.

Tíndaro (las hijas de), 1, 464, 473.

Tracio (Diomedes), 5, 31.

Tritónida, 6, 750. Cf. Palas.

Trivia, 1, 84.

Troya, 5, 326. Cf. Pérgamo.

Troyanos, 1, 465, 476.

Venus, 1, 2, 228; 2, 173, 437; 3, 776; 4, 1052, 1059, 1071, 1073, 1084, 1101, 1107, 1113, 1128, 1148, 1157, 1172, 1205, 1215, 1223, 1278; 5, 737 (bis), 848, 962. Venus (las nuestras), 4, 1185.

Volturmo, 5, 745.

Índice temático

(Nos referimos a los temas básicos, más importantes.)

Agua: uno de los cuatro elementos: 1, 705-715. Cf. *Elementos y Mundo*.

Aire: uno de los cuatro elementos: 1, 705-715. Cf. *Elementos y Mundo*.

Amor: amor físico y pubertad, 4, 1037-1057; condena de la pasión amorosa, 4, 1058-1191; placer compartido en el amor, 4, 1192-1207; herencia y generación, 4, 1208-1232; esterilidad y fecundidad procreadora, 4, 1233-1277; la costumbre engendra el amor, 4, 1278-1287.

Alma: el estudio sobre el alma destruye el miedo a la muerte, 3, 31-93; el espíritu y el alma son partes del cuerpo, 3, 94-135; relación entre espíritu y alma, 3, 136-160; la substancia del espíritu y del alma es material, 3, 161-76; espíritu y alma están compuestos de átomos muy sutiles, 3, 177-230; los cuatro componentes del alma, 3, 230-322; relación solidaria entre alma y cuerpo, 3, 323-369; disposición de los átomos de alma y cuerpo, 3, 370-395; predominio del espíritu sobre el alma, 3, 396-416; el alma no sobrevive al cuerpo, 3, 417-669; tampoco preexiste al cuerpo, 3, 670-783; el alma no es inmortal, 3, 784-829. Cf. *Mortalidad del alma y Muerte*.

Átomos: son los elementos primeros, cuerpos genitales, semillas y principios de los seres, 1, 54-61; de ellos nacen y en ellos se resuelven los seres, 1, 159-264; los átomos son invisibles, 1, 265-328; todo se reduce a átomos y vacío, 1, 418-448; los átomos tienen propiedades y accidentes, 1, 449-482; son sólidos y eternos, 1, 483-549; son indivisibles e inmutables, 1, 550-598; estructura del átomo: partes mínimas, 1, 599-634; movimientos y combinaciones atómicas, 2, 62-141; velocidad

de los átomos, 2, 142-166; desviación atómica (*clinamen*), 2, 216-293; el movimiento de los átomos es eterno, 2, 294-307; variedad indefinida de las formas atómicas, 2, 333-477; las formas de los átomos no son infinitas en número, 2, 478-521; los átomos de cada forma son infinitos, 2, 522-568; no son posibles todas las combinaciones de átomos, 2, 700-729; los átomos carecen de color, 2, 730-841; también de otras cualidades, 2, 842-864; los átomos carecen de sensibilidad, 2, 865-885.

Dioses: su naturaleza, 1, 44-49 (2, 646-651); Epicuro debelador de la superstición, 1, 62-101; negación de la idea de la Providencia divina, 2, 167-183; todo acontece sin la intervención de los dioses, 2, 1090-1104; los dioses no habitan en nuestro mundo, 5, 146-155; ni el mundo es obra de los dioses, 5, 156-199; origen de la religión: culto a los dioses y males causados por la superstición religiosa, 5, 1161-1240; origen de tal superstición, 6, 58-79; la Madre de los dioses: mito de Cibeles, 2, 598-645. Cf. *Providencia y Religión*.

Elementos: los cuatro elementos están constituidos de átomos sólidos y de vacío, 1, 565-598; errores en que incurre la teoría de los cuatro elementos, constitutivos primeros de los seres: 1, 734-829; rivalidad entre el fuego y el agua, 5, 380-395; átomos y cuatro elementos en la constitución del mundo, 5, 431-470; origen del sol, la luna y el mar: ordenación de los cuatro elementos, 5, 471-508; los elementos son partes del universo sujetas, como éste, al nacimiento y la muerte, 5, 235-305. Cf. *Mundo*.

Elogios: de la sabiduría epicúrea, 2, 1-61; de Epicuro, 1, 62-79; 3, 1-30; 5, 1-54; de Atenas y de Epicuro, 6, 1-42.

Fuego: uno de los cuatro elementos, 1, 705-715; no es la materia única primera de los seres, como piensa Heráclito, 1, 635-704; rivalidad del fuego y del agua, 5, 380-395; descubrimiento del fuego por el hombre primitivo, 5, 1091-1104. Cf. *Elementos y Mundo*.

Gusto: sentido del gusto, 4, 615-632; gustos diferentes y opuestos, 4, 633-672. Cf. *Sentidos*.

Hombre primitivo: su vida, 5, 926-987; su muerte, 5, 988-1010; la primera comunidad humana, 5, 1011-1027; origen del lenguaje, 5, 1028-1090; descubrimiento del fuego, 5, 1091-1104; orígenes de las instituciones políticas: primeros reyes, el derecho, las leyes y la justicia, 5, 1105-1160.

Homeomería: teoría de Anaxágoras (todo ser está formado de semillas de la misma substancia), que es refutada por Lucrecio, 1, 830-920.

Infierno: los pretendidos castigos en el infierno son leyenda, 3, 978-1023. Cf. *Muerte*.

Justicia: temor al castigo, 5, 1151-1160. Cf. *Hombre primitivo*.

Lenguaje: cf. *Hombre primitivo*. El lenguaje latino considerado pobre para expresar los conceptos filosóficos: 1, 136-139; 1, 831-833; 2, 258-260.

Libre albedrío: 2, 251-293. Es consecuencia de la desviación atómica: cf. *Átomos*.

Luna: su magnitud, 5, 575-591; las fases, 5, 505-750; los eclipses, 5, 751-770. Cf. *Sol*.

Madre de los dioses (mito de Cibeles), cf. *Dioses*.

Mar: su magnitud es constante, 6, 608-838. A veces designa el elemento líquido: cf. 1, 820, 1000 y 1014, etc.

Materia: cf. *Átomos*.

Metempsícosis: la persistencia de caracteres específicos es contraria a ella, 3, 741-783.

Mortalidad del alma: alma y espíritu son mortales, 3, 416-424.

1) El alma *no sobrevive* al cuerpo porque está compuesta de átomos, aunque sutilísimos, 425-444, porque vive en íntima conexión con el cuerpo, 445-458, sufre como el cuerpo, 3, 459-475; es el caso del ebrio y del epiléptico, 3, 476-509; cuerpo y alma curan juntamente de sus dolencias y pierden lentamente la vida, 3, 510-547. 2) Cuerpo y alma sólo existen en *la unión*, 3, 548-579; en la muerte el alma sale del cuerpo y se disipa, 3, 580-591; los desfallecimientos del alma afectan al cuerpo, 3, 592-602; el alma es incapaz de subsistir fuera del cuerpo, 3, 603-614; hasta el espíritu tiene su sede determinada en el pecho, 3, 615-623; los sentidos son inconcebibles sin el cuerpo, 3, 624-633; como el cuerpo, el alma es también divisible, 3, 634-669. 3) El alma *no preexiste* al cuerpo, 3, 670-678; no ha lugar la teoría creacionista: que el alma sea infundida por el Creador en un cuerpo ya perfecto, 3, 679-712; en el cadáver se detectan restos del alma, 3, 713-740; la persistencia de caracteres específicos pugna con la transmigración, 3, 741-783. En suma, el alma sólo puede subsistir en el cuerpo donde tiene su sede, 3, 784-805; por lo que no es eterna, ni inmortal, 3, 806-829.

Muerte: no es un sufrimiento, sino una liberación, 3, 830-930;

prosopopeya de la Naturaleza: hay que saber morir, 3, 931-977; ningún héroe escapa a la muerte, 3, 1024-1052; el miedo a la muerte lo causa la ignorancia, 3, 1053-1094. Cf. *Mortalidad del alma e Infierno*.

Movimiento: dirección del movimiento atómico por la ley de la gravedad, 2, 184-215; movimiento de los seres «semovientes» por los simulacros de andar que afectan al alma, 4, 877-960. Cf. *Átomos y Simulacros*.

Mundo: deben existir infinitos mundos, semejantes al nuestro, en el espacio infinito, 2, 1048-1089; nuestro mundo, como todo ser, nace, evoluciona y declina, 2, 1105-1174; todo sucede sin la intervención de los dioses, 2, 1090-1104; el mundo no tiene naturaleza divina y está destinado a morir, 5, 91-145; el mundo ha tenido principio y tendrá fin, 5, 235-415; formación de las partes del mundo por la combinación de átomos: así tierra, cielo, mar y éter con sus fuegos, 5, 416-508. Cf. *Universo y Átomos*.

Nada: nada nace de la nada, 1, 149-214, ni se reduce a la nada, 1, 215-264. Cf. *Átomos*.

Oído: teoría de la audición, el sonido y la voz, 4, 524-562; el eco y sus leyendas, 5, 563-594; el oído y la vista: su alcance, 4, 595-614. Cf. *Sentidos*.

Olfato: su alcance, lentitud de sus emanaciones, 4, 673-705. Cf. *Sentidos*.

Pensamiento: la visión del espíritu, 4, 722-776; celeridad del pensamiento y problemas de los sueños, 777-822.

Placer y dolor: surgen de la recomposición de los átomos y de su trastorno, 2, 963-972.

Progreso: descubrimiento y uso de los metales, oro, plata, bronce y hierro, 5, 1241-1296; evolución en el arte de la guerra: uso en ella de los animales, 5, 1297-1349; orígenes del arte textil, 5, 1350-1360; perfeccionamiento de la agricultura: el injerto, 5, 1361-1378; invención de la música, 5, 1379-1411; decadencia moral, 5, 1412-1435; cálculo del tiempo, 5, 1436-1439; origen de la escritura y de la poesía, 5, 1440-1447; últimos logros del progreso, 5, 1448-1457.

Providencia: cf. *Dioses*.

Religión: cf. *Dioses*.

Sabiduría epicúrea: cf. *Elogios*.

Sensación: los átomos insensibles con sus movimientos y combinaciones pueden formar compuestos dotados de sensación,

- 2, 886-943; el cuarto elemento del alma transmite a ésta y al cuerpo los movimientos de la sensación, 3, 241-257. Cf. *Vida*.
- Sensibilidad*: ¿corresponde sólo al alma y no al cuerpo?, 3, 350-358. Cf. *Alma*.
- Sentidos*: no se conciben sin el cuerpo, 3, 624-633; infalibilidad de los sentidos: en las ilusiones ópticas se engaña la mente, 4, 379-386; veracidad de los sentidos, 4, 462-477; son criterio de verdad, 4, 478-521; existen sensaciones desagradables a los sentidos de algunos, 4, 706-721. Cf. *Gusto*, *Oído*, *Olfato*, *Tacto y Vista*; *Mortalidad del alma*.
- Simulacros*: teoría, 4, 26-53; prueba de su existencia, 4, 54-109; sutileza característica, 4, 110-128; simulacros de formación espontánea, 4, 128-144; rapidez en plasmarse, 4, 145-175, y velocidad de desplazamiento, 4, 176-215; todos los cuerpos despiden emanaciones de simulacros, 4, 216-229; la vista y los simulacros, 4, 230-269. Cf. *Sentidos*.
- Sol*: es incluido en la enumeración de los cuatro elementos, 5, 60, 115, 374; magnitud del sol, 5, 564-574; luz y calor solares, 5, 592-613; el día y la noche, 5, 650-704; eclipses del sol y de la luna, 5, 751-770. Cf. *Elementos y Luna*.
- Sueño*: sus causas, 4, 907-961.
- Sueños*: se relacionan, generalmente, con nuestras ocupaciones, 4, 962-1036. Cf. *Simulacros*.
- Tacto*: revela que el fuego y el frío punzan nuestros sentidos, 2, 431-441; para el tacto y la visión existe el estímulo común de los simulacros, 4, 230-238; las emanaciones de olor, calor, frío y voz deben ser corporales para que nos alcancen (toquen), 1, 298-304.
- Tierra*: permanece inmóvil suspendida en el aire, 5, 534-563; origen de la vida en la tierra: de vegetales, animales y hombres, 5, 772-820; esterilidad actual de la tierra, 5, 821-836; selección de especies terrestres, 5, 837-877, y animales míticos, 5, 878-924.
- Transmigración*: cf. *Metempsicosis*.
- Universo*: es infinito, 1, 951-957, 1048-1066; sus componentes, materia y vacío, también lo son, 1002-1051; nada existe fuera del universo, 1, 958-983; el universo no tiene centro, 1, 1052-1113; aparentemente inmóvil, sus átomos se mueven sin cesar, 2, 308-332; el universo no es eterno, 5, 235-379. Cf. *Mundo*, *Átomos y Vacío*.
- Vacío*: existencia y naturaleza, 1, 329-369; movimiento y espa-

cio vacío, 1, 370-399; sólo existen los átomos y el vacío, no una tercera substancia, 1, 418-448; estructura de los átomos y del vacío, 1, 483-550; átomos y vacío se extienden en el infinito, 1, 951-1051. Cf. *Átomos y Universo*.

Vida: se equilibra con la muerte, 2, 569-580; no vale comparada con la eternidad, 3, 1076-1093; origen de la vida sobre la tierra, 5, 772-820. Cf. *Sensación y Muerte*.

Vista: teoría de la visión, 4, 230-268; teoría del espejo, 4, 269-325; diversos fenómenos, 5, 326-352; ilusiones ópticas, 4, 353-363; la sombra, 364-378; explicación de las ilusiones ópticas, 4, 379-461; la contemplación del espíritu, 4, 722-776. Cf. *Sentidos y pensamiento*.